

*LAS
CICATRICES
DEL VIENTO*

Francisco Martín Moreno

IN MEMORIAM

Enrique Martín Moreno Jr.

Puli: ya sabemos que el «no» es lo primero que nos ofrece la vida; el «sí», como nos enseñaste, es también lo primero que hay que arrebatarte.

La ficción es historia, historia humana,
o no es nada...
Un historiador puede ser también artista;
y un novelista, historiador,
conservador, celador, expositor de la
experiencia humana.

JOSEPH CONRAD

AD LECTOREM

Esta historia es tan tuya como mía. Se refiere a la herencia que recibimos y que, por ahora, entregaremos. Es una herencia de negaciones, infames asechanzas, continuas traiciones y ultrajes. Por un lado. Por otro, es el resultado de trescientos años de esclavitud, de vasallaje, de inquisición, de silencio.

¿Estamos condenados, en razón a patrones históricos, religiosos y sociales, a la resignación? ¿Cómo nos determinan las estructuras feudales de la España de la Contrarreforma? ¿Qué tenebroso eslabón une al sanguinario conquistador Pedro de Alvarado del siglo XVI con los dictadores del siglo XIX y con los Somoza, Trujillo, Batista, Ubico, Carias Andino, Martínez Hernández, del XX? ¿Es el mismo carácter autoritario que prevalece actualmente en la familia, la empresa, el trabajo, el gobierno? ¿Por qué sólo hasta fines de siglo XX estamos llegando a la democracia en América Latina? ¿Es que hasta la geografía y la divinidad están en contra nuestra? ¿De qué nos ha servido la riqueza de nuestro suelo, el calor de nuestro sol? ¿Por qué somos un continente rico de gente pobre? ¿Ha podido la insaciable avidez por el dinero, impuesta por los fanáticos acumuladores de capital, pervertir y destruir los valores —místicos y espirituales— de una sociedad como la nuestra? ¿Somos autocríticos, de la verdad? ¿Es que el sentimiento de confianza quedará enclaustrado para siempre dentro del estrecho círculo de la familia? ¿Por qué nuestras clases sociales reducen sus respuestas al escarnio, la burla y el desdén? ¿Nuestro sistema ético está construido sobre terrenos pantanosos? ¿Dónde se encuentra el origen de la corrupción que nos devora? ¿Hay espacio para el amor, la pasión y el deseo en este reino de la ambición? Responder tales interrogantes, tan vitales hoy para nosotros, es, creo, proponer argumentos — ¿quizás explicaciones?— sobre los orígenes del subdesarrollo latinoamericano...

Hablar de nuestra pasión irrefrenable, inevitable, por ser, implica riesgos: o los espejismos de la demagogia o la superficialidad de los críticos al uso —unos, instalados en sus pulidos escritorios oficiales; otros, en la intolerancia y suficiencia de los distantes gabinetes académicos—. La novela ofrece recursos mágicos para sortear tales escollos: es el camino amplio que todos podemos transitar, el saludo de calle a calle entre autor y lector. La novela es, para mí, antes que un fascinante y seductor ejercicio intelectual, diálogo, conversación de amigos.

Como en mi anterior novela, he andado los caminos de *Las cicatrices del viento* aprovisionado de historia: mi propia concepción de los hechos. Pero de su concierto sólo he tomado, aquí, un tema, allá, recreado un pasaje. La escucho como el rumor apenas perceptible que espolea y aguza los sentidos del merodeador-novelistas hasta desempeñarlos en una narración desbordada, incendiada, de la realidad.

Como en todos los que se lanzan de lleno al curso de nuestros días, hay en mí obsesiones. Obsesiones que nos terminan revelando que la conquista de nosotros sólo puede iniciarse cuando nos apostamos todo a ellas. Mi obsesión es una América libre. A la altura de la misma dignidad del hombre.

Sólo soy un testigo de cargo a quien, momentáneamente, se le ha dado la palabra. Quizá mañana lo seas tú.

I

HEMOS PERDIDO EL SOL

*La verdad es que estamos todos inmersos en
un sistema económico que no tiene corazón¹.*

WOODROW WILSON
Presidente de Estados Unidos
de América

Aquella mañana, como todas las mañanas del mes de mayo, el amanecer sorprendió a Robert Keith con la mirada escrutadora clavada en la inmensidad del firmamento.

Como cada año, cuando la primavera se despedía del horizonte caribeño, vientos poderosos provenientes de la parte septentrional del océano Atlántico podrían empezar a soplar amenazadoramente. Bastarían sólo unos instantes para acabar con miles de hectáreas bananeras y con los sueños dorados de varias generaciones de audaces inversionistas. Los habitantes de las vastas zonas plataneras los recibían siempre poseídos de un profundo temor supersticioso. Bien podían significar el hambre con todas sus pavorosas secuelas, la muerte de la esperanza, la desintegración familiar, el regreso a un nivel de miseria jamás visto ni narrado ni siquiera imaginado a la luz mortecina de las velas de los bohíos de sus antepasados.

Cuando el vendaval comenzara a murmurar entre los platanares las aves remontarían vuelo en un escándalo infernal de graznidos y chirridos que se ahogarían tan pronto el torbellino bufara rabiosamente entre las inmensas hojas de los bananos sacudiéndolas, rasgándolas, arremetiéndolas cada vez con más violencia contra las copas de los árboles, los techos de paja y los penachos de las palmeras, enmarañándolas como la cabellera de una mujer enloquecida. El cielo entonces se apagaría resquebrajándose momentáneamente con los latigazos plateados de la tormenta. Y cuando el viento por fin bramara desesperado por arrancar hasta la última ceiba, las plantaciones lanzarían al cielo un interminable quejido, inundando la selva con un patético lamento. Los pueblos enteros elevarían a su vez interminables plegarias invocando la gracia divina. Los rezos se escucharían desde los rincones de las más apartadas barracas de los caseríos hasta las humildes parroquias de las cabeceras municipales.

Todos: hombres, mujeres, niños y ancianos. Todos mirarían fervorosamente la cruz y el arremolinado infinito. Unos, de rodillas, con los escapularios aplastados y humedecidos entre las agrietadas manos y la cabeza abatida contra el pecho, inmersos en un críptico silencio, mientras el resto, de pie, sólo trataría de leer e interpretar las señales del cielo, adivinar acaso las intenciones veleidosas del sol y de las estrellas.

Por su parte, Robert Keith intentaría descifrar el humor de los elementos naturales. Esperaba tras la ventana gigantesca de su recámara, como un pálido dios de mármol, los primeros rayos de luz de la madrugada. Desde ahí podría advertir la presencia de alguna nube oscura y alargada en el horizonte turquesa del mar Caribe o el paso de la más ligera brisa, el mínimo balanceo de los penachos de las palmeras con las que había decorado el imponente jardín de su mansión tropical.

Todos los productores de banana en el mundo, igual los de Centro y Sudamérica que los del Trópico de Cáncer en África, Asia y Oceanía, temían el poder destructor del viento, aun del aparentemente más inofensivo, porque éste bien podría contar con la fuerza necesaria para romper las enormes hojas protectoras del banano, de las cuales dependía el tamaño y la calidad de la fruta, el porvenir de la empresa y hasta el futuro del país afectado por el ingobernable fenómeno natural.

Robert Keith había dedicado siempre especial empeño en la selección de las zonas para el sembradío. Escogía personal y cuidadosamente los mejores terrenos, localizados en las partes más bajas de las planicies. Analizaba la temperatura, la humedad, las características necesarias del suelo, la precipitación pluvial requerida y la protección natural contra huracanes e inundaciones. Cualquier precaución era en todo caso insuficiente. La experiencia, invariablemente dolorosa, le había enseñado a desconfiar hasta del más insignificante de los chiflones. Aquéllos podían hacer siempre las veces de apocalípticos heraldos invisibles y anunciar en el momento más intempestivo el advenimiento del desastre.

Por eso aquella mañana, como todas las mañanas a partir del mes de mayo, el amanecer le sorprendió con la mirada clavada en el firmamento.

Todo parecía indicar el nacimiento de un día normal. La paz reinaba en su jardín, mi termómetro infalible, como el mejor amanecer de la temporada. Las copas de los itabos, de los laureles, de los guabos y las de los framboyanes se encontraban inmóviles, y en el azul y jade del horizonte caribeño ninguna nube

tenía la debida personalidad para representar la menor amenaza. Fue en ese momento cuando decidió recostarse nuevamente, sin cerrar las cortinas de seda blanca del ventanal, aquel ventanal desde el cual contemplaba en lontananza los azares de su porvenir. Prendió un nuevo cigarrillo sin percatarse de que otro humeaba aún indiferente en el cenicero atestado de colillas. Constató de reojo el sueño de su esposa, quien dormía ajena como siempre a sus problemas y a su vida. Entrecruzó los dedos detrás de la nuca, como era su costumbre desde niño, y paseó la mirada por cada uno de los prismas del candil, como si quisiera contarlos y verificar su luz y su lustre. Divagó entonces ajeno a las cuatro o cinco chamuscadas de la camisa de seda blanca de su pijama, quemaduras todas ellas de cigarros que le habían caído encendidos cuando el cansancio lo vencía, inmerso en sus reflexiones, como una sombra que avanza incontenible hasta cubrir el último reducto de luz en la mente infatigable del Rey de la Banana.

Robert Keith era el principal accionista y presidente del Consejo de Administración de la empresa bananera más importante del mundo, la United Fruit, mejor conocida a lo largo y ancho del Caribe, de Las Antillas y de la cuenca del Pacífico centroamericano como el Pulpo o la Frutera. La compañía había sido fundada con un capital de veinte millones de dólares por su tío Minor Keith², en compañía de otros socios, en los primeros meses de 1899, allá donde el siglo XIX empezaba a dar la vuelta. En aquel entonces, la corporación surgió temerariamente a la vida convertida de hecho en un enclave impenetrable gracias a la suma de poderosas fuerzas económicas, agrícolas y mercantiles, ya operando en Santo Domingo, Honduras, Guatemala, Panamá, Cuba, Nicaragua, Jamaica y Colombia. En tan sólo treinta y cinco años, Robert Keith aumentó el capital a 215 millones de dólares³. En el feliz momento del brindis ante la asamblea de accionistas sentenció con desbordado orgullo: *Al firmar el libro de actas en esta memorable ocasión considero haber justificado sobradamente mi existencia y haber honrado el nombre y el esfuerzo de todos aquellos que me precedieron en esta tarea titánica de alimentar a la humanidad.*

Minor Keith, el querido tío Minor, aquel hombre de baja estatura, ojos pequeños de fanático y cabeza en forma de manzana⁴, había sido un organizador nato, un promotor de negocios inconfundible, un hombre de considerable experiencia política y financiera, un individuo dueño de una recia personalidad, ciertamente cautivadora, seguro de sí mismo y de sus proyectos económicos y mercantiles, dinámico y ambicioso en extremo dentro de un particular código de conducta moral. Además de todo, como una cualidad inexcusable de todo empresario exitoso, Minor Keith era frío, inflexiblemente frío y calculador, en particular cuando alguien arrojaba en la mesa de negociaciones la palabra *dólar*, único vocablo capaz de provocar en él las más variadas y abundantes secreciones.

En los años anteriores a la fundación de la United Fruit su máxima ilusión consistió en llevar a cabo la faraónica construcción de un sistema ferrocarrilero centroamericano. La obra magna debía unir Puerto Limón, en el Caribe, con San José, la capital de Costa Rica⁵. Él refinanciaría también la deuda pública costarricense, pediría a cambio los ingresos de todas las aduanas del país⁶, una concesión para explotar durante 99 años dichas vías férreas, 320 mil hectáreas de tierras fértiles en el lugar seleccionado por él y una exención para importar, libres de cualquier gravamen, los materiales de construcción necesarios para la ejecución de la empresa.

Los trabajos se iniciaron de inmediato y con ellos no tardaron en hacer acto de presencia algunos de los enemigos a vencer. La fiebre amarilla mata a sus dos hermanos. Mueren junto con ellos más de 150 trabajadores a lo largo de las jornadas iniciales de desmonte. El dolor no pudo ser más agudo. Piensa en desistir. Su autoimagen se lo prohíbe, el peso de su apellido se lo desaconseja. Su ambición y su vanidad no se lo permiten. ¿Un Keith? ¡Por Dios! Desafía entonces cualquier peligro. Ni la disentería ni la malaria ni otras tantas enfermedades tropicales, además de los insufribles calores, ni la infernal variedad de animales reptantes y ponzoñosos, ni siquiera las terribles bocaracás lo hacen cancelar sus planes. La comida se pudría antes de arribar al área de construcción; las medicinas requeridas con urgencia nunca llegaban con la debida oportunidad porque el barco encallaba en las inmediaciones de Puerto Limón, en un banco de arena o en un arrecife no identificados en las cartas náuticas. Pero nada, nada ni nadie lo detiene. Ni el ocio desesperante impuesto por las circunstancias ni el hambre ni la enfermedad ni las peores inclemencias de la

naturaleza ni las infernales incomodidades ni las sofocantes noches de insomnio lo convencen de la necesidad de cancelar su anhelado proyecto. Era imposible contenerlo. Yo soy un Keith, sí, un Keith, hermoso apellido, un verdadero constructor de civilizaciones. Por cada mosquito ganaré un dólar, por cada metro de riel ganaré un millón, con cada línea de ferrocarril consolidaré mi imperio y en el preciso centro de ese imperio estaré yo sentado en mi trono de dólares, sabiéndome envidiado y temido gracias a mi triunfo inigualable, incomparable y único en la historia de los forjadores del mundo moderno.

Minor Keith sorteó todas las dificultades como si alguien se las lanzara intencionadamente para medir su imaginación y destreza. Siempre lograba evadirlas y resolverlas hasta que una, disparada con furia y tino, hizo blanco espectacular en el centro mismo de sus ambiciosos planes. Cuando llevaba construidas sesenta millas de ferrocarril, en 1881, se encontró repentinamente sin recursos y sin crédito⁷. Sentía escurrirse lentamente por las paredes internas de un pozo viejo y enmohecido. No encontraba a su alcance nada para sujetarse. Las peregrinaciones a los centros financieros comenzaron a ser interminables. Tocó todas las puertas. Las de sus familiares y amigos, hombres de negocios, las de los banqueros y, desde luego, las de los altos funcionarios de los gobiernos supuestamente interesados. Recibió disculpas, sonrisas y explicaciones y un puro para que empecemos a relajarnos con los suaves aromas del Caribe, pero nunca le abrieron la caja de los dólares. Su rencor y su desprecio empezaban a nutrirse desde la intimidad de su soledad; el coraje guió cada uno de sus actos y lo llevó fanáticamente a repasar cada una de sus posibilidades, a bascularlas y medirlas con el máximo arrojo y la más apasionada entrega. Desde el suicidio al fraude. No encontró alternativa. Es el fin, pensó una tarde en Nueva Orleans mientras esperaba el barco que lo devolvería probablemente a morir y a ser enterrado junto con todo su desprestigio y su fracaso.

Qué lejos estaba de imaginar una solución, ahí, a la vista, a sólo unos cuantos pasos de la barca desde la cual veía morir la tarde. Nunca lo hubiera podido siquiera suponer. A tan corta distancia se encontraba la clave mágica para deshacer el nudo financiero que lo asfixiaba. De unos enormes garfios de acero negro vio colgadas un buen número de pencas de plátano todavía verdes, en espera de ser embarcadas para llegar en el punto ideal de maduración a las mesas de los consumidores. Cree encontrar la herramienta necesaria. Piensa en apalancarse financieramente con ella, en hacerse de los recursos necesarios a través de la compra venta de bananas en el gigantesco mercado norteamericano. Acomete de inmediato la empresa. Renta en cantidades insignificantes enormes superficies de terreno; se endeuda, se asocia, revende fruta, fleta barcos; los créditos fluyen a la agricultura. Empieza su recuperación, se entusiasma, recobra bríos, el color le vuelve al rostro. En 1883 ya exporta plátanos desde Costa Rica, Colombia y Nicaragua. Se hace de capital, obtiene jugosas utilidades, compra fincas, las explota sagazmente y en 1890 termina la construcción del ferrocarril ante la sorpresa, el disgusto y el rubor de propios y extraños⁸. Habían muerto cinco mil personas. Ni hablar, es el costo del progreso, el precio para disfrutar lo mejor del mundo civilizado.

El es uno de los grandes detonadores de la fiebre bananera de finales del siglo XIX. Es otro pionero, como aquellos que hicieron estallar la fiebre del oro en su momento, allá por 1850, en el corazón mismo de la California recién perdida por México en razón de la superioridad militar norteamericana. Surgen por doquier empresas bananeras. Cien en 1899 que ya exportan desde Centroamérica y del Caribe 16 millones de pencas a Estados Unidos. Junto con la expansión del mercado bananero se produce un desarrollo ferrocarrilero espectacular. Uno lleva de la mano al otro. La industria platanera lo salva de la quiebra. Nunca lo olvidará.

El progreso invade de golpe Centroamérica por todas las puertas, ventanas y orificios. Minor Keith lo propició. Minor Keith descubrió la veta. Minor Keith se salió, como siempre, con la suya. Ése es un Keith ¡No faltaba más! Por algo se dice que estamos forjados en el mejor de los aceros.

A partir de la fundación en 1912 de la International Railway of Centroamérica, consolida una imponente red ferroviaria: empieza a controlar el mercado agrícola con la aplicación de tarifas discriminatorias. Si los productores independientes no aceptaban sus precios y condiciones debían transportar su fruta con sus propios medios, en el entendido de que antes de embarcarla rumbo a Estados Unidos se encontrarían con

toda certeza frente a un serio dilema: o llegar de inmediato a una transacción inteligente, como si fuera tan sencillo lograrla con Minor, y reconocer las ventajas de contratar los servicios de sus empresas, o resignarse a asistir perplejos a la putrición de muchos años de esfuerzos y sufrimientos.

Su energía parecía inagotable. Era un verdadero maniático del trabajo, un dinámico constructor, un enfiebrado y goloso devorador de dólares, siempre imaginativo, resuelto y ocurrente. Sólo así logró iniciar una nueva era de transportación oceánica cuando la United Fruit fue la primera en instalar equipos de refrigeración en sus barcos revolucionando los mercados bananeros, así como los de frutas, legumbres y todo género de artículos perecederos. Al disminuirse la amenaza de la putrefacción se disparan las utilidades. Una descompostura en alta mar, una tormenta, aun aquellas que los piratas Drake y Raleigh difícilmente podían sortear en el engañoso Caribe; la pérdida de una conexión en Nueva Orleans, para enviar los plátanos al mercado neoyorquino, dar con un encalladero desconocido, eran los percances que a partir de ese momento pudieron salvarse sin la pérdida irremediable y costosa del producto. Minor y sus socios avanzan, avanzan todos los días. En 1904 son los primeros en instalar equipos de radiocomunicación a bordo de sus barcos, para abastecer en tiempo y forma los mercados más importantes y unir con más eficiencia los centros de producción con los de consumo. Minor Keith no cabía en sí. Desbordaba con satisfacción incontenible, él que siempre disimulaba sus emociones hasta la mínima expresión. Revisaba insistentemente los estados financieros y los balances de sus compañías para hacer modificaciones y ajustes, practicar todo género de ahorros y evitar hasta la menor fuga. Los desastres comienzan cuando a nadie le importa que se pudra un dominico. ¡Bah!, sólo es un dominico...

Descubre entonces fugas significativas originadas en el arrendamiento de barcos de carga. Recuerda las noches interminables de luna inmóvil durante la construcción del ferrocarril costarricense. El desperdicio de recursos, ahora en el renglón de fletes, lo conduce al insomnio. Encuentra como siempre alternativas financieras y empieza a comprar uno, dos, tres, luego diez, veinte, hasta que antes de morir, en 1929, precisamente el mismo año del crack bursátil en Wall Street, deja a la United Fruit con cien barcos de su propiedad, todos ellos con radio y equipo de refrigeración.

La Flota Blanca, como él la llamaba orgullosamente, o la Banana Fleet, como era conocida en el Departamento de Estado y en la misma Casa Blanca, y a lo largo y ancho del Caribe, Centroamérica y Las Antillas, despertaba los más encontrados sentimientos, desde el egoísmo y el temor, hasta el respeto y el coraje en todos sus niveles⁹. Minor despreciaba todas estas actitudes. El poder te encumbra y al encumbrarte eres inaccesible a las mordidas de los perros y al excremento en donde viven y se arrastran los incapaces. Tú trabaja, el resto vendrá solo. Cuando en 1913 nace la Tropical Radio and Telegraph Co., como una subsidiaria más de la United Fruit, Minor Keith siente finalmente integrada una apabullante maquinaria de trabajo, una imponente aplanadora, la octava maravilla creada por el ingenio del hombre, que las máximas autoridades de Estados Unidos estaban obligadas a preservar, como si se tratara de un tesoro nacional, entre otras razones por su capacidad generadora de dólares, imprescindibles para la ejecución del dorado sueño americano.

Para Robert Keith, el único heredero merecedor de la confianza del insuperable tío Minor, el desarrollo de la United Fruit era el único valor digno de ser defendido y tutelado. Su empresa absorbía toda su energía, atención y talento. Mi altar de vanidades, el espejo perfecto, la prueba más palpable de mi éxito en la vida, la verdad irrefutable de mi capacidad, los hechos convertidos en palabras, en muros de granito, la gran cortina de concreto donde se estrellan los estériles comentarios de los charlatanes, de los envidiosos y de los fracasados. Robert bien podía comenzar una plática sobre la pesca en el Caribe y el interlocutor ya sabía que en cualquier momento la conversación se desviaría indefectiblemente al tema bananero, a la producción de plátanos, a su transportación, comercialización y consumo en Norteamérica y Europa, en donde ya desde 1910 competían furiosamente con el mercado africano, a pesar de la distancia entre ambos continentes. Después de un segundo martini seco, preparado con ginebra inglesa, servido en un vaso Manhattan, con las tradicionales aceitunas españolas, una cebollita avinagrada y hielo frappé, como se los preparo a mi general Leónidas Trubico, la charla se convertía en monólogo. Keith describía con lujo de detalles la férrea

personalidad de su tío Minor, el verdadero fundador de este imperio. Él fue, como dicen sus biógrafos, el Gran Rey Sin Corona en Centroamérica¹⁰. Nosotros, los Keith, agregaba siempre altivamente con un dejo de desprecio indulgente, no somos conquistadores ni colonizadores: somos una familia de pioneros civilizadores. Hacemos y representamos lo mejor de la civilización. Vea usted a mi tío abuelo Henry Meiggs. Él empezó a construir la industria ferroviaria en Chile y en Perú allá a mediados del siglo pasado¹¹. Pronto se cumplirán cien años de fructífera actividad. Sin embargo el único constructor de la actual Centroamérica es sin duda alguna mi tío Minor, a él se le hará justicia sólo cuando el Caribe empiece a superar la etapa de canibalismo, exclamaba sin el menor rubor o empacho ante los ojos sorprendidos de quien tuviera enfrente durante sus delirios genealógicos. Como usted comprenderá, repetía incansable su mismo argumento sin que nunca nadie, ni el propio arzobispo de Salarragua ni su propio suegro, el ex presidente de la República, se atrevieran a contradecirlo, no le podemos exigir a unos antropófagos valores morales ni patrones de conducta inentendibles para ellos, pues sólo son válidos en sociedades y países como el mío, la cuna de todas las civilizaciones del futuro.

Dicho lo anterior, como quien termina de dirigir el último movimiento de una gloriosa sinfonía épica, ingería de un solo trago el martini en turno, con todo y aceitunas y cebolla, y después de unos instantes de jugosa masticación, a lo largo de los cuales tampoco dejaba de hablar, guardaba repentinamente silencio como si asistiera a un acto de respetuosa liturgia y empezaba a escupir los huesos, que salían disparados a gran distancia, como si se tratara de una competencia, al presionar hábilmente la lengua contra los dientes, sin necesidad de soplar, para lanzar el proyectil, curiosamente, siempre al mismo lugar.

Robert Keith no dejaba de recordar nunca las hazañas de su tío ni de preguntarse, ante la menor adversidad, cuál hubiera sido la actitud y la decisión de aquél frente a un problema similar. Estudiaba mentalmente su rostro, sus manos, sus ojos, su ir y venir en la elegante sobriedad de la sala de juntas; pensaba en las preguntas que haría para ubicarse y medir el tamaño del conflicto y estar así en posibilidad de evaluar las diversas alternativas de solución. Intentaba penetrar en la mente privilegiada del difunto a través del recuerdo de sus pupilas, siempre al acecho, para encontrar respuestas, los atajos y la paz. Hablaba con los muertos de día y de noche. A mi tío Minor le debo mucho más de lo que él se imagina, pensó Keith mientras se acomodaba de costado en la cama, se sacudía la ceniza del pijama y se llevaba el cigarrillo de nuevo a la boca. Las huidizas sombras nocturnas ya habían desaparecido definitivamente del mágico ventanal. Instintivamente su esposa Sofía retiró, con las piernas, en suaves movimientos mecánicos, las sábanas de seda blanca bordadas con hilo del mismo color, probablemente acalorada por los primeros rayos del sol que irrumpían indiscretos en la intimidad de la habitación. Unas extremidades firmes y bien torneadas quedaron de inmediato al descubierto. ¡Sí que eran hermosas!

La breve lencería europea era ideal para ayudar a soportar los calores primaverales del Caribe. Sofía, como era conocida socialmente, o doña Sofi, como se le identificaba por el personal de las fincas y de las empresas, se acercaba como una nave gobernada por vientos veleidosos al esplendor de su vida, aquellos cuarenta años en los que una mujer ya resume en su ser la calidad y la intensidad de la experiencia. Robert sintió un impulso inconfesable de cubrir esas extremidades bronceadas y provocativas, sin manifestar la menor expresión de deseo carnal, que lo hubiera expuesto ante su esposa como cualquier hombre susceptible de ser seducido por unos simples encantos femeninos y etiquetarlo como un humilde mortal más. ¡Imposible en un Keith! En todos los actos de su vida era conveniente ocultar sus naturales debilidades para mostrarse como un ídolo de bronce hecho de un solo golpe de troquel. Dale rienda suelta a tus apetitos inconfesables sólo en el más comprobado anonimato, le enseñó hasta el cansancio su querido tío Minor. Como si lo hubiera vuelto a oír y pudiera leer el pensamiento de los santos difuntos, decidió voltearse religiosamente al otro lado de la cama, hacia el enorme ventanal, hacia aquel ventanal por el que veía pasar toda su vida, y dedicarse mejor a descifrar las señales del viento, el balanceo de las palmeras, la aparición repentina de una nube amenazante o entregarse a reconstruir uno a uno los innumerables pasajes de la vida de su tío, que le daban colorido y ejemplo a su propia existencia.

En estas reflexiones se encontraba Robert Keith cuando empezaron a sonar unas suaves campanadas

provenientes del reloj despertador de oro macizo que le había regalado entre otros muchos obsequios el presidente de Meryll Lynch, una de las casas de bolsa más importantes de Estados Unidos, en agradecimiento por haberlos escogido nuevamente para la última colocación multimillonaria de acciones de la Frutera en Wall Street¹². Las campanas le recordaban una infancia nostálgica y solitaria. ¿Había acaso un sonido más sugerente para despertar? Eran exactamente las 7:28. Robert Keith contaba con sólo dos minutos para llegar al baño y escuchar el noticiario de las 7:30 de la mañana, patrocinado por una de sus compañías con la condición de que fuera transmitido en inglés precisamente a esa hora. De inmediato se incorporó y mientras se disponía a encender un nuevo cigarrillo su mujer se colocó bruscamente boca abajo, escondió la cabeza bajo la almohada para impedir a como diera lugar la menor filtración de luz y escapar a cualquier ruido, incluso a la respuesta de su marido.

— ¿Te costaría mucho callar tu porquería esa y correr las cortinas? —gruñó como quien se resiste a despertar para sólo volver a vivir la misma realidad plana e insípida de siempre.

Keith, por su parte, pensó que ya era hora de despertar: quien tenga ilusiones en la vida debe levantarse con el sol. Se dirigió impasible al baño, sin hacer caso alguno de las súplicas de su esposa. Pasó frente a ella. Volvió, sin embargo, a ver sus piernas, ahora totalmente desnudas y expuestas irreverentemente a la luz. Ciertamente eran una invitación irresistible. ¿Y si cayera sobre ella, así, sin preámbulos ni avisos, ni siquiera caricias previas — ¡sí, así!—, rodeándola por la cintura y la mordiera y recorriera con la lengua toda la espalda, para escucharla gemir y gritar de placer llamándome, invocándome, como lo hace la tierra después de una larga sequía, antes de abrirse al contacto de las primeras gotas de lluvia y de recibir después agradecida su generoso caudal? Soy un Keith, ¡carajo! Y por eso, precisamente por esa razón prefirió entonces buscar cualquier pretexto para negar su impulso y cancelar su deseo. Apresuró el paso y sólo cuando oyó en la radio las últimas declaraciones del presidente Franklin Delano Roosevelt se volvió a sentir a salvo y nuevamente dueño de sí. ¡Dios!, se dijo ya frente al espejo mientras se acariciaba la barba antes de empezar a enjabonarse, a las mujeres las inventó el demonio...

Cuando el magnate se encerró tras su acostumbrado portazo, el corazón de Sofía dio un vuelco, como si las costumbres de su cónyuge la hubieran tomado por sorpresa. El mismo sentimiento de rabia e impotencia se manifestó de golpe en su estómago, en su garganta y en sus ojos. Era como una marea que regresaba cada vez más crecida a estrellarse contra la indiferente solidez de las rocas. La alarma sonaba burlonamente mientras el sol, curioso y juguetón, inundaba hasta el último rincón de la magnífica habitación. Había sido como siempre ignorada. Sus quejas desoídas. Su existencia, en fin, desconocida. Eso sí, ahí está ese imbécil de Roosevelt en la radio y este idiota pegado al aparato.

¡Eres un mierda, Rey de la Banana!, ¿me oyes? Sí, eres un rey, pero de la mierda. Mil veces rey y mil veces de la mierda. Un día me vengaré de esta cucaracha traganíqueles, juraba Sofía en su impotente silencio, mientras lloraba y pataleaba sobre la cama con la cabeza desesperadamente escondida bajo la almohada.

Sofía se había casado con Robert Keith cuando su padre, don Tomás Guardia, era presidente de la República de Costa Rica¹³. Las concesiones ferrocarrileras se extendían a la menor insinuación. Las fincas bananeras proliferaban a lo largo y ancho del país. Los vientos de la prosperidad soplaban tenazmente contra las velas de la nave de la fortuna tripulada por su marido. Sofía se sentía una pieza clave dentro de una negociación política y financiera, un objeto a cambio, sin voz ni voto, la prueba para exhibir una alianza, la erección de un muro impenetrable entre su padre y el sobrino del mayor inversionista americano, entre el gobierno de Costa Rica y el de Estados Unidos. A sus ojos la boda había sido una demostración pública de un acuerdo entre dos grupos de poder. Ella era sólo un engrane más en la avasalladora maquinaria mercantil de los Keith.

Sofía Guardia nunca había conocido la menor carencia material. Cuando pequeña su padre compensaba sus reiteradas ausencias con regalos costosos, por lo general inútiles y aburridos para una chiquilla cuyo único deseo se reducía a jugar a zambullirse una y otra vez con él en la espuma del mar

abrazada entre carcajadas de su cuello. Don Tomás creía cumplir con sus obligaciones paternas en tanto que a su hija no le faltara de nada, gozara de buena salud y contara con todos los elementos de diversión propios de su edad. Al crecer Sofía, Tocha, como su padre la llamaba cariñosamente, más crecían en precio los regalos y más crecía su capacidad de gasto gracias a los depósitos hechos en su cuenta de cheques, el primer día de cada mes del año. Cuando Sofía se casó finalmente con Keith, esta Tocha nació mimada por la vida, la historia pareció continuar hasta el infinito. A los abultados depósitos de su padre, quien juró sobre las siete leyes no suspenderlos jamás para que a su hija siempre le alcanzara para los alfileres, se sumaron los de su esposo, más importantes que los de aquél. En lugar de muñecas costosas vinieron muebles importados. En lugar de casitas de juego, instaladas entre los centenarios laureles de los enormes y coloridos jardines del hogar paterno, aparecieron las residencias de verano e invierno y con ellas las joyas ostentosas y los vestidos firmados por las más distinguidas casas europeas, no tanto para que ella los luciera en la Casa Blanca o en los *cocktail-parties* At Wall Street sino para demostrar en todo momento el poder económico de su marido.

Nada había cambiado en la vida de Sofía Guardia. De hecho sólo había mudado de domicilio. La niña graciosa y educada que decorara en su momento una familia ahora decoraba un matrimonio, igualmente rodeada y saturada de los mismos lujos, aburrida de viajar por el mundo como una pincelada más de la personalidad de su esposo y harta de escuchar sus deslumbrantes éxitos políticos y económicos. Día a día se instalaba más en la apatía y en la indiferencia. Día a día la abulia se apoderaba de algo más de ella. Tenía todo y le faltaba todo. Como su madre, doña Gloria, exactamente igual que ella, habría de extinguirse gradualmente. Doña Gloria dejó un día de sonreír; otro, dejó de hablar. Fue transformándose en una esfinge hasta que su vida, como el fuego parpadeante de una vela, se apagó ante los ojos sorprendidos de don Tomás, quien nunca entendió la enfermedad de su mujer, como tampoco pudieron diagnosticarla la larga cadena de médicos traídos expresamente de las mejores universidades de Estados Unidos.

Yo no moriré como mi madre, insistía una voz en la intimidad más escondida de Sofía. Yo he tenido contacto con la vida, la he sentido al agitarse algo en mi interior como una paloma asustada en las manos de sus captores. En mí algo vive y grita, pero también algo muere a diario. Lo he silenciado deliberadamente y lo he ignorado como si tragara veneno.

Lo supe aquella tarde cuando Antonio, sí, Antonio, el inolvidable Antonio, me llevó al final del muelle y ahí en el atardecer encendido, frente al mar, me besó por primera vez mientras contemplábamos el arrebol del Caribe y las olas festejaban nuestro atrevimiento salpicando juguetonas nuestras ropas. Soñé que me miraba fijamente a la cara; yo prefería clavarle la vista al sol, como para robarle algo de su fortaleza, al tiempo que él empezaba lentamente a desabotornarme la blusa, sin dejar de verme un solo instante, serio, muy dueño de sí, plenamente consciente de lo que hacía y hacíamos. Las gaviotas de piar agudo y breve revoloteaban escandalizadas sobre nuestras cabezas como si quisieran impedir nuestras caricias. Yo le dejaba hacer. Cerraba los ojos y por un buen rato sólo podía ver el rojo encendido del horizonte. Creí temblar, escuchar de pronto un grito, un estallido; la lengua se me pegaba al paladar, las manos se me helaron, mientras mis pechos despertaban de un largo sueño y se convertían en piedras suaves al solo contacto de aquella caricia ignorada, de aquella piel mágica, de la luz, la brisa y la sal. Sentía llenarme de vida, hincharme de felicidad, al extremo del desbordamiento; acercaba mi cuerpo al fuego, lo ponía a prueba para descubrirlo y conocer su respuesta. Por instantes, se me escapaba la vida. Escuchaba aldabazos en el pecho, como si fueran dados por un gigante decidido a derribar el hermoso portón de lo prohibido.

Yo abría llena de curiosidad y dejaba pasar una mano tibia que buscaba en mi interior los botones del milagro. Antonio los despertó como si les murmurara, con el solo roce de sus dedos ásperos y expertos, capaces de resumir la primavera en un dulce instante. Todos los pájaros del Caribe parecían llegar en interminables parvadas para cubrirme de los últimos rayos del sol. Yo quería mostrarme y volar, flotar y reír en medio de contagiosas carcajadas, enseñar mi cuerpo, sí, enseñárselo al mundo y perfumar el viento, envolverme en él hasta dejarlo embriagado con los dulces aromas de mi inocencia. Las imágenes del gigante se repetían incesantemente. Ahora lo veía con una espada desenvainada y el paso firme y seguro; avanzaba

sin piedad alguna y ya casi sentía el inflexible rigor del acero. Perdía la conciencia, la fuerza me abandonaba, no ofrecía ya la menor resistencia mientras sentía dentro de mí, inmersa entre el placer, el dolor y el miedo, la herida certera e irreparable. Después me lanzaba a las abismales profundidades del océano con unas ganas incontenibles de reír y anunciar mi feliz arribo al reino encantado de la perversión.

Habían transcurrido ocho largos años de la devastadora quiebra de Wall Street en octubre de 1929. Ocho desde la muerte del tío Minor. Desapareció poco antes de la pavorosa depresión. Como si se hubiera negado a presenciar la hecatombe. Un hombre de éxito como él jamás hubiera podido asistir a la desintegración gradual de su país. ¡Qué va!, tal vez se hubiera lanzado en una nueva cruzada del capitalismo y hubiera recorrido de costa a costa su patria, con el objeto de inyectar ánimos, devolver la confianza y recordar la grandeza del origen del pueblo norteamericano y las bondades de su futuro en razón de su espíritu combativo y su mil veces probada capacidad de superación. Sus gritos desesperados se hubieran escuchado del cañón del Colorado al Potomac. Sin embargo, murió sin imaginar siquiera que las perspectivas de la Nueva Época promovida por Herbert Hoover quedarían sepultadas para siempre junto con su promisoría carrera política. Estados Unidos enfrentaría la peor crisis desde su guerra civil. Sálvate tú por sobre todas las cosas. Pon tu capital y todos los ahorros de tu vida a buen recaudo, aunque para lograr esto tengas que cortar la rama en la que estás sentado, parecía ser el lema de los años treinta hasta antes del encumbramiento de Roosevelt al poder. En aquellos días aciagos los industriales colocaron en las puertas de sus fábricas letreros que sentenciaban: No se reciben solicitudes de familias de color desempleadas. Se les pide cuidar de sí mismos. Los negros y los mexicanos recordaron la cruel verdad del dicho: Los últimos contratados, los primeros despedidos¹⁴.

Los hombres de negocios, que en los fabulosos años veinte se habían arrogado el crédito de la prosperidad, fueron culpados por los malos tiempos y por su alarmante falta de responsabilidad social. La creencia de que quienes controlaban la vida empresarial del país eran impulsados por ideas de conducta honorable quedó completamente quebrantada¹⁵. El desprestigio de Hoover y del Partido Republicano facilitaron el éxito arrollador de la oposición demócrata, encabezada brillantemente por Franklin Delano Roosevelt. El ex gobernador de Nueva York, lisiado por un ataque de parálisis infantil, pero dueño de una carismática personalidad, recibió 23 millones de votos y triunfó en todos los estados de la Unión, salvo en seis, para infligir una de las peores derrotas de la historia a candidato republicano alguno. El Partido Republicano, en adelante, pasaría a ser identificado como el de los malos tiempos.

Comenzaban los históricos cien días. Roosevelt mandaba quince iniciativas de emergencia al Congreso; las quince serían aceptadas sin dilación. El poder legislativo apoyaba incondicionalmente al presidente en la histórica tarea del rescate nacional. Tan sólo dos semanas después las aguas empezaban a volver a su molino, se recobraba gradualmente la moral y la confianza. El flamante apellido del jefe del ejecutivo parecía mágico. Decreta subsidios, ayudas y créditos a los agricultores. Al igual que Inglaterra, abandona el patrón oro. Detiene la epidemia de quiebras bancadas. Obtiene autorización para devaluar el dólar. Lo devalúa. Su política de Nuevo Trato sorprende, se acredita y triunfa. Decide meter en cintura a los financieros y frenar las maquinaciones del *trust* del dinero. Propone nuevas reglas para impedir prácticas fraudulentas en la bolsa de valores. En 1934 se decía que las noticias financieras ya no se generaban en Wall Street ni en las salas de juntas de las compañías ni en las empresas bancarias sino en Washington: en la Casa Blanca. Para ser más precisos, en el mismísimo Salón Oval.

Franklin Delano Roosevelt rescató a su país de la destrucción originada en la Gran Depresión de 1929, prácticamente a lo largo de su primer mandato. Ese será un motivo de eterno agradecimiento nacional a la figura de uno de los grandes estadistas norteamericanos de todos los tiempos. El Nuevo Trato había logrado estimular la recuperación industrial, pero en ningún momento pudo detener ni disciplinar a las grandes empresas en sus prácticas monopólicas. ¡No faltaba más! Si el propio presidente de Estados Unidos no

había podido con ellas, a pesar de sus inmensos poderes, ¿cuál no sería la suerte de las economías centroamericanas si, además, como era de suponerse en función de la marcada dependencia comercial, un resfriado para el gigante del norte se traducía en una pavorosa pulmonía para toda América Latina?

Si Estados Unidos reducía la importación de insumos a los estrictamente imprescindibles para mantener en producción su planta industrial, era evidente que relegaría a un segundo término, en especial dentro de un agudo fenómeno depresivo, la importación de artículos tropicales superfluos como el café, el ron, las bananas, el cacao, el azúcar y el tabaco, entre otros géneros, de los cuales dependía Centroamérica para sobrevivir y cuya colocación en los mercados foráneos era vital para la marcha de los respectivos países.

Cuando se desploman las exportaciones se paralizan las economías nacionales y se despeñan los gobiernos, víctimas también del oportunismo político de sus opositores. Los productores agrícolas asisten al remate de sus plantaciones, desesperados ante su incapacidad de amortizar el importe de las hipotecas contratadas con bancos norteamericanos o ingleses que, en ocasiones, manipulaban los precios internacionales para asfixiarlos financieramente y así apropiarse de sus áreas de cultivo en condiciones irrisorias, propias de un sonoro festejo en las elegantes *soirées* de Nueva York.

Franklin Delano Roosevelt celebró la Navidad de 1936 entre sonrisas y felicitaciones después de reelegirse aplastando a su oponente con 533 votos contra ocho. Se trataba de la victoria electoral más apabullante desde la época de Monroe, en la primera cuarta parte del siglo XIX. El 25 de diciembre, apegado a la costumbre, comió un pavo ahumado de doble pechuga y de unos veinte kilos de peso, obsequio de un granjero agradecido de Kansas. Roosevelt lo disfrutó con la salsa *gravy* de su predilección, un relleno elaborado con nueces, dátiles y piñones y un puré de papa que le haría recordar los años felices de una infancia rodeada de riqueza y poder dentro de los más altos niveles de la sociedad norteamericana.

Durante la cena, acompañado de Eleanor y un grupo selecto de invitados y cercanos colaboradores, el presidente paseó la vista insistentemente por el hogar de la chimenea. De pronto la clavó en el tronco más grande, en uno que despedía llamaradas azules y amarillas y producía poderosos chasquidos mientras el fuego lo devoraba, inmóvil e indefenso. Los íntimos advirtieron en el rostro del presidente una grave preocupación. Tal vez ya escuchaba de nueva cuenta los tambores de la guerra en lontananza.

En el mundo entero empieza a oírse el ruido estremecedor de las botas marciales al golpear al unísono las calles de las grandes capitales fascistas, decoradas hasta el delirio con las banderas y los símbolos religiosos que recuerdan en todo momento la infinita superioridad del Estado. Los desfiles militares emocionan y robustecen el espíritu nacionalista. Los pechos se inflaman, las gargantas se secan, los rostros palidecen, las lágrimas se derraman y las ovaciones estremecen. La música de Wagner recorre junto con el viento hasta el último rincón de Alemania; su alma y la de Nietzsche parecen tener la fortaleza de agitar hasta la más débil de las conciencias. Se cantan las glorias del pasado y se proyecta a todo el orbe la superioridad militar y económica del Tercer Reich. La pujanza de las razas elegidas, la incomparable fortaleza de su espíritu invencible, su capacidad constructiva, su disciplina mecánica, su talento científico, su desprecio por el ocio, el orgullo indescriptible de ser únicos, su intuición organizadora, su invencible, arrolladora concepción filosófica del mundo y de la vida, su necesidad irrefrenable de vencer, la justificación social de su existencia, la obligación religiosa y política de ser, de poder, de demostrar y realizar. La grandeza de la patria, la gran herencia de nuestros abuelos. El amor fervoroso a la bandera, las notas motivantes del himno, la ingravidez melodiosa, el llamado de los cañones, el olor a pólvora, el lacónico lenguaje de la explosión, la corona de laureles y la oda al éxito eterno. La arrogancia del ejército, la altivez de la marina, la vanidad de la infantería y la soberbia de la aviación. El rescate de Alemania, el reencuentro, el honor perdido, la Valquiria, el Anillo de los Nibelungos y las firmes convicciones del superhombre hacen vibrar cada corazón alemán con sólo contemplar el paso de la oca.

Los dictadores centroamericanos caen arrodillados ante la escenografía nacionalsocialista¹⁶. La liturgia del Tercer Reich los inflama, los contagia y al mismo tiempo los deprime: ¡Caray, una Gestapo centroamericana integrada por mayas! Hitler ha entendido como nadie al mundo. Él conoce como ningún otro a los hombres, sus debilidades, complejos, ambiciones y limitaciones. Nadie mejor que él para encabezar ordenadamente a los seres humanos y conducirlos matemáticamente a la conquista del mejor de los futuros. Sin consultar, porque ellos, desde luego, desconocen lo más conveniente para su bienestar y sus intereses; sin discernir, porque sólo Hitler conoce las metas más generosas y las fuentes de satisfacción más abundantes para alcanzar nuestros más caros propósitos; sin negociar, porque el bien común entendido desde la cúspide de la razón y del bien universal no se discute ni se refuta. El Führer es nuestro gran líder, nuestro ejemplo a seguir, el verdadero genio creador del fascismo, la única posibilidad coherente para la subsistencia feliz del género humano. Alguien tiene que decidir por todos nosotros el mejor camino a seguir y nadie mejor que Hitler, un iluminado de los que nacen cada diez siglos para guiarnos por la senda del progreso.

Robert Keith había mandado instalar cuatro regaderas grandes de alta presión a lo largo de una plancha de granito rojo. Era una sola pieza de más de dos metros sobre la cual gustaba desenjabonarse el cuerpo y gozar acostado de la terapia del agua caliente, inmerso en sus acostumbradas reflexiones dentro de su más íntima soledad. Escuchaba la radio, como siempre, a todo volumen para no perder detalle de los acontecimientos nacionales e internacionales. Su desayuno a esas alturas del año debía servirse en la Terraza del Caribe y no en la de Los Dominicos, para poder estudiar cualquier ángulo del cielo y descifrar en todo momento hasta el último de sus mensajes. Ordenó, también, que le pusieran en la percha central de su vestidor alfombrado y tapizado en colores blancos, con la misma vista espectacular a los azules caribeños, uno de sus trajes cruzados de lino blanco, una de sus camisas bordadas de seda blanca y una corbata tejida a mano color Gros Michel, el plátano más popular y aceptado en Estados Unidos, el verdadero instrumento de su fortuna. Aquella mañana tenía entrevista y acuerdo con el presidente de la República, nada menos que con don Leónidas Trubico, Benefactor de la Patria, según decreto sancionado por el propio Congreso Federal a iniciativa del mismo jefe del ejecutivo.

Terminó de arreglarse con lujo en el detalle, sin dejar de consultar frente al espejo la combinación de cada prenda. Cuando el reloj de pared del área de recepción de su residencia anunció las nueve de la mañana en punto bajó pensativo, como siempre, elegante como pocos, perfumado como nadie y hermético como quien se sabe consciente de la trascendencia de sus palabras.

Jacques Delhumeau, el *chefe cuisine* que había halagado durante tantos años el paladar de su tío con ingeniosas novedades gastronómicas, lo esperaba puntualmente tras de la silla, sobrio, protocolario, con una mesa exquisitamente decorada y, desde luego, la mejor de sus sonrisas. Si hay que comer tres veces al día hagámoslo lo mejor posible. Su periódico favorito: *The New York Times*, en especial su sección «Foreign Affairs, Banana Today» estaba al lado derecho, y su barco de vela, su mágico amuleto de toda la vida, réplica de una corbeta inglesa de finales del siglo XIX, se encontraba como siempre frente al samovar con café fresco de Colombia.

A las 9:43, como era costumbre arraigada en él, se dirigía a sus oficinas sentado frente al volante de su automóvil, y el chófer en la parte trasera por lo que pudiera ofrecerse, ya que a mí me gusta manejar y sentir en las manos y en los pies el empuje de los últimos modelos.

Keith pensaba cómo podría llevar Roosevelt a cabo su política de Buen Vecino si a cualquier hijo de su madre de estos presidentes centroamericanos, sus hermanos menores, le da un día por empezar a expropiar bienes, así, por sus puros huevos, y sin pagar indemnización alguna. Ahí quiero verte, maldito Franklin. ¿Qué harás cuando empiecen a robarse nuestras empresas, bancos, minas, plantaciones y ferrocarriles? ¿Cómo

se puede ser buen vecino de quien le muerde la mano a uno mientras se le da de comer? Espero que sólo sea una banderita política más de estos alborotadores de Washington, porque si no, ahora sí que pasarán muy malos ratos... Tenía que llamarse Franklin, claro, igual que mi hermano, ese otro imbécil...

De pronto apareció ante sus ojos la fachada principal de la catedral de Salaragua, con su deslumbrante estilo churrigueresco. Se encontraba ya muy cerca del Palacio del Gobierno. Leyó la misma leyenda de siempre colocada en el frontispicio, según la escribían a diario con flores frescas varios indios mayas de los últimos recodos del Usumacinta:

PASA A ESTA TU CASA, LA CASA DE TRUBICO Y DE DIOS

Keith festejó con una sonrisa el sentido del humor del dictador. Disfrutaba cómplice las sarcásticas manifestaciones de egolatría por el desprecio moral que contenían. El derecho a la burla es uno de los grandes privilegios y placeres que concede la superioridad, se dijo proyectando altivo el mentón. Su chófer reconoció con disimulado temor aquel gesto de dureza conocido por quienes habían padecido la dictadura del Rey de la Banana.

—Nosotros —recordó su conversación, siempre entre sonrisas, semanas atrás en el Departamento de Estado— organizamos y dirigimos a los indios mayas igual que los vaqueros de Texas conducen entre gritos, chillidos y disparos a sus reses. ¿Cuál es la diferencia entre ordenar desde mi caballo a un maya cortar una penca de plátano o asustar a una vaca para que se incorpore a la manada?

Nada detenía a Robert Keith cuando iba en busca de adulaciones. A cambio de una lisonja era capaz de sacrificar una amistad, de ridiculizar a un socio o a un subalterno, de traicionar a una mujer o de exhibir a quien fuera. Todo con tal de recibir una carcajada en homenaje a su talento. En particular se creía al sentirse rodeado de un auditorio cautivo y ávido de diversión, similar al que tenían los cazadores de cabelleras apaches a mediados del siglo XIX.

En aquella reunión narró con lujo de detalles a sus socios, resguardados en el interior de los despachos herméticos del Departamento de Estado, diversos pasajes de la vida política de los dictadores centroamericanos, de quienes conocía lo escondido hasta en los últimos pliegues de sus vidas. Contó anécdotas de Trubico, su gran amigo, socio y compinche de las ininterrumpidas bacanales finisemaneras. Desbordó explicándoles cómo había mandado poner su nombre en la avenida principal de la capital de la República y en la de cada ciudad y pueblo del interior, por pequeño e insignificante que resultara. Y no se le fuera a ocurrir a alguien del gabinete o a cualquiera de los presidentes del poder judicial o legislativo, o al arzobispo primado o al nuncio papal, faltar a inauguraciones de semejante trascendencia histórica, donde se consagraba nuevamente la figura del jefe de la nación y se suplicaba a Dios fervorosamente su divina bendición para garantizar la presencia vitalicia de Trubico al frente de la presidencia de la República, porque dos horas después tendría su equipaje completo en la estación de ferrocarril con boletos gratis para él y toda la familia para largarse a la mierda en el mejor de los casos.

—Eso sí, Trubico siempre cuida que la diferencia no sea con nosotros. Aún más: si nuestro embajador no asiste, el dictador acepta sus disculpas transformado en una dulce y candorosa madre de la caridad.

Cuando el tema parecía llegar a su fin y su expectante auditorio se preparaba a entrar finalmente en materia, sorpresivamente lanzaba, como todo jugador experto, una nueva carta escondida en la manga. Era impredecible e inagotable. Agregó entonces que si el presidente de Estados Unidos se atreviera a cambiar el nombre a la avenida Pennsylvania por el de su amante, en caso de que la tuviera, ésa sería una razón más que suficiente para lanzar al pueblo americano a una nueva guerra civil.

—Sin embargo, en Salaragua, nuestro querido amigo Trubico bautiza la segunda, tercera, cuarta y quinta calles, hasta de los villorrios más apartados, con el nombre de su padre, de su hijo, de sus abuelos

paternos y su amante en turno, respectivamente, sin que jamás se agite ni la hoja de una banana. Es más, si quiere ponerle a un Estado de la República el nombre de alguien en particular, divide en dos cualquier entidad que se le dé la gana e inaugura el nacimiento de un nuevo estado de la federación con el nombre, por ejemplo, de la persona que le hacía el mejor chocolate cuando era niño. ¿Qué les parece?

»Trubico gobierna con la misma seriedad con la que juega un niño.

¡Qué recuerdos y qué experiencias! ¡Qué delicia escucharlo! ¡Qué privilegio conocer las experiencias políticas en los terrenos conquistados, de voz de estos intrépidos inversionistas, los verdaderos forjadores de Estados Unidos!

Keith no pudo contener una nueva sonrisa cuando repentinamente cambió de velocidad para medir la potencia de los nuevos motores Ford de cuatro cilindros y voltear de soslayo para escrutar entre acidas sonrisas el rostro sorprendido de su chófer. ¿Cuándo podrán ustedes, mayas de mierda, diseñar y construir una máquina como ésta, si sólo saben acarrear pencas, y hasta eso lo hacen mal?, pensó Keith satisfecho de sí mientras aceleraba a fondo. Sujetó entonces el timón con ambas manos mientras ingresaba en la avenida principal, Avenida Generalísimo Leónidas Trubico, de Ciudad Trubico. Distinguió a lo lejos la fachada también churrigueresca del Palacio de Gobierno de Salaragua.

Recordó entonces cómo había extraído ceremoniosamente en aquellos momentos de la reunión en Washington un habano del bolsillo superior de su saco y luego unas pequeñas tijeras de oro, las mismas que dejó sobre la mesa ante la mirada curiosa de sus interlocutores, quienes, desde luego, no perdían detalle de la narración ni del teatro perfectamente estudiado y montado para hacerse de simpatías especialmente útiles a la hora de la concesión de solicitudes de apoyo militar, político o económico. Había comenzado el rito del encendido del puro. Protegido e inaccesible entre el humo, se sentía como Dios oculto tras las nubes, hablándole a su pueblo elegido. A partir de ese momento, seguro de tener en el puño a su auditorio, relató diversos pasajes de la vida de los tiranos, mis tiranos, nuestros tiranos tropicales.

Describió, unas veces serio, otras sonriente, pero siempre estimulado por las más sonoras carcajadas, el proceso de consolidación política de los presidentes centroamericanos:

—Llamemos así a estos hijos de la gran puta. Las dictaduras nos convienen mucho más que un gobierno liberal presidido por otros sujetos igualmente corruptos e ignorantes, en primer lugar, porque nuestros Trubicos significan una garantía para impedir la infiltración comunista en América Latina; en segundo, porque nos abastecemos de todas las materias primas vitales para nuestro crecimiento, sin barreras arancelarias ni obstáculos burocráticos, ustedes saben, y porque ahorramos dinales al no tener que transportar de un lado a otro los marines, además con un costo político muy elevado en el orden internacional. ¿No creen?

Explicó en ágiles comentarios sarcásticos el asesinato y la desaparición de líderes políticos o intelectuales: *opositores de las tesis filosóficas de la reconstrucción nacional* Tocó con especial morbosidad el tema de los cementerios clandestinos, de los escuadrones de la muerte, de la guerrilla estimulada por el gobierno para purgar al sector campesino de cualquier enemigo del régimen, de los secuestros, de la represión por cuerpos policíacos y paramilitares, de la inexistencia de garantías individuales, salvo que contara uno con amigos de fuste en el gobierno o tuviera la cartera repleta de billetes. Ya iba a explicar las excelencias de la impunidad en virtud de los intereses creados, como era su propio caso en el Departamento de Estado, pero prefirió continuar la narración con cautela y no comprometer a ninguno de los presentes con recuerdos de un pasado común incómodo, pero altamente lucrativo gracias a los cuantiosos sobornos que ayudaron a convencer a los funcionarios de los más elevados niveles respecto de las innumerables ventajas de invadir militarmente los países donde la inversión americana se viera de una u otra forma amenazada por los malditos comunistas.

Detalló los pormenores de un estado de sitio, la cancelación de la libertad de tránsito, de reunión, de asociación, de expresión y los beneficios de un terrorismo controlado por el gobierno para aplastar las

tentaciones rebeldes o revolucionarias antes de nacer.

Expuso las conveniencias mercantiles y políticas de contar con una prensa dependiente, ellos la llaman amordazada, pero ya saben ustedes, los latinos son viscerales y amantes de las expresiones extremistas, como cuando llaman elecciones fraudulentas a las elecciones; llamémoslas, se detuvo pensativo, dirigidas; eso es, dirigidas siempre en beneficio de una comunidad ignorante, iletrada e indolente. Por eso los militares deben mantenerse siempre en el poder y formar antes que nada una opinión pública, para después conducirla, coordinarla y orientarla en su propio provecho.

— ¡Claro está!, pueden surgir grupos minoritarios enriquecidos, pero todo eso es mucho mejor que si de verdad saliera electo cualquiera de los aspirantes populacheros a la presidencia de la República. Ustedes no se los imaginan: son verdaderos gorilas que apenas aprendieron a quitarle la cáscara al plátano.

»Observen ustedes —continuó mientras metía la mano debajo de la mesa para sacarla unos segundos después con un cerillo encendido. Al reconocer las expresiones en el rostro de su auditorio, como niños sorprendidos por el mago que saca un conejo tras otro de su sombrero de copa, proseguiría hablando distraído, convencido íntimamente de haber conquistado por completo, ahora sí, la admiración de su público—: en las casas hay letreros que dicen: Trubico nos da amparo. En los pueblos: Trubico nos da agua para beber. En los hospitales: Sólo Trubico nos cura. En los mercados: Esta estructura es testimonio de la grandiosa era de Trubico. En los puertos: Trubico, hacedor de esta tierra, y en la frontera —Keith apuró el último trago de su coñac Henessy Extra Oíd ante la evidente expresión de angustia de los contertulios al ver consumirse el cerillo, el fuego cada vez más cerca de los dedos—: A partir de este momento entra usted en el reino de la paz. Trubico velará por usted. —Dicho esto encendió por fin el puro para concluir con la liturgia del humo.

Todos negaron al unísono semejante engrimiento pero Keith asintió dueño de sí, como supremo titular de la verdad.

Los funcionarios del Departamento de Estado, a quienes Keith agasajó esa noche, como era costumbre en él cuando visitaba la capital de Estados Unidos, asintieron gozosos, como en los días sucesivos lo harían respectivamente los integrantes del alto mando de la marina, la aviación y otras dependencias claves relacionadas con sus negocios en ultramar; igualmente lo harían banqueros, abogados, jueces, industriales, senadores y toda aquella persona capaz de ayudarlo a ganar o a defender un *dime*. Asistían no sólo para conocer nuevas anécdotas de sus pintorescos gobernantes latinoamericanos, donde el Rey de la Banana tenía sus multimillonarias inversiones, sino por los verdaderos banquetes a los que eran invitados en los privados de los restaurantes más distinguidos de Washington.

Robert Keith hacía esporádicos paréntesis sólo a la hora de los postres, para dar lugar a los comentarios de los comensales y esperar a que su puro alcanzara cuando menos un centímetro de ceniza blanca, como exigencia sibarita de todo buen fumador de habanos clásicos. Era sin lugar a dudas el momento idóneo para evaluar el tono emocional de la reunión y decidir si había llegado el momento de abordar algunos asuntos serios, para no ser etiquetado como frívolo o bien insistir en los temas chuscos hasta ganarse la simpatía y la admiración de los nuevos funcionarios y consolidar la de los ya conocidos.

Todos fumaban, bebían y comentaban: la reunión está al *dente*, dijo para sí, como cuando Jacques Delhumeau le indicaba al oído que el *fetuccini* al *Triple Burro* debía ser servido de inmediato. Fue entonces cuando decidió soltar como una catarata lo mejor de su repertorio. Se había dado la comunión en la que Keith era especialista. Su público cautivo quería reír y él estaba dispuesto a complacerlo por cualquier medio.

— ¿Saben ustedes cómo se fecha un documento público en Salaragua?

—No —contestó al unísono su auditorio festivo.

—Pues óiganlo bien —repuso mientras exhalaba volutas de humo blanco—: El año 121 de la Independencia, el 104 de la Renovación y el 5 de la Era de Trubico.

El gran festejo no se hizo esperar; las carcajadas se oían incluso en los pasillos y en el comedor central, mientras Keith ya se apresuraba a describir el gigantesco mural central de la catedral metropolitana que tenía por tema la Llegada Triunfal de Trubico y Bolívar al Cielo y a la Santísima Trinidad, dándoles la bienvenida en el reino de la Eternidad. Hubieran visto ustedes la fastuosidad y el rígido protocolo militar y religioso de aquel día de gloria en que se develó el fresco. Luego contó los diversos concursos de poesía y biografías para reseñar en todos los estilos los aspectos más variados de la vida de Trubico y cantar a las generaciones futuras las verdaderas dimensiones de su talento.

—En una de ellas, de inenarrable vuelo, Trubico pelea contra los dioses y los vence.

No dejó de recordar la visita de Trubico a Washington cuando le dieron una mejor recepción que a Jorge vi, ni cuando regresó a Salaragua para hacerse construir un obelisco igual al de Washington en la capital de la Unión Americana, en el corazón mismo de Ciudad Trubico, que el pueblo rápidamente identificó como el monumento al pene, ante el coraje del dictador, quien se reducía a comentar furioso que no se les podían echar margaritas a los cerdos.

Después de una antojadiza bocanada y de repasar los rostros complacidos, de sus interlocutores volvió a la carga para afirmar que sólo en Ciudad Trubico había cerca de mil ochocientos bustos del señor presidente. Los había en las oficinas públicas y privadas, en las esquinas, en los colegios, en los parques, en los museos; había esculturas de cuerpo completo en glorietas, teatros, universidades, cuarteles e institutos armados. Los pueblos hacían constantemente peticiones de nuevos bustos, como si fueran pan... El Congreso se instalaba en largos debates para estudiar la procedencia y legitimidad de la solicitud. Se mandaba poner en las placas conmemorativas de bronce títulos como: *El Benefactor de la Patria; Trubico, El Constructor de una Nacionalidad; Leónidas, El Más Grande, Una Prueba Más; El Primer Profesor de la Nación; El Libertador Financiero*¹⁷.

Keith salió de sus reflexiones cuando un soldado de gran estatura, vestido a la usanza de los kaiseres del siglo XIX, le abrió la puerta de su automóvil ante la rutinaria inmovilidad del chófer, quien no debía descender del vehículo mientras el magnate no hubiera desaparecido con la escolta tras la puerta principal del Palacio del Gobierno, a la que conducía una alfombra roja franqueada a su vez por cadenas doradas unidas por pequeñas balaustradas de latón del mismo color, alineadas como una valla para distinguir la presencia del elegido a ingresar en los dominios íntimos de Trubico y también de Dios.

El presidente de la United Fruit saludó marcialmente al cadete vestido con un casco plateado refulgente, extraordinariamente bien pulido y brillante, coronado con un penacho de plumas de avestruz teñidas de rojo. La guerrera negra y las chatarreras doradas, el cuello almidonado, del mismo color, los brocados en oro, las botas nuevas y lustrosas, el pantalón blanco y el sable curvo, con empuñadura también plateada, que el soldado, desde luego ningún maya, llevaba en su mano derecha mientras desfilaba con paso de ganso, a un lado del pasillo alfombrado, hasta acompañar a Keith a la puerta de las mismísimas oficinas presidenciales: el umbral de la eternidad.

Fue en ese preciso momento cuando una mujer irrumpió furiosa en la escena, con toda certeza la cocinera de palacio, persiguiendo a un chiquillo totalmente encuerado, de piel oscura y panzón, escurriéndole un hilo de mocos que se relamía en su carrera despavorida. La cocinera, de seguro su madre, pensó Keith, lo llamaba a gritos en tanto que el niño huía para esconderse debajo de la escalinata de honor, donde engulliría rápidamente una de las arepas de queso y chorizo recién preparadas para deleite del jefe de la nación.

Cuando Franklin Keith llegó a Salaragua apenas contaba con 28 años de edad. Delgado, alto y de piernas largas, tez cetrina, transparente, ojos hundidos y mirar distraído. Sus manos, grandes y enérgicas, le daban la apariencia de un miembro de la realeza europea, igualmente apartado de la menor línea de esfuerzo y de la más insignificante amenaza de trabajo. Todo en él era evidencia de una actitud ante la vida

que ya se revelaba obsesivamente como uno de los propósitos esenciales de su existencia: su nula solicitud a la lucha y a ganarse la vida por los medios convencionales. Su tío Minor, gran conocedor de sus semejantes, ya lo había advertido con suspicacia desde las primeras manifestaciones infantiles del pequeño Franklin: éste nació para ser servido. Antes se le caen los anillos que hacer algo por él mismo. ¡Cuidalo, Robert, cuidalo!, desde ahora te lo encargo. Prométeme que siempre velarás por él, que seguirás uno a uno sus pasos y que lo ayudarás cuantas veces sea necesario, porque sin nosotros sucumbirá.

Las palabras de Minor se materializaban día a día como una maldita profecía. No en balde le llamaban el Zancudo en las fincas de la United Fruit, por sus patas largas y su conocida afición a chupar largamente la sangre ajena. Algo habré hecho mal en mi vida, se decía siempre Robert al ver a su hermano menor ante sí, desde el momento en que tengo que pagar al riguroso contado todas las hazañas de esta sanguijuela. Su primer gran error lo cometió al nacer y yo al dar mi palabra de ayudarlo pasara lo que pasara.

Franklin se definía como un cazador de emociones. Las buscaba incansablemente. Lo otro sólo envejece y aburre. Abandona las rutinas y las obligaciones porque a la larga o a la corta te destruirán sin la menor piedad. Abstente de toda disciplina y entrégate sin reservas a la búsqueda del placer en todas sus formas y manifestaciones mientras puedas disfrutar el poder mágico de una erección, tú me entiendes, ¿no? Escucha tu corazón, esa voz infalible. Si te late con insistencia, si te anuncia con golpes en el pecho, sequedad en el paladar, frío en las manos y sudor helado en el rostro la presencia de alguna aventura, enfréntala, agárrala por el cuello, sujétala y síguela como si fuera la última oportunidad de tu vida; las palpitaciones te indicarán la ruta correcta, la certeza de la decisión. Ellas te recordarán a cada instante que vives, que nada ha muerto dentro de ti, que cada día se abre un nuevo futuro, porque ignoras y rechazas el porvenir de quienes ven transcurrir sus días aferrados a los patrones sociales, a una moral ordenada con rigor matemático, porque te resistes a la amargura final originada en la costumbre, el parapeto de los cobardes. Sólo las emociones le dan sentido y dimensión a nuestras vidas. Sólo los cadáveres pueden prescindir de ellas.

Como un buen cazador de emociones también debe desgastarse en las apuestas y en los juegos de azar, Franklin igual apostaba a los caballos, a los galgos y al box, que a la no reelección de Roosevelt o al triunfo de los Yanquis en la serie mundial de béisbol. Ganar es divertido, pero jugar cuando no se tiene dinero y perder es lo verdaderamente bello de la apuesta. Que esa emoción de perder lo que no tengo, ¡maldita sea!, esa posibilidad de engaño que dan las cartas, esa audacia que define a los hombres, ese jugar con todos los sentimientos, esa capacidad estimulante de disfrazar las mentiras y enseñarle a la gente los niveles de su cobardía, llenen tu vida como un licor enervante del cual nunca puedas prescindir. Las cartas sobre la mesa, el cruce de miradas para arrancar la verdad, la impotencia de conocer mi juego, el disimulo, la sangre amotinada, una asfixia creciente, un vacío en el estómago, el control de la apariencia y de la expresión del rostro, los movimientos delatores, las manos inexpresivas, los ojos inescrutables, los sudores cancelados. ¡Cómo me divierte el desconcierto de estos miserables cuando juego mi resto, todo a una carta! Hermoso mensaje. El resto: una bofetada al miedo, el máximo desafío a la pequeñez, la más exquisita ironía. El resto: la verdadera travesura, el insulto, el atrevimiento, la confusión, la rabia. El resto: me limpio con la vanidad humana.

Franklin también era de sobra conocido por sus arranques pasionales y su insufrible fanatismo por la mujer en turno. Me juego mi patrimonio, es más: me juego mi vida por esa mujer, se oía gritar muchas veces al hermano del magnate en las casas de juego clandestinas de los barrios bajos de Boston. Endiosaba a las mujeres, las encumbraba, las idealizaba para luego escupirlas, despedazarlas y a continuación ignorarlas si no podía hacer el amor con el angelito, mi criatura celestial, como las llamaba poseído de una fiebre carnal devoradora, así, ahora mismo, al instante, sobre esa mesa, aquí, de rodillas, al advertir asqueado la sangre en que se deshacía esa puta en su animalidad.

Nunca nadie se enamoraba como él. Nadie sentía como él la inminencia de un arrebató con la sola cercanía de un aliento insinuante y perfumado. Sólo él, gritaba Franklin Keith, eterno adolescente, ebrio de sí

mismo, había sufrido el martirio del insomnio ante la cercanía del reencuentro amoroso o la pérdida del ser querido. Sólo él saboreaba la intensidad de un capricho, de un apetito voraz permanentemente insatisfecho, los alcances de una caricia, el recuerdo de una voz, de un susurro en el oído, de un lamento suplicante por la libertad, de un largo grito en el vacío cuando los cuerpos se abandonan exangües y resollantes para volver a morir más tarde la misma muerte, aquel lejano llamado de una eternidad que nunca llega.

Nadie hablaba cuando Franklin narraba sus fantasías amorosas entre partida y partida. El que paga manda, aducían siempre sus compañeros de juego ante el inagotable caudal de su cartera. Robert se veía siempre obligado a cubrir los cheques sin fondos de su hermano, a liquidar los pagarés y a honrar las letras de cambio para dejar a salvo el prestigio y el buen nombre de la familia. Ningún presupuesto era suficiente. Ningún auxilio era oportuno y definitivo. Ninguna ayuda era agradecida. Soy la cruz de mi hermano y me cargará hasta que alguno de los dos muera. Sé del juramento de Robert a mi tío. Sé que nunca incumplirá: así somos los Keith y por esa misma razón tengo dólares y edad para pasar los mejores ratos de mi vida con las mejores mujeres de Nueva Inglaterra. ¡Que trabajen los burros!

Franklin Keith también se sentía dueño de vidas y haciendas. Detrás de cada hombre, insistía siempre entre sonrisitas, se esconde un cobarde. Todos son unos cobardes: los intereses y el peligro de ver lastimado su pellejo los paralizan. Cualquier pretexto es válido para resistir la peor ofensa. Mi carrera, usted sabe, mi carrera, me costaría toda mi carrera, y muchos años de esfuerzo y de desvelos. Yo no tengo por qué pagar culpas ajenas, o no me jugaré mi patrimonio por un error que yo no cometí. Me costaría mucho dinero un problema con mi socio. No expondré mi sueldo, ni mi jubilación ni la estabilidad familiar. Cuídate del escándalo, apártate de él y deja las cosas como están. Al fin y al cabo el daño ya está hecho y es irreparable. Franklin hacía siempre caricaturas con el concepto del honor ajeno. El dinero no es todo, claro está, es el 99,99 por ciento, agregaba para luego reír demencialmente. Cuando alguien ya tiene algo que perder, política o económicamente, hace con su honor un gran rollo y se lo mete por el culo. Por eso los políticos y los grandes empresarios caminan tan derechitos, solía decir entre carcajadas que nadie compartía en reuniones solemnes en donde anteriormente era invitado por su hermano. Cuídate de los que duermen en petate porque éstos ya no tienen dónde caer. Desde luego Robert Keith decidió cancelar cualquier encuentro público con Franklin. Realmente se avergonzaba de él. Ojalá y sólo me costara dinero, repetía siempre en la intimidad. Franklin Keith era un verdadero dolor de cabeza.

Los directores temían a Franklin por muchas razones. Negarse a otra partida era un problema. Aceptarla equivalía a lo mismo.

Cuando jugaba al póker en las noches con los altos funcionarios de la United Fruit los dejaba casi en la insolvencia. Huían materialmente.

—Anda, tu casa, te juego tu casa de Miami, no seas cobarde.

Presiona, presiona a la gente hasta que reviente y verás de lo que te salpica.

Cuando no encontraba grupo para las barajas, entonces buscaba integrar una cuarteta para el dominó o un compañero para el cubilete o para el huesito o para los naipes. Cuando se hartaba de jugar o sus contrincantes lograban huir previsoramente entonces se dedicaba a beber en el mejor bar de la ciudad o en la peor cantina de las inmediaciones de la finca. Tomaba igual whisky que ron blanco o negro y repetía ante cualquier auditorio o en cualquier tipo de antro: el ron blanco es para los negros y el negro es para nosotros, los blancos. Después, fuera la hora que fuese, se metía en cualquier burdel de Salaragua, donde amanecía cada vez más pálido y ojeroso, pero sin perder nunca su sentido del humor, peculiar por cierto, pero al fin y al cabo su sentido del humor.

Las quejas provenían de colaboradores cercanos a Robert Keith, de los capataces, de los empleados de confianza, de todo tipo de mujeres y desde luego de los eternos acreedores de Franklin. De los casinos, casas de juego, de citas, de comercios con largas cuentas insolutas por concepto de ropa, relojes, boletos, flores, joyas y todo género de obsequios nunca liquidados y siempre retirados con un cargüelo a la cuenta de

la United.

No entiendo, Robert, ¿cómo es posible que tú te pudras aquí entre tanto dinero mientras tu gente se pudre también?, pero de hambre, le gritaba Franklin a su hermano, cuando ya lo corría a empujones como siempre de su oficina. Dales, ¡demonios!, dales, suéltales recursos, mejóralos carajo, trátalos como seres humanos. Ni tú ni el mierda de mi tío lograron entender jamás que la esclavitud se acabó el siglo pasado y que estos países la prohibieron medio siglo antes que nosotros. ¿No te duele verlos tan jodidos? El dinero se hizo para gastarlo, para disfrutarlo, para comprar placer y el bienestar de los que te rodean y te ayudan a conseguirlo. Pero si sólo lo buscas para acapararlo terminará por corroerte hasta la última tripa de tu intestino, lleno de lo mismo que tienes en la cabeza, alcanzaba todavía a agregar antes del portazo con seguro por dentro para que no pudiera entrar ni el viento. Las posiciones eran irreconciliables.

Robert Keith ya había intentado anteriormente atraer a su hermano a su lado, en la finca más importante de Salaragua. Los resultados no pudieron ser más catastróficos. Su última estancia en la finca La Bonita terminó como era fácilmente predecible. Fue largado de la plantación entre insultos, manotazos y arrebatos que él contestaba con risotadas y el insistente comentario que tanto irritaba a Robert: Te tomas muy en serio, hermanito. Si no fueras tan cuadrado te divertirías mucho a mi lado. Robert por toda respuesta le tiró a la cara un boleto para que se largara de inmediato a Nueva Orleans o a donde mierda sea, pero lejos de mí y de lo mío, maldita cruz de todos los demonios. Nadie tiene la capacidad de desquiciarme como el tipejo este. A veces creo que lo sabe y por eso lo hace a propósito. ¿Cuánto tardarán ahora en llegar las quejas y las cuentas por pagar de Estados Unidos? ¡Mal rayo lo parta!

Desde su primera visita Franklin Keith dejaría cincelado para siempre en la memoria de los salaragüenses, como lo haría igualmente en todas las plantaciones de la United Fruit del Caribe y Centroamérica, un recuerdo de violencia, un rencor, un coraje impotente, un apetito de venganza insaciable. El había llegado a caballo a la plantación, probablemente desesperado por el hastío, cuando apareció entre la espesura de los platanares una joven mulata con una pesada penca todavía verde al hombro, intencionalmente seleccionada para cumplir una larga travesía antes de su maduración y consumo. La muchacha andaba descalza, como era costumbre en las bananeras, y llevaba una falda de gran vuelo, vieja y raída, una chuica que dejaba ver el contorno de unas pantorrillas sólidas, acostumbradas a las duras faenas del campo. Franklin no le desprendió la mirada a partir de ese momento. La recorrió con la avidéz de quien escucha una sentencia. Ya pensaba en aliviarla de la pesada carga para recorrer solamente con el aliento aquellos hombros descubiertos y tostados. El escote pronunciado, trazado a base de volantes y encajes bordados permitía observar la agitación de sus pechos. Su piel oscura, fresca y tersa, contrastaba con el color de la tela. Franklin la adivinó como si fuera la reencarnación de la diosa del fuego surgida de la selva. Un caucho oculto colocado en el interior de la blusa la mantenía adherida a los hombros. La sugestiva fragilidad de la prenda insinuaba la turgencia violenta de unos senos espléndidos, robustos y firmes, la obsequiosa madurez de la fruta. El hechizo del trópico, su alegría reverberante de colores escandalosos, una invitación delirante a sumergirse en sus generosos manantiales que alivian la sed y la provocan al mismo tiempo. Ella era la selva, su color, sus aromas, sus sombras, ruidos y movimientos. Parecía crecer con el sol, reír con él y con la lluvia, dejarla hacer, mojar y recorrer palmo a palmo su cuerpo, enseñarle todos sus encantos, revelarles todos sus secretos, todos, y permitirle humedecer con aguas templadas y privilegiadas hasta el último pliegue, aquel donde crece la rosa negra, el trofeo de los vencedores, el de los elegidos, la tentación de todos los hombres, la gran muestra de los poderes de la naturaleza, su gran orgullo, la magia de su obra majestuosa, la reconciliación entre los mortales.

Franklin Keith ya empezaba a sentir los latigazos del reluciente cabello azabache de la mulata en su rostro.

No se baja del caballo. La llama. Ella siente una piedra por estómago, un grave presentimiento. Piensa huir. Franklin truena desde lo alto del animal que ya saliva y agita las crines y bridas saturadas de espuma. La pelambre de la bestia brilla de negro sudor por la larga carrera entre los manglares. Ella no se decide a

moverse. Permanece paralizada por la voz del amo. Intimidada por los movimientos impacientes del corcel, ávido de más esfuerzo y libertad, y las miradas temerosas de los peones. Nadie se mueve. El viento ya no respira. El sol no calienta. Las olas ya no ruedan. Cada palabra suena como una bofetada en el espacio. Alguien la empuja sutilmente, la anima. Es mejor por las buenas. Un capataz, también a caballo, le susurra a Franklin al oído la identidad de la joven: es la hija de Máximo Donde, Margarita, él trabaja aquí desde que su tío compró la finca. Cuando te pida tu opinión, habla, mientras tanto, le contesta también al oído, métete la lengua en el culo. Sonríe, pero voltea de inmediato y espolea su caballo entre los jornaleros. Avanza con la mirada fija en Margarita. Los hombres se abren a su paso. Las palpitaciones le alteran la respiración. Es la señal esperada. La fortuna en la elección. La presa apetecida. El momento inconfundible. Margarita no retira a su vez la vista del jinete. Lo ve venir aterrada. Camina lentamente como si no quisiera lastimar el suelo. Intenta apartarse del lugar. Huir. Se sabe presa. Sólo escucha el fujete de Franklin en las ancas del caballo. Es una sombra que avanza hacia ella. Los cascos martillean insistentes en sus oídos. El animal resuella y se encabrita. Masca impaciente el freno. Margarita echa a correr. Siente los espolonazos en los ijares, el fujete como un relámpago cercenando el aire. Ninguna hoja se mueve. Busca internarse en la selva, confundirse entre las ceibas. Desvanecerse en su luz. Un relincho espeluznante. Franklin el cazador. Franklin el devorador. El insaciable. La alcanza. De un zarpazo le desgarró la blusa y continúa su carrera con ella en la mano. Se detiene violentamente a unos pasos de Margarita. La observa buscando desesperada una salida. Un milagro. Huele profundamente la blusa. Lo enerva el sudor de la prenda. La piel brillante, húmeda de Margarita, acicatea a Franklin. Aquellos senos. Los últimos rayos del sol se deshacen en una delicada y fina lluvia de colores. Los aromas de la selva se arremolinan alrededor del cuerpo de Margarita. Franklin arroja la blusa como el jugador que avienta sobre el paño verde las malditas cartas perdedoras. El resto. El resto. Margarita corre desfalleciente rumbo al río. Las refrescantes aguas. Las salvadoras aguas del río. Franklin se lanza a una carrera desbocada. La alcanza de nuevo en un instante. Se empareja a la carrera despavorida de ella. Saca el pie derecho del estribo. Fueitea furioso al animal y empuja por la espalda a Margarita con su bota. Margarita rueda por la tierra. Un grito. Franklin vuelve a acicatear, continúa su carrera frenética. Ralla el caballo repentinamente. Lo hace girar sobre sí. Emprende una nueva embestida. Margarita se arrastra, araña la tierra agónicamente. Franklin se detiene junto a ella. Margarita sólo ve la cabeza indomable del animal. Escucha los resoplidos del caballo, se confunden con los de ella. Los cascos del animal apisonan una y otra vez la tierra a su lado. Agotada aún intenta refugiarse tras un grueso tronco de cedro que yace abandonado. Se desploma apenas trepa sobre él. Franklin desmonta finalmente. Las espuelas. El golpeteo insistente del fujete contra sus botas. Un silencio críptico. Margarita permanece jadeante. Siente una ligera brisa. Quiere desaparecer con el viento. La asfixia le gana. Su lengua seca. Quisiera poder escupir. Escupir a Franklin, escupir a los Keith, a todos los Keith de este mundo. Escupir a los hombres. Escupir a sus compañeros que permanecieron enfundados en su miedo como sus afilados machetes en sus vainas. Franklin la toma del pelo y la jalonea contra el légamo de la selva. Margarita quisiera recuperar la respiración y escapar. No puede ni con sus brazos. Ve fijamente a su verdugo. Franklin la observa oscilante, casi babeando la barbilla, hirviendo las ingles. Con la mano comprueba la fortaleza vibrante de su masculinidad. La extrae, la muestra aferrada a su mano y la oprime con crispante violencia. La exhibe como un galardón único en el Reino de la Naturaleza. El símbolo del poder. La autoridad suprema. El dominio. La fuerza. El avasallamiento. El silencio se apodera de la selva. Se lanza sobre ella luchando por traspasar los umbrales reservados a la vida y al amor. Margarita lanza un alarido animal que desgarró la paz indiferente del trópico y sacude hasta la última bananera, desgaja el cielo, araña al viento en su impotencia y su dolor, mientras su grito ahogado, rabioso, rasga la luz, hace empalidecer la selva, hasta perderse tras la línea azul del horizonte, con un eco macabro que nadie oye, salvo Margarita, quien lo escuchará cada vez más poderoso y retumbará en su interior hasta el último día de su existencia.

Cuando Robert Keith llegó a la antesala del despacho presidencial se sintió como en su propia casa.

Toda la escena le era familiar. Había por lo menos ocho o nueve bustos del tirano y otros tantos de Napoleón Bonaparte. Trubico era una edición local de Napoleón, su héroe, su líder, su máxima ilusión¹⁸. Tenía predilección por uno de Schopenhauer, porque según su biógrafo el filósofo alemán había dicho: Todos los hombres son unos granujas y sólo entienden el lenguaje del palo¹⁹. A un lado había una cabeza de corte etrusco, más adelante, sobre una repisa, otra griega. Una escultura del dictador, de cuerpo completo, vestido con la toga propia de los senadores del Imperio Romano y la cabeza coronada con hojas de laurel. Al lado izquierdo se encontraban otras también de cuerpo completo con las poses y actitudes más comunes del Benemérito. También se distinguía sobre una imponente mesa de madera tallada un gran número de estatuas ecuestres, pequeñas réplicas de las repartidas a lo largo y ancho del país. De todo ese exquisito acervo cultural, una pieza nueva, desconocida, llamó poderosamente la atención de Keith. Estaba colocada en el centro del salón, discretamente iluminada desde el techo por un intenso haz de luz. Era realmente una obra de arte, un busto espléndido de Adolf Hitler, directamente importado de Alemania. Quiero que la pieza sea original, hecha por manos alemanas y, como dicen por ahí, que sea vaciada en moldes alemanes, había ordenado Trubico, quien sentía por Hitler una veneración religiosa: si en Salaragua todos fueran como yo y Hitler, desde luego tendríamos otro país y dejaríamos de ser una triste república bananera.

Keith observó la nueva adquisición con curiosidad. En aquella ocasión el magnate no le otorgó a la nueva pieza la importancia política que los acontecimientos posteriores se encargarían de revelar. Ahí estaban como siempre las enormes fotografías del dictador y el sinnúmero de retratos al óleo realizados por los mejores artistas salaragüenses. No faltaba una sola imagen. Se habían recogido todos los gloriosos momentos de la vida del jefe de la nación. Era una biografía a todo color del bienhechor de nuestro país. Ahí estaba Trubico recién nacido, en los brazos de una madre de ojos murillicos, con la mirada agradecida proyectada fervorosamente al infinito. Algo así como la adoración tropical del Niño Dios. Trubico en su infancia; Trubico en la escuela. Trubico rodeado por sus compañeros de salón, su cabeza enmarcada en un halo dorado para resaltar su rostro moreno. Trubico acólito. Trubico estudiante. Trubico cadete, teniente, coronel y general. Trubico embajador de Salaragua en Washington. Trubico atleta. Trubico presidente de la República, cocinero, maestro, cantante, escritor, domador de leones; el estratega, el agricultor, el estadista con condecoraciones y sin ellas, con y sin banda en el pecho. Trubico director de orquesta.

Keith sonreía. Recordaba las condiciones que le había impuesto cuando decidió elegirlo presidente de la República de Salaragua. Como *me la pongan me la salto*, le contestó Trubico en aquel día feliz de la consecución de la máxima aspiración de su existencia. ¿Tratarás de expropiar? ¡No! ¿Te meterás con nuestras empresas con cualquier pretexto? ¡No! ¿Nos quitarás concesiones? ¡No! ¿Provocarás huelgas? ¡No! ¿Permitirás que la prensa me agreda? ¡No! ¿Le darás concesiones bananeras a otras empresas diferentes a la mía? ¡No! ¿Me negarás algo o me desconocerás algún día? ¡No! ¿Serás un norteamericano más? ¡Sí! ¿Me juras eterna lealtad? ¡Sí! ¿Te gustan mis dólares? ¡Sí! ¿Quieres unos cuantos? ¡Sí! ¿Me traicionarás? ¡No! ¿Lo juras? ¡Sí! ¿Me darás las concesiones que me negaron tus antecesores? ¡Sí! ¿Tienes buena memoria? ¡Sí!, ¡buenísima! Bien, en ese caso veré lo del abastecimiento de armas, convenceré a nuestro embajador aquí y viajaré a Washington para lograr tu reconocimiento diplomático en el Departamento de Estado, concluyó el magnate mientras le daba tres paternales cachetaditas al futuro presidente de la República de Salaragua para lavarse desde luego más tarde la mano con alcohol. Sólo te recuerdo, óyeme bien, pedazo de cabrón, que si te equivocas o te mareas sólo porque te subí la suela de los zapatos, te mando a cortar pencas a la última de mis plantaciones del Caribe. Le juro que no, mister Keith, se lo juro, repetía una y otra vez Trubico, petrificado en posición de firmes.

Las expectativas de vida en Salaragua eran de menos de cincuenta años. La mortalidad infantil era del sesenta por ciento. La mitad de los niños morían antes de cumplir los cinco años. Es lógico, decía Robert Keith cuando comentaba el dato. El proceso de selección natural se impone. La naturaleza es sabia. Sólo el más fuerte debe sobrevivir. Los débiles son un lastre social, una verdadera molestia, un grave impedimento. Es como tener un automóvil con tres ruedas y una cuadrada. Pero no se sorprendan, lo mismo acontece a nivel de las naciones: sólo la más fuerte debe sobrevivir, o cuando menos dirigir, dictar y ayudar a rescatar a

los que todavía tienen posibilidades de salvación. El analfabetismo, como en el resto de los países centroamericanos, se elevaba a un setenta por ciento. El crecimiento demográfico era de más del tres por ciento. Se preveía una gran explosión. La concentración territorial era alarmante. El diez por ciento de la población detentaba el ochenta por ciento del país. El noventa por ciento del comercio exterior se llevaba a cabo con Estados Unidos y el ochenta por ciento de las importaciones, asimismo, se hacían de nuestro hermano mayor, nuestro preferido, aun cuando controlara el setenta por ciento de la inversión extranjera en aquellas repúblicas centroamericanas y no nos deje ver para ningún lado salvo para el norte. La alimentación era insuficiente: un salaragüense consumía sólo una tercera parte de la dieta imprescindible para la buena salud humana. Los presupuestos militares eran gigantescos, como eran insignificantes los dedicados a obras sociales, educación e higiene. El ingreso per cápita era difícilmente concebible. El setenta por ciento de la población rural, improductiva, en tanto que la religión católica, en lugar de hacer llamados insistentes a la producción y al trabajo, consolaba al desposeído y le prometía la reivindicación en el más allá a cambio de vivir en el paraíso terrenal un verdadero infierno de perros.

En Salaragua el noventa por ciento de las calles estaban sin pavimentar, hechas sólo para las muías; sin embargo, tan pronto como comenzaba la temporada de lluvias, el lodo y el agua hacían que ni siquiera éstas pudieran transitarlas. La mayoría de la población estaba integrada por indios o descendientes de negros o mezclas entre ellos mismos. No había clase media. Se conocían los grupos de potentados y las masas paupérrimas. El número de gente educada era tan reducido que un líder nativo, un cura, un empresario o cualquier grupo medianamente consciente de sus propósitos podía rápidamente adquirir una gran influencia. La única escuela agrícola era propiedad de la United Fruit: La tenemos para que estos salvajes que todavía se sorprenden con el fuego de un encendedor no confundan una sandía con un plátano. La única carretera, la Panamericana, había sido financiada por Estados Unidos, al igual que los puertos, ferrocarriles y el aeropuerto de Managua, hoy orgullosamente Ciudad Trubico.

Pronto estuvo Robert Keith ante la figura largamente galardonada de Leónidas Trubico. Por alguna razón, en el siglo XX se adquirió la costumbre de tomar prestados nombres del reino animal para designar a los autócratas centroamericanos. Así, se les identificaba como hienas, chacales, tiburones, burros, gusanos, cucarachas, renacuajos, sanguijuelas y, desde luego, gorilas. Trubico no podía escapar a semejante clasificación. El pueblo, su pueblo, lo identificaba como el Vampiro. El también salvador de Salaragua sentía un inmenso placer al contemplar la tortura y la muerte de sus adversarios. Insistía siempre en conocer hasta el último detalle a lo largo de los suplicios en las cárceles clandestinas²⁰.

Trubico utilizaba el terror como instrumento de disuasión: el pánico es el mejor policía. Es más fácil que Hitler organice un Congreso Sionista en Berlín que alguien piense siquiera en atentar contra mí aquí en Salaragua, expuso al embajador alemán, durante su presentación de cartas credenciales. El diplomático alemán, totalmente confundido, no supo si indignarse o sonreír mientras el rubor aparecía en sus pálidas mejillas.

Leónidas Trubico había llegado al poder en 1930 como candidato único. Solamente tres mil personas de tendencia y filiación política ampliamente demostradas habían obtenido la autorización oficial para poder votar. El país se encontraba bajo ley marcial, las principales ciudades ocupadas por marines y soldados, la Asamblea Nacional disuelta, los opositores perseguidos, asesinados o encarcelados, mientras la resistencia salaragüense operaba en pequeños grupos aislados saboteando en su impotencia una nueva invasión norteamericana en Salaragua. De acuerdo con lo previsto por la Constitución de la República el tirano se había adelantado quince días al magno evento de su toma de posesión²¹, *porque ya le andaba ser presidente*, como él decía, y porque el embajador norteamericano estaba empeñado en imponer como jefe del Estado a un auténtico analfabeto²² en la más amplia acepción de la palabra. Sin embargo, la presión y los oficios diplomáticos ejercidos en Washington por la United Fruit inclinaron el fiel de la balanza hacia los intereses de la Frutera que, como siempre, resultó vencedora indiscutible. El diplomático enfureció cuando le fue anunciada por el Departamento de Estado la decisión final. Se ignoraron sus cables, notas, cartas y comunicados. Se desconocieron sus sugerencias y peticiones. Se archivaban sus puntos de vista y

orientaciones: no se evaluaba su gestión. El Departamento de Estado ya había escogido nuevamente al presidente de Salaragua y la decisión era irreversible. La United Fruit y sus directores de relaciones industriales concurren hábilmente a impartir consuelo al embajador adolorido. Repararon cuidadosamente el daño y le supieron devolver la sonrisa de inmediato a su rostro cariacontecido. Fue suficiente un portafolio de piel de antílope con dos boletos a Idaho, su tierra natal, y un cheque por treinta y dos mil dólares, girado contra una cuenta de esa localidad.

Nunca dejen a un tigre herido, aleccionaba Keith, porque el día menos esperado volverá por nosotros.

A un buenos días, mister President, seguido de un fuerte abrazo y de un cómo le va, señor Keith, ambos personajes se sentaron en el extremo opuesto del escritorio presidencial, al lado de una pequeña mesa de marquetería mexicana, de maderas preciosas, sobre la cual estaba depositada una champanera de plata labrada y dos copas del mismo metal.

Acto seguido, a la voz de en París ya son las seis de la tarde, empezaron a beber y a comentar entre risas y bromas la situación política nacional e internacional. Y aunque Trubico podía estar cercano a la intoxicación alcohólica, siempre mantenía un ojo alerta para escudriñar hasta la mínima expresión del rostro de Keith. Interpretaba el sentido, la cadencia de la voz. Buscaba siempre la intención oculta, el mensaje cifrado, la clave que le permitiera predecir el motivo de la visita del Rey de la Banana, el verdadero hombre de poder en Salaragua, como él siempre lo entendió dentro de una realidad inconfesable. El presidente de la República temía tanto al presidente de la United Fruit como su pueblo lo temía a él. Y no podía ser para menos si sólo las utilidades de la Frutera representaban varias veces los ingresos ordinarios de todo el gobierno salaragüense a lo largo de un año²³. Si se va la Frutera, ¿qué exportaremos? ¿Qué impuestos de exportación recaudaremos? ¿A quién le venderíamos nuestras bananas? ¿Qué haríamos con todos los desempleados? ¿Con qué financiaríamos el gasto público y la eterna lucha contra la guerrilla?

— ¿Cuántos kilómetros cuadrados tiene Salaragua? —preguntó Keith con sorpresiva aspereza.

—No los he contado —repuso risueño el dictador—. Tengo mejores cosas que hacer, al igual que usted —concluyó gentilmente mientras terminaba pensativo su primera copa de champaña.

—Hablo en serio —cortó el empresario encajando su mirada en los ojos del Benemérito.

Trubico se iba a servir nuevamente pero prefirió dejar la copa ante la extraña actitud de Keith.

— ¿Qué importa eso? —dijo finalmente al tiempo que trataba de disfrazar su turbación.

—A mí sí que me importa, Leónidas. ¿Cuántos kilómetros cuadrados tienes? —insistió mientras bebía despreocupado.

El presidente de la República se levantó de su asiento y se recargó en el barandal de la ventana desde donde contempló la estatua ecuestre de Simón Bolívar, obsequio del pueblo de Venezuela al de Salaragua a finales del siglo XIX.

—Qué sé yo, probablemente son ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados, señor Keith.

— ¿Ciento cincuenta mil? —interrogó ásperamente su interlocutor.

— ¿A qué viene todo esto? —volvió a replicar Trubico acomodándose en su sillón, repuesto en sus fuerzas después de haber paseado su mirada por la plaza de Armas—. Me pregunta usted como si Salaragua fuera un cocal.

—He decidido comprártelo todo —le disparó el magnate a quemarropa.

Leónidas Trubico oyó un tiro, una detonación. Todas las palomas de la plaza escaparon al momento. El aleteo desaforado de miles de aves, su esforzado revoloteo, parecía llevarse hasta la paz impuesta dentro de la frontera salaragüense. Trubico se sintió paralizado. El tiro le había entrado en la sien. Era aquella instantánea inmovilidad que precede al derrumbe. Un rictus de dolor en la cara. Unas manos crispadas. Una

mirada en el vacío. Una sordera infinita.

—Pones cara de idiota —exclamó todavía el magnate, sonriendo ligeramente.

Trubico no contestó. Era el fin de una gran ilusión. El desmoronamiento de sus ambiciones y de su orgullo. La pérdida de toda autoridad, de imagen, de prestigio. ¡Ay!, mis calles, mis *estatuas*, mis indios, mis bustos, mi nombre grabado en las monedas, mis estampillas postales, el toque de ordenanza a mi llegada a Palacio, el himno, los honores, mis edificios y propiedades. ¡Ay!, puta madre, ya oigo las burlas de mis colegas centroamericanos.

— ¿Qué dices? —interrogó Keith suavemente mientras practicaba una multiplicación gruesa y rápida. Se sirvió más champaña y permaneció ajeno al conflicto de su presidente—. Mira, te daré cien dólares por kilómetro cuadrado. ¡Imagínate!, quince millones de dólares para ti sólo.

Trubico no lograba recuperar la compostura. Cada palabra de Keith le sonaba como un martillazo en el oído. Sus brazos se desplomaron a ambos lados del sillón.

—No pongas esa cara. No es para tanto. Después de todo te tocarán como siete millones de dólares.

— ¿Siete? —saltó Trubico—. ¿Por qué siete si me acaba de decir quince? —cuestionó el tirano sintiéndose estafado.

—Sí, siete, ¿o acaso esperas, Leoniditas, que te compre mis propias fincas y las que ya son propiedad de mis empresas?

Trubico sentía asfixia, que una soga le quemaba el cuello. La camisa se le adhería al cuerpo como cuando salía del vapor, envuelto en una sábana, de la mejor casa de citas de Ciudad Trubico.

— ¿Qué dices, lo hacemos? Estoy informado, no lo olvides —se adelantó el magnate al ver cómo titubeaba el tirano—, del envío que hiciste a Suiza de la ayuda económica que te dio la Casa Blanca para reconstruir Salaragua después del último terremoto y que además vendiste la sangre que te mandó la Cruz Roja Internacional, gran Leo²⁴. ¿Cuánto vale mi silencio, querido benefactor?, ¿eh?, ¿tengo cara de idiota? —adujo Keith sonriente para impedir la menor posibilidad de fuga.

—Está usted equivocado, señor Keith, se lo digo con todo respeto.

— ¿Por qué? —repuso Keith ocultando una sonrisa interior—. En lugar de Salaragua le pondríamos República de Banana. ¿Te parece? Mis socios y yo pensamos que hasta la palabra tiene ritmo. ¡Mira! ¡Escucha! —dijo el magnate poniéndose de pie y colocándose frente al tirano al tiempo que aplaudía y cantaba rítmicamente—: Banana, Banana ¡Ay mi Banana!

—Le juro solemnemente que está usted equivocado. Créame, por favor —jalaba oxígeno desesperado—. El día que firmemos el acta le darán un tiro en la cabeza. Aquí en Salaragua —agregó con la voz arrastrada— la gente es de sangre caliente...

—Qué caliente ni qué caliente. Mientras les des empleo, comida, iglesia y hasta *base hall*^{*} no debemos preocuparnos. A éstos dales un plátano y déjalos subir a un árbol y olvídate del resto. A buena hora les va a importar cómo se llama su país o dónde viven o quiénes son —exclamó exasperado dejando su copa sobre la reluciente mesita mexicana.

—Bueno, don Roberto, ¿habla usted en serio? —cuestionó el Padre de la Patria con perspicacia desconocida en él.

— ¡Claro que sí! ¿Que me has visto bromear alguna vez?

—Pues lo lamento por usted, porque lo matarán, don Roberto, lo matarán —repuso resignado y al

^{*} El sobrino de Anastasio Somoza, fanático de este deporte, lo promovió en Nicaragua llegando a decir ante la excelencia de sus pitchers que serían buenos lanzadores de granadas en caso de una guerra.

mismo tiempo buscando intimidar al magnate—. Recuerde que ésta es mi tierra y yo conozco a mi gente mucho mejor que usted. Escúcheme, don Roberto, por favor: esa gente es brava.

—Qué brava ni qué mierdas. ¿No has dicho tú mismo que con el palo los deslomas para que aprendan a pedir permiso?

—Yo lo digo por usted —agregó Trubico, ignorando la pregunta.

— ¿Por qué por mí? —inquirió Keith.

—Porque yo me iré desde luego a París.

— ¿No te quedarás?

—Ni muerto —advirtió el presidente, pasándose la mano por la frente como si estuviera enfebrado—. ¿Ya se le olvidó lo que le pasó al tal Walker cuando invadió Nicaragua en el siglo pasado? ¿Acaso no sabe que lo fusilaron cuando él mismo se designó presidente de la República?

—Sí, claro, pero yo no quiero ser presidente, Leónidas.

—Eso ya lo sabemos, don Roberto, pero dése cuenta —exclamó mostrando un amplio rostro clerical—, al ser usted dueño absoluto de los destinos de Salaragua se convertirá en el blanco visible de cada salaragüense, aún más: de cada persona que tenga intereses aquí.

— ¿Y eso qué?

— ¿Cómo qué, señor Keith? Que todos los países vecinos querrán acabar con ustedes, no sólo aquí los salaragüenses sino toda Centroamérica junta para evitar que se repita con ellos el mismo caso.

—Tengo al Departamento de Estado y a la Marina de Estados Unidos conmigo.

—Walker también tenía el apoyo velado del presidente de Estados Unidos y mire usted cómo acabó: con tres tiros de gracia en un paredón —agregó Trubico poniéndose en pie y ocultando apenas el temor que le imponía la presencia del magnate, al tiempo que apuntaba a Robert Keith con su mano derecha como si empuñara vigorosamente su *Lugger* predilecta, la misma que hubiera deseado haber recibido de manos del propio Führer.

—Él sí, pero yo no, porque yo operaré en el anonimato.

—Qué *amonimato* ni qué *amonimato*, don Roberto. Tarde o temprano sabrán quién está detrás de todo esto y acabará también con un tiro en la cabeza descansando para siempre al pie de uno de sus bananos —expuso el presidente al advertir dudas en el rostro de Keith—. Escúcheme. Yo sé más de esto que usted. Además, ¿qué necesidad tiene de comprar todo esto si así ya nos lo repartimos de maravilla? Yo lo dejo y usted me deja, ¿eh? ¿Qué tal? Operemos como siempre, don Roberto. ¿A dónde vamos con cambiecitos a estas alturas?

—Pero legalicemos la situación.

Trubico percibió aliviado que al fin empezaba a ganar la partida: había acorralado hasta hacer ceder a Robert Keith, el mismísimo Rey de la Banana.

—No veo por qué o para qué legalizar algo que ya funciona como un relojito.

Keith se quedó viendo a su galardonado interlocutor. Guardó un silencio enervante. Lo pensaré, se confesó finalmente. Estas cosas tienen un ritmo, un proceso de maduración, igual que mis plátanos. Bebió largamente una nueva copa rebosante de champaña sin dejar de observar por el rabillo del ojo cada movimiento del tirano. No te digo ni sí ni no, sólo lo pensaré, Leoniditas. Tú por tu parte prométeme hacer lo mismo.

Las perlas de sudor poblaron de golpe todo el rostro del presidente de la República. Cuando volteó a ver

la plaza de Armas ahí estaban otra vez todas las palomas reunidas. Juguetearon, volaban y comían tranquilamente como cualquier día festivo en Ciudad Trubico. ¡Malditos gringos! No gana uno ni para sustos con ellos.

Robert Keith no permitía que nadie a su lado adquiriera la menor seguridad: cuando la gente se confiaba te arruina y se arruina. Si tus empleados ya saben que contigo dos más dos son siempre cuatro, estás muerto, Bobby, le advirtió constantemente su tío Minor: así nadie te respetará nunca. Sé siempre impredecible, desconcertante y sorpresivo. Dos más dos pueden ser cuatro, diez o mil. Todos deben saber a qué atenerse contigo sólo cuando incumplan tus órdenes. Mientras tanto debes dislocar siempre su sistema de respuestas. De acuerdo, tío: que siempre muevan la cola, pensaba Keith, igual que Trubico la mueve ahora y la moverá buen rato después de este cruzado de derecha.

—Bueno, olvida ya eso y échame un par de firmitas en estos contratos que traje hoy —agregó el magnate despectivamente mientras sacaba unos papeles de la bolsa de su saco.

— ¿De qué se trata? —repuso cansadamente el presidente de la República tratando de recuperar la obligada compostura ya visiblemente harto de la visita.

—Son los contratos de operación y las concesiones que tu gobierno nos garantizará de acuerdo a lo que hemos venido platicando.

—Bueno, déjamelos para pasárselos a mi procurador —propuso el dictador con cierta indiferencia sólo para cubrir las apariencias.

—Ya los vio.

— ¿Cuándo?

—La semana pasada lo invité a mi yate y después de dar una vuelta en alta mar comimos gallinitas remojadas con el mejor ron del Caribe, como a ti te gustan —Keith sonreía con picardía.

—No me diga que le firmó sin leer.

—No, hombre, no, cuatro días después me los regresó inicialados y firmados. Supo cubrir las apariencias.

Trubico no pudo disimular su malestar. Las formas son las formas, se dijo.

— ¿Y por qué se las dio a usted si su deber era turnarlas a la Secretaría de Asuntos Agropecuarios?

— ¿Pero qué carajos te traes con este interrogatorio pendejo? —reventó colérico estrellando su copa contra el piso.

—Nada, nada, don Roberto —se excusó el tirano totalmente acobardado, secándose impaciente el sudor del rostro—, es que a veces me sale usted con cada cosita.

—Anda, mira, no me salgas otra vez con ese cuento, hermanito.

Ya pasó. —Keith sonreía en su interior—. Probablemente hasta tengas tú razón. Dijimos que los dos lo pensaríamos, ¿o no? Dejémoslo, ¿quieres?

Qué olvídale ni qué mierdas, quiso responderle el jefe de la nación. Es suficiente que lo piense este traga monedas como para que un día se decida a hacerlo, gritaba en su interior.

—De cualquier forma —adujo el tirano con un dejo de dignidad—, tiene que dejármelos para la autorización del Congreso.

Una mueca. El manejo artero de las expresiones del rostro. La proyección de un evidente malestar. El envío de mensajes estudiados en el espejo a través de la más decantada mímica.

—Eso déjamelos a mí. Ya sabes que aquí en Salaragua es más barata una muía que un diputado²⁵ —

repuso pausadamente el magnate encajándole la mirada.

—No es para tanto, Robert —exclamó el tirano con un claro rictus de disgusto.

—Sí lo es, Leoniditas. No olvides que al presidente de tu Congresito lo tengo en la nómina desde que llegaste al poder, como también tengo a tu presidente de la Suprema Corte, quien, además, por si no lo sabes, es mi abogado corporativo²⁶.

—Bueno, bueno —repuso Trubico esquivando el golpe—. Déjeme los papeles, yo se los devolveré de inmediato una vez que se hayan cumplido los trámites de rigor.

— ¿Pero para qué demonios los quieres? ¡Fírmalos ya!, ¡carajo!

—Por Dios, don Roberto, por lo menos tengo que leerlos.

— ¿Desconfías de mí?

—Claro que no, pero usted mismo no firmaría nada sin antes leerlo.

—Yo sí firmaría.

— ¿Ah sí...?

—Sí, mi presidente, yo sí le firmaría a ciegas a mis grandes amigos.

¿Grandes amigos?, iba a contestar el dictador. En tu perra vida sabrás lo que es un amigo, maldito caga dólares.

—En fin, ya ve usted, éstos son negocios y cuatro ojos ven más que dos y todos juntos podemos detectar alguna omisión que nos pueda comprometer en el futuro —insistió Trubico irresponsablemente.

Se hizo otro grave silencio. La atmósfera podía cortarse con la mano. Keith lanzó un furioso mensaje con la vista. Trubico se sintió turbado. Un intenso calosfrío le despertó hasta el último poro. El rostro del magnate se endureció, se metalizó, se petrificó. El presidente pensó en buscar una pluma. La mirada de Keith lo perforaba, lo desnudaba, era imposible oponer resistencia. Si quisiera violarme sólo le pediría suavidad y cariño.

Keith se dio cuenta que había ganado la batalla. Prefirió darle una salida. Le había dejado totalmente intimidado. Era suficiente. Consideró llegado el momento de retirarse. Con majestuosa gravedad tomó la copa del dictador y bebió hasta el último resto de champaña de un solo trago. Trubico lo observó en silencio. El temor lo había paralizado. ¿Qué irá a hacer ahora conmigo?

—Ni hablar —gruñó finalmente Keith—. Hoy ganaste tú las dos veces. Me complace ver cómo te afianzas en el puesto... que te dimos y adquieres seguridad en el arte de gobernar, inclusive pasando por encima de tus amigos —exclamó inexpresivo.

—Mire, don Roberto, no lo vea así, por Dios.

—Estás en lo correcto, Leónidas, así debe ser. Las instituciones son las instituciones y hay que respetarlas por encima de todos los intereses.

Robert Keith se puso en pie, parecía despedirse; sin embargo, se dirigió al balcón central del Palacio Nacional. Trubico, sudoroso e inmóvil, lo siguió paso a paso con la mirada. ¿Qué estará tramando ahora este hijo de la gran puta?

—Bonita la plaza, ¿verdad Leo?

El tirano saltó como si le hubiera picado una víbora.

—Sí, señor, es uno de nuestros orgullos —replicó tan pronto se puso sumisamente a su lado.

— ¿La estatua de Bolívar no es aquella del centro?

¿La querrá comprar?, se preguntó Trubico sorprendido.

—Sí, señor, la misma, la del Libertador de América.

—Será el Libertador de América del Sur, caballero.

—Bueno —corrigió de inmediato—, sí, en efecto, la del Libertador de América del Sur, señor.

¿Qué traerá este desgraciado entre manos? Me enferma, cómo putas me enferma verlo. Que se lleve al Libertador, que se lo lleve y se vayan juntos a la mierda.

— ¿Por qué no la quitas y te mandas hacer una con un caballo de mármol?

—Señor, se trata de Simón Bolívar —replicó en tono solemne y respetuoso—. Yo, yo...

—No me vengas con cuentos a mí, Leoniditas. Toda Salaragua está llena de bustos tuyos, absolutamente toda. Y además, ¿en la Catedral Metropolitana no hay un gran mural que explica tu llegada al paraíso acompañado de Bolívar, ambos cubiertos sólo por sábanas vaporosas y rodeados de arcángeles, ángeles, vírgenes, santos y querubines de todas las nacionalidades?

—Bueno, sí —se aclaró la garganta el tirano—, pero ahí no quité a nadie. Como usted bien dice, estamos los dos y siempre respetamos su figura histórica —iba a agregar: como dice mi biógrafo, pero prefirió guardar silencio y esperar la respuesta para descifrar las intenciones del presidente de la United Fruit. ¡Maldita sea!, qué se habrá tragado esta sanguijuela el día de hoy.

—En ese caso, pónganse también los dos aquí en la plaza.

—Lo pensaré —repuso inquieto el presidente de la República atreviéndose a consultar el reloj.

Keith se acordó de un consejo de su tío Minor. Ay tío, si vieras cómo me divierto con nuestros presidentes. Le podrás dar muchos palos a una muía y tendrás todas las de ganar, pero un día hasta ella te podrá dar una coza, de modo que nunca abuses ni de las muías.

—Bueno, bueno, por lo menos límpiala porque está llena de mierda de paloma. Bolívar te agradecería que le quitaras toda esa mierda que le han echado encima.

Trubico mostró los dientes instintivamente.

—A propósito —el dictador se puso de inmediato en guardia y se sujetó firmemente del barandal para resistir mejor la sacudida. Aquí viene, lo sabía, lo sabía, hijo de su madre. Qué demonios le va a importar a éste Bolívar ni su tía—, quería invitarte la semana entrante, junto con el almidonado de mi embajador, si es que lo convengo, a dar una vuelta en mi nuevo yate repleto de gallinitas para que no pases hambres.

Leónidas Trubico vació discretamente los pulmones. Recuperó el color.

—Iré, señor, ahí estaré con ustedes.

Largo rato pasó el dictador con la espalda apoyada en la puerta tan pronto Keith abandonó la habitación después del acostumbrado abrazo. Con la mano izquierda sujetaba todavía la perilla y con la derecha se cubría los ojos. Es una pesadilla. La misma sensación deben de tener las putas cuando se las tira uno y otro, tengan o no ganas.

Días más tarde, en casa de Isabel Meyer, la regenta de la casa de citas más distinguida de Ciudad Trubico, senadora de la República y directora de la Frontera, confesora del tirano, la gran patrona de Salaragua, como la llamaba el dictador, fue suscrito el contrato definitivo, el más espectacular jamás firmado en los anales de las concesiones bananeras, entre la United Fruit y el gobierno salaraguense: Tienes razón, Leoniditas, ¿para qué compro el país si al final de cuentas ya es mío de hecho?

El texto contractual fue redactado con la debida ambigüedad para impedir que las utilidades reales de la Frutera pudieran ser gravadas por el fisco americano o el salaragüense, que desde luego se quedaría sin la menor posibilidad de cobrar ni *un penny* por sus utilidades foráneas ni de auditar de alguna forma a la empresa bananera más importante del orbe²⁷.

Las ventajas y los beneficios obtenidos por Keith para su empresa fueron realmente asombrosos: John Foster Dulles, el socio ejecutivo de Sullivan & Cromwell, el bufete de abogados corporativos más importante de la Unión Americana, había redactado los términos de la operación en un contrato que desde luego pasaría a la historia²⁸.

Johnny, como lo llamaba cariñosamente Keith, había logrado incluir en el contrato cláusulas que ya no requerían negociación alguna en el futuro. Recibieron inmensas extensiones territoriales más tierras en arrendamiento con duración de tan sólo noventa y nueve años más. La United Fruit pasó a detentar más del cincuenta por ciento de las tierras cultivables de Salaragua. El clausulado exceptuaba al Pulpo de casi todos los impuestos y derechos vigentes en el país respecto a este tipo de operaciones. Los que resultaron aplicables fueron igualmente insignificantes, una vil propina, dijo Keith interrumpiendo la conversación cuando finalmente seleccionó *su postre*: una mulata deslumbrante, la última adquisición de doña Isabel, como la llamaba cariñosamente el Rey de la Banana. No en balde se trataba del burdel más famoso de Ciudad Trubico.

—Llegarás muy lejos, John Foster Dulles. Tú sí amas la bandera de las barras y de las estrellas y sabes dónde se finca el glorioso porvenir de Estados Unidos. Llegarás lejos, John Foster Dulles, lejos, muy lejos, te lo dice la voz de la experiencia. Yo sé leer como nadie el rostro del viento y de los hombres.

»Tú, sí, tú, no te hagas la idiota —llamó el magnate tronando los dedos a una guajira de senos exuberantes que desbordaban explosivamente por el escote mínimo de una frágil gasa—. Ven a sentarte aquí con mi abogado. ¿Oíste carajo? Hazle todo lo que te pida aunque no hable español, a señas, ¿te queda claro? Dije ¡todo!, como Dios te dé a entender o irás a dar a uno de los corrales de engorda de mi general Trubico, su ganado favorito, ¿okey?

Tan pronto la mulata, tallada en la más dura de las ceibas caribeñas, se arrellanó melosa junto a John Foster Dulles, el abogado se apartó discretamente de la mujer para no herir a Keith con una manifestación de desprecio ante un obsequio de su parte, como si la carne oscura fuera portadora de todos los males de la tierra.

—Necesito aire —sólo alcanzó a decirle al magnate mientras salía apresuradamente del salón atestado de negras, colillas y una densa nube de tabaco entremezclado con los penetrantes perfumes de *sus* chicas, como las llamaba doña Isabel.

El Rey de la Banana ya no pudo escuchar ni ver a su amigo, socio y consejero legal porque un enjambre de mulatas lo asediaban, se lo disputaban arrebatándose unas a otras, reclamando para sí el instrumento de placer, la atención y los favores del magnate. Dulles, por su parte, ya desplegaba sus pulmones al contacto de la refrescante brisa nocturna del trópico. ¡Qué noche, qué noche!

A Isabel Meyer se la reconoció en atención a sus méritos el derecho a bautizar, con la presencia del arzobispo primado y del nuncio papal, la finca bananera más grande del país, la cual llevaría honrosamente su nombre completo: Plantación Isabel Meyer²⁹.

La United Fruit, capitaneada hábilmente por Robert Keith, realizaba cuantiosas inversiones no sólo en Salaragua sino en casi la totalidad de los países del Caribe y Las Antillas. Crecía desaforadamente. Una mañana amanecía en Haití con la bandera del Pulpo en una enorme plantación bananera propiedad de un grupo francés. O podía cerrar la compra del ferrocarril hondureño para hacerse del único medio de transporte

masivo del país. En un cóctel llegaba a adquirir un banco, el banco central, el banco nacional emisor de papel moneda, o bien estaciones de radio, periódicos locales influyentes, sobre todo si eran de ideas *peligrosas* o inauguraba puertos, precisamente aquéllos por donde transitaba el ochenta por ciento del comercio de aquellos países. Era de llamar la atención. Igual ondeaba la bandera blanca con un hermoso plátano macho de un amarillo intenso, perfecto, una verdadera obra maestra de la naturaleza, en el asta de un barco de carga, propiedad de Keith, que en cualquier finca centroamericana, o en una financiera o en una escuela agrícola para enseñar a los trabajadores la diferencia entre un dominico y un elefante.

Robert Keith era infatigable. Su vitalidad le permitía lo mismo aparecer en Guatemala en el momento más inesperado, donde la United Fruit controlaba todos los ferrocarriles, detentaba una quinta parte de la superficie territorial del país, el banco más importante, la compañía de luz, además de otras empresas no menos dignas de ser consideradas, que abrir repentinamente la puerta de la matriz en Honduras, así sin tocarla: es mía, todo es mío, quiero sorprender a todos éstos para ver qué hacen con su tiempo y con mi dinero, para revisar los estados financieros de los ferrocarriles, de los que también era el propietario, así como el estado de la mayoría de los territorios plataneros, los que desde luego controlaba y explotaba casi en su totalidad. Nada mejor que ir personalmente a leer las miradas de los responsables, a revisar la limpieza de las bodegas, los machetes de los peones, la carga de los barcos, la puntualidad de su llegada y salida, el servicio de los trenes. Sólo tengo que ver el interior de una cámara de refrigeración para saber si tengo o no gerente.

La United Fruit poseía trescientos mil acres en Nicaragua. Keith compraba todas las zonas susceptibles de ser sembradas con bananas estuvieran o no dedicadas a una miserable agricultura escasamente de subsistencia. En Costa Rica tenía inversiones en cuanta actividad llamara la atención del potentado.

Pero la United Fruit no era la única empresa transnacional que invertía abundantemente en Centroamérica. Los capitales norteamericanos arribaban en negras parvadas al recalcitrante trópico caribeño y antillano³⁰. La inversión directa de Estados Unidos en Centroamérica se había duplicado de 1919 a 1929; la industria cafetalera crecía al igual que la bananera, la azucarera, la alcoholera, la tabaquera, la algodónera y la coprera. Era un mercado de materias primas en imponente expansión, pero, aterradora paradoja del sistema mercantil impuesto, los incrementos en las cotizaciones internacionales nunca se traducían en beneficios domésticos palpables. Sólo a los países productores debería convenir un incremento en los precios, sólo a ellos, a nadie más. Para Estados Unidos la sola posibilidad de reconocer y pagar los valores reales de dichas materias primas constituía una amenaza para sus intereses. *Un incremento en los costos de adquisición nos restaría competitividad en el comercio exterior, implicaría una disminución de nuestras utilidades y nuestra consecuente descapitalización originada en las transferencias de enormes cantidades de dinero a los países productores que podrían contar en ese caso con el capital necesario para prescindir de nosotros, lo cual significaría un atentado contra nuestra seguridad nacional*, concluiría Keith en su informe anual al Consejo de Administración.

Se construyen carreteras, puertos fluviales, marítimos, aeropuertos, centrales telefónicas y líneas telegráficas. El progreso parece florecer. Casi es posible oír su crecimiento. Sin embargo, los contrastes en este escenario primaveral son desgarradores. El reloj de la historia permanece detenido para la gran mayoría de la población, que permanece descalza, analfabeta y hambrienta. No importa que se tripliquen las importaciones de café ni de plátano. Ni que el gusto de los fumadores del noreste norteamericano provoque unas crecientes cosechas en las zonas tabacaleras. No. Tampoco influyen en el bienestar de las masas las compras masivas de ron ni el consumo explosivo de azúcar ni las exportaciones en constante aumento de algodón y cacao. Nada cambia para las inmensas mayorías. Esa catarata de divisas supuestamente remitidas por los agradecidos consumidores extranjeros nunca se traduce en zapatos ni en escuelas ni en hospitales ni en libros ni en drenajes ni en calles pavimentadas ni en ningún género de mejoras materiales ni culturales.

La riqueza del trópico caribeño no la comparten sus habitantes. Para ellos los siglos XVII, XVIII, XIX y

XX son exactamente el mismo. El tiempo no transcurre en esta tierra de nadie. ¡Ay!, este reloj de la historia del Caribe siempre ha permanecido descompuesto. No existe joyero que haya podido repararlo. Ni el técnico primigenio ni el americano ni el europeo. Todos han metido sus manos en su maquinaria original pero nadie ha logrado componerlo ni echarlo a andar hasta el día de hoy Ahí está, véanlo, allá, en la torre de aquella vieja iglesia colonial. ¡Véanlo! Vean sus manecillas oxidadas y su carátula blanca. Ahí está, parado, parado como siempre a las seis de la tarde, a las seis en punto de la tarde, como todos los relojes centroamericanos desde que comenzó la historia.

Surgen mágicamente los grandes constructores contemporáneos de Centroamérica, los promisorios escultores de nacionalidades: los Defensores de la Patria, los Beneméritos de la Nación, los Benefactores de la Comunidad, los Padres Providenciales, hombres todos ellos imbuidos de una poderosa mística patriótica. Surge una insuperable generación de estadistas regionales dispuestos a enfrentar en cualquier terreno, en cualquier tiempo y con cualquier arma, hasta al menor enemigo de las grandes causas nacionalistas. Son los auténticos forjadores de Centroamérica, del Caribe y Las Antillas, dueños de una genuina filosofía política, de una clara concepción del origen de los problemas domésticos, poseedores de claves originales y eficaces de solución. Valientes, intrépidos, amantes de la libertad, respetuosos de los derechos humanos, insobornables, proclives a la caridad, a la ayuda incondicional de sus semejantes, devotos luchadores de las más elevadas causas democráticas. Dignos herederos de Simón Bolívar, honrados administradores de las riquezas del trópico y del patrimonio nacional sobre el cual se erigen a modo de feroces cancerberos.

El mapa político centroamericano adquiere un colorido particular. ¿Se tratará de una aplicación práctica de las teorías del Buen Vecino? Con la llegada de Franklin Delano Roosevelt al poder era de esperarse un cambio en la región, un giro hacia la democratización, hacia el gobierno de instituciones y no de hombres³¹. La cancelación de las reiteradas incursiones militares, de las intervenciones armadas, la supresión definitiva de la injerencia norteamericana en los asuntos hemisféricos. Monroe patearía furioso las cuatro tablas de su ataúd. La materialización de su sueño dorado, la última palabra la dirían las bayonetas, quedaría bien pronto diferida. Ya no se apoyarían ni menos se reconocerían golpes de Estado patrocinados por hombres de negocios o militares, ambos insaciables. Se respetaría la voluntad popular; se organizaría y viviría con luz propia. Roosevelt y la paz. Roosevelt y el respeto internacional. Roosevelt y el Nuevo Trato. Roosevelt y el rescate del hombre olvidado. Roosevelt y el Buen Vecino. La colosal águila norteamericana, blanca, invencible, desplegaría orgullosa sus alas sobre la inmensidad del cielo caribeño y sobre su mar azul y jade como vigía y custodio de los principios y fundamentos de la libertad y el progreso. El no invadiremos como Hitler o Mussolini. El acataremos las decisiones soberanas de nuestros vecinos aun cuando sean opuestas a nuestros intereses económicos. La superioridad de la ley frente al dinero. La gran esperanza democrática. La cancelación de las manipulaciones comerciales orientadas a regular los precios de las materias primas de los países productores. Queremos tractores y no tanques. Queremos semillas y no balas. Queremos préstamos y no chantajes. Queremos elegir a nuestros propios líderes sin la intromisión permanente de los embajadores norteamericanos. No queremos ayuda militar para aplastar rebeliones locales ni para combatir con otros países, la queremos económica, siempre y cuando llegue efectivamente a sus destinatarios y no dispongan de ella los empresarios norteamericanos dueños de bancos y negocios ni los militares ni la policía ni el clero ni nuestros propios empresarios interesados en hacerse de ella para exportarla en su beneficio personal. La ayuda militar ha destruido América Central mucho más rápido de lo que hubiera podido construirla. No queremos sólo un buen vecino, queremos un vecino sabio y honesto, justo y respetuoso. No queremos armas para hacer respetar los derechos humanos.

Pero, ¡ay, maldición de los tiempos!, Centroamérica y el Caribe se pueblan de tiranos, chacales, gorilas y vampiros según Franklin Delano Roosevelt se afianza en la Casa Blanca. Surge por ejemplo un Anastasio Somoza en Nicaragua, un Jorge Ubico en Guatemala, un Rafael Leónidas Trujillo en la República Dominicana, un Tiburcio Carías Andino en Honduras, un Maximiliano Martínez Hernández en El Salvador y un Leónidas Trubico en Salaragua, síntesis magistral de esta generación de elegidos del sol. Distinguida casta de líderes privilegiados. Menudas criaturas del Señor hechas a su imagen y semejanza.

Cada uno justificaba su estancia en el poder, vestía y decoraba la usurpación con diferentes argumentos y pretextos, que si el orden, que si el desarrollo, que si el país no estaba listo aún para la democracia, para cumplir finalmente la cadena de instrucciones giradas directamente desde Washington por conducto del embajador norteamericano acreditado en el país. El garrote ya no estaba en las manos enguantadas de blanco del Tío Sam. Ahora estaba en las manos siniestras de unos gorilas insaciables. La gran hornada de dictadores centroamericanos y su Guardia Nacional, integrada por mastines domesticados en las aulas selectas de West Point, a la usanza de esa escuela militar de rancia prosapia castrense, sustituyeron a los marines en la imposición de rigurosos controles políticos y administrativos y en la prostitución de las instituciones nacionales. El mundo no podía quejarse. Los temerarios marines, abnegados muchachos siempre dispuestos a dar la vida a cambio de la paz y de la civilización volvían finalmente a casa con todos los honores militares. La recepción familiar al hijo pródigo. Estados Unidos retiraba sus temerarios bajeles de aguas ajenas, los repatriaba con todo y sus poderosos cañones de proa permanentemente orientados a nuestros congresos y a nuestros palacios de gobierno para impedir la promulgación de leyes contrarias a sus intereses. Respetaba el derecho internacional y dejaba los países respectivos en manos de reconocida probidad, talento y capacidad para dar el curso más conveniente a su propio destino nacional. Las intervenciones armadas habían cumplido y alcanzado sobradamente todos sus propósitos. Era la nueva época. El nuevo mundo. El advenimiento de la esperanza. De la fe. Del optimismo. Las ventajas de la convivencia al lado de un Buen Vecino: en nada nos parecemos al fascismo, nosotros sí somos amantes de la democracia y predicamos con el ejemplo. Respetamos la soberanía del hemisferio cualquiera que sea su signo político. Nadie podrá señalarnos ni empañar nuestra imagen ni manchar el colorido plumaje de la colosal águila americana, que despliega sus alas protectoras para amparar al Mundo Libre. La decepción no se hace esperar. Hay quien ya compara las promesas de Roosevelt con las del tristemente célebre Woodrow Wilson y sus *No intervendré nunca militarmente como mis antecesores ni repetiré en ningún caso su mal ejemplo, o Negaré el reconocimiento diplomático a quienes se hayan hecho del poder por medio de la fuerza, del golpe de Estado o de la revolución, o Sólo gozará de mi consideración legal y política quien haya sido electo en términos de la Constitución vigente y siempre que se haya recogido fielmente la soberana voluntad de la Nación.*

El terror vestía a diario sus mejores galas en la depauperada Salaragua. La mirada esquiva, el caminar nervioso, la cancelación de las amistades comprometedoras, el hermetismo ciudadano, la preferencia por la soledad, las conveniencias de la discreción, las opiniones siempre favorables y las lecturas obligadas eran sólo algunas de las pruebas de los poderes invisibles en el reino del miedo. Las conversaciones no rebasaban el tradicional saludo, el buenos días dentro de la más estricta cortesía mundana. El egoísmo, el interés natural por la supervivencia, la preservación de la integridad familiar, la protección de los bienes materiales eran los pretextos más recurridos para modificar los conceptos de lealtad y toda la escala de valores morales imperantes en el país. Los golpes nocturnos en los portones, el arresto arbitrario, el amanecer silencioso con la ausencia inexplicable del vecino de toda la vida. El hijo con galones sospechosos o el ascenso repentino de un amigo en las tenebrosas y resbaladizas estructuras del poder político. El padre desaparecido. El yo soy inocente, el cálese y súbase, el habla ahora o te mueres, el dime con quién operas, el quién te paga y por qué lo haces, eran las charlas más comunes en el imperio bananero del tirano.

Sin embargo, existía una resistencia clandestina. Los feroces defensores de la dictadura pretendían descubrirla ejecutando masivamente a la población masculina de un pueblo de supuestos insurrectos. Escudriñaban incansablemente en los pantanos del Pacífico, hurgaban en la selva tropical, día y noche. Asaltaban subrepticamente los sótanos ciudadanos detectados a través de los confesionarios, sorprendían a la clientela de los burdeles, caían en las buhardillas de los intelectuales y asistían como estudiantes camuflados en las aulas universitarias. Aparecían en el lugar más inesperado en el momento más oportuno. Las malditas ideas: la contaminación comunista. ¡Encuentren la maldita imprenta, carajo! Al que la encuentre lo hago

general de división, como yo. Pero si no la encuentran, los mando fusilar a todos, hijos de su perra madre. ¡Encuéntrenla o se mueren! ¡Búsquenla dentro o fuera del país, pero tráiganmela con las manos de los envenenadores, con los huevos de los comunistas estos, enemigos de la libertad y del progreso! Miren nada más cómo dejaron a España, a nuestra Madre Patria. La insurgencia se convocaba día a día alrededor de *Azúcar Amarga*, el periódico de circulación clandestina que exhibía con lujo de detalles los horrores de la dictadura, revelaba la realidad prevaleciente en Salaragua al tiempo que explicaba el proceso histórico de donde había surgido el imperio del terror y del dinero. Los editoriales escritos por Ricardo Furtamantes, el máximo líder de la resistencia salaragüense, hacían las veces de latigazos dados con la famosa verga de toro* en el rostro mismo del dictador. Los textos aparecían como por arte de magia en las bancas de las plazas públicas, en las calles, en las puertas de las casas, en las barracas, entre los callejones de las bananeras, en los puertos, en las estaciones de ferrocarril, o adheridos en los propios furgones. El que fuera sorprendido en posesión de uno de esos artículos sería ejecutado en público, por *sidicioso*, como dice mi biógrafo, o por animal si no sabía leer. ¿Quién avienta tanto maldito papel en la calle? Pendejos, que no ven nada, hasta que se encuentren con la verga de toro en la meritita carota.

Uno de los editoriales del periódico llegó a manos del dictador en uno de aquellos días de mediados de 1937. Alguien del estado mayor salaragüense se ocupaba siempre con insuperable tino de dejar el último ejemplar capturado, recién salido del horno, en el centro mismo del escritorio de Trubico con el pretexto del deber cumplido. En realidad, tan pronto escuchaba los primeros gritos rabiosos del tirano o los primeros manotazos sobre la mesa una paz interior lo invadía y lo reconfortaba hasta la plenitud.

Períodos más, períodos menos, en los últimos cien años que corren de 1838 a la fecha sólo cuatro personas, si es que así se les puede llamar, gobernaron Salaragua durante 75 años, si es que a lo que hicieron y hacen se le puede llamar gobernar³². 100 años de vida independiente, 75 años de dictaduras. ¡Horror! ¿No se explica así nuestra presente situación de suyo desesperante?

Sólo Honduras a poco más de cien años de vida independiente llevaba cerca de 126 cambios de gobierno, 16 Constituciones y 385 golpes de Estado³³. ¿Se puede acaso poner una piedra sobre la otra, ya no se diga construir un país, sobre una base pantanosa e inestable? Jamás lograremos desarrollar Salaragua ni Centroamérica mientras la incertidumbre política domine el escenario histórico, presente y futuro. ¿Cuántos golpes de Estado sufrió Estados Unidos o Inglaterra en los últimos cien años? ¿Cuántos tiranos del corte de Leónidas Trubico han pasado por la Casa Blanca, habitándola 35 años, como fue el caso de Rafael Cabrera en Guatemala, o 22, como aconteció con Manuel Estrada Cabrera, o 30, como sucedió con Porfirio Díaz en el México de principios de siglo, para no citar a tantos otros más? ¿Se puede planear algo así? ¿Se puede extender a alguien la menor garantía o seguridad patrimonial, jurídica cívica o personal?

Para nuestra vergüenza histórica, salvo algunas excepciones, sólo la naturaleza o el Departamento de Estado americano, ambos con sus leyes invencibles, han logrado derrocar a nuestra larga cadena de presidentes vitalicios: o se han muerto con el poder firmemente sujeto entre las manos y aun así ha sido difícil arrebatarlo o los marines se han encargado de embarcarlos a punta de bayonetazos, no para ayudar a democratizarnos, no, no somos tan ilusos, sino porque habían dejado de ser confiables de cara a los intereses norteamericanos. Mientras haya presidentes vitalicios en América, la miseria, la insalubridad y el atraso en todas sus formas serán igualmente vitalicios.

Haití, sin duda el país más pobre de América Latina, fue gobernado de 1804 a 1922 por 29 jefes de Estado. Sólo uno pudo concluir su período y se retiró voluntariamente respetando la ley; de los otros, 4 se quedaron en el poder hasta morir de muerte natural; 18 fueron derrocados por revoluciones, uno de ellos se suicidó, otro fue asesinado en las gradas de su palacio, otro fue hecho picadillo por la multitud y cinco fueron asesinados³⁴. La pregunta es: ¿cuántos presidentes norteamericanos lograron concluir su mandato en el mismo período? ¿Cuántos pasaron una y mil veces por encima de la Constitución que habían jurado defender y murieron de muerte natural eternizándose en el mando? ¿Cuántos fueron

* El vergajo de toro, disecado y extendido por un cable de acero colocado dentro del canal del propio miembro, era utilizado por los verdugos de Trubico como un eficaz látigo para arrancar declaraciones inverosímiles a los acusados, quienes aparecían siempre convictos y confesos ante la opinión pública.

derrocados? ¿Cuántos fueron asesinados y cuántos más perecieron hechos picadillo por las multitudes?

En Paraguay, casi siempre en estado de sitio, se han debatido siempre entre la anarquía y la dictadura. En 31 años suben y bajan 22 presidentes. Uno gobernó 21 días, otro 53. En promedio, 19 meses³⁵. El resultado de todo ello no puede ser otro que el supuesto por el amable lector.

Por el poder presidencial mexicano han pasado 56 jefes de Estado de 1824 a la fecha, sí, 56 en 110 años. Lázaro Cárdenas encabeza ahora finalmente un gobierno institucional, después de que uno de sus colegas volvió once veces al poder, otro se mantuvo exclusivamente treinta minutos y otro, de triste recuerdo, 30 años.

El poder corrompe, pero el poder absoluto corrompe absolutamente.

Todos sabemos ahora que la larga cadena de tiranos no ha concluido. A partir de 1931, con Leónidas Trubico, El Vampiro, el último eslabón de antropoides, nuestras esperanzas de liberación parecen esfumarse para siempre en la Salaragua de nuestros sueños.

Trubico lee cada mañana la cara de la Virgen, estudia cuando puede la del embajador norteamericano y escruta incansablemente la de Robert Keith para tratar de adivinar cuántas décadas más se quedará todavía al frente de los destinos del país.

Ahí está todo un bestiario encabezado nada menos que por nuestro ínclito presidente de la República. Menudo ensañamiento de la madre naturaleza con los pueblos desposeídos. La máxima crueldad de la creación, de la vesania de la zoología, de la selección de la biología, el engendro de los animales que viven de la carroña y todavía se solazan mientras se hunden una y otra vez en las masas hediondas del detritus.

La vida de las naciones está marcada por la llegada de las más opuestas generaciones de políticos a los centros del poder mundial. Surge un Hitler, pero se le opone un Roosevelt y Churchill al propio Mussolini. El juego de fuerzas internacionales provoca un equilibrio político o militar indispensable para sustraernos en este caso a la barbarie militar del fascismo. Ese juego de fuerzas es nuestra última esperanza para lograr la preservación de la democracia como única fórmula de convivencia racional entre las naciones. Sin embargo, en el Caribe, en Las Antillas y a lo largo y ancho de Centroamérica no existe ninguna figura oponible a estos tiranos subhumanos, asesinos de hombres, de instituciones y valores. Nos quedamos sepultados en un lamentable desamparo, paralizados, férreamente sujetos por el cuello a través de los constabularios³⁶ y de sus terribles guardias nacionales formadas en las mejores academias militares norteamericanas. Espiados, aterrados y permanentemente perseguidos por una oreja muy grande, más grande y despreciable que la que tiene Trubico en los burdeles y confesionarios. Dirigidos, controlados y delatados por un equipo sofisticado de diplomáticos, altamente capacitados en la sedición y fraguados en los más perfeccionados moldes de la alta academia del capitalismo moderno, para dirigir, coordinar y orientar a un grupo notable de cancerberos del imperio, igualmente adiestrados para someter, controlar e inmovilizar sociedades, naciones y países, mientras sus connacionales, los inversionistas norteamericanos, protegidos por los presidentes vitalicios, los Benefactores de la Nación, los Padres Providenciales, saquean hasta el último córdova de nuestras exiguas tesorías, embarcan hasta la última hoja de tabaco vendible, la última paca de algodón aprovechable, el último dominico comible, los últimos granos de azúcar, café y cacao, para agasajar el fino paladar de los elegantes consumidores neoyorkinos.

Una mañana de cielo plumizo, de esas que podían enfermar al Rey de la Banana, regresó Keith del aeropuerto después de despedir a su familia, más como una garantía de su partida que como una inusitada gentileza de su parte. Era el 12 de diciembre de 1937. Salaragua ingresó ese día en la era de la aviación cuando Leónidas Trubico fundó la línea aérea nacional, Transal, S.A., para establecer comunicación y acceso directo, regular, entre Estados Unidos y Ciudad Trubico. La totalidad de las acciones de la compañía aérea, a la altura de las mejores del mundo en puntualidad y calidad de servicio, eran de la exclusiva propiedad del gran benefactor. ¡Salaragua nunca se quedará a la zaga mientras Trubico sea el gran capitán de los destinos nacionales!, diría el tirano al momento de cortar el listón oficial el día de la inauguración con

unas tijeras de oro que, desde luego, fueron exhibidas posteriormente en una vitrina con las fotografías de rigor en una nueva sala del Museo Nacional para significar y demostrar con más hechos la incunable grandeza de nuestro líder nacional. ¡Ay!, Trubico, si fueras eterno... Salaragua competiría con cualquier potencia del universo.

Sofía Guardia descansaba un par de meses al año en otra de las casas de huéspedes distinguidos de la United Fruit, construida a unos cuantos kilómetros de Nueva Orleans, uno de los principales centros de distribución de bananas del país. Keith aprovechaba incluso sus días de asueto para revisar la situación de sus empresas. La fruta no puede esperar a que yo termine mis vacaciones. Si se pudre, me pudro yo. Sofía había salido de viaje acompañada como siempre de sus dos hijas, Isabel y Blanca. Ponles como quieras, contestó en ambas ocasiones el magnate al conocer el sexo de su nueva heredera y ser consultado respecto al nombre de mujer de su preferencia para llamar así, en su honor, a la hija recién nacida. Sólo si tuvieras un día un hombre: ése sí se llamaría Robert, así, en inglés, como yo. A éstas ponles como se te dé la gana. Si quieres ponles Sofía a las dos, me importa un pito. La única realidad es que tú me produces problemas no sólo por la boca sino hasta por la vagina, fue el último dicho de Keith antes de tirarle a la cara a su mujer la caja de chocolates y las flores una vez presentada formalmente la nueva intrusa.

Isabel le llevaba a Blanca cinco años de diferencia. Isabel tenía 11 años. Era sin duda alguna una chiquilla hermosa, digna heredera de la belleza de su madre, quien conservaba unas facciones frescas y delicadas además de un físico extraordinariamente atractivo. Robert no ocultaba su frustración ante la ausencia de un heredero varón. ¡Por Dios!, ¡hembras! Sólo hembras que no sirven sino para la reproducción y para satisfacer estas ansias de placer animal, pero no para pensar, construir, crecer, multiplicar y desarrollar empresas, países y continentes.

Muérete Keith, muérete mil veces, se escuchaban las maldiciones de Sofía a lo largo y ancho de los corredores de la clínica.

Por toda respuesta a sus deseos de tener un hijo varón, y como para satisfacer sus apetitos genealógicos, el médico le comunicó al magnate después del nacimiento de Blanca que su mujer jamás podría volver a concebir, debido a que durante el alumbramiento había detectado la presencia de ciertos tejidos sospechosos y había tenido que extirparlos causando a Sofía un daño irreparable, razón por la cual debería dedicarse a disfrutar las dos hermosas damitas que Dios Nuestro Señor, siempre misericordioso, ya le ha hecho el favor de concederle con las mejores bendiciones y augurios...

Aquella mañana sofocante, después de haber satisfecho inexplicablemente sus compromisos familiares, Keith se dirigió a su oficina para tener el primer encuentro con el candidato a ocupar el cargo de asesor cultural de la United Fruit, según los insistentes consejos de uno de sus socios neoyorquinos. A ver cómo me sale este perfumadito maricón, pensó para sí cuando subía por el elevador privado rumbo a su despacho. Cuál no sería su sorpresa al constatar la identidad de la probable encargada del área cultural del Pulpo. ¿Una mujer? Se quedó paralizado en el umbral de la puerta mientras la candidata se mantenía sentada en el sillón grande de cuero rojo capitoneado y la secretaria se hacía cargo de su clásico sombrero blanco estilo Panamá.

—Buenos días, señor Keith —se adelantó ella a saludar, al tiempo que dejaba una revista con el rostro del bananero en la portada.

—Buenos —repuso cortante, acostumbrado a que la gente se pusiera inmediatamente de pie ante su presencia. Así, paradito, como si les tronara el látigo, hombre o mujer, me importa un bledo. A la autoridad se la respeta. ¡Arriba!, pensaba ordenar, está usted frente al presidente del Consejo de Administración de la United Fruit Company, cuando ella le extendió la mano finamente enguantada en piel, sin manifestar la menor inquietud.

—Me da mucho gusto conocerle personalmente —escuchó una voz un poco ronca y áspera que inspiraba cierta autoridad desconcertante.

Keith se sintió confundido por la seguridad de la mujer.

De haber advertido el bananero la menor señal de arrogancia o de insolencia hubiera dado por concluida de inmediato la entrevista y archivado el nuevo ángulo cultural de la empresa por lo menos durante los próximos doscientos años.

Keith devolvió el saludo como probablemente le enseñara su tío Minor en su momento. No estaba acostumbrado a semejante exquizez. Tomó asiento frente a ella.

Ella habló de la fastuosidad de las oficinas, su elegancia, el juego tan optimista de los colores blanco, amarillo y verde.

—Quiso usted meter la selva en su oficina, señor Keith. Trabajar aquí debe de ser un placer, con tanta luz, con tanta alegría y tan agradable temperatura.

—Necesitamos vestir la empresa —repuso halagado y sorprendido por la sensibilidad de esa mujer—. Quien entre aquí, usted perdonará mi sinceridad, debe sentir nuestro poder en cada rincón del techo o del piso. No lo hago por mí, yo me hice en las bananeras, en los calores del trópico. Estoy más acostumbrado a las incomodidades que al lujo —concluyó queriendo impresionarla poniendo por delante su mejor perfil acerado.

—De eso se trata, señor Keith —agregó ella sin perder tiempo animada por entrar a la mayor brevedad en sus terrenos y salir de los del magnate.

Él no le retiraba los ojos. Se dispuso a escucharla atentamente. Era un fenómeno, le habían dicho, aun cuando nunca pensó que fuera una mujer.

—Igual que usted viste arquitectónicamente sus instalaciones con los mejores acabados y diseños, debemos decorar su empresa culturalmente —marcó ella dando un primer paso para iniciar su tortuoso proceso de convencimiento—. Llegar hasta las alturas será una proeza.

—Yo no quiero regalar nada —tronó Keith intempestivamente.

Simone Kirkpatrick lo miró ofendida por aquella interrupción.

—No se trata de regalar su dinero, señor Keith, sino de vestirlo, como usted dice, con un ropaje diferente al lucro —explicó enarcando visiblemente las cejas.

El magnate sintió como si alguien hubiera golpeado con el zapato la cubierta tallada de su mesa de caoba. A partir de ese momento prefirió escuchar, sintiéndose extrañamente intimidado. Buscó discretamente a un lado y a otro del sillón el portafolio que con toda seguridad, pensó Keith, contendría la información publicitaria que avalaría el proyecto, reduciendo con este pensamiento a Simone Kirkpatrick al nivel de un simple agente de ventas más. Simone Kirkpatrick llevaba sólo un bolso blanco que combinaba elegantemente con el color amarillo de su vestido y de sus zapatos, seleccionados con toda maña para halagar al magnate con los colores distintivos de la United Fruit.

—Tenemos que hacer sentir al pueblo americano que la United Fruit no es una mera máquina captadora de dólares —continuó ella ante la mirada atónita de Keith—. Hay quienes pueden pensar que sus empresas se enriquecen gracias a la explotación de la gente y a la evasión fiscal —exclamó con toda naturalidad. Keith se acomodó instintivamente en el asiento—. Otros pueden suponer que ustedes intervienen en los asuntos de los países donde radican sus inversiones y que incluso presionan a la Casa Blanca para lograr más concesiones, cerrar más negocios en Centroamérica y controlar a los jefes de Estado respectivos. Usted sabrá... Todos sabemos que eso es falso, señor Keith, absolutamente falso —arguyó con un ademán de suficiencia, o de complicidad.

El presidente de la Frutera se hundió plácidamente en el sillón. Una sonrisa sugerente apareció esquivamente en su rostro. Disfrutaba de un espectáculo desconocido para él. El lenguaje, los modales, las

formas, el estilo de esa mujer, su trato, lo tenían maravillado. Mira que si no fuera...

—Mi equipo y yo, señor Keith, veremos por acabar con todas esas suspicacias.

— ¿Cómo lo harán? —cuestionó suavemente el Rey de la Banana con un dejo de indiferencia.

Simone Kirkpatrik, de unos cuarenta años, cruzó la pierna y encendió un cigarrillo. El bananero no le acercó el fuego ni cenicero ni mostró la menor intención por ser amable. La pregunta esperada había llegado. Ella explicaría en detalle el proyecto. Largaría de un tiro toda su caballería hasta llegar a la meta trazada.

—Le sugiero crear una fundación cultural con el nombre de su empresa.

Disparó y se ocultó. Guardó silencio. Lanzó una bocanada inmensa de humo, detrás de la cual observó a su interlocutor. Analizó cada uno de sus movimientos y precisó cada una de las respuestas. Cargó de nuevo. Keith se quedó pensativo. Tamborileaba impaciente con la mano derecha. Iba a agregar que no regalaría su dinero pero ella supo atajar el proyectil.

—Obviamente la fundación será propiedad de usted y operará como vasos comunicantes con el resto de sus subsidiarias para efectos fiscales.

¿Pero qué se traerá esta vieja entre manos?, pensó cauteloso y desconfiado como siempre.

— ¿Y que hará la fundación?

Simone se cuidó mucho de sonreír. Era una profesional.

—Lo que haremos, señor, es demostrarle al público americano el destino de una buena parte de los recursos de una compañía como la suya; que vean otro ángulo, las ventajas, los beneficios que implica para Estados Unidos contar con empresas como ésta que además de crear fuentes de trabajo, remitir dólares a la Tesorería Federal y endulzar la vida de los consumidores, todavía se da el lujo de comprar obras de arte y de traer las más renombradas orquestas, compañías de ballet, de teatro, de danza. Daremos cursos de música, de baile, de dibujo, de pintura, de creación literaria. Será el centro donde sembraremos las semillas de una generación norteamericana, también creadora de imperios, pero de otro imperio: del arte, de la belleza. Suyo será también este reino, señor Keith. Será nuevamente rey, ahora rey del espíritu humano. Construiremos un museo, una escuela de artes plásticas, un conservatorio...

Robert Keith miraba a Simone Kirkpatrik como si fuera una aparición, un bicho raro. Fumaba compulsivamente.

— ¿Pero cuánto me costará todo esto? —insistió.

Simone se puso de pie. Dueña de su papel y de la atención del magnate empezaba a apropiarse de la reunión. Se colocó frente a él con ambas manos en la cintura, a un lado del tapete blanco que tenía tejido un plátano, un Gros Michel, el verdadero generador de dólares, de un amarillo optimista, igual a la bandera de la empresa.

—Compraremos un terreno en la Quinta Avenida en Nueva York —agregó engolosinada—. Ahí construiremos el Museo United Fruit y competiremos con el tesoro artístico del Metropolitan, del Museo Británico, del Louvre, del Prado. Cualquiera americano se sentirá orgulloso de tener un museo así en Estados Unidos. Todas las empresas desearán imitarlo; su ejemplo cundirá por todo el país como una gigantesca catarata refrescante. Usted —apuntó mientras se apoyaba en el brazo del sillón de Keith y lo señalaba con el dedo índice de la otra mano— dará verdaderas lecciones, enseñará usted nuevas teorías, nuevas ópticas de cómo justificar la creación de la riqueza.

Keith no supo cómo responder semejante atrevimiento: le incomodaba la cercanía de la cara de Simone. Un rostro todavía fresco y meticulosamente atendido. ¡Qué bien sabía perfumarse! ¿Sabrá acaso esta sabihonda cuánto cuesta un metro cuadrado en la Quinta Avenida?

—Traeremos la mejor selección de pintura naturalista, impresionista, cubista, surrealista. Colgaremos en

nuestras paredes a Cézanne, Degas, Van Gogh, Monet, Manet, Gauguin, Picasso, Braque, será la locura, señor Keith —decía Simone mientras caminaba inquieta de un lado a otro de la habitación como envuelta en las cortinas de humo de sus cigarrillos. Repentinamente, al girar sobre sí se encontró con la mirada desconcertada del magnate. Lo había capturado. Vio a un hombre apabullado, disminuido. Robert Keith disimulaba difícilmente su malestar por sentirse fuera de sus terrenos, en donde él era el amo indiscutible.

¡Qué memoria!, se decía Keith sin suponer siquiera el precio de cada óleo. Es un almanaque de nombre inútiles.

—En las casas de arte inglesas, en las subastas podremos adquirir Rubens, Van Dycks, Rembrandts, hasta Leonardos, señor Keith —agregó Simone Kirkpatrick con la intención de asestar el golpe de gracia—. ¿Por qué no tener un salón de honor con un solo cuadro pintado por Leonardo? Nadie lo tiene, usted será el único, el único empresario con una clara concepción del arte y del papel que juega en la vida de los seres humanos. ¡Qué afortunado es usted en poder hacerlo!, ¡qué afortunada yo en poderlo acompañar en la experiencia y en la aventura!

—Eso de la exclusividad me gusta —exclamó seducido por el proyecto—. Volveré loca a la competencia cuando me vean comprar cuadros en lugar de bananas. Oiga, ¿y no podría contratar al tal Leonardo ese para que me hiciera un retrato a todo color para ponerlo en la entrada misma del museo? ¿Qué le parece?

Simone Kirkpatrick quedó petrificada. Sólo alcanzó a balbucear tímidamente su conformidad. Prefirió continuar:

—Tocarán aquí en Estados Unidos las mejores orquestas del mundo gracias a usted. Vendrán los mejores poetas para leerle al pueblo norteamericano sus obras maestras, los pianistas, violinistas y chelistas a dar conciertos. Los grandes cantantes a interpretar las mejores óperas, señor Keith, nadie lo ha hecho —insistía Simone con un entusiasmo desbordado—. Será usted un innovador. El arte, el capital, las bananas, señor Keith, la fruta al servicio del arte. No lo dedicaremos a explotar a la gente ni a dar golpes de Estado ni a financiar ejércitos ni a dar sobornos, como la gente gusta en calumniar. Lo dedicaremos al color, a la línea, a la luz y a la música, señor Keith. Eso estará fuera de todo género de dudas. ¿No se emociona usted? ¿Se da usted cuenta que muchas generaciones de americanos se lo agradecerán de rodillas? ¿Se percata usted de que hablamos de un testimonio para la eternidad? Sus plátanos, señor Keith, servirán para comprar tesoros arqueológicos griegos, egipcios, romanos, chinos, africanos, en fin, las obras todas las nacionalidades, de todos los autores y de todos los tiempos desde que la tierra es tierra y los seres humanos grabaron su primer mensaje artístico en las paredes de una cueva.

Keith flotaba soñando con semejantes honores. Ningún empresario se había distinguido con tales excentricidades. No entiendo por qué a mi tío Minor nunca se le ocurrió una cosa así.

—Bueno —preguntó entonces—, ¿cómo se dice cuando a usted le gusta todo esto y quiere estimularlo?

—Que es usted un hombre cultivado, que es usted un promotor del arte, de lo mejor del género humano, un verdadero mecenas el nuevo Lorenzo del siglo XX. Keith el Magnífico.

La respuesta fue tan motivante como incomprensible. Bien visto, mi tío Minor no era un hombre cultivado, ningún *mecenas*. En cambio yo represento una generación diferente, pensó para sí. —Dentro del auditorio, que podríamos inaugurar con el nombre de su esposa, imagine usted: SOPHIA GUARDIA AUDITORIUM, en latín, señor Keith, reviviríamos inclusive las lenguas muertas, ahí escucharíamos las polonesas de Chopin, las óperas de Verdi, Rossini, Leoncavallo, Puccini, las sinfonías de Beethoven, Brahms, Schubert, los conciertos de Tchaikovsky, en fin, señor Keith, reviviríamos también a los mismísimos muertos y su música; un día Vivaldi o Corelli, otro Mahler, o Mozart o Bach o Handel. Todos, señor Keith. La United Fruit no será sólo la famosa bananera sino el gran templo de la música, el nuevo hogar de Terpsícore, señor Keith, *la grande Maison Des Artistes*, señor Keith.

El magnate no podía ocultar su alborozo. Era un instante de verdadero deleite. ¿El nombre de la Tocha

en latín? ¡Caray! Esta vieja sería la mejor vendedora del mundo. ¡Qué alegría en su exposición! Sería capaz de venderme a mí mis propios plátanos. ¿Y si la mandara a Bélgica...? Sería mi mejor representante para atacar el norte del mercado europeo.

—Daríamos clases de dibujo a niños, señor Keith —continuaba Simone como aquellas lluvias torrenciales del istmo cuando se construyó el ferrocarril costarricense—. Habrá también clases de pintura, de piano, de violín, de chelo, de todos los instrumentos para todas las personas de todas las edades. ¡Nunca es tarde para aprender, señor Keith! A un lado construiremos una biblioteca con el nombre de su tío y albergaremos las obras clásicas de la literatura inglesa y norteamericana. Las de los poetas, las de los escritores, historiadores e investigadores de todas las corrientes artísticas en la historia de la humanidad. Será la locura, señor Keith —insistía Simone mientras ya cargaba de nuevo.

Por toda respuesta el presidente del Consejo de Administración de la United Fruit se introdujo el dedo meñique en el oído y lo agitó con un ritmo enérgico como si quisiera aplastar algo en su interior. Acto seguido, al no sentirse observado, procedió a olérselo y a limpiarse después discretamente el cerumen en el calcetín para no manchar ninguna parte visible de su elegante indumentaria.

Simone Kirkpatrick sólo se permitió sentir que el gran capitán de industria, comercio y banca perdía atención. Arremetió por un nuevo camino.

—Pero no le he dicho lo mejor, señor Keith. —Encendió un cigarro para constatar que era debidamente escuchada.

Él levantó la cabeza después de revisarse la uña minuciosamente. No me gusta la suciedad, se dijo mientras se disponía a escuchar el platillo fuerte de la conversación.

—Copiaremos el color y la fachada misma de la Casa Blanca, señor Keith. Imagine usted la Quinta Avenida con un edificio como el Empire State recién terminado y un contraste con la arquitectura suave y armoniosa del siglo XIX.

El presidente de la United Fruit empezó a sentir cómo ascendía a los cielos envuelto en la bandera americana finamente ribeteada en hilos de color amarillo.

—Pero espere, señor Keith —saltó ella mientras espiraba el humo recién inhalado—. La entrada, o sea el vestíbulo principal, será redondo: los límites de la circunferencia estarán marcados por diez o quince enormes columnas, muy anchas, de color negro, para detener una cúpula a gran altura que decoraremos con temas bíblicos a todo color, señor Keith, la Capilla Sixtina neoyorquina, que pintará otro artista igualmente italiano, y en la parte baja del ábside pondremos su nombre también en latín, algo así como: ROBERTUS KEITH MAGNIFICUS, GLORIA AETERNITATIS ARS PATRONUS. Y la fecha de su nacimiento en números romanos, todo en oro, señor Keith.

El magnate hacía sus mejores esfuerzos por mantener la boca cerrada y ocultar el hechizo en el que había caído.

—En el centro del vestíbulo, exactamente en el lugar de honor, a la entrada misma de la fundación, como enmarcado con las columnas hercúleas de diez metros de mármol negro, ahí pondremos un busto de bronce del gran benefactor. ¡Así!, señor Keith —Simone, poniéndose de pie imitó el gesto altivo de los cesares, con el ceño fruncido y un esbozo de sonrisa en sus labios, la mirada generosa, la frente en alto, la cabeza inteligente, el nuevo Lorenzo el Magnífico del siglo XX—. El gran mecenas de nuestros días, el amante de las bellas artes, su patrón, su protector, su impulsor, el Médici reencarnado, señor Keith.

El presidente de la United Fruit se había embriagado finalmente con su propia vanidad. Nunca había entendido los extremos del verdadero sentimiento de grandeza hasta que cruzó dos palabras con la maravillosa Simone Kirkpatrick. Ella había sintetizado años de su existencia. También la de su tío y la de su tío abuelo. ¿Qué iba a heredar, acaso un monumento al plátano? Tampoco se iba a construir un ostentoso mausoleo. Necesitaba algo más perdurable, honorable, respetuoso. Simone lo tenía en la cabeza. No

importaba que ella continuara hablando y vomitando nombres, corrientes, técnicas, instrumentos, fechas y todo género de ideas. Era una locomotora en marcha. Alguien digna de aprovecharse. Tenía en sus manos las claves de su posteridad. Un argumento adicional para tener acceso a la inmortalidad y a una muerte tranquila. Una nueva justificación existencial para toda la familia Keith, para toda una generación de civilizadores, líderes genuinos de hombres, capitales y países. Aquí está uno de los grandes testimonios de nuestra carrera. Una prueba más de nuestro comportamiento ejemplar, otra demostración de la importancia del capital transnacional, sus ventajas, sus beneficios, la necesidad de protección por parte de las autoridades norteamericanas: donde vaya un dólar deberá ir invariablemente un cañón, donde los haya deberá haber marines, donde haya marines habrá paz y seguridad para invertir. Sólo así podrán surgir más fundaciones.

El magnate guardaba un prudente silencio. No dejaba de ver con curiosidad a Simone Kirkpatrick, quien empezaba a turbarse.

Nunca creí que hubiera gente así. De verdad no creí que existiera. Violentamente se puso de pie. Le extendió el cenicero a Simone. Ella entendió que debía apagar en ese instante el cigarrillo. No dejaba de hablar. Tenía muchos argumentos más. Keith recogió el bolso de mano de la asesora cultural con la mano izquierda y con la derecha la tomó del brazo para conducirla a la puerta. La confusión fue total. ¿Me larga? ¿Le he hartado? ¡Dios!

Al despedirla le extendió cordialmente la mano mientras instruía escuetamente a la secretaria sin molestarse en voltear a verla ni constatar siquiera su presencia:

—Ordene que la contraten. Buenos días. —El portazo recordó a todos los empleados la existencia del patrón, las señales del amo, un llamado al trabajo. Estamos en la oficina.

En marzo de 1938 los alemanes invadieron la Kartnertrasse de Viena; arrancaron a los oficiales austríacos sus condecoraciones, rompieron las vitrinas de los mercaderes judíos e izaron la *svástica* sobre la Cancillería. En septiembre del mismo año Gran Bretaña y Francia accedieron al desmembramiento de Checoslovaquia: los Sudetes serían incorporados al Tercer Reich. Se negociaban la paz a cualquier precio. Todo menos una nueva hecatombe. Una gran oleada de judíos alemanes y austríacos llegan a las costas de Estados Unidos. Los más desafortunados perecen en las cámaras de gas o en los hornos crematorios de la barbarie hitleriana. En marzo de 1939 Alemania se apoderó de la mayor parte de Checoslovaquia. Una nueva traición. Trubico y compañía aplaudían rabiosamente. A su juicio, el fascismo debía imponerse a todo trance. Con la anexión de los Sudetes, según las promesas ingrátidas del Führer, se darían por satisfechas las necesidades territoriales alemanas. En la noche del 15 de marzo de 1939 la Gestapo recorría las calles de Praga, practicaba arrestos en masa, clausuraba las tiendas de judíos, arrestaba a los opositores de cualquier corriente política, en especial a los comunistas, para que nunca nadie volviera a saber nada de ellos. Si yo pudiera hacer lo mismo en Salaragua con tanto maldito inútil. El presidente Roosevelt por su parte concluye:

No enviaremos ejércitos a Europa. Pero hay muchas cosas que no son la guerra que podemos hacer para ayudar a mantener la independencia de las naciones a las que por principios de decencia se debe permitir que vivan sus propias vidas.

La amenaza fascista crecía. El temor de una nueva conflagración europea en pleno siglo XX se apoderaba de todas las conciencias. El conflicto parecía inevitable. El primero de septiembre de 1939 Alemania bombardea sin piedad Polonia. Quien le declarara la guerra a Polonia se la declararía igualmente a Francia y a Gran Bretaña. Europa se convertía en un nuevo campo de batalla, reventaba por todas las costuras. Alemania se apodera a continuación de Dinamarca, en abril de 1940, a pesar de la existencia de un pacto de no agresión. Noruega caería dos meses más tarde.

En el mes de mayo Hitler se hace de Holanda y Bélgica, y en junio, de Francia. Es la *blitzkrieg*, la guerra relámpago. Lo que Guillermo II no logró en cuatro años el Führer lo ejecuta en un mes. Los periscopios y las mirillas alemanas apuntan a Inglaterra, como antaño habían apuntado igualmente los cañones napoleónicos. Los ojos de la humanidad se dirigen hacia Estados Unidos, la última gran democracia del orbe. Los de los dictadores centroamericanos enfocan la Alemania nazi, en ella depositan sus mejores esperanzas. La Casa Blanca observa detenidamente los movimientos en el Caribe. El Congreso norteamericano aprueba una inversión de treinta y siete mil millones de dólares para rearmamento y ayuda a los aliados. No la extiende gratuitamente, desde luego. Exigen y reciben a cambio concesiones, todo un conjunto de beneficios, entre ellos, una serie de bases aéreas y navales en las Indias Occidentales Británicas. Inglaterra, desesperada, acepta cualquier condición, aun de sus propios primos. La guerra es un gran negocio. Los accionistas de la industria militar reciben pedidos por miles de millones de dólares. En público lapidan la figura de Hitler; en privado le desean larga vida.

Albert Einstein, Enrico Fermi, Leo Szilard y otros físicos que se habían refugiado en Estados Unidos huyendo de la tiranía de sus propios países advirtieron al presidente Roosevelt el peligro de que Alemania obtuviese la delantera en la fisión del uranio. En el verano de 1940, Fermi, ayudado por miembros del equipo de fútbol de Columbia, comenzó a construir una pila atómica. Mediante un poderoso ciclotrón o golpeador de átomos el doctor Ernest Lawrence, de la Universidad de California, resolvió el problema de producción en cantidades suficientes de material fisionable. El presidente asignó la responsabilidad de los siguientes avances a la Oficina de Desarrollo e Investigación Científica, que continuaría intensamente los trabajos hasta lograr el necesario producto final con la debida oportunidad...

En las elecciones de noviembre de 1940 el presidente Roosevelt asegura otros cuatro años de estancia en la Casa Blanca. Pidió la defensa de las cuatro libertades: la libertad de palabra, libertad de religión, libertad de necesidad y libertad de miedo. Hitler invade Rusia, Japón hace lo propio con Indochina. La guerra a nivel mundial parecía inminente. El 26 de noviembre de 1941 una fuerza de ataque japonesa de seis grandes portaaviones con 353 aereoplanos, dos acorazados, dos cruceros pesados y once destructores salió rumbo a Pearl Harbor. El día siete Oahu era un polvorín. La cortina de humo negro se extendía a lo largo y ancho del océano Pacífico. El lunes ocho de diciembre de 1941 Estados Unidos declara la guerra al Imperio del Sol Naciente. El once del mismo mes, Alemania e Italia, fieles al pacto tripartito declaran la guerra a Estados Unidos. El totalitarismo contra la democracia. El ruido de las bombas ahoga las palabras, los uniformes contra las togas, la libertad o la muerte, la ciencia al servicio de la destrucción en masa, el hombre y la bestia, el instinto y la razón. La fuerza al servicio del talento, la brutalidad y las perversiones genéticas como modelo político de gobierno. La lucha por la luz o la derrota en la eterna penumbra. Estalla la Segunda Guerra Mundial.

II

DÓLARES Y DICTADORES

*Cada yanqui que anda por el mundo
tiene como ángel de la guarda a un
marine.*

RICARDO FURTAMANTES

Cuando Estados Unidos ingresa en la Segunda Guerra Mundial, los dictadores centroamericanos viven momentos de gran confusión. Idolatran a Hitler y a Mussolini, sí, pero necesitan de Roosevelt en todos los órdenes de la vida nacional. Imitan la forma y el boato de los estilos fascistas; disfrutaban igualmente los desfiles militares como una ceremonia más de sus delirios imperiales; gozan de las indumentarias castrenses, en especial de los uniformes de gala. Conciben, en fin, y anticipan las dimensiones de la eternidad cuando pronuncian sus discursos incendiarios dentro de una liturgia apoyada en el terror de las masas que los consagra entre ovaciones estruendosas al trono radiante de sus inmarcesibles liderazgos. Aman la dictadura sobre cualquier otro bien terrenal. Sí, a la dictadura, ¡bendita dictadura!, el diseño político por excelencia, el único aplicable de acuerdo a la idiosincrasia caribeña. Somos fascistas de corazón, pero ¡carajo! dependemos de la democracia más poderosa de la tierra. De hecho, cuando en 1936 Italia decidió abandonar la Liga de las Naciones, Leónidas Trubico hizo lo propio al igual que Honduras y El Salvador. Washington protestó con energía a través de sus embajadores acreditados ante las respectivas cancillerías centroamericanas. Denunció simultáneamente la venta masiva de pasaportes emitidos por esos países a las potencias del Eje —siempre pagaderos en oro depositado en las bóvedas de los bancos suizos— para el uso de agentes *especiales* encargados de llevar a cabo las delicadas labores de espionaje a lo largo y ancho de América Latina. Ante semejante queja y por toda respuesta Trubico envió anónimamente al representante de la Casa Blanca en Salaragua una fotografía del presidente de Estados Unidos usada como papel del baño y con especial dedicatoria para el exquisito diplomático norteamericano³⁷.

El fascismo es la gran solución, apuntaba insistentemente Trubico en sus reuniones periódicas con los altos mandos de su ejército. En nuestros países no existe ninguna otra posibilidad de convivencia política. Como todos éstos son unos hijos de puta que nunca tuvieron padre, y si lo tuvieron nunca lo conocieron, nosotros debemos constituirnos en superpadres de estos pueblos de desnalgados, en el gran Estado Benefactor, para conducirlos, aun contra su voluntad si fuese necesario, por la senda del bien y del progreso, que ellos jamás alcanzarían si los dejáramos sueltos a la mano del demonio. Por eso perseguimos hasta el cansancio a estos gusanos rojos, prófugos de la heroica España franquista. Nunca olviden cómo dejaron a la Madre Patria: toda la península era un incendio y un panteón que, afortunadamente, Hitler pudo sofocar para darle a los muertos una sepultura digna y ayudar a imponer las formas de gobierno más convincentes para el Estado moderno español. El Führer y yo podríamos hacer maravillas en toda la América Latina.

Leónidas Trubico fichaba a quien ingresara en una librería. Quien quiera saber algo más que yo, desde luego es un comunista. Ordenaba constantemente revisiones en las librerías y si a juicio de las brigadas de inspectores encargadas del cateo, integradas por militares de todas las graduaciones, hasta generales de división, se localizaban libros prohibidos por el Estado o por la Iglesia, de inmediato se procedía a la clausura del comercio y a la reclusión del propietario por tiempo indefinido en cualesquiera de las mazmorras de la dictadura. Igualmente fichaba a los obreros que en nombre de sus compañeros de trabajo se atrevían a presentar solicitudes para reducir, por ejemplo, de catorce horas diarias a doce la jornada laboral. Estos marxistas, repetía incansable a los inversionistas norteamericanos, aun en las cárceles contaminan. Por eso mucho mejor es meterles bala, como aquellos amotinados de la finca San Blas, que ya se estaban poniendo pesados hasta que el Rey de la Banana nos permitió fusilar uno por uno a los líderes sublevados, frente a sus compañeros, y ya no les quedó más remedio que retirarse a cortar pencas o devolver el A eso. Mire usted que andar pidiendo un día de descanso a la semana...

Nadie en Salaragua hablaba en voz alta. El miedo es la herramienta más eficaz para ordenar la conducta. En la calle, por cada dos policías uniformados, había por lo menos otros dos disfrazados. Los delatores eran galardonados. Las técnicas de la SS alemana adquirían carta de naturalización en Salaragua. Trubico, como la mayoría de sus colegas, había firmado acuerdos de asistencia técnica con el Tercer Reich en materia de control y buen gobierno de la sociedad. Si el padre delataba a su hijo, recibía una medalla al mérito de manos del Hombre Providencial.

La persecución y el espionaje eran ya estilos de vida en la *república*. Se verificaban permanentemente las actividades de los ciudadanos. Acosaban igualmente a nacionales que a extranjeros, aun cuando gozaran

de fuero diplomático siempre y cuando no fueran norteamericanos. Trubico tenía en cada pared una oreja, en cada paisano un soplón, en cada confesor un acusica, en cada prostíbulo una denunciante, en cada mesero un sindicador. Eso sí, la paz reinaba finalmente en Salaragua, después de siete revoluciones en quince años. Ya nadie se atrevía a levantar el puño contra las instituciones democráticas. Hemos reconquistado la felicidad y la tranquilidad perdidas. Es más, gracias a mí este país tendrá este año la mejor temporada de lluvias de su historia...

Los contrabandistas de la frontera mexicana eran fusilados en plazas públicas en grupos de quince o veinte; los indios eran asesinados sin previo juicio por haber robado unos centavos; a *cualquiera que pensara peligroso*, se le torturaba hasta la muerte en cárceles clandestinas. Se les deformaba la cabeza con coronas de acero para espantar las *nociones demoníacas* y para obtener supuestamente información policiaca. Las mujeres con ideas *subversivas* eran sumergidas desnudas en tinas electrolíticas y los hombres, los más afortunados, eran colgados de las muñecas —otros lo eran de los dedos—, con pesos en los pies mientras recibían golpes en los testículos. Durante los suplicios se tomaban fotografías en posiciones invariablemente macabras, cuya contemplación producía un raro placer en el señor presidente de la República. Tan pronto las tenía entre sus manos las acariciaba voluptuosamente y sonreía, en particular cuando se trataba de viejos seguidores, compañeros de la banca en las academias militarizadas, hoy opositores políticos identificados gracias a las purgas sangrientas que aparecían recurrentemente a lo largo de sus reelecciones a la primera magistratura del país. ¡Se los dije, hijos de su puta madre, no jueguen nunca conmigo ni con Dios!, repetía mientras observaba una y otra vez con su conocida mueca de triunfador los rostros de dolor o la expresión congelada de los muertos o los miembros mutilados de los marxistas, sus enemigos mortales. Lo que hemos demostrado es que el pueblo no existe. Que no nos amenacen con un fantasma que hemos disipado³⁸.

Cuando Trubico procedía al asesinato de sus opositores no perdía detalle del procedimiento de tortura. Quería saber, por ejemplo, si el prisionero había o no gritado al aplicársele en los pies la plancha caliente; si había confesado todos sus delitos con tan sólo entrar al cuarto de las loras*; informarse, en fin, si se había o no cagado de miedo como todos los cobardes de su calaña; si había o no llorado, implorado perdón y lo había o no reconocido como Padre Providencial al ver a sus verdugos acercarse con los alambres eléctricos echando chispas mientras colgaba desnudo y empapado de unas argollas en un sótano saliginoso de los constabularios.

— ¿Habló el comunista ése cuando le jalaron el botón?'' ¿Se reconoció representante de la URSS?

—No, señor, nos dijo que él no conocía a esa señora y que jamás la había oído mentar en su vida.

— ¡Miserables traidores!

Cuando ambos salían del despacho presidencial sabían la consigna: Tirar al preso desde un avión militar al océano sin protección alguna. Hay gente que sólo sirve como alimento de los tiburones...

A Leónidas Trubico le era indiferente si el recuento de los sufragios superaba en dos tantos o más el número de la población total del país, como si ganaba la última campaña electoral con 2545721 votos a favor y cero en contra³⁹.

Si Roosevelt ya se reeligió dos veces y va para la tercera, ¿por qué yo no voy a poder hacerlo otras tantas?⁴⁰ Y al final de cuentas, se cuestionaba con genuino convencimiento en el seno de sus elegantes reuniones de gabinete, si Dios, nuestro Señor, se mantiene en el poder eternamente, ¿por qué razón yo no

* El cuarto de las loras era una habitación oscura, sin ventilación, en donde ni siquiera era posible que el acusado se viera una de sus manos y estaba repleta de culebras largas y delgadas conocidas en Nicaragua con el nombre de loras.

** Una de las torturas favoritas del dictador consistía en hacer tragar al acusado uno de sus botones sujeto por un hilo, que posteriormente se jalaba para arrancar las declaraciones más inverosímiles y aceptar los cargos más inauditos con tal de evitar el dolor producido por un desgarramiento interior de vísceras, órganos y vasos sanguíneos.

he de poder seguir Su Santísimo Ejemplo...?41

A los candidatos de la oposición les estaba prohibido viajar por el país en cualquier vehículo motorizado. Se les privaba de la libertad durante seis meses por violar esa disposición o cualquier otra del tráfico citadino. Sus automóviles particulares debían depositarse obligatoriamente en la Procuraduría General de Justicia de la nación. A partir de la declaración oficial de su candidatura a la presidencia de la República les era prácticamente imposible localizar un cuarto de hotel o rentar una casa habitación. Quien concediera el hospedaje a semejantes inquilinos caía bajo los efectos inminentes de un embrujo de fatales consecuencias. Desde luego, ningún periódico o revista debía pensar siquiera en la posibilidad de publicar la menor declaración favorable a los enemigos de la causa de Dios y del Estado so pena de ver cerradas sus puertas una hora después de la edición o de ver pintarrajeadas las fachadas de sus edificios o, en el peor de los casos, destruidas sus instalaciones por una turba fanática movida por la injusticia cometida en la persona del divino Benefactor del país. Las mismas advertencias hacía a quienes frecuentaban a los familiares y amigos de sus opositores.

No hay que confiar en la ley sino en Trubico. No hay que temer a la justicia sino a Trubico. No hay sino una norma de derecho: Trubico. Ya no se habla en Salaragua sino de Trubico, insistían los tres poderes federales como máxima regla de gobierno42.

Cuando Carias Andino, presidente de la República de Honduras, fue electo para un nuevo período de gobierno, el cual terminaría en el año de 1943, ordenó al Congreso el cambio del tres por un nueve, para poderse quedar *legalmente* hasta 194943. Los opositores corrieron furiosos a refugiarse en Salaragua, donde esperaban contar con la seguridad necesaria para sobrevivir e iniciar de inmediato una ofensiva desde la frontera. Su inocencia los condujo al patíbulo. Trubico y Keith aplaudían a rabiar el ingenio de su colega y empleado, respectivamente. Yo lo hice a él, ciento por ciento es hechura mía, repetía jubiloso el magnate. La comunidad de tiranos centroamericanos funcionaba con la precisión de una obra de arte de la relojería suiza. Tus enemigos son mis enemigos. En este sentido, Leónidas Trubico asesinó uno a uno a los exiliados políticos hondureños y, una vez debidamente mutilados, procedió a enviar pruebas suficientes a su querido y entrañable colega con ánimo de demostrarle la lamentable desaparición física de sus opositores44. La persecución, no cabía la menor duda, se llevaba dentro y fuera del país.

El máximo *hobby* de Trubico desde los ocho años de edad consistía en arrojar gatitos desde la azotea de la casa paterna45 para disfrutar su caída libre y sus macabros maullidos de pánico y dolor. Una vez instalado en la presidencia de la República sustituyó los animalitos con seres humanos, y las azoteas por aviones de la fuerza aérea salaragüense, desde donde dejaba caer vivos al mar a sus enemigos y críticos.

De niño desertó de la academia militar. Su padre lo salvó. Más tarde fue llevado a una corte marcial por negarse a ir al frente. Su padre lo salvó del paredón. En otra ocasión, durante unas maniobras militares ordenó abrir fuego contra un grupo de campesinos mexicanos. Algunos lograron escapar de la matanza para sólo ser aprehendidos posteriormente y colgados del árbol más próximo sin consideración alguna. Acabemos con los invasores. Salaragua será sólo nuestra. Quien manche con su pisada esta santa tierra se encontrará con Leónidas Trubico. Su padre pudo salvarlo de un nuevo juicio de guerra que, desde luego, le habría costado la vida. Acto seguido, el futuro tirano funda para la posteridad la Asociación de Boys Scouts de Salaragua46.

A su regreso de Estados Unidos, después de concluir unos estudios becados por la Fundación Rockefeller, participa en la organización del golpe de Estado para derrocar el régimen democrático presidido por Manuel Orellana. Trubico estuvo escondido, presa del pánico durante toda la ejecución del plan hasta que fue oportunamente informado de la conclusión afortunada de todo el movimiento. A mí no me asustan las balas, lo que me espanta es 1 fuerte que me las avientan. El presidente Orellana firmó la rendición incondicional cuando le fueron aceptadas tres condiciones de gran trascendencia histórica.

Primero: Que le entregaran en ese mismo acto a su hijo la cantidad de cuarenta mil córdovas.

Segundo: Que le construyeran un puente de acero para llegar a su finca.

Tercero: Que se le concedieran todos los premios de la lotería nacional a lo largo de un mes. De otra manera habría un derramamiento de sangre sin precedentes...⁴⁷

Leónidas Trubico contaba con la compañía permanente de un biógrafo oficial, de un intelectual oficial y de un publicista oficial. Al biógrafo le tenía prohibido enfermarse o llegar tarde a un acto, porque este país no puede quedarse ni un instante sin alguien que recoja en el momento preciso cada una de mis históricas decisiones. Las futuras generaciones deben conocer en detalle mi mecánica de pensamiento, mi capacidad de respuesta ante los diversos problemas *inherentes* a mi cargo, mi visión del mundo y mi *concepción* del destino del universo. El intelectual oficial tenía por alto encargo el incomparable honor de justificar sus actos de gobierno, de vestirlos elegantemente para su entrega a la posteridad y de redactar los discursos, aun los pronunciados durante la inauguración de los burdeles más célebres del país. El publicista debía proyectar convenientemente sus hazañas y su imagen de estadista ante la opinión pública de la nación.

Trubico era un experto en todas las especialidades conocidas. Aquí, en Salaragua, Dios y yo estamos al mismo nivel⁴⁸. Igual orientaba a los técnicos en la instalación de las estaciones de radio, que les indicaba a los integrantes, ya militarizados, de la orquesta sinfónica nacional cuántos alientos y cuántos violines debían tocar y cómo debían hacerlo. Si la interpretación era transmitida por radio él simulaba tocar un chelo, mi instrumento favorito, el que más domino. Si, a su juicio, la orquesta se adelantaba o se atrasaba llamaba enfurecido a la estación para ordenar la repetición de la parte equivocada y castigaba con un mes sin goce de sueldo al responsable de la falta. Por si fuera poco daba clases de cocina, pesca, ingeniería, estrategia militar, historia, economía y de cualquier ciencia, arte o deporte que le llegara a la mente.

Durante las giras presidenciales afirmaba poder predecir en qué momento se descompondría el automóvil. Adivinar cuándo se iba a partir en dos el muelle sobre el cual estaba toda la comitiva, el instante preciso en que todos debían lanzarse al agua, menos él, claro, que sabría guardar el equilibrio para no precipitarse junto con los demás. ¡Al agua carajo, tírese al agua! ¿No se da cuenta que esto se va a desplomar en unos 25 segundos más? Todos saltaban al agua mientras él contaba el tiempo reloj en mano. Y ante la calma más chicha del mar levantaba la cabeza al cielo, como para exigirle una explicación por la mala pasada y consultarle la razón del cambio repentino de señal.

Tengo poderes sobrenaturales. Yo puedo saber lo que está pensando Roosevelt en estos momentos⁴⁹. También les puedo decir si lloverá o no esta tarde o si se romperá la silla sobre la que están sentados. Los objetos inanimados lo obedecían. Podía conocer la verdad con sólo ver a la cara a un asesino. Husmeaba los atentados, los alzamientos, los complots y detectaba con oportunidad las traiciones.

Al practicar sus recorridos por el interior de la República experimentaba una sensación de placer muy singular cuando la prensa lo identificaba como *Salomón sobre ruedas*. Era capaz de resolver los más complejos problemas nacionales en un término siempre inferior a un minuto. Decidía complicados casos de tenencia de la tierra, disputas familiares, pleitos municipales. Despedía y contratava jueces al vapor, revertía las decisiones de las cortes y de los tribunales e incluso llegaba a meter a los propios magistrados a la cárcel. Revisaba los libros de los funcionarios locales, sus ingresos, sus gastos y después de verlos a la cara para saber si se habían desempeñado honestamente en el cargo los confirmaba o cesaba fulminantemente. Eso sí, durante sus viajes jamás entraba en una sola escuela, aun cuando ya las había militarizado todas, incluso los parvularios. A lo largo de su gobierno había prohibido la construcción de una sola de ellas a pesar de llevar ya casi diez años en el poder y de haber crecido en más del veinte por ciento la población infantil. Para escuelas no hay prepuesto. Es dinero tirado a la calle. Mejor, mucho mejor hacer parques y circos para sacar a la gente de sus casas y evitar que tengan malos pensamientos. Igual pasa con los hospitales. ¿Para qué construirlos si la gente sólo viene a morirse en ellos? La prensa salaragüense recogía con minuciosidad

siempre aprobada por el biógrafo y el publicista oficiales lo mejor de las giras presidenciales. El presidente Trubico regresó después de cubrir 2.018 kilómetros con 67 metros. El cintillo todavía agregaba: el día trece fue el mayor kilometraje: 222 kilómetros con 3 metros en cinco horas con 18 minutos⁵⁰. A lo largo de estos recorridos los indios, que habían esperado por espacio de dos días la llegada del jefe de la nación, rodeaban el automóvil, se arrodillaban frente a él, tocaban sus faros o emprendían rezos interminables, como si estuvieran en presencia de una deidad maya-quiché llegada directamente vía Detroit⁵¹. Si éstos te piden tierra regálales una marimba o un saxofón y verás cómo se les olvidan todas sus pretensiones. Si a pesar de todo insisten, como cuando se niegan a pagar impuestos, entonces es que ya están contaminados. En ese caso hay que mandarlos a cortar caña o a pegar piedras en nuestra red de carreteras nacionales, o a trabajos forzados en los malditos pantanos del Pacífico, para purgar sus intenciones comunistas. Al fin que la United Fruit siempre nos anda pidiendo voluntarios.

Leónidas Trubico tenía una manifiesta debilidad por la firma de oficios, decretos, circulares y autorizaciones de todo tipo. Después de revisar la fecha, el año, el siglo y la era correcta asentaba unos signos ilegibles, desproporcionados en relación al tamaño de la hoja del papel, sobre el último título con el que el congreso federal lo había distinguido. Firmaba decretos hasta para ordenar la reparación de un tractor municipal con cargo al erario público por un valor de tres córdovas; se sentía indispensable. ¿Qué harían éstos sin mí? Ni eso pueden hacer. Si por contra alguien se atrevía a hacerlo pasaba un año en cualquiera de las bartolinas húmedas y salinosas de la dictadura por desacato a un mandato de autoridad competente. De esta suerte, el Benefactor de Salaragua firmó decretos de lo más variado de su ingenioso repertorio. En uno absolvía a los latifundistas por matar indios si éstos se atrevían a cazar en propiedad ajena⁵², robar fruta o hacer fogatas en otro ordenaba la abolición de las deudas provenientes de la esclavitud, que ligaban a los mismos aborígenes con los cafetaleros o bananeros, siempre y cuando cada uno de los beneficiarios aportara cinco centavos para la construcción de un monumento con su esfinge, como libertador de los indios, todo un *K'ucumatz**

Suplicaba a los inversionistas nacionales y extranjeros la reducción de sueldos a todos los empleados salaragüenses de un dólar a cincuenta y a 25 centavos, como único medio para controlar los aumentos de precios que tanto perjudicaban a los trabajadores, de igual manera como le había solicitado a la United Fruit la disminución sustancial de los sueldos devengados por sus peones en su plantación del Tiquisate. Mire, le había explicado a Robert Keith, si estos muertos de hambre nunca han tenido, afortunadamente, dinero en su vida y un día amanecen con las bolsas de los pantalones llenas de dólares terminarán por darme una patada en el culo. Si por contra tienen ocupada la mente en la próxima comida, sólo así podré mantener la tranquilidad política del país, Según su biógrafo oficial, las revoluciones de 1897 y la de 1920 habían coincidido con la elevación de los precios internacionales del café. Al haber dinero en exceso, había surgido la violencia. Por esa misma razón los cofres de la nación deberían estar llenos y los bolsillos de la gente vacíos. Keith sonreía y se felicitaba por tener un amigo incondicional de los tamaños de Trubico. Realmente festejaba su sentido del humor; pocos momentos en la vida le reportaban al magnate más placer que escuchar las anécdotas y las técnicas de gobierno de su presidente salaragüense, probablemente el favorito de todos los centroamericanos, así como sus estrategias y su novedosa concepción de la economía, que él aplaudía generosamente con sus típicas carcajadas. En particular uno de los pasajes había tenido singular acogida en los elevados círculos de Wall Street. Trubico sostenía que la depresión de 1929 se habría resuelto si se hubieran cerrado oportunamente las puertas de la Bolsa de Valores y se hubiera impuesto por decreto un precio oficial a las acciones. Ahí fueron todos los gringos muy pendejos. De haberme consultado, decía con asombrosa seriedad, se hubieran ahorrado muchísimos problemas...

Trubico tenía tres fobias, tres debilidades y confiaba sólo en tres grupos de poder y no de manera absoluta. Odiaba con un coraje visceral a los comunistas, a los intelectuales y a los rateros. Por contra amaba hasta el delirio a Mussolini —por su machismo—, a Hitler —por su magnetismo y por su ejemplar

* En Guatemala, Yucatán y Chiapas es sinónimo de Kukulcán. Quetzalcóatl entre los aztecas, serpiente cubierta con plumas verdes de quetzal, el más popular de todos los dioses mexicanos.

ideario político— y a Francisco Franco —por sus éxitos militares—. Confiaba en la armada y no en toda ella, en los latifundistas y no en todos ellos y en las empresas extranjeras y no en todas ellas.

Su aversión en contra de los ladrones era conocida a lo largo y ancho de Salaragua. Estos corrían igual suerte que los comunistas, a quienes identificaba con toda claridad por el solo hecho de sostener puntos de vista diferentes a los suyos, aun cuando se tratara de temas electrónicos, culinarios o deportivos. Sin embargo, exportaba clandestinamente ganado a quien se lo comprara. Cualquier cosa con cuatro patas, dos cuernos y que mugiera era potencialmente propiedad de Trubico. Era dueño de la planta pasteurizadora La Salud, la cual cobraba sesenta centavos por cada litro de leche que se vendiera en Salaragua a modo de impuesto pagadero directamente a la planta.

Porque la leche de mis vacas es dulce, no en balde les pongo la mejor música clásica de mis estaciones mientras las ordeñan. Yo quiero para mí todas las ubres que tengan las vacas de Salaragua, así como las que les puedan salir en el futuro... Estoy mucho más feliz rodeado de vacas que de tanto animal con apariencia humana.

Tenía entre sus haberes 51 ranchos ganaderos: me gusta mucho la tierra, sobre todo la ajena, y 46 fincas cafetaleras. Era, asimismo, el principal exportador de café. Compra siempre a los herederos, ellos por lo general no saben las que su padre pasó para tener esos bienes, le aconsejó siempre su padre, entre trago y trago de ron. Mi padre era un sabio, agregaba un Trubico nostálgico, sólo que si los herederos no me quieren vender, sus preciosas viudas me habrán de dar un precio mucho mejor... Cuando se iba a rematar una propiedad hipotecada por la insolvencia de los deudores, Trubico era informado oportunamente para poder concurrir como único postor. Ni los más despistados se atrevían a pujar. Al tercer martillazo se adjudicaba al representante del presidente de la República el inmueble en cuestión.

El jefe de la nación era propietario de las minas de oro más importantes del país, las que, sin lugar a dudas, constituían una de sus principales fuentes de ingresos. La industria minera estaba obligada a pagarle mensualmente y en efectivo el 2,5 por ciento de su producción total o correr el riesgo de ver clausuradas sus instalaciones por no revestir los elementos indispensables de seguridad para los ciudadanos trabajadores. Además, entre su gama de inversiones se encontraba también una cementera adquirida para abastecer oportunamente cualquier obra pública salaragüense. Puestos ambulantes de bebidas embriagantes en las afueras de las fincas y de las plantaciones, para que las cantinas de la United Fruit no se quedaran con la totalidad del sueldo semanal de sus peones y empleados. Este Robert Keith es demasiado ambicioso... Controlaba, por si fuera poco, la Compañía de Fósforos Nacional Momotombo, S. A, un verdadero monopolio cerillero. Y prohibió a través de uno de sus clásicos decretos el uso de encendedores. Era el accionista más importante de los aserraderos, las algodonerías, los cacahuitales, las salineras donde también tenía el monopolio, textileras, de la principal cervecera, de una fábrica de zapatos, de una de aceite de cacahuete, otra de henequén y de una línea de camiones, así como de casas de juego y todo tipo de centros de vicio; de plantas productoras de quinina, que vendía indebidamente diluida con flúor a precios de locura en una región donde la fiebre amarilla o la malaria, uno de los azotes del Caribe, podía acabar con la población en un par de semanas. Husmeaba la menor posibilidad de hacer dinero: cuando contrató con Estados Unidos la construcción de un aeropuerto y de una carretera en Salaragua, compró con toda anticipación y por una bagatela los terrenos donde se llevarían a cabo las obras con el propósito ulterior de vendérselo a su propio gobierno con una utilidad exorbitante, tal y como aconteció cuando supo de los planes, más tarde fallidos, de los norteamericanos para abrir un nuevo canal interoceánico. La Compañía de Seguros San Leónidas le generó jugosas utilidades a partir del momento en que decretó la obligatoriedad del seguro a fábricas, automóviles, edificios, además del seguro de vida a obreros y empleados, sin pagar nunca a nadie, salvo a sus familiares, cantidad alguna por concepto de indemnización en caso de siniestro. Las residencias de las representaciones diplomáticas salaragüenses en México, Miami y otras partes del mundo habían sido obviamente adquiridas por él y posteriormente arrendadas a su propio gobierno para poder cobrarle rentas elevadísimas en divisas.

Cuando requería hacerse de dólares para nuevos negocios foráneos vendía en efectivo a los propios gánsters norteamericanos armas enviadas por el mismo Departamento de Estado como parte de un programa de ayuda militar. Organizaba bandas de coyotes profesionales en las afueras del Palacio Nacional para adquirir con córdovas todos los dólares del mercado negro, sin pensar en la menor consecuencia devaluatoria⁵³. ¡Ay de aquel que quisiera pasarse de vivo y hacerle al tirano las Cuentas del Gran Capitán...! No estoy acostumbrado a perder ni me gustan las malas noticias. Pocas cosas pueden ponerme de peor humor. Sólo tuvo que aceptarlas cuando su madre le suplicó que el impuesto a las putas se lo cediera a su hermano Pipi⁵⁴:

—Él no tiene nada, míralo, Leo; tú, por contra, andas de maravilla.

—Pero mamá, son mis muchachitas, mis cueros, mis niñas del alma, compañeras de desvelos y aventuras. Es sólo una simple contribución a la patria.

—Sí, Leíto, pero déjasele a tu hermano menor. Él tiene menos que tú.

— ¡Ay madrecita mía!, tú siempre tendrás la última palabra.

En los años en que el trubiquismo florecía a su máxima expresión regresó a Salaragua un brillante profesor, un joven intelectual de escasos treinta años, doctorado en Filosofía y Ciencias de la Educación en la Universidad de La Plata, Argentina. Llegaba profundamente motivado y deseoso de ejercer su profesión y difundir todos sus conocimientos, de abrir las ventanas del Ministerio de Educación Pública de Salaragua, ventilarlo, oxigenarlo con nuevos aires. Juan José Arévalo era una fuente de energía contagiosa por sus deseos de superación, por la importancia que le concedía, más allá de la mera alfabetización, a la educación y a la cultura en los primeros años escolares. Este país no lo cambiaremos con dólares sino con libros, no lo cambiaremos con militares sino con auténticos representantes de la sociedad civil en los puestos de representación popular, no lo cambiaremos invirtiendo en cañones sino en escuelas para capacitar a nuestra gente y descubrirles los beneficios de la ilustración. No lo cambiaremos con más curas ni con más artilleros adiestrados en West Point sino con más maestros de todas las especialidades de la docencia, distribuidos en centros de capacitación técnica a lo largo y ancho del país, en lugar de cuarteles de lujo donde se forman las castas privilegiadas y se engendra la desigualdad y la represión. Los salaragüenses no calzarán como la gente civilizada* ni tendrán techo ni se alimentarán ni exigirán derechos ni prestaciones laborales ni garantías ciudadanas ni vibrarán con el arte mientras los mantea; gamos en la oscuridad de las cavernas donde han cohabitado en los últimos trescientos años con una resignación indigerible a un lado de la ignorancia y la miseria. Les enseñaremos lo que el espíritu humano ha conquistado en saber y en tecnología. Cambiaremos su imagen y les revelaremos la existencia de los más elementales derechos humanos, arteramente ocultados por autoridades venales siempre enredadas en vergonzoso contubernio con los grandes capitales nacionales y extranjeros. A nosotros nos corresponde descubrirles las inmensas proporciones de su personalidad, indicarles el camino de la reivindicación y ubicarlos en la senda de la civilización y el progreso. Es mil veces peor la ignorancia que el analfabetismo.

Los horrores de la tiranía trubiquista, su salvajismo inenarrable, como lo calificaría públicamente, cercenaron de entrada la promesa de su discurso liberal. Los constantes enfrentamientos con las plantillas de profesores salaragüenses, quienes, presas del miedo y entregados de cuerpo y alma a las ventajas de la sumisión, sálvese el que pueda, habían renunciado al ejercicio de sus facultades mentales y a las gigantescas ventajas de la difusión de la información y de la cultura, a cambio de cuidar su puesto, su menguado ingreso quincenal y preservar su integridad personal y vida misma, lo hacen desesperar. La mayoría de sus colegas no tenía inconveniente en enseñar, ciclo escolar tras otro, la biografía ganadora del

* Quito, la ciudad de los pies desnudos, ha hecho lo posible por calzarse en cien tentativas que se han calificado de revoluciones.

concurso anual: *Vida y obra del Benemérito de la Nación General Don Leónidas Trubico*. De las riñas internas pasaron a las amenazas y de las amenazas a las persecuciones abiertas de parte de las autoridades universitarias y políticas. Con sus treinta y un años promisorios, Arévalo prefirió el destierro, porque no hay Peor traición que la que uno comete en contra de uno mismo. Fue entonces cuando se retiró a Argentina⁵⁵.

Aceptó una cátedra en la Universidad de Tucumán cuando los sabuesos de la dictadura empezaban a husmear la presencia de un peligroso enemigo en el ambiente. Tuvo que desterrarse envuelto en llamas y sufrir a la distancia una castrante sensación de desperdicio e impotencia.

La verdad siempre aflora, concluía a diario sus imponentes disertaciones, cubierto por la toga y el birrete. Empieza a publicar trabajos en relación a la psicología del desarrollo y al concepto de la integración social. Furtivamente se ocupaba de introducirlos y divulgarlos clandestinamente en Salaragua como las ideas de uno de los nuestros. Sus ideas dejan una huella al principio, más tarde impactan profundamente a la comunidad intelectual universitaria de Salaragua.

Su estancia en Salaragua había sido efímera e inútil; en apariencia no pasaría de ser un recuerdo, una semilla sujeta a los vaivenes del viento; sin embargo, la difusión clandestina de su pensamiento significaba la mejor de las esperanzas. Se traducían gradualmente en la constancia de la existencia de un mundo diferente a la tiranía y al despotismo. Existían, sí, existían otras posibilidades políticas. Desde luego que existían...

Doña Esperanza Arias de Trubico, mi señora esposa, como la llamaba el dictador en sociedad, la Matrona Excelsa y Primera Dama Vitalicia de la República, según decreto sancionado por el propio Congreso de la Unión, doctora honoris causa de la Universidad Nacional de Salaragua, era de extracción humilde, una mujer del verdadero pueblo salaraguense, tierna, cariñosa con sus hijos, amable y atenta con sus semejantes. A lo largo de aquellos días desgraciados del terremoto de mediados del año de 1925 doña Pelancha, como era conocida popularmente, había observado una conducta ejemplar. Igual bajaba a un sótano todavía crujiente para rescatar a un niño atrapado entre los escombros de un edificio que encabezaba una campaña de donación altruista de sangre o donaba la suya propia en los cimientos de lo que había sido un hospital. Se le vio muchas veces llevando en los brazos a crios ensangrentados, se le encontraba a un lado del lecho de los moribundos, dándoles la última bendición, consolando mujeres y ancianos, entablillando en plena calle la pierna de un damnificado, de rodillas, así de cara a todo el mundo, sin acordarse en ningún momento de la dimensión de su personalidad política. Daba agua al sediento, medicinas al enfermo, consuelo al mutilado, sepultura al recién fallecido, calor al huérfano, comprensión a la viuda y ayuda a quien se le acercara a pedir consejos y socorro espiritual.

El sentido maternal de doña Esperanza era reconocido por propios y extraños, aun por aquellos enemigos del tirano que guardaban un esforzado silencio cuando su nombre salía a colación. ¿Quién iba a decir que este salvaje pudiera tener por esposa a una verdadera santa? El propio Trubico había dependido económicamente de ella, de su habilidad culinaria, aprendida de niña, al lado de su madre, junto a un tiznado fogón en los años de exilio forzoso, allá por 1925. Infancia difícil, días de sufrimiento, hambre y analfabetismo. Su tía abuela le había enseñado en las noches a un lado del fogón, sobre una vieja mesa de madera, a la luz mortecina de una triste vela, las cuatro operaciones fundamentales y el alfabeto. Gracias a ella sabía leer y escribir, gracias a su madre sabía cocinar, gracias a su padre sabía trabajar y gracias a los horrores de la miseria poseía una humildad natural con la que conquistaba de inmediato, desde el momento mismo del primer cambio de impresiones.

Su vida entera había transcurrido en El Tiquisate, una de las fincas bananeras más grandes de la United Fruit. Después de treinta y cinco años de trabajos prácticamente forzosos, sin un código laboral ni un reglamento interior ni ningún otro ordenamiento orientado a la protección de los empleados, su padre, Salvador Arias, expiraba en el municipio conocido como El Cocal, en las mismas penosas circunstancias en

las cuales había comenzado su penosa existencia. La miseria fue su compañera inseparable lo largo de toda su vida. Ni los avances técnicos ni la expansión de la empresa ni sus crecientes utilidades ni la apertura y conquista de nuevos mercados mejoraron en nada su capacidad de ahorro ni sus niveles de bienestar. De nada sirvió tanto esfuerzo ni tanto castigo por faltas irrelevantes ni los dolores constantes de espalda por los interminables acarreo de las pencas a lo largo de agotadoras jornadas de doce y catorce horas diarias ni las enfermedades, algunas de ellas provocadas por los mismos patrones, como cuando experimentaron el primer avión fumigador y el gas altamente tóxico, que produjo en los peones vómitos, desmayos, ceguera y ausentismo por semanas, mismas que no sólo fueron descontadas puntualmente de sus percepciones normales sino que además se impusieron severas sanciones, incluso despidos por ausencia injustificada a los centros de trabajo.

Jubilación, indemnización, pago de vacaciones y aguinaldo, las ventajas de un seguro social para casos de enfermedad, maternidad, cesantía, vejez y muerte, eran consideraciones legales aplicables sólo a los trabajadores norteamericanos radicados en el territorio de Salaragua. Ninguna compensación de ningún tipo recibieron los deudos de la familia Arias ante la pérdida del jefe de la familia, la única posibilidad de captación de recursos económicos para sobrevivir. En Estados Unidos, repetía usualmente Keith, el poder judicial sí es eficiente: una demanda obrera bien planteada nos puede costar muchos millones de dólares, pero aquí, en donde el mismísimo presidente de la Suprema Corte de Justicia de la nación es nuestro abogado corporativo y lo tenemos en la nómina junto con medio gabinete, no deben preocuparnos esas calamidades.

Todo está al alcance de nuestra chequera. Mi general Trubico encarna la Divina Trinidad: representa al poder ejecutivo, al judicial y al legislativo en una misma persona. Yo puedo dictarle a mi secretaria la sentencia que me parezca más conveniente o mandar al Congreso de la Unión la iniciativa de ley más favorable para proteger mis inversiones bananeras. Éste es el paraíso, el caldo ideal de cultivo donde el capitalismo puede darse a su máxima expresión. Sin condiciones, sin revisiones, sin amenazas, sin prestaciones obreras que disminuyan nuestras ganancias, sin impuestos molestos de ninguna especie, sin competencia comercial, con las mejores tierras del mundo, el clima más apropiado del planeta para el florecimiento de nuestros intereses, la mano de obra más barata imaginable, el milagro de la multiplicación de los dólares, la cercanía con los puertos de Estados Unidos, el mercado más espectacular creado por la imaginación del género humano, sin los controles propios para el financiamiento de una potencia ni los obstáculos inherentes a una democracia. Es aquí donde debemos hacer los negocios, en el bendito reino de Dios y de Trubico. Salvador Arias había ingresado en la United Fruit sin un solo córdova en los bolsillos. Cuando sus deudos lo enterraron en la fosa común del panteón municipal no contaba con los ahorros necesarios ni para pagar siquiera el más modesto ataúd, por lo que para su inhumación tuvo que ser envuelto en su petate de siempre, el mismo que se llevaba a las barracas de castigo, o que usaba para dormir en el suelo apisonado del bohío. Nada habían dejado treinta y cinco años de sudores y desgaste. Los animales nacen, crecen, se reproducen y mueren. El paisaje bananero era el mismo, el hambre la misma, las incomodidades las mismas, las privaciones las mismas, las vidas inútiles las mismas. Nada mejoraba. Todo esfuerzo era inútil, todo dolor superfluo. El llanto no consolaba, las palabras no penetraban, el hambre nunca disminuía y la ignorancia no iluminaba. Sólo la muerte, la muerte era el único bálsamo, la única posibilidad real de reconciliación y recompensa, el Juicio Final, la justicia eterna prometida.

Esperanza Arias se sumó en aquellos días al rescate de los suyos. Preparaba tamales que eran vendidos entre toda la peonada a la hora del almuerzo y obsequiados discretamente a los capataces para evitar las constantes insinuaciones de los representantes de la tienda de alimentos del Pulpo, localizada en la entrada de la plantación. ¿Quién le iba a decir a Esperanza que aquellos conocimientos adquiridos al lado de su madre como juego y diversión más tarde le servirían para salvar del hambre a su familia y posteriormente a su propio marido, antes de su encumbramiento a la primera magistratura de la nación? Nunca dejó de

extrañar la cálida sensación de la hoguera. Sus joyas por sus ollas, su cama victoriana por su desgastado petate, la ciudad por el paisaje del pueblo y las lujosas porcelanas por sus recipientes de barro y los animales de la granja. ¡Ay, mis gallinas!, Leíto. Si al menos pudiera tener una que otra, aunque fuera a un lado del patio ese de honor de palacio Nacional. Te juro que nadie las vería. Ni vieras el consomé que te haría los fines de semana.

Una tarde húmeda y lluviosa de finales del invierno de 1942, una de aquellas raras ocasiones en que el señor presidente de la República se acordaba de la existencia de su esposa y pasaba a saludarla a su espaciosa recámara de la Casa de Gobierno, ella se dispuso, dado el estado de ánimo de su marido, a recordar diversos paisajes de su vida matrimonial, entre otros no menos graciosos, cuando un sastre se había presentado ya en las oficinas presidenciales a cobrar una factura pendiente que el mismo general Trubico no había podido pagar por falta de recursos en aquellos días desesperantes del anonimato político. Volver a vivir los viejos tiempos siempre fue una experiencia gratificante. Doña Esperanza se ponía seria y nostálgica por instantes. El dictador reía ajeno a las expresiones del rostro de su mujer:

—Paso horas y más horas esperando tu visita que nunca llega —expuso repentinamente la esposa del ciudadano jefe de la nación, con un dejo de melancolía.

—Pero señora, el presidente de este país no tiene horas de descanso, y aun cuando yo no esté a su lado todo el tiempo, usted es la única dueña de todos mis pensamientos —repuso Trubico con una sonrisa esquiva dibujada en el rostro.

—Yo comprendo todas tus ocupaciones, Leo, pero eso no me quita el fastidio —agregó apesadumbrada mientras el azul sepulcral del atardecer oscurecía aún más el color de su piel.

— ¿Qué quiere hacer, señora? Soy capaz de traerle al mejor payaso de Europa para que le divierta todos los días —ofreció el dictador en tono comprensivo—. ¿Quiere damas de compañía? Se las traigo. ¿Quiere irse de viaje? ¡Váyase de viaje! ¿Quiere ver qué se siente volar en avión? ¿Quiere dinero? Sólo dígame cuánto. Yo estoy aquí para darle todo y más que eso.

—No es problema de dinero, Leo. Yo era más feliz contigo cuando no teníamos nada de todo esto y te veía a diario. Podíamos platicar, te hacía la comida y todos tus caprichos. Hoy, ya ves, me tienes aquí en una jaula de oro...

— ¿Jaula de oro? —saltó el presidente movido por el primer impulso como si le hubiera picado un alacrán. Estaba atónito—. ¿Sabes cuántas mujeres quisieran estar en tu lugar? ¿Eh...? —preguntó repentinamente descompuesto.

—Sí, Leíto, pero yo...

— ¡Contéstame! —tronó el tirano ya puesto en pie de guerra. Sus medallas refulgían a lo largo y ancho del pecho decorado con plata y oro—. Leíto, Leíto ni qué vainas.

—Pero es que yo...

— ¡Habla ya!, con tres pedazos de mierda. Un día que tienes el privilegio de verme y mira nada más con lo que me recibes.

—Leo, yo...

—Leo, ¡madres! Eres una egoísta como todas las viejas. Mientras más les da uno más quieren.

— ¿Me dejas hablar?

—Habla, sí, claro, habla todo lo que quieras, ¡malagradecida! Yo me dejo las tripas para sacar este país adelante y tú sales con imbecilidades de niña idiota. De la que más debía yo esperar me sale con que la tengo en una jaula de oro. —Por un momento el tirano dudó. No sabía si retirarse y azotar la puerta, como le había aconsejado Keith para impresionar, o golpearla, castigarla, o simplemente regañarla. No se le ocurrió

mejor idea que aventar su gorra de gala, con las cinco estrellas de oro insertas al frente, contra uno de los sillones apoltronados de la estancia—. Memoria es la que te falta para acordarte de dónde te saqué descalza y a dónde te tengo ahora vestidita y educadita como a toda una princesa. Jaula de oro... —repitió furioso—. Lo que pasa es que nunca te acostumbraste a vivir en este palacio como Dios manda.

El tirano había sido tocado en una de sus fibras más delicadas: la triste realidad de su origen era la única gran maldición de su vida, independientemente del color de su piel. Siempre insistía, por ejemplo, en ocultar la identidad de sus padres y se refería a ellos como si hubieran sido europeos de la más distinguida alcurnia. Decía que su madre había sido descendiente directa de los Bonaparte y su padre, también de sangre azul, según hacía constar su biógrafo, había sido un valeroso caballero español de aquellos ínclitos constructores del nuevo mundo. En realidad, el gran Leónidas Trubico no era sino un hijo ilegítimo de padre desconocido y madre casquivana, ambos supuestamente inhumados en la Catedral Metropolitana* dentro de las formas más ortodoxas establecidas por la liturgia religiosa para cubrir un expediente político y genealógico de cara a la posteridad.

Lllamarlo advenedizo directa o indirectamente, insinuarle su falta de legitimidad cultural, política, social o legal para ocupar la presidencia de la República podía colocarlo de inmediato en el disparadero. Cualquiera sabía que Trubico era un sujeto irascible, más aún si se tocaban irresponsable o intencionalmente ciertas áreas de su personalidad en donde las heridas aparecían después de tantos años todavía abiertas a flor de piel.

—Leíto, mi vida...

—Habla, habla, yo te enseñé a comer en plato, a no decirme apa en público, a dormir en cama. Te hice ser humano a pesar de tu apariencia, pero eso sí, nunca te enseñé a ser agradecida.

— ¡Leo!, por Dios.

— ¡Habla!, pues, a ver qué ruido nuevo te sale por el hocico.

—Yo no te reclamo nada —respondió doña Esperanza entre sollozos—. Tú eres mi señor y yo debo obedecerte ciegamente. —Trubico ocultó cuidadosamente su satisfacción. Cuando le des a una vieja, dale el otro inmediatamente para dominarla. Ellas no están acostumbradas a la violencia—. A mí no me hace falta nada, lo tengo todo. Las visitas del arzobispo me dan consuelo y tú me das el techo, la cuchara y el plato que necesitamos todos los humanos.

Trubico se quedó paralizado.

— ¿Te has vuelto loca? —gritó otra vez fuera de sí el Benefactor de la nación. Se puso de pie de nueva cuenta, parecía una araña al punto del ataque—. ¿Me quieres explicar de cuando acá necesitas tú que alguien te consuele?, ¿eh? ¿Qué mierdas te pasa?

¿Con quién carajos he vivido todos estos años? ¿Cuántos pecados habrás cometido para que el ensotariado ese tenga que consolarte? Además, la puta madre de gente que quisiera este techo esta cuchara y estos platos, como tú los llamas con esa maldita desgana. Estás loca, ¿me oyes?, perdidamente loca. Todas las viejas están de atar y tú desde luego no ibas a ser una *excepción* —el dictador resollaba de la rabia.

Esperanza miraba al techo como si elevara una larga plegaria y, se apartara del reino de los mortales durante las respuestas de su marido.

— ¿Por qué no hablamos como hace un rato?, y te cuento lo que me pasa —preguntó suplicante a

* Cuando Leónidas Trubico decidió inhumar supuestamente a sus padres en la Catedral Metropolitana, Robert Keith, sabedor de todo el embuste, le sugirió llenar los ataúdes de bananas para aparentar el peso de los difuntos y evitar de esa manera que nadie descubriera el engaño al sopesar los féretros vacíos. Ricardo Furtamantes, Diario de combate, Editorial Fuego Nuevo, p. 25.

punto de derrumbarse.

—Yo ya sé lo que te pasa, ¿o crees que soy un animal como el perrito faldero del arzobispo? Ese está igual de perdido que tú, porque se pasa todas las tardes tomando chocolatito caliente con cuanta señora importante encuentra para sacarle dinero con su carita de pendejo y ayudarlo en el negocio de la exportación de reses para hacerme la competencia. Sólo que si vuelve a hacer muu en esta casa lo saco del país en el primer vagón de ganado disponible.

—Leo, por favor, escúchame...

El dictador abrió violentamente la puerta sin que se le ocurriera alguna idea mejor en su desesperación y después de gritar: Una botella de coñac, carajo, la azotó para retomar la conversación con más aspereza y malestar.

— ¿Puse o no puse una calle con tu nombre en cada pueblo y en cada ciudad de Salaragua? ¿Lo hice? ¿Eh?

Esperanza Arias agachó contrita la cabeza. Se dio por vencida.

— ¡Contesta, con cien mil carajos y medio!

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, Leíto, sí.

— ¿Es o no es una muestra de cariño?

—Sí, Leíto, sí lo es.

— ¿Cuántas mujeres en este país conoces que tengan calles con su nombre?

Todas tus mujerzuelas, hasta que te aburres de ellas, iba a contestarle doña Esperanza pero su humildad natural y su absoluta subordinación a la figura masculina desde su más tierna infancia se lo impidieron.

—Sólo tu mamá, tu abuela y yo —repuso tímidamente.

—Eso es, sólo ustedes, las dueñas de mi corazón.

El tirano caminaba nerviosamente de un lado al otro de la habitación en busca de nuevos argumentos. Parecía una fiera enjaulada. No se le reconocía su esfuerzo ni se le acreditaba haber cumplido sobradamente con las obligaciones de todo buen maído. La injusticia y los comunistas podían sacarlo de sus casillas. De pronto giró repentinamente sobre sus talones y, como quien apunta a quemarropa, disparó:

— ¿No hice además que el día de las fuerzas armadas fuera el de tu cumpleaños para que te festejara todo el país? —condenó con el dedo amenazador.

—Sí, Leo, sí.

— ¿No vino aquí mismo, a tu propio cuarto, el mejor fotógrafo de Salaragua para sacar las placas y hacer el timbre postal del honor nacional con tu carota?

Esperanza se levantó en busca de un pañuelo. Las lágrimas le rodaban abiertamente por su rostro moreno.

— ¿A dónde vas ahora? —reclamó el presidente con ambas manos en la cintura.

—Por un pañuelo, Leónidas —repuso indiferente la primera dama de la nación.

—Qué pañuelo ni qué pañuelo. Estamos hablando y aguántate los mocos. A mí no me impresionan tus llantitos de Magdalena. —Ella volvió obedientemente a la esquina de la cama donde estaba sentada. Torció

resignadamente la cabeza, como si se repitiera en ella el suplicio de santa Arcadia y esperara la recompensa divina; acto seguido dirigió la mirada al piso, lista para tratar de resistir hasta el final el santo martirio—. ¿No sale tu *esjingie*, como dice mi biógrafo, en los billetes de cincuenta córdovas y tu perfil en las monedas de veinte centavos?

Doña Esperanza ya no contestaba. No parpadeaba. Los ojos rojos, inmóviles, clavados en el tapete persa de seda color caoba no reflejaban la menor impresión. Parecía hipnotizada.

—No te entiendo —agregó el dictador—. Me tienes a mí y sólo eso ya es una fortuna. Vives en la casa más importante de *Salaragua*. Eres rica, tienes cientos de calles, puentes y plazas con nombre. La gente te respeta y te quiere, según me dicen, casi como a mí. Circulan monedas, billetes y timbres postales con tu *esjingie* —concluyó Trubico desconsolado—. ¿Me pregunto qué más puede querer un ser humano de la vida?

—Vender tamales en la plaza de la Constitución —repuso ella poseída de un impulso repentino e incontrolable—. Eso quiero, Leoniditas, que me dejes vender tamales en la calle, como cuando los vendía en El Tiquisate.

El tirano parecía anclado en el piso. No pronunció palabra alguna. Cualquiera hubiera jurado que se había tragado un hueso. No daba crédito a sus oídos. Ni Robert Keith lo había dejado nunca así de boquiabierto. Se quedó viendo fijamente a las alturas como si lo hubiera partido un rayo.

— ¡Ay, Leo!, qué bonitos fueron aquellos días en El Tiquisate —continuó doña Esperanza sin el menor empacho, movida por una fuerza desconocida—. Déjame, déjame por favor, déjame volver a mi fogón, a mi masa, a mis harinas, a mis ollas —casi lloraba con sólo recordarlo—. Me muero por hacer otra vez mis tamales de cerdo, los de dulce y los de maíz —insistió optimista y soñadora mientras caminaba suspirando hacia donde se encontraba el Benefactor de la nación, para hacer más presión, arrodillarse incluso frente a él—. ¿Qué dices, Leíto, me dejarás?

— ¿Tamales la esposa del presidente de la República? ¿Tamales?⁵⁶ — ¡Claro!, no tiene nada de malo, gordito. —No me digas gordito, ¡carajo!

—Está bien —continuó ella indiferente a la queja—, pero como quiera que sea, es legal, como a ti te gustan las cosas. La gente comerá algo rico y yo estaré requetecontenta.

Ella esperaba de pie una respuesta. Trubico dirigió la vista a la ventana. Guardó silencio. Medía respuestas y reacciones. El que se burle lo fusilo en ese instante, hijos de putísima madre. Para eso mismo sirve el poder, para hacer lo que se le dé la gana a uno, no faltaba más. Así tendré ocupada a la señora esta y dejará de estarme jodiendo con su jaula de oro. Cuando uno negocia lo que sea es el momento de imponer condiciones, se dijo pensativo. Ella lo miraba a la cara con la misma expresión de quien espera una detonación.

—Está bien —eructó finalmente—. Podrás hacerlo, yo veré los *A* talles con el estado mayor, pero ¿tú me prometes que al perrito ensotonado que yo sólo uso para lucir en las inauguraciones lo harás venir sólo una vez a la semana?

Doña Esperanza se sometería a cualquier tipo de condiciones. Era su gran oportunidad, por ningún motivo la dejaría pasar.

—Ay Leo!, Leíto, gordito mío, con qué te pago todo esto, me devuelves la felicidad.

—Que no me digas gordito, con cien mil carajos de fuego, oíste? ¿Me oíste, demonios?

Leónidas Trubico se puso de pie. Era el momento de desaparecer antes de que esta loca me salga con otro cuento. Buscó su gorra militar. Se la calzó cuidadosamente mientras le preguntaba a su mujer:

— ¿Verdad que nunca volverás a decir que la Casa de Gobierno, la primera residencia de *Salaragua*, es

una jaula de oro?

—No, no, Leíto, te lo juro.

Cuando el dictador percibió que en unos instantes más su esposa se arrodillaría abandonó precipitadamente la habitación con un: veré que se ejecute de inmediato lo hoy acordado. ¡Caray!, si me hubiera oído mi biógrafo...

Ya afuera de la recámara presidencial tronó de nueva cuenta al sargento de guardia:

— ¿Qué no oíste pedazo de rata chamizclera que mi señora y yo pedimos una botella de coñac?

—Sí, señor, desde luego que sí oí.

— ¿Y por qué no la trajiste?

—Mandé a Sánchez por ella, señor presidente.

—Pues como entre el tal Sánchez y tú no se hace uno, preséntense mañana con su superior para que yo me ocupe de mandarlos a la mierda. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Cuando llegue Sánchez dígame que se meta la botella por el culo.

—Sí, señor, lo haré.

—Así sea —todavía alcanzó a gruñir mientras ya se dirigía encolerizado como siempre al despacho presidencial. Doña Esperanza sólo pensaba a quién le compraría en el futuro la masa, las carnes, los ates, los jarabes y las hojas de maíz para envolver los tamales. ¡Ay, Leíto!, qué feliz me haces...

El año de 1943 se precipitaba en un abismo de sangre y horror: la Segunda Guerra Mundial entraba a su máximo grado de devastación. El diálogo se establecía a través de los cañones. Leónidas Trubico hacía esfuerzos desesperados por no declararle la guerra a las potencias del Eje hasta convencerse del triunfo o la derrota del Führer, su perfil ideal de un líder político y el más sobresaliente estratega militar desde la época dorada de Bonaparte. Resistía mañosamente todas las presiones ejercidas por el embajador norteamericano. Tenía siempre una respuesta amartillada, ya fuera en jugosos negocios, en mujeres o en argumentos que a los ojos de Washington no resistían el menor análisis. Los altos funcionarios del Departamento de Estado dudaban ya de la consistencia moral de su representante en Salaragua e insistían por todos los medios posibles en una definición política del dictador. Exigían airadamente la expropiación inmediata de todos los bienes de alemanes, japoneses e italianos. Más tarde serían rematados en cantidades insignificantes a los inversionistas norteamericanos. Una de las grandes ganancias de la guerra. De sobra entendían la inmovilidad de Trubico, su aparente tibieza. Era un pro nazi. Un gobierno fascista en el mismísimo patio de la ostentosa residencia norteamericana, a unas horas de vuelo de su territorio continental. Era inadmisibles suponer siquiera la posibilidad de una base secreta de submarinos alemanes, a dos brazas del golfo de México. Una puerta al espionaje yanqui, los pasaportes en blanco vendidos a Alemania, los barcos camuflados del Tercer Reich, un aeropuerto clandestino, los espías japoneses también por el lado del Pacífico, los peligros de la frontera mexicana, los dos frentes abiertos, la venta de ideologías por unos cuantos marcos o yenes, la inmoralidad de los dictadores centroamericanos, los peligros de su filiación política, el dinero a cambio de lo que sea, sobre todo si es de Hitler, la venta de materias primas y todas las facilidades que le podrían otorgar a las potencias del Eje para utilizar América Central como plataforma ofensiva contra los intereses regionales y continentales de Estados Unidos. Los dictadores centroamericanos son unos hijos de puta, sí, lo son, pero son nuestros y nos son leales por necesidad, obligación o conveniencia, decía Roosevelt sumido en la tibia molición del Salón Oval. Eso nos va bien, lo preocupante es que se enamoren de un tercero y que ese tercero, como es el caso, sea enemigo declarado de Estados

Unidos y en consecuencia del *Mundo Libre*.

Los calores del verano, en especial aquel de 1943, y el ambiente sofocante en Ciudad Trubico obligaron a Sofía y a sus hijas a emigrar. Somos como las aves, decía para justificar las vacaciones que tomaban ante cualquier pretexto, ya fuera a Villa Blanca, la residencia de relaciones públicas de la Frutera, lujosamente amueblada y exquisitamente decorada al gusto del magnate por los más destacados arquitectos bostonianos, la preferida por todas ellas para pasar la parte más calurosa del año realizando toda clase de actividades deportivas con la máxima frescura posible, o en la parte del globo terráqueo donde el dedo índice de una mano inocente como la de Blanca cayera al azar.

Sofía disfrutaba plácidamente los baños de sol y las pláticas en la playa acompañada de su hija Isabel, ya con diecisiete años cumplidos, y Blanca, la candorosa Blanca, a punto de alcanzar los doce. Encontraban los más diversos motivos de entretenimiento, en particular la menor, amante de las emociones fuertes, de los riesgos, los peligros y los deportes violentos como la equitación, que disfrutaba intensamente al igual que su tío Franklin. Isabel prefería las charlas con su madre, conversaciones de mujer a mujer, abiertas, sin secretos, genuinas. Quería conocer hasta el último detalle de su existencia y de cada sentimiento, el despertar del apetito sexual, las expresiones del cuerpo y de la mente, las trampas de la vida, los espejismos, la diferencia entre el brillo del cobre y del oro, los peligros y el embeleso de la seducción y las redes del amor, las tejidas por las circunstancias, los intereses, las paradojas y las casualidades. Nunca intervendré en tu decisión ni permitiré que nadie lo haga mientras yo pueda salvarte de incurrir en el mismo error en que yo caí por vanidad y debilidad. Yo estaré firme a tu lado como un faro en la noche. Siempre.

—Las mujeres apostamos nuestro futuro a un solo hombre —comentó Sofía en aquel atardecer sentada en las suaves arenas de talco de Villa Blanca, como si Antonio, el inolvidable Antonio fuera a aparecer repentinamente de entre las sombras sugerentes de las palmeras—. Si ese hombre te distingue socialmente y, lo que es más, te distingue en la cama, entonces puedes llegar a ser feliz, pero ¡ay de ti! si te sale un tipo que sólo le interesa el dinero, las bananas o los coches o los aviones o el petróleo, en fin, sus negocios y que no te necesita ni te ha necesitado ni probablemente te necesitará en ningún momento de su vida —concluyó mientras jugaba nerviosamente con la arena y se la pasaba de una mano a la otra.

—Pero mamá, los compromisos se pueden romper, vives una sola vez y no vas a desperdiciar todo tu tiempo cociéndote en tu amargura —sentenció Isabel sin retirar la mirada del rostro de su madre. Los lamentos y la resignación no cabían en la mente de una Keith.

—Sí, romperlos, claro, romperlos —dijo Sofía sin disimular su malestar—, para que luego te llamen loca o puta.

— ¡Mamá!, una mujer tiene derecho a equivocarse y a buscar opciones mejores, eso lo dices...

—Mentiras, mentiras, puras mentiras, Isabel, la vida de una mujer, como bien dice tu padre, es de un solo tiro en la recámara: o aciertas en la única oportunidad que tienes para disparar o prepárate a vivir acosada como una res a punto de entrar al matadero. Las divorciadas sufren los más crueles desengaños, son víctimas del morbo social y se las considera como unas casquivanas, como unas libertinas, sólo por fracasar en su matrimonio.

— ¿Y si te equivocaste y fallaste?

—A llorar, Isa. Serás un desecho de persona. Estarás tocada para siempre, etiquetada socialmente. En el futuro le interesarás a los hombres como una aventura más, una mujer de una noche, un exquisito pasatiempo.

Sofía se puso de pie, sacudió la arena de su falda volada y se colocó de espaldas al sol, para proyectar

una sombra larga sobre la cara de su hija.

— ¿Qué te queda en esos casos, mamá? ¿Sentarte a esperar y comprobar cómo día a día te apagas más y más, a tu estilo o al de mi abuela? —repuso Isabel irritada después de escuchar tantas veces la misma historia. Ya no se trataba de un problema de respeto sino de sacudir y despertar a su madre antes de que el conformismo la narcotizara y acabara con ella.

Ambas se vieron momentáneamente a la cara. Sofía no resistió la mirada. La expresión de su hija delataba la dureza de los Keith. El desprecio por los obstáculos, la sensación de grandeza, la autosuficiencia en todas sus manifestaciones. Soy la más Keith de todas las Keith. Sofía sólo pensó en meter la cabeza en el cielo.

—Perdón, no quise ser tan severa —agregó arrepentida sin ocultar un irritante aire de superioridad.

No dejaba de ver a su hija. Una estampida de cientos de caballos salvajes pasó por su mente. ¿Cómo contradecirla? El estrépito y la confusión se ocuparon del resto. Los ojos se le anegaban por instantes.

—Tienes razón —exclamó desesperada sin poder controlar ya sus emociones—. Tú has resumido en dos palabras lo que yo no me he atrevido a decirme frente al espejo en toda mi vida —iba a patear la arena. Se iba a echar a correr. Se iba a desplomar en un llanto compulsivo. Sólo agachó la cabeza, la levantó, volteó a uno y otro lado como si buscara oxígeno, o tal vez un reclinatorio o un confesionario. Se había puesto sola en un callejón sin salida—. ¿Sabes por qué tienes razón en lo que estás pensando de mí? —quería contenerse pero ya todo era imposible. Sería toda ella ante su hija. Eran casi veinte años de silencio y disimulo. Ella ya lo puede saber, al fin y al cabo ya es una mujer. Yo a su edad ya casi me casaba—. ¡Óyelo bien!, soy una cobarde —estalló finalmente—, porque yo esperé noche a noche las caricias de tu padre bajo las sábanas, las esperé casi veinte años, y las caricias nunca llegaban y cuando llegaban eran mecánicas, frías, indiferentes y yo las resistí siempre, sí, siempre y no me opuse nunca ni lo abofeteé nunca, ni siquiera cuando se acostaba conmigo y todavía olía al perfume de otra mujer, la que acababa de dejar en una cama caliente un par de horas antes.

Isabel no intentó esconder su asombro ni, mucho menos, interrumpir la narración de su madre. Finalmente se revelaba el origen de aquellas comidas silenciosas en las que la conversación se concretaba a la solicitud de los condimentos y cubiertos y Keith sólo respondía con monosílabos, aun a sus propias hijas. El contraste era claro. Cuando papá asistía, aunque raras eran las ocasiones en que esto sucedía, nunca había risas ni anécdotas ni diversión. Por contra, en las reuniones con mamá siempre había algo gracioso que contar o recordar.

— ¿Quieres más? —preguntó ya desbocada sin esperar respuesta de Isabel—. ¿Sabías que cuando yo vaciaba la maleta de tu padre al final de sus viajes por Estados Unidos encontraba la ropa interior de sus mujerzuelas? Calzones, Isa, sí, calzones o brasieres, como los que él mismo me traía para demostrarme cínicamente que había pensado en mí. Ropa íntima manchada que él hasta podía haber dejado intencionalmente para provocar un rompimiento, o para demostrarme hasta qué punto amaba yo el poder de su apellido y renunciaba a abandonarlo. Eran provocaciones Isa, sólo provocaciones y vacío, me repetía mientras me miraba desnuda frente al espejo y me acariciaba los pechos, les encajaba las uñas y lloraba porque la vida se me escapaba, las carnes se me ablandaban, más tarde se me escurrirían. Sin embargo, mírame —le enseñaba sus primeras canas—, ahora aquí, voltea, para mostrarte estas arrugas que ya anuncian el final de mi vida sexual y el inicio de mi amargura.

— ¿Y por qué no lo abandonaste si tanto te insultaba...?

—Porque quería defender todavía mi matrimonio. Yo sé lo que es una mujer sola a mi edad, una mujer divorciada en mis condiciones, pero peor, mil veces peor, si los hombres saben que tienes dinero. No sólo querrán entonces ensuciarte la entrepierna —confesó desgarradoramente— sino que vendrán interesados por tu dinero y se largarán tan pronto te hayan chupado hasta la última gota o hayan confirmado la imposibilidad de compartir tu cuenta de cheques hasta vaciarla. El dinero, el maldito dinero. Es como una

fiesta de máscaras: nunca sabes con quién estás hablando.

—Pero hay hombres de todos los tipos.

— ¡Claro que los hay!, pero en primer lugar encuéntralos en esta carrera contra el tiempo, cuando te das cuenta que los años pasan y te niegas a reconocer tu fracaso. Además, yo no dejaba de intentar embarazarme para darle a tu padre un hijo varón. Ahí veía yo una oportunidad, una salvación, una esperanza. Pero nada, Isa, la vida no me favoreció con ese deseo que quién sabe a dónde me hubiera llevado.

—Papá hubiera cambiado de haber tenido un hijo?

—Yo ya no lo sé. El quería en realidad un hijo para administrar fincas, sus bancos, su flota, sus cochinos ferrocarriles. No quería un hijo con la ilusión que todos lo queremos, por el solo hecho de ser nuestro. Él buscaba un heredero, porque dice que las mujeres sólo servimos para hacer el amor y eso lo hacemos mal. Imagínate si hubieras tenido un hermano y hubiera querido ser cura o doctor o arquitecto, ¡pero no bananero! ¡Imagínate que le hubiera importado un pito ser el heredero del Rey de la Banana! Ese muchacho habría nacido con condicionamientos estúpidos y habría sido, sí, un segundo Rey de la Banana, sí, todo lo que tú quieras, pero habría sido también desgraciado y los pleitos a diario nos hubieran hecho a todos infelices.

Vio en ese momento un pequeño leño seco y no pensó en otra cosa que en lanzarlo al viento.

—Me equivoqué también en eso, Isa. Hubiera querido acertar, pero fallé. Y todas las noches en que yo lo buscaba, borracho o no, con deseo o sin él, no era sino para buscar la oportunidad de embarazarme. Ya con Blanca me mandó unas flores con el chófer y a él lo volví a ver después de tres meses, de regreso de uno de sus mil viajes a Centroamérica para medir y volver a medir una y otra vez su fortuna y su talento para ganar dinero, más dinero, dinero y sólo dinero, Isa —exclamó sin ocultar una expresión de asco.

— ¿Y ahora qué, mamá?

Sofía se sentó junto a su hija, de cara al mar. Le asaltó el recuerdo de Antonio. Las gaviotas volaban indiferentes, el sol estaba a punto de ocultarse. Un suave calosfrío le recorrió la espalda y se fue a refugiarse en la nuca. Tomó un puñado de arena y lo oprimió para recibir el escurrimiento con la otra mano. Isabel encogió las piernas y puso los codos sobre las rodillas. Se sintió sola y no se preocupó en cubrir las de alguna mirada atrevida. ¡Qué hermosas eran! Podían haber sido las de su madre cuando adolescente. Lucían especialmente bellas con esa luz encendida del atardecer.

Antonio... Antonio... ven, ven a ver este retoño; ven a ver estos muslos de fuego. ¿Te recuerdan algo? Tal vez el camino hacia el manantial donde saciaste de una vez y para siempre tu sed y la de todos los hombres de la tierra...

—Juré no morir como mi madre —agregó Sofía reponiéndose—. No sé si hablaré con tu padre, no sé si le pediré el divorcio, no sé si simplemente lo abandonaré o le gritaré a la cara por primera vez en mi vida todo lo que me he guardado y he llorado en los últimos veinte años. No soporto un momento más esta situación. Él sí vive, viaja, se divierte y persigue cuanta falda lo provoca o perfume lo seduce: se emborracha con sus podridos presidentes, en particular con ese malviviente de Trubico, con banqueros y funcionarios norteamericanos a bordo de su yate lleno de putas, putas y sólo putas. Nadie en Salaragua lo ignora. Ni yo —exclamó furiosa ante la sorpresa de Isabel, quien desconocía desde luego esa faceta oculta de la personalidad de su padre—. Disfruta sus negocios, ríe a carcajadas cuando está fuera o lejos de la casa y a nosotras sólo nos obsequia sus malos ratos y malos humores. Estoy harta, Isa. Lo que disfruta comiendo a lo largo de su vida viene a vomitarlo en la sala de nuestra casa o en mi cama. ¡Se acabó!, Isa, ¡se acabó! —sentenció Sofía en un tono extrañamente severo en ella.

Isabel se concretó a rodearle la espalda con el brazo. En la playa apareció Blanca, acompañada de Blackie, su perro inseparable. Corría sobre la arena húmeda, retozaba con el agua. Acababa de montar un par de horas seguidas. Parecía incansable. Disfrutaba tanto de la naturaleza.

Ricardo Furtamantes encabezaba la resistencia clandestina con la demostrada capacidad de irritar como nadie al tirano por medio de sus discursos, los editoriales de *Azúcar Amarga* y sus boletines nocturnos colocados siempre caritativamente por alguien encima del escritorio de El Vampiro, con objeto de tenerlo oportunamente informado de los acontecimientos y para tener el gusto de propinarle con toda intención, desde luego, otro coraje, un arrebato cada vez mayor, a ver si algún día lo hacían reventar, lo desintegraban en mil pedazos para no dejar una sola huella, ni el rastro más insignificante a las futuras generaciones, de la existencia vergonzosa de semejante antropoide.

Furtamantes, el genial Furtamantes, la causa de las grandes rabietas, de los reiterados derramamientos biliarios de El Vampiro, el muro ante el cual se había estrellado hasta ese entonces la dictadura no estaba solo en la lucha. Lo acompañaba como siempre a la distancia Arévalo, igualmente joven y estudioso, empeñado asimismo en obtener de una vez por todas la ansiada libertad de su país para iniciar los trabajos de reconstrucción nacional y proporcionarle a cada salaragüense los beneficios del mundo civilizado. Ambos partían de un generoso esquema de organización política establecido para preservar la excelencia de los valores humanos y satisfacer ampliamente las necesidades materiales, sociales y culturales propias del hombre, que por su sola condición era el creador absoluto de la más amplia gestión del Estado, entendido como una entidad política diseñada para estimular, en lo general, el desarrollo y bienestar de los gobernados.

La comunicación entre Furtamantes y Arévalo continuó por carta. La riqueza epistolar contenida en ese intercambio de mensajes, sentimientos, propósitos y convicciones, así como los puntos de vista entre el historiador y periodista y el filósofo y educador en torno a las perspectivas de Salaragua y América Central; las metas a alcanzar, los proyectos y la estrategia a seguir; los obstáculos, la identificación de los lastres, de los enemigos y de los amigos de la causa y sus posibilidades de éxito con arreglo a las herramientas de combate disponibles y de los recursos para financiar sus respectivos movimientos será recogida y debidamente aquilatada algún día por investigadores y politólogos para formar parte de la historia viva de Salaragua*.

Carta de Furtamantes a Juan José Arévalo, escrita en las márgenes del río Chixoy, en el corazón de la selva de la Alta Verapaz, octubre de 1943, al término de un día más de campaña guerrillera librada contra la dictadura trubiquista:

Hagamos memoria y recordemos que cuando Teodoro Roosevelt midió las dimensiones de nuestros tesoros y la importancia estratégica del istmo a principios del presente siglo jamás volvimos a ver nuestros mares libres de los amenazantes acorazados norteamericanos ni nuestras playas, puertos limpios de marinos extranjeros.

Cuando Roosevelt afirmó que Estados Unidos estaba obligado a conducirse como una gran potencia y a imponer? los beneficios del buen gobierno y de la civilización en aquellos países administrados ineficientemente y a sentirse? con la autoridad necesaria para atropellar los derechos de otra nación con tal de garantizar la prosperidad de los intereses americanos y proteger el patrimonio y las vidas de sus conciudadanos⁵⁷, surgió a lo largo de nuestro horizonte otra nube negra, la más negra y peligrosa que hubiera manchado: el horizonte caribeño para anunciar la inminente llegada del uno de los huracanes más devastadores conocidos en la historia de Centroamérica.

Roosevelt entendió que las causas de todas las intervenciones europeas se originaban en el desorden crónico, el caos financiero y la incapacidad económica de América Latina para solventar sus deudas. Luego sentenció como un legislador universal:

Los acreedores extranjeros pueden hacerse de las aduanas para cobrar. Hasta ahí permitiremos una intervención armada foránea, pero en ningún caso y por ningún concepto se autorizara el pago ni con un solo metro de territorio

* Dada la importancia de la correspondencia entrecruzada entre Juan José Arévalo y Ricardo Furtamantes, se procedió a practicar una selección de las cartas que por su trascendencia merecieron ser incluidas en un capítulo aparte. (Véase Epistolario, pág. 539).

A partir de ese momento la Casa Blanca se empeñó diplomáticamente en impedir de una u otra forma las intervenciones en el continente americano. Para tal efecto se propuso liquidar, principalmente a Inglaterra, los eternos adeudos centroamericanos mediante el otorgamiento de nuevos créditos extendidos ahora por la banca neoyorquina en condiciones mucho más onerosas. Evidentemente se ignoró la voluntad política de los deudores originales, los legítimos afectados. No acabábamos de sacudirnos el yugo español cuando varias potencias europeas conscientes de nuestra fragilidad política ya querían lucrar económicamente con nuestro desamparo. Para que tanto ingleses como alemanes y franceses, en menor escala, acordaran sacar sus manos de nuestro hemisferio, Estados Unidos tenía que asegurarles el pago en tiempo y forma de sus capitales con sus respectivos intereses, es decir, imponer el orden en las finanzas de sus vecinos⁵⁹. Era mucho más viable cortar por lo sano. Y en esos términos procedieron. Roosevelt, el gran maestro, había sido muy claro: *Habla quedamente y lleva un buen garrote. Así llegarás muy lejos.*

La política del Gran Garrote, o sea la aplicación del Corolario de Teodoro Roosevelt a la Doctrina Monroe, su materialización económica, la ejecución de la teoría, la insolencia misma, funcionó con toda eficacia en la cimentación de un capitalismo de avanzada. A más de cien años de haber sido concebida, la doctrina dejaría de ser un mero concepto filosófico para convertirse en una política agresiva y lucrativa, un patrón de conducta internacional, enormemente rentable, que afectaría la marcha y la vida interior de nuestros países por muchas décadas. Se invitaría a los banqueros norteamericanos más poderosos a participar en esta nueva y fascinante aventura de expansionismo financiero pues ellos proporcionarían los recursos necesarios para amortizar, total o parcialmente, las viejas deudas causantes de todos los males, las invasiones, las intervenciones y las amenazas. Nada con Europa. Los nuevos créditos quedarían garantizados con los impuestos recaudados en divisas por los países deudores a través de sus aduanas, mismas que serían a su vez administradas en forma irrecusable por personal norteamericano, nombrado directamente por el jefe de la Casa Blanca. Sobra decir que la aparente ayuda financiera no se podría otorgar sin intervenir militarmente al país asesorado. Nadie entrega la cartera por su propio gusto ni abre las arcas de la nación para que los yanquis las administren a su antojo por más que nos pudiera convenir, como ellos decían. Con la imposición de la Diplomacia del Dólar, la intervención aduanera y la instalación de las Receptorías de Rentas alcanza su esplendor la edad de piedra del capitalismo yanqui.

La vida de Franklin Keith no había cambiado. Parecía impulsado por una inercia loca que inevitablemente lo arrastraba al peligro. Robert Keith un día lo mandaba a Honduras, otro a Co Rica, más tarde, por algún problema judicial o de faldas lo hacía traer de nueva cuenta a Salaragua, de donde lo tenía que expulsar después por algún conflicto nuevo, para largarlo entonces las fincas de Guatemala a las bodegas de Nueva Orleans.

Sus alarmantes despilfarros y su insolvencia permanente, a pesar de provenir de una de las más acaudaladas familias de Nueva Inglaterra llamaban al escándalo. El First National Bank of Boston, propiedad de la United Fruit, tenía serios problemas con Franklin Keith, en razón de sus préstamos recurrentes nunca liquidados. Los vales en las empresas a cambio de dinero se juntaban en gruesos expedientes en espera de instrucciones superiores. Lo mismo acontecía con los socios o altos funcionarios, que igual enfurecían o temblaban al ser informados de la presencia de Franklin en sus respectivas antecámaras. ¡Qué tipo este!, ¡qué diferencia de gente! Ni parecen paridos por la misma madre, no tienen un solo punto de contacto en su personalidad. Pobre Robert, lo que debe sufrir con un hermanito así...

Los momentos más desagradables en la vida de Robert Keith se los había proporcionado, ni duda cabía, su mismo hermano Franklin. Cuidado siempre, recordaba las súplicas del adorado tío Minor en su

lecho de muerte: él no es como nosotros; es un hombre inerme, incapaz de defenderse, de trabajar y de esforzarse en nada. Está llamado a depender de nosotros y a vivir de uno de nuestros trusts. Debes salvar siempre nuestro nombre y protegernos socialmente. Ayúdalo sólo porque tuvo la gran fortuna de llamarse Keith. Sin embargo, la paciencia de Robert se agotaba cada día en razón de las interminables cuentas por pagar de los más diversos deudores. Las llamadas de los acreedores, las cartas de los abogados, las copias de las demandas interpuestas por créditos insolutos, ya fuera de los mejores almacenes de ropa de Massachusetts para vestir decorosamente al Zancudo, o las cuentas de los mejores restaurantes de Nueva York, de donde salía siempre sin pagar acompañado de un grupo numeroso de amigos, mis admiradores, como él los llamaba, que remataban su *tour* gastronómico en el cabaret de moda de la localidad, empezaban a causarle a Robert irritaciones y rabieta cada vez más difíciles de controlar. Las amenazas telefónicas de los tahúres de la más baja ralea dispuestos a cualquier acción con tal de cobrar las fuertes sumas ganadas en una larga noche de juego en cualquier sótano nauseabundo del Bronx hicieron reventar una mañana ventosa de otoño de 1943 a Robert Keith.

Con quién mierdas andará este imbécil para que estos hampones se atrevan a llamarme a mí por teléfono. A mí, que no le debo penny ni a mi mayordomo. Algo malo habré hecho en mi vida merecerme una rata estercolera por hermano, se preguntó mientras ya se aferraba al ventanal de la sala de juntas de una va plantación adquirida ahora en Cuba. Aquella mañana, el sol se negó a salir. Keith presentía el desastre. No en balde había aprendido después de tantos años a interpretar las señales del cielo. De pronto las palmeras empezaron a mecerse rítmicamente durante sus reflexiones. Pero se acabó, esto se acabó para siempre. Mi tío Minor nunca pensó en un desbordamiento de semejantes tamaños. Si yo sigo pagando y pagando sus cuentas nunca cambiará este animal de sangre fría. Yo tengo parte de culpa porque nunca lo he hecho enfrentarse a sí mismo ni lo he obligado a responsabilizarse de sus actos, pensaba Robert Keith con el gesto descompuesto y las arrugas de su rostro agrietado como nunca. El cielo gris plomizo y el mar agitado no le permitían retirar la mirada de un horizonte recortado por la inminente presencia de una tormenta tropical. El supone con cinismo que jamás permitiré que lo encarcelen. Apoyado en ese hecho desfalta, falsifica, roba y dispone de lo ajeno como si fuera un juego de niños, al fin y al cabo ahí está mi hermanito, ese pendejo con pluma fuente. ¡Basta!, tronó finalmente el Rey de la Banana. A mí nadie me ve la cara de idiota. La cola del huracán tocaba tierra mientras Robert Keith lamentaba, como todos los años de desastre, la ausencia de creencias religiosas. Quería arrodillarse al paso del meteoro que ya silbaba, por instantes rugía y lanzaba formidables zarpazos contra el ventanal, suplicar a la divinidad, pedir compasión, sin el menor pudor, implorar perdón y hacer todo tipo de ofrecimientos, juramentos y promesas, cuyo incumplimiento no tuviera como consecuencia la destrucción de sus fincas bananeras, ni la pérdida de un solo dominico, ni siquiera de los defectuosos destinados al consumo local. La lluvia se estrellaba furiosa contra la estructura de vidrio de las oficinas centrales del magnífico Pulpo.

El rostro de Robert Keith se iluminaba de azul y plata por instantes, los relámpagos se sucedían unos a otros. La naturaleza insistía en dejar constancia de su furia y de sus poderes. Yo tengo que sufrir deslaves, terremotos, huracanes, plagas de todos los tipos y enfermedades de todas las magnitudes, exclamaba con ambas manos aferradas en la ventana sin percatarse que una huella de sudor empañaba el lugar donde las tenía colocadas; Yo paso por todos los problemas de transportación, de financiamiento, de mercado; me las tengo que ver con todas estas malas imitaciones de dictadores fascistas centroamericanos y con todo tipo de problemas laborales, sindicales y políticos para que este barbaján se me pase dilapidando todo mi esfuerzo en alcohol, putas y barajas. Se acabó, gritó furioso en la inmensa soledad de su despacho, con una mezcla entre coraje y pánico por los efectos devastadores de las ráfagas enardecidas. Cuando la fuerza de los vientos amenazaba con desprender hasta la techumbre de concreto y el ciclón bufaba impotente contra la estructura de acero del nuevo edificio de la United Fruit, Robert Keith tomó una decisión en apariencia irrelevante, pero de grave repercusión en su vida personal: dictó a su secretaria, movido por un impulso supersticioso, la cancelación de todo tipo de privilegios para su hermano Franklin, así como el desconocimiento de su firma para efectos de cualquier trámite, en especial para retiros de dinero, vales o préstamos. Quien se atreviera a contradecir esta orden en cualquiera de las empresas del grupo sería

cesado fulminantemente.

Se cerraban los puertos a la navegación, se interrumpían las comunicaciones, se inundaban las fincas, se destrozaban las plataneras, bodegas e instalaciones con ciega violencia. La naturaleza parecía vengarse de algo. Se suspendía el servicio eléctrico. A las doce de la mañana una lúgubre penumbra, un paraguas de plomo impedía la entrada de los rayos refulgentes del sol, mientras una cortina de agua sacudía las pencas, las hojas enormes del banano y todas las conciencias. La fuerza del vendaval bien pronto acalló todas las plegarias y la entrada de la noche acabó con todas las esperanzas. Soplabo ferozmente, ávido de revancha, resentido y perverso. El huracán siguió su curso demoledor a lo largo de todo el Caribe hasta golpear rabiosamente la costa salaragüense en donde empezó a desvanecerse entre bramidos infernales de muerte.

Keith debería enfrentar el recuento de los daños en sus fincas, la población del Caribe el hambre, y Franklin Keith la represalia y todo género de humillaciones.

Las pérdidas fueron casi totales. La lluvia había penetrado la tierra y ablandado cuanto pudiera resistir un huracán. Los colonos volvieron a perder casas, cultivos, animales e ilusiones. Durante meses no podría salir una sola fruta hacia el mercado. Los caminos quedaron cortados. Era doloroso ver los caserones de madera destrozados, los árboles arrancados de cuajo, las calles convertidas en ríos y los cultivos en mares. Los animales flotaban en la corriente del Río Máximo rumbo a los llanos de Camagüey. Fueron contadas las viviendas que se mantuvieron de pie. Los objetos flotaban hacia la costa: camas, sillas, petates, algún cacharro de poco peso, carajadillas, la ropa y los instrumentos de madera liviana. Era como una carrera loca de cosas útiles hacia la bahía, mientras seguía soplando un viento que amenazaba derribar todo a su paso, aun a los hombres cuando pretendían trasladarse de un lugar a otro para protegerse. Rasgaba los tablados de los cobertizos, azotaba los framboyanes, las palmeras y los laureles, erizaba los animales, los aterrorizaba, lanzaban ruidos demoníacos en su huida sin rumbo, al tiempo que la luz se iba, las casas crujían antes de desaparecer del panorama y los silbidos encontrados producidos por la furia divina parecían anunciar el fin del mundo.

Semanas después del paso del huracán, a mediados de aquel otoño de 1943, regresó camuflado, nuevamente a Salaragua, el menor de los Keith a bordo de un barco carguero del Pulpo. Había tenido que salir subrepticamente de Estados Unidos. Era perseguido por un sinnúmero de acreedores, por algunos socios traicionados, por el fisco, el hampa y varias mujeres víctimas de su labia adormecedora. Ni siquiera se presentó Franklin con su hermano en las oficinas de la casa matriz de Salaragua. Robert se encontraba por otro lado, todavía en Cuba, intensamente ocupado en la evaluación y reparación de daños. Prefirió fingir incompreensión y acusar una dureza y un trato injustificados. Se dirigió unos días a Villa Blanca, la casa de descanso de la familia, ubicada casi en la frontera con México, previa conformidad de su hermano mayor. El Zancudo había conocido el rigor de la decisión cuando el gerente de una agencia de la Flota Blanca en Nueva Orleans se había negado a canjearle un vale por tres rail dólares, usted sabe, se trata de una emergencia, arguyó con la convincente suavidad de siempre, y después del usted desde luego no ignora con quién habla ni lo que le va a pasar si no me da el dinero contante y sonante, tuvo que desistir ante la temerosa intransigencia del cajero, luego del tesorero y más tarde la del director no menos intimidado ni cohibido, y retirarse indignado y encolerizado, animado del deseo de no ver a Roben en los próximos quinientos años, tal y como decía siempre cuando su nombre salía a relucir. Lejos, muy lejos estaba el Rey de la Banana de suponer siquiera las repercusiones personales de una autorización a primera vista intrascendente. ¡Que se quede en Villa Blanca hasta que se muera y ni una hora más!, exclamó Robert al saber los planes de Franklin.

Aquel día, a las 9:30 de la mañana tres sonoros cañonazos de salva, detonados, como era bien sabido, desde el patio de honor del Palacio Nacional, anunciaron a la población civil y militar, al cuerpo diplomático

acreditado en Salaragua y a los miembros de los cultos religiosos que otro secretario de Estado había sido cesado de sus funciones en aquel año de 1943. Más tarde la prensa local destacaría con grandes titulares los detalles de la remoción. Leónidas Trubico había adquirido esa costumbre en los últimos años de su histórico gobierno, mismo que a los ojos de la prensa internacional empezaba a hacer más agua que el *Titanic* en los momentos anteriores al naufragio. La situación del señor presidente vitalicio por la Gracia de Dios, y no porque Dios es muy gracioso, según el cáustico sentido del humor propio de las latitudes tropicales, se complicaba cada día más. La efervescencia social crecía como crecían igualmente los temores del tirano por su suerte y su fortuna. Tenía francotiradores en cada ventana del Palacio del Gobierno, guardias uniformados y baterías antiaéreas en cada esquina. Una barraca fuertemente resguardada rodeaba todo el edificio, salvo la entrada principal y la parte utilizada por doña Esperanza para vender sus tamales.

La esposa del presidente de la República aparecía puntualmente a las 6:30 de la tarde acompañada por cuatro uniformados del estado mayor, quienes dejaban instalado el puesto en unos instantes. Una hora después no quedaba un solo tamal en los anafres. Los que llegaban a sobrar por casualidad, Trubico los mandaba a comprar discretamente para consumo voluntario o forzoso de los agentes de seguridad en turno. ¡Ay de aquel que no le gustaran los tamales!, sobre todo si tenía el atrevimiento de confesarlos en público. Doña Esperanza, desacostumbrada a manejar dinero, al principio de su vida porque no lo conocía y más tarde porque no lo necesitaba, se sintió conmovida y su emoción y generosidad la llevaron a donar importantes cantidades de sus ganancias a la Cruz Roja de Salaragua. Al poco tiempo comprobó que se trataba de sumas significativas. Prefirió empezar a retenerlas y a guardarlas en absoluto secreto debajo de la cama de su habitación. Sólo así se sentía feliz y confiada. Recordaba a su madre cuando escondía sus escasos ahorros bajo el petate de la barraca, a un lado de la figura del Cristo Crucificado, junto a la veladora. Fue una manifestación grave de desconfianza incluso hacia el sistema bancario nacional e internacional. Bien pudo haber comprado dólares con sus córdovas, si de lo que se trataba era de ocultar su identidad, pero sus crecientes suspicacias le impidieron confesarse o apoyarse en alguien de sus afectos.

Cualquiera que sepa de mis ahorros me los quitará algún día, parecía decir con su conducta recelosa. Bien dice mi Leo: estamos rodeados de bandidos, vieja.

Ante tanto éxito, Trubico la invitó a constituirse en proveedora general de frutas y legumbres del ejército con el ánimo de tenerla ocupada y satisfecha. Serás riquilla, Pelanchita, serás riquilla, ya lo verás. Me vas a tener que mantener, como en los viejos tiempos. Y, efectivamente, doña Esperanza Arias de Trubico, Matrona Excelsa y Primera Dama Vitalicia de la nación, según decreto emitido por el Honorable Congreso de la Unión salaragüense, se vio repentinamente en la necesidad de adquirir camiones y contratar chóferes, cargadores y rentar bodegas para poder abastecer oportunamente a las fuerzas armadas. El pequeño chorro de dinero se convirtió en una fabulosa catarata de billetes de todas las denominaciones. Las utilidades eran cada vez más voluminosas. Los huacales saturados de dinero empezaban a reducir los espacios transitables de su recámara. Sin embargo, algo extraño pasaba y se manifestaba en el rostro de la esposa del primer mandatario de la nación: su eterna sonrisa empezó a desaparecer de sus labios. En su lugar surgió un gesto duro y desconfiado, como el de Keith cuando alguien le robaba un dominico. Del día a la noche su carácter se agriaba, sus respuestas eran cada vez más ásperas y cortas: se encerraba dentro de sí o en su habitación en una soledad desconcertante y desconocida en ella. Sus diarias rutinas cambiaron radicalmente. No cantaba ni acariciaba ya a los niños ni visitaba guarderías ni hospitales. Es más: ya ni alimentaba a sus canarios ni le cantaba a sus rosales al regarlos con agua tibia cada mañana al levantarse. Sus apariciones en público fueron cada vez más esporádicas. Se apartaba del mundo. Cancelaba donaciones a las más variadas instituciones de caridad y beneficencia y solicitó, qué va, no solicitó, ordenó al arzobispo que impartiera la misa en una capilla privada que se hizo construir en el mismo piso donde se encontraba la recámara presidencial para que no le fueran a pedir más limosnas quienes todo lo querían sin trabajar. El dinero empezó a producir en ella verdaderos estragos. Todos me buscan por lo que tengo y no por lo que soy. Dispuso una rígida selección de criadas para que sólo las personas autorizadas pudieran hacer el aseo en su habitación siempre y cuando ella estuviera en todo caso presente. Seguía sin utilizar una cuenta de cheques.

Era ya un problema esconder tanto dinero en el cuarto. Y cada día llegaba en carretadas sin disimulo alguno. La idea de los tamales, concebida inicialmente a nivel doméstico, adquiriría proporciones industriales. Mandaba cambiar los billetes chicos por más grandes, con ánimo de hacerse de más espacio. A pesar de esa medida, los cajones antes ocupados por cremas faciales baratas, escapularios, estampitas religiosas de san Artemio el Grande, patrón de los agricultores, dulces y golosinas de sus tiempos de niña, peines desdentados y cepillos corrientes llenos de pelos enmarañados, hoy se encontraban saturados por cantidades enormes de dinero que saltaban a la vista a pesar de la máxima discreción guardada. Las mucamas parecían mudas.

El colchón de la cama estaba relleno de billetes, como también cada uno de sus bolsos de mano, que casi nunca usaba. Tras los cuadros de san Felipe el Mártir, como tras el espejo del baño y el de su vestidor, se encontraban depósitos de dinero. Las cortinas dobles y forradas con telas gruesas para que resistieran el eso y no evidenciaran su contenido. ¡Ay de aquella mucama que se atreviera a correrlas para dejar entrar la luz y ventilar el espacio sin su debida autorización! Ella, que nunca gritó, y que tenía el trato y la generosidad de una novicia, se convertía en una agiotista desesperada, en una solterona maniática cuando alguien se acercaba demasiado y podía descubrir la ubicación de su fortuna, la fuente de sus ilusiones y preocupaciones.

Trubico le recomendó comprar casas y edificios. En los inmuebles nunca fallarás, además es muy fácil administrarlos. Empezó casi por compromiso y porque ya ven ustedes cómo es Leo, decía a sus sirvientas, a invertir en bienes inmobiliarios. El pueblo, siempre cáustico, al acecho de la mejor oportunidad de burla, dejó de llamarla cariñosamente doña Pelancha; optó por referirse a ella como la señora Barrios. No tardó en correr la fama. Los hechos bien pronto la ubicaron al nivel de su marido. Pero el conflicto no desapareció. Ganaba más dinero ahora por concepto de rentas. El tirano arrendaba al gobierno todas las propiedades de que ella se hacía por su consejo. Te dije que serías rica, vieja, y rica serás.

Doña Esperanza comía todos los días sola con una libreta llena de números y cuentas. En el cajón del baño, tanto; en el de aquí, tanto; en el de allá, tanto. Llevaba la contabilidad por lugares, espacios y cosas. Sólo ella entendía los secretos encerrados en esos papeles. Se dormía con ellos en la mano derecha y el escapulario de su difunta tía Lili en la otra, bajo el Santo Cristo Crucificado, siempre balbuceando una oración, un rezo, una súplica.

Leónidas Trubico trataba de salvar su gobierno y aplastar a Furtamantes a como diera lugar. Vivía ajeno a los problemas de su mujer. La política ocupaba su vida como los multimillonarios negocios de Keith, la suya.

Sin embargo, no todo en Salaragua marchaba como las finanzas de doña Esperanza. El descontento popular era ya incontenible. Estos aguantan todo hasta que ya no aguantan, explicaba el dictador a sus ministros de gabinete mientras practicaban todos juntos, vestidos de traje y corbata, sus diarios ejercicios de calentamiento y gimnasia, a un lado de la sala de audiencias del suntuoso despacho presidencial. Si de plano ven que no aguantan entonces métanles bala, pero de las mías, de las que tienen mis iniciales, para que en el reino de los cielos nunca se olviden de mí⁶⁰.

Después de una orden marcial todos bajaron en tropel. Dieron diez vueltas al patio de honor custodiado por elegantes cadetes vestidos con cascos plateados, penachos rojos, botas altas de charol negro y casacas azules, quienes desenfundaban de inmediato sus sables de acero refulgente y los dirigían al cielo en señal de saludo y homenaje a la elevada jerarquía presidencial. ¡Ay de aquel que se cansara y se apartara del grupo o se le ocurriera aflojarse el nudo de la corbata para jadear en lugar de respirar discretamente!, porque de inmediato se escucharían los consabidos cañonazos a lo largo y ancho de la capital de la República. Lo mejor para servir a Salaragua y al fascismo es el ejercicio, según ha dicho muchas veces Mussolini. Nadie

disminuía el ritmo. Nadie podía permitirse el lujo de perder parte de la conversación. Omitir las instrucciones del jefe de la nación aun cuando éstas hubieran sido giradas en el momento más agotador de la gimnasia era, claro está, motivo de cese fulminante. El propio biógrafo no podía perder detalle de los geniales acuerdos, porque la historia o el Supremo Benefactor del país podían demandárselo. Era imprescindible, pues, contar con una extraordinaria capacidad física para obtener el puesto y desde luego, para mantenerse en él.

—Me juego en este instante mil dólares a que me quedo por lo menos otros cuarenta años más en la presidencia —comentó una vez de improviso a lo largo de los ejercicios matinales.

Nadie suscribió la apuesta. Todos siguieron corriendo para contener el aire. Yo me desmayo si abro la boca y hablo; no puedo más. Dieron otra vuelta al patio de honor, más rápida por supuesto. Nadie contestó siquiera. Se detuvo de golpe y tronó el látigo:

— ¿Quién jodidos va a apostar conmigo mil dólares a que me quedo otros cuarenta años en el poder?⁶¹

Todos prefirieron empezar a hacer una buena serie de cuclillas y dejar pasar inadvertida la pregunta.

— ¿Eh? ¿Están sordos? ¡Carajo!

Subían y bajaban. Unos con las manos en la cintura otros con los brazos en alto y los ojos en blanco invocando la intervención de los cielos.

—Quietos, he dicho! —La mayoría no se atrevió ya ni a respirar.

—Yo no apuesto, mi general —repuso finalmente una voz del grupo que bufaba. Era la del señor secretario del Tesoro—. Yo estoy seguro que usted quedará, quiero decir, que nuestro país lo necesitará por lo menos otros cincuenta años.

— ¡Ah!, ¿luego ya no me va a necesitar?

El jefe de las finanzas nacionales se sintió traspasado en el corazón. Los gimnastas arrugaron al unísono las facciones del rostro y subieron los hombros como si instintivamente protegieran sus oídos de una detonación. Unos vieron al piso, otros al cielo. Todos resollaban.

— ¿No me oyó carajo?

—Sí.

—Sí qué, me lleva diez mil veces la madre que me parió.

—Sí lo oí, mi general. —El piso empezaba a crujir bajo los pies del ministro y ya se escuchaba como si alguien estuviera cargando un cañón.

—No le pregunto eso, le pregunto si luego ya no me van a necesitar.

—A usted lo vamos a necesitar toda la vida, mi general —respondió con un hilo de voz.

Leónidas Trubico, el Padre Providencial se cuidó mucho de hablar. Esperó prudentemente algún comentario adicional.

—Así me gusta —exclamó finalmente—, pero ándese con cuidado cabrón porque ya le anda oliendo la cabecita esa pelona a puritita pólvora. Entonces, ¿quién le entra a la apuesta?

—Usted es eterno, mi general —repuso el secretario de Gobernación—. Por eso es usted presidente vitalicio.

Iba a agregar Trubico que eso sería siempre y cuando Estados Unidos no se lo impidiera pero prefirió volverse a echar a correr de repente ante la sorpresa de todos. Cobardes, cobardes de mierda, murmuraba mientras el grupo se le incorporaba desordenadamente, preocupados por no alcanzar a oír sus palabras. Recordó cuando nadie del gabinete se había atrevido a meterse en la jaula de los leones del zoológico

municipal, salvo él, porque los demás no sabían que previamente había ordenado la administración de sedantes a las bestias para impresionar públicamente a su equipo, de colaboradores. Cobardes, te digo que son unos cobardes...

Momentos más tarde sesionaban en pleno en la sala de acuerdos e iniciaban su acostumbrada reunión de los lunes. Cada uno de los secretarios de Estado tenía frente de sí una carpeta negra con sus iniciales grabadas en dorado en la cubierta, unas hojas de papel blanco con una leyenda en la parte superior: Dios y Trubico os harán libres, unos lápices y una bolsita de alpiste. Ninguno de los asistentes preguntaba desde luego la justificación de la presencia del alimento para aves. Mientras el presidente de la República impartía las instrucciones más insólitas a sus más elevados colaboradores, como la instalación de uno de sus bustos en cualquier plaza del interior del país o la reparación de una de las bardas de sus innumerables ranchos, todo el gabinete estaba obligado a alimentar a sus canarios, instalados en jaulas plateadas dispuestas frente a cada una de las ocho espaciosas ventanas repartidas a lo largo de la más importante habitación del país, conocida familiarmente como el salón de los uniformes, porque entre jaula y jaula existían unos maniqués con el rostro del dictador y sus más impresionantes indumentarias de gala, todas ellas cruzadas por la banda tricolor, con los colores de la bandera nacional, como si quisiera ser diez, cien o mil veces presidente de la República, simultáneamente, sin faltar desde luego sus queridas y añoradas condecoraciones, con las que también se acostaba, como un niño sujeta su muñeco favorito para poder conciliar el sueño.

Trubico confesó, al desahogar uno de los puntos del orden del día, que no declararía la guerra a las potencias del Eje hasta que Hitler estuviera prácticamente derrotado, que trataría de mantener las relaciones más cordiales con Estados Unidos sólo por conveniencia política y comercial. El verdadero dueño de su cariño y de su corazón era el Führer y nadie más que él y por lo mismo estaría con Alemania hasta que el final fuera inevitable y éste le fuera adverso. Por eso mandaré felicitar a toda Salaragua si Roosevelt se logra reelegir como yo por tercera vez; por eso y nada más que por eso festejamos aquí por decreto dos días de fiesta seguidos la independencia de Estados Unidos. No quiero duden de nuestra lealtad, no quiero que sepan que estamos con ellos sólo por necesidad y que si gana Hitler la guerra me iré a orinar por lo menos durante una semana en el obelisco ese que tienen en Washington. El gusto que me daría bajar la bandera americana de lo alto de la Casa Blanca para cagarme a diario en ella como ahora lo hago con la foto de Roosevelt. Desde hace mucho tiempo la uso como papel de baño y se la mando después anónimamente a su embajador aquí.

— ¿Saber usted señour presidente de alguien mucho majaderou que mandarme toudous lous días la fouto de Roosevelt llena de, usted saber...?

—No, qué voy a saber, señor embajador —contó Trubico entre carcajadas durante la reunión del gabinete presidencial.

—Bueno, pues me la mandar con mucho popó de humano y eso ser una cochinateda, señor presidente. Mi gobierno y yo querer saber quién es.

—No se preocupe, yo se lo diré mister, ya ve que yo aquí en Salaragua sé hasta cuándo va a soplar el viento...

«¡Maricones! —pensó para sí—, un día les enseñaré a hablar como hombrecitos. Si no fuera por el béisbol y por los Phillies o los Atléticos diría que ese país o sirve sólo para tragar plátanos o no sirve para nada.»

También se volvió a someter a la consideración de Leónidas Trubico la decisión de condenar a pena de muerte todo aquel que formara parte de una organización sindical⁶². El acuerdo se confirmó en todos sus términos anteriores. Los obreros son mis peores enemigos: en cada obrero hay un comunista en potencia, por eso debemos tenerlos agarrados del cuello, para apretárselo a la primera huelguita de esas que organizan por holgazanes. Ahí tienen su ley, la más avanzada en Centroamérica. Nadie tiene cuatro semanas anuales de vacaciones pagadas ni seis semanas también pagadas para las mujeres embarazadas

ni derecho a la *inedenización* esa en caso de despido injustificado.

Lo que quiero ver es quién es el macho que la va a aplicar sin que le meta yo toda la cartuchera de mi *Lugger* por el trasero.

Ya en otro tema el tirano recordó el caso del embajador salaragüense acreditado en París. Quién me iba a decir que nada menos éste, el que más me lloró el día del ensayo de mi último entierro* me iba a salir también comunista. Le había mandado la cantidad en francos franceses necesaria para pagar el vaciado en bronce de una escultura ecuestre de Morazán, uno de los grandes *pronombres*, ¿así se dice biógrafo?, de la historia nacional. El dinero se le había enviado puntualmente para que la figura pudiera develarse con toda oportunidad por el secretario de Instrucción Pública del gobierno francés. Sin embargo, el distinguido diplomático centroamericano dispuso del dinero para financiar sus repetidas visitas al Moulin Rouge, siempre acompañado de bellas mujeres cautivadas probablemente por su sonrisa embriagante como jefe de misión. La fecha se aproximaba sin existir una causa justificada para la cancelación del acto. Los trabajos para la realización de la figura ni siquiera se habían iniciado en los talleres del mejor orfebre francés del momento⁶³. La situación se resolvió gracias al ingenio de Keith, quien aconsejó al presidente de la República que ordenara la compra de cualquier escultura ecuestre a uno de los más conocidos anticuarios de la localidad, al fin y al cabo ni quien conozca al tal ese Morazán ahí en París.

— ¿Y si el que mande se vuelve a robar el dinero? Entienda usted, don Roberto, estoy rodeado de ladrones, todos son comunistas, ¿Qué hago? A ver, dígame, usted que lo sabe todo...

Robert Keith sonrió por dentro. Así me gusta.

—Mande en ese caso al nuncio papal —agregó pensativo—, no al arzobispo, en viaje de buena voluntad.

—Pero si ése...

—Ya sé lo que me vas a decir, espera: mándalo con tu secretario de Guerra y si dos días después la escultura no está en su pedestal, que la prensa francesa culpe al cura del robo y el Vaticano se encargará del resto.

En otro punto del orden del día, el señor secretario de la Defensa Nacional adujo ceremoniosamente con el pecho inflado y totalmente cubierto por un sinfín de llamativas condecoraciones que la historia de los últimos tiempos había demostrado que la mejor manera de salir de la miseria era entrando en guerra con Estados Unidos, porque luego ellos mismos se encargarían de reconstruir con cataratas de dólares a los países vencidos: nos conviene señor presidente. Declarémosle la guerra a los yanquis, posteriormente nos llenarán de dinero. Jamás nos lo acabaremos. ¡Qué más da un par de muertitos más!

Un rayo de luz iluminó todos los rostros. El propio Trubico fue el primero en entusiasmarse; luego se tornó silencioso, grave. Algo tramaba. Una duda le asaltó:

—Bueno, les declaramos la guerra, esto me parece magnífico —se expresó confundido— pero ¿y si la ganamos?⁶⁴

La discusión se hizo interminable. Las posiciones encontradas se estrellaban como las olas rompían violentamente contra las rocas al subir la marea. La reunión del gabinete concluiría catorce horas después, pero no para el Benemérito, quien había salido momentos después de comenzada la junta para pasear en el yate de la United lleno de gallinitas, no sin antes ordenar a su jefe del estado mayor que el secretario de

* Leónidas Trubico llevaba a cabo diferentes ensayos de lo que habría de ser su entierro definitivo. Premiaba con puestos importantes o con sumas considerables de dinero a los funcionarios que representaran con mayor dramatismo su papel y lloraran desgarradoramente la pérdida del Padre Providencial. Cuidado con aquel que sólo gimoteara harto ya de tanto ensayo y no mostrara convenientemente su dolor. No sólo podría perder su puesto, sino la vida, ahorcado en la plaza pública, a un lado de la estatua ecuestre de Simón Bolívar.

Estado que saliera del Salón de los Uniformes, aun al baño, antes de cumplirse el plazo establecido, debía ser cesado de inmediato y anunciada su destitución por medio de una sonora detonación que él debía escuchar en alta mar para poder brindar en ese momento a la salud del nuevo cesante. John Foster Dulles, el abogado de la United Fruit, siempre agasajado por Robert Keith, también invitado de honor al histórico recorrido, festejó la ocurrencia con una risotada tan artificial y fingida que cualquier extraño hubiera podido suponer la presencia de un débil mental o de un descarado adulator. El propio Trubico lo miró sorprendido. ¿De verdad seré tan genial?

Al mismo tiempo que los aliados limpiaban el Atlántico de la amenaza submarina del Tercer Reich y se preparaban para el salto al continente, la guerra en Japón entraba en su fase decisiva. Las posiciones del Imperio del Sol Naciente se tambaleaban y otras se derrumbaban gracias a la acción decisiva de Douglas McArthur. Los nipones resistían hasta el último hombre, pero la superioridad militar norteamericana era evidente y cada día se hacía más palpable. No era difícil que al año siguiente, 1944, se pudiera bombardear, de acuerdo a lo planeado, la mismísima costa sur del Japón. Por otro lado, se esperaba un momento adecuado para lanzar la invasión a través del canal de la Mancha y hacer volar por los aires la imponente maquinaria destructiva de la Alemania: nacionalsocialista, que afortunadamente ya resentía los ataques de la aviación inglesa y de la aliada. Ante la sorpresa y el gesto de horror de Leónidas Trubico sólo la mitad de la ciudad de Hamburgo fue destruida con bombas incendiarias a lo largo de julio y agosto de 1940. Los dictadores centroamericanos empezaban a comprobar el derrumbe de sus esperanzas. Las fotografías no dejaban lugar a dudas: la fortaleza imperial alemana arrojaba espeso humo negro originado por la certera puntería aliada. El presidente de la República de El Salvador, don Maximiliano Hernández Martínez, entreveía con la misma claridad la proximidad de su debacle. Pasaría a la historia por la profundidad de sus reflexiones filosóficas. Sobre todo cuando afirmó que era mucho más cruel matar a una hormiga que a un ser humano, porque el ser humano puede reencarnar y la pobre hormiga no tiene esa posibilidad⁶⁵, o ser el primero en cuestionarse si las arañas, las culebras y los caballos, tienen un sentido de la belleza. Él, Martínez, había dejado morir a su hijo de peritonitis impidiendo que lo operaran porque desde luego se curaría con unas aguas mágicas que él había preparado en la cocina del Palacio de Gobierno.

¿Acaso esta generación de dictadores desaparecería junto con la vesania hitleriana con la misma velocidad con la que había aparecido, sólo porque era una aliada incondicional inconfesa de las potencias del Eje y no por el significado político, social y económico de una tiranía de semejantes proporciones?

Los días transcurrían lentamente en Villa Blanca. Franklin Keith evadía en todo momento el menor contacto con la familia de su hermano. Buscaba soledad en su refugio y lamentaba la triste coincidencia del encuentro. Todos éstos están cortados con la misma tijera. Cualquier encuentro, sermón seguro. Déjalos que se pudran en su hastío y en su mojigatería. En consecuencia, hacía vida independiente y solitaria. Cuando no buceaba en las inmediaciones de un barco mercante japonés, hundido en la Primera Guerra Mundial, sacaba langostas o arponeaba peces cerca del Farallón, una roca alta y tejada cerca de la Punta de Los Chinos, donde se decía que había desembarcado una de sus primeras naos orientales. Cabalgaba diariamente entre las bananeras, corría espacio de dos horas en la playa, nadaba buena parte del tiempo en la piscina de la casa o en el mar; parecía incansable, a veces hasta enloquecido. Algo quería olvidar e intentaba distraerse a como diera lugar. En las tardes, después de dormir largas siestas, remataba la jornada en cualquiera de las cantinas del pueblo donde apostaba incluso si el sol saldría o no al día siguiente. Poco a poco el cielo del océano Pacífico se le empezó a caer encima. Amenazaba aplastarlo. Día a día se le reducía su espacio vital. El aburrimiento es el peor de los pecados. El ocio es la peor de las ponzoñas. La inacción es

el peor de los tormentos. No moriré aquí en esta maldita playa como una monja senil. Yo me quiero morir con los huevos vacíos, las cartas en la mano y la botella en la boca. Ése es mi camino, el de los hombres que saben vivir su vida a plenitud. Semen retenido es veneno, veneno puro. Ahí está la cara de mi hermano Robert, amarillenta y enfermiza, claro, como que todavía se masturba.

Al final de las vacaciones de aquel otoño de 1943 apareció a los ojos de Sofía Guardia un espectáculo aterrador. Mientras platicaba con Isabel en la playa, dos jinetes que cabalgaban a todo galope entraron en una carrera aparentemente desbocada salpicándose respectivamente de arena y agua, al tiempo que se acercaban a toda velocidad al mar, como si tan pronto llegaran las olas fueran a dar un salto rumbo al sol. Entre risas, fuetes y acicates, ni el riesgo ni la diversión parecía tener límite ni frontera. Hay momentos en la vida en que somos capaces de reconstruir en nuestra imaginación hasta los mínimos detalles de un acontecimiento determinado. En el caso de una gratificante experiencia amorosa a lo largo de un día fresco podemos reproducir en nuestro organismo la misma sensación de placer como si volviéramos a vivir físicamente la aventura; igualmente podemos recordar con asombrosa perfección las escenas, la textura de los labios, las voces, los silencios, las palabras, los colores, la música y cualquier otra condición del momento. Así recordaría para siempre Sofía Guardia las palabras de su hija Isabel cuando ésta fue la primera en identificar a los jinetes:

—Mira, mamá, son Blanca y mi tío Franklin.

Lanzada por una catapulta Sofía no se hubiera puesto de pie más rápido. Isabel la imitó como un acto reflejo: era Blanca, sí, no cabía la menor duda. De golpe entendió sus largas ausencias, que ella aceptaba como parte del carácter inquieto de su hija. Una confusión culpable se apoderó de ella. ¿Será posible? De ahí pasó de inmediato a la rabia más atroz. Quería correr desaforadamente pero algo la detenía en el impulso primitivo y vital. De sobra sabía ella el tamaño de su enemigo y su capacidad de ataque. Conocía buena parte de las andanzas de su cuñado; por ejemplo, las violaciones en las bananeras cuando por casualidad o desahogo le externaba Keith su malestar por los reiterados problemas originados en la conducta de su hermano. ¡Maldición!

— ¿Qué pasa mamá?

Sofía no quería perder detalles de la escena. Una insinuación, un movimiento, una señal comprometedor, un algo para apoyar su actitud y no exhibirse gratuitamente. Sin retirar la mirada y como si estuviera clavada en la arena, con ambos brazos apoyados a los lados de la cintura, apenas contestó como quien masculla largamente una respuesta.

—Sólo veo a tu hermana...

—Sí, desde luego, mamá, pero ¿por qué te alteras así? Te pones como si hubieras visto al diablo.

—Ve por tu hermana en este instante.

—Pero mamá, está con mi tío Franklin.

Por algún lado tenía que desbordarse Sofía en su interior. La sola sospecha, la sola imagen, la sola posibilidad podía acabar con ella.

— ¿Me oíste? ¡Demonios!, ¿te quedarás ahí haciendo preguntas como idiota, o harás lo que te ordeno?

Doce años, sólo tiene doce años, Franklin Keith, miserable hijo de puta, no intentes nada por ahí, maldito Zancudo, porque te mueres, te juro que te mueres, se dijo para sí dentro del más hermético silencio, con los dientes trabados y el rostro desencajado.

Sofía estaba totalmente descompuesta. Nunca nadie la había visto así, ni el propio Robert Keith después de tantos años de matrimonio. ¿De donde habrá salido repentinamente esta fiera? No cabe duda que nunca se llega a conocer a la gente, ni aun con la que uno vive. La eterna gatita de angora ¿tiene uñas y colmillos? Sofía echaba mano de todo un mecanismo de defensa natural, oculto y eficaz, el instinto de

conservación, unas reservas desconocidas aprovechables en casos de extrema necesidad, de vida o muerte física o emocional.

Franklin no dejó regresar sola a Blanca. La acompañó entre risa y broma con absoluta naturalidad hasta la presencia misma de su madre, quien los recibió con la mirada de una fiera herida. ¿Había algo que ocultar? Todavía comentaban gozosos sus hazañas. Sofía leyó de inmediato todas las señales, trató de descifrar el menor mensaje y de interpretar cualquier actitud que le permitiera descubrir a la brevedad la realidad de lo ocurrido. Una huella una marca, lo que fuera, pero algo que le devolviera la vida o se la quitara para siempre. Ambos sonreían inmensamente, presentaban candorosas expresiones de satisfacción, la piel enrojecida por la excesiva exposición al incandescente sol tropical. Tenían restos de agua y arena en el rostro y, sobre todo, huellas en la cara de golpes y rasguños que Sofía no supo entender. Hizo acopio de sus mejores fuerzas para no delatar la angustia que la devoraba. Antes de que ella pudiera siquiera iniciar un discreto interrogatorio, Blanca le anunció que había corrido a todo galope con su tío Franklin a lo largo de interminables callejones que separan los plataneros y que las hojas de muchas palmas la habían golpeado, pero que en todas las veces le había ganado y le había demostrado que montaba mucho mejor que él. ¿Verdad tío?

Los ojos verdes de Franklin brillaban a pleno sol. Los calores del trópico le habían devuelto aquella mirada desafiante, propia de las penumbras cónicas de las mesas de juego clandestino ubicadas en los sótanos del Bronx. Se le veía sobrado de energías, risueño, jovial, totalmente recuperado de los excesos y de las tensiones. Su aspecto no podía ser más saludable.

— ¡Adrián! —gritó de improviso ante la sorpresa de ellas, mientras se apeaba. Uno de los peones, un maya curiosamente alto y obeso, apareció de inmediato sujetándose el sombrero—. Llama a Ramón y llévense a caminar a estos caballos antes que revienten.

—Acto seguido, como todo amo y señor de vidas y haciendas se dispuso a tomar a Blanca por la cintura para ayudarla a bajar pero se quedó paralizado cuando un: mi hija no es ninguna lisiada, le hizo voltear rápidamente la cabeza como cuando alguien dispara un tiro al aire.

— ¡Bájate, Blanca! —volvió a estallar la misma voz imperiosa.

Franklin Keith, a diferencia de las muchachas, entendió de golpe las implicaciones escondidas en la orden. La imaginación de su cuñada lo capturó. Midió fuerzas con gran rapidez. No se sentía exhibido. Siempre cabría una explicación. Isabel y Blanca no estaban en posición de suponer siquiera las entrelíneas de semejante instrucción ni mucho menos las proporciones y el contenido de una insinuación de esa naturaleza, sin embargo, a las dos les quedó algo en claro: la conveniencia de retirarse de inmediato. Nada ganarían presenciando una discusión como la que se entreveía venir. Blanca, abrazada por su hermana mayor, no dejó de voltear con insistencia hasta que se perdieron de vista. Lejos estaba de entender la conducta violenta de su madre ni de presumir los cargos inconfesables que como mujer le hacía. Ni siquiera había podido contar en detalle sus aventuras deportivas.

Mira qué sorpresa, ¿de dónde me sale ahora esta mojigata con ideas tan cachondas? Me creíste capaz de seducir a Blanca, nada menos que a mi sobrina, una chiquilla de doce años, que no le alcanza todavía ni para pechos. Eres una basura propia de mi hermano, pensó para sí Franklin mientras daba un manotazo en las ancas de una de las bestias que Ramón ya conducía fuera del área de los refrescantes palmares. Estás igual de podrida que él. ¿Quién me iba a decir que mi cuñada era una morbosa, una reprimida sexual? Ésas son las mejores. Eres una bestia, Robert, mira que desperdiciar una mujer así en sus años de esplendor...

Sofía no se movió ni habló. Parecía una regia figura de bronce, una verdadera diosa del trópico en actitud desafiante. Él aceptó gozoso el reto. Se hizo un pesado silencio. Había llegado el momento de las aclaraciones. No era posible evadirlas. Franklin tenía todas las ventajas consigo, la falta de pruebas lo hacía sentirse invulnerable. Él, desde luego, manejaría el papel de víctima, le iría muy bien, lo dominaba a la perfección. Veremos si puedes conmigo con todo y tus brazos cruzados. Te crees que todo el mando me

puede tratar como si yo fuera un delincuente. La posición de ella era muy débil, tendría que confesar sus dudas. Imposible desabrocharlas y exhibirse como una morbosa o echar mano de argumentos ingrátidos y de suposiciones imposibles de demostrar y fáciles, extraordinariamente fáciles de derribar, sobre todo para un sujeto como Franklin, que había desarrollado un agudo sistema de respuestas inmediatas e ingeniosas para salir casi siempre con éxito de sus arriesgados lances amorosos o de su insolvencia crónica, así como de los más inverosímiles afanes aventureros. Se sintió encajonada, pero el solo recuerdo, la sola posibilidad bastaron para revitalizarla.

—No quiero que te metas con Blanca —sentenció finalmente mientras empezaba a recoger sus cosas con ánimo de seguir a sus hijas.

— ¿Qué quieres decir con que no quieres que me meta con ella? —repuso indignado Franklin.

—Lo que has oído: no quiero que vuelvas a buscarla para nada —volteó la cabeza hacia donde se encontraba Franklin para no dejar la menor duda de la seguridad de su afirmación.

— ¿Se puede saber la razón?

—No tengo por qué dártela. Quiero que respetes a mis hijas. Apunta para otro lado, eso es todo.

— ¿Cómo que eso es todo? ¿Cómo de que apunte para otro lado? ¿Con quién diablos crees que estás hablando? ¿Con uno de los peones de todas tus cochinas haciendas? ¿Con el imbécil de Ramón o el inútil de Adrián?

—No tengo nada que hablar contigo y menos, mucho menos, si empiezas con tus demonios y cochinos. No tengo por qué aguantar majaderías de ti ni de nadie.

Franklin la tomó intempestivamente del brazo para tratar de detenerla. El corazón le dio un vuelco inexplicable en ese momento. Se sintió turbado. ¿Yo? ¿Franklin Keith? ¿Pero qué es esto? La frescura y la suavidad de la piel de Sofía lo sorprendieron. Qué bien olía. No estaba acostumbrado a semejante delicadeza. Nunca se había acercado a ella ni había imaginado que hubiera todavía tanta mujer dentro de su cuñada. Menos iba a suponer nunca el mensaje que le enviaría el contacto con esa sólida corteza femenina. Sintió unos deseos incontenibles de aspirarla toda.

Sus tejidos eran firmes, sus cuarenta y tres años habían pasado sin que ambos se dieran cuenta. La soltó de inmediato, como si hubiera recibido una pequeña descarga eléctrica y antes, mucho antes de que ella le retirara la mano. Había visto un verdadero abismo tras esos ojos. Prefirió ya no verlos o ya no pudo hacerlo. Por su mente se cruzaron de golpe todas las señales, surgieron todos los apetitos y todos los impulsos encontrados. Dios... ¿aquí...? ¿Qué es esto?

—Tienes razón, discúlpame. Me he pasado la vida defendiéndome de todo el mundo, empezando por mi propia familia, tú lo sabes mejor que nadie. Por eso a veces parezco agresivo.

El repentino tono de humildad sorprendió a su vez a Sofía, quien ya se había hecho la idea de librar una batalla a muerte, igual de sangrienta que las que libraban ambos hermanos en sus discusiones interminables.

—No te vayas, por favor, no te vayas. Nunca hemos platicado tú y yo a solas. Regálame sólo unos instantes y te demostraré que no soy el lobo feroz que siempre te habrá pintado Robert. Quiero además aclarar contigo lo de la Blanca.

Franklin ordenaba a toda velocidad sus pensamientos. Nunca había conocido una confusión semejante. Se sintió invadido por una curiosa sensación de ternura. Le iba a extender la mano para ayudarla a sentarse en la arena pero prefirió evitar el menor contacto físico con ella. Volvía la paz dentro de su pecho. Las muchachas ya jugueteaban a lo lejos con las olas.

El rojo encendido del atardecer, el tono tostado de su piel, sus manos, su pecho descubierto y saludable y sus finos modales nunca vistos hacían momentáneamente de Franklin Keith un sujeto atractivo. Bien valía

la pena una oportunidad al eternamente acusado para conocer su versión de los hechos. Siempre era conveniente escuchar a las dos partes antes de emitir una opinión definitiva. Sofía aceptó la invitación, algo le llamó la atención de la actitud de Franklin. Se concretó a recargarse de pie contra una palmera y a escuchar con aire de cansancio la explicación solicitada. Todavía no alcanzaba a entender el cambio tan brusco en la conducta de su cuñado.

—Antes que nada, quiero decirte, número uno, que Blanquita es mi sobrina —empezó Franklin a hablar tan pronto constató que era escuchado—. Te habrán podido contar muchas cosas de mí —agregó—, pero meterme con alguien de mi sangre, tu hija y mi hermano, por más diferencias que tenga con él, sería propio de un cavernícola. He tenido aventuras, sí, no lo niego, pero ésta nunca podría ser una aventura, y si lo fuera me faltarían años de vida para arrepentirme. Entiende que ella podría haber sido mi propia hija y como tal debo respetarla. Además, Sofía, piensa por favor —exclamó confiado para tratar de afianzar sus argumentos— que esa chiquilla tiene tan sólo doce años, según me lo acaba de decir. ¡Por favor!

—No veo la razón por la cual tuvieran que hablar de edades. ¿Qué te importa eso? —repuso con acidez.

—Por favor, Sofía —cortó Franklin impaciente—. Después de preguntarle a un niño su nombre le preguntas su edad. No seas mal pensada y, por favor, no seas ahora tú la que me ofende. No me puedo ya siquiera imaginar lo que te habrá contado mi hermano de mí para que me juzgues de esa manera. He de ser un monstruo, un maldito y degenerado monstruo para que me trates así —reclamó indignado sin retirar la vista del mar.

La respuesta causó el efecto propuesto, sobre todo por las inflexiones de la voz, que hablaban de la injusticia cometida, del atropello y del malestar por no poderse sustraer a cargos que en buena parte serían perseguidos por la ley penal. El ejercicio del papel de víctima empezaba a desarrollarlo a la perfección. Lo tenía muy hecho y probado ante autoridades, jueces, acreedores y amigos, toda clase de mujeres y parientes. Era todo un experto. Estaba en sus terrenos y ahí era el amo indiscutible.

— ¿Por quién me han tomado tú y Robert? —cuestionó mientras se ponía de pie y limpiaba la parte trasera del pantalón de algunos residuos de arena—. Yo nunca pensé que tuvieran estos alcances. Si ustedes suponen que yo puedo seducir a una niña y que además esa niña resulta ser su hija y mi sobrina, entonces me deben considerar capaz de cualquier barbaridad.

—No tanto, Franklin —repuso Sofía resintiendo por primera vez el peso de la culpa—, sólo que has hecho cosas terribles, se dicen de ti cosas terribles y te pasan cosas terribles. Y como tú entenderás yo quiero para Blanca lo mejor —concluyó Sofía en plan de desahogo.

—Hablas como si Blanca y yo estuviéramos comprometidos.

—Claro que no —agregó la madre sin ocultar su irritación. De sobra sé que ése no es el caso, Dios me libre. Sólo que yo, tengo que cuidarla como mi primera responsabilidad.

—Dios te libre ¿de qué? ¿No será que tanto tú como el idiota de mi hermano están mil veces peor que yo y se imaginan cosas que ni pasan por mi imaginación? Yo estoy indefenso ante una mancuerna como la de ustedes, ¿o es que acaso cuando no tienen nada mejor que hacer invierten su tiempo en despedazarme?

Sofía pensó en incorporarse, ahora sí, con sus hijas.

—Eres imposible, Franklin. En primer lugar es el papel de un padre adelantarse a los peligros de sus hijos y, en segundo lugar, yo nunca he hecho una mancuerna, como tú dices, con tu hermano en contra tuya. No sé de dónde sacas eso.

—Ustedes dos se han aliado siempre en mi contra, y han estado siempre unidos para hacerme añicos. —Franklin suponía la realidad matrimonial de su hermano; por eso provocaba hábilmente a Sofía. Ella cayó perfectamente en la emboscada.

— ¡Ay, Franklin!, por favor, a Robert sólo le importan sus plátanos. El y yo nunca hemos estado unidos en nada y menos en contra tuya. No eres tan importante, apréndetelo de memoria —advirtió contundente como para no buscar explicaciones por ese camino.

— ¿Por qué has de agredirme a cada paso? Dímelo de una buena vez: ¿por qué me tienes tanto coraje? ¿Qué te he hecho para que me maltrates de esa forma?

—Ahora qué dije, Franklin, ¡por Dios! ¿Ves cómo no se puede hablar contigo?

—Es al revés, Sofía. Me insultas y ya ni siquiera te das cuenta. ¿Por qué me tienes que decir que no soy tan importante? ¿Por qué me has de disminuir siempre? ¿Por qué has de decir que Dios te libre y las libre de mí?

Sólo hubo un cruce de miradas. No hubo respuesta. Ambos sonrieron finalmente. En el fondo aceptaban sus excesos verbales. Ya estaba bien. ¿A dónde iban con una discusión tras otra? Ella jugueteaba con el pie desnudo mientras hacía pequeños círculos de arena una y otra vez. La ausencia de argumentos personales se hizo evidente. Franklin Keith empezó a experimentar una agradable sensación de ansiedad. Sofía estaba más receptiva. El malestar empezaba a desaparecer. ¿Cómo fue posible que yo nunca me filara en ella ni como mujer? ¿Por qué nunca le presté ni la menor atención? ¿Qué he estado haciendo todo este tiempo? ¡Animal! Franklin, eres un animal.

—Por lo visto —comentó finalmente—, yo no soy el único que tengo cargos graves contra mi hermano. Por lo que me dices te tiene totalmente abandonada —lanzó Franklin una piedra al aire para ver dónde caía.

Sofía también dio por concluido el episodio de Blanca. Franklin dominó la situación desde el primer instante. Ella carecía de argumentos y aceptaba en su interior que los cargos lanzados eran ofensivos y, probablemente, infundados. Era un buen momento para suavizar la tensión familiar y despedirse sin mayores consecuencias. Con Franklin siempre se le ha de quedar a uno atrapado un dedo.

—Qué va... si tú supieras —agregó con aire de desesperanza—. No nos vemos nunca y cuando estamos juntos me habla de plátanos, de barcos, de bancos, ferrocarriles, deslealtades, negocios y sobornos a todos los presidentes que conoce, que son como él Tú lo conoces igual o más que yo. Es horrible, Franklin, o habla de eso o está todo el día malhumorado. Él siente que todos se le acercan por su dinero. Es un fanático, ¿sabes lo que es un maniático?

—Bueno, ¿pero no pensaré eso de ustedes, su propia familia?

— ¡Claro que lo piensa! Desde luego que sí. Lo piensa de todos; de ti, de mí, de su propia familia, de sus amigos, bueno, mejor dicho, de sus conocidos. A nosotras nos ve como si estuviéramos esperando su muerte para entrar a saco en su cuenta de cheques y repartirnos las acciones de sus compañías. ¿Quién resiste a una persona así? Ya en alguna otra ocasión te lo comenté en los primeros años de nuestro matrimonio. Quien se le acerque, piensa él, no tiene otro propósito que quitarle algo, robarle o engañarle. — Sofía se abandonó en ese momento, no quiso concederle importancia a sus confesiones. Prefirió sentarse recargando su espalda en una de las gigantescas palmeras de aquel oasis. Con una mano podía alcanzar la inmensidad del océano Pacífico—. Nadie lo busca como persona; según él, todos por su dinero —concluyó pensativa—. Es una despersonalización muy dolorosa. Tú no vales, vale lo que tienes, lo que representas, eso es todo.

De sobra conocía Franklin la dureza de su hermano y su concepto de la amistad, de la familia y del dinero: Tu chequera es un arma, con ella puedes tener todo lo que se te dé la gana. Mujeres, esposas, hijos, parientes, honores, atenciones, amor, lujos, poder. Lo que quieras, es más, hasta donde te alcance la imaginación, le había repetido ya Robert antes de entrar a administrar la inmensa fortuna del tío Minor, cuando todavía mantenían relaciones si no íntimas por lo menos cordiales.

—Habrás sufrido mucho porque además también te dará poco dinero —preguntó Franklin con el máximo candor posible.

— ¿Dinero? ¡Todo!, Franklin. Todo el que yo quiera. Yo soy una penca más en su vida. Soy una cuestión de dinero. Tengo en Estados Unidos la fortuna que me heredó papá y ésa ni la toco. Tu hermano me da todo el dinero que necesito y mucho más que eso, porque el saber que no me falta nada le hace sentir bien, lo mismo que me pasó con mi padre. Ambos querían comprar su paz y mí cariño.

Franklin parecía relamerse. Una intensa emoción le recorría todo el cuerpo. Otra carta, ¡otra!, llamaba en su interior, ya tengo la tercia y necesito el póker. Mi resto, me juego en este mismo instante mi resto. Los primeros latidos insistentes del corazón le anunciaron la presencia de una veta de extraordinaria riqueza. ¿Y por qué no, si sólo se vive una vez y ésa hay que vivirla bien, de maravilla, no sólo bien?

—Pero a una mujer como tú es imposible comprarla con nada, eso de suyo lo sabría cualquier hombre.

— ¿Por qué cualquier hombre? —preguntó ella con extrañeza.

—Hay cosas que se ven y otras que se saben, Sofi. En tu caso, tus modales tan finos, tu ropa, tu manera de hablar, de reír. Tus manos, tu comportamiento, tu forma de ver, toda tú, Sofi, siempre tan distinguida haces que los hombres acepten una distancia de antemano. Tu físico impone. Nadie que te vea puede suponer inteligentemente que seas una mujer al alcance del dinero. —Franklin Keith se sentó sobre un coco cerca de su cuñada. Trataba de seleccionar sus palabras, pasarlas una a una a la báscula. Ahora deseaba más que nunca volver a olería hasta impregnarse siempre de sus aromas—. En relación a las cosas que se saben quien sepa tu apellido de soltera y luego conozca el de casada desde luego será muy idiota en acercarse a ti sobre la base de ofrecerte dinero.

Sofía Guardia soltó una repentina carcajada que estuvo a punto de destruir toda la estructura de abordaje cimentada por Franklin, quien perdió como nunca toda su seguridad y llegó a sentirse en ridículo. Ella intuitivamente alargó las risotadas. Le agradaba el suspenso delatado por la expresión del rostro de su cuñado.

— ¿Dije algo gracioso? —cuestionó con timidez desconocida.

—No, hombre, qué va —repuso ella con el rostro amable—. El hecho real es que a mí no se me acerca nadie ni por mi físico ni por mi dinero ni por nada.

¡Ya está!, la tengo. ¿Cuánto tienes? ¡Cuenta!, cuenta tu dinero, porque vas a apostar todo a la siguiente carta. Este es un juego de hombres. ¿Cuánto?, ¡carajo! ¿Apuestas o no? Este es el momento.

— ¿Y quieres que alguien se te acerque? —inquirió Keith suavemente como quien pregunta escéptico al doctor el resultado de la operación de un ser querido.

Ella recargó entonces toda la espalda en el tronco de la palmera y apoyó ambas manos en la arena. Parecía dispuesta a soñar, ¡Qué manera de suavizársele el rostro! Franklin lo captó de inmediato. Tanto había idealizado el regreso de Antonio, aquellos años inolvidables a su lado, dueña de una insultante juventud y belleza, en escapar a una muerte como la de su madre, en vivir y en disfrutar los últimos años de vida sexual con el ánimo de estar preparada para resistir risueña los rigores de la vejez, en no apagarse gradualmente hasta extinguirse para siempre, ni en descartar la posibilidad de cancelar su vida matrimonial o de llevar una doble vida, intensa y divertida, que nada se movió en su interior por la costumbre de volver una y otra vez sobre los mismos razonamientos ni mucho menos sintió herido su honor con la pregunta. Sus fantasías eróticas habían sido tan constantes y recurrentes que en buena parte confundía los sueños con la realidad. Franklin no es el hombre para este tipo de confesiones, se dijo pensativa. No es con él con quien debes desahogarte. Hay otros, muchos otros, para poder hacerlo. ¿Sí? ¿Y dónde están, si nunca veo a nadie y nadie me visita? Pero por otro lado, si mi preocupación es Robert, éste es el último que se acercará a él para comunicarle nada: son tantos los odios y tantas las distancias. Sofía pisaba con cuidado, estudiaba ágilmente el terreno, medía responsabilidades y filtraciones. Su propio coraje contra su hermano es mi mejor garantía de seguridad. Eso es lo primero que nos une.

¿Quién le iba a decir a Franklin cuando se levantó que tendría una experiencia de semejantes

proporciones?

—No me has contestado— replicó suavemente.

—Quisiera, Franklin, quisiera —respondió Sofía sin ver a su cuñado a la cara—, pero no puedo o mejor dicho no debo, tengo hijas y marido, una familia que depende de mí.

Franklin sintió que avanzaba a grandes zancadas. Advertía poderosos golpes de sangre en el pecho y en el cuello. Era la señal, la señal inequívoca, la esperada. Nunca había fallado. Quería tomarle la mano, ¿quién mejor que yo? Sí, ¿quién? Bufaba. Apenas podía contener la respiración. Te juro lealtad eterna, fidelidad, placer, todo el placer del mundo, apuesto que mi hermano no sabe ni hacerte el amor, él sólo sabe con las putas, pero no con mujeres de tus tamaños. Si me dejas te enseñaré a volar, no pesaras, gozarás la plenitud y me pedirás más, y yo te daré todo lo que necesites y más, mucho más que eso. Seremos todo sexo en nuestras veladas secretas, uno para el otro, te recorreré, te enseñaré las posibilidades amorosas, los espacios, las alturas de imaginación, la fortaleza de mis fantasías y el poder de mis músculos. Dime que sí, yo sabré dónde y cómo tocarte para que tu realidad sea superior a todos tus sueños. Vivirás conmigo las delicias de la perversión.

—Si tanto lo quieres, ¡búscalo, Sofi! —Franklin ganaba terreno por instantes—. Pero búscalo ¡ya! Las oportunidades son contadas —casi suplicaba mientras salía pesadamente de sus reflexiones—. Entiende que es una carrera contra el tiempo. Envejecemos, Sofi, envejecemos. Debemos acelerar el paso quienes tenemos el privilegio y la angustia de darnos cuenta que todo esto se acaba, y se acaba irremediamente.

— ¿Y renunciar a mi familia, Franklin? ¡No! Eso no lo podría hacer. Muchas veces pienso que mamá tenía razón. Yo también debo sacrificarme para sacar adelante a los míos —exclamó resignadamente.

— ¿Y desperdiciar los mejores años de tu vida por alguien que nunca te lo va a agradecer? —Franklin prefirió sentarse igualmente en la arena y arrojó la cáscara del coco sin voltear para tras a sabiendas de que estaban totalmente solos.

—Mis hijas me lo agradecerán.

— ¡Falso, mil veces falso! —arremetió Franklin vehementemente—. Ellas se casarán el día de mañana y se ocuparán de su marido y de sus hijos, que todo el mundo los tiene prestados. Y entonces, ¿tú qué harás? ¿Qué será de ti? Ya todo habrá pasado, serás una vieja con igual o más amargura que el número de millones que puedas tener pudriéndose en tus bancos de Boston. Todo se pudre Sofi. —Franklin se colocó ahora de rodillas—. El físico y el dinero. Las dos cosas se hicieron para gastarlas mientras se tengan y se cuente con imaginación. Tus hijas... tus hijas... —cargaba cuidadosamente—, a ellas debes darles todo el cariño, lo mejor de ti, entrégate a ellas, pero vive, vive también, diviértete intensamente; lleva una vida paralela sin dañar a nadie. No estás ante una disyuntiva, no escondas tu cobardía con esas excusas infantiles. Puedes y debes hacer las dos cosas al mismo tiempo. El amor nos concede como pocas otras cosas la sensación de la vida y te deja entrever las dimensiones de la felicidad de que es capaz un ser humano. Quien no ama cada día se muere un poco, Sofi. Ama ahora, pero ahora que tienes todavía esas facciones frescas, esas piernas, ese cuerpo, esa mirada y esa sed de recibir y ese gusto por dar. Cumple con tu hogar, si eso te hace sentir feliz, pero cumple contigo, no hay tiempo para que te sigas traicionando tú misma. Goza tu cuerpo, ¡disfrútalo a plenitud mientras todavía responda a los estímulos! Y gasta tu dinero en todo aquello que te produzca placer. Si de verdad quieres a tus hijas, libérate para darles lo mejor de ti, que se acuerden de una mujer jovial y alegre que fue valiente y supo vivir, y no de una señora amargada que se pudrió en su dinero y se envenenó con su cobardía y sus frustraciones.

Sofía experimentó un repentino deseo de llorar, sí, de llorar, llorar por los años perdidos, por su cobardía, por la fuerza de los sentimientos antes que la de la razón y por su futuro. ¡Ay!, su futuro, ¿qué sería de ella? Franklin le repetía ahora a gritos lo que ella sabía de buen tiempo atrás. Quería llorar desconsoladamente. Tú sí me comprendes. Tú no ves con morbosidad estos apetitos que me devoran, estas hambres de vivir, de reír en la cama, y de gemir bajo el peso de un hombre insolente con mis carnes. Quería

echarse a correr en la playa y gritarlo al mar hasta desgañitarse, dejarlo salir, ventilarlo, vivir y manifestarse. Sí, es cierto, dar todo esto, entregarlo con coraje, disfrutarlo mientras alguien lo quiera y a mí no me avergüence ofrecerlo, pensaba en su combate interior. Se pudre, sí, Franklin, se pudre; quería decir: mi amor, querer a alguien, claro que se pudre junto con mi mente, mis ánimos, mi sentido del humor y mis deseos de vivir. ¿Quién me iba a decir que yo platicaría esto con un hombre y que este hombre sería mi cuñado, nada menos que mi propio cuñado? Todo lo tenía madurado. Sólo le faltaba un poco de audacia, aquella pequeña dosis que le da sentido a la vida y sabor a la existencia. Un poco de locura, un poco de irresponsabilidad y las cargas diarias serían más llevaderas.

—Ve, Sofi, ve, nadie lo sabrá, ¡Hazlo! ¿De qué te sirve tener tanto dinero y esas piernas, ese porte que todavía despierta tanta admiración y deseo en los hombres? ¿Para qué sirve el dinero cuando el sexo se ha apagado y ya no eres sino una mujer amargada que sacan a tomar el sol en una silla de ruedas?

Fue más rápido el impulso que la razón. Fue tal vez un pronto más de aquellos que caracterizaban la personalidad de Franklin. Fue el instinto o tal vez los latidos de su corazón que ya le cerraban la garganta, la boca seca, pastosa, los sudores abundantes, la emoción de la aventura inimaginable en posibilidades de placer, insospechable en términos de dinero e insuperable en alternativas de venganza. Todo completo, todo listo. ¡Cartas, por Dios! ¡Cartas!, cartas en este instante, ¡ahora mismo! ¡Vengan ya!, me quiero jugar no ya mi resto, sino mi vida, me quiero jugar toda mi vida a esta carta, con esta mujer. No habrá otro momento y probablemente tampoco otra oportunidad. Ahora, es ahora, me lo juego todo ahora, todo como nunca. Cobraré de golpe todo lo que he perdido en mi vida. Todo en una sola mano. ¡Oh, destino, qué justo eres! Sabía que tarde o temprano vendrías en mi rescate, pero no tan pronto ni con tanta, tantísima generosidad y tino. Fue entonces cuando tomó espontáneamente la mano de Sofía con el ánimo de precipitar en ella una explosión ya entrevista, inminente. Había expurgado su rostro a lo largo de la conversación, él era todo un especialista en su lectura. Había aprendido a hacerlo con el menor margen de error en los paños verdes de las mesas clandestinas de juego. Era muy difícil engañarlo. Franklin sabía interpretar expresiones y gestos, como Robert sabía descifrar las intenciones del viento. Su cuñada llevaba tanto tiempo reprimida, había asfixiado tantas veces sus sentimientos y sus impulsos, la martirizaba tanto la agonía de su madre, se sentía tan desperdiciada...

Ella reaccionó como si sólo le faltara el último argumento para desbordarse. Y se desbordó al solo contacto de aquella mano tibia y arenosa. Se arrojó a sus brazos y lloró, lloró todas sus frustraciones, sus dolores y sus vacíos. Lloró su infancia, su insignificancia, los desprecios sufridos, lloró desconsolada abrazada a Franklin. Una reacción repentina, la gota que derrama el vaso. La tensión retenida a lo largo de tantos años finalmente encontraba una salida, una fuga, el camino de la paz y el equilibrio. Él la sujetó fuertemente por la cabeza, la apoyó contra sí. Lo necesitabas, lo necesitabas. Lloro, llora mientras yo aspiro tus esencias abandonadas. ¡Qué hermoso es consolar y más hermoso aún es ser consolada! Le retiró entonces el cabello del rostro y la acompañó en su sentimiento con la boca pegada al cuello. Franklin se embriagaba, deliraba. Ese aliento de fuego en la piel. Aquella experiencia olvidada, otra vez el calosfrío en la espalda, en el pecho, en los brazos, en la piel. Los poros le recordaron a Franklin la oportunidad de un nuevo amor.

Antonio, ven, ven Antonio, ven, dime cómo es un hombre. Ella se abandonaba. Qué brazos tan diferentes, tan fuertes, tan nuevos, tan generosos... En ese instante sus manos entrecruzaron los cabellos de Franklin quien ya flotaba en el ambiente perfumado del Pacífico. ¡Ay!, Franklin, soy tan desgraciada...

III

¿QUIÉN SE APROPIÓ DEL SUEÑO

AMERICANO? ¿QUIÉN?

Me he pasado treinta y seis años y cuatro meses en el servicio activo, como miembro de la más ágil fuerza militar de este país: El Cuerpo de la Infantería de Marina. Serví en todas las jerarquías, desde teniente segundo hasta general de división. Y durante todo ese período me pasé la mayor parte del tiempo en funciones de pistolero de primera clase para los Grandes Negocios, para Wall Street y los banqueros. En una palabra fui pistolero del capitalismo... Así, por ejemplo, en 1914 ayudé a hacer que México, y en especial Tampico, resultasen una presa fácil para los intereses petroleros norteamericanos. Ayudé a hacer que Haití y Cuba fuesen lugares decentes para el cobro de rentas por parte del National City Bank... En 1909-1912 ayudé a pacificar a Nicaragua para la casa bancaria internacional de Brown Brothers. En 1916 llevé la luz a la República Dominicana, en nombre de los intereses azucareros norteamericanos. En 1903 ayudé a pacificar Honduras en beneficio de las compañías fruterías norteamericanas.

SMETLEY BUTLER
General de división del cuerpo de infantería
de marina de Estados Unidos*

* Publicado en Common Sense, noviembre de 1935. V. Leo Huberman, Man's Wordly Goods. The Story of the Wealth of the Nations, Nueva York, 1936.

La efervescencia política en contra de Leónidas Trubico crecía cada día. Su gobierno, al igual que el de su colega salvadoreño Maximiliano Martínez Hernández, empezaba a verse rodeado de fuego, al igual que el del Tercer Reich y todo el demencial delirio imperial del nacionalsocialismo y el fascismo europeo. Rara paradoja de los tiempos. Algunos observadores afirmaron que Roosevelt les cobraba una cuenta vencida a estos tiranos centroamericanos, los absolutos incondicionales de Estados Unidos hasta el surgimiento de Hitler en el escenario mundial. No se tambaleaban por sanguinarios ni por su insufrible tiranía ni por haber hecho de sus países un cofre de apetecibles botines para propios y extraños ni por haber enajenado de por vida lo mejor de los haberes patrimoniales de sus naciones, fundamentalmente a los inversionistas norteamericanos, ni por haber proyectado sus respectivas comunidades a niveles de una estructura semifeudal, anacrónica y vergonzosa. No. Se tambaleaban por haber traicionado las causas internacionales de la libertad en momentos en que la alianza fascista amenazaba al mundo entero. La familia centroamericana había vivido siempre rodeada de gorilas y no había justificación alguna para pensar que semejante situación doméstica acusara ya cansancio y rechazo.

Leónidas Trubico pasaba por las armas a la población masculina de pueblos enteros por el solo hecho de haber leído un desplegado de Furtamantes, o haber asistido a una de sus reuniones clandestinas, o haberse atrevido siquiera a pronunciar su nombre exorcizado, aun cuando fuera dentro de la máxima intimidad familiar. Las órdenes de preparen, apunten... ¡fuego! se repetían a lo largo y ancho de la frontera de Salaragua. El eco de las mortíferas descargas rompía a diario la tibia paz del invierno tropical. ¿Asaltaban bancos? Sí ¿Empresas? También. ¿Residencias de gente acaudalada? Desde luego. ¿Las de inversionistas extranjeros y latifundistas de cualquier nacionalidad? No faltaba más, claro que sí. Furtamantes y sus huestes tomaban el dinero donde lo hubiere con el objeto de financiar su movimiento libertario, además de comprar tinta, papel y máquinas para imprimir a como diera lugar sus panfletos hijos de puta. Las recompensas ofrecidas por la dictadura eran gigantescas. Furtamantes vivo o muerto. Se cambiará el nombre de la avenida principal del pueblo donde hubiere nacido y se pondrá para siempre el de la persona que haga del conocimiento de esta autoridad el paradero de Furtamantes. Cedo mi título de Benefactor de la Patria y mi mejor rancho ganadero a quien me diga dónde encontrar a este maldito ratero, asesino de pueblos y ladrón de voluntades. La persecución era de día y de noche, dentro y fuera de Salaragua, en la ciudad y en el campo, en buhardillas, escuelas abandonadas, ¡había tantas!, jacales y subterráneos de las costas, montañas y planicies. Por todos lados. Quiero aquí, en mi mano, los huevos de Furtamantes. ¿He sido lo suficientemente claro? La cacería la encabezaba el ejército, la policía, desde luego también la secreta, los miembros de la Iglesia (los confesionarios tenían más grandes las orejas que nunca) y la sociedad civil interesada por la recompensa política, económica e histórica.

Furtamantes aparecía una mañana en el norte del país arengando a la población sobre un improvisado templete y dos horas después de concluido el acto irrumpía como un enjambre la aviación salaragüense, escoltada lealmente por la norteamericana, para bombardear intensamente el lugar mientras que las divisiones de paracaidistas buscaban infructuosamente hasta en las raíces de los mismos cafetos la menor huella de los rebeldes asesinos de la democracia. Nada. Furtamantes había desaparecido con la misma velocidad con que había surgido de entre la espesura de las enormes cañas de azúcar pertenecientes también a destilerías norteamericanas. Ni rastro. Por la tarde pronunciaba un nuevo discurso a 40 kilómetros de distancia ante la explosiva desesperación del tirano y el discreto placer de uno de sus ayudas. Éste va a destriparse algún día de un coraje. Reventará, juro que reventará sólito en cualquiera de sus rabetas. De eso me encargo yo. Lo único malo es que vaya a morir en la cama o sentado en el escritorio como un pensador y no colgado de las patas de cualquier poste de teléfonos de la plaza de Armas para que le devoren la cara los perros más hambrientos de Salaragua.

Cuando Furtamantes y sus huestes recibían carta o cartas de Arévalo dentro de su permanente comunicación epistolar, esperaban con ansiedad el momento de la suspensión de actividades para ser informados de su contenido. La voz corría velozmente a lo largo de las columnas. En ocasiones no se podía evitar que, a pesar de las repetidas advertencias, mostraran su alborozo lanzando disparos imprudentes al

aire que podían llegar a revelar la posición de los guerrilleros a las tropas y guarniciones trubiquistas. En los descansos, Furtamantes se sentaba al pie de una frondosa ceiba sin permitir la menor interrupción durante su lectura. Suspendía la caminata si era posible por unos instantes cuando el correo secreto lo alcanzaba a la mitad de la sierra. Cancelaba un discurso en una ranchería o abandonaba el juego de barajas o un partido de fútbol con toda la tropa tan pronto llegaba a sus manos el refrescante texto, siempre saturado de motivos y bríos. En las noches leía una y otra vez a un lado de la fogata, después de discutir, comentar y analizar la nueva misiva con su gente, mientras el resto, antes de dormir, entonaba canciones populares alrededor de un guitarrista improvisado. Muchas veces, según cuentan, se le vio platicar animadamente con los encargados de la guardia nocturna cuando, probablemente, incapaz de conciliar el sueño o de escribir por falta de medios, todavía tenía que repetirle a alguien los sentimientos que le despertaba Arévalo para ayudarse a desahogar su impotencia.

Las cartas de Arévalo provenían invariablemente de la Universidad de Tucumán, Argentina, desde donde lanzaba sus fundadas diatribas con la puntería y fortaleza de un relámpago:

Nunca seremos dichosos, nunca. Eso mismo nos enseñó Simón Bolívar, el famoso héroe de Ayacucho, en aquellos días del siglo pasado cuando concibió antes que nadie la presencia amenazadora de Estados Unidos en relación al crecimiento y al desarrollo político de América Latina. Hemos perdido el sol, Ricardo, no lo olvidemos. Sí, lo hemos perdido: nos lo han robado junto con el fruto de nuestro esfuerzo, el de nuestros abuelos y el de nuestros hijos. El sol era nuestro y al robárnoslo se llevaron para siempre sus frutos, el producto de nuestro trabajo y de nuestras vidas.

Pero no existen las culpas absolutas, Ricardo. Preguntémonos cuál ha sido nuestra responsabilidad social y política en el lamentable estado actual de las cosas. ¿Cuál?, sí, ¿cuál ha sido nuestra participación histórica? ¿Por qué nunca nadie pudo detener o impedir la presente desgracia? ¿Por qué tenemos hambre? ¿Por qué somos ignorantes? ¿Por qué no tenemos suficientes empleos? ¿Por qué nuestra vergonzosa miseria y nuestra eterna insalubridad? ¿Por qué hemos podido sobrevivir dentro de un foco de infección sin sublevarnos? ¿Por qué nuestra tradicional falta de libertades? ¿Por qué no evolucionamos, mientras en otros países se construyen edificios, carreteras, puentes, escuelas, aeropuertos y hospitales con nuestras bananas, nuestro café, nuestra azúcar y nuestro tabaco? ¿Por qué?, sí, ¿por qué? ¿Acaso porque Estados Unidos es responsable de todos nuestros males? ¡¡Falso!! ¡¡Falso!!, mil veces ¡¡falso!! ¿Dónde comienza la culpa de ellos y dónde comienza la nuestra? No serás tú, querido Ricardo, quien saldrá a decirme que nosotros los centroamericanos somos inocentes de cualquier cargo, ¿verdad?

Cargar de culpas a terceros es lo más sencillo. Ese es el camino más fácil para el extravío definitivo. Quien insista en convencernos de nuestra inocencia y de la culpa probada de los terceros no tiene otro propósito que apartarnos de la verdad e impedir nuestro surgimiento y nuestra recuperación. Jamás podremos identificar nuestra responsabilidad ni encontraremos una sola explicación válida para entender nuestro estancamiento ancestral mientras no busquemos en nuestro comportamiento y en nuestra historia una respuesta valiente y constructiva. ¿Cómo resolveremos todos nuestros problemas si no somos capaces de enfrentar la realidad y nos empeñamos todo el tiempo en disfrazarla por comodidad o por cobardía? Acaso no nos importe conocer siquiera las razones de nuestro atraso y estas reflexiones se olviden al primer trago de ron en la primera sombra embriagadora.

Nacimos en la pobreza, caminamos descalzos, dormimos en piso de tierra, comemos lo que se utiliza como alimento para animales en otros países, nos vestimos apenas con trapos mal cortados, no sabemos ni leer ni escribir, muchos de nuestros hijos mueren antes de cumplir los cinco años, vivimos en una barraca heredada que bien sabemos no soporta ni los menores vientos bananeros. Todo eso nos dieron a nosotros, todo eso les dieron a nuestros abuelos y todo eso les damos ahora a nuestros propios hijos. ¿A eso debemos llamarle evolución? ¿También Estados Unidos tiene la culpa de que hayamos vivido en los últimos trescientos años en barracas y que a la mayoría de nosotros le importe un pito el significado de la palabra civilización?

El embajador americano le hacía llegar periódicamente a Robert Keith a sus oficinas de la United Fruit un reporte de la situación política salaragüense, filtrada y comentada por los analistas más perspicaces de esa sede diplomática. El Rey de la Banana no podía sustraerse al discurso político pronunciado a diario por Furtamantes ni a los alcances de sus amenazas ni al peligro del proselitismo de semejantes ideas. Un

comunista, antes que nada, es un ladrón, se repetía una y otra vez a lo largo de los interminables duchazos bajo las cuatro regaderas instaladas en su baño de Villa Blanca, acostado sobre la plancha de mármol brasileño. Es muy fácil apropiarse por la fuerza del producto del trabajo ajeno y decir después cínicamente: a partir de hoy esto es mío.

—Cuando mi tío Minor empezó a cultivar estas tierras el siglo pasado, todo esto no pasaba de ser un foco de infección, un gigantesco lodazal, señorita Kirkpatrik —explicaba a su directora de relaciones culturales, momentos más tarde, enfundado en un exquisito traje gris perla, un corte exclusivo del más fino *shantung* preso de las obsesivas reflexiones que lo asediaban sin tregua aquella primera mañana de la primavera de 1944—. Usted no lo sabe, escúcheme bien, un infierno tropical, la fuente de todo tipo de enfermedades. La fiebre amarilla y el cólera hacían inhabitable el lugar y la riqueza se desperdiciaba en perjuicio de la humanidad. Llegamos nosotros, señorita Kirkpatrik, aplicamos lo más moderno de la ingeniería agrícola, erradicamos plagas, pestes y enfermedades, reorientamos ríos, secamos pantanos, aplicamos lo mejor de nuestra magia tecnológica y a cambio les dimos inmensos campos cultivados. Invertimos nuestros dólares, arriesgamos nuestros capitales, creamos fuentes de empleo, aseguramos trabajo e ingresos periódicos a toda una población de muertos de hambre que vivían de la agricultura de subsistencia, no tenían dinero, ni audacia ni imaginación; construimos puertos, ferrocarriles, carreteras y aeropuertos. Incorporamos a jalones el país al siglo XX. De otra manera hubieran continuado viviendo en las montañas. Keith hablaba atropelladamente. A fuerza de repetir invariablemente los mismos conceptos, las palabras caían a plomo justificando siempre la presencia avasalladora de la United Fruit.

— ¿Y todo esto para qué? Sí, ¿para qué, señorita Kirkpatrik? ¿Para qué resistí uno a uno los vendavales y envejecí siglos tras la ventana de mi recámara esperando con terror el amanecer, la pavorosa tempestad? ¿Para eso sufrí todas las inundaciones, luché contra gusanos, plagas y enfermedades conocidas y desconocidas como el maldito Sigatoka? ¿Para eso?, ¿para que un grupo de bribones, señorita Kirkpatrik, pretenda hacerse ahora, tan fácil como eso, así nada más porque se me da la real gana, de un esfuerzo de casi medio siglo, así porque sí? —preguntó inflamándose de furor pregunta tras pregunta—. ¡Malagradecidos de mierda! ¿A nosotros, que hemos convertido la selva en fructíferas plantaciones y a los mosquitos en dólares? —concluyó en medio de un arrebato que apenas lo dejaba respirar.

Simone Kirkpatrik observó sorprendida cómo latían las venas hinchadas en la frente del magnate.

—No haga usted tanto caso —agregó ella con ánimo de cortar la conversación y mejor pasar a descubrir ante los ojos del Rey de la Banana la maravilla que tenía en la sala de juntas anexa—. Gran parte de los movimientos comunistas son mera publicidad, señor Keith. —Simone Kirkpatrik no tenía tiempo que perder. Necesitaba el sí del magnate ahora mismo, en ese preciso instante, para lanzarse de inmediato a la realización de su sueño dorado y despertar la envidia de todos sus colegas museógrafos del país. Su nombre rebotaría en todas las salas de todos los museos de la nación y de Europa misma. No era el momento para quejas ni mucho menos si eran provenientes de los grupos comunistas supuestamente infiltrados en Centroamérica. La cantaleta de todos los días, parece que estos ricachones no saben hablar de otra cosa. Me hartan con sus malditos comunistas...

— ¿De verdad piensa usted que la penetración comunista en América Latina es mera publicidad? —preguntó Keith mordiendo cada una de sus palabras al tiempo que proyectaba su cuerpo al filo del sillón y apoyaba ambas manos sobre los brazos de su trono, a la espera de una nueva provocación para saltar sobre el cuello de la Kirkpatrik—. ¿Eso es todo lo que sabe usted decir? —insistió urgido de una definición. ¿Para qué tendrán la cabeza las mujeres, aparte de usarla para colgarse los aretes?—. ¿Qué quiere? ¿A qué vino hoy además de quitarme mi tiempo? —tronó el magnate para entrar de una vez en materia sin contemplación alguna, a su estilo.

* La plaga de Sigatoka es una de las más temidas en las zonas bananeras porque impide la maduración de la planta, o como el hongo de Panamá, que ataca el tronco del banano y sus raíces, pudiendo acabar con 50.000 o 20.000 acres en un abrir y cerrar de ojos.

Simone Kirkpatrik observó azorada el rostro demudado del magnate. Se sintió acorralada, indefensa ante la voz estentórea del amo. Simone Kirkpatrik comprendió su error. Si ahora le enseño la maqueta me la aventará a la cara. Nunca antes había tenido contacto con semejante expresión de violencia.

— ¿Qué quiere, carajo? —exigió Robert Keith cortando el aire con su mano derecha, aún más desafiante.

—No, señor Keith, no se ofenda y menos conmigo —repuso la directora de relaciones culturales de la United Fruit ganando tiempo para encontrar un pretexto convincente con el cual aplacar la ira del Rey de la Banana. Buscaba instintivamente un cabo del que sujetarse: si los dioses son débiles al halago, ¿qué no será de nosotros los humildes mortales?, había aprendido Simone en la facultad de Filosofía y Letras cuando repasaba los parlamentos de uno de los personajes de Aristófanes—. Usted ya me acostumbró a sus constantes éxitos arrolladores, aun en las condiciones más adversas y desventajosas —dijo con la voz más melosa que pudo emplear.

—No veo a qué se refiere, señorita Kirkpatrik —repuso Keith mientras ya se dirigía a la puerta para despedirla con su odioso buenos días aunque fuera de noche—. Créame que no es éste el mejor momento para demostrarme su muy particular sentido del humor.

Simone Kirkpatrik permaneció inmóvil, sentada en una de las seis sillas colocadas frente al escritorio de Keith. Sólo volteó a verlo ahí, de pie en el umbral de la puerta, con sus típicos parados para anunciar el fin de la entrevista. La mano izquierda metida en la bolsa del pantalón, la derecha en la perilla y la mirada impaciente anclada en una enorme banana amarilla tejida a mano como parte del decorado de un tapete blanco, colocado sobre una duela austríaca perfectamente barnizada y pulida.

Alguna fuerza extraña, de esas que sacuden a los seres humanos ante la presencia arrolladora del peligro ocasionalmente, impulsó a Simone Kirkpatrik aquella mañana a levantarse violentamente, de golpe, y a dirigirse sin más a la salida, decidida a retirarse sin pronunciar palabra, cesada, despedida; pero cuál no sería la sorpresa mayúscula del magnate cuando ella, en lugar de abandonar las suntuosas oficinas ejecutivas con toda su humillación a costas arrebató a su vez la perilla al magnate y cerró enfurecida la puerta, convencida de la necesidad de encarar a Keith de una vez y para siempre con toda la fortaleza de su debilidad.

—Está usted hablando con una mujer respetable —reclamó airadamente desde la dignidad de sus cincuenta años—. Estudié letras inglesas en Oxford, señor Keith, y después obtuve el doctorado en Filosofía y Letras en Cambridge. Tengo también, por si usted lo olvidó, un Máster en Artes Plásticas de la Universidad de Nueva York. Eso en lo que se refiere a mi curriculum académico. En lo que hace a mi calidad como ser humano merezco su educada consideración al menos en razón a mi sexo. Nunca nadie había siquiera pensado el largarme de algún lugar, como si yo fuera una cargadora de plátanos de sus cientos de fincas centroamericanas —concluyó en abierto desafío—. Me debe usted distinguir por mi calidad de mujer, por mis años y por mis credenciales les intelectuales, ¿me entiende señor Keith?, un respeto que si usted no me concede yo lo tomaré con mis propios medios sentenció—. Me he acostumbrado, afortunadamente, a recibir siempre un trato exquisito de mis semejantes y nada en el mundo, ningún dinero, señor Keith, me compensará de los sentimientos depresivos que me asaltarán en mi soledad si yo me traiciono y permito que por primera vez se me atropelle sin que yo responda como lo exigen las circunstancias.

Keith se quedó paralizado contra la pared. No sabía si el coraje o la vergüenza lo inmovilizaban. ¿Yo, un Keith, arrinconado en mis propias oficinas y además por una mujer? La verdad sea dicha el Rey de la Banana no sabía, raro en él, ni cómo contestar ni cómo conducirse. Estaba acostumbrado a la violencia abierta, fuerza contra fuerza, poder contra poder, descarada o clandestinamente, pero carecía de elementos para defenderse de las palabras y de la actitud insólita de esa mujer.

Simone aprovechó el momento de incertidumbre y tomó al magnate espontáneamente de la mano, y casi diríase a jalones lo condujo a la sala de juntas anexa, toda redecorada integralmente por ella misma, una

de las agradables sorpresas para esa ocasión. Sin soltarlo, lo condujo hasta la imponente mesa de la sala de juntas deteniéndose ante una cortina corrediza especialmente dispuesta al efecto. Sin preámbulos ni explicaciones adicionales la retiró de un solo movimiento: ahí apareció ante los ojos sorprendidos del magnate la impresionante maqueta blanca de la MINOR KEITH FOUNDATION, nombre que aparecía ostentosamente a todo lo largo y en lo alto del frontispicio semicircular de la entrada principal, diseñada también a base de mármoles blancos; una idea, solamente una idea, de la Casa Blanca.

—He trabajado durante más de un año brazo con brazo con Frank Lloyd Guggenheim, el mejor arquitecto en la historia de Estados Unidos, para lograr todo esto que usted ve. Finalmente estamos listos para comenzar. Ya, inclusive, compramos el terreno en la Quinta Avenida, a un lado de la catedral de San Patricio. Usted bien lo sabe. Mandamos imprimir las participaciones e invitamos al gobernador a poner la primera piedra, señor Keith. Todos los artistas, ¡qué va!, ¿qué estoy diciendo?, el país entero le levantará un monumento, señor Keith. Su ejemplo no se olvida, cundirá como todo lo bueno. Ya cuenta usted con nuevos motivos, muy distintos a sus plátanos, señor Keith, para estar en las páginas de la historia y todavía me trata como al resto de sus empleados bananeros, de sus bancos o de sus ferrocarriles —demandó, ahora sí, dueña de su papel de víctima, ofendida y lastimada—. Yo no soy un machetero ni uno de sus fogoneros. Usted debe acreditármelo y distinguir mis claras diferencias. Aquí se lo dejo todo, lo abandono, señor Keith —repitió con una mezcla de coraje y tristeza—. Nombre a cualquiera de sus cargadores para que discuta con los artistas más notables de Europa y póngalo, sí, póngalo también a presidir el comité de adquisiciones para empezar a integrar nuestra sala, ¿qué digo?, su sala pictórica del siglo XIX, que no tendrá precedente en Estados Unidos.

El magnate no dejaba de contemplar la construcción. Tampoco prestaba oídos a la catilinaria lanzada por la Kirkpatrik. Dio una vuelta larga alrededor de la mesa para ver la perspectiva trasera del sensacional edificio. Se agachó, se inclinó de un lado, luego del otro, intentó asomarse por cada una de las ventanas como para vivir el día de su inauguración, imaginárselo y escuchar el aplauso nutrido de la selecta concurrencia. Volteó a ver a su directora de relaciones culturales sin ocultarle las muestras de su asombro. Trataba evidentemente de recuperarla y de elevarla a las alturas donde él ya navegaba a sus anchas. El proyecto era toda una obra maestra. Ella continuaba su encendida perorata.

—Me voy señor Keith, le sobra a usted gente y presupuesto para ejecutar este proyecto. —Ya iba por su bolso amarillo y sus guantes cuando una voz salida del techo pareció petrificarla. — ¿Cuándo comienza y qué necesita? —Su confianza —contestó sin voltear ni detenerse. —Esa ya la tiene —repuso displicente mientras abría una de las ventanas de la planta baja como si buscara el Salón Oval—. ¿Qué más?

—Su respeto —exclamó, ahora sí, echándose encima del Rey de la Banana.

Keith contempló aún un buen rato la fachada principal. Se hizo otro pesado silencio. Ella reemprendió la marcha.

—Tiene usted la garantía de mi palabra, señorita Kirkpatrik —interceptó él sin retirar la vista de la maqueta ni delatar la menor emoción ni arrepentimiento.

—En ese caso iniciaremos los trabajos precisamente el día cuatro de abril de 1944 —agregó Simone con un dejo de frialdad, ocultando claramente su enorme satisfacción.

— ¿Y cuando terminará la obra?

—El cuatro de abril de 1946.

— ¿Por qué todo el cuatro de abril?

—Es un compromiso con los constructores, señor, dos años exactos.

—Comience entonces. Cuenta con mi autorización. A partir de hoy la responsabilidad es de usted y de su equipo. Yo informaré a mi consejo. El proyecto es suyo.

A partir de ese momento, sin un muchas gracias ni el menor comentario adicional, fingiendo un papel de máxima indiferencia, Simone Kirkpatrik procedió a explicar los detalles de la construcción. Retiró delicadamente el techo del vestíbulo principal y explicó cómo las doce formidables columnas de granito rojo harían las veces de un marco para poner en el centro una figura en bronce de más de tres metros de altura del gran benefactor, el verdadero Rey sin Corona en Centroamérica, su querido tío Minor, vaciada por el más famoso escultor italiano del momento. Simone esperaba halagar con este comentario a Keith para honrar de esta suerte la memoria de su tío. El esfuerzo de varias generaciones de audaces inversionistas se traduce en una de las mejores colecciones de obras de arte de este país. Plátanos por cuadros, señor Keith. La única posibilidad de reconciliación con el género humano es el arte, señor Keith, y usted y su familia acercarán entre sí a toda la familia norteamericana con esta entrega desinteresada. Aquí, a la derecha, vendrá una placa en mármol blanco con el nombre de usted y el de su esposa, los verdaderos padres de la idea. Lo orgulloso que estaría de usted su tío Minor. Simone no podía contener su entusiasmo. Aquí la librería, el guardarropa, la cafetería, la sala para exposiciones itinerantes, las salas permanentes, el auditorio, la sala de cine. Allá, donde tiene usted la mano, será la escuela de artes plásticas, acá, la de música...

Keith se retiró al escritorio sin escuchar el resto de la explicación. Se sentó en su sillón de tela amarilla chillante, abrió el cajón central, extrajo un nuevo puro y antes de prenderlo comentó:

—Furtamantes nunca podrá derrocar a Trubico, señorita Kirkpatrik, ¿usted que piensa?

Simone no entendía el comportamiento repentino de su jefe. ¿Quién puede entender a los hombres y sobre todo a los de negocios? Apenas iba a contar los trámites realizados ante los principales museos europeos para lograr el préstamo de la mayor cantidad de cuadros de Rafael e inaugurar con esa obra magna el museo de la fundación...

—Perdone que no preste mucha atención a los detalles, cansan inútilmente mi atención, usted disculpará.

¿Disculpará? ¿Un Keith?

—Confío en su criterio, señorita Kirkpatrik —agregó todavía generosamente con el ánimo de compensarla—. Pero dígame antes de retirarse lo que piensa de los comunistas, no creerá usted que son un invento, ¿verdad?

— ¡Ah!, no, imposible, señor Keith, tiene usted toda la razón. Debemos terminar con ellos donde sea que se encuentren. Les he visto, créame, sacarles los ojos a los niños y violar mujeres, incluso ancianas y embarazadas. Los he visto matar a las madres para después comerse los fetos crudos y arrebatarse el cerebro como una pesadilla dantesca, señor Keith. Hace usted bien en combatirlos y en declararles la guerra sin cuartel y sin trinchera. Desde las pestes del siglo XVI que nos contaba Defoe, la humanidad no ha conocido semejante flagelo, señor Keith —concluyó Simone eufórica, sabedora de su éxito y plenamente consciente de su futuro. En ese momento hubiera jurado que Stalin había nacido del vientre de una hiena enferma de rabia.

Una desagradable confusión se apoderó de Keith. ¿Se estará burlando de mí? ¿Será cierto? Prefirió callar y sentirse comprendido mientras Simone sonreía a plenitud en su interior. Lo tengo, lo tengo, parecía gritar como una adolescente...

Ya en la puerta, un Robert Keith conmovido comentó al oído de su directora, mientras exhalaba una larga bocanada de humo:

—Se me olvidaba, señorita Kirkpatrik, antes de que se vaya quisiera pedirle un favor.

—Usted dirá —repuso muy sorprendida, más aún cuando fue tomada elegantemente del brazo por el magnate. ¿Un favor...?

—Quisiera hacerle tres sugerencias —agregó Keith mientras admiraba a la distancia la maqueta de la

fundación—. La primera, que cambie el nombre de Minor por el de Robert en el frontispucio o cómo demonios se diga eso; dos, que el escultor italiano me copie a mí, ¿está claro?, en bronce, vestido como cuando recorro a caballo las bananeras. Por último —sugirió acercando su rostro al de Simone Kirkpatrick—, ponga ¿por favor? en la plaqueta de mármol, el nombre de mi tío y colóquela por ahí discretamente a un lado de la entrada del museo.

Simone Kirkpatrick sonrió compasiva.

—Así se hará, señor.

— ¡Ah! Y desde luego quite el nombre de mi esposa hasta de los menús de la cafetería. ¿Entendido?

—Entendido.

Cuando se cerró la puerta una grandiosa sonrisa cubrió el rostro del verdadero Rey de la Banana, el único, el indisputado, el indiscutible, el sin igual Rey de la Banana: Keith El Magnífico.

Sin embargo, horas más tarde se le volvía a congelar con la noticia del acribillamiento en plena vía pública de un grupo de mujeres salaragüenses que protestaba airadamente por la supresión de libertades. ¿Que hubo sangre de mujeres en las calles? ¡Claro!, contestó Trubico, todas estaban menstruando, eso explica lo que pasó⁶⁶. Por algo le dicen el Vampiro a este animal. De todos los gorilitas que hemos puesto en el poder y de todos los que me contó mi tío Minor, Trubico es con mucho el más sanguinario de todas estas bestezuelas juntas, pensó para sí Robert Keith. Estoy de acuerdo en que unos tienen que morir para que otros vivan, pero éste lleva las cosas a los extremos. Si un día lo matan, y todo apunta lamentablemente para allá, o lo derrocan, comenzarán otra vez las eternas negociaciones para apoyar sólo a quién entienda y respete nuestras reglas del juego, hasta que de nueva cuenta lo vuelvan a correr como a cualquier verdulera de un mercado municipal. ¡Carajo con estos idiotas!, por más que los apoya uno no se saben sostener sin la ayuda de papá... Me sé el cuento de memoria, se dijo cansadamente mientras subía los pies encima del escritorio. Ah, mierda, quién puede asistir mil veces a la misma función de estreno de la Comedia de la Dictadura.

Cuando Washington se harte del tirano y éste ya no tenga otro recurso que la renuncia, pedirá a los alzados, a los revoltosos, todo género de garantías económicas y seguridades para él y toda su pandilla de ladrones, incluidos familiares, amigos y colaboradores. Una vez concedidas, con el pretexto, como siempre, de evitar derramamientos de sangre, hará acto de presencia el embajador norteamericano, quien después de hablar con nosotros confirmará los términos de la rendición, explicará las reglas del juego a los sucesores y comprometerá por las buenas o por las malas al nuevo gobierno con nuestra causa. El siguiente acto empezará cuando otorguemos al dictador saliente el asilo solicitado para que pueda disfrutar impunemente sus dólares a placer en Estados Unidos. ¡Eso sí, la vida nunca se pone en peligro, con eso no se juega! Qué fácil es todo esto. Roban, matan, encarcelan, desfalcán, intimidan, secuestran, persiguen, torturan, censuran, acribillan, se apropian de cuanta industria, comercio, banco, ferrocarril, rancho o burdel se les antoja y cuando la gente se cansa de ellos todo lo que pierden es la posición política, ya que se largan con las verdaderas fortunas de las cuales carecen un 90 por ciento de los norteamericanos. Si todo lo que tienen que perder es un puesto que sólo les sirvió para llenarse de medallas y de dinero, no es tan difícil llegar a cualquier extremo durante los años de gobierno. Enemigo que huye, puente de plata, sólo que éstos no sólo se llevan el tesoro nacional sino el puente mismo, y para siempre. Por otro lado, que de todos estos desarrapados no salga uno, ¡ni uno solo!, que le meta un tiro en el culo a estos bandidos sin igual que les roban cínicamente hasta el pan de sus hijos. ¡Carajo!

Bien visto, continuó Robert, inspirado en sus reflexiones, si la gente desaparece o aparece, si la gente soporta todo esto o no soporta y tiene que aguantarse, si los dictadores no son ricos y tienen o no en sus manos la economía del país, me importa un pito, como me importa otros cien si la gente sabe o no leer y escribir, si come o no come, si se muere de hambre o de infecciones, si viste o no viste, si este bárbaro le pone su nombre o el de sus amantes a las calles más importantes de Salaragua. ¿A mí qué más me da?

Vayan todos juntos a la mierda: yo no vine aquí de redentor. Eso sí, que ninguno de estos hijos de puta se meta con nada de lo mío, porque ahí sí se encuentran con la verga de toro de mi general Trubico o con la de la United o con la de nuestro secretario de Estado, sonrió al tiempo que se cubría por una densa cortina de humo blanco con aroma a historia.

Mi tío Minor tuvo que recurrir muchas veces a la fuerza para poder enseñarles a estos ignorantes las ventajas de la agricultura a gran escala. Hubo necesidad de someterlos para que pudieran aprender. Lo mismo que sucede con un potro salvaje cuando se le coloca por primera vez la montura sobre sus lomos vírgenes. Patean, muerden, brincan como enloquecidos, tratan de huir, se revuelcan, se resisten, pero tarde o temprano serán montados porque nacieron sólo para eso y para eso deben ser aprovechados en beneficio siempre de alguna inteligencia superior.

—Su esposa por el negro —anunció repentinamente una voz refrescante.

Sofía salía otra vez de viaje. Estaría en California un par de semanas disfrutando los últimos días de los deportes de invierno, los mejores de la temporada, mucha nieve y poco frío. Su repentina afición no sorprendió a Keith. Te digo, las mujeres están locas, se les escapa la vida pensando cómo matar el tiempo y cómo gastar el dinero. Las hijas se quedarían en Salaragua: ellas deben asistir a la escuela y prepararse para el inminente mañana. Yo no tardaré, Bobby Todo lo dejo en la casa para que no les falte nada. Eran atenciones matrimoniales a las que Keith no estaba acostumbrado pero que, desde luego, formarían parte de los cambios intempestivos de estos seres indescifrables. ¿Cómo dijo ésta...? ¿Bobby? ¿Locas? ¡Loquisimas!

Robert Keith conocía de sobra la historia de la United Fruit en Centroamérica y el Caribe. Había escuchado durante años las audaces reseñas en voz del principal protagonista, mientras paseaban a caballo, como era siempre el gusto del querido tío Minor, quien aprovechaba la menor oportunidad, aun a lo largo de la charla, para verificar el corte de las pencas con machetes desinfectados, el grado de maduración de la fruta y su traslado a las bodegas refrigeradas una vez calificada con etiquetas de diverso color. La etiqueta negra era señal para advertir la presencia de algunos plátanos amarillos, ya maduros. La gris ordenaba la transportación inmediata del producto a los mercados domésticos para ser vendidos sin tardanza al mejor postor porque no resistirían un viaje al extranjero. La púrpura anunciaba el mal estado de la fruta para efectos de exportación y sugería su venta a un precio inferior o su donación a los centros hospitalarios. La amarilla significaba buena calidad de las bananas, pero insuficiencia en el peso. La etiqueta verde arrancaba las mejores sonrisas del magnate: era la fruta perfecta, la que reunía todos los requisitos para ser colocada exitosamente en el exterior, la de los verdaderos dólares, la que había hecho posible la materialización de sus ideales, la verdadera herramienta generadora de capital; el cincel, el buril para la historia, la palanca de la arrogancia, el origen de su poder. El ojo avezado de Minor Keith le hacía cambiar sus estados de ánimo y el nivel tonal de la conversación con sus acompañantes tan pronto distinguía a gran distancia el color de las etiquetas. Fue a lo largo de aquellos recorridos interminables cuando Minor captó con claridad las luces y los tamaños de su sobrino para heredarle el gigantesco imperio bananero, bancario, naviero y ferrocarrilero. Fue durante esas caminatas cuando Robert aprendió a distinguir desde el significado de los 5 colores de las etiquetas y los tipos de plátano más comerciales, como el Gros Michel, el Cavendish y el Lacatán Banana, hasta los caminos más intrincados para hacerse de la mayor cantidad de mercados a cualquier costo y con la absoluta imposición de sus condiciones. En fin, toda la información necesaria para contar con una *banana culture* imprescindible como instrumento de sobrevivencia y éxito en un medio tan furiosamente competido.

En esos encuentros se enteró por primera vez de la participación de la United Fruit en el derrocamiento de un jefe de Estado centroamericano. El caso del presidente Herrera de Guatemala en el año de 1920. Se había atrevido nada menos que a cancelar, así, sólo porque tuvo agruras la noche anterior, dos contratos vitales para El Pulpo. Uno de la compañía ferrocarrilera International Railway of Central America y otro de la Electric Bond and Share. El Consejo de Administración había resuelto la deposición del presidente de la República en turno. El nuevo dictador, dependiente en todo sentido de la United Fruit, repuso a la compañía en el ejercicio de sus derechos como su primer acto de gobierno⁶⁷. Minor Keith sonreía desde sus oficinas

suntuosas del primer banco de Boston. Ponerse frente a mí es como colocarse imprudentemente delante de cualquiera de mis locomotoras lanzadas a todo vapor, le romperemos hasta el último hueso.

Uno de los casos que más le llamaron la atención fue sin lugar a dudas el caso hondureño. El presidente Bonilla, aliado incondicional de los intereses bananeros, en particular los de Sam Zemurray the Banana Man, había sido derrocado por un tal Dávila, a quien el Departamento de Estado veía con recelo y preocupación por su filiación política y la corona inglesa con fundada alarma en razón de la oportuna amortización de su capital e intereses adeudados. Zemurray, angustiado por la suerte de sus concesiones, compra un barco en Estados Unidos, recluta soldados mercenarios en Centroamérica y con la aprobación del Departamento de Estado y el decidido apoyo de su imponente ejército bananero invade Honduras, derroca a Dávila y restituye en la presidencia de la República al inefable Bonilla⁶⁸, en razón no sólo de su estrecha amistad, sino de su conocido gusto y apetencia por el sabor y el aroma a plátano. Bonilla entrega de inmediato a título de agradecimiento a la Cuyamel Fruit Co., propiedad de Zemurray y, por supuesto, a la United Fruit todas las concesiones ferroviarias y plataneras solicitadas, exentas, además, por diez años, del pago de cualquier impuesto. El golpe había funcionado con la misma perfección que cuando esta última empresa nombró presidente de esa misma república centroamericana a Luis Miguel Paz Barahona después de una sangrienta guerra civil, con todo e invasión de marines, que condujo finalmente a la celebración de elecciones ganadas sobradamente por la Frutera⁶⁹. A nadie escapaba que el mismo Banana Man había instalado posteriormente en el poder al presidente Víctor Mejía Calindres con el propósito de deshacerse Carias Andino, quien más tarde llegaría a la presidencia con el apoyo de la United Fruit para eternizarse en el cargo.

Minor le contó también cuando en 1927 y 1928 casi llegó a producirse una guerra entre Honduras y Guatemala por las fértiles tierras del Valle de Motagua. La Cuyamel Fruit Co., la poderosa empresa competidora, virtualmente dueña de Honduras, reclamaba al igual que la United Fruit Company, desde Guatemala, la titularidad territorial del valle disputado por ambos países. ¡Menudo problema para el Departamento de Estado, no sabía a quién darle la razón! El tío Minor había cortado por lo sano para evitar un enfrentamiento con la Casa Blanca: al año siguiente decidió comprar la totalidad de las acciones de su principal competidor en Centroamérica, para hacerse de esta manera de las plantaciones y activos de la Cuyamel, obviamente del Valle de Motagua en litigio, así como del derecho de elevar al cargo de presidente de la República al hondureño más idóneo en términos de sus intereses económicos. Tío Minor eres genio.

Honduras, según comentaba siempre Minor, no había sabido ni siquiera vender sus servicios porque, a pesar de ser una de nuestras típicas repúblicas bananeras, un territorio mercenario aprovechado tradicionalmente por Estados Unidos para desestabilizar a otros vecinos del área, seguía siendo uno de los países centroamericanos más pobres, salvado el caso de Haití. Son tontos, te digo que son tontos. Si vas a ser indigno por lo menos que te deje dinero, comentaba entre risa y broma el magnate.

Una anécdota en especial producía una contagiosa hilaridad en el tío Minor. Recordaba con mucho humor cuando se había llevado el tren que comunicaba la mayor parte de Honduras. La contaba una y otra vez en cada ocasión con nuevos ingredientes humorísticos. ¡Qué manera de reír! El hongo de Panamá se había extendido como fuego por la costa del Caribe y había destruido irreparablemente enormes áreas de cultivo de banana. Claro que hubiéramos podido sembrar otros productos, pero somos y seremos bananeros, Bobby. ¿Qué nos quedaba por hacer? ¿Sentarnos a llorar nuestra desgracia? ¡Eso no deja dinero! Fui muy práctico, querido sobrino: resolví llevarme las vías férreas que comunicaban toda la comarca a las costas del Pacífico nicaragüense, más húmedas y menos susceptibles de contaminación que las hondureñas. Indemnizamos al gobierno con ciento veinticinco mil dólares, que además desaparecieron tan pronto llegaron a las manos del presidente de la República. Hubieras visto las caras de los productores de frutas y legumbres que llegaban en sus carros tirados por muías a donde antes estaban nuestras estaciones ferrocarrileras y ya no había ni estación ni vías. ¿Te imaginas?

— ¿Te llevaste el tren, tío Minor? —preguntó Robert sorprendido la primera vez que escuchó el caso.

—Como lo oyes. No iba yo a dejar mis vías y mis durmientes cinco o diez años inutilizadas hasta que se me oxidaran sólo por el suelo estaba contaminado, ¿o no? Yo tenía que irme a donde pudiera sembrar más plátanos y eso fue lo que hice precisamente, Bob. —Robert aún escuchaba las carcajadas de su tío—.

Todavía me hicieron un poema presuntamente ofensivo en donde me acusaban de haber regresado quinientos años el reloj de la historia. ¡Vayan al carajo! Si ya no podía sembrar plátanos ¿para que les dejaba el tren? Por eso nos dieron concesiones bananeras tan atractivas en Nicaragua: las obtuve a cambio de la construcción de vías férreas. ¡Caray, qué divertido fue aquello, si lo hubieras vivido...! Eso sí, que no nos fueran a pedir unir la capital de la República con los centros de población: el ferrocarril se utilizará con fines estrictamente comerciales y no para transportar mayas ni tropas ni armamento que en alguna eventualidad pudiera ser utilizado en contra nuestra so pretexto de hacer cumplir sus leyecitas. Si se paraliza el país que se paralice. ¡No faltaba más!

Como no relatar con lujo de detalles cuando Carias Andino, el mismo tirano hondureño, le pidió a Minor más dinero a título personal a cambio de las concesiones bananeras. Date de santos, abofeteó Minor, que te dejamos hacer y deshacer todas tus marrullerías y todavía te conservamos en el poder a un alto costo político internacional para nosotros. Confórmate con que no te quitemos la administración de tus burdeles: a veces creemos que deja más la compraventa de carne humana que la venta de plátanos, y con menos riesgo.

Cómo ignorar cuando el Congreso haitiano le entregó a Keith en 1935 el monopolio del banano; o cuando la United Fruit Company le entregó a Jorge Ubico un millón de dólares como préstamo y agradecimiento por las reducciones fiscales recibidas en beneficio de la industria.

Juan Estrada, nada menos que el autor del golpe de Estado contra el presidente Zelaya de Nicaragua, aquel que Porfirio Díaz rescató en una cañonera mexicana cuando nosotros lo derrocamos asociados con otras empresas y todavía lo ayudó a salir del país a pesar de nuestras quejas ante el Departamento de Estado y que obligaron al propio Taft a intervenir para suplicar al gobierno mexicano se abstuviera de meter las manos en asuntos que no eran de su incumbencia, recibió muchos dólares nuestros para afianzarse en el poder y ayudarlo a ejecutar sus sueños dorados.

Ni qué decir de Federico Tinoco. Ése también fue nuestro candidato y lo llevamos hasta la presidencia de la República para que pudiera cumplir una ilusión personal que se remontaba a su infancia, según él me dijo cuando ya aplastábamos al presidente Alfredo Flores por negarse a extendernos a Armony y a mí concesiones petroleras que él deseaba entregarle a un tal Sinclair, muy involucrado por lo visto en el petróleo mexicano. Una de las empresas de mi socio quería perforar mantos enormes que estaban principalmente bajo nuestras plantaciones, revelaba ufano Minor? Keith a su sobrino, quien por aquellos años no daba todavía el debido crédito a sus oídos⁷⁰. Lo grande, Robert, lo verdaderamente grande es que el embajador norteamericano le fue a decir a Tinoco tan pronto lo habíamos inaugurado y retratado que sólo personas autorizadas por el Departamento de Estado podrían explotar pozos cerca de Panamá, estuvieran o no dentro del territorio costarricense. Habráse visto semejante falta de respeto a la soberanía de un país... El asunto terminó casi cómicamente cuando Woodrow Wilson y sus acólitos mandaron asesinar, a sugerencia del propio cónsul americano, al secretario de Guerra, al hermano de nuestro Tinoco, quien renunció de inmediato y se exilió en París con un miedo espantoso que no le cabía en el culo. Sobra aclarar que el nuevo presidente nos revocó inmediatamente nuestras concesiones petroleras y por instrucciones directas de la Casa Blanca se las entregó contra viento y marea a Sinclair, quien meses más tarde dijo que el petróleo costarricense no valía la pena y mandó todo a la mierda. Ahora dime tú, Robert, ¿cómo se atreve el Departamento de Estado a decir quién debería gobernar Costa Rica y quién debería explotar sus recursos naturales? Es un atropello, Robert, un verdadero atropello.

¡Qué aprendizaje! ¡Qué escuela! ¡Qué enseñanzas! Menuda plataforma, el privilegio de la perspectiva hacia atrás y hacia adelante. La óptica correcta de los negocios, la suerte de haberme conocido, la oportunidad de brindarte todas mis experiencias y el talento de recibirlas y aquilatarlas en su debida

proporción y humildad mientras se está en las propias bananeras y a lo largo de sus interminables callejones, como cuando se depara con la indispensable arrogancia en las suntuosas salas de juntas de cualquiera de nuestros bancos, ferrocarriles, empresas transportistas y compañías subsidiarias; tu juventud y tu optimismo impulsivo y mayoría de edad y mi serenidad; tu entusiasmo contagioso y coraje maduro; el deseo de recoger la estafeta con ánimo y sabiduría y mi convicción fundada en entregársela a un heredero digno y prometedor. La fuerza de la sangre, el continuismo, la ambición de ser, de crecer, de multiplicar, en nombre propio y en honrosa representación de los intereses históricos de la familia. Ésa es una cadena, un eslabón de acero, una sucesión inteligente y sólida, una alianza asegurada, unida por el grillete del capital y del amor entre los Keith, un anillo de compromiso para la eternidad. La confianza, el arrojo, la determinación. En la duda como en la inmovilidad perices. El consejo oportuno, la advertencia severa, el cumplimiento cierto en tiempo y en dinero, la prioridad de la United Fruit sobre cualquier otro valor, el orgullo de nuestro apellido, la soberbia de nuestra marca, el respeto de nuestra imagen, la consideración obligatoria de la Casa Blanca y el derecho de picaporte con el Departamento de Estado y el de la Marina; la disponibilidad inmediata de los cañones de nuestros acorazados, financiados con nuestro trabajo y nuestros impuestos. La fortaleza de nuestro proyecto de vida que defenderás con la entereza, la rabia, la perspicacia y el ingenio que nos caracteriza y nos ha de caracterizar en los años por venir fueron sólo algunos de los mensajes contenidos en las palabras pronunciadas por Minor Keith cuando le cedió públicamente a Robert, su querido sobrino, el magnífico escritorio de caoba instalado en el despacho principal del penthouse del majestuoso rascacielos recién inaugurado por la United Fruit, en el corazón financiero de la capital del Estado de Massachusetts, construido con bananas, sólo con bananas, las mismas bananas que el propio Minor Keith vio una tarde colgadas de un enorme garfio de acero en cualquiera de los muelles de Nueva Orleáns, mientras caía la tarde y se dirigía fracasado y deshonrado a Salaragua para ser enterrado junto con su frustración y su derrota. Tocó un timbre sin retirar los pies del escritorio. —Invite a mi hermano Franklin a comer mañana, ahora que por lo visto se ha tranquilizado.

—Salió de viaje, señor, se fue hoy mismo —dijo la voz.

— ¿Sin dinero?

—Todo parece indicar que sí, señor.

— ¿Se habrá vuelto loco mi hermanito?

Silencio. Una mirada sospechosa al piso.

— ¿Dijo por lo menos a dónde iba?

—No, señor, sólo me indicó que saldría un par de semanas fuera de la ciudad.

Otra vez silencio.

Humo, mucho humo. Otro que no lo entiende ni su madre. Una puerta que se cierra y el regreso a las reflexiones.

Quién va a negar que un país tiene más derechos que otro de la misma manera que un norteamericano tiene más talento, más imaginación, más disciplina, ambición, coraje e información y en consecuencia más capital que un salaragüense de estos que no ha comido caliente nunca en su vida. Es imposible negar lo evidente. Nuestros puntos de partida son radicalmente opuestos. Ahí está la realidad con sus argumentos incontrovertibles. Si ya nuestras diferencias como individuos son abismales, pues mientras unos somos trabajadores empedernidos, generadores de ahorro y de riqueza, ordenados, progresistas, enemigos del ocio y de la miseria, éstos son perezosos, apáticos, borrachos, sucios y pueden vivir sin quejarse, generación tras generación en la misma mugre, en la misma ignorancia, en el polvo, en la insalubridad y en una pobreza insospechable siquiera para la mayoría de nosotros, ¿cómo vamos a pretender una similitud entre ambas sociedades si la nuestra es dinámica, viva y eficiente, mientras la de éstos nació abotagada por el sol, somnolienta, contemplativa e indiferente a los bienes materiales y al progreso? Por eso Estados Unidos, o

nosotros los Keith, debemos gozar sin ningún género de dudas de ciertas prioridades universales. Si lo sabemos hacer mejor que otros, o dicho sea con propiedad, mucho mejor que cualquier otro, que nos dejen hacerlo en ese caso por las buenas o tendremos que hacerlo por las malas, en beneficio de ellos mismos, para que desde luego algún día nos lo agradezcan. Si el mundo dependiera de los centroamericanos, por ejemplo, no habría desarrollo tecnológico ni disfrutaríamos los aviones actuales ni las comunicaciones eléctricas ni las proezas industriales del siglo XX ni los avances en medicina, agricultura, minería o arte, como diría la misma señorita Kirkpatrick. Éstos pueden observar horas enteras en cuclillas el atardecer como si se estuvieran inspirando para pintar un paisaje marino, un estúpido papel batido con los ridículos colores de estos mulatos, en lugar de sembrar dos metros cuadrados de plátanos, algo que sí sirve para combatir el hambre. ¿Resultado? La nada. Un eructo sonoro. El precio de esa ridícula mística que no alimenta ni se traduce en dólares. Al día siguiente hará lo mismo, como lo hizo igualmente su abuelo y su padre, con la misma ropa, el mismo sombrero, el mismo paisaje, las mismas estrecheces económicas, las mismas ruindades y el mismo desprecio por el tiempo y por la vida terrenal. En eso sí nos ha ayudado la Iglesia católica. Mientras siga siendo poderosa, exista una sumisión incondicional a su santa jerarquía y continúe impartiendo consuelo después de la confesión, y éstos prefieran las bondades del más allá antes que los satisfactores materiales del reino de los vivos, nosotros seguiremos ganando dinero, ahorrando todo el dinero del mundo. No es que seamos imperialistas, como quiere empezar a llamarnos indebidamente la gente. La realidad es que por estas tierras todo se da y todo se presta sin que caigamos en ese tipo de calificativos. Mientras la pobreza siga siendo una meta para alcanzar el perdón eterno, yo lucraré fervorosamente con ese santo principio, donaré generosas cantidades para la construcción de catedrales, todas las catedrales posibles a lo largo y ancho de Centroamérica. Seré el primer católico del mundo, más católico aun que el mismísimo Santo Papa. Mis empresas lo serán de igual forma. Seremos verdaderos fanáticos de la Iglesia apostólica y romana. La sostendremos, la apoyaremos, la estimularemos incondicionalmente. Pondré un altar en cada plantación, un reclinatorio en cada finca y una capilla en cada puerto y estación de ferrocarril. Recen, hijos míos; pidan por el más allá mientras yo inicio aquí, con vuestro desinterés, la construcción de mi fundación y apruebo los planos de mi nuevo rascacielos en Nueva York. Recen mientras yo lucro, recen en tanto yo produzco, recen para consolarse de su miseria, pídanle a Dios, distraiganse mientras me dan tiempo para comprar el mundo entero. Esos del Empire State me verán pasar cien pisos por arriba del último foco de sus antenas. A mí me conviene que se consuelen todos éstos con palabras y esperanzas y no con incrementos de sueldo, que sacarían mis bananas de los mercados y reducirían mis márgenes de utilidad. Si la Iglesia no sanciona la vagancia ni el ocio ni la pereza ni la miseria como pecado igual de grave que la mentira, yo continuaré haciendo millones, y más millones al ahorrarme prestaciones cuantiosísimas que tendría que pagar obligatoriamente en Estados Unidos o en cualquier país civilizado. Por eso es muy fácil culparnos de todo lo malo que pasa en Centroamérica. Sólo un ciego o un ignorante no se da cuenta que nosotros somos el único eslabón de la cadena, eslabón necesario porque sin nosotros estos indígenas seguirían viviendo como en aquellos días de la conquista. La Iglesia no impulsa a la creación de capitales ni al trabajo, con eso de que es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos. En la misma medida que no dejemos que se aparten de la lectura del Evangelio, nuestras perspectivas y nuestros costos disminuirán sensiblemente o permanecerán estables. Las seguridades del más allá garantizadas por la Iglesia católica a quien no tiene ni dónde caerse muerto nos permiten ser inmensamente más competitivos en los grandes mercados internacionales.

Pero no sólo es la Iglesia, continuó Keith en sus reflexiones mientras se introducía la patilla de sus anteojos en el oído con el objeto de extraerse el cerumen y llevárselo discretamente a la nariz para aspirarlo. No, también tenemos otros aliados que ya existían en estas tierras, mucho antes que el capital norteamericano remontara el vuelo en busca de nuevas posibilidades mercantiles. Si durante todo el siglo pasado no acababa de instalarse un presidente cuando ya era derrocado y la inestabilidad política cobró arraigo e hizo costumbre, nosotros ¿por qué razón no íbamos a poner nuestros propios dirigentes, llámense dictadores, tiranos o simplemente a las personas que más convinieran a nuestros negocios? ¿Qué más da uno que otro? A ellos les da lo mismo, gracias a su mentalidad dependiente, apática y sumisa, porque jamás

participan en política. Entonces, de que llegue al poder un asesino desalmado impuesto por la fuerza de las armas de quién sabe quién, a que llegue uno comprometido con nuestra causa, aunque sea igual de matón y sanguinario, pero eso sí, obligado a respetar y a hacer respetar nuestros intereses y nuestro patrimonio, es lógico que escogeremos al nuestro, hecho a nuestro modo y sobre la base de que lo dejaremos hacer siempre que sepa correspondemos.

Por lo demás todo seguirá igual, exactamente igual que si nosotros no existiéramos, con la diferencia que nosotros les construiremos puertos, ferrocarriles, carreteras, comunicaremos al país por tierra, aire y agua, haremos habitable la selva, les daremos un trabajo seguro, un ingreso fijo que nunca siquiera supusieron las últimas trescientas generaciones que les antecedieron en la vida. Con sus presidentes nunca hubieran tenido lo que nosotros les damos con nuestros tiranos, como ellos los llaman despectivamente. De tal manera que de sus dictadores o sus presidentes, a nuestros dictadores, les convienen más los nuestros, si no ahí está la historia para demostrar cómo cuando nosotros no interferimos no hicieron un solo metro de carretera ni colocaron un durmiente de ferrocarril ni construyeron un solo puerto y la selva les era inaccesible. Devoraba todo por igual. ¿Cuál posibilidad les da más? En ese caso nuestra posición es incontestable. Por eso hay países que tienen más derechos que otros. Centroamérica jamás se hubiera desarrollado a sus niveles actuales si nosotros no intervenimos por la fuerza, sí, pero también por la fuerza se han manejado siempre las cosas en la región.

Antes se resuelve el problema del hambre que el de su odiosa soberanía. Estos calzonudos no deben hablar de derechos con el estómago vacío o, en todo caso, relleno de ron. Ya luego habrá tiempo para la dignidad. Nosotros a la fuerza los educamos, a la fuerza los vestimos, los alimentamos, les enseñamos a cultivar, a extinguir plagas, a comercializar la fruta, a protegerla de los vientos y a cuidarla hasta ponerla encima de la mesa de los consumidores. A la fuerza los convertimos en seres humanos, como tal vez quisieron hacerlo con pésimos resultados los conquistadores españoles. Esta riqueza agrícola no existiría si no fuera por nosotros, por la fuerza o sin ella, pero ahí está en su territorio y en sus manos como una realidad inocultable. Nosotros no tenemos la culpa de que a diferencia nuestra éstos hayan aceptado siempre el poder incontenible de un jefe intransigente, una autoridad indiscutible, férrea, inexistente en una sociedad sajona, ni somos responsables de la larga serie de gobiernos abusivos y corruptos que han asolado estos países, mucho antes de que nosotros apareciéramos en el horizonte caribeño, ni de la prostitución ancestral de sus instituciones electorales ni de la falta de aplicación de sus leyes, las mejores y más avanzadas del mundo, ni de la ausencia de respeto a la vida humana que siempre los ha caracterizado ni de la carencia de un sistema educativo como el nuestro ni de que hubieran padecido, como dice la señorita Kirkpatrick, trescientos años de esclavitud, que castró cualquier iniciativa y los proyectó afortunadamente a la resignación, al conformismo y a la más absurda e irracional de las obediencias, que enjugan a diario en las sobadas faldas de los representantes de la Iglesia. Yo tampoco tengo la culpa de que sean negritos y que su inteligencia, como la de sus cientos de hijos que tarde o temprano serán mis empleados, no sirva sino para cortar plátanos, y mal por cierto, porque nunca siquiera desinfectan los machetes a pesar de los castigos, con lo cual demuestran su absoluta incapacidad de aprendizaje, de lo cual nosotros nuevamente somos inocentes.

De modo que este Furtamantes ya puede meterse por el culo los cargos que nos arroja a diario. ¡Qué fácil es buscar las responsabilidades fuera de nosotros! Eso corresponde a los cobardes que se niegan a enfrentar la verdad, como todos estos salvajes salaragüenses, incapaces de verse por dentro y entender las causas de su conducta para poder evolucionar y crecer.

—Una señorita lo busca, señor Keith.

—Que pase —ordenó el magnate después de consultar el reloj. No pidió más datos respecto a la identidad de la visitante. De sobra conocía el propósito de la entrevista.

Entró una mulata, una guajira joven y hermosa, extraordinariamente maquillada. Ingresó al despacho con toda familiaridad. No se veía nerviosa ni inquieta. Se mostraba muy dueña de sí y de su oficio. Cerró la

puerta con el seguro, como era por lo visto ya costumbre. Dejó el bolso en el sillón donde usualmente se sentaba la señorita Kirkpatrik. Se abrió sin más la blusa de colores escandalosos, se subió la falda floreada y se acostó automáticamente en la alfombra, sobre el escudo de la más famosa e influyente bananera del mundo.

Keith dejó el puro prendido en el cenicero. Como una fiera que va directamente a su presa, no le retiró la vista ni un solo instante. Ella cumplía las instrucciones al centavo. Así me gustan, sumisas, puntuales y entregadas. Se desabotonó la bragueta mientras se dirigía lentamente hacia ella. Le hizo el amor, qué amor ni que amor, concluyó la operación y desahogó el trámite en escasos cinco minutos sin quitarse el saco ni el pantalón ni despeinarse siguiera. Tan pronto terminó arrojó veinte córdovas al piso que cayeron encima de la banana blanca tejida en el tapete y se retiró sin decir palabra de regreso a su escritorio para continuar en sus reflexiones y en sus trabajos. La muchacha, por su parte, se puso de pie, tomó el dinero y desapareció sin pronunciar una sola palabra. Su nombre era Margarita Donde. Disfruta tus apetitos inconfesables en la más absoluta intimidad, le había enseñado su querido tío Keith. Ay tío Keith, nunca tendré en mis manos algo lo suficientemente importante como para pagarte todo lo que te debo...

Sofía había honrado su palabra. Yo no moriré como mi madre, insistía la misma voz de siempre en su interior; yo no moriré de hastío cada día hasta apagarme para siempre ni permitiré que mis ilusiones frustradas se conviertan en veneno y acaben con mi sonrisa, mi optimismo y mi frescura. Las primeras arrugas fueron las primeras señales. Ya no había tiempo que perder. Comenzaba el ahora o nunca, el ingreso en el mundo de los audaces, el placer del vértigo, como dice Franklin, el me juego todo en una carta, mi resto, claro que sí, me juego mi resto, si gano conoceré finalmente la felicidad en su máxima expresión, si pierdo sólo volveré a lo conocido, a lo que languidece, se encharca y se pudre, a pesar de que hay mucha mujer dentro de este cuerpo, una mujer ignorada, inexplorada, generosa y sumisa en el lecho, dispuesta a aprender, a dar, a morir incluso a lo largo de un abrazo tenso, sudoroso y embriagante. Era su momento, lo percibía con la claridad de la luz. Estaba frente a una disyuntiva. Todos la tenemos en la vida. Unos la ocultan, otros la ignoran deliberadamente, los menos reconocen su presencia con plenitud y valor. El camino cómodo, el de las rosas y las fragancias, el que en apariencia conduce al cielo, el de los cuentos de niños, las promesas, la estabilidad, la renuncia al yo más querido, se había agotado para ella; debía confesarlo y aceptarlo para poderlo remediar. Podía continuar en su largo peregrinaje por el mundo de la aburrición y de la nostalgia, mientras se le empezaría a escurrir una a una todas las carnes, encanecería precozmente, hasta resignarse a naufragar pasivamente junto con toda su cobardía en los horrores de la apatía para pagar más tarde, en cada instante, con cada sonrisa de sus hijas, con la felicidad ajena, con advertir el talle de una mujer hermosa, el talle que ella algún día había tenido, el precio de su abandono, de su cansancio y su cómoda pero igualmente cara postración desde donde había asfixiado a lo largo de su vida las realizaciones inherentes a todo ser humano.

La respiración desacompañada, la cabeza puesta sobre el pecho velludo del guerrero, los ojos entornados, el rubí en las mejillas un esbozo de sonrisa, las palabras innecesarias, la cama desordenada después de la batalla, las perlas de sudor alrededor de una boca jadeante, el fuego voluptuoso de la chimenea, las ventanas empañadas por las bajas temperaturas del exterior, la lucha por la subsistencia, el intenso deseo de no sucumbir, de ser: todo le recordaba a Sofía su feliz presencia en la vida. El vencedor, con una mano debajo de la cabeza, recorre incansablemente con la otra una piel perfumada y delicada, la eterna caricia desde que el mundo es mundo, la caricia del agradecimiento, de la paz, del amor después de haberse precipitado juntos, entrecruzados, en un interminable abismo, fundidos por el amor, trenzados por el éxtasis, unidos en una placentera caída libre, atados de boca, manos y sexos por la excelencia ingeniosa de la biología.

Aquella paloma asustada que se agitaba en el interior de Sofía, aquellos aldabazos en el pecho como si

hubieran sido dados por un gigante violento e impaciente dispuesto a derribar hasta el hermoso portón de lo prohibido, aquellas fantasías eróticas, la espada desenvainada, el deseo de reír, el ingreso en el mundo de la perversión no eran sino los deseos de vivir, de conocer las emociones más inverosímiles, los placeres de la carne dignos de ser exprimidos hasta la última gota por todo ser humano que no languidece en la hipocresía ni permite la extinción estúpida y torpe de los apetitos refinados de los animales superiores.

Si alguien le hubiera dicho a Sofía Guardia que las vacaciones del último verano significarían la oportunidad largamente anhelada ella hubiera reído de buena gana pues, a su juicio, formaba parte de una generación liquidada. Sin embargo, la mente teje pacientemente como la araña su red con la fundada esperanza de que algún día se dará la ocasión para aliviar sus hambres y asegurar su subsistencia. Y ése fue el caso, precisamente, ése fue el caso. En aquel verano histórico, bendito, mil veces bendito el día que te conocí, amor de mi vida, instrumento de mi placer, apareció en las redes tejidas por Sofía el insecto necesario para aliviar sus hambres de ser y asegurar su subsistencia emocional. Se trataba del Zancudo. Cuando sintió los labios trémulos de Franklin en el cuello, en el pecho, en la cara y, por fin, en la boca, unos labios complacientes, ávidos, expertos, un impulso natural rechazó el acoso de su cuñado. Pero el aliento ardiente, amotinado, jadeante; las manos rápidas, expertas y ¡ah!, las caricias olvidadas, los besos profundos, frescos, jugosos; el estímulo viril y agresivo, el inolvidable recuerdo de Antonio; la brisa del mar, el sabor a sal, la eterna soledad, los primeros días del otoño de su vida revelaron una vez más las verdades de la carne y sus debilidades: el amor carece de moral y de principios.

Franklin había logrado convencer esa misma tarde tibia a Sofía. Cuando ella lloraba sobre su hombro, Franklin supo abrazarla para consolarla al tiempo que enredaba su cabeza entre los cabellos lacios de su cuñada hasta encontrar su cuello y respirarlo, acompasadamente primero, olerlo e impregnar la última de sus entrañas con esa esencia prohibida como ninguna otra, que había logrado excitarlo al extremo de reventar por todos sus poros, lamerlo después con discreción, dentro de todo ese momento confuso y ante su indolencia, su consentimiento tácito como respuesta, escondido en los últimos espasmos del llanto, besarlo con pasión, recorrerlo con la lengua desconocida para despertar todas las zonas adormecidas desde que el recuerdo del inolvidable Antonio se perdió en la nada. Después de sentirse dueño de ciertas licencias, el dejar hacer más allá de una insinuación, descubrió a sus ojos la realidad increíble en la selección del camino correcto, una sed mortal se apoderó de Franklin y a partir de entonces buscó la boca de Sofía, aquel manantial fresco y perfumado, donde deseaba meter la cabeza completa para saciar la avidez devoradora. Cuando encontró aquella boca igualmente sedienta, pero no menos sorprendida, la sujetó con ambas manos, quiso tocar el fondo, como si fuera el último beso en el mundo de los vivos.

A partir de aquellos días felices en Villa Blanca, una vez derribados los obstáculos naturales, buscaban la menor oportunidad para entregarse uno a la otra. Un gran festival de la carne y de la lujuria. Se encontraban siempre a escondidas: no debemos ser vistos juntos, cuidémonos de las niñas. Empezaba la gran aventura, la gran travesura, los juegos prohibidos, la picardía del secreto, la risa espontánea, injustificada, el deseo de cantar, el mundo de colores, las nuevas energías, los nuevos impulsos, el optimismo desbordado, el adiós a la depresión, la música en cada rincón, la belleza en cada momento, la vida matrimonial llevadera, las atenciones repentinas al cónyuge.

El diablo inventó a las mujeres, por eso nadie las entiende...

Los momentos felices en la vida no se dan para todos por igual. Bien venido mal si vienes solo, repetía Leónidas Trubico, el Padre Providencial, frente a un catafalco cubierto con la bandera de Salaragua.

La noche anterior había llorado como un niño la pérdida del único ser querido de su existencia. Doña Esperanza Arias de Trubico había amanecido muerta en la calle, exactamente bajo el balcón principal de la Casa de Gobierno. Al principio se pensó en un asesinato: su marido debía tantas y había tantos cobardes

incapaces de enfrentársele personalmente que la posibilidad era bien válida. Sin embargo, los acontecimientos posteriores vinieron a demostrar la cruda realidad. Los gritos del tirano: agarren a los asesinos, los haré generales, les regalaré ranchos, eso sí, sin ganado, los llenaré de bienes, si quieren hasta los haré ministros de mi gabinete, pero por favor quiero los ojos de todos los culpables en mis manos en este preciso instante. ¿Me oyeron, miserables cobardes? Matar a la verdadera madre de esta nación... Con quinientas generaciones de salaragüenses no se repone una vida como la de nuestra gran matrona. Bandidos, asesinos hijos de puta, mataron la patria. Nos hemos quedado sin patria.

Al día siguiente del fallecimiento, el presidente de la República hizo desfilar a todos los empleados de gobierno, al cuerpo diplomático y a la iniciativa privada frente al ataúd de maderas preciosas de la selva salaragüense. Acarreaban campesinos como en los años de campaña electoral para conducirlos frente a la madre eterna, para que no se les olvide el rostro de una santa. Díganme palabras bonitas, carajo. Que venga mi *beógrafo* a hacerme un discurso para que lloren estos desnalgados, para que vean de cerca la expresión feliz de las Vírgenes, de las inocentes, de las mujeres caritativas, comprensivas y generosas que obsequiaron su vida a la niñez desposeída de afecto, alimento y educación. Vean, vean lo que han hecho los malos hijos de Dios. Nos han mutilado para siempre. A partir de hoy nuestra Primera Dama nos iluminará al lado de las Vírgenes más selectas del Reino de los Cielos. Es más, ella probablemente era la mismísima madre de Dios y nosotros, los humildes mortales, nunca nos dimos cuenta de sus dimensiones divinas. Perdónalos, Señor, perdónalos, siempre serán penitentes y reos de la misma culpa...

Se decretó luto nacional por los siguientes diez años. Se transmitía por la radio exclusivamente música fúnebre. Quien no portara la cinta negra ya fuera en el sombrero, en el saco, en el brazo o en el morrión no podría caminar en la calle ni abordar un tranvía o cualquier otro medio de transporte sin ser considerado un malagradecido, un comunista, y por lo tanto acreedor a las penas establecidas por la ley para este tipo de maleantes y alteradores del orden público. Los faroles se adornaron con lazos de crespón. Trubico ordenó que la bandera fuera rediseñada con el rostro de doña Esperanza. El protocolo necrológico excedió todo lo imaginable. Se organizó un desfile militar a marcha lenta. El redoblar de los adoloridos tambores, el adiós lejano y conmovedor de los clarines, el doblado angelical de las campanas de la catedral Metropolitana, de las iglesias y parroquias cercanas, el coro celestial de acólitos, los monaguillos que ayudaban a la celebración de la misa en la capilla privada instalada expresamente por órdenes de la difunta para evitarse la solicitud de limosnas, las descargas intermitentes de los cañones, los rostros contritos de los integrantes del estado mayor conjunto con sus espléndidos uniformes de gala y sus cabezas descubiertas, los kepis colocados respetuosamente a la altura del corazón, los lamentos simultáneos del gabinete presidencial en pleno, así como los del último burócrata obligado a incorporarse en la impresionante procesión encabezada por el Bienhechor de Salaragua, revelaban la magnitud del drama nacional. Doña Esperanza había despertado una ilusión en los humildes. Las incontables ofrendas florales, con un costo de millones de córdovas, así como las enviadas puntualmente por todos los tiranos de la región, sin faltar desde luego la del presidente de Estados Unidos, fueron depositadas devotamente a un lado de la primera piedra colocada por el embajador norteamericano para levantar en ese preciso lugar el mausoleo más grande e imponente de América para guardar los restos inmortales de la Matrona Excelsa.

Prohibió la música, aun en la intimidad del hogar. Quien violara la disposición se le condenaría en juicio sumarísimo a trabajos forzados por el resto de su existencia en la construcción de las carreteras nacionales, precisamente donde la malaria atacaba con mayor furor. Nadie tendría derecho a sonreír en público ni a hacer fiestas ni menos participar en ellas. En las cantinas se serviría sólo cerveza, siempre y cuando fuera producida por su empresa. Únicamente se expenderían bebidas embriagantes en las cantinas ambulantes de su propiedad, ubicadas en las plantaciones bananeras, cafetaleras y azucareras. Nadie tendría derecho a divertirse.

El entierro se llevó a cabo en la catedral metropolitana en una tarde grisácea, de las que aborrecía el dictador. El arzobispo no ofició la misa porque se había negado a canonizar de inmediato a doña Esperanza, con el estúpido argumento de que dependía del Vaticano y no de él. Que si por él fuera ya la habría

canonizado mil veces.

—Sus merecimientos son más que sobrados, señor presidente.

—Ofrézcales dinero a esos ensotados.

—Señor, turnaré la solicitud con mi mejor aval a las autoridades correspondientes. En el Vaticano las cosas marchan de otra manera.

—Nada de solicitud. ¡Ordéneles, carajo!, ¿me oye? Ordéneles, dígales que digo que me la canonicen. Y además quiero que me quite todas las Vírgenes con que tiene llena la catedral y ponga sólo esculturas de doña Esperanza. Ninguna de éstas fue mejor que mi esposa, la madre de todos ustedes...

—Señor, son las Vírgenes del pueblo. Si las quito cometeré un pecado contra la feligresía y, desde luego, contra Dios Nuestro Señor que todo lo sabe y todo lo oye—agregó con el objeto de intimidarlo.

—Es muy claro, arzobispo: si el día de la misa no me contrata por lo menos trescientas lloronas, pero que de verdad les duela la suerte de su patrona, y no me quita todas esas Vírgenes intrusas, nada tienen que ver con Salaragua, ni se le ocurra a usted salir a la calle porque se encontrará con una bala perdida con mis iniciales en el camino.

Las banderas se pusieron a media asta, las plañideras lloraban compungidas a lo largo de la procesión, se tocaba el himno una y otra vez mientras en cada esquina se daban dos cañonazos de salva para saludar el paso de la Divina Matrona recién fallecida. La carroza, tirada por veinte caballos blancos, tan blancos como la gloria infinita del alma de la desaparecida, se desplazaba lentamente y de las casas arrojaban flores de todos los colores a modo de último adiós a la Primera Dama, ahora ya eterna.

La verdad de lo acontecido se conoció días más tarde. Una de las sirvientas había tomado mil córdovas de uno de los fajos de billetes escondidos en el colchón de la cama. Doña Esperanza volvió repentinamente de la capilla particular, como si una opresión en el pecho le anunciara algo fatal. Ahí sorprendió a la muchacha que ya guardaba apresuradamente el dinero nuevamente en el lugar.

—Perra maldita, me robas, sí, sí, me robas, ¿desde cuándo lo haces?, ¡dímelo!, ¡bruja de los demonios!

—No, señora, lo acomodaba.

—Ningún lo acomodaba. Si sabes que no puedes entrar aquí sola y menos buscar donde sabes que se encuentra lo único que me mantiene viva. ¡Perra desgraciada! —repetió mientras se iba encima de la criada, quien pronto sintió los dedos de doña Esperanza alrededor del cuello y el peso de su cuerpo sobre el suyo.

Pudo más la juventud. La sirvienta se zafó sin ningún esfuerzo y rápidamente se dio a la fuga al tiempo que la Primera Dama gritaba enloquecida:

— ¿Cuánto me robaste maldita?, ¿cuánto?, perra del infierno, ¡contéstame! —repetía en tanto se desplomaba bañada en llanto y casi jalándose los cabellos.

A continuación contó una y otra vez el dinero escondido en la cama, en las cortinas, en el baño, en los cajones, tras el cuadro de san Felipe Mártir, tras el Cristo Crucificado y en todos sus bolsos de mano. Revisó sus papeles, su famosa libretita con la que desayunaba, comía, cenaba y dormía. Los saldos no coincidían. Le habían robado, le habían asaltado. ¿Desde cuándo? ¿Cuánto dinero le habrían sustraído? ¿Cuánto? El dolor se volvía insoportable. La confusión mental crecía hasta ser ya incapaz de verificar una sola suma. Ninguna conciliación era posible. Unas veces le faltaban tres mil córdovas y otras cincuenta mil. En cada nueva operación la diferencia crecía más. Horror, he sido saqueada, ya no tengo nada en la vida. Vivo en esta ratonera y aun aquí me roban sin piedad. Cuánta razón tenía mi Leo, sí, ¡cuánta!, ¡carajo!, ¡cuánta! rateros miserables, ¡comunistas!, amigos de lo ajeno, venir a robar a una mujer el producto de su trabajo. Yo me lo he ganado con mis manos, *entiéndanme* todas las bandidas del mundo, no permitiré que me lo quiten de ninguna manera. Es mío, mío, mío, sólo mío. ¡Rateros!, ¡comunistas!, si quieren tener lo suyo, trabajen.

Por favor, Diosito lindo, yo que nunca te he fallado en nada, ayúdame en tu santísima misericordia a acabar con los abusos de los holgazanes, o mátame de una buena vez por todas. No puedo vivir rodeada de comunistas. ¡Quítame la vida, señor!, ¡quítamela!, te lo suplico, antes que los ladrones acaben con la mía y con lo mío.

A las cinco de la mañana del día siguiente, después de encontrar tirado en la calle, a los pies del balcón central, el cuerpo de la Primera Dama Vitalicia de la República, un velador tocó tímidamente a la puerta del Palacio Nacional para preguntar si conocían a la muertita; él creía que se había muerto de borracha. Ninguno de los soldados integrantes del cambio de guardia, con sus enormes penachos teñidos de rojo, sus cascos de acero refulgente y sus botas altas de charol negro se atrevió a recogerla cuando la distinguieron a su paso. El Padre Providencial era impredecible.

Doña Esperanza Arias de Trubico, la Matrona Excelsa, la Doctora Honoris Causa de la Antigua, Real y Pontificia Universidad de Salaragua, había abierto enloquecida el balcón de su ventana y después de contemplar por última vez la estatua ecuestre de Simón Bolívar en el centro de la plaza de Armas se había subido al barandal forjado en hierro del siglo XVII y desde ahí se había lanzado en su desesperación al vacío.

Hacían el amor con cualquier pretexto, a la menor oportunidad. La naturaleza los invitaba, lo prohibido los reforzaba, la aventura interminable los animaba en toda ocasión entre risas, caricias y lamentos. Ya sabes, a mamá le ha dado ahora por caminar sola en los momentos más raros del día... Nadaban desnudos en la Punta de los Chinos y agotaban después sus últimas fuerzas bajo la refrescante sombra de una palmera, en la línea misma donde llegaban las últimas olas del mar, en el jardín de Villa Blanca, cuando sus hijas tenían que salir. Igual se perdían entre los callejones interminables de las bananeras, donde Franklin experimentaba un placer muy especial, que entre los manglares, los cafetos y las cañas de azúcar de las plantaciones anexas. Buscaban las pozas de agua fresca necesarias para el regadío. Ahí chapuceaban, se volvían a atar, se trenzaban e inmóviles se dejaban caer hasta el fondo mismo, desde donde se impulsaban para salir y volver a precipitarse lentamente en la misma carcajada ahogada con burbujas, calores y perfumes. Inventaban técnicas, posturas y las más diversas posiciones, enjugadas con ron, champaña, whisky, vodka, en la cama de un humilde hotel del pueblo, en la recámara de Franklin, en la de Robert y Sofía, en la alfombra, metidos en el closet, entre todos los vestidos, en una tienda de campaña improvisada con las sábanas, en el piso del baño, frotando hasta el delirio sus cuerpos aceitados con las más finas esencias francesas, en la tina, restregándose jabonosos y juguetones, en los paseos en lancha, desde luego en el yate de la United, en el mismo donde Trubico se encerraba con cuatro mujeres al igual que Robert y la diversión era conocida en toda Salaragua al día siguiente, en cubierta, en cualquiera de los camarotes, en el comedor, sobre la mesa, en la hamaca favorita de su marido, la que habían comprado en un viaje a Chiapas. Querían dejar una huella geográfica de su presencia, una tarjeta de visita a cuanto sitio llegaban. Hagamos cosas diferentes, odio la rutina. Tócame ahora mismo, aquí, méteme la mano en este instante que nadie se imagina lo que me estás haciendo, ven, agáchate, súbete, bájate, voltéate, abre, cierra, inclínate, de ladito, así, suavcito, ahora muerde, empuja, arremete, descansa, ataca y hasta el final, corre, corre, corre mi amor, no dejes de correr ahora, ya vuelas, ya, ven, tómame de la mano, abraza fuerte, grita, grita mi nombre, grítalo ahora que pueblas el mundo.

—No cabe duda que mi hermano no todo lo tiene como su cabeza —comentó Franklin una noche mientras disfrutaba la suntuosa habitación principal de Villa Blanca, con su ostentoso candil, el enorme ventanal por el que Robert veía pasar su vida, la esponjosa alfombra gris perla que contrastaba con los suaves tonos blancos del resto de la decoración y sobre la cual el Rey de la Banana caminaba descalzo con tanto placer; los cuadros, en especial los óleos, también las alegres acuarelas con temas bananeros, selváticos, tropicales.

Los colores del Caribe capaces de cautivar hasta al más insensible no dejaron de llamar una vez más la atención del menor de los Keith. Sofía dormitaba desnuda boca abajo cuando la volvió a montar como si al partirla en dos fuera posible romper todo lo que la rodeaba y pudiera significar para su hermano. Instantes después, sin siquiera descender, tan pronto recuperó la respiración, le dijo tibiamente al oído: —He decidido matar a Trubico.

La respuesta no se hizo esperar. Sofía, conociendo los alcances de su cuñado, se desprendió violentamente de él para escuchar sus planes, viéndolo fijamente a los ojos. Bien sabía ella los extremos en los que se movía su amante y de lo que era capaz si se trataba de vivir una nueva aventura. Recordó cuando él le había asegurado que se tiraría del Farallón si ella se lo pedía y cómo había tenido que luchar para detenerlo al mostrarse ella escéptica.

— ¿Te has vuelto loco, Frank? —repuso aterrorizada.

—Desde luego que no —afirmó con la mirada especialmente vidriosa. Parecía un fanático—. Todo parece indicar que derrocarán muy pronto a Trubico y yo quiero ocuparme de que la Casa Blanca no le dé una charola de plata por sus méritos en servicio ni un salvoconducto como a sus colegas centroamericanos para viajar con toda su familia a Estados Unidos y disfrutar allá todo el dinero robado a estos analfabetos muertos de hambre.

— ¿Y a ti qué te importa todo eso? De cuando acá te interesa la política y hablas como curita provinciano. Apártate de esa gente repitió Sofía con ternura, mientras le acariciaba el pelo y felinamente jalaba la cabeza de Franklin hacia sus senos—. Mejor hazme pachi-pachi.

—Qué pachi-pachi ni qué nada. Te estoy hablando en serio —cortó mientras le retiraba la mano con mal disimulada severidad— La gente pensante como nosotros no debe permitir la continuación de este circo, este desfalco descarado que todos propiciamos. Si les empezamos a pasar la factura y los matamos verás cómo todo cambiará. Que les cueste por lo menos la vida y lo pensarán dos veces antes de dar un nuevo golpe de Estado o robarse un centavo más.

—Pero yo insisto, Franklin, ¿por qué de repente sales con esos baños de pureza? Lo importante, según siempre me dices, es divertirse, vivir y dejarle los problemas a los demás, ¿o no? ¿No que tú no tenías tiempo para problemas?

—Éstos no son problemas Sofía, ¡por Dios! Son aventuras, el motor de nuestras vidas. Imagínate por un instante lo que significaría meterse en la noche en el Palacio del Gobierno, sobornando con unos mil dólares a los guardias, ninguno lo resistiría, te lo aseguro. Una vez adentro llegaré a su recámara y ahí lo mataré una o dos veces, tantas como sea necesario.

— ¿Hablas en serio, Franklin? —preguntó Sofía cuando ya se cubría instintivamente el cuerpo con las sábanas frías como si quisiera protegerse de algo. Ni siquiera preguntó cómo era posible que una persona pudiera morir dos veces.

—Yo te juro que veré la forma de meterme disfrazado hasta la mismísima habitación del presidente —continuó sin contestar, como si él no fuera un hombre de bromas. El proyecto lo había madurado plenamente, aparecía a sus ojos como un generoso manantial de emociones, probablemente la máxima aventura de su vida, algo nuevo, agua fresca, una idea revolucionaria, el póker de ases—. Nadie sabrá que fui yo, y si lo llegan a saber me embarcaré con rumbo desconocido, y tan pronto llegue al poder el próximo dictador y empiece a hacer negocios con mi hermano, nadie se acordará de mí ni de Trubico. Todos éstos agarran la borrachera de su vida con el dinero en la mano y las bandas en el pecho. La historia no cuenta ni la memoria tampoco. En una de éstas hasta me construyen un monumento.

—Cuando estés dentro de su recámara te meterá un par de tiros en la cabeza y amanecerás devorado por los cangrejos en cualquier playa de Salaragua.

—No seré tan idiota, mi amor —repuso sin cubrirse con algún recato, mientras apoyaba la cabeza en su

mano—. Una vez adentro discutiré con él su política de gobierno, como si fuéramos un par de buenos amigos; claro está, amenazándole con una pistola e indicándole que si alguien entra en su recámara para rescatarlo yo le daré tres balazos en el corazón.

— ¿Darás entonces tu vida a cambio de la de esa cucaracha humana?

— ¡Qué va!, éstos son unos cobardes. Mandan a torturar a la gente siempre y cuando ellos no se expongan y no tengan algo que perder. Asesinan, secuestran y persiguen sólo cuando tienen la sartén por el mango, pero cuando se sienten indefensos te lloran, te suplican de rodillas, te ofrecen dinero, a sus hijas, hermanas y mujeres para que no les lastimes. Son unos mierdas y morirán siendo mierdas. Todos son iguales, por eso siempre mandan matar a sus opositores, para no volvérselos a encontrar más tarde.

—Esa gente siempre tiene salidas secretas, Frank.

—No cuando tienes un cañón de revólver pegado en su frente.

—Tu hermano se enloquecerá de coraje. Ellos son grandes amigos y socios —agregó Sofía para desanimarlo.

— ¡Ay!, mi hermano, siempre me he de encontrar con mi hermano en cualquier paso de mi vida. Me tiene sin cuidado, ¿sabes? El quita y pone presidentes en América Central como si fueran gerentes de la United. Ya se buscará otro, al fin y al cabo que a todos los trata como si fueran putas.

— ¡Franklin!

—Ay, por Dios, Sofi, no salgas con que no conoces las relaciones, llamémoslas íntimas, de mi hermano.

—Me refiero a tus palabrotas, Frank.

—Mira tú, como si media Salaragua no supiera que doña Isabel consigue a Robert y a Trubico las mejores prostitutas francesas y que cuando se aburren de ellas las tiran por la borda del yate con una llanta salvavidas, una bendición y una botella de ron para el viaje.

—Pues yo no lo sabía —reclamó airada.

—Pues qué bruta eres. ¿Acaso crees que se masturba como colegial?

— ¡Franklin!

—Madura ya, mujer, sal de tu estúpida nube donde te metieron engañada para que perdieras lo mejor de la vida mientras que otros aprovechan tu resignación y tu comprensión para disfrutar, para sacarle el jugo a cada momento de su existencia —Sofía enmudeció—. Cuando yo esté cara a cara con Trubico —continuó Franklin, como si no se hubiera dado cuenta de la trascendencia de su comentario—, le demostraré por qué razón es una mierda como ser humano. Luego lo mataré lentamente.

Se puso entonces de pie sobre la cama sin el menor recato para explicarle a Sofía con una gran naturalidad cómo invitaría a Trubico a tomar una copa y luego otra y otra más y cómo vaciaría en la mejor oportunidad un sobre con veneno en cualquiera de los tragos. Era todo un bululú. Ella se volvió a cubrir el cuerpo con las sábanas de seda blanca, las preferidas por su marido, las bordadas con el nombre de ambos. Difícilmente podía ella dejar de lanzar miradas furtivas y morbosas a los músculos ahora exangües, a la lastimosa virilidad de Franklin. ¡Ay! la magia de la erección, los secretos encantos de la naturaleza, jamás dejarían de llamarle la atención.

Cuando el tirano empezara a sudar copiosamente, a sentir asfixia y mareo y a manifestar todo su malestar, él le revelaría la verdad y le informaría la cercanía de su muerte en los siguientes minutos. Te vas a morir hijo de la gran puta, pagarás una a una todas las que debes; vengo a cobrar las mutilaciones, los asesinatos, las desapariciones, unas cuentas viejas, muy viejas; las que tienes pendientes con millones de salaragüenses. Franklin le probaría en ese momento sus niveles de indignidad, de deshonor, de cobardía; lo desenmascararía, lo encucaría, dejaría al descubierto su insignificancia como persona. Más tarde lo

encerraría precisamente junto con los fantasmas que más había temido en su vida, hasta que acabaran con él entre gritos de horror y súplicas indecorosas.

— ¿Vas a hacer todo lo que yo te diga para que te dé el contraveneno que tengo aquí en la bolsa? —le preguntaría burlón.

—Sí, por favor, pero dámelo ya —respondería desesperado el tirano al punto de la asfixia.

— ¿Me dirás en qué banco americano tienes todo tu dinero? —elevando el sobre con el bendito remedio.

—Sí, pero no me mates. No me hagas nada que duela —estallaría en llanto el Benefactor de la Patria.

— ¿Me darás la clave de tus cajas de seguridad para encontrar las acciones de tus empresas? —se garantizaría Franklin.

—Sí, pero no me lastimes, te lo suplico.

— ¿Me las endosarás todas a mi nombre? —insistiría Keith al tiempo que balancearía la salvación sujeta entre el índice y el pulgar de la mano derecha. ¡Qué manera de disfrutar la venganza!

—Sí, pero no me pegues en la cara otra vez —lloraría inconsolable el tirano.

—Quiero aquí a estas y aquellas mujeres de tu preferencia y de tus afectos —en ese momento Franklin se bajó de la cama, y acercó el rostro al de Trubico para constatar su nivel de malestar.

—Las tendrás, pero dame el contraveneno —contestó apenas con un hilo de voz—, siento que me voy, apúrate, por compasión.

—Quiero que salgas al balcón a anunciarme como el nuevo presidente de la República.

—Lo haré, lo haré, haré lo que me digas —suplicaba insistentemente, semiparalizado, sujetándose la garganta, ya con los ojos crispados—, pero no me vayas a picar o a cortar con algo, no aguanto los piquetes ni el dolor físico.

— ¿Y los golpes con el vergajo de toro mojado?

—No por favor, eso era para la gente mala, yo seré bueno siempre, te lo juro, haré lo que me digas; pero eso, por lo que más quieras en tu vida, no lo resistiría —Trubico parecía olvidar el envenenamiento con tan sólo oír mentar esa tortura.

— ¿Harás lo que yo te pida?

Se hizo un silencio mientras Franklin se llevaba lentamente la mano a la altura de la bragueta. El Benefactor de la Patria levantaba pesadamente la cabeza para conocer las intenciones del amo. Franklin se tiraba al piso, ya se ponía de pie con gran rapidez, ahora se acostaba al lado de Sofía, algo le murmuraba al oído. La hacía reír. Deseaba ser la misma persona al mismo tiempo. Él y Trubico, Trubico y él. Víctima y verdugo simultáneamente.

—No, por favor, eso no, no, no, lo que quieras pero eso no —el veneno parecía que había dejado de causar transitoriamente efecto.

— ¿La verga de toro entonces? —preguntaba Franklin gozoso y sonriente.

—No, tampoco, Dios mío, ayúdame, por favor, yo nunca te he pedido nada, tú bien lo sabes —respondía con un llanto conmovedor el presidente de la República.

—En ese caso empezará a vomitar dentro de tres minutos una sustancia negra, viscosa y ésta será la señal para saber que el veneno ya entró en la sangre y en ese momento ya todo será irreparable, ya te podrás tomar tres pomos de antiveneno que ya nada ni nadie te podrá salvar la vida —advertía Franklin, de pronto recargado en la pared, a un lado de la pintura de un largo callejón bananero pintado por un pintor

holandés de principios de siglo—. ¿Te morirás entonces? —cuestionó de nueva cuenta, ufano y seguro de sí mismo—. ¿Aceptarás de una buena vez por todas la superioridad de este macho? —inquirió Franklin Keith feliz mientras ya parecía desabotonarse la bragueta.

Sofía no salía de su asombro. ¡Qué imaginación tan endemoniada, pero estos cerdos se merecen todo! Desconocía las facultades histriónicas de su cuñado y amante. Es una personalidad extraordinaria, lástima que nunca haya aprovechado su talento.

Trubico se seguiría arrastrando por el suelo, suplicante, lloroso, tal cual Franklin representaba su papel, paseándose por la recámara. La escena de los lamentos adquiriría más fortaleza en esas circunstancias. Cuando Keith le anunciaba a Trubico que en un minuto más cualquier arrepentimiento sería inútil, el dictador estallaba en un llanto compulsivo, se ponía de rodillas y pedía no ser sometido a ninguna tortura mientras se colgaba siempre lloroso de una de las piernas de Franklin y empezaba su lento ascenso hasta donde se encontraba el centro del poder universal. Según se acercaba, Franklin lo toleraba con un gesto de inmensa satisfacción en el rostro, pero tan pronto advertía la disposición del tirano de cumplir al menos con una de las condiciones e intentaba desabotonarle la bragueta, podía más el asco que el juego, y cuando la repugnancia se desbordaba, Franklin lo pateaba como si Salaragua entera pudiera patearlo en los testículos, en la cara, en la cabeza, en el vientre, infectado por la despreciable bajeza del Benefactor de la Patria, la depravada ruindad de los humanos.

—Muérete ahora mismo, maldito bicho de todos los demonios —gritaba Keith enloquecido en tanto golpeaba insistentemente la entrepierna y el rostro del tirano.

Trubico se llevaba ambas manos al cuello. Se asfixiaba, eran sus últimos momentos, la tráquea se le cerraba, quería suplicar pero la garganta se le cerraba, mientras su piel adquiría un rojo sanguíneo macabro. Estaba próximo a las convulsiones, no podía articular palabra, se contorsionaba con el rostro entumecido, parecía ahorcarse solo. Franklin se retorció desnudo en el piso, libraba su última batalla con la muerte, golpeaba con la mano derecha, ya con la izquierda, azotaba la cabeza, hasta que empezaba a arquearse como si se fuera a petrificar. Repentinamente dejaba de hacer fuerza, la tensión disminuía, se relajaba, sus manos se desmayaban, dejaba de respirar. De golpe volteaba la cabeza y se quedaba con ojos enormes, abiertos, fijos, mirando la nada por un largo rato. Sofía pasaba del calor al frío. Franklin no respondía a los insistentes llamados de su cuñada. Había entrado en un profundo trance. Yacía desnudo e indiferente. Para una broma ya era suficiente. El tirano había muerto. La representación había concluido con todo su dramatismo.

Momentos después, Sofía conocería la realidad del proyecto criminal de Franklin. La sustancia ingerida por el tirano la noche anterior no contenía ningún tipo de veneno, era totalmente inocua para la salud. Había sido específicamente formulada para reproducir todos los síntomas de la agonía, los horrores de la muerte por emponzoñamiento a un grado mayúsculo. Franklin mostró orgulloso un sobre de papel conteniendo un polvo blanco semejante al talco. Si te tomas esto sientes como que te mueres y si te dan este otro, mostró impúdico otro sobre, te mueres de verdad, no hay contraveneno. El tirano no moriría al ingerir el primer polvo disuelto; solo perdería el sentido durante varias horas. Despertaría con una gran sed, agotado y con los labios amoratados. Vomitaría un buen número de veces; difícilmente tendría fuerza siquiera para ponerse de pie. El mareo y la jaqueca serían insoportables, pero recuperaría la plena conciencia antes del amanecer. Después del susto y con una pistola en la mano platicarían amablemente y Franklin obtendría todas las firmas necesarias para quedarse con todos los bienes del dictador entregados a cambio ahora sí de su vida. Ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón. Verás la cara de todos estos tahúres de Nueva York cuando llegue cargadito de dinero para quitarles hasta el último *quarter*. Una vez guardados los documentos le daría al tirano un té de jazmines para ayudarlo a recuperarse con mayor rapidez. El Benefactor lo tomaría candorosamente. Era tan fácil engañar a un enfermo. Un instante después volvería a morir la misma muerte, la misma desesperada agonía, esta vez definitiva.

Los planes matemáticos de Franklin Keith y sus ambiciosos proyectos fueron a engrosar su archivo secreto de grandes aventuras frustradas.

Tiempo después de su salida de Salaragua, acompañado discretamente por su amante para disfrutar las últimas nevadas de sus vacaciones invernales, Furtamantes y sus reducidas huestes habían rentado un par de avionetas con el producto de dos robos recientes a los bancos norteamericanos más importantes de Salaragua. Después de imprimir a toda velocidad propaganda subversiva, despegaron en la noche de un aeropuerto clandestino para dejar caer miles y miles de volantes en las ciudades más pobladas del país. Llamaban a una concentración popular el domingo siguiente, para exigir públicamente la renuncia del tirano, la celebración de elecciones libres y el respeto irrestricto a la Constitución. Los latinoamericanos somos expertos en la promulgación de leyes de avanzada, pero igualmente somos incapaces de administrarlas y de hacerlas cumplir. No habría discursos, nadie cometería la imprudencia de asomar la cabeza de semejante forma. Sería un acto de silenciosa protesta masiva sin mayores consecuencias, al que la prensa extranjera había sido especialmente invitada.

Maximiliano Martínez Hernández, el presidente vitalicio de El Salvador, había renunciado tres meses atrás. Trubico se negaba a poner sus barbas a remojar. A Maximiliano le faltaron huevos en la última hora, a mí no se me verán los calzones, más bien les enseñaré otra cosa, amenazó como siempre el tirano salaragüense. Fue entonces cuando decidió abrir fuego durante la manifestación de protesta, y rechazo contra su estancia en el poder. Ninguno de éstos volverá a salir de su casa sin mi permiso cuando sepa que se encontrará una bala con mis iniciales y mi dedicatoria en el camino. A ver quién, hijos de la rejija, es tan hombrecito como para volver a pedir mi renuncia. El ejército, encargado de la integridad física de la nación y como custodio de las instituciones salaragüenses, cumplió mecánicamente con las instrucciones superiores y abrió fuego: disparó contra las masas. Cayeron cientos de niños, mujeres y ancianos, así como ciudadanos de las más diversas extracciones, edades, actividades y tendencias políticas. Era lo más representativo de la familia salaragüense. La sangre volvió a poner un nuevo acento en las páginas de la historia totalitaria de Centroamérica. El pueblo corrió a esconderse despavorido, más tarde a llorar nuevamente a sus muertos. El llanto se convirtió en coraje y la ira alimentó gradualmente la necesidad de venganza. Pensó en armarse. En cada hogar salaragüense se tramaba un complot y se evaluaban cuidadosamente los riesgos y los resultados. Mejor dejar las cosas como están, ya Dios Nuestro Señor nos hará justicia. Nada de eso, colguémoslo en el campanario de la catedral. El que la hace la paga. Sí, pero que se la pague a otro, yo no tengo por qué exponer mi patrimonio ni mi vida a las represalias de un asesino. Que cada quien se rasque con sus uñas. No cargaré con culpas ajenas. Ya está bien de crímenes. ¿No es suficiente que carezcamos de lo elemental? ¿Todavía tenemos que soportar que aquí, en nuestra tierra, disparen contra nosotros?

Las mortíferas descargas como respuesta a una solicitud de libre expresión, los ayes de dolor para distinguir al titular del gran poder, el pánico ciudadano y la imposición de una nueva ley marcial, la vergüenza o tal vez la noción del presente o del futuro político, debieron tocar alguna fibra de los mandos intermedios del ejército salaragüense. Todo en la vida tenía un límite. Decidieron resistirse a acatar las órdenes superiores y desobedecer abiertamente a las más elevadas jerarquías militares del país. Era un reto sin paralelo. Desafiaban a la autoridad del Padre de la Patria, del Supremo Benefactor de la Nación, aun a costa del juicio de guerra y de sucumbir frente a un paredón como los traidores, con un tiro de gracia en las sienes.

—Fusilen a todos los rebeldes en este preciso instante —tronó furioso e impotente Trubico. Ésa había sido su última instrucción como Benemérito del Hemisferio en la soledad del despacho presidencial decorado con más fotografías y más bustos del Libertador que nunca.

Nadie se movió.

— ¿Están sordos, carajo?

Nadie contestó.

—Bueno, ¿qué estoy pintado en la pared?

Los militares dieron al unísono un paso al frente.

Trubico se estremeció. Retrocedió.

— ¿Qué pasa, carajo?

Otro paso por respuesta, mucho más sonoro esta vez.

— ¿Se han vuelto locos?

Cien espadas fueron desenvainadas de golpe. Otro paso.

El dictador, arrinconado, palideció. Hizo ofertas.

Nadie contestó ni se consultó siquiera con los ojos.

El brillo del acero no le dejaba ver. Era el fin.

Un paso y otro más del grupo ahora con los amenazantes sables de acero refulgente en alto.

Estaba contra la pared. No, no era la pared; cuando las hojas empezaron a rasgar el ambiente en pleno vuelo mutilador se encontró afortunadamente con la perilla de la puerta que comunicaba con su privado de descanso. Estaba abierta, la hizo girar rápidamente y desapareció de un portazo a la vista de toda la plana mayor de generales sublevados. Sonrieron ante la actitud infantil del tirano. Irían a por él a donde se encontrara, toda la Casa de Gobierno estaba sitiada. Además, era bien sabido, esa habitación carecía de ventanas. Era imposible siquiera pensar en la fuga. En cada puerta había un soldado y un sabueso acostumbrado al olor a carroña de las ropas de Trubico. Una escapatoria no sería factible ni como un acto de magia. Sin embargo, cuando los verdugos ingresaron en el cuarto anexo para disputarse cada miembro de Trubico y exhibir en la calle su cabeza todavía sangrante, colgada de la punta de una espada, no encontraron ni rastro del Benefactor de la Patria. Trubico, una prueba más, parecía decir entre sus carcajadas. Había desaparecido. Nada, no había ni huella de él. ¿De verdad se hablaría con Dios? ¿Tendría poderes sobrehumanos como siempre insistió en tenerlos? Se había esfumado como por arte de magia.

Días más tarde la verdad sacudiría a la opinión pública mundial. Trubico ganaba su última batalla después de muerto. Nadie iba a suponer una ocurrencia tan imprevisible. El Padre de la Patria se había hecho construir la Casa de Gobierno a un lado de la residencia de la Embajada de Estados Unidos de Norteamérica⁷¹ para el caso de garantizarse el asilo en una urgencia. Un presidente de la República digno de respeto, que sólo buscara salvar la vida dignamente, no debía salir corriendo como quien escapa de un prostíbulo, sin pagar la cuenta, para llegar enloquecido al domicilio de la representación diplomática norteamericana. Esa opción era muy poco honrosa, mejor, mucho mejor mandar construir un pasadizo secreto que comunicara el despacho presidencial con el del embajador en turno: una de las paredes de la regadera del baño, donde el dictador se aseaba después de sus ejercicios matinales, era falsa. Con sólo empujar la jabonera se abría el camino a la eternidad, a los dólares, al producto de un trabajo honorable y distinguido, a la libertad, a la muerte tranquila y merecida después de un apostolado político como el que exige la presidencia de estos países de coprófagos, como dice mi *beógrafo*.

Lo demás fue casi lo de siempre, Trubico logró el consabido salvoconducto así como las debidas garantías para sus bienes y los de los suyos. Un avión de la fuerza aérea norteamericana lo trasladó a Estados Unidos. Había sobrados motivos para festejar. Todo se había desarrollado a una velocidad vertiginosa. Hasta al propio Departamento de Estado lo habían tomado, como siempre desprevenido los acontecimientos. En los cuarteles de Furtamantes se daba una verdadera lluvia de sombreros. El griterío era ensordecedor. Todos se abrazaban y reían. El ron circulaba en abundancia. Toda Salaragua conmemoraría para la eternidad ese 15 de mayo de 1944. El año de la luz, del derrocamiento de uno de los peores tiranos de la historia moderna del país. Quienes lograron entrar a la Casa de Gobierno y participar del saqueo de los bienes del Benemérito lo hicieron con gran cuidado, no fuera a materializarse de repente alguna sombra o a

cobrar vida cualquiera de las fotografías o de las esculturas colocadas estratégicamente a lo largo de los elegantes salones, en particular el de las condecoraciones. Trubico tenía muchos pares de zapatos y de botas, pero era realmente digno de llamar la atención que todos estaban aún sin estrenar, salvo dos pares agresivamente apestosos, desgastados y ensanchados, como si el Vampiro tuviera empeines anormalmente desproporcionados o careciera de dedos en ambas extremidades inferiores y los hubiera utilizado a diario sin calcetines, lo cual explicaría su costumbre de usar siempre los pantalones tan escandalosamente largos.

Se derribó una estatua ecuestre del dictador cada minuto. También se fundió la de Hitler porque debería tratarse de un pariente igualmente sanguinario del maldito Leónidas hijo de su puta madre. Se borraban sus mensajes y lemas pintados en las bardas urbanas. Se quemaban en las plazas públicas sus biografías y apologías, los libros que consignaban su pensamiento, más bien el de su ideólogo oficial, sus uniformes y pertenencias, sus retratos en campaña, en traje de gala, como director de orquesta, atleta, cocinero e ingeniero; se despedazaban sus incontrolables bustos en plazas, pueblos, alamedas y ciudades. Los músicos improvisaban ingeniosas canciones para burlarse rítmicamente del dictador en cantinas, jardines, restaurantes y loncherías. El pueblo entero celebraba y se sumaba feliz y risueño a las contagiosas tonadas. Las siguientes corren por cuenta mía, se escuchaba por doquier mientras los dados o las fichas del dominó se estrellaban sonoramente contra las mesas de metal de tantos parroquianos jubilosos. El ir y venir de botellas, la combustión de miles de cigarrillos y puros, el bullicio nunca visto, ni siquiera en las fiestas de Independencia de Estados Unidos impuestas por el tirano se llegaron a conocer semejantes niveles de diversión.

Los poetas eran rodeados por curiosos que coreaban sus ocurrentes rimas con chiflidos, carcajadas, burlas y aplausos. Las calles fueron rebautizadas como la Avenida de la Liberación, Democracia Centroamericana o Insurgencia Nacional. Las turbas de fanáticos manchaban o destruían cuanto objeto encontraran a su paso. Un grupo se presentó, según se dijo, a un lado del Obelisco de la Virtud, precisamente donde se encontraba la llama eterna, el símbolo divino, la representación de la decisión de Dios de enviar a su hijo privilegiado encarnado en Trubico a gobernar por siempre y para siempre a Salaragua. Cuando el grupo rodeó el pebetero, a la voz de tres desahogaron todos los asistentes al unísono sus vejigas hasta no dejar ni la menor señal de luz. Hay quien cuenta que varias personas todavía evacuaron su intestino sobre el mechero humeante para dejar su tarjeta de visita, una constancia más de su rechazo a cualquier dictadura futura e impedir la menor posibilidad del resurgimiento del fuego santo. Las bandas pueblerinas tocaron alegremente en cada kiosco provinciano. Hubo bailables, desfiles, cantos y discursos interminables pronunciados por los presos políticos recién liberados. Los paredones, sin embargo, recibían una y otra vez el impacto de mil descargas. Los secuaces de Trubico, los que no habían alcanzado a huir, los que decían que sólo cumplían órdenes, eran pasados por las armas. Los verdaderos responsables habían logrado como siempre salvar el pellejo y el dinero.

Pero también había rostros duros. Uno de ellos era el de Robert Keith. Cualquier cambio a esos niveles podía romper el equilibrio local y regional. Veremos cómo se presentan los eventos y cuáles son los programas del Departamento de Estado. Saldría de inmediato rumbo a Washington, El embajador de la Casa Blanca temía asimismo un desbordamiento que pudiera amenazar las vidas y el patrimonio de los norteamericanos radicados en Salaragua, así como la posibilidad de una extensión del conflicto en Centroamérica, una conflagración mayúscula en el Caribe. La destrucción de grandes plantaciones azucareras, bananeras y cafetaleras. Todos los cónsules, personal diplomático, inversionistas y periodistas norteamericanos radicados en Salaragua debían cruzar información con su Embajada a la brevedad y con la frecuencia que consideraran necesaria. Por lo pronto el jefe de misión diplomática pidió al Departamento de Estado un par de acorazados para evitar cualquier tipo de tentaciones a los rebeldes. ¿Serían comunistas? Eso sí, explíquenle bien a los respectivos capitanes que yo soy quien controlará toda la situación. Estos señores de la marina se sienten a veces con más autoridad que los propios presidentes centroamericanos. ¡Que si los conoceré yo!

Había, sí, muchas caras duras, pero ninguna como la de Franklin Keith al conocer la noticia del

derrocamiento. Perdía una oportunidad dorada de hacerse de un patrimonio fácil para toda la vida y de pasar un muy buen rato. Ahora ya no le quedaría más remedio que meterle mano a la herencia de Sofía, bueno, en realidad de pedirle ayuda y comprensión para realizar ciertos negocios. Él vería la manera de devolver el dinero con sus respectivos intereses a la brevedad posible. Confía en mí, a ti no te fallaré, te juro por las barbas de san Pedro, si es que existió alguien así y llegó a tener barbas. Eres mi única posibilidad de salvación. Sin ti jamás podré independizarme de mi hermano. Yo ya te hice libre, ahora te toca a ti ayudarme, cielo, cielito, cielitito, criatura inigualable del Señor, dueña de mis pensamientos, de mis sueños, de mis ilusiones.

¿Quién se hará cargo del poder en Salaragua? ¡Yo!, respondió un sujeto de voz chillante y generosa papada, piel oscura y abundante cabello negro. No, no. ¡Yo!, yo tengo más méritos que todos ustedes, demandó alguien más con el rostro totalmente cubierto por gafas antisolares, de escasa estatura y bigote ralo, apenas una línea imperceptible perfectamente recortada por manos expertas. Se sonaba sin usar pañuelo. Nunca creí que esto se pusiera siquiera a discusión. Yo, debo ser ¡yo!, desde luego yo, yo, y nadie más que yo, exigió otro candidato obeso enfundado en un elegante uniforme de gala, casi sin cuello, con varios dientes de oro, sin dudar por un instante de sus merecimientos. Se rascaba la cabeza con insistencia, en especial con la uña del dedo meñique espectacularmente grande. Otro, sin los botines militares, sentado al fondo, sobre el sillón favorito de Trubico, prácticamente rapado, reclamó más derechos que nadie para llegar a la presidencia de la República en tanto se aseaba las uñas que no se había comido, con un palillo usado que después se llevaba a la boca cubierta por unos labios gruesos, desproporcionados, invertidos para afuera, a través de los cuales escupía insistentemente. A partir de ese momento el Salón de los Uniformes, el histórico recinto donde usualmente sesionaba el gabinete en pleno, decorado solemnemente con maniqués vestidos con las mejores indumentarias militares de Leónidas Trubico, adquirió de un día para el otro la apariencia de una cantina de burdel en donde la clientela se jaloneaba las coloridas bandas presidenciales cruzadas de los pechos de los uniformes de gala del Libertador de la Nación igual como un grupo de borrachos se arrebatarían los encantos de una nueva inquilina del lupanar. Era imposible un acuerdo ni una elección ordenada y civilizada para nombrar a un sucesor de Trubico entre diez o quince candidatos, los mismos que se consideraban con los méritos necesarios para heredar el supremo poder político de Salaragua.

¿Quién debía ocupar de entre todos la presidencia de la República? Yo tengo el apoyo incondicional de la United Fruit. ¡Bah! Yo cuento con el del embajador norteamericano y, por lo mismo, con el de la Casa Blanca. ¡Pamplinas! A mí me apoya el capitán del *US. Monroe* que tiene sus diecisiete cañones apuntando hacia aquí, por si ustedes se me ponen difíciles. Mira, mira qué miedo me das. Nadie en este país dará un paso al frente si no cuenta con el respaldo del ejército nacional, y yo lo tengo todo, absolutamente todo, de modo que sus bananeras, sus embajadores y sus capitancitos de barcos de papel ya se los pueden meter por el culo. Quien llegue sin nuestro permiso al máximo poder de Salaragua lo colgaremos sin más de ese asta bandera, ¿lo ven? Sí, sí, el de la plaza de Armas. La discusión se hacía interminable. Todos perdían la paciencia al mismo tiempo y la recuperaban simultáneamente. Las cartas credenciales de los concurrentes eran inmejorables; sus padrinos, de primera categoría, sus merecimientos avasalladores. ¿Quién?, ¿quién en ese caso debía ser elegido? Ellos por sí solos jamás llegarían a una conclusión, acostumbrados como estaban a someterse, a obedecer siempre la voz impositiva del amo. Parecían un grupo de niños recién caídos en orfandad.

Que venga entonces el capitán del *U.S. Monroe* y nombre al futuro, presidente. ¡No!, que mejor escoja Robert Keith al sucesor. ¡No!, que sea el embajador norteamericano: ése puede hablar por todos ellos. Hubo un primer silencio. Cesó el griterío. Se dio la concertación. El propio diplomático no se sorprendió cuando una comitiva de militares impresionantemente galardonados lo visitó a él, y no al decano del cuerpo, en la propia Embajada, el edificio más impresionante de Salaragua, cuando sesionaba con la cúpula de inversionistas americanos más poderosa del país. De inmediato fue conducido al Salón de los Uniformes, donde tomó asiento con toda familiaridad, como quien preside una reunión de gabinete más. El representante de la Casa

Blanca entendió sobradamente los motivos de su presencia en aquel histórico momento. No necesitaba ser informado por nadie. Era de suponerse la imposibilidad de llegar a un acuerdo en torno a la sucesión presidencial, especialmente cuando se percató que uno de los candidatos devoraba bananas recostado sobre una vitrina que contenía todas las medallas y condecoraciones del tirano recién depuesto. Era intransitable la posibilidad de imponer a un solo hombre al frente del país. La negociación se extendería al infinito y no tardarían en faltarle al respeto a él mismo. Sugirió una fórmula mágica. Todos se quedaron enmudecidos e inmóviles como el domador frente a las bestias látigo en mano. Habría tres presidentes al mismo tiempo integrados en una junta de gobierno. Las decisiones se tomarían entre ellos mismos por simple mayoría de dos a tres. No habría más. El jefe de la aviación salaragüense, el del ejército y el de la marina presidirían la junta. Eso sería todo. No cabía argumento en contrario. Ellos a su vez convocarían a la celebración de elecciones federales dentro de un plazo no mayor de tres meses. Se daba por levantada la sesión. No habría puntos generales a discutir. Cosa juzgada. El carpetazo. El fin de la gritería. Los rostros llorosos e impotentes. El que niegue a partir de hoy la autoridad de la junta enfrentará un pelotón de fusilamiento. Buenos días, señores.

El general Federico Ponce, uno de los tres integrantes, empezó a intimidar de inmediato a sus otros dos colegas para controlar la junta. Hacía traer de plantaciones, fincas y haciendas a miles de peones con su fotografía cosida en sus camisas de manta y una banderita en la mano que debían agitar a cada golpe de tambor durante los desfiles a lo largo de la capital de la República. Más tarde los depositaban en un rancho ganadero propiedad de Trubico para mantener a través de ellos una amenaza velada sobre la ciudadanía en caso de que se negara a votar a favor del candidato con las mayorías campesinas, las únicas con el poder de decisión... Pasaron los meses y Ponce sólo pensaba en retrasar la fecha de las elecciones. Estructuraba una estrategia para eternizarse en el puesto. Estos no saben ni leer ni escribir, ¿cómo van a votar? Cuando los salaragüenses advirtieron las intenciones del futuro vampiro, rápidamente organizaron nuevas manifestaciones de rechazo en el país. Ponce, asesorado a la distancia por Trubico, aceptó la conveniencia de volver a abrir fuego sobre las masas. El palo, Federico, dales con el palo, no entienden de otra forma. Disparó una brigada de convencidos ex trubiquistas. Murieron varios cientos de salaragüenses en la refriega. Días después Ponce abandonaba empavorecido la presidencia de la República. Eres un maricón, contestó Trubico cuando el propio Ponce le narró los acontecimientos en la suite del mejor hotel de Nueva Orleans. La gente adquiriría mayor conciencia, mayor autoridad, mayor poder. La vergüenza y el arrepentimiento volvieron a opacar el rostro de los militares, los baños reiterados de sangre, sangre y más sangre no podían continuar por ningún concepto. Se hacía un llamado a la dignidad, a la poca que quedara, al honor, aunque se hubiera perdido, a la Patria, aun cuando fuera un concepto hueco, al futuro, aun cuando se careciera de esperanza, a la imagen internacional de Salaragua, aun cuando nunca hubiera importado, al ejemplo de nuestros hijos, aun cuando nunca se hubiera recapacitado en ese concepto.

La última masacre cambió la perspectiva inmediata de Salaragua. Nadie hubiera podido suponer que dicha matanza significaría un verdadero parteaguas en su historia. ¡Qué caro tenían que pagar los pueblos su derecho a la libertad y al progreso! ¡Qué escondidas se encontraban las fibras, el coraje de la nación! ¡Qué difícil alcanzarlas y estimularlas para insuflarle vida a un organismo perennemente adormilado! Sí, sí, la feliz circunstancia finalmente se había dado: una Salaragua gobernada por todos los salaragüenses. El horizonte político, el porvenir nacional, era muy otro; la alborada, los primeros rayos del amanecer brillaban con una luz desconocida, ignorada, estimulante. Parecía nacer un día eterno.

La posibilidad de realizar unas elecciones libres por primera vez en la historia de Salaragua, aun cuando fuera a mediados del siglo XX, provocó un entusiasmo creciente entre los nuevos integrantes de la junta de gobierno representada ahora en dos terceras partes por Jacobo Arbenz y Francisco Javier Araña. Ambos personajes entendieron la coyuntura política y procedieron con la cautela que exigía el momento histórico. Se

extendieron las máximas garantías y seguridades personales a los candidatos a la presidencia de la República. El margen de error era muy reducido.

Robert Keith observaba meticulosamente cada uno de los movimientos e interpretaba dentro de su muy particular óptica el contenido de los discursos de los contendientes. Olfateaba como experto sabueso el menor olor a comunismo. La palabra expropiación lo podía inducir al vómito. Tenía la capacidad de encontrarla en cualquier texto con sólo abrir las páginas de par en par. Analizaba las entrelíneas para arribar a sus propias conclusiones. Si les dejamos tripular un transatlántico a unos menores de edad nos hundiremos antes de salir del puerto, nos hundiremos, repetía en su casa cuando eventualmente se encontraba con Sofía a lo largo de un pasillo, o a un socio en la sala de juntas de los cuarteles generales de la Frutera en Boston, o en las reuniones del consejo de administración de los bancos, de los ferrocarriles centroamericanos o del orgullo de su corazón, su amada Flota Blanca, una de las mayores flotas mercantes del mundo.

A la conclusión de la Revolución de Octubre de aquel milagroso 1944, Arévalo fue llamado de inmediato para encabezar el movimiento. Faltaba una semana para que cumpliera cuarenta años. Si los jóvenes no hacemos los cambios, no los hará nadie. El homenaje que le tributaron Furtamantes y sus huestes no pudo ser más emotivo. Desde sus inicios se constituyó en el candidato favorito entre cinco participantes. Hasta el propio embajador norteamericano comentó que su triunfo era casi seguro. Tanto Jacobo Arbenz como Francisco Javier Araña se mantuvieron al margen de las elecciones. Ambos velaron permanentemente durante el nacimiento de esa hermosa promesa republicana. No sólo eso: vigilaron celosamente el desarrollo de la contienda para hacer respetar, por primera vez en la historia de Salaragua, la voluntad mayoritaria de la nación.

Juan José Arévalo era un civil sin ninguna vinculación a la dictadura ni al militarismo. Las ausencias tan prolongadas de su patria hicieron de él un desconocido, no sólo en Salaragua, sino entre el seno del Departamento de Estado. Su formación filosófica y política hizo suponer válidamente desde un principio su desprecio por la autoridad absoluta y su deseo de sujetarse al imperio de la ley dentro de un contexto democrático: si no se llevan al Caribe sistemas representativos, la gente seguirá depositando su confianza en la religión, en la magia o en el grano de pólvora, porque en los subterráneos del alma popular hay asambleas que rezan porque venga un huracán que le cante el vudú a los trubicos para que se largue con ellos. Arévalo significaba una esperanza liberal, una posibilidad casi ignorada en Centroamérica y en el Caribe, que ciertos vecinos como Somoza, Batista y Trujillo desairaron con menosprecio y repulsa. Deberíamos extirpar estos aprendices de presidente antes de que infecten con sus estúpidas promesas nuestra región. Es muy fácil hablar cuando se ignora la realidad política de un país, así como la insignificante calidad moral de la gente que tendrán que gobernar. Si tuvieran nuestra experiencia jamás se permitirían pronunciarse con semejante ligereza. Libertad, sí, claro, libertad, como si ya estuviéramos listos para vivir con ella... ¡Bah!

Arévalo se presentó en la campaña como un orador dinámico y efervescente, sus discursos siempre bien articulados y ricos ideológicamente atrapaban la imaginación del electorado gracias a sus convicciones liberales y progresistas. Furtamantes había empeñado buena parte de su tiempo en la divulgación de los escritos y del ideario político de su candidato durante su exilio en Argentina. El movimiento arevalista no era una maquinaria política como el Trubiquismo, era un movimiento de marcada extracción popular que prometía apartar definitivamente a la ciudadanía de las miserias del autoritarismo y, posteriormente, independizar a Salaragua de la influencia, por ahora determinante, de otras naciones. Este país debe ser conducido por salaragüenses en beneficio de los propios salaragüenses. Sus palabras podían sonar obvias y hasta aburridas en el mundo civilizado; en Salaragua jamás se habían escuchado en la vía pública semejantes mensajes nacionalistas sin que cayera muerto de cinco tiros en la cabeza el osado orador. Aun cuando el fascismo había llegado a Centroamérica un siglo antes del encabezado por Hitler y Mussolini, la muerte del fascismo europeo y del asiático, desde luego ya muy próxima, señalará el principio de la extinción del latinoamericano y, de acuerdo a la Revolución de Octubre, la salvación de Salaragua. El gobierno de Arévalo sería un gobierno de paz, trabajo y prosperidad material y espiritual, apartado de la retórica y

empeñado en convertir las palabras en hechos: Una expresión de la libre voluntad ciudadana. Un don Quijote, como se le empezó a llamar en los círculos cultivados, un idealista que coincidía en un momento de fervor revolucionario de su país⁷².

El día de la toma de posesión Juan José Arévalo sacudió a los suyos con su ya conocido lenguaje apasionado. Hizo llamados vehementes:

Mi gobierno servirá antes que nada a los intereses de la colectividad siempre dentro de un marco de referencia democrático... Es injusto que la ganancia de un individuo no implique una ganancia para la sociedad... El origen del desarrollo humano es la libertad, pero una libertad coincidente con las aspiraciones de la comunidad... La democracia es un sistema social, en ningún caso individual... Los intereses particulares no deben constituir obstáculos para el progreso de las mayorías ni deben impedir la satisfacción de sus necesidades generales... Los derechos políticos deben integrarse con los objetivos sociales, culturales y económicos. Si fuere necesario restringiré los derechos civiles siempre para proteger los derechos de las mayorías y la seguridad nacional... No hay contradicciones, señores: la intervención del gobierno en la vida económica y social del país creará las condiciones necesarias para facilitar la expresión de la libre voluntad de las mayorías.

Algunas de sus declaraciones más sobresalientes quedaron para la historia de Salaragua una vez grabadas en la memoria de quienes tuvieron la fortuna de escucharlo personalmente.

—Cuando en un país hay 90 por ciento de analfabetos es imperativa la presencia de una autoridad protectora, paternalista, pues carecen de la más elemental capacidad defensiva, presos como están de un sistema de poderosos intereses económicos al que son totalmente ajenos. Al protegerlos, por lo general, el Estado se hunde con la ignorancia de esos millones de gobernados. Nosotros no incurriremos en ese error. Daremos, sí, pero exigiremos. Capacitaremos, instruiremos, adiestraremos gratuitamente en la medida de nuestras fuerzas, sí, pero demandaremos resultados, y en su caso sustituiremos a los responsables por otros con una dinámica personal diferente.

—No nos dejan subir el precio de nuestras bananas pero sí el de las mercancías americanas que importamos.

—Estados Unidos regula el radicalismo de los gobiernos latinoamericanos a través del control de los precios de sus materias primas.

—El hombre exige la existencia de una atmósfera de libertad para el desarrollo armónico. El florecimiento de lo mejor del talento humano no puede darse en un ambiente de secuestros ni de persecuciones ni de ausencia de garantías ciudadanas. Las dictaduras empequeñecen al hombre: lo reducen, lo encajonan, lo anulan. Igual las de derecha que las de izquierda, lo castran, lo destruyen, lo ignoran y lo deprimen al asaltar la razón, al renunciar a la crítica y al aplastar la inteligencia, la facultad más cara y preciosa del género humano.

—La revolución armada se convirtió en la única esperanza para los desposeídos aunque viniera a la postre a significar un retroceso adicional. Nosotros aprovecharemos nuestro propio impulso, el impulso revolucionario, nuestra energía y nuestra inercia en la construcción inaplazable de Salaragua y más tarde en la de toda Centroamérica.

—Los intereses económicos, políticos y militares de Estados Unidos han cancelado tradicionalmente cualquier cambio económico y social de la región.

—Con los llamados programas patrocinados por la Casa Blanca vienen las ayudas, con las ayudas los préstamos, con los préstamos las deudas, con las deudas la dependencia y con la dependencia, desde los marines hasta la pérdida humillante de nuestra soberanía, además de otras calamidades.

Los planes, programas y alianzas con Estados Unidos son caballitos de Troya en las economías latinoamericanas.

—Los programas de ayuda vienen invariablemente atados a la compra de armamento, de equipo o de tecnología americanos. Quien entienda dicho auxilio con un propósito altruista desconoce la personalidad y las intenciones históricas de quien supuestamente pretende ayudarnos. Los planes de ayuda están orientados a expandir a las empresas americanas locales o a las que se encuentran en su propio país. Los préstamos no tienen por objeto beneficiar a las naciones que aparecen como signatarias en los convenios bilaterales. Nos dan para que les compremos

todo género de bienes necesarios para estimular su crecimiento, no el nuestro. No nos engañemos.

—Tengo el convencimiento de que cuando la ciudadanía y los partidos comprueben que se puede llegar al poder solamente por el camino ancho y legítimo del sufragio popular no intentarán ya entrar por la ventana y tomarlo por asalto. El pueblo salaragüense y sus fuerzas armadas están convencidos de que no existen soluciones mágicas y de que la batalla contra la miseria no se gana ni con las palabras vacías de los falsos apóstoles ni con la aventura cobarde de los atentados y los cuartelazos⁷³.

—Donde se da el voto y se respeta como fórmula de convivencia civilizada se da el progreso en todas sus formas y manifestaciones. Una sociedad progresista honra a diario, amparada en la concesión de libertades, la dignidad del hombre.

—De las setenta mil personas que cada año mueren en Guatemala 30.000 son niños. La tasa de mortalidad infantil es cuarenta veces más alta que la de Estados Unidos⁷⁴.

—Los créditos agrícolas se destinan a la agricultura de exportación en un 97% mientras que sólo un tres por ciento se dedica al cultivo de arroz, maíz y frijoles.

— Estados Unidos es el principal exportador de alimentos en el mundo, pero exporta poco a los países que mueren de hambre. También es el principal importador de alimentos aun de países que se encuentran en la desnutrición⁷⁵.

Días después Robert Keith llamaba por teléfono a su abogado y lo invitaba a disfrutar los calores del Caribe a bordo de su yate, en compañía esta vez del embajador norteamericano de acuerdo a un modelo de relaciones públicas tradicionalmente probado y eficiente. Quería analizar la situación jurídica de sus empresas y revisar con la perspicacia de John Foster Dulles y de Max Curt Biehl, la realidad política salaragüense a la luz de la campaña de Juan José Arévalo. Las escobas nuevas barren muy bien, Robert. Si algo tiene que hacer un candidato es prometer, revelar posibilidades y alternativas, dar esperanza y asegurar el advenimiento de un mundo nuevo. Déjalos hablar, al fin que nosotros no les dejaremos hacer. He visto tantas cosas, Robert, que, como tú entenderás, no tengo nada que temerles a estos lactantes, arguyó John Foster Dulles.

Pero ni así se tranquilizó Keith. Arévalo era como un vientecillo molesto, una amenaza insignificante. Así comienzan los huracanes que derriban los castillos de cristal de los confiados. Yo también he visto mucho, John, más de lo que tú te imaginas, sólo que yo sé interpretar como nadie las señales del cielo en estas latitudes tropicales...

Mientras los norteamericanos acudían en su país a las urnas para reelegir por tercera vez consecutiva al presidente Roosevelt y en Europa los aliados intensificaban ferozmente su respuesta militar contra los alemanes y sus rostros se inflamaban de horror y asco según encontraban los campos de exterminación y tortura de judíos y opositores del nacionalsocialismo, como Buchenwald, Dachau, Belsen, Auschwitz, Linz y Lublin, Juan José Arévalo resultaba electo presidente de la República. Era el 19 de diciembre de 1944. El recuento de los votos obtenidos superaba en cuatro tantos los de la oposición combinada y aun cuando su triunfo era sobresaliente no lo fue como el de Trubico años atrás, cuando materialmente aplastó a sus contrincantes con 308 mil votos a cero: Y eso que yo no le ando pidiendo dinero a los señores presidentes centroamericanos para financiar mis campañas políticas como sí lo hace Franklin Delano Roosevelt.

Al día siguiente de la toma de posesión de Arévalo, el 15 de marzo de 1945, apareció en plena luz pública la primera edición de *Azúcar Amarga*, una constancia más del advenimiento de la libertad. El menguado presupuesto de los socios encabezados por Ricardo Furtamantes impidió la impresión de un número suficiente de ejemplares como la ocasión lo ameritaba, pero la voz corrió. *Azúcar Amarga* era indudablemente uno de los frutos de la democracia. Un fresco baño de sol en el amanecer caribeño. Ninguna

generación en la historia de Salaragua había vivido en una atmósfera de libertad ni imaginado las ventajas y alcance de su existencia. Lo mejor del género humano se da bajo su sombra protectora. Ni durante los trescientos años de dominio español ni en los 120 años subsecuentes, gobernados casi ininterrumpidamente por seis tiranos del corte de Leónidas Trubico, había sido posible decir ni hacer ni contradecir ni oír ni repetir ni comentar ni reír. La algarabía era pues justificadamente contagiosa.

Ricardo Furtamantes no podía dejar de escribir en el primer número en libre circulación, relevado ya de las angustiosas presiones del claudestinidad. Él mismo, había entregado a Juan José Arévalo el primer ejemplar para conmemorar el día del nacimiento de la libertad de prensa, lamentablemente no en toda Centroamérica, sino sólo en Salaragua, pero al fin y al cabo por algo debemos comenzar, sentenció el joven presidente de la República al recibir la histórica edición, aún con la tinta fresca. El editorial de honor del periódico era dedicado por supuesto al establecimiento del primer gobierno democrático en el país:

¡Adelante! Demos ahora el siguiente paso

Finalmente derrocamos al tirano, un sujeto, como ya alguien lo dijo, medio hombre y medio bestia. La expulsión de un sujeto medio hombre y medio bestia en la posición más importante del país. Quedan atrás la persecución, la tortura y la violencia como una noche oscura y aciaga de tormenta. Nos queda por delante la reconstrucción de la nación, el saneamiento de las heridas y la convalecencia de nuestras mejores esperanzas. El camino por recorrer es largo, la marcha por la reivindicación será difícil y penosa, los esfuerzos por realizar gigantescos y el coraje a demostrar tan grande como la grave regresión sufrida a lo largo de tantos años de aberrante cautiverio. Quienes formamos las páginas de este diario gozamos de una justificada satisfacción porque empeñamos nuestras vidas en la destrucción de la barbarie sin comprometer nuestra causa con grupos comunistas ni facciones capitalistas. Por esta razón nos sentimos doblemente recompensados. El esfuerzo de los caídos, de los torturados, de los mutilados, de los desaparecidos, de los exiliados, no fue inútil, ni la pérdida de sus vidas infecunda ni sus gritos de dolor se perdieron en el vendaval. La conducta y el ejemplo de quienes lamentablemente ya no se encuentran entre nosotros para celebrar estas jornadas gloriosas se convirtieron en semillas, incentivos para continuar en la lucha, estímulos vigorosos para no capitular nunca y emprender con mayor ahínco y fortaleza la rabiosa campaña por la conquista de la libertad. Gracias en buena parte a ellos, hoy festejamos la apertura de una nueva época ciertamente promisoría y alentadora.

Trubico ya no está al frente del país. Pero mal haríamos en equivocarnos y suponer que el tirano era el único enemigo a vencer. No olvidemos que Salaragua ha vivido dominada desde la época de la conquista por una aristocracia de latifundistas nacionales y extranjeros a quienes les ha convenido obstaculizar nuestro desarrollo político e institucional para no dejarnos disfrutar nuestra propia riqueza.

Carecemos de capital, no así de riqueza. Esta riqueza la tenemos, pero concentrada en contadas manos que siempre presentan la forma de un puño de acero cuando se habla de distribución y de participación económica del esfuerzo común.

Hablemos con las fruteras. Hagámoslas comprender nuestro justificado deseo de crecer con ellas, de evolucionar al unísono, de disfrutar conjunta y dignamente el éxito de la asociación del capital y el trabajo.

Para la inversión extranjera, unos están para dictar órdenes desde su escritorio y otros estamos para cargar pencas de sol a sol, como parte natural de la vida y de las capacidades físicas y mentales de los hombres. Que sepan ya que nuestro único objetivo consiste en elevarnos a la altura misma del ser humano.

Nos hemos propuesto escapar del hambre. De la estupidez. De las altas tasas de mortalidad. De la involución. Del pánico social como fórmula de control político. De la ignorancia. De la indiferencia. De los militares: Ay de aquel país en donde las fuerzas armadas reflexionan.

Si ya dimos con toda fortuna y coraje un paso, demos el otro de una vez por todas y para siempre: sentémonos a la mesa de negociaciones con las empresas fruteras y hagámosles saber que hablamos de igual a igual. Que la fuerza de trabajo no es menos importante que la presencia del capital. Nada hace el uno

sin el otro. Después busquemos la comprensión y el apoyo a través del diálogo; en su defecto, exijamos nuestros derechos. No vamos a negociar con nuestra hambre ni a pedir limosnas ni concesiones graciosas. No venimos a solicitar sino a demandar. No venimos a pedir sino a imponer las reglas de convivencia en nuestro propio país, por primera vez en la historia.

Los trabajos de construcción del centro cultural de la United Fruit continuaban a ritmo acelerado. Simone Kirkpatrick no perdía detalle de la evolución de la obra. Igual se encontraba a las seis de la mañana al lado de los calculistas de la cimentación, que a las nueve de la noche en una casa de remates de esculturas en bronce del siglo XVII. Era una pesadilla para los ingenieros, arquitectos y decoradores, como también lo era para quienes deseaban vender piezas de gran valor artístico. Se irritaban por los interminables y amañados regateos de ella y por su negativa a revelar su identidad, así como el origen de sus abundantes recursos. Ya la buscaban muchos anticuarios de Estados Unidos, dueños de las más acreditadas galerías, herederos interesados en rematar el que fuera patrimonio de sus abuelos, así como terceros urgidos de hacerse de dinero para enfrentar algún problema de asfixia financiera, así como estafadores o falsificadores de toda índole, camuflados con exquisita elegancia. Ella siempre permanecía en el anonimato para no perder capacidad negociadora. Si a Keith le demuestro que sé comprar, al rato me faltarán paredes para colgar mis colecciones. Mi museo por sí solo hará obligatoria una visita a Estados Unidos, tal y como acontece con el famoso Taj Majal cuando se visita la India.

Los habitantes de la Urbe de Acero admiraban a su paso el avance diario del regio palacio del arte. Parecía ser el único tema de conversación en los cafés, restaurantes, *cocktail parties*, academias e institutos de arte de la ciudad de Nueva York. Las revistas más prestigiadas no dejaban de publicar reportajes en relación a la magnificencia del museo. Una compañía hotelera de primera categoría anunció la inauguración de quinientos cuartos de super lujo frente al centro cultural, igualmente para el inicio de la promisoría primavera de 1946. Robert Keith era noticia. En su derredor se creaban directa o indirectamente muchas fortunas. El Rey Midas, el Mecenas del siglo XX y demás centurias por venir. Su fotografía y una vista de la maqueta eran publicadas una y otra vez en todos los diarios de la Unión Americana, ya fuera en las secciones culturales o en las especializadas, así como en las de la vanguardia arquitectónica. Más de un acaudalado empresario experimentó una sonora bofetada en la cara. No todo en la vida es dinero, parecía aleccionarlos Robert Keith con la construcción de su faraónico templo de las Bellas Artes. La vida tiene muchas otras facetas, independientemente del acaparamiento de bienes y dinero. Las actividades lucrativas deben absorber una mínima parte de nuestra atención dentro del reducido espacio de nuestra existencia. La búsqueda y la tenencia de capitales debe ser entendida como un medio para satisfacer las necesidades espirituales del hombre, pero nunca como un fin en sí misma. Apréndanselo de una buena vez por todas: sólo el arte nos reconciliará con el género humano. El dinero endurece, el arte sensibiliza. Aprovechemos nuestros recursos para financiar el reencuentro del hombre con el hombre... ¿Está bien dicho así, señorita Kirkpatrick? Me trae usted cada palabreja y tanto concepto raro que apostarí a que ninguno de todos los figurines esos perfumaditos que usted metió en la nómina podrían explicar su significado. A saber de dónde los sacaron, pero cómo impresionan a mis colegas...

Simone Kirkpatrick había mandado cubrir toda la cabecera de la manzana con una barda grande y blanca rotulada con una leyenda en caracteres negros:

AQUÍ SE CONSTRUYE UNO DE LOS MAYORES TEMPLOS DEL ARTE
EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD, COMO UNA MUESTRA AL
PUEBLO DE ESTADOS UNIDOS Y AL MUNDO ENTERO DE LA
GENEROSIDAD Y ESPÍRITU DE SACRIFICIO DE LOS HOMBRES
DE EMPRESA NORTEAMERICANOS

El mismo Robert Keith se habría negado a aprobar semejante texto. Por lo mismo, la señorita Kirkpatrik ordenó su rotulación sin consultárselo siquiera. Es mejor pedir perdón que pedir permiso, pensó ella para sus adentros. Pero la directora de relaciones culturales de la United Fruit se equivocó. Convencer al magnate había resultado una tarea más fácil de lo previsto. Él mismo había doblado las manos prudentemente a la primera pregunta:

— ¿Es cierto o no es cierto, señor Keith? —Silencio.

—Sí lo es, —repuso finalmente—, pero también es extraordinariamente pedante.

—Señor Keith, la verdad y la inocencia son todo en el mundo del arte. La creación artística y la mentira no pueden coexistir, se rechazan como valores opuestos. Acostúmbrase a vivir entre nosotros y encontrará una paz ignorada por quienes viven sepultados en el mundo del dinero. La autenticidad libera a los hombres, señor Keith, créame, por favor créame, no importa que suene pedante mientras sea genuino.

—Estoy de acuerdo...

— ¿Ah, sí? —interceptó ella ágilmente—. Entonces permita usted que la verdad haga el resto del trabajo. ¡Olvídese de la barda y el letrero!

Los silencios recurrentes de Keith halagaban cada vez más a Simone Kirkpatrik. Ella comprendía a plenitud su significado. Empezaba a conocerlo. Cada vez que se calla es que lo domino.

—Bueno, pero por lo menos ponga en el letrero el nombre de los benefactores, como usted nos llama tan graciosamente.

—Esa será la sorpresa final. Por lo pronto el misterio nos hará una publicidad gratuita.

—Señorita Kirkpatrik, no me gustan las sorpresas: ¡póngalo!

—Señor Keith...

—Ponga al final del texto United Fruit o Robert Keith o como usted quiera, no se canse en insistir en el nombre del padre del proyecto.

—Como usted ordene, señor.

—Gracias. Mi trabajo me ha costado. Desde ahora mismo quiero saber a qué sabe esta aventura en la que me he metido.

Para Simone Kirkpatrik el tiempo transcurría a una velocidad impresionante. Mandó poner de cara a la Quinta Avenida un anuncio que informaba a los transeúntes los días restantes para la histórica inauguración. Deseaba comprometer a los constructores con la comunidad neoyorquina. Ella actualizaba personalmente el calendario de entrega tan pronto llegaba a la obra. Nada revestía para ella mayor importancia e ilusión que hacerse acompañar a primerísima hora de la mañana por un albañil y desprender la fecha anterior para sustituirla por la nueva y mostrarla burlescamente a los responsables y encargados. Los mismos sábados y domingos no dejaba de asistir para realizar personalmente los cambios. Escogía materiales, compraba telas para decorar la cafetería, vasos, copas, platos. Discutía con los carpinteros los detalles de la biblioteca, con los especialistas en iluminación y en ventilación la mejor ubicación del aire acondicionado y de los domos para no afectar los óleos y evitar simultáneamente la presencia de brillos que impidieran el máximo lucimiento de la obra. Era una verdadera maniática de luz como toda buena museógrafa. Córralo, bájelo, inclínelo a la derecha, no, ahora a la izquierda, ahí, sí, ahí, ya no lo mueva más, déjelo como está. Así es cómo debe quedar. Atendía la sala de conciertos para cuidar con la máxima precisión los pormenores de la acústica. Revisaba hasta la compra de paragüeros para los vestidores. Repasaba las medidas de las vitrinas de la tienda y de la librería con los vidrieros. Contratava asesores de las diferentes especialidades para contar con el mejor surtido de libros, réplicas de barro, bronce y mármol de las obras maestras de la

escultura universal, y analizaba con expertos los sistemas más sofisticados de seguridad. Estaba en todo al mismo tiempo, como si tuviera don de ubicuidad. Los trabajos se terminarían a tiempo, ah sí, de eso me encargaba yo...

Keith, por su parte, posaba cuatro horas a la semana para que tanto un retratista inglés como un escultor italiano se encargaran de concluir sus trabajos lo mejor posible. Eso sí, no podía prescindir del cigarrillo en la mano derecha para darse un cierto aire de interés y galanura. Aparecía de pie con la mirada desafiante fija en el horizonte, como si de ella surgiera una fuerza capaz de cambiar el rumbo del peor huracán en la historia de Centroamérica, ¡qué Centroamérica!, ¡del mundo entero! Como si fuera posible detener la rotación de la Tierra con la sola concentración de un dios humano. La mano izquierda se encontraba metida discretamente en el bolsillo de su indumentaria de campaña, aquella que el Rey de la Banana utilizaba para recorrer sus bananeras a caballo. El salacot, prenda indispensable, no podía ocultar la expresión del rostro del magnate, ni siquiera disminuirla, por eso ambos artistas decidieron colocarlo un poco subido, para descubrir apenas la frente de Keith; la pose final bien podía haberse dado al final de uno de sus extenuantes recorridos en cualquiera de sus enormes plantaciones caribeñas. Las bananeras o las azucareras. Sólo faltaba el olor a selva y un par de esclavos a sus pies... Simone Kirkpatrick no dejaba de recordarles a cada instante la importancia de sus obras y el destino final de las mismas. Es probable que hasta nos inaugure el propio presidente de Estados Unidos dentro de 385 días.

Sofía y Franklin parecían inagotables. En estricta justicia, ella en la intimidad del amor no ocultaba su felicidad ni su encanto. Para Franklin empezaba el proceso de la estabilización, o mejor dicho, el declive de una aventura más. Ingresaba en los pantanosos terrenos de la rutina. En ocasiones practicaba denodados esfuerzos por ocultar sus esporádicas ausencias de inspiración, deseo y espontaneidad. Los latidos de su corazón ya no eran sino el recuerdo, el eco melancólico de unos golpes de tambor perdidos en el horizonte turquesa del mar Caribe, sobre todo porque no había logrado tener acceso a la cuenta de cheques de Sofía. Los sudores habían desaparecido junto con el apetito antes incontrolable; el impulso natural era sustituido por un esfuerzo mental preconcebido, utilizado para disfrazar la pérdida de sus instintos carnales. Ya no lo motivaba entrar repentinamente en la regadera donde se bañaba Sofía mientras entonaba sus favoritos cantos guajiros. Ella nunca cantaba hasta que conoció a Franklin. Ya no tomaba gozoso el jabón ni recorría bajo un generoso chorro de agua tibia una y otra vez el cuerpo de Sofía, con las manos saturadas de espuma, ni disfrutaba sus risas, sus ayes, sus no, mi amor, sé más suave; sus sí, sí, así me gusta, acércate más, seamos uno aquí en la tierra como en el cielo. Sus besos apasionados como quien siente vértigo antes de caer en un precipicio y se sujeta firmemente de una mano salvadora; sus besos, tan frescos entonces como el agua de un manantial, tampoco le producían la menor emoción. Sus perfumes estimulantes y perversos, sus esencias maduras tan exquisitas como el vino viejo. Franklin, serás eterno. Ahora yo; tú cierra los ojos y pronuncia mi nombre en todas las formas según te toco y te envuelvo con la magia de mis manos. Arrancaré una a una las tonadas de tu sexo. Flotaremos dentro de cualquiera de estas burbujas, aspiraré tu aliento, me embriagaré con él, nos balancearemos en el vacío, rumbo al infinito nos precipitaremos con los cuerpos entrecruzados suplicando al mismo tiempo un final glorioso, eterno, compartido y simultáneo.

Las insinuantes caricias nocturnas ya no llamaban al combate al guerrero infatigable. Lo arrinconaban, lo mutilaban, lo reducían a las irritantes proporciones del rencor, el coraje y el fastidio. Era un desecho; los restos de una virilidad, una vez insolente, orgullosa y altiva; las ruinas del imperio de la fuerza, los tiempos del osado reto al sol, al infierno y a los cielos. El bastón de mando, su inmenso poder, su hermosa y autoritaria figura masculina tallada por las manos pervertidas de la madre naturaleza, convertido ahora en una triste arma mellada en su gloria, ya ni siquiera digna de guardarse en cualquiera de las tristes vitrinas del recuerdo. Las dos caras de una mujer. El apremio por verla y la fortuna de no volver a verla. La necesidad de disimulo, el peso insoportable de la apariencia, el fuego extinguido, la irremediable debilidad, el choque con la

razón, el apetito perdido, la traición de los instintos, la gula sexual, la inminencia del descubrimiento, la pérdida de la ilusión y el fatal hallazgo de la indiferencia y el rechazo.

Franklin creía haber encontrado finalmente tres insospechadas posibilidades de placer que concurrían paradójicamente en la misma mujer, Sofía, su cuñada. Se vengaba al golpear a su hermano en las partes más nobles de todo ser humano. ¡Cuándo me iba yo a imaginar semejante generosidad en mi destino! Poseía una hembra en celo, brava y caliente dispuesta siempre a recorrer a todo galope con la respiración desquiciada, empapada, desbocada en lamentos y quejidos, todos los caminos secretos, aun los reservados al amor prohibido. Y tercero, la oportunidad de llenarse de dinero los bolsillos, la suerte de los temerarios y de los atrevidos, las ventajas de jugar todo a una sola carta y ganar.

Isabel, por su parte, se había hecho mujer. Sus diecinueve años recordaban a Sofía los días felices de su juventud en que su físico perfecto era una verdadera ostentación de poder dentro de la sociedad. Era una réplica mejorada de los mejores días de su madre. Había heredado la altivez de los Keith y la jovialidad de los Guardia. Cuando dejes de reírte de ti misma serás una verdadera desgraciada. Nunca te tomes en serio, no vale la pena. La solemnidad va de la mano con el acartonamiento y la amargura. Al igual que su hermana, a temprana edad, incluso antes del estallido de la guerra, ya habían recorrido Europa, América, Asia y África y estaban acostumbradas a jugar con la geografía como si tuvieran el mundo entero en un puño.

La educación era un concepto anticuado reservado a los hombres, en especial a los dedicados a la creación de capitales. Ninguna de ellas asistió nunca a las academias ni a los centros universitarios. Tu destino será casarte, pero casarte bien, hija mía, casarte con alguien igual a nosotros; la felicidad habrás de tenerla y encontrarla en tu casa, al lado de tus seres queridos, pero nunca en las aulas rodeada de hombres, exclusivamente interesados en nuestra fortuna. Las hermanas Keith Guardia se especializaron en revistas de modas, cocina y repostería, decoración de interiores y exteriores, de maquillajes y sofisticadas técnicas cosméticas, de masaje, adelgazamiento, rehabilitación capilar y todo tipo de maquillajes y tintes para el pelo. Eran expertas en compras. Conocían las tiendas más elegantes y caras de Estados Unidos para llevar a cabo la actualización de sus vestidos y de sus colecciones de joyas para verano e invierno. Los más distinguidos modistos realizaban desfiles privados en sus elegantes centros de exhibición para mostrar las próximas prendas de la temporada. Contrataban a las más bellas modelos para exhibir sus últimas creaciones tanto de ropa íntima, cóctel, trajes sastres y de noche. Los más famosos cortadores ya sabían que los gustos de Isabel se orientaban a los cortes estilo imperio y en todo caso tenían siempre uno especialmente diseñado para ella, hecho de acuerdo a sus medidas. Las copas de champaña y los canapés de *foie gras* y caviar iban y venían al ritmo de las interpretaciones de un cuarteto de cuerdas alemán contratado para tocar tras una cortina con el objeto de no molestar ni los ojos ni los oídos de la exquisita clientela, una selección musical del repertorio de las mejores obras del siglo XIX. Al principio, a los músicos les había parecido ofensivo no aparecer a la vista de su auditorio: nunca habíamos sido víctimas de semejante infamia, pero la catarata de dólares bien pronto los hizo aceptar las condiciones. Malditos gringos, se creen que con su dinero todo lo pueden...

En uno de tantos viajes a Nueva York y Boston, Isabel conoció finalmente a quien a su juicio sería el hombre de su vida. Sofía le había prometido no intervenir en su decisión, animada de no incurrir en un error, o lo que es peor, en un atropello semejante al que ella había padecido cuando se celebró su matrimonio con Robert Keith, llevado a cabo más bien para saldar un acuerdo entre su padre, el presidente de la República de Costa Rica y la United Fruit y un capricho más del novio, que como una entusiasta promesa de amor.

La madre no tardó en leer la mirada del pretendiente a la herencia y de inmediato lo catalogó como un caza fortunas. Lo veo en sus ojos, Franklin, tan claro como el día y la noche. Franklin registró el mensaje y por toda respuesta se concretó a aspirar lentamente los aromas de un puro habano. Total, que es un ventajoso, y quiere dar el braguetazo de oro, ¿no? El estilo era inconfundible. La sonrisa estudiada una y otra vez en el espejo, la fingida naturalidad, las frases hechas, el novedoso sentido del humor, el afán de atraerse y ganarse simultáneamente a la prometedora suegra tan rápido o más que a la novia, el porte atlético,

deslumbrante; el pelo alineado, la ostentación de sus antecedentes académicos, la capacidad histriónica, la verborrea perfeccionada, el bailarín especialista en todos los ritmos, del vals al Charleston; el deportista consumado, el estudiante dueño de una cultura irresistible al primer soplo, pero altamente impresionante para los oídos acostumbrados a escuchar nombres de tiendas, casas de alta costura y cremas faciales, lociones humectantes y perfumes exóticos.

— ¿Sabes qué pasa con Isabel? —le dijo Franklin a Sofía una tarde en la suite de la United Fruit de la Quinta Avenida.

—No, ¿qué le pasa? —repuso ella mientras sus fuerzas se multiplicaban imaginariamente como producto del alcohol y su cabeza descansaba sobre el pecho de su amante.

Franklin le acariciaba lentamente el cabello como el toro que rasca ambicioso la arena antes de la embestida final.

—En realidad a esa edad la gente joven como tu hija confunde el amor con el deseo.

— ¿A dónde vas con ese argumento? No te entiendo —repitió ella sin imaginar los alcances de la insinuación ni cambiar de posición.

—Sí, mujer, ella cree que quiere al mentecato ese que se le acerca por su dinero, ¡miserable hipócrita!, pero en realidad está enamorada del amor.

— ¿Podrías explicarte? —inquirió ella volviendo el rostro hacia donde él estaba—. Hablas como si no quisieras que te entendiera.

Franklin colocó la cabeza de ella en la posición original. Por lo visto no se atrevía a decírselo a los ojos ni a dispararle a la cara a tan corta distancia.

—Isabel debe tener a estas alturas de su vida un apetito sexual inhibido, es decir, no ha podido darle rienda suelta por todos los convencionalismos sociales y familiares.

— ¿Y qué con eso?

—Pues ella debe poder distinguir a la brevedad posible entre el verdadero amor, el sentimental, el candoroso y el poético, y el apetito meramente carnal, animal, sí, animal, porque si no logra separar estos dos sentimientos antes de su matrimonio, diferenciarlos mi amor, con toda seguridad enfrentará un fracaso tan pronto se case —agregó mientras inundaba con humo blanco toda la habitación a modo de un suspiro interminable. Controlaba sus nervios y cuidaba cada palabra como si antes de pronunciarla la pasara precavidamente a la báscula—. Además, piensa que si un hombre a los treinta años ni siquiera sabe hacer bien el amor, qué será de un niño de esos...

— ¿Qué sugieres? —repuso ella puesta repentinamente de rodillas como en pie de guerra—. ¿Que se acueste con el animalazo ese antes de que se case para ver si lo quiere o no y pueda saber si es calentura o amor, Franklin? Tú debes de estar loco...

Quiso esconderse tras una cortina de humo, pero tuvo que contestar.

—No mi amor, cálmate, desde luego no vamos a exponer a Isabel a una experiencia de esa naturaleza y menos ¡claro está! con un tipejo de éstos. Medio Estados Unidos diría que es una muchacha sin escrúpulos morales ni dignidad.

—Mira, Franklin, no entiendo nada de lo que dices, hoy francamente pareces idiota. Si ésta no es la solución, ¿entonces quién será el afortunado príncipe azul encargado de revelarles a Isa el camino entre el bien y el mal? ¿A dónde vas con tanto cuento?

—Ven, ven recuéstate aquí a mi lado —la jaló Franklin con ternura—. Hoy no estás para discusiones filosóficas ni para entender otras alternativas. —Y mientras ella obedecía sumisa y confundida, el amor todo lo puede. Franklin empezaba a arremeter de nueva cuenta, como si hubiera tomado fuerza y coraje de

alguna parte. Aquel recuerdo de la pasión incendiaria lo envolvía de nuevo como el fuego eterno. Su corazón palpitaba como nunca, por instantes parecía romperle el pecho, su yugular amenazaba con reventar. ¡Dios!, sí, es por ahí, sí, sí, sí.

—En toda Centroamérica viven más cerca de la caverna que de la edad eléctrica. La gran mayoría ni entiende ni se cuestiona su estancamiento ancestral; mientras tengan un plátano a su alcance continuarán vegetando sin ninguna preocupación material ni social ni política —manifestó Robert Keith, elegantemente vestido de marino al tiempo que apuraba el último trago de su Banana Daiquiri para después volver a colocar su mano derecha sobre el enorme timón de madera tallada, exquisitamente barnizado en los tonos oscuros de su yate, con la intención de dirigirlo a mar abierto. Vestía un saco cruzado, de *cashmere* azul, botonaduras de oro y pantalones blancos. El viento con sabor a sal salpicaba tímidamente su rostro, mientras las olas, ésas sí, reventaban furiosas al estrellarse contra la proa tenazmente orientada al sol. La potencia de los motores y la mar picada como a él le gustaba, parecían retarlo a cada instante: Robert Keith también era el amo de los siete mares.

John Foster Dulles estalló en una estruendosa carcajada.

—Si serás cruel, Bobby, esa gente ya tiene bastante con su color, su tamaño, su temperamento y su ignorancia como para que todavía te burles de ellos. Eres incorregible —celebraba entre carcajadas mientras negaba insistentemente con la cabeza.

—Observa bien y tú solo podrás comprobar que no estoy en ningún error. Jacques! —gritó repentinamente el magnate desde lo alto del puente de mando—. Sirvenos más de tus Daiquiris especiales porque mi abogado y el embajador Biehl se los acaban como si fueran limonada —ambos invitados recibieron con sumo agrado la instrucción vertida—. No estoy exagerando ni estoy en un error John, ya te irás convenciendo de que no les importa nada. Éstos viven prácticamente igual que antes de la llegada de Cristóbal Colon a América. Son alérgicos e inmunes al progreso y a la evolución —concluyó como si el mismo Poseidón pronunciara una sentencia inapelable en su vasto reino para desaparecer después entre la espuma del mar—. Yo en lo personal siempre me he preguntado de dónde sacarán estos subhumanos la capacidad para resistir la miseria, y no sabes qué miseria, el hambre, las devastaciones de los huracanes y de los terremotos, la muerte de sus hijos por anemia y parasitosis, la insalubridad, el hacinamiento y la promiscuidad familiar a la que sobreviven todavía con una sonrisa en la cara. No lo entiendo, señores, les juro que no lo entiendo. No entiendo cómo no se sublevan o se suicidan colectivamente o no se matan entre ellos mismos o no llaman una y mil veces a la revolución y nos acuchillan entre todas las bananeras por no poder soportar un instante más este infierno en el que han vivido increíblemente de generación en generación.

El embajador norteamericano asistía como un invitado de piedra a la conversación. John Foster Dulles aceptaba gozoso el reto. Me fascina la lucha de inteligencias, decía para sí.

—La respuesta está fundamentalmente en la religión, Bobby. El catolicismo es capaz de viciar cualquier sistema ético a través de un ciclo macabro: la comisión del pecado, el arrepentimiento, la confesión, la expiación, la liberación y de nueva cuenta el pecado y la absolución según la gravedad de la infracción y el tamaño de los ahorros del pecador para comprar la paz y el perdón eternos. ¿Habrás visto mayor cinismo, Robert? La confesión es una institución degradante, morbosa y manipuladora. Cuando alguien puede meter las manos en lo más íntimo de un sujeto como en este caso lo hace la Iglesia, no puede sino crearse una dependencia hacia ella que afecta gravemente la disposición frente al trabajo, así como a la actitud empresarial en sí misma. No vas a comparar esta indigerible verborrea con lo mejor de la ética calvinista, ¿verdad?

— ¡Jacques! —tronó el magnate para esquivar la pregunta y disimular su ignorancia. Ay tío Minor cuántos

trucos me enseñaste para no mostrar nunca las nalgas—. O traes esas bebidas o voy por ellas en este instante y en ese caso te tiro al agua. Necesito cometer muchos pecados para confesarme luego a medias con el padre Foster.

—Tengo problemas con el hielo pero estaré con usted en un momento más —contestó una voz surgida de las profundidades del océano. Se trataba, claro está, de su inseparable *haut chef de cuisine*.

—Señor Dulles, ¿por qué la dependencia de la Iglesia afecta las relaciones de trabajo? —inquirió el diplomático, quien aparentemente discrepaba de los puntos de vista del famoso abogado.

— ¿Le parece a usted poca cosa la existencia de un código de conducta moral ajeno al de cada una de las personas, que es violado tantas veces es necesario o conveniente, siempre y cuando se obtenga en cada caso el debido perdón de la santa autoridad eclesiástica? —preguntó a su vez Dulles con cierta aspereza al sentirse repentinamente interrogado.

—Entiendo, pero no me queda claro por qué afecta esa dependencia la calidad del trabajo ni la marcha de la empresa.

Keith olfateó el peligro de inmediato y pensó en cambiar suavemente la charla; en sus días de paseo marino no le daría cabida a la menor posibilidad de un incidente. Dulles, por su parte, comprendió que el embajador preguntaba inocentemente. Su inquietud no implicaba ninguna agresión ni entrañaba una intención retórica. Se sintió ganado por el ejercicio del magisterio. Estos diplomáticos de la vieja guardia son una vergüenza nacional, pensó para sí, y cómo no lo van a ser si en Nicaragua el mesero de un bar llegó a embajador de Estados Unidos. Si un día yo llegara al Departamento de Estado las cosas cambiarían de qué forma. ¡Caray!

—Tengo mis puntos de vista sobre el particular —repuso Dulles mientras se arreglaba cuidadosamente la línea del pantalón blanco y dejaba ver discretamente los calcetines de *cashemere* y los zapatos de ante, también de color café oscuro—. Si la Iglesia premia o castiga hasta el día del Juicio Final y se maneja a ojos vista dentro de una extrema irracionalidad desde el momento que estimula el ocio y la miseria e invita a la pobreza y al sufrimiento como uno de los medios, el pasaporte, para ingresar en el reino de los cielos, debemos aceptar en ese caso que los fieles católicos viven en una realidad material totalmente divorciada de la promovida por la ética protestante. Si pierden el empleo, y tú me corregirás Bobby, simplemente buscan otro, si no lo encuentran, ya lo encontrarán; si no tienen dinero, ya lo tendrán; si pierden a su hijo, Dios así lo habrá decidido; si no tienen ni para comer, eso será durante los años de vida terrenal porque en el más allá es donde piensan recibir por siempre y para siempre todo género de recompensas y gratificaciones, mientras los ricos y los poderosos arderán eternamente en las ineludibles galeras del infierno. Qué te parece, Bob, ¿me salió bien?

—Eres un genio John, siempre lo dije —repuso Keith echando mano de sus mejores técnicas adulatorias y calándose perfectamente bien las gafas para protegerse del viento.

—Como usted entenderá —agregó Foster Dulles sin dejar congelar su sonrisa apergaminada—, la indiferencia no cabe en una organización empresarial donde todos tienen que emplearse a fondo, dar lo mejor de sí mismos para producir eficientemente, generar riqueza para cortar a la brevedad posible los frutos del esfuerzo de esta mismísima vida terrenal, efímera por cierto. La apatía y la resignación destruyen cualquier organización, sobre todo si se parte del supuesto de un destino personal diseñado y escrito de antemano por una inteligencia superior a la humana ¿no es cierto Robert?

—El argumento es incuestionable —repuso Keith sin retirar la vista del horizonte; sólo se caló los anteojos oscuros y explicó cómo el mismo fenómeno se daba en la vida de las naciones: la mística debería aprovecharse para construir un país, hacerlo crecer y desarrollarlo. En ningún caso para ayudarlo a soportar la miseria y la insalubridad. La Iglesia debería sancionar la indiferencia, el ocio y la flojera, estimular la creación de la riqueza, la superación individual, el trabajo en equipo, promover el ahorro y la toma de riesgos. En una palabra: llamar a la evolución, al crecimiento, al acaparamiento de bienes materiales, a la superación

económica e intelectual. Los centroamericanos eran incapaces de proponerse una meta y alcanzarla con disciplina y constancia. Alguien siempre tenía que hacer algo por América Latina. Ciento cincuenta millones de personas estaban sepultadas en el fondo de un pozo, pobres, obedientes, sumisas y resignadas esperando que alguien llegara a hacer algo por ellas, ya fuera la mamá, el patrón, el gobierno, Dios, o Estados Unidos. Mientras tanto permanecían en el abandono y en la inmovilidad. Que la vida no era desde luego un tránsito hacia el más allá, sino la oportunidad de desarrollar las facultades personales y explotarlas a su máxima expresión. Claro que la resignación a la que invitaba la Iglesia católica era lamentable porque, como decía Foster Dulles, erosionaba las bases de cualquier organización, en particular la empresarial que era la que él conocía a plenitud: sólo analiza el atraso imperante en los países donde prevalece la ética protestante. Claro que la apatía tenía un efecto nocivo en el trabajador y en la marcha de los negocios; claro que había que atacarla como una infección peligrosa. —A mí en lo personal los devotos y los sumisos me convienen porque no discuten rabiosamente los aumentos de sueldos ni pelean las prestaciones como en Estados Unidos. Aquí dices ¡NO! con voz tonante y como ya dijo el patronato que no, será en otra ocasión, así lo querrá Dios y si no que te lo dé Él, —arrojó Keith convencido su argumento de siempre.

—Bueno, Bobby, tú sí estás hoy inspirado.

—Dime si no es cierto —insistió Keith, satisfecho por haber impresionado a su abogado—. Te puedes pasar diez años sin subir sueldos ni pagar prestaciones ya obligatorias en Estados Unidos desde hace cinco décadas, ni mejorarlos en ningún orden y jamás tirarán la puerta de tu oficina para exigir una mejoría. Los puedes correr a patadas y nunca pasará nada, absolutamente nada. Seamos claros —dijo en un arrebato—: la Iglesia católica es mi gran aliada; yo contrato a todos los sumisos que ella ha preparado pacientemente durante siglos para que no se quejen ni discutan y acepten la vida como un dogma de fe irrefutable. Mientras todos éstos confíen en que mis decisiones las inspira Dios como producto de su inmensa sabiduría y que por lo mismo deben someterse a ellas incondicionalmente, porque Él describió bondadosamente su destino junto con el de todos los humildes mortales, seré mucho más competitivo en el mercado bananero y azucarero. ¡El daño que me harían estos pseudo salvajes si yo tuviera que pagarles los sueldos vigentes en Estados Unidos! Simplemente reducirían mis márgenes de utilidad y darían al traste con mis planes de expansión. Adiós mis bancos, querido John, adiós mis ferrocarriles, telefónicas, puertos; adiós mi adorada flota blanca y mis inversiones bananeras y azucareras y toda mi infraestructura comercial y financiera.

—En ese caso —saltó Foster Dulles—, adiós Estados Unidos si tuviéramos que pagar las materias primas a precios inaccesibles. Si repentinamente no pudiéramos apalancarnos financieramente con América Latina sería una seria estocada a nuestros intereses mundiales.

—Así es John, tan claro como eso. Cuando a las empresas transnacionales americanas les empieza a ir mal, todo el aparato nacional puede empezar a temblar hasta derrumbarse estrepitosamente. ¡Bendita Iglesia católica! ¡Benditos dictadores centroamericanos! Que nos duren muchos años más en beneficio de la United Fruit y de Estados Unidos, porque la primera controla a mis empleados en lo mental y en lo emocional y los segundos en lo político. No existe una mejor mancuerna para efectos de la inversión norteamericana en el continente.

—En efecto, ésa es la teoría, sólo que no debe decirse —cortó sorprendentemente el embajador para mostrar su malestar entre las carcajadas del capitán y su destacado abogado que diez días antes cerrara un importante negocio en Irán para otro cliente suyo ampliamente conocido en el mundo empresarial internacional: la Standard Oil.

Ambos continuaron en la diversión sin prestar atención ni al tono ni a las palabras del diplomático.

Keith todavía agregó, como para coronar sus ocurrencias: —Salaragua, como casi todo Centro y Sudamérica, tiene una clase superior sellada celosamente en la ignorancia, una clase inferior embrutecida y mantenida en la esclavitud; una clerecía corrupta, carente de legitimación y de decencia, y un ejército mandado por hombres estúpidos e ignorantes. ¿Quieres más capacidad de síntesis? —todavía preguntó

entusiasta el magnate con el ánimo de arrancar un par de carcajadas más a su inseparable abogado.

En aquel momento Jacques Delhumeau licuaba el hielo y escanciaba de inmediato nuevas dosis de Banana Daiquiri en las copas, llenadas al gusto de los invitados:

—Yo le di a Jacques las bananas y los ingredientes y él puso el talento para que ustedes pudieran disfrutar estos aperitivos caribeños —comentó Keith con su conocida sonrisa mezquina.

—Pero no sólo la religión ha impedido el desarrollo sudamericano —marcó Foster Dulles—. Por más de una razón nosotros sí hemos podido realizar el sueño de Washington y éstos han convertido en una interminable pesadilla el de Bolívar. Siempre he pensado —agregó con la satisfacción de quien hace diana con un dardo—, que en cualquier lugar donde un naranjo haya adquirido cierta edad producirá indefectiblemente naranjas; así como en cualquier lugar donde haya habido colonias españolas habrá dictadores en su momento. Es su medio de generación adecuado. —Igual que dos más dos son cuatro, ¿verdad, John? —Igualito, Bobby querido. Si estás en una antigua colonia española, tarde o temprano habrá dictadura en razón del mismo temperamento ibérico.

Dulles había estudiado en un buen nivel de detalle los móviles psicológicos de los países subdesarrollados para estar en posibilidades, por un lado, de abordar a la contraparte de sus clientes con mayor información y certeza y obtener así las mayores ventajas durante la negociación de los contratos multimillonarios, y por el otro, para conocer la idiosincrasia centroamericana, como estudioso de los asuntos internacionales, y poder explotar en el futuro una responsabilidad en el Departamento de Estado norteamericano a donde ya había colocado la mira el ambicioso abogado.

Explicó entonces que en Estados Unidos la sociedad entera estaba orientada a la generación de la riqueza. Que la actividad del político, del sacerdote, del científico, del maestro, del periodista, del padre y de la madre estaba dirigida a la creación de capitales y de fortunas. En Norteamérica ser pobre es pecado, alegó en un alegre chascarrillo. Que un buen gobierno debería proveer una buena cantidad de servicios orientados siempre a incrementar la producción. Que la comunidad que más estimulara a sus miembros integrantes para desarrollar sus propias capacidades sería sin duda alguna la sociedad que progresaría más rápido. Que un ambiente de justicia y un ambiente crítico eran vitales dentro de un esquema de desarrollo acelerado y equilibrado. A ningún lado se iría sin estabilidad ni continuidad ni seguridad jurídicas. Que la existencia de sistemas de salud y de educación prácticos y eficientes constituía un requisito insalvable para alcanzar la prosperidad material, como también lo era la comunicación intensa entre las masas, la emancipación de las mujeres, la lucha contra la corrupción y la toma de la mayor cantidad de decisiones a través del voto. Mientras aquí en Centroamérica, por ejemplo, todavía se compra y se vende como cualquier mercancía más, concluyó ufano, nosotros nos conducimos socialmente en todos los estratos públicos y privados a través del voto para que cada decisión responda democrática y auténticamente a la voluntad, al sentir y a los verdaderos deseos de los involucrados, mientras que aquí se concretaron a imitar nuestros procesos electorales y nuestros sistemas representativos para vestirse con una indumentaria política de vanguardia, una fachada totalmente divorciada de su mundo interior, de su idiosincrasia nacional y de su realidad social.

Jacques apareció totalmente vestido de blanco, el uniforme del *chef de cuisine* a quien el mismísimo presidente de Francia distingue con el privilegio de usar en función de sus méritos culinarios la bandera francesa bordada en el ángulo superior derecho de la prenda. Traía el entremés favorito de Keith: generosos canapés de caviar y de *foie gras* sobre una charola de plata labrada que ambos invitados homenajearon con un espontáneo aplauso. Delhumeau vio de reojo, instintivamente, las uñas negras del embajador y entendió de inmediato que aplaudía por cortesía. Este traganíqueles es indigno de degustar mis platillos. Sólo debe saber de dinero, ron y putas, como todos los que suben a este barco, según decía el inolvidable Minor. Apuesto que es de los que se tragan un litro de jugo de tomate picante con un par de apios antes de comer y luego dirá que está listo para disfrutar lo más delicado de la comida leonesa.

A petición del magnate, Foster Dulles manifestó que en América Latina los políticos trabajan para mantenerse en el poder, y la comunidad siempre instalada en la apatía no se encarga de supervisar la gestión de sus representantes.

—En Estados Unidos opera una verdadera división de poderes. El Congreso realmente funciona como un contrapeso político del ejecutivo y la opinión pública es justificadamente temida por su agresividad en todos los niveles y sectores del poder político. En América Latina es difícil crear y mantener una organización: la ley se ignora porque no hay miedo de ser descubiertos. Gran diferencia, ¿o no? No hay líderes ni seguidores ni confianza en las promesas de los partidos políticos. Hay escepticismo crónico, falta de confianza en las instituciones y en las capacidades de la sociedad en su conjunto.

—Bueno —saltó el embajador—, ¿entonces en Centroamérica no hay por lo visto nada que valga la pena?

—Las mulatas —respondió Keith al instante como si hubiera dado de golpe con la mejor ocurrencia de su vida.

Foster Dulles, por su parte, prefirió observar la prolongada caída libre de un pelícano movido por la necesidad y el gusto de ganarse el mejor de los frutos del mar para su desayuno. Pasear la vista por el gigantesco horizonte caribeño le descansaba los sentidos. Para las personas acostumbradas a vivir entre las cuatro paredes de sus oficinas, o de sus casas, el enorme escenario natural operaba como un bálsamo mágico.

— ¿No te gustan las mulatas? —inquirió Keith suavemente. Extrañaba las sonoras celebraciones con las que su abogado homenajeara el más insípido de sus comentarios.

—Huelen, Bobby, huelen. Me parece que huelen horriblemente. Tú sabes que nunca he podido soportar la falta de higiene —contestó dentro de un impulso genuino desconocido propiamente en él—. Al primer olor desagradable me deprimó al extremo de que mi virilidad puede quedar amenazada por varios días —confesó—. No puedo, Bobby, no puedo. Imagínate, te pondré sólo un ejemplo —exclamó para hacerse gracioso—: a qué les debe oler la boca después de tragar tanto plátano...

Keith cerró la boca instintivamente y dejó pasar de lado la observación sin sentirse aludido.

—Exageras y estás lleno de prejuicios —repuso mientras pensaba en el camarote principal repleto de mulatas encerradas ahí en un hacinamiento animal para descorcharlas y ofrecerlas a sus invitados después de los postres y coronar dignamente el inolvidable evento gastronómico.

Se trataba de diez o doce mujeres apretadas en la mayor de las habitaciones, sin espacio siquiera para sentarse, en espera de las instrucciones para subir casi en paños menores a cubierta, precedidas de Margarita Donde, quien las revisaba una y otra vez, las despintaba, las maquillaba de nueva cuenta, las fajaba, les revisaba los rellenos e incluso las ayudaba a colocárselos en la forma más sugerente y atrevida posible. Les hacía lavarse desde los dientes hasta las partes más íntimas en su presencia. Jabón, mamaria, jabón, no te canses de usar jabón ni tengas miedo de abusar de él. Ahí, sí, ponte más, mucho más, ahora enjuágate y vuélvete a lavar así, que yo vea. Luego ponte esto en los sobacos y este perfumito en los pechos, en la entrepierna y en el cuello, como le gusta al patrón. Ay de ti si te descubro un solo pelo que no te hayas rasurado bien o te regresan por sucia, porque te juro que te mueres de hambre el resto de tus días.

—Las lavaremos, John —insistió el magnate— y te las serviremos en charola para que pruebes aunque sea sólo una vez en la vida lo mejor del trópico y sus alrededores: la fruta y las mujeres son los mejores productos de este suelo y de este sol tan generoso. Nada hay parecido en el istmo, créeme, te lo digo por experiencia, lo conozco a lo largo y a lo ancho.

Dulles sentía la conversación cuesta arriba pero quería evitar a todo trance la menor aspereza. Bien sabía él de los rencores y de la sensibilidad de Keith. Nunca olvida ni perdona el más insignificante agravio, había oído decir en los círculos que ambos frecuentaban permanentemente.

—Lávalas, lávalas de arriba abajo y probablemente te queden presentables y apetitosas, pero lo que nunca podrás hacer, ni siquiera en tu carácter del Rey de la Banana, es cambiarles el color; ya sabes que el doctor me tiene estrictamente prohibido comer carne oscura. En fin, Bobby querido, ya sabes que sólo consumo lo que mi país produce. La que a mí me toque, ríensela entre ustedes dos —concluyó con una sonrisa sugerente y amistosa.

—Tú te lo pierdes —concluyó Keith sin mostrar el menor enfado—. Esto que yo te iba a dar no lo hay en ninguna parte del mundo, por eso cuando tengo la oportunidad me las como igual que a los pollos y les chupo hasta el último huesito —comentó en tono festivo para dar por concluido el punto sin mayores consecuencias.

—Bueno, señores...

—Perdóneme, señor Keith —intervino el embajador—. Siempre me avergonzó el comercio carnal desde los años de la esclavitud cuando la compraventa de seres humanos representaba un extraordinario negocio: no voy ahora a sumarme a su uso y goce con o sin la voluntad y el consentimiento de las personas que usted se ha servido contratar el día de hoy. Prefería en ese caso continuar con la conversación, si el señor Dulles no tiene inconveniente.

Robert Keith sintió que se precipitaba fuera de la borda con un sonoro golpe en la quijada. Así deberían sentir las putas cuando les paga un cliente insatisfecho. En qué momento de mi vida habré pensado en invitar al tipo ese. Yo daba por descontado que era un embajador nuestro como cualquier otro; creí que los hacían a todos en el mismo molde y mira nada más la clase de mosca mierdera con la que vine a dar. Esto se va a saber y pronto.

—Ustedes dos son un par de fanáticos antisalaragüenses que se han enriquecido gracias a este país que a todas luces desprecian sin acreditarle el menor valor en ningún orden de su vida nacional.

—Mire usted, señor Biehl —tronó el verdadero Foster Dulles— No estamos aquí para discutir cómo nos ganamos la vida ni el señor Keith ni usted ni yo. Sólo analizamos amistosamente algunos aspectos sociales y políticos para tratar de entender por qué los centroamericanos nunca salieron del agujero y por qué con toda seguridad podría garantizar que nunca saldrán.

—Cierto —se sumó Keith a la carga—. No viene al cuento analizar el origen de nuestro dinero, porque bien sabemos cómo se las arreglan las personas que tienen sueldo fijo y, sin embargo, se dan vida de magnates.

Biehl se sintió entre dos fuegos. Sin embargo, prefirió continuar la discusión con Dulles; conocía sobradamente sus escasas reservas de paciencia, sobre todo en un tema tan personal y difícil como la evasión fiscal, la extorsión, el soborno, la tortura y el chantaje, que caracterizaban el comportamiento del magnate en América Latina. Hubiera sido suicida insistir en el tema.

—Pero usted desprecia a aquellos en los que se ha apoyado para construir su fortuna, señor Dulles, sin imaginar siquiera las dimensiones de su calidad humana. Yo ya he vivido en el Caribe muchos años y a diario me sorprende y le agradezco a esta gente, como ustedes la llaman, por haberme enseñado una nueva concepción del mundo y de la vida, totalmente desvinculada del dinero, una nueva óptica para vivir a plenitud, en donde si bien es cierto que los bienes materiales son necesarios también lo es que no son imprescindibles para alcanzar la felicidad, por eso todavía los ven ustedes sonreír a pesar de todas las carencias y las privaciones que sufren.

Buen Dios, esto es lo que me faltaba, clases de *catepismo* o cómo se llame la vaina ésa, pensó Keith sin saber cuánto tiempo más podría contener su coraje ni cuántos días exactos tardaría en interponer su queja ante el Departamento de Estado. Cruzó una rápida mirada con Dulles.

— ¿Pasamos a la mesa, señores? —terció rápidamente sin saber si estaba lista o no.

—Un segundo, Robert, tan sólo un segundo. Usted más que nadie en este país, señor embajador —comentó el abogado después de ajustarse con toda elegancia el ala derecha de su sombrero estilo Panamá—, está obligado a no dejarse envolver con esas amañadas teorías comunistas con las que usted pretende convencerme. No insulte usted ni siquiera inconscientemente mi inteligencia. Si dejamos de invertir, de producir y de consumir bienes en Estados Unidos y nos dedicamos a vivir de la contemplación, tal y como usted intenta sugerirnos, no tardaremos en parecer a estos semisalvajes ni en hablar como ellos. Y en ese preciso instante detendremos el reloj de la historia. El mundo entero dejará de evolucionar y volveremos a la Edad de Piedra a una velocidad que ni usted se imagina. Déjese de romanticismos y dedique lo mejor de su atención al crecimiento de los capitales foráneos norteamericanos. Ésa es su principal obligación. Ya la Casa Blanca se encargará de reciclarlos de la manera que estime más conveniente.

Biehl sentía que le daban lecciones. Casi órdenes. Recordó aquello de que quien es dueño de un país debe gobernarlo⁷⁶. Siempre sería su palabra contra la de ellos. La palabra de la United Fruit o de sus principales socios ejecutivos del despacho de Sullivan/Cromwell y Cía., de Keith y de Foster Dulles contra la suya en el Departamento de Estado.

—Ahora bien —arremetió de nuevo Dulles—, si quiere usted saber mi sentir, debo decirle que sí, los desprecio, desprecio infinitamente a esta gente; sí, a esta gente, porque ¡nunca!, ¡jamás!, ninguno de estos simios ha aportado ni el negro de una uña al progreso de la humanidad. Si por ellos fuera todavía viviríamos en barracas, instalados en verdaderos cajones de fiebre amarilla y amenazados por la peste como el corazón del medioevo.

— ¡Claro que han aportado!, ustedes mismos lo acaban de decir —cargó también el diplomático—. ¿No es cierto que si cobraran sueldos similares a los americanos y vendieran sus materias primas al precio que les corresponde sin ser manipulados por ningún comprador, Estados Unidos perdería cantidades inmensas de dinero y se reduciría sensiblemente su ritmo de desarrollo? ¡Claro que han aportado!: han aportado ahorro y capitales para financiar nuestro comercio, nuestra industria y nuestra banca, gracias a que no les hemos dejado levantar la cabeza, porque les pagamos sueldos de hambre. No pagamos prácticamente impuestos en los lugares donde están radicadas las inversiones y les compramos su azúcar prácticamente regalada, para después venderles los caramelos manufacturados a unos precios de fantasía hasta sacarles el último córdova o el último dólar necesario y vital para su propio desarrollo económico. Por favor, abogado, no se contradiga, hágame el favor de ser congruente —terminó con un disparo directo a la cara.

Un embajador americano hablando así. Debo estar soñando, se dijo Foster Dulles. Éste es más comunista que Stalin. Nunca entendió la política del Buen Vecino ni oyó de la Diplomacia del Dólar ni del Gran Garrote ni del Destino Manifiesto. Se acaba de caer de una bananera el sujeto ese y hasta tiene forma humana y habla como tal.

—Ya entiendo, señor Biehl —contestó finalmente el abogado ante la mirada atónita de Keith—. Usted pretende que compremos el azúcar y regalemos el caramelo porque al fin y al cabo ellos nos vendieron la materia prima.

—Yo nunca dije eso, ¿verdad, señor Keith? El Rey de la Banana buscaba en el horizonte a uno, a diez, a mil pelícanos en vertiginosa picada después de detectar su desayuno diario. ¿Qué haré con todas las putas, si todas perdieron su tiempo y nunca prestarán sus servicios? Que tiren al mar a la que quiera cobrar, no faltaba más. ¿No es suficiente dar acaso una vuelta en altamar? No les pagaré, no, no y no.

—Yo dije —aclaró Max Curt Biehl— que uno de los ingredientes fundamentales para construir un país radica en el capital. No es posible sembrar ni un triste banano sin dinero y precisamente esos recursos los hemos sustraído nosotros de cada país centroamericano restándoles la más elemental capacidad de ahorro y alegando que sólo se trata de negocios.

—No olvidemos que el principal negocio de Estados Unidos son los negocios —atajó Dulles— y que el gobierno de la Casa Blanca está obligado a salvaguardar los intereses de sus nacionales se encuentren

donde se encuentren para poder realizar a la brevedad el magnífico sueño norteamericano.

— ¿Aun cuando lo hagamos sobre las cenizas, los huesos y las carnes flácidas de todos estos muertos de hambre? —interrogó el embajador para tratar de tocar inocentemente el alma del abogado.

—Así es —admitió Dulles sin exhibir la menor molestia, plenamente convencido de la validez de sus principios y la solidez de sus argumentos—. Si fuera necesario hacerlo sobre sus huesos, carnes y cenizas, habremos de construir nuestro país y nuestra nación, señor embajador. Sólo será parte de un proceso natural de selección. Desde luego nada nuevo en el mundo ni en el reino de la biología. No olvide usted —todavía agregó ufano— que la Tierra está formada por razas de mayor o menor eficiencia social y que las razas superiores como la nuestra, porque las pruebas están a la vista, deben dominar en lo político, en lo económico, en lo social y en lo cultural.

Biehl ordenaba sus argumentos. Keith asistía a una clase inolvidable.

—Tengo una fe inagotable, inquebrantable señor embajador, una fe auténtica en nuestra eficiencia social, en nuestra voluntad social como piedra angular del expansionamiento norteamericano —arremetió Dulles incontenible—. El proceso humano exige que se mantenga la lucha entre las razas, en la que las más débiles perecerán y las más eficientes socialmente sobrevivirán y florecerán hasta llegar a su esplendor.

—Si los marines no hubieran invadido Nicaragua en 1912 ni se hubieran retirado casi veinticinco años después, pero dejando garantizada la continuidad de la intervención en la persona de un gorila como Anastasio Somoza como custodio de los intereses yanquis, tal y como aconteció con Trujillo, Batista, Ubico, Martínez Hernández, Carias Andino y el propio Leónidas Trubico, entre otros muchos más, los centroamericanos hubieran podido demostrar su eficiencia social, como usted la llama.

—Así me gusta —adujo Dulles mañosamente sin dejar entrever los extremos de su malestar porque alguien tenía la osadía de contradecirle—. ¡Ah! cómo me gustan los interlocutores de estos tamaños, aunque sean comunistas.

—No soy comunista —repuso Biehl como si alguien hubiera disparado un tiro.

—No se exalte —marcó Dulles el paso—, no haga la conversación personal porque en ese instante la destruiremos. Yo le demostraré por qué me asiste la razón. Mire usted: un gran porcentaje de las vidas que se viven ahora o que se han vivido a lo largo de la historia de la humanidad no merecen, o no merecieron la pena de ser vividas por carecer simplemente de las condiciones y circunstancias que hacen la vida valiosa a nuestros ojos. Aceptemos que los trópicos no se desarrollarán mientras los indígenas sean regidos por sus propios gobiernos. Por tanto compartamos la conclusión de que la intervención en la vida de otros pueblos sólo puede justificarse si se demuestra que contribuye a la civilización del mundo. Por ello nuestra obligación es intervenir en la mayoría de los casos, para desarrollar estas naciones y, también, no debe olvidarlo, para preservar los intereses hemisféricos de Estados Unidos.

— ¡Señores!, la comida está servida y no debemos ofender a Jacques con una espera. Se vuelve insoportable cuando se le seca una salsa o se le quema una carne. De modo que háganme ustedes el favor de acompañarme a la mesa, ahí continuaremos la conversación.

El reducido grupo se puso de pie; sin embargo el diplomático después de cargar el arma, apuntó a quemarropa contra su interlocutor.

—A reserva de que usted me demuestre por qué me tacha de comunista, debo decirle que una de las principales acusaciones que se pueden hacer en contra del imperialismo yanqui en relación a las razas inferiores, como usted las califica, es que ni siquiera aparenta beneficiar a éstas con los principios de educación y de progreso que ponemos en práctica en nuestro país. Criticamos, señor Dulles, la deshonestidad de los gobernantes centroamericanos cuando la Casa Blanca encumbra verdaderos primates a la presidencia vitalicia y todavía nos burlamos de su despotismo tropical. ¿En qué ha contribuido Estados Unidos a la civilización centroamericana, como usted dice? ¿Ha fundado acaso escuelas, universidades y

tecnológicos como los que nosotros tenemos en Norteamérica? ¿Ha consolidado aquí las instituciones democráticas, los sistemas representativos y electorales prevaecientes en nuestro país? ¿Ha instituido el respeto a la ley, tal y como funciona en nuestro medio? ¿O tal vez hemos propiciado, estimulado y cobijado la corrupción a través de tantas invasiones armadas, apoyadas en los pretextos más infantiles, a través de las cuales hemos ignorado la concepción política y jurídica de la soberanía nacional? ¿Qué ha ganado esta gente con tanta invasión?

—Señor embajador...

—Permítame terminar, señor Dulles, y no seamos fanáticos para que no se desborde la conversación —repuso flemáticamente el embajador con su talle espigado y su poblado bigote grisáceo como si se tratara de un parlamentario inglés—. Es muy difícil justificar las intervenciones armadas con arreglo al argumento de la exportación de nuestros niveles de civilización cuando la realidad demuestra en todos los casos que las víctimas no ganaron ni avanzaron en nada, ni se alfabetizaron ni les enseñamos a ejercer sus derechos políticos, como el voto, ni a administrarse dentro de los extremos de la ley ni a respetar y hacer valer las instituciones como única fórmula de gobierno. Nada, señor Dulles, absolutamente nada les dejamos, salvo sus tierras agotadas o erosionadas, sus minas vacías, una descomposición social mil veces peor a la prevaeciente antes de nuestra llegada y una amargura, un escepticismo y una frustración más acentuada que la de los remotos años de la colonia. Y si todo lo anterior fuera insuficiente, todavía nos llevamos sus ahorros, sus capitales y lo mejor de sus esperanzas al imponer a monstruos como Trubico, uno de nuestros incondicionales aliados naturales, preparado como la mayoría de ellos en nuestras mejores y más prestigiadas academias militares para inmovilizar al país mientras procedíamos tranquilamente a su saqueo.

—Señores, por favor —suplicó Keith cuando advirtió que Dulles ya se aprestaba a saltar como una fiera para morder el cuello del diplomático. Todos los cañones, de todos los acorazados norteamericanos, apuntarían y harían blanco en las escasas carnes del embajador—. Jacques, espera. ¡Háganme ustedes el favor de acompañarme!

La brisa del mar había opacado los vidrios de los breves anteojos de arillo del abogado. Aprovechó la ocasión para limpiarlos y preparar con más tiempo la respuesta. Keith tomó del brazo a Max Curt Biehl pero éste se zafó suavemente y arremetió de nueva cuenta cuando ya todos se dirigían al salón comedor del Banana Gold. El magnate empezaba a molestarse.

—Los imperios nunca se han preocupado por conocer a las razas ni a los pueblos que gobiernan directa o indirectamente, señor Dulles; como los países invadidos tampoco se han beneficiado con lo mejor de la civilización y de la herencia norteamericana. En eso no podíamos ser una excepción. El imperialismo nació viciado en sus orígenes por el ansia de tesoros y el comercio de esclavos. En la actualidad continúa viendo a los humanos como formidables herramientas vivientes a las que somete a trabajos forzados para poder luchar internacionalmente con el sudor de estos desnalgados, un nuevo concepto de esclavitud en pleno siglo XX, señor Dulles. Los imperios mueren de indigestión y Estados Unidos no podrá escapar a esa sentencia histórica. En nuestro caso ésa es una verdad a gritos, abogado, usted lo verá.

—Señores, por favor —insistió Keith ya sin guardar la compostura y previendo la inminencia de una detonación ahora irremediable.

Finalmente descendieron al gabinete decorado con tres pinturas de Van Gogh destinadas a la fundación de la United Fruit, recién adquiridas por la señorita Kirkpatrik en una subasta en Londres. Sólo esperaban una pared, su salón de honor en el seno del museo para ser colgados digna y permanentemente. Un día habré de meterle el diente a la tal señorita Kirkpatrik, alguien tiene que pagar los malos ratos que me ha hecho pasar este imbécil de Biehl.

Los cubiertos y las bases de plata, el mantel tejido en un convento cercano a Brujas, Bélgica, la vajilla bávara pintada exquisitamente a mano, la cristalería francesa y un impresionante centro de mesa con la forma de un pescado confeccionado a base de mantequilla, en fin, la sola presentación de lo que prometía

ser una extraordinaria efeméride culinaria arrancó un aplauso espontáneo de parte de Foster Dulles, quien parecía no haber vivido ni el menor momento de tensión y se aprestaba a disfrutar paso a paso la sazón, la imaginación y el toque maestro de Delhumeau, de cuya reconocida habilidad ya había recibido abundantes pruebas. Biehl sonreía mecánicamente sin dejar de apuntar al centro del rostro del abogado. ¡Qué facilidad para esconder sus emociones! ¡Qué talento para ocultar sus sentimientos! ¡Qué manera de ejercer control sobre su persona y sobre cada músculo de su cara!, se repetía sorprendido el diplomático.

A cada lado del servicio, junto a la copa de agua, se encontraba una tarjeta con el nombre grabado del invitado y, junto a la del vino tinto, el menú diseñado especialmente para la ocasión a bordo del Banana Gold. El emblema de la United Fruit no podía faltar en la parte superior de la cartulina:

UNITED FRUIT COMPANY

pour votre selection et votre plaisir nous presentons aujourd'hui:

La soupe depoisson (La Grande Paulette)

*

La Ballotine de solé aux anguilles, sauce caviar

*

La fameuse truffe sous la cendre Jessica

*

Le homnard «Princesse Beatrice»

*

Le filet de boeuf au poivre noise sauce «Cocottón»

*

Les Frommages

*

Le gratin de framboises «Mummerle»

*

Le sorbet au Champagne ou auxfruits de saison salaraguen

*

Café, té, moca, cacao et le liqueur de votre predilection

Jacques Delhumeau, Chef de Cuisine.

Legión de Honneur Gastronomique de la France

Salaragua, Avril 1945.

Keith impidió astutamente la posibilidad de cualquier reincidencia en temas ásperos e inconvenientes. Nunca había podido saborear la comida en un ambiente de tensión.

—Este momento se hizo para disfrutarlo, señores. Gocémoslo como si fueran los últimos alimentos de nuestra existencia —rezaba siempre a modo de oración, de agradecimiento por la suerte de que estemos todos aquí reunidos en esta fecha feliz.

El magnate no sólo catava los vinos antes que sus invitados sino, además, hacía que éstos aprobaran previamente la presentación de cada platillo para proceder a degustarlo como una distinción adicional hacia sus comensales.

— ¡Qué liturgia! ¡Música! Jacques, ¡música! —urgió gozoso—. Que venga el guitarrista —dispuso mientras se colocaba la servilleta bordada con sus iniciales sobre su camisa de seda blanca.

Keith revisó inquieto con la mirada hasta el último detalle de la mesa y después de adivinar los

ingredientes requeridos por Dulles y Biehl los solicitó directamente a cualquiera de los meseros. Leía su mirada para interpretar la menor señal de aceptación o de rechazo.

—Cuando el placer se comparte, siempre se multiplica, nunca se divide —arguyó encantado frente a la sopa humeante—. El *crouton*, Jacques, le falta *crouton* al embajador; trae más mayonesa para la sopa. El pan, tuesten más pan y que enfríen más vino. Coman, coman señores, no esperen, es una delicadeza injustificada, malentendida: la comida fría echa por tierra los esfuerzos del cocinero. El mejor homenaje que puede recibir nuestro querido Jacques es nuestro silencio: mientras más hablemos, menos saborearemos y más se evidenciará la mala calidad de la comida. Agua, Jacques, agua, trae *Perrier*, ya lo sabes. Bajen la temperatura del comedor, nos asaremos después de esta sopa. ¿Hay vino tinto? ¡Jacques!, el vino, pongan unas gotas solamente de nuestro Chateau Margaux y flotaremos juntos señores. ¡Jacques!, el vino, urge.

El magnate se colocó la servilleta en el cuello y probó la sopa sujetando la cuchara con sin igual elegancia como parte de un rito, de la protocolaria ceremonia. Se entregó sin más a uno de los grandes placeres humanos. Cerró de inmediato los ojos. Llenó ampliamente sus pulmones. Negó suavemente con la cabeza antes de la deglución como si empezara a gravitar y escuchara ya el coro lejano de arcángeles, los favoritos de Dios, los que guían con sus cantos melifluos a los santos apóstoles cuando se dirigen vaporosos a la eternidad. En ese momento de supremo encanto puso repentinamente ambos codos sobre la mesa y apoyó la frente humedecida sobre las palmas de ambas manos. Parecía próximo al llanto. — ¡Jacques! — tronó de improviso sin levantar la cabeza.

El *chef* apareció risueño y sin mayor prisa a través de la puerta giratoria. Por lo visto era ya una rutina entre ellos.

Keith se levantó entonces eufórico, arrojó la servilleta sobre la mesa y besó efusivamente en cada mejilla a su cocinero consentido ante la sorpresa de sus comensales. Los *chefs* de Boston nunca sabrán darle el toque criollo a los alimentos, sólo los franceses, sólo ellos...

—Virtuosa, Jacques. Tu sopa raya en el virtuosismo. Ni mi tío ni yo merecimos nunca tu talento — exclamó Keith como parte de la misma comedia cuando ya volvía a ocupar su lugar.

El *chef* consultó acto seguido a los invitados con un leve movimiento de cabeza sin pronunciar una sola palabra. Ambos tuvieron que homenajearlo por compromiso, sin chistar. Qué odiosos son los franceses, pensó Dulles para sí, mira que sentirse los amos del mundo sólo porque saben hacer quesos...

Y vinieron los postres. Ah, los postres; Jacques también era un extraordinario repostero. Luego las frutas, las reinas del trópico. El surtido de quesos importados, las galletas especiales, particularmente las de gengibre. El café, los licores. Tengo los mejores digestivos del mundo. ¡Jacques!, trae las listas de vinos para que escojan los señores. A mí dame el Armagnac de Napoleón y mi caja de puros habanos. Llegó el momento de hablar en serio. Biehl enarcó las cejas y vio por el rabillo del ojo al anfitrión. Dulles comía a placer sin dejar de ensalzar el talento, las manos y los conocimientos de Delhumeau. En su rostro impassible nunca se manifestaba la menor emoción. Nada delataba sus pensamientos.

—Creo que toda Salaragua compró un billete de lotería al haber encumbrado al tal Arévalo hasta la presidencia de la República. Cualquiera persona que vive diez años fuera de su país, cuando regresa es un ilustre desconocido. Ni él conoce nada de Salaragua ni Salaragua conoce nada de él —comentó Keith mientras iniciaba la ceremonia de encendido del puro—. Cuando tenga un centímetro de ceniza blanca podrá usted empezar a fumarlo, señor embajador. Si lo hace antes delatará ser un novato. Además, recuerde usted —insistió paternalmente— que una vez encendido jamás deberá permitir que se apague porque en ese instante el tabaco quedará totalmente envenenado. Un puro de esta calidad jamás deberá volverse a encender si llegara a apagarse. Sería una herejía. Es como recalentar la comida o echarle agua al vino, como hacen algunos paisanos en Estados Unidos.

—Tengo entendido —repuso Biehl con una sonrisa poco convincente—, que buena parte de la propaganda clandestina que repartía Furtamantes era redactada por Arévalo y que gracias a ello se había

dado a conocer.

Comentó que su juventud, su optimismo, la divulgación de sus escritos en círculos intelectuales, su fundado deseo de cambio, al menos la justificada posibilidad de intentarlo, la concepción de su país largamente cincelada después de diez interminables años de destierro, transcurrido entre sesudas comparaciones en relación a otros sistemas de gobierno y sus respectivos niveles de desarrollo; la fortaleza de sus convicciones políticas y filosóficas, la popularidad y aceptación de sus refrescantes ideas, habían hecho de Arévalo el candidato idóneo de las mayorías salaragüenses. Para Biehl, así lo había hecho saber en sus comunicados al Departamento de Estado, Arévalo era la verdad, la promesa de desarrollo, la ejecución de la justicia tanto tiempo anhelada, la distribución de la riqueza, el rescate de los marginados, el aprovechamiento de las riquezas naturales del país para beneficio doméstico. Arévalo significaba la esperanza en un país desesperanzado, la paz en una nación eternamente convulsionada, la libertad en una región dominada desde su independencia por dictadores de la peor ralea (Keith buscó instintivamente un pelícano por cualquiera de las escotillas) y la reconciliación entre todos los salaragüenses.

—No importa —concluyó Biehl— que le llamen el don Quijote bananero. Encaja perfectamente con el fervor revolucionario que actualmente se vive en Salaragua.

Al principio Keith y Dulles cruzaron miradas furtivas; después no dejaron de verse a los ojos sin dar crédito a las palabras pronunciadas por un embajador de Estados Unidos.

— ¿Todo eso lo ha dicho usted a Washington? —preguntó Keith mientras lo asaltaban unas ganas incontenibles de arrojar una copa de agua al rostro del embajador, no sin antes dejar su puro debidamente asegurado en el cenicero.

— ¡Claro, señor Keith! Mi primera obligación como embajador es no equivocarse a mis superiores y tratar de enviarles la información más centrada y serena, usted ya me entiende, la más objetiva la que más se acerque a la realidad.

—Pero usted sí los equivoca —crujió Keith al punto del estallido.

Biehl palideció. Keith sudaba copiosamente mientras sus orificios nasales se dilataban una y otra vez al ritmo de los latidos de su corazón.

—No veo por qué —exclamó finalmente Biehl desubicado.

— ¿No se ha dado cuenta todavía que Arévalo es un comunista confeso?

— ¿Comunista? ¿Arévalo?

—Sí, comunista, Arévalo —respondió el magnate en tono francamente burlón—. ¿Le parece poco todo el texto de su discurso de toma de posesión? ¡Jacques! —llamó al *chef de cuisine* con un grito francamente destemplado—. Tráeme el periódico que está sobre la mesa de las pipas de espuma de mar. Vamos a aprender a leer.

—Es magnífico, señor Keith —repuso Biehl sin sentirse aludido—. Arévalo es un hombre de profundas convicciones liberales. El terreno fértil para el comunismo lo propiciamos nosotros, los mismos americanos, al apoderarnos de la planta productiva latinoamericana. Nosotros, con nuestra conducta, sentamos las bases del estallido social en cuanto país invertimos, para luego llamar comunistas a quienes se nos oponen o tratan de impedirlo por cualquier medio. Nosotros, escúcheme bien —insistió Biehl—, creamos el caldo de cultivo idóneo para facilitar el advenimiento del comunismo al que precisamente tanto tememos. Arévalo es un político progresista, se lo puedo asegurar.

Dulles sonreía sarcásticamente. Jugaba con los cerillos sin perder detalle de la conversación.

—Eso de los progresistas déjelo para nosotros, señor Biehl. En un país donde se habla quechua, maya, aymará y guaraní, en pleno siglo XX, no caben ni la democracia ni la justicia social. Por favor, señor Biehl,

razone usted: es imposible impartir justicia en lengua quechua ni vivir en una democracia en donde se hable español, sobre todo si además la población está integrada por mulatos, negros, mestizos o indios que todavía no se deciden entre Trubico, Arévalo o Dios. Estas razas tardarán muchos años más alcanzar nuestros niveles de desarrollo y de democracia, embajador. ¡Corrija hoy mismo sus informes a Washington! Arévalo no sabe de lo que está hablando ni a lo que se está exponiendo con todo y sus cuarenta títulos doctorales de todas las universidades del mundo. Es un problema de principios, embajador, compéndalo, por favor.

—Mire, señor Keith, entendamos que la democracia es la única manera posible como los humanos podremos más o menos coexistir a mediados del siglo XX. Y es nuestra responsabilidad estimular a nuestros vecinos para que se desarrollen democráticamente a la brevedad posible, aun a marchas forzadas y a pesar de que hablen o no el quechua —argüyo sin intimidarse por la posible reacción del magnate.

John Foster Dulles simplemente se concretó a acomodarse en la silla. Preparaba instintivamente una respuesta fulminante.

—Ahora bien —continuó Biehl—, en relación a esos principios a los que usted se refiere, permítame decirle que si de verdad estuvieran en un primer plano nos habríamos comportado de otra forma como nación después de la Segunda Guerra Mundial. Es una pena que Estados Unidos, una de las naciones más liberales, revolucionarias y progresistas del siglo XVII se haya convertido en una entidad totalmente reaccionaria en el siglo XX —sentenció sin más el diplomático—. Vea usted —agregó Biehl imperturbable—, entregamos la vida y la sangre de nuestra juventud para acabar con el nazismo en el mundo. Odiábamos el fascismo y cuanto ello significaba. Ahora cortejamos a los dictadores de tipo fascista y solemnemente firmamos tratados en que abogamos por los derechos humanos, las libertades ciudadanas y los principios democráticos en el preciso instante en que los mismos dictadores los desconocen. Tal forma de conducta en las relaciones internacionales sólo tiene para nosotros una consecuencia en América Latina: que nadie nos crea. Si lo único que nos importa es la solución inmediata de los problemas y no los principios, a cada momento tendremos que adoptar una línea de conducta diferente⁷⁷.

—La política exterior de Estados Unidos es dinámica, señor embajador —adujo Dulles en términos desafiantes—, y por lo mismo debe adecuarse permanentemente a los problemas que se le presenten.

— ¿Y si para lograrlo debe contradecirse y arrollar a una democracia incipiente como la salaragüense?

—Esto no es una democracia ni es nada.

— ¿Y si lo fuera?

—Antes estarán en todo caso los intereses superiores de Estados Unidos.

— ¿Antes que sus amigos?

—Estados Unidos tiene intereses, no tiene amigos, señor Biehl —golpeó contra la mesa el abogado a punto de perder los estribos—. Si el mundo no nos toma por romanos, nos tomará por judíos y yo prefiero entre los dos extremos el que lleve implícita cierta grandeza, ¿le es claro embajador?

—En ese triste caso, con arreglo a los intereses, ¿se puede ignorar la soberanía de un país, sobre todo después del fenómeno nacionalsocialista? —prosiguió el diplomático sin inmutarse.

—Al mundo le conviene prioritariamente la preservación de nuestra integridad política, económica, cultural e industrial, de ahí que no haya ningún otro valor superior a nuestra seguridad nacional, dentro de la cual lógicamente se ubican nuestros intereses hemisféricos. Creí que eso se lo enseñaban en el primer año a los candidatos a ocupar puestos diplomáticos en nuestro país. No veo, Robert, cómo alguien puede entregar cartas credenciales sin saber el A B C de su carrera...

—No es hora de teorías, John, hablemos de la práctica. ¿Qué me dice de esta declaración? —Keith leyó el periódico. Biehl hacía sus mejores esfuerzos por controlarse—: «Para que la United Fruit pueda seguir trabajando en Salaragua tendrá que someterse a un pacto de igualdad: *mita y mita*, como dicen y exigen

nuestros campesinos —había sido uno de los párrafos más aplaudidos y ovacionados en el discurso de toma de posesión de Arévalo.»

— ¿No acaba de decir el señor Keith al principio de la conversación que Centroamérica vivía más en la edad de las cavernas que en la era eléctrica? ¿Cómo esperan ustedes que la gente salga de las cuevas en los términos actuales y además se calce, se vista, se eduque y se cultive para vivir a la altura más decorosa del hombre, si no tiene ni para comer, vive permanentemente endeudada con las empresas y además depende de la suerte de un monocultivo, en donde si los precios suben en nada se benefician y si bajan se producen hasta revoluciones, como es bien sabido, probado y recomprobado en todo el continente? Déjelos que participen de la riqueza que ellos ayudan a generar en su propio país, págúenles lo que en justicia merecen por su trabajo y por sus materias primas, sin amenazas intervencionistas armadas, y ya verán cómo salen de la edad de las cavernas y evolucionan más en los próximos veinticinco años que lo que lograron hacer en los últimos quinientos lustros.

—Pero si nosotros expusimos nuestros capitales y aportamos la técnica, convertimos pantanos en áreas de cultivo y exterminamos casi en su totalidad la fiebre amarilla y ahora vienen éstos con su carota de burros maiceros con que dame la *mita*. La verdad es que son unos cínicos de mierda. Además —concluyó ya Keith sin ocultar su malestar y sin fumar su puro— yo no tengo la maldita culpa de que esta gente se llene de hijos y que no les alcance lo que le pagamos.

—En primer lugar, señor Keith, ellos también pusieron su mitad, por eso la reclaman.

— ¿Qué mitad ni qué demonios? ¿Cuál? A ver, ¿cuál mitad?

—Sus manos y su trabajo. ¿Le parece a usted poco? Sin los indígenas salaragüenses, señor Keith, no hubiera podido sembrar ni un triste plátano. De modo que igual de importante es el capital que las manos. Por lo que hace a la cantidad de hijos, usted mismo ha dicho que mientras más tengan es mejor porque al fin y al cabo serán nuevos brazos y ante el exceso de oferta de mano de obra, más barata será su contratación, más utilidades obtendrá usted en sus exportaciones al ser más competitivo en los mercados internacionales.

—Bueno, esto sí es el colmo, señor embajador. No sabía, John, que hablábamos con un desconocido bolchevique.

—No es para tanto, señor Keith, lo que importa es ceder un poco en los privilegios tradicionales para no perderlos todos de golpe. Sea usted tolerante al cambio y alargará la vida de sus empresas.

Iba a agregar que era hora de que las empresas norteamericanas dejaran de operar en América Latina como si fueran las tiendas de raya de la United Fruit en Salaragua. Era la mejor fórmula para que los bolsillos de los peones y las tesorerías federales siempre estuvieran vacíos mientras las americanas estaban llenas con dinero ajeno, pero fue interrumpido por el Rey de la Banana.

—No veo cómo lo voy a alargar de acuerdo a lo que Arévalo propone. Fíjate en este párrafo, John, es de fantasía:

»"Nos quitaremos valientemente todos los lastres de encima. Levaremos anclas y nos lanzaremos a la mar todos los salaragüenses convencidos de la inminente necesidad de cambio. Hablaremos con la reacción, les haremos ver nuestros puntos de vista y trataremos de convencerlos. De lo contrario, les enrostraremos el peso de la ley que votaremos conjuntamente a través de la representación nacional. Que nos oiga la Iglesia latifundista y regresiva, coludida tradicionalmente con el más fuerte. ¡Sí!, que nos oiga. Que nos oigan también los tradicionales terratenientes locales y foráneos: nuestro país no es el botín de nadie. ¿Lo oyen? ¡De nadie! Aquí nacimos, aquí viviremos y aquí moriremos. Salaragua es un país digno y respetable; no es una mina inagotable ni un cañizal ni un conjunto de plantaciones bananeras ni mucho menos una letrina internacional donde los extranjeros pueden impunemente realizar todas las fechorías que no pueden cometer en sus países de origen."

—Robert —exclamó Dulles realmente sorprendido por la temeridad de Arévalo—, es mejor que tú y yo

analicemos en la intimidad el texto íntegro del discurso. Por lo visto, con el señor embajador tenemos pocos puntos de contacto en común.

Keith ignoraba, inmerso en la conversación, que su puro habano, Montecristo número uno, se había apagado: un sacrilegio, embajador, encender un puro dos veces. Es un sacrilegio, el tabaco se envenena, embajador, y no hay otro remedio que arrojarlo al bote de la basura. Biehl hacía caso omiso a las descortesías y a las insinuaciones ineducadas, sobre todo de Dulles. Un hombre inmovible, duro e intransigente. Aun así, deseaba insistir en la conversación a sabiendas que sería la primera y la última que sostendría con dichos personajes.

—No lea sólo la mitad, señor Keith. Conozco el texto. ¿Por qué no concluye la lectura del párrafo completo?

Keith leyó con desgana y luego con creciente malestar tan pronto recordó su contenido:

—"Abriremos las puertas y los brazos a quienes vengan a compartir nuestro pan y nuestro techo sin ventajas y con probada honestidad. Trabajaremos todos unidos en beneficio de la comunidad mediante reglas convenientes para los involucrados en el proceso productivo. Impediremos por cualquier medio la explotación de cualquier persona por el solo hecho de haber nacido o vivir en esta tierra, a partir de hoy, de libertad y de progreso. Exigiremos para cada trabajador salaragüense los mismos privilegios de los que disfrutaban los trabajadores extranjeros radicados en nuestro país. Estrangularé con estas manos cualquier forma de esclavitud prevaeciente en Salaragua. Si mis ideales me condujeron al poder, su ejecución con la ayuda de todos ustedes me habrá de mantener en él."

»Pero dime tú, John, ¿quiénes son estos miserables muertos de hambre para exigir prestaciones similares a las de nuestros técnicos, cuando ni siquiera saben cortar ni cargar una penca hasta los camiones? No saben ni leer ni escribir: son flojos, borrachos, irresponsables, unos parásitos, John, unos parásitos en toda la extensión de la palabra, pero eso sí, quieren ganar igual que nuestros muchachos. ¡Cínicos! —gritó más fuerte cuando constató que su puro ya no humeaba a pesar de aspirarlo frenéticamente y que no tendría ya más remedio que arrojarlo contra la pared, aplastarlo en el cenicero, aventarlo al mar, al demonio o metérselo por el culo a este diplomático norteamericano educado en las mejores escuelas soviéticas. Sólo mi hermano Franklin y este tipejo me han hecho pasar estos corajes, se dijo mientras repasaba la cara de su abogado de arriba abajo como invitándolo a la acción y al apoyo.

—Sí, señor Keith, tiene usted toda la razón. Ni saben leer ni escribir y son unos parásitos. Correcto, sólo que sin ellos nunca hubiera usted subido a bordo de cualquiera de sus buques de la Flota Blanca ni un triste dominico ni un grano de azúcar, mi querido amigo. Es más, ni la mismísima Flota Blanca existiría sin ellos, como usted ya tan bien lo dijo con anterioridad.

—Señor Biehl, es usted un comunista. Tenía razón el señor Dulles. Arévalo también es un comunista —sentenció Keith contundente.

Biehl impasible, todavía instalado en la peregrina idea de convencer a sus interlocutores, agregó que Arévalo sostenía el principio, igualmente válido en Estados Unidos, de la improcedencia de los intereses particulares en contra de la superioridad del Estado. Que el Estado intervendría para proteger los derechos de las mayorías y la seguridad nacional, tal y como acontece en nuestro país. Que la libertad del ser humano debería coincidir con las aspiraciones de la comunidad. Que Arévalo rechazaba el marxismo así como toda la teoría de la lucha de clases. Que creía en un ideal basado en la armonía social, en la fraternidad y en la reconciliación de los intereses antagónicos: un gobierno verdaderamente democrático por los capitalistas, los profesionales y los trabajadores. Respetaría la propiedad privada siempre que se subordinara a las necesidades y a los intereses de la nación en su conjunto en lugar de confiscarla para sólo empobrecer al país de acuerdo a la experiencia agraria mexicana; reformaría el sistema capitalista para mejorar la situación de la mayoría de los trabajadores. No era marxista, porque amaba y respetaba ante todo la libertad de los hombres. Que el comunismo era una forma de gobierno similar a la de Trubico, porque igualmente se

ignoraban las garantías individuales fundamentales del género humano. Que las verdaderas intenciones políticas de Juan José Arévalo quedarían consignadas en la nueva Constitución política de Salaragua. Que él emprendería la más ambiciosa reforma agraria conocida en Centroamérica para elevar el nivel de vida y el poder de compra de los trabajadores del campo, echando mano de las tierras ociosas para no lastimar a nadie inútilmente. La reforma agraria sería un prerrequisito para la industrialización de Salaragua.

—Robert —habló finalmente Dulles con una amplia sonrisa en la cara— quisiera que me acompañaras a cubierta, necesito hablar contigo a solas respecto a los pelícanos. Tengo una nueva teoría biológica.

—Señores, sé que están ustedes molestos —trato inútilmente el embajador de rescatar la conversación—. Sin embargo, quisiera que escucharan este último párrafo para convencerlos de la existencia de peligros que sólo se dan en nuestras mentes pero no en la realidad.

—Ya hemos oído suficiente, señor embajador —repuso Dulles ya puesto de pie al tiempo que tomaba el brazo del magnate.

Keith ya miraba rumbo a la escalera. Dulles volteó a ver en forma displicente al diplomático.

—«Rusia —leyó el embajador sin demora—, ofrece valores muy positivos desde el punto de vista revolucionario: el odio y la traición. Al golpe del martillo ruso de paz y esclavitud, hay que oponer el golpe de otro martillo que forje la justicia y libertad. Los comunistas y los neofascistas saben muy bien que se puede trabajar con buen éxito en zonas humanas abandonadas en todo sentido de una justa recompensa al trabajo. Entre masas de peones mal nutridos, mal pagados, mal tratados, los demagogos pueden ir sembrando dinamita e ir minando de odio los subterráneos a base de mentiras, en las cuales, son especialistas los comunistas.»

Sin pronunciar el menor comentario terminaron de dar la espalda al embajador y se dirigieron a la salida. Qué desperdicio de vino, sopa, pescados y esculturas en mantequilla, licores, quesos y café... Pobre Jacques, tanto esfuerzo inútil...

El embajador Biehl, viéndose ignorado y derrotado, sólo alcanzó a increparles sin que ninguno de los dos contestara ni se preocupara en voltear al lugar de donde salía el ruido:

—Lo que pasa es que a nosotros los gringos nos convino la lleuda del comunismo para intervenir velada o abiertamente en el hemisferio. ¿Qué hubiéramos hecho sin una disculpa como la comunista para cometer todas las arbitrariedades y aplastar todas las democracias en nombre de la libertad? ¿Eh? ¡Contésteme! —todavía gritó furioso en su impotencia.

El *chef de cuisine* todavía alcanzó al magnate para murmurarle al oído:

— ¿Les doy de comer algo a las mujeres? Se están cociendo en el cuarto, señor. Con todo respeto, ya huele verdaderamente horrible.

—Ya no les inviertas un centavo más. Todo ha sido dinero perdido. La que quiera cobrar un córdova de más aún después de haberlas paseado por la bahía, tírala al agua. Ya está bien...

Dulles estalló en una estruendosa carcajada. No tienes remedio Bobby. Biehl se quedó como un borracho necio y solitario frente a una botella de ron barato. Éste ya desvaría: vámonos por un poco de aire fresco, no nos vayamos a contagiar. Cuando a la gente le da por el misticismo...

La resistencia alemana entró en agonía a principios de 1945 Los aliados empezaban a asegurar la victoria. Patton emprendía el camino hacia el norte, Eisenhower reanudaba el avance hacia el Rin y Montgomery se dirigía hacia Bremen y Hamburgo mientras los rusos, sobre un frente de 1.600 kilómetros, atravesaban el Vístula y se dirigían ávidos de venganza a destruir el corazón del Tercer Reich mediante un gigantesco movimiento de pinzas que causó más de un millón de bajas a los alemanes. El fin parecía inevitable. El genocidio judío encabezado por Hitler estremece al mundo. Yo no fui, lo juro, sólo cumplía órdenes, lo juro por Dios que no me dejará mentir. Cumpliste órdenes, pero participaste en la matanza.

¿Desertaste? ¿Apostaste tu vida misma a cambio de no asesinar niños, mujeres y hombres indefensos? ¿Fuiste de los que no participaron pero sólo disfrutaron intensamente el terror macabro de las víctimas cuando observaste tras una ventana cómo inhalaban angustiados el gas letal o morían desesperados junto con sus familias en el calor infernal de los hornos crematorios cuando a muchos los incineraron vivos? *El diario de Anna Frank* consolidó el odio de la humanidad en contra de la doctrina nazi. Jamás se había podido siquiera imaginar semejante grado de barbarie ni de vesania.

En el mes de febrero, cuando la derrota alemana era inminente, se produce la Conferencia de Yalta entre los integrantes del Estado Mayor Combinado para repartirse el planeta entre los futuros vencedores. Asiste un Roosevelt enfermo, a punto de contar con una poderosa carta guardada en la manga para concluir de un plumazo con las sangrientas batallas del Pacífico, asisten también Churchill y Stalin.

Ya en 1944 Estados Unidos dio los primeros pasos para favorecer una economía estable de la posguerra. En agosto de ese mismo año, en Dumbarton Oaks, Washington D.C., las fuerzas aliadas redactaron el primer borrador de la Carta de las Naciones Unidas, Roosevelt, a diferencia de Woodrow Wilson, creaba una organización internacional para salvaguardar la paz antes de la conclusión de la guerra. En Bretton Woods, New Hampshire, nace el Fondo Monetario Internacional para estabilizar monedas y un Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo para reparar las economías aliadas y ayudar con créditos e inversiones a la rehabilitación del comercio internacional. Roosevelt escribe con la mano temblorosa:

Buscamos la paz, una paz duradera. Más que un fin a la guerra, deseamos un fin a los comienzos de todas las guerras, sí, un fin a este método brutal, inhumano y totalmente impráctico de dirimir las diferencias entre los gobiernos... Nos encontramos ante el hecho preeminente de que, si la civilización ha de sobrevivir, hemos de cultivar la ciencia de las relaciones humanas... la capacidad de todos los pueblos, de todas índoles, para vivir juntos y trabajar juntos en el mismo mundo, en paz... hoy, cuando avanzamos contra el terrible azote de la guerra... conforme avanzamos hacia la mayor contribución que ninguna generación de seres humanos pueda hacer a este mundo, la contribución de una paz duradera, yo os pido que conservéis vuestra fe.

Franklin Delano Roosevelt muere el 12 de abril de 1945, meses después de haber ganado su tercera reelección, cuando ya se repartían las invitaciones para una conferencia de las Naciones Unidas que debería reunirse en San Francisco para redactar la carta de la nueva organización. Poco antes de su fallecimiento, el presidente había expresado su asombro, ansiedad y amargo resentimiento por la desalentadora falta de aplicación de los protocolos de Yalta.

Días antes Stalin había declarado que «un gobierno libremente elegido en Polonia sería antisoviético y, por lo mismo, no podría permitirlo».

Churchill confirmaba sus sospechas. La Casa Blanca en adelante aprendería a desconfiar del Kremlin.

El almirante Doenitz, heredero designado por Hitler, trató de rendirse desesperadamente a los aliados occidentales. Eisenhower, por un sentimiento de evidente lealtad rechaza enérgicamente la proposición. Bien sabía Doenitz lo que debía esperar de los soviéticos. Por lo pronto a su paso por Alemania desmantelaron la planta industrial, instalaron el equipo y la maquinaria en territorio ruso, apresaron una importante plantilla de técnicos y sabios nazis y se proyectaron en el mundo como una potencia de primer orden. Finalmente, el 7 de mayo* de 1945, entre ruinas; horror y desesperación terminó dentro de una gran humareda el Eje que había pretendido dominar al mundo. El general Jodie firmó la rendición incondicional, Eisenhower escribirá con un lápiz la nueva fecha:

Día D más 335. Me dirigí a la ventana y abrí las cortinas. Fuera, el Sol subía por los cielos. Había terminado la guerra en Europa.

Por su parte, los dictadores americanos guardaban un críptico silencio dentro de un doloroso luto. Su

* El día de la victoria se celebra el 8 de mayo porque la rendición entró en vigor a las 23.01 de ese día, de acuerdo con el tiempo de Europa Central.

gran líder, de esos, como decía Trubico, que nacen cada mil años, se había suicidado en un refugio antiaéreo, en un sótano de Berlín. ¿Qué le queda a un ser humano cuando ha perdido la fe en Dios, en este caso un dios de la más pura raza aria? Sólo nos queda llorar nuestra pérdida en la intimidad y sonreírle a Truman para pedirle benevolencia. Bien había advertido el Führer su destino en manos de un tribunal aliado. El mundo entero se convertiría en un pañuelo para él. Sería identificado en cualquier parte del globo terráqueo como una gota de tinta negra en una hoja de papel blanco.

IV

¡QUE HABLE DIOS!

*No está lejano el día en que tres banderas
de las barras y de las estrellas señalen en
tres sitios equidistantes la extensión de
nuestro territorio: Una en el Polo norte,
otra en el canal de Panamá y la tercera en
el Polo sur. Todo el hemisferio será
nuestro, de hecho, como en virtud de
nuestra superioridad racial, ya es nuestro
moralmente.*

WILLIAM HOWARD TAFT
Presidente de Estados Unidos
de América*

* Ver Noam Chomsky, *Turning the Tide*, South End Press, Boston Massachusetts, pág, 59. Citado también por Gregorio Selser, *Diplomacia, garrote y dólares en América Latina*, Buenos Aires, 1962, según Eduardo Galeano en *Las Venas Abiertas de América Latina*, pág, 172, Siglo XXI Editores, Primera Edición, 1971.

Científicos y militares norteamericanos se reunieron antes del alba del día 16 de julio de 1945 en el desierto de Nuevo México con los ojos protegidos por gafas oscuras y los rostros enmascarados de crema contra quemaduras. Semejaban un conciliábulo de fantasmas en espera de la llamada del Juicio Final. Ninguno de los jóvenes científicos podía resistir la angustia ni retirar la mirada del horizonte. Eran muchos años de investigación hermética, un secreto de ultratumba, jornadas de trabajo interminables encerrados en los diabólicos laboratorios, hojas más hojas de cálculos y más cálculos, hipótesis comprobadas y otras tantas descartadas, enunciados ingravidos y otros válidos, siempre perseguidos por el tiempo, por los miembros de más confianza de la Casa Blanca y por el estado mayor conjunto de las fuerzas armadas norteamericanas. Uno y otro fracaso; una y otra prueba. La desilusión, la fatiga. Finalmente la alegría desbordada por el hallazgo y el descubrimiento, el fruto de tanta dedicación, tanto talento y tanta sabiduría. De pronto se oyó la palabra *ahora*. Una detonación estremecedora: el grito terrorífico de fuerzas sobrenaturales liberando un inimaginable poder aniquilador. Oppenheimer tuvo que apoyarse en un poste. Un resplandor cegador iluminó el desierto y una enorme bola de fuego de cambiantes colores, desde el púrpura oscuro hasta el naranja y luego hasta un verde extraterreno, brotó del cielo. Posteriormente surgió del desierto una gran columna, gradualmente fue tomando la forma de un hongo gigantesco e incandescente: el símbolo de una nueva época. Abriéndose paso a través de las nubes se alzó orgullosa, expandiéndose, desplegando su poder devastador, inaugurando, descubriendo los nuevos dominios del horror. Luego se produjo una oleada de intenso calor y un ruido ensordecedor, aterrador. La tierra tembló su esqueleto se cuarteaba, había sido herida en sus entrañas. Profirió un grito desgarrador, macabro, siniestro, que estremeció hasta la última de las conciencias. Oppenheimer recordó un pasaje del Bhagavad Gita: *Soy la muerte que sacude los mundos*. Otro científico comentó: El día del fin del mundo, en el último milisegundo de la existencia de la tierra, el último hombre verá algo muy similar a lo que hemos visto hoy.

Se iniciaba una nueva era. Un nuevo parteaguas en la historia de la humanidad, similar al principio o al fin de la Edad de Piedra, al descubrimiento del fuego, de la agricultura o de la crucifixión de Jesucristo. El mundo entero esperaba horrorizado desde entonces los avances de la tecnología nuclear. Ningún armamento, por más sofisticado que fuera, había contado hasta la fecha con semejante poder destructivo. El equilibrio de fuerzas internacionales se rompía. Estados Unidos no sólo surgía como vencedor absoluto de la Segunda Guerra Mundial sino como la primera potencia atómica de la historia. Sus poderes a partir de ese momento serían invencibles, sus veredictos inapelables, sus opiniones indiscutibles. Quien tuviera en sus arsenales una bomba atómica tendría el mundo a sus pies, además de acceso a las sobrias mesas de ajedrez internacional en donde se jugaba la suerte del planeta. Ni los faraones, cesares ni bárbaros ni los más destacados miembros de las casas reales austríacas o borbonas, ni los mariscales napoleónicos, ni los reyes británicos, amos y señores de gigantescos imperios, jamás soñaron ni supusieron ni imaginaron contar con una autoridad tan contundente e incontrovertible. Era un nuevo concepto de absolutismo en pleno siglo XX. De ahora en adelante todos tendrían que humillar la cabeza ante el poder nuclear de Estados Unidos. El dios rubio se volvía omnipotente. ¡Ay de las repúblicas bananeras! ¡Ay de los presidentes cafetaleros! ¡Ay de las democracias azucareras! La supervivencia misma del hombre quedaba amenazada para siempre.

El nuevo jefe de la Casa Blanca, a escasos cuatro meses de haber tomado posesión del cargo, aprovechó militar y políticamente el histórico descubrimiento y ordenó la detonación de dos poderosas bombas atómicas en Japón sin mediar advertencia ni previo aviso. A las 9:15 de la mañana del 6 de agosto de 1945 el primer artefacto nuclear, lanzado desde el *Enola Gay* hizo blanco perfecto en el corazón del segundo centro militar del Japón: la ciudad de Hiroshima. Mató instantáneamente a 60.175 personas, arrasó la ciudad entera y acabó desde luego hasta con el último hombre del segundo ejército japonés. El mundo entero no salía todavía de su estupor ni de su asombro cuando el nueve del mismo mes y año, pocas horas antes de que Rusia declarara la guerra al Japón, una nueva explosión mató a treinta y seis mil personas en Nagasaki.

Habiendo revelado su potencialidad, su terrible potencialidad sobre Hiroshima, ¿debieron arrojar una segunda bomba atómica? Esta pregunta se seguirá planteando durante los próximos cien años, si la era

atómica decide concederle a la humanidad otros cien años más de existencia.

Truman sabía que Japón contaba todavía con cinco mil aviones, cinco mil Kamikazes, cinco mil torpedos o bombas humanas aéreas y un millón de hombres en sus tropas de tierra dispuestos a disputar cada playa, cada ciudad, cada comarca y cada metro cuadrado de terreno. El número de bajas pudo haber sido inmensamente superior de no haberse perfeccionado con tal oportunidad semejantes armamentos. Rusia, por su parte, ya se disponía a ocupar para siempre la parte septentrional de Japón, anexión que alimentaba su ancestral delirio de grandeza; avanzaba peligrosamente, ávidamente, sobre Europa occidental, se hacía de regiones, comarcas y países; creaba bloques a su paso, bloques de acero impenetrables, verdaderas *Cortinas de Acero* impenetrables también al progreso, a la libertad, a la ciencia, en fin, a toda evolución. Fue entonces cuando el presidente de Estados Unidos tomó una decisión que aterrorizaría a toda la humanidad, sin duda la más difícil de su carrera, una decisión que lo haría pasar a la historia junto con el nacimiento de una nueva era. Ningún hombre antes que él había podido contar con la posibilidad de hacer desaparecer una civilización completa de la faz de la tierra con tan sólo apretar un botón macabro: ordenó la detonación de dos bombas atómicas para concluir de una vez por todas con la interminable guerra en el Pacífico y contener los apetitos expansionistas soviéticos, una nueva amenaza totalitaria que ya amenazaba de nueva cuenta al mundo entero. Los rusos sólo entienden un lenguaje: ¿cuántas divisiones tienes? Para contenerlos y evitar una nueva guerra mundial, comentaba Truman, rodeado por el estado mayor conjunto de las fuerzas armadas norteamericanas en una de las primeras y más solemnes sesiones que habría de presidir a lo largo de su mandato como jefe de la Casa Blanca, era menester mostrarles un puño de hierro: el ejemplo japonés les enseñará a respetarnos. Los ciudadanos norteamericanos ya no se preguntarían en lo sucesivo: ¿quién es ese Truman? ¿Por qué Roosevelt lo escogería con su mancuerna política? Así como un siglo antes se habían preguntado: ¿Quién es este James K. Polk, de triste recuerdo para los mexicanos?⁷⁸

La rendición japonesa no se hizo esperar. Hirohito impone la firma de un armisticio ante la oposición fanática de algunos jefes sobresalientes de sus fuerzas armadas. ¡Basta ya de genocidios! No hay argumento oponible al poder avasallador de la bomba. Stalin, por su parte, incapaz de resistir su impotencia, se subordina sin ocultar su rabia, pero pone a disposición de los técnicos alemanes secuestrados al paso de las divisiones sobre los restos humeantes del Tercer Reich un presupuesto sin límites para financiar la investigación atómica. Se abre un paréntesis. Reprime transitoriamente sus ilusiones imperiales, su herencia zarista y su avidez territorial.

El día más feliz de Simone Kirkpatrick se acercaba a una velocidad insospechada. Anhelaba enfebrecida la llegada del 4 de abril de 1946. Glorioso 4 de abril de 1946. Día a día, con placer voluptuoso, arrancaba una nueva hoja del calendario. Día a día modificaba en la fachada el número de días pendientes por transcurrir para la inauguración de su museo: el verdadero dueño de sus ilusiones, la primera y última razón de su existencia. En la soledad lujosa de su apartamento de Manhattan, cuando ya no tenía necesidad de sonreírle a nadie y podía dejar por un momento al menos su máscara en el vestidor, Simone se preguntó en silencio: ¿de qué sirve el éxito cuando no se comparte con alguien y se disfruta en la intimidad? ¿Para qué vivir sin una relación amorosa?

Para tu museo, Simone, le contestaban a coro sus voces internas; vives para tu museo, para albergar el color dentro de él; para gozar la perspectiva, el paisaje. Vives para aplaudir las proporciones y admirar los espacios, saborear las composiciones y emocionarte frente a las policromías. Vives también, Simone, para fruir con los arpegios, las sonatinas, los acordes y las notas. Vives para vivir, no te olvides, la vida de los artistas cuando te cuentan sus motivos, sus angustias, sus aciertos, sus vacíos y sus momentos de éxtasis. Vas siempre en las alas de la imaginación de tus músicos, poetas y pintores. Vuelas con ellos, te transportas con ellos, te evades con ellos, fantaseas con ellos, sufres con ellos y ríes con ellos. ¡Qué mundo, Simone!

Vives mil vidas al mismo tiempo, cada una más cautivadora y fascinante que la otra. Sí, pero soy incapaz de desahogarme en lo personal. No soy una creadora, tampoco lo olvides tú; yo no me vacío con una pincelada ni sudo al componer o lloro al ejecutar... ¿Acaso el arte no te reconcilia con todo? Claro que no, el solo placer de la contemplación es incomparable con el de la creación. ¿Cómo tener una vida plena si sólo observo, observo y observo a los artistas y observo también a los amantes? ¿Cómo ser feliz si no produzco, si no apporto nada al arte ni me involucro activamente en el amor y sólo observo, observo y observo? Busca entonces el amor a través del arte, busca si no el amor en sí mismo. Pero no te quedes inmóvil: el reloj no se detiene, el tiempo terminará por atropellarte. Búscalo, repétían insistentemente sus voces internas, busca rabiosamente al amor ahora, antes de que tu piel sea incapaz de transpirar el deseo y de empaparte de pasión. Búscalo antes de que te seques, te erosiones y te petrifiques totalmente. ¡Ah!, si supieras que ése es precisamente mi destino y que ya nada me permitirá evadirlo. Me endurezco, sí, ¡demonios!, me endurezco. En lugar de mensajes eróticos y de insinuaciones carnales recibo muestras de respeto y consideración. Todo por haber despreciado los placeres de la cama a cambio de los de la contemplación. No es tarde, Simone, inténtalo. Sí lo es, cada día soy más hermética, menos permeable, menos tolerante y más egoísta. ¿Y las aventuras? ¿Te gustaría una aventura? Simone sonrió. ¿No te gustaría hacer una chapuza a estas alturas de tu vida? La picardía asomó tímidamente en su rostro. Yo ya no estoy para aventuras. ¿Qué tal si pruebas? ¿Te gustaría un morbosito? Sí, ¿qué tal un morbosito del que luego te pudieras desprender como quien se quita un abrigo? ¿Qué tal que sólo estuviera contigo el tiempo que tú dispusieras en las tardes frías de otoño? Un morbosito, Simone, que te atara a la cama completamente desnuda y sin tocarte con las manos recorriera todo tu cuerpo con una pluma sujeta entre los dientes y jugueteara con tu cuello, con tus oídos y con tus labios despiertos y más tarde bajara volátil y diera vueltas alrededor del nacimiento de tus senos hasta perderse a sugerencia tuya, casi imperceptiblemente, en la noche de los tiempos... Más tarde te zafaría y te haría suya demencialmente y no tendrías que andarte masturbando en la soledad de tu tina mientras tu edad amenaza con aplastarte por instantes, señorita Kirkpatrick. Si tienes imaginación erótica, agótala, realízala antes de instalarte en la frigidez perpetua o de declararte un monumento al arte, tan frío ó más que el mármol o el bronce. Quiero dormir, mejor déjame dormir. Sí, pero antes escúchame bien, no ignores el llamado de la sangre porque si lo haces se te convertirá en veneno. Te marchitarás y te arrugarás prematuramente, y ni tu Miguel Ángel ni tu Da Vinci ni tu Tchaikovsky podrán hacer nada por rejuvenecerte ni devolverte el tiempo ni el placer perdidos. Vive tu vida y entrégate en cada episodio como si se tratara del último movimiento de una sinfonía heroica. Para lograrlo recuerda los tres presupuestos del éxito: un poco de cinismo, un poco de locura y mucha menos arrogancia... Haz la prueba, ya luego tendrás tiempo suficiente para dormir. ¡No lo olvides nunca!

Los sobres elegantemente rotulados y lacrados como antaño empezaron a llegar a principios del mes de marzo de 1946 al domicilio de los personajes más representativos e influyentes de la sociedad norteamericana, desde el mismo presidente de Estados Unidos, senadores y líderes del partido republicano y del demócrata, secretarios del gabinete del presidente Truman, y ministros de la Suprema Corte de Justicia, hasta capitanes de industria y comercio, banqueros y miembros destacados de la prensa, particularmente los dueños de revistas especializadas, cine y radio. Fueron invitados igualmente algunos gobernadores de la Unión Americana. Dueños de galerías artísticas, catedráticos de las bellas artes, directores de famosas academias, músicos, directores de orquesta, pintores nacionales y extranjeros, fueron convocados por supuesto para formar parte del apoteótico evento. Especial empeño demostró Keith en invitar al cuerpo diplomático acreditado en Estados Unidos, para que su obra y su imagen de mecenas incunable se difundiera en todo el mundo civilizado y se empezaran a establecer los primeros contactos con patrones de fundaciones, así como directores de diversos museos de reconocido prestigio internacional, con el objeto de iniciar a la brevedad posible la presentación de exposiciones conjuntas con los respectivos acervos culturales de cada institución.

El pastel de bodas, como los neoyorquinos identificaron rápidamente al inmueble que alojaba a la fundación, al museo, a la sala de conciertos y a los centros de enseñanza, estuvo listo para su inauguración oficial, puntualmente, el día cuatro de abril de mil novecientos cuarenta y seis a las 19:00 horas, según había prometido Simone Kirkpatrick.

Se colocaron sobre la Quinta Avenida gigantescos reflectores cazabombarderos para iluminar la colosal mole blanca, acabada en su mayoría con mármol auténtico de Carrara. Aquella noche el hogar de una de las colecciones de arte más extraordinarias de la Unión Americana lucía esplendoroso como un enorme diamante colocado sobre una pieza de terciopelo negro. Brillaba como la única estrella del firmamento. Como si Keith hubiera mandado apagar no sólo las luces de Nueva York sino las de todo el país. ¡Qué va!, las de todo el continente, las del mundo entero, para que nada pudiera restar el lustre natural de su palacio, su templo de arte, su corona de veinte puntas rematadas con zafiros que ya hubiera querido el propio Lorenzo de Médici como devoto obsequio de sus beneficiarios. Nadie tiene mis tamaños, como dice la señorita Kirkpatrick. Nadie iguala mi generosidad. Pude haber comprado más barcos, más tierras, más ferrocarriles, más bancos, sí, claro que pude haberlo hecho, como pude haber sembrado más bananas y más cañas de azúcar para aumentar aún más mi patrimonio. Sólo que no deseo pasar a la historia como un mero vendedor de plátanos, como mi tío Minor, sino como un mecenas, que remonta el vuelo para iluminar los espacios más exquisitos del hombre. Esta señorita Kirkpatrick, qué cosas dice. Que vengan a verme mis colegas, competidores y críticos de mi obra. A partir de hoy he ingresado en el reino del más allá. Desde este instante soy inaccesible al rencor, a su envidia y a la amargura de su impotencia. Ya en nada nos parecemos. Mis dimensiones son muy otras, mis propósitos les serán inentendibles, como lo son a sus ojos las proporciones del imperio que he forjado para materializar el sueño americano. Hoy puedo decirle a la cara al propio presidente Harry S. Truman: Señor, he cumplido con mi patria. Estoy en paz con la historia y orgulloso de nuestro futuro nacional. Nadie puede reclamarme nada.

Ni Sofía Guardia ni Franklin asistieron a la inauguración. Ambos se habían enterado quince días después del regio evento cuando regresaban a Salaragua a bordo de un avión de Pan American Airways y una azafata les alcanzó la última edición del *Magazine Cultural* del *New York Times*, en donde para su sorpresa aparecía una gran foto del presidente Truman con unas tijeras de oro en la mano para cortar el histórico listón con los colores y el emblema del Pulpo, acompañado de Robert el día de la magnífica celebración. Según Keith, la Tocha regresaba de uno de esos viajes raros que hacen las mujeres para comprar lo que no necesitan.

A nadie extrañó que en el lugar de honor, al centro mismo del vestíbulo principal del museo, rodeado por gigantescas columnas de granito negro importado de Brasil, se encontrara la figura en bronce de Robert Keith de tres metros de altura, en el traje de cazador que generalmente utilizaba para recorrer sus plantaciones. Su rostro era el de un aguerrido combatiente norteño de la guerra civil. Un visionario: la mirada de George Washington el día de la independencia de Estados Unidos. De un Polk después de apropiarse de la mitad del territorio mexicano. La de Lincoln, ¿o tal vez de un Teodoro Roosevelt?, después de partir en dos a Colombia y declarar al canal de Panamá como propiedad exclusiva de Estados Unidos. Una mueca similar a la de Ford cuando vendió su primer millón de automóviles, a la de Morgan, a la de Guggenheim, a la de Rockefeller, a la de William Randolph Hearst cuando alcanzaron el éxito máximo en sus carreras empresariales. La expresión de su rostro representaba la audacia, la temeridad, el coraje y el talento de los primeros colonizadores de Norteamérica, de los Padres Fundadores y de quienes habían hecho posible la materialización del expansionismo norteamericano en todas sus formas y manifestaciones. Robert Keith sintetizaba la historia. Él la resumía. Los Keith la iniciaron y ellos mismos la concluyen. Siempre lo dije: somos una familia de civilizadores. Hoy día y en este acto representamos y encabezamos lo mejor de la civilización vanguardista de Estados Unidos. A otros les tocará continuar nuestro ejemplo. Nosotros fuimos, somos y seremos los pioneros...

A un lado del guardarropa, al pie de la escalinata principal, fue colocada una placa de bronce alusiva a la memoria de Minor Keith. Un bajorrelieve con el perfil del Rey sin Corona, el fundador de la United Fruit

Company, tallado en mármol blanco y un texto en latín que con toda certeza se referiría a la producción bananera como el origen del colosal imperio económico fue la única referencia al genio creador del Pulpo, la empresa frutera más poderosa del mundo.

El presidente Truman llegó en punto de las 19:00 horas. Develó como primer acto protocolario otra placa conmemorativa con su nombre en la parte inferior izquierda de la misma, con la misma leyenda consignada en la barda exterior del museo durante su proceso de construcción. Recorrió escasamente un par de salas con lo mejor del arte moderno. Su sonrisa habitual, su sombrero habitual, sus lentes de arillo habituales, su traje oscuro habitual, su corbata de lacito, mi mariposa inseparable, hablaban de Truman como un hombre conservador en el modo e impenetrable en la forma. La misma Simone Kirkpatrick, cuando explicó algunas obras de Marcel Duchamp, Dalí, Miró y de Max Ernst, nunca supo si había sido atendida y entendida. La expresión del presidente parecía plastificada y su mirada inexpugnable. Al final de una demoledora jornada de trabajo difícilmente podría repetir el jefe de la Casa Blanca todas las actividades a las que se había sometido, resumir lo que había escuchado y recordar a las personas con las que había desayunado, comido, cenado, acordado o simplemente conversado el mismo día o el anterior.

No hubo tiempo de mostrarle los tesoros egipcios, ni los fenicios ni el arte etrusco, jónico y aqueo, en buena parte prestado de museos británicos, ni el acervo escultórico romano. Ni siquiera vio el busto de César. Nada. Por razones de seguridad se había trazado previamente una ruta inamovible cuyo recorrido no podría durar ni un instante más allá del tiempo establecido previamente. No entró a las salas de arte gótico ni medieval ni renacentista. ¿Cómo pudo perderse nuestras obras de Bernini y de Rafael? Nuestros Tiziano y nuestros Tintoreto, nuestros Rubens, nuestros Brueghel y nuestros Velázquez. ¡Ay Dios! Tampoco conoció las salas flamencas, ni la alemana ni la francesa ni la española. En realidad sólo pudo ver diez o quince cuadros de autores contemporáneos cuya obra y nombre seguramente olvidó el jefe de la Casa Blanca tan pronto le fue cerrada la puerta trasera de su imponente Cadillac negro.

Las oficinas de relaciones públicas de la United Fruit Company supieron vender exitosamente la presencia de Truman, así como los propósitos de Keith en torno a la fundación. Fue interpretado a la perfección por los más destacados expertos en manipulación pública en la Unión Americana. Ellos, por lo general hombres excesivamente caros, sabrían cómo presentar los hechos para obtener los resultados deseados. Conocían sobradamente las reacciones, tendencias, gustos, preferencias, imágenes, fantasías, frustraciones, rechazos y ansiedades del pueblo norteamericano, y en su carácter de especialistas comunicadores, con los bolsillos además repletos de dólares, podrían plantear los más inverosímiles acontecimientos mundiales presentando la empresa, por lo general involucrada en asuntos políticos, como una víctima más del comunismo internacional o del nacionalismo retrógrado de ciertos gobernantes fanáticos, enemigos del progreso, o del egoísmo prevaleciente entre los competidores por alcanzar el liderazgo bananero, o de las zancadillas, chantajes, trampas y emboscadas de sindicatos obreros, ávidos de notoriedad, o de políticos domésticos ambiciosos que identificaban un buen trampolín para acceder a la fama y al poder con arreglo a argumentos absolutamente falaces, tendenciosos e interesados en contra de los sagrados intereses del Pulpo.

Puedo estar acostado y convencer a un auditorio que estoy de pie, afirmaba Barnays, director general de relaciones públicas de la United Fruit Company, más conocido como el Demonio entre sus subalternos. Todo se puede decir sabiéndolo decir y todo se puede hacer sabiéndolo hacer, era su *slogan* favorito cuando las discusiones se empantanaban y las reuniones a todos los niveles parecían fracasar ante la falta de opciones. Libramos a diario una batalla para conquistar la mente de los hombres; no permitamos que nada ni nadie domine nunca la nuestra. La verdad no existe, sólo cuenta nuestra capacidad para presentar los hechos. La verdad es una teoría hermosa, digna de ser estudiada por los filósofos en el hermetismo de sus gabinetes. A nosotros nos toca la práctica, la presentación de los acontecimientos en forma tal que nuestra empresa siempre salga favorecida y no sólo no capte ni acumule rencores de nadie sino que por contra despierte el agradecimiento en el interior de la gran sociedad norteamericana. La existencia de la United Fruit Company es y debe seguir siendo un motivo de orgullo nacional, una prueba más del talento de los

empresarios norteamericanos para emprender tareas faraónicas en beneficio de nuestro país.

Barnays siempre contaba con una idea, una salida, una nueva posibilidad, otra opción, ingeniosas alternativas, excelentes caminos inexplorados tan pronto se le sometía a presión. Arrojaba ideas inesperadas, una tras otra, sugería mecánicas, proponía soluciones ingeniosas y lograba convencer desde cualquier ángulo en que se le instalara. ¿Ésa no se puede? Y, ¿ésta?, y ¿esta otra más...? No, no, tampoco, son peligrosas. Y ¿ésta?, ¿ésta y esta otra más? Se trataba de una verdadera catarata de posibilidades, métodos y recursos insospechados y ocurrentes. No conocía los callejones sin salida. Despreciaba a los resignados, a los callados, a los pusilánimes, a los temerosos. *Yo sé cómo*, repetía insistentemente. Cuando ustedes se den por vencidos, vengan a verme. *Yo sé cómo*, siempre sabré cómo.

Tan popular era su expresión que sus segundos mandaron hacer una pequeña placa con la leyenda *Yo sé cómo*, que él colocó como una condecoración sobre su escritorio para que los visitantes pudieran leerlo una y mil veces durante la exposición de sus problemas o el planteamiento de sus proyectos publicitarios.

La campaña de prensa financiada por la United Fruit Company con motivo de la inauguración de su fundación hizo de Keith un hombre igual o más popular que Charles Lindbergh después de su vuelo sin escalas a través del Atlántico, o que el mismo Douglas McArthur después de su campaña militar en el Oriente. Barnays contaba entre sus asistentes con Arthur Sulzberger, editor del *New York Times*, así como a otros miembros destacados del *New York Herald Tribune*, *Chicago Tribune*, *Time*, *Newsweek*, *US News and World Report*, *Atlantic Monthly* y el *Saturday Evening Post*, entre muchos otros medios incondicionales. Se difundió en radio, cine y prensa una nueva versión, un nuevo ángulo de la United Fruit, ya no sólo como portadora de bienestar, riqueza y superación material en el orden laboral, comercial y financiero, sino como entusiasta promotora del arte para facilitar el crecimiento espiritual del género humano. Ahora quedaba completo el expediente. Se generaban fuentes de empleo, se captaban divisas de todo el mundo, se pagaban cantidades gigantescas de impuestos, se ayudaba a financiar vigorosamente el proyecto nacional, se satisfacían además necesidades alimenticias y dietéticas de la comunidad, se aseguraban mercados, clientes, utilidades, se materializaba en fin el sueño norteamericano y, por si fuera poco, todavía impulsaban la creación artística para exaltar una de las principales características que nos distinguen de los animales: la emoción estética, concluyó Keith su discurso, sin entender siquiera las palabras ni mucho menos el mensaje consignado en el texto preparado por Simone Kirkpatrick para el día inolvidable de la apoteótica inauguración.

A lo largo de la noche el magnate brindó una y otra vez con su directora de relaciones culturales: no podía disimular su euforia. Era bien consciente de su esfuerzo y de la transcendencia política, social y cultural de su fundación. Todos los corajes que yo probablemente le hice pasar se los cambiaré por un instante de placer, le había murmurado Keith al oído, sin que ella nunca entendiera o quisiera entender el sentido de aquellas palabras. Pensó equivocadamente en una voluminosa gratificación especial. Nada más apartado de la realidad. Robert Keith, como era habitual en él, tenía todo planeado con la debida oportunidad. Si quieres ser un perdedor deja las cosas para el último minuto, le había enseñado su tío Minor. En realidad había ordenado a sus subalternos de más confianza que brindaran una y otra vez con su directora de relaciones culturales hasta hacerla sentir en confianza, ustedes ya me entienden...

Tan pronto se retiraba uno, después de hacer votos por la prosperidad y futuro de Simone, ahí llegaba otro con la copa llena en la mano y dispuesto a bebería de un solo trago para celebrar tan fausto acontecimiento. Siete u ocho directores la buscaron insistentemente de acuerdo a las instrucciones recibidas para beber con ella y por ella hasta agotar sus respectivas copas de champaña. Ella no estaba esa noche para desagradar a nadie. Era su noche, la noche de su vida, la de su realización profesional. Todo el museo estaba iluminado; hasta el último foco de cada sala. Así brillaba ella de felicidad en su interior cuando festejaba con uno y otro de los altos funcionarios de la United Fruit Company, hasta empezar a pasar de la alegría y las carcajadas a la falta de solidez, pérdida de equilibrio y dificultades severas al hablar. ¡Salud, Simone!, salud, te lo mereces todo. ¡Salud, Simone!, hasta ver el fondo. ¡Salud, Simone!, por la United Fruit Company. Salud, Simone, por tus nuevos éxitos. Salud, Simone, nos haces sentir a todos muy orgullosos.

Simone Kirkpatrick no estaba acostumbrada a beber, por eso cuando despertó abrazada a Keith, totalmente desnuda en un departamento desconocido, se sorprendió, se ruborizó, se angustió y finalmente se encolerizó. ¡Dios mío! ¿Qué hago yo aquí con el señor Keith? Por favor, se dijo mientras cubría sus escasos senos y contemplaba al magnate, quien descansaba con una merecida expresión de perdón y olvido en el rostro. Ni la jaqueca ni la náusea le impidieron observar detenidamente el físico imponente del Rey de la Banana. Las facciones, duras en la oficina, y aceradas en las mesas de negociaciones, particularmente en las del Departamento de Estado, aquí en la cama se suavizaban y casi desaparecían junto con las atractivas arrugas de su semblante hasta adquirir el gesto de un altivo príncipe rubio. Las líneas de su cara, su fino perfil, la presencia de algunas canas discretas y estratégicas, su tez bronceada por el ir y venir a lo largo de los interminables callejones de sus bananeras caribeñas, el corte de su nariz tipo Roma, de la que él tanto presumía, sobre todo a partir del momento en que la propia señorita Kirkpatrick se la había descubierto, el mentón sobresaliente, la prueba de su energía inagotable, evidenciaban la nobleza de su origen y la calidad de su cuna. Simone Kirkpatrick se levantó cuidadosamente con el propósito de no despertar al famoso magnate. Empezó a levantar sus prendas íntimas repartidas por toda la habitación iluminada a media luz, advirtió que su sostén estaba roto, como si hubiera sido forzado, su blusa carecía de botones; se dirigió a buscar su bolso casi a tientas para terminar de arreglarse en un baño. Keith prendió repentinamente las lámparas del departamento y la sorprendió en paños menores, con parte de su ropa desordenada colgando de su brazo izquierdo. Se sintió tan ridícula y agredida en su insignificante desnudez...

— ¿A dónde vas, amor? —preguntó el magnate sin poder impedir un eructo sonoro. Ella procedió entonces con mayor rapidez a localizar sus prendas y se metió sin contestar tras la primera puerta que encontró. Efectivamente era un baño. Concluyó su arreglo personal en un instante y después de verificar la posesión de todas sus cosas, abrió apresuradamente en busca de la salida. Se encontró con Keith ya de pie, con una de taza de café en cada mano que ella despreció sin contestar.

— ¿Qué te pasa, mujer, cuál es la prisa? Puedo perdonar tu ausencia de hoy en la empresa —repuso risueño mientras dejaba las tazas en una repisa de laca negra finamente barnizada y trataba de impedir la fuga de su directora de relaciones culturales en tanto se acomodaba la bata roja de seda china que arrastraba al caminar— soy íntimo amigo del presidente del Consejo de Administración...

Simone no contestó ni hizo la menor alusión al sentido del humor de su jefe.

—Pero si ayer me decías, ven Robert, ven, dame, dame más, nene. Hasta me llamabas nene... —el magnate, entre risas cortadas, empezaba a indignarse por la indiferencia de su empleada.

Tan pronto alcanzó la puerta salió rápidamente y descendió un par de pisos por la escalera para no tener que esperar el elevador en la presencia de Keith.

Nunca entenderé a las mujeres. ¡Nunca!, ¡nunca!, gritó furioso el presidente del Pulpo al sentirse francamente ignorado y rechazado a pesar de todos sus miles de millones, sus presidentes centroamericanos y sus colosales relaciones a todos los niveles en la Casa Blanca, mientras daba un portazo que cimbraba al edificio entero. Qué mierda me importa que se largue ahora esta idiota si ya me la pasé por todas partes...

—Llorarás por esto, Simone, lo llorarás con lágrimas de sangre —gritó a un lado de la suntuosa escalera—. Millones de mujeres se hubieran disputado tu lugar en mi cama, grandísima idiota —gritó furioso—. Pocas, muy pocas tienen el privilegio inolvidable de compartir el lecho con el Rey de la Banana. ¡Maldita malagradecida!

Simone todavía alcanzó a oír algo que le calaría los oídos y la cimbraría más que ninguna otra amenaza: miles de americanos se dejarían cortar la mano a cambio de presidir el mejor museo y la fundación más rica y poderosa del universo.

— ¡Lárgate al infierno!, ¡ingrata!, de cualquier forma llevarás para siempre mis iniciales en la entrepierna y en las nalgas como las vacas venezolanas de Rockefeller —volvió a gritar desafortunadamente.

El gobierno de Juan José Arévalo ganaba día a día aceptación interna. Su popularidad había crecido enormemente en los dos años que llevaba al frente del poder. El sector obrero y el campesino apoyaban devotamente sus actos de gobierno y, en general, todo su proyecto económico encaminado hacia la superación material y cultural de la mayoría salaragüense. La expropiación de Salaraguan Airways, antes Transal, propiedad de Leónidas Trubico y hoy de Pan American Airways, por sus conocidos sobornos y nexos con la tiranía, le reportaron una gran popularidad. ¡Salaragua para los salaragüenses! El recuerdo del Benefactor de la Patria constituía toda una pesadilla nacional. Recuperar la confianza en la autoridad sería una tarea de titanes. Las persecuciones despiadadas a todos los niveles de la sociedad, en especial las de los intelectuales, esa plaga de parásitos que no trabaja y que es capaz de infectar toda una sociedad; el asesinato de los líderes de la oposición, los escuadrones de la muerte, la guerrilla oficial auspiciada por la dictadura para purgar al país de los elementos nocivos, los secuestros, la represión policiaca, la inexistencia de elecciones libres, de la ley y de instituciones democráticas, el estado de sitio permanente, la imposibilidad de transitar abiertamente por el país, de reunirse, de asociarse, de expresarse a través de una prensa libre, sin controles ni censuras inquisitoriales: todo el significado político de una tiranía de derecha firmemente apoyada, soportada y financiada por la Casa Blanca y la United Fruit empezaba a ingresar lentamente en el rincón más oscuro del olvido. Arévalo construyó jardines y parques públicos donde antes se encontraban los cementerios clandestinos, las cárceles privadas y los centros de tortura. Sustituyó los mil ochocientos bustos del dictador y sus tres mil doscientas estatuas ecuestres instaladas ostentosamente en las plazas públicas más humildes del país por figuras en bronce con la imagen del nuevo ciudadano salaragüense la nueva patria, el nuevo futuro.

Las calles, los billetes, las monedas, los timbres postales ya no llevaban los nombres de los padres, esposa, hijos y amantes de Trubico. Ahora llevaban el de los grandes líderes políticos e intelectuales de Salaragua o el de los de la Independencia y la Revolución. La monumental pintura mural de la catedral que revelaba el ingreso de Trubico tomado de la mano de Bolívar en el reino de los cielos fue borrada y en su lugar aparecían hoy frescos con temas bíblicos. La quema masiva de libros biográficos del tirano había sido suspendida para dejar constancia escrita de los niveles de nuestra indignidad por haberlo permitido. El Museo Nacional de Historia Generalísimo Leónidas Trubico, Benefactor de Salaragua, se había convertido en el Museo Nacional de Antropología e Historia, después de que su riquísimo acervo anterior había sido incinerado en una gigantesca hoguera pública que muchos aprovecharon para quemar algo de su pasado. La bandera diseñada por doña Esperanza Arias de Trubico, con un tamal y un sombrero ranchero como el de su padre, en el centro, de fondo amarillo, igual al de la bandera de la United Fruit, para darle gusto al señor Keith, Pelanchita, fue sustituida por un nuevo lábaro a través de un concurso nacional semejante al que él instituyó para componer un nuevo himno que no cantara las hazañas de Trubico, el Constructor de una Nacionalidad, sino que describiera la gloria de los hombres de Salaragua. El pebetero colocado a los pies del obelisco dedicado a la eternidad de Trubico «REXINMORTALIS SALARAGÜENSES» ahora simbolizaba el fuego eterno de la libertad. Mientras esté prendido y arda seremos libres, había afirmado Arévalo el día de la inauguración: cada salaragüense está obligado a preservar esa luz e impedir que se apague porque significa nuestra fe, nuestra esperanza y la unión necesaria para poder lanzarnos conjuntamente a la conquista de nuestro futuro.

El presidente Juan José Arévalo convencía, a pesar de su juventud y optimismo, por la divulgación de sus trabajos y de sus escritos en círculos culturales. Su fundado deseo de cambio, la justificada posibilidad de modificar una mentalidad centenariamente aletargada, la concepción del método y las herramientas para conseguirlo a lo largo de casi diez años de destierro, la fortaleza de sus convicciones filosóficas y políticas, la popularidad y la aceptación de sus refrescantes ideas, hicieron del joven jefe de la nación, con sus escasos cuarenta años, el líder ideal para encabezar un faraónico movimiento de cambio. Arévalo significaba la verdad, la reconciliación, la justicia, la paz, la reconstrucción nacional.

La política exterior de Arévalo también fue tema de conversación en los elevados círculos diplomáticos internacionales. Realmente se trataba de un innovador valiente y oportuno. El Departamento de Estado norteamericano había considerado vaga e idealista su campaña política para la presidencia de la República. Sin embargo, cuando Arévalo mandó llamar a consultas a su embajador en España y rompió relaciones diplomáticas con el franquismo con todo y su Caudillo de España por la Gracia de Dios, por representar una de las más arteras traiciones a las instituciones democráticas del siglo XX y por liderar junto con Hitler y Mussolini lo mejor del fascismo centroamericano, y recomienda además al frente de un foro interamericano en Chapultepec, México, el aislamiento político y económico a gobiernos presididos por gorilas de los cuales está saturada Centro y Sud América, el Caribe y Las Antillas, y funda la Legión Caribeña⁷⁹ integrada por demócratas radicales, para expulsar por la fuerza a los supuestos presidentes de la República del corte de Leónidas Trubico, uno de los grandes causantes del gigantesco atraso hemisférico; el jefe de la Casa Blanca frunció el ceño y mandó colocar una gigantesca lupa sobre todo el territorio salaragüense para ver quién era aquel sujeto atrevido con los tamaños suficientes para semejantes condenas internacionales: el hitlerismo no ha muerto... Puedo decir después de esta fecunda y terrible experiencia, en que me he asomado a los abismos de esta comedia del hombre contra el hombre, que la democracia contemporánea se desplaza precipitadamente hacia una doctrina hitleriana y fenicia ⁸⁰.

Franco, interesado en demostrar que tenía en América Latina un buen número de aliados, que su doctrina se había extendido al otro lado del mar y que resurgiría el imperio de la hispanidad durante su mandato, nunca imaginó que algún país hispanoparlante de corte bananero le tiraría las credenciales diplomáticas a la cara, sobre todo cuando el embajador colombiano le dijo al caudillo español durante la presentación de sus cartas credenciales que *había dejado de ser el jefe esclarecido de la nación española para ser además el gran Capitán de la Raza en la batalla que habrá de decidir la suerte entre la luz del Evangelio y las tinieblas del materialismo* ⁸¹. Si es enemigo de Franco es amigo de la República española y si es amigo de la República entonces es, desde luego, un comunista declarado⁸². Que informen a Harry Truman sobre las peligrosas tendencias marxistoides del vecino: ya no sólo Estados Unidos vigilaba en ese caso la menor aparición de un brote comunista. Ahora sus últimos aliados europeos también le ayudaban.

Arévalo acomete sus empresas sin tardanza. En 1948 contribuye al derrocamiento del sanguinario dictador costarricense Teodoro Picado. La Legión Caribeña empieza a ser identificada paradójicamente como la legión comunista. ¿Comunista porque somos defensores de las causas democráticas? Arévalo busca entonces simpatizantes foráneos para la causa salaragüense. Urgió la creación de la Unión Centroamericana, integrada exclusivamente por representantes liberales. Somoza se acomoda entonces ambas pistolas a los costados y voltea a ver a su pintoresco y belicoso vecino. Cruza miradas escépticas con Trujillo, Batista y compañía: ¿Sabrá este Quijotito bananero cuál es el origen de nuestra fuerza? ¿Sabrá con quién se está metiendo en realidad este rasca cuevas que hoy se dice antropólogo o qué se yo?

Arévalo propone la cooperación política y económica como instrumento indispensable para consolidar la estabilidad democrática y protegerse recíprocamente contra los intereses foráneos dominantes. Los presidentes bananeros son incompatibles con la libertad, el progreso, la distribución del ingreso, el crecimiento del mercado interno, con la democracia, la dignidad y la solidaridad centroamericana. No, no partimos de los mismos principios, ni de los mismos supuestos: nuestros objetivos y propósitos son irreconciliables con los suyos.

Intenta crear una Confederación Centroamericana. Empezaría con El Salvador. Juntos establecerían las bases de cooperación económica, los términos de la identificación política, la posibilidad de remoción de barreras aduanales, la eliminación de restricciones migratorias y el resurgimiento de un sistema de bancos monetarios, educativos y culturales de beneficio común. Una verdadera comunidad económica internacional.

El presidente Arévalo y el presidente salvadoreño Castañeda Castro anuncian orgullosamente al mundo el nacimiento de una nueva unidad política⁸³. El ejemplo sorprende y anima. Ambos países representaban más de la mitad de la población centroamericana. El proyecto era ambicioso y generoso, pero igualmente

peligroso. Cuando intentan sancionarlo a través de la Organización de las Naciones Unidas, a pesar de las diferencias domésticas, Castro es derrocado repentinamente por un golpe militar. Con su caída se desploman los esfuerzos, los planes y las esperanzas. El coraje de Arévalo se convertirá en energía y estímulo para no dejarse vencer. No se resignará ni se desanimará: insistirá a pesar de todos los riesgos.

El jefe de la nación no oculta sus predilecciones hacia Jacobo Arbenz, su flamante secretario de Estado, antiguo miembro de la junta militar en los meses anteriores a las elecciones presidenciales que lo instalaran al frente del país. Con su participación entusiasta lanza un programa activo para desarrollar el potencial productivo de Salaragua a base de una mayor intervención del Estado, de acuerdo a la más añeja tradición latinoamericana. Para no ser tachado de comunista y evitar enfrentamientos con Estados Unidos destaca la importancia de la iniciativa privada como instrumento de generación de riqueza y deja intacta la inversión extranjera, con la idea de no ir muy rápido ni exponer su programa de reformas a un aborto ni a un bloqueo económico y político promovido por el Departamento de Estado norteamericano.

Si pretendiera cambiar de golpe un sistema de intereses económicos y una estructura de gobierno que se remontan a la colonia no sólo perdería seguramente la vida sino que todo lo ganado se revertiría en una dictadura más sanguinaria y feroz que la prevaleciente en los peores días de Trubico, explicó una mañana a Furtamantes, plenamente consciente de la trascendencia histórica de su gobierno.

Busca entonces el apoyo público del Banco Interamericano de Reconstrucción y Fomento para gozar de una aval indirecto de la Casa Blanca y demostrar internacionalmente la necesidad social de una mayor intervención del Estado en la economía. Lo logra. Propone una reforma agraria integral a modo de detonador para estimular el desarrollo nacional. Un proyecto de reconstrucción debía apuntalarse forzosamente en el sector agrícola, uno de los más atrasados en América Latina, aumentar el poder de compra del sector campesino y mejorar la distribución del ingreso como un paso imprescindible y previo rumbo a la industrialización del país.

Una reforma agraria como la propuesta por Arévalo significaba la mejor promesa, la más elemental y generosa de cualquier proyecto centroamericano. Era imposible ocultar el costo social del latifundismo, el drama humano que encerraban las tierras ociosas, las intocables reservas territoriales de la United Fruit, dueña del cuarenta y ocho por ciento de la tierra cultivable en Salaragua, como también lo era negar las condiciones de vida de las mayorías que subsistían sin un empleo, una parcela o al menos una esperanza.

¿Qué entenderán por tierras ociosas estos comunistas?, se preguntaba en voz alta el magnate sentado en el escritorio de su lujosa oficina matriz de la ciudad de Boston. Así como están, agregó en tono doctoral, han permanecido abandonadas en los últimos quinientos años, por no decir más, antes, como ustedes podrán apreciar, mucho antes de que yo naciera y viniera a civilizarlos, o ¿no? Nosotros no tenemos la culpa de nada: soy inocente de cualquier cargo, salvo de haber despertado con mi talento la envidia de estos muertos de hambre. Eso de que ahora sí trabajarán la tierra, cuéntenselo a otro. Yo los conozco mejor que a mi dedo pulgar.

Arévalo contempló importantes modificaciones en materia latifundista dentro de su ley agraria. Levantó catastros rurales, la columna vertebral de su proyecto; estudió la inmigración rural, el resultado de la reforma agraria en Gran Bretaña, Francia, Italia, España y México para después promulgar la ley de rentas forzosas con el objeto de obligar al arrendamiento de las tierras ociosas una vez analizada la experiencia internacional⁸⁴. Con una mentalidad socialista cambiaría a su juicio la concepción feudal de la economía firmemente arraigada tanto en la oligarquía doméstica como en la inversión extranjera. Sin embargo, nunca supuso que con tan sólo oír la palabra DAR los terratenientes mostrarían temerariamente la pistola de cachapa de plata y negarían dentro de su egoísmo y su ceguera las verdades más evidentes. Jamás entenderían que la reforma agraria haría las veces de un detonador imprescindible para echar a andar al país en beneficio de todos. Nunca se adelantarían a negociar una distribución civilizada y racional de las tierras ociosas antes de que las masas en su desesperación se apoderaran de ellas por la fuerza, con todas las consecuencias para Salaragua y para sus propias inversiones. ¿Qué hace un pueblo antes de morirse de hambre?

Los enemigos en modo alguno eran recientes ni dóciles ni comprensivos, sobre todo cuando se hablaba de ceder, de negociar. Mis abuelos pudieron defender sus propiedades contra las intenciones expropiatorias de los gobiernos liberales, contra la avidez de la Iglesia, siempre interesada en la posesión de bienes materiales. Supimos también protegernos de la vanidad territorial del propio Leónidas Trubico, el excelso Benefactor de Salaragua, dueño de medio país, y por supuesto habían sabido oponerse y rechazar las insistentes posturas y ofertas del mismísimo Pulpo y sus también insaciables intereses. Yo por mi lado cumpliré con mi parte, no será aquí conmigo, en este momento, en donde se romperá la cadena para que yo quede como el inútil, el incapaz de honrar la herencia ancestral, los centenarios haberes de la familia en contra siempre de las mismas manos egoístas amantes de lo ajeno. Si ellos pudieron, yo podré. Ellos tuvieron otros problemas, otros adversarios, sortearon diferentes emboscadas, evitaron igualmente zancadillas y salieron airosos de chantajes, francotiradores y traiciones de la peor ralea, además de los caprichos de los tiranos; de las pretensiones de sus amantes en turno, de sus familiares y amigos, pero supieron rescatar en todo caso nuestras haciendas, nuestras plantaciones y nuestras fincas, igual las de la parte baja en el Pacífico que las del Caribe, las de la zona montañosa e incluso las que convertimos en áreas cafetaleras después de secar los pantanos. Si ya pudimos resistir los embates de la Iglesia; si a Leónidas Trubico lo adormecimos con palabras, promesas y amenazas; si por lo mismo ni Minor Keith ni Robert Keith pudieron hacerse ni por las buenas ni por las malas de un solo metro cuadrado de cualquiera de nuestras posesiones, aceptemos que este tal Juan José Arévalo, un menor de edad para efectos de una contienda entre adultos, jamás podrá con nosotros, porque antes de que firme un decreto expropiatorio ya estará pidiendo asilo en la embajada de México, como todos estos que les da por tener ideas vanguardistas.

Keith miraba de reojo cada paso de la administración arevalista. Nadie ignoraba las verdaderas intenciones del presidente de la República. Tócame, toca un dominico de mi propiedad, atrévete a expropiarme una hoja de plátano, aunque sea sólo una triste cáscara vieja y ennegrecida y verás lo que tardo en despacharte de este mundo o en largarte del país, si bien te va...

Juan José Arévalo deseaba heredar una estructura legal, nuevas bases de aplicación, nuevas reglas jurídicas y políticas acordes con las apremiantes necesidades sociales. Alguien daría más pasos posteriormente, culminaría la obra, la coronaría: Tú, Jacobo, tú, Jacobo Arbenz tendrás que tomar la estafeta. Tú compartes mis puntos de vista genuinamente y te conduces con autenticidad. ¡Acuérdate de México! Carranza promulga una nueva Constitución en 1917 y da el primer paso en lo relativo al uso del suelo. Casi veinte años después, imagínate las presiones, Cárdenas logra dar el segundo paso y aplica la máxima ley para poder expropiar los terrenos, pozos e instalaciones petroleras extranjeras. El suelo y el subsuelo llegaron a ser propiedad de la nación. Ahí acertaron los mexicanos, lograron materializar sus deseos, pero fallaron en su reforma agraria, porque al repartir las tierras nacionalizadas sin abastecer debidamente a los ejidatarios de crédito, tecnología y asesoría comercial, mutilaron su propio proyecto y dejaron de ser en ese rubro un ejemplo latinoamericano digno de imitación.

A mí no me importan las clasificaciones ni las coloraciones políticas ni la izquierda ni la derecha ni el centro: me importa el bienestar de esta gente escéptica, analfabeta y desconfiada; me importa educarlos, mejorarlos en lo material y alimentarlos. Me importa estimular la capacidad de ahorro de los salaragüenses, dotarlos de teléfonos, radios, refrigeradores, camas en lugar de petates, pisos de cemento en lugar de tierra y techos de concreto en lugar de palapas para resistir los vendavales y las lluvias torrenciales. No me importa la crítica de la oposición ni la vía para lograr la superación de nuestra gente, siempre y cuando lo logremos a corto plazo. La sola calidad de seres humanos nos hace acreedores de todos los bienes.

¿Cómo incorporarlos a un proceso productivo? ¿Cómo motivarlos? ¡Sacudirlos! Gritarles a la cara: ¡despierta!, la esclavitud ya acabó, la colonia terminó hace más de 130 años. Despierta y piensa que no hay mañana, ni eternidad ni cielo ni infierno, Y sí hay hambre, hay miseria y energía desperdiciadas de millones de hombres que podrían construir un nuevo país en un par de décadas. ¿Adonde va un país en estado amnésico? ¿Adonde va un país que ignora su pasado y es incapaz de identificar a sus amigos y a sus enemigos? ¿Adonde va un país que no conoce sus raíces, las niega, las rechaza o las confunde? ¿Adonde

va un país que identifica el origen de la injusticia, la pobreza y el hambre y no hace nada por evitarlos sino rezar? Si supiéramos arrancarlos de ese sueño narcotizado, de ese letargo mental, de esa sonámbula resignación. ¡Ah!, si pudiéramos convencerlos de las infamias del conformismo y de la inexistencia del más allá. Si el ocio fuera un pecado capital en Salaragua, si la miseria fuera un herejía, una causal de excomuniación, tendríamos otro país. Es criminal prometer una recompensa divina a quien nunca hizo nada por superarse en vida salvo esperar las sagradas palabras de Dios a la hora del Juicio Final para recibir un premio por su capacidad de contemplación a la sombra de un platanar bajo su eterno sombrero de palma en las puestas del sol caribeño. ¿Cómo, cómo hemos podido resistir tantas vejaciones, tanta miseria, tanta ignorancia? ¿De dónde hemos sacado la fuerza o la paciencia para no oponernos ante tanto daño sufrido por tantas generaciones? ¿Qué poder misterioso ha impedido nuestra movilización y nos ha enseñado a resignarnos y a dormir, sí, a dormir en las peores condiciones en que puede vivir y dormir un ser humano? Debemos despertarlos levantar la vista al sol, verificar nuestro entorno, compararnos darnos lástima y luego coraje para poder iniciar rabiosamente la reconstrucción nacional. Veámonos por dentro, por fuera, veámonos frente a un espejo, aceptemos su presencia, reconozcamos la realidad, dejemos de soñar y recordar nuestra grandeza precolombina cuando ya estamos a mediados del siglo XX. Busquemos la verdad, identifiquémosla sin prejuicios anacrónicos, luchemos por su preservación, decapitemos a los demonios de la involución y del atraso. No permitamos que este organismo joven y vital que aparentemente vive un sueño eterno envejezca sin crecer para convertirse en un triste enano más sin probabilidades de desarrollo.

La ignorancia crea a los resignados. Los resignados no producen, los resignados no consumen. Los resignados no inventan ni desarrollan ni crecen ni proyectan. Los resignados no estimulan ni motivan ni engrandecen ni cobijan. Los resignados restan, atajan, detienen, impiden y abandonan. Los resignados no sueñan ni idealizan ni imaginan ni exponen ni arriesgan. Los resignados deprimen, obstruyen, estorban, agobian con su pesimismo y su desesperante inacción. Los resignados son seres humanos medio muertos o medio vivos. Los resignados transmiten la ignorancia, el malestar y su aborrecible cautiverio desde su reino de las tinieblas.

Juan José Arévalo pasó la primera ley salaragüense de protección a empleados y obreros. Trubico, muerto, ya a principios de 1946, pateaba furioso las cuatro tablas de su lujoso ataúd tallado en maderas preciosas y broncees espectaculares en el más lujoso cementerio del sureste norteamericano. Llevas al país a la ruina, Arévalo. No conoces a esta gente. Los jóvenes y los civiles no saben nada de política. No acabarás ni tu primer mandato si te alias con ellos en contra de nuestros verdaderos amigos. Por algo me mantuve doce años en el poder. ¡Escúchame! Sólo hay una manera de permanecer en el poder. Pregúntale a Somoza, a Trujillo, pregúntame a mí, o a Batista. Mientras más les das más quieren. De veras. Consulta con el embajador yanqui antes de dar cualquier paso o ellos lo darán sobre tus huesos. Arévalo recordaba las últimas palabras pronunciadas en el lecho de muerte del Benefactor: Quiero morir siendo presidente de Salaragua. Nunca harán nada sin mí las mil generaciones que algún día nacerán.

La campaña de reformas continuaba en su apogeo. Era una catarata legislativa. Establece indemnizaciones y compensaciones por riesgos de trabajo y salud. Emite reglamentos en materia de seguridad y prestaciones sociales. prohíbe el envío de empleados a otros centros de trabajo sin previa autorización de los afectados. Cambia la legislación laboral prevaleciente desde los años de la conquista⁸⁵. Protege a mujeres y a niños de los ancestrales abusos de los patrones. Bueno y este señor Arévalo, ¿se habrá propuesto acabar con su país? Esta gente requiere de mano dura y se ha acostumbrado a ella toda su vida. Arévalo, con todo y sus cuatrocientos títulos académicos, no tiene ni la menor idea del buen gobierno. Los supuestamente beneficiarios de su política se encargarán de sacarle los ojos.

¡Estructuras! ¡Estructuras!, exigía Arévalo en la sobriedad de las reuniones de gabinete. Nace la Comisión de Seguridad Social, el programa hospitalario, el de agua potable. No es admisible que esta gente carezca de agua y que cuando finalmente la tiene ingiera veneno. Empieza la reforma educativa. En 1949 crearía el Comité Nacional de Alfabetización. Inicia un faraónico plan de construcción de escuelas normales, técnicas, agropecuarias, primarias municipales, secundarias nocturnas para adultos. Ya no heredaremos más

ignorancia. Proliferan las escuelas rurales a lo largo del país hasta crear seis mil centros de enseñanza, después de haber capacitado a los mismos maestros y haberles aumentado decorosamente los salarios. Será un honor a partir de hoy recibir el nombramiento de profesor nacional.

De nada servirán nuestros esfuerzos si las mayorías salaragüenses continúan subalimentadas, le insisten a Arévalo los responsables de la salud pública del país. Nuestros niños serán biológicamente inferiores si están desnutridos. A la mierda con las Leyes del Destino Manifiesto, señor presidente, a la mierda con el darwinismo social, señor presidente, todo es un problema de alimentación, no existen las razas inferiores: existen las que no comen y las que sí lo hacen con excelencia. Se quedarán dormidos en los pupitres, señor presidente, serán incapaces de aprender y más tarde de producir si su cerebro nunca se desarrolla al tamaño normal por falta de nutrientes. Todo sacrificio económico posterior será un desperdicio. Acuérdesse, señor presidente, cuando Trubico decía: endeudarse para educar aquí en Salaragua es suicida, es una sandez, mejor, mucho mejor endeudarse para comprar maquinaria y semillas. ¿Cómo quieres que tenga el cerebro quien no ha comido más que bananas toda su vida? Jamás distinguirán la A de la E ni sabrán hacer una operación aritmética elemental. ¡Ay, Arévalo!, no puedes incorporar técnicas de otro mundo, del mundo desarrollado en países plataneros que reniegan de toda evolución. ¿Está bien dicho, *beógrafo*? Endeudarás a tu país y no educarás a la gente. No hay lugar para soñadores en el mundo platanero.

Surgió a la vida el Instituto Nacional Indio con el objeto de incorporar a los mayas al proceso evolutivo del país. Si no salimos todos juntos no saldrá nadie. Practicó un inventario de costumbres, ubicaciones y lenguajes. La luz llegaba gradualmente a Salaragua. Invadía las barracas, los jacales y las escuelas rurales y tecnológicas como un tibio baño de esperanza. Los obreros y campesinos sentían la presencia de una mano comprensiva en el hombro, una compañía igualmente cálida e invisible, contrastante con el ancestral sentimiento de soledad y abandono prevaleciente en los caseríos aislados de la civilización, a partir del día en que floreciera la primera bugambilia.

Claro que Arévalo no ignoraba la trascendencia de los intereses creados ni subestimaba su fortaleza para impedir el surgimiento de movimientos hostiles. El poder de los terratenientes nacionales y extranjeros será incomparablemente superior al del propio presidente de la República. Arévalo no podía permanecer al margen de esa realidad. Era un conocedor de la historia. El enemigo a vencer era digno de la mejor consideración, por sus recursos ilimitados, su inmoralidad absoluta, su avaricia insuperable, su imaginación febril, su avasalladora capacidad defensiva y sus impredecibles contactos, medios e instrumentos, que bien podrían inmovilizarlo en cualquier momento a pesar de contar con la titularidad del poder político y con el de las fuerzas armadas. La paz de la noche caribeña, el color jade de sus aguas calladas, podría cambiar súbitamente cuando una raya blanca en el mar, un torpedo nocturno disparado desde un lugar desconocido, hiciera blanco en la sala de máquinas del orgulloso buque *Arevalista*. No se podía desconocer la posibilidad de un golpe de Estado exitoso contra el gobierno reformista. De hecho, al mes de haber tomado el poder, el joven jefe de la nación había tenido que enfrentar el primer intento frustrado de derrocamiento, así como otros diecisiete conatos más hasta el año de 1948.

Cuando Arévalo hizo importantes promesas y anuncios a la hora de su campaña presidencial fueron entendidos como parte de un sistema de ofrecimientos propios de un candidato progresista a la presidencia de la República en un país bananero. Es el sueño de los soñadores. La ideología extremista de los amantes del poder antes de embriagarse con sus mieles. Los ímpetus renovadores de los futuros tiranos antes de volver a disponer de la vida y de la hacienda de los gobernados para mantener la dictadura y terminar por corromperse absolutamente con ella. Los fundados propósitos de cambio antes de tener acceso impunemente a las colosales arcas de la nación y a los negocios bananeros. El perfil político de un joven salaragüense antes de encontrarse cara a cara con una realidad y unos obstáculos que su candidez e inocencia le permitirían detectar oportunamente. Las teorías son diferentes a la práctica. Las tesis se confirman o se refutan con tan sólo oponerlas a los intereses afectados. Dólares contra ideologías. Capitales contra filósofos del poder. Minorías dominantes estructuradas a través del vínculo del dinero y del poder

contra mayorías desarticuladas, unidas por la resignación y la esperanza fundada en el más allá.

Juan José Arévalo no significó el menor peligro internacional para efectos de la Casa Blanca, ni sus promesas ni más tarde su comportamiento produjeron alteraciones graves hasta que Robert Keith prácticamente tiró la puerta del Departamento de Estado para hacer entender a los altos funcionarios las severas amenazas que se cernían sobre la United Fruit de continuar la tendencia comunista encabezada por su gobierno, un verdadero súbdito soviético, de esos que expropiaron todos nuestros bienes en Rusia, un bolchevique fanático como todos, deseoso de confiscar la más prodigiosa maquinaria generadora de dólares inventada por el género humano a partir del descubrimiento del petróleo. ¿Vamos a dejar que estos simios echen por tierra el sueño norteamericano? ¿Vamos a prescindir por el capricho de un representante de Stalin de una fuente vital y abastecedora de capital multimillonario, imprescindible para financiar nuestro desarrollo como primera potencia después de la detonación mágica de la primera bomba atómica? Si queremos acorazados, marines, submarinos y mercados para nuestros productos, nuestra tecnología y nuestros capitales llegó la hora de defender nuestros intereses. ¡Ahora!

Harry S. Truman empieza a preocuparse seriamente cuando estallan huelgas contra la United Fruit y sus filiales ferrocarrileras que monopolizaban la transportación de personas y bienes en Salaragua. Así comenzó todo con el tal Cárdenas: primero se hizo de pretextos públicos y luego procedió cínicamente a expropiar nuestro petróleo. Sólo que ahora ya conocemos la estrategia y no los dejaremos avanzar ni permitiremos que sus planes prosperen nuevamente. Los decapitaremos de entrada. ¡Así! En México nos sorprendieron pero aprendimos la lección. En la Casa Blanca sabemos ahora lo que sigue después de una huelga artificial auspiciada por el gobierno en ese género de empresas tan codiciadas por los países sudamericanos incapaces de crearlas, pero sí de robárnoslas con sus estúpidos decretitos. Arévalo y su caterva de bolcheviques trata de disfrazar toda una estrategia expropiatoria, diseñada específicamente para afectarnos mediante la promulgación de leyes como el nuevo Código Laboral, de imposible acatamiento. A través de esta política de abierta provocación, esta pandilla de comunistoides intenta exhibirnos ante el mundo entero como los bárbaros del norte, incapaces de respetar la soberanía de nuestros vecinos cuando nuestro patrimonio está en juego. No importa que hayan devuelto la Salarugan Airways después de ver nuestro sable desenvainado. Dice muchas veces más el intento de asesinato en sí que la propia comisión del delito. Ya me lo decía Rockefeller: no le quites el ojo de encima al tal Arévalo; está llamado a darnos más de un dolor de cabeza...

Había transcurrido casi un año desde la primera insinuación. Sofía no quiso entenderla ni enterarse. La sola posibilidad encerraba una perversión inadmisibles. ¿Isabel y Franklin?, ¡ni muerta! Franklin por su parte había decidido insistir, insistir hasta en la menor oportunidad, propiciar la coyuntura favorable sin aparecer ante la madre como un cínico, ni exponer demasiado su propia posición al extremo de perderla en un lance imprudente. No me lo perdonaría jamás. Buscaba mañosamente el tema, inventaba pretextos y citaba casos inexistentes en donde la aplicación de sus teorías había producido resultados inmejorables. Trataba de manipular los principios de su cuñada, discutir con naturalidad el tema, demostrarle su desinterés y la validez objetiva de sus propósitos. Cualquier circunstancia, aventura o experiencia entre ambos, aun las desconectadas con el tema, era aprovechada por Franklin mañosamente para enhebrar la aguja y tejer, tejer pacientemente su red con la disciplina y tenacidad de la araña.

Caerá, caerá, es un problema de tiempo. Franklin advertía con claridad la proximidad de una veta rica y voluminosa, un tesoro en toda la extensión de la palabra, con toda seguridad la mina más generosa del mundo. La medida de su pulso, la intensidad de los golpes en la yugular, el calor en el rostro y la humedad espontánea en sus manos tan pronto imaginaba las bondades del encuentro constituían la mejor señal y demostraban la importancia del colosal hallazgo. Estaba Franklin Keith frente a uno de los más grandes retos de su vida. ¿Cómo que de los más grandes? ¡El más grande, sin duda alguna! Seducir a Isabel Keith, su

sobrino, su querida sobrina. Yo sólo la veo con amor de tío. La fuerza de la sangre me impedirá tener un sentimiento insano hacia ella. No era una aventura cualquiera, sobre todo porque se apoyaría hábilmente en la madre para preparar el abordaje, retirar los obstáculos naturales y desarmar paso a paso el sistema defensivo de Isabel para poder llegar algún día a saciar su sed, una sed devoradora, en aquella boca húmeda y refrescante como el más cristalino y puro de los manantiales.

Franklin se había propuesto no exhibir más su indisposición hacia Sofía. Hubiera sido suicida a sus planes. Debía sobreponerse e impedir la menor filtración de sus verdaderos sentimientos. Jamás podría revelarlos ni proyectarlos consciente o inconscientemente. Los escondería como el agiotista oculta la magnitud y la ubicación de su riqueza. Pelearía hasta el último centavo y discutiría astutamente hasta el último argumento.

Cuando hacía el amor a Sofía imaginaba tener cautivo entre sus manos el rostro encantado y los cabellos azabaches de Isabel enredados entre sus dedos. ¡Ahí!, cautiva, dominada por la inflexibilidad del macho, el rigor de la juventud y la dictadura del mejor de los aceros. Cuando Franklin apresuraba el paso y Sofía se mordía el labio inferior y movía descontrolada la cabeza de un lado al otro, el preludio de un estallido de placer, era a Isabel a quien imaginaba sudorosa, feliz y extasiada tras unas cortinas de vapor e incienso, mientras la besaba y la recorría entre ocultas sonrisas de ensoñación. Era a Isabel a quien idealizaba, a quien desnudaba, a quien buscaba en sus caminos nocturnos, quien se aparecía insistentemente durante sus noches asfixiantes de insomnio.

Sofía negaba arrinconada cada argumento sin poderse sustraer a la compañía de Franklin. No soportaba sus silencios ni sus ausencias. Reclamaba a toda hora sus palabras, sus caricias, su voz, sus manos expertas, su físico delgado y atlético, su pecho tan duro como la quilla de un barco, y su lengua, ¡ay! su lengua audaz e incontenible, siempre dispuesta a recorrer hasta el más abrupto de los senderos. ¡Llora! ¡Llora!, maldita perra, suplícame de rodillas, ¡por piedad!, dime, dime por piedad; ruégame antes de morirte, le murmuraba, le gritaba Franklin bañado en sudor mientras volaban rumbo al sol y se desvanecían al alcanzar el infinito. Fertiliza este valle abandonado con tu vitalidad y tu fortaleza, conviértelo en una fresca campiña sembrada de esperanza. Riega con los líquidos mágicos de la vida cada rincón de mi cautiverio, dame la fuerza de tus músculos prohibidos, transmíteme lo mejor de ti y de tu herencia. Ven, Franklin, ven mi amor, haz florecer este páramo, siébralo con tus semillas hechiceras para que ambos cultivemos la luz...

La fecha feliz se acercaba, Franklin lo intuía. La adivinaba. Cuando Isabel tuvo su primer novio, Esteban, un salaragüense de extracción maya, Sofía no le concedió ninguna importancia. Era un amigo de los muchos llamados a desfilar por la vida de sus hijas antes de formalizar alguna relación con miras al matrimonio. Aquel Esteban, extraído de una de las familias más acomodadas del país era un sujeto con una personalidad económica y social intrascendente, sin ninguna proyección espectacular para la familia Keith. Un Keith necesitaba unir forzosamente a sus hijas con el poder internacional, con las deslumbrantes fortunas norteamericanas, con el glamour del prestigio y los honores, con el éxito y la sonrisa fotogénica de los triunfadores. ¡Se trata de una Keith, por Dios! Y no con un individuo con la piel de dos colores: uno el de las palmas de las manos y otro el del resto de su anatomía en apariencia perfectamente humana, había anotado Franklin Keith tan pronto conoció al pretendiente, ejercitando de inmediato su influencia a través del sarcasmo para desilusionar a su cuñada. Era irrelevante incurrir en el mismo error de Sofía cuando se casó con Robert Keith. No. Ella había unido su vida a la del Rey de la Banana para consumir una alianza política y económica con independencia de sus sentimientos. Tienes que casarte con alguien que te represente Tocha, insistió siempre don Tomás Guardia a su hija con el ánimo de impresionarla en su elección. Por su parte Minor Keith había convencido, casi obligatoriamente, a Robert a contraer nupcias con la hija del presidente de la República, nos llenaremos aún más de concesiones bananeras y otras tantas ferrocarrileras que no nos caerán nada mal, le había prometido entusiásticamente a su sobrino. Nos conviene a todos, Bobby... ¡Hazlo!

Sofía vivía su intimidad prohibida, adormecida por el placer, narcotizada, maleable, hipnotizada,

dispuesta a complacer la menor pretensión de Franklin con tal de no perder ni su atención ni su interés. Lucharía por conservar el encanto del amor y del placer. Sofía alcanzó entonces el nivel de dependencia y de absoluta sumisión esperado por Franklin para ejercer su influencia y poder continuar con mayores posibilidades de éxito el desarrollo de sus planes. Ahora la poseo en lo físico y en lo mental. Una mujer enamorada no respetará ningún obstáculo, hará todo por amor. Todo, absolutamente todo. ¡Ay!, Isabel, amor de mi vida, dueña de mis ilusiones y de mi imaginación.

Después de Esteban vinieron Bernardo y Carlos. Uno tenía también la piel de dos colores, el pelo de un negro intenso y unos dientes enormes. Otro maya, éste probablemente de extracción oriental, se burló Franklin de inmediato. El otro no estaba a la altura de Isabel, por favor, ella es mucho más mujer... Sería un desperdicio, toda una señora al lado de semejante barbaján. Cada uno era desplazado con un pretexto diferente hasta que, finalmente, a raíz de los múltiples viajes que hacían sus hijas a Nueva Orleans, apareció el candidato ideal. Era norteamericano, desde luego, apuesto y seguro. Dueño de varios títulos académicos en diversas universidades americanas. Milton Rutherford O'Higgins parecía no tener un solo pero, si a su personalidad se añadía en justicia una simpatía avasalladora y una agilidad mental asombrosa para salir de las situaciones comprometedoras con facilidad y fortuna. Sus ocurrencias producían una hilaridad nunca vista en hija y madre. Las dos habían caído simultáneamente bajo el embrujo del tantas veces diplomado catedrático universitario, especializado en administración de empresas, autor de una serie de libros publicados de notoriedad nacional e internacional. Franklin veía esfumarse gradualmente la ilusión de su vida. Se desvanecía en la atmósfera caribeña como el humo de cualquiera de los buques integrantes de la temida Flota Blanca. Desesperaba. Muy bien, no tiene dinero, pero lo podrá hacer como tu padre hizo el suyo; tiene talento, simpatía y agallas. Lo que le falta son oportunidades para demostrar sus atributos, decía Sofía a su hija.

Cuando Milton Rutherford y Franklin Keith se conocieron, habiendo sido ambos presentados sobradamente a la distancia, se produjo entre ellos un verdadero corto circuito. Un farsante, por lo visto, tiene capacidad innata para identificar y desenmascarar a otro farsante. Entre farsantes se huelen, rezaba la sabiduría popular salaragüense. Un cruce de miradas fue suficiente para que ambos se temieran y se rechazaran como polos opuestos. ¿Razones? ¿Argumentos? ¿Fundamentos? Ninguno. Por la simple razón que una mujer percibe de inmediato cuando otra se insinúa con un hombre, un farsante detecta las intenciones de otro y entiende su estrategia con tan sólo oírlo hablar, verlo reír, analizar su mímica, observar su escuela, sus sonrisas, su compostura y sus ademanes en general. Se huelen, sí, en efecto, entre farsantes se huelen, igual que entre maricones. Por eso, cuando Franklin Keith estrechó la mano de su adversario supo que sería fácil destruirlo sin necesidad de intrigar ni envenenar ni alterar la verdad. Simplemente lo desenmascararé. El resto caerá por sí solo.

Franklin comenzó por aceptar a Milton a los ojos de Sofía. Se deshacía en elogios. Exhibía abiertamente su imparcialidad. Era el tipo que se merecía Isabel. Claro que necesitaba casarse con un profesional extraído de Harvard: Un hombre de probado talento y verdaderas facultades naturales. Lo dibujaba como a un triunfador. Los retratos favorables de la personalidad de su adversario eran convenientes para demostrar su objetividad en el análisis. Los demás no, pero éste sí: igual que me opuse a los otros, a éste no le encuentro ninguna objeción. Quien no tiene la razón e insiste es un necio y un fanático, Tochita. Hoy te digo: Isabel escogió bien. Yo estaba en un error, bendito sea Dios nuestro Señor. Eso te demostrará que sé reconocer mis errores.

Franklin, sin embargo, empezó a preguntar sutilmente los nombres de las universidades que le habían extendido al tal Milton tantas distinciones académicas y tantos títulos doctorales. Los años en que esto había acontecido, la identidad de algunos maestros y la ubicación de algunas empresas en las que hubiera prestado profesionalmente sus servicios hasta lograr que sus acciones se cotizaran en Wall Street como una prueba más del feroz crecimiento a que las había sometido durante su gestión administrativa.

Milton Rutherford O'Higgins rehuía instintivamente el tema, prefería hablar de su matrimonio con Isabel y

no de esos detalles irrelevantes. Isabel empezaba ya a hacer los preparativos. El día que pueda ver a papá le diré que me caso, vendrás conmigo, ¿verdad, Milt?

Sofía volvía a vivir alimentada con las ilusiones, las sonrisas y la esperanza de su hija. Franklin iniciaba una carrera contra el tiempo. Urgía el material informativo. Voló a Boston previo requerimiento de un boleto de avión y de sus tres mil dólares de cajón que Sofía le entregaba para no pasar apuros. Pero eso sí, ni un centavo más para *tus negocios* y otras aventuras económicas, Franklin. Vas a Boston a arreglar tus asuntos y vuelves. Bien sabía ella que si le abría la bolsa o le daba la firma en su cuenta de cheques no sólo la desfaltaría sino, con toda certeza, no volvería a encontrarse jamás al nuevo Antonio.

Decidió entonces darle dinero, mucho dinero de golpe. Se propuso engolosinarlo, despertarle el apetito, hacer que sintiera el éxito en sus manos, concederle el mayor de sus gustos y sus deseos, la materialización de sus verdaderos propósitos para con ella: los económicos. Un día después de hacer el amor le regaló un Cadillac, el último grito de la moda, la máxima creación en ingeniería automotriz del momento. Franklin pensó que el obsequio igual de sorpresivo que agradable se debía a su talento amoroso, a sus geniales habilidades en la cama. Sin embargo, se equivocaba diametralmente. La realidad era muy otra. Echaba mano de sus máximos recursos, se inspiraba en Giacomo Casanova —por primera vez en su vida compró un libro—, hacía ejercicios adicionales para mantenerse en forma física y mental. Pero no había ni otro Cadillac ni un nuevo cheque. Nada. Recordaba lo que había hecho en la histórica ocasión en que había sido premiado con semejantes presentes, ensayaba nuevos números en el lecho con Sofía, posiciones hindúes —había ojeado las páginas del Kamasutra—, recordaba posturas yogas y arremetía con singular fortaleza recurriendo a las más sofisticadas técnicas orientales y nada, absolutamente nada. El cheque no llegaba. Por contra, cuando tomaba una copa con Sofía bajo la sombra de una palmera de la costa de Salaragua, ahí, de pronto, sin justificación alguna, sin motivo aparente recibía un fajo de billetes nuevos por cinco mil dólares. El desconcierto se apoderaba de él. ¿Por qué el dinero ahora? ¿Qué hice para que me lo diera?

— ¿Por qué me lo das? —preguntaba insistentemente a la Tocha—. ¿Me lo dirás, amor? Quiero saber qué hice bien para volvértelo a hacer toda la vida, ¿me entiendes, cariñito?

Sofía se cuidaba mucho de revelar su juego a Franklin. Lo premiaba alternativamente, sin una razón determinada y obtenía resultados sorprendentes. Franklin se volvía incluso sumiso, dependiente, atento, obsecuente con los deseos más insignificantes de su amante. Buscaba un camino, la solución, la causa, una explicación de la generosidad de Sofía. Buscaría inútilmente: no existía. Ella regalaba en el momento más inoportuno con el ánimo fundado de desorientar a Franklin y hacerle probar todas las alternativas de conquista imaginables para gozar de su recompensa. Sólo que ésta no llegaba cuando él creía merecerla más que nunca, sino cuando ella lo disponía sin motivo aparente alguno. Jamás debía encontrar Franklin una razón que le permitiera sentirse seguro, confiado y en la absoluta posesión de Sofía.

Mientras yo controle los recursos lo tendré a mi lado. Él me da placer, yo le doy dinero. El intercambio funciona. Todos contentos. La relación subsistirá mientras exista esta dependencia recíproca. Yo me ocuparé de que nunca encuentre la verdad...

Robert Keith se interesó tangencialmente en el acontecimiento de la vida de su hija. ¿Quién puede influir en una mujer enamorada? Yo no me casaré con él, Isa, no tengo nada que opinar, repuso el Rey de la Banana. Dile al tal Milton que vaya escogiendo el puesto en la United o en la subsidiaria a la que le haya echado el ojo y tú, por tu parte, dime el sueldo que le pagaremos, al fin de cuentas no le interesará nada más, ¿o te crees que se enamoró de ti?

— ¡Papá!

— ¡Ay, Isabel!, si tú supieras lo que yo he visto en mi vida... No te enojas, simplemente respeta mi experiencia.

— ¿Por lo menos lo conocerás?

—El día de la boda o en cualquier Consejo de Administración en el que tú desees incorporarlo, siempre y cuando no escupa en las alfombras ni rompa mis tapetes con las uñas.

En sólo tres semanas las oficinas de relaciones públicas de la United Fruit produjeron una información insuperable en torno a la figura de Milton Rutherford O'Higgins. Dos organizaciones de caza de cerebros orientadas exclusivamente a investigar los nombres de verdaderas personalidades en los más diversos terrenos profesionales para abastecer a las empresas con candidatos idóneos a ocupar los puestos más destacados dentro de la estructura corporativa surtieron a Franklin Keith con los datos necesarios para exhibir al promisorio Milton ante el candoroso sector femenino de la familia Keith. En ninguna de las universidades citadas aparecía un expediente abierto con ese nombre, ni a nivel maestría ni doctorado. Nada. Ni una triste huella ni siquiera una humilde solicitud de inscripción rechazada por insuficiencia de méritos.

Qué decir de los libros supuestamente escritos por el pretendiente. Ningún archivo, ninguna biblioteca ni librería de la Unión Americana conocían al autor ni a su obra. Se consultaron registros, se visitaron las editoriales citadas por el buen Milton y todos respondieron: se desconoce autor y obra en nuestros archivos.

Nada. Todo era mentira. Una gigantesca mentira perfectamente bien urdida con el propósito de dar un verdadero golpe de fortuna. Sólo una institución dio datos respecto a Milton Rutherford, alias *El Bello*. Fue la Procuraduría de Estados Unidos al extender un valioso certificado de antecedentes penales del futuro yerno de Robert Keith. Con este documento le sacaré a mi hermano hasta las tripas, juró Franklin mientras se lo guardaba discretamente en la bolsa interior de su traje de lino blanco. Edward Milton Rutherford había sido acusado de bigamia en dos ocasiones sucesivas y era buscado por la policía de dos estados con órdenes de aprehensión debidamente firmadas. Lo sabía, se dijo Franklin, lo sabía. Para que alguien me engañe a mí tiene que nacer dos veces. Tan pronto lo vi lo descubrí. Menudo banquetazo se iba a dar este mal nacido con Isabel la noche de bodas.

Nunca había regresado Franklin de Boston con tanta rapidez y de tan buen humor. Por lo general siempre volvía cadavérico, ojeroso y materialmente agotado. El sodio, la temperatura, las aguas y la atmósfera del Caribe tardaban un par de semanas en rehabilitarlo. Los negocios, tú sabes, respondía a Sofía. Como voy poco, aprovecho mi tiempo al máximo. En esta ocasión los trámites de negocios los había concluido con suma facilidad y estaba decidido a cobrar la parte de su esfuerzo al contado y al instante. ¿Cómo informar a Sofía y a Isabel sin atraerse el rencor ni el coraje de ambas, en particular de Isabel? Sólo le interesaba hacer desaparecer a Rutherford del panorama sin involucrarse en lo personal. Resultaba imprescindible no ser identificado ni mucho menos culpado. Por esa razón redactó a máquina una carta anónima perfectamente detallada acompañando los elementos de prueba necesarios y la envió al domicilio de la United Fruit en Salaragua, oficina del señor presidente del Consejo de Administración. Dejó una mecha ligada a un gigantesco barril de pólvora y salió apresuradamente de Estados Unidos.

Ya en Salaragua leía ansiosamente el rostro de madre e hijas, incluso el del padre cuando inventaba un pretexto nimio y pasaba a saludarlo a sus oficinas. Tarde o temprano, por las buenas o por las malas, debemos disfrutar con más talento nuestros últimos años de capacidad física y mental, no se puede ser toda la vida un barbaján, concluyó Robert pensativo una de tantas veces en que Franklin abandonó dócilmente su despacho. Nada se sabía. Robert, Sofía, Isabel y Blanca realizaban sus actividades cotidianas con toda normalidad instalados en la más desesperante de las rutinas. ¿Cómo pueden vivir así, sin emociones, sin morirse cada día? ¡Horror!

Igual que los vientos de mayo podían cambiar en un instante el trazo de los caminos y destruir plantaciones, fincas, planes y proyectos del Rey de la Banana, así, en un instante, alteraron los temidos heraldos invisibles la vida de la hija mayor de los Keith. Una informante anónima había hecho saber por medio de una carta al magnate algunos detalles importantes respecto a la vida de Edward Milton Rutherford O'Higgins, el pretendiente de su querida hija Isabel, de quien usted, por supuesto, estará interesado en saber hasta el último detalle de su pasado. Siempre nos habló de antecedentes académicos deslumbrantes en las

máximas casas de estudios de Estados Unidos. ¡Falso, señor Keith! En ninguna universidad encontrará el menor registro a su nombre. Pero no debe usted sorprenderse: a todas nos dijo lo mismo y nos engañó con el mismo cuento. Nos habló de maestrías. ¡Falso!, no pasó ni del primer nivel de primaria. Nos habló de doctorados. Nuevamente, falso. Nos habló de puestos destacados que él desempeñó al frente de importantes empresas norteamericanas. Ninguna lo contrató en ningún momento. Falso, señor Keith, en ninguna lo conocen. Le acompañamos certificados y constancias para demostrar la validez de nuestras aseveraciones. Nos habló de su estado civil, nos afirmó que era soltero y otra vez nos volvió a mentir. Aquí le acompañó copias de las respectivas actas de los matrimonios que le conocemos, copias de las demandas interpuestas por nosotras, las burladas, así como copia de las órdenes de aprehensión libradas en contra del pretendiente de su hija, quien sería la quinta mujer estafada por este execrable sujeto, prófugo de la justicia norteamericana. Si su hija llegara a casarse con Milton, publicaríamos la foto de la feliz pareja en la primera página del *New York Times* junto con las del resto de las afectadas, así como las constancias que nos hemos permitido anexarle. Contamos con recursos para ello, porque la mayoría de nosotras somos mujeres de recursos, ¡claro está!, por eso nos escogió, por eso escoge precisamente ahora a Isabel, por la misma desgraciada razón, señor Keith: el dinero, el dinero que ignora cualquier otro valor en la vida de los hombres.

Espero que la anterior información le sea de utilidad como al resto de la familia. Sólo deseamos evitar un crimen más de este delincuente que cometió el peor de los pecados con el hecho de nacer.

Atentamente,

Nosotras.

P.D. Si desea usted confirmar lo anterior simplemente invite a Milton a un corto viaje por Estados Unidos, donde la policía le echará el guante con sólo identificarlo. Su evidente resistencia a salir de Salaragua será una prueba más que suficiente de su culpabilidad.

Hijo de la gran puta, mascullo Robert Keith tan pronto terminó de leer el anónimo. Pidió un sobre rotulado con el nombre de su hija y se lo hizo llegar sin más, con una leyenda manuscrita: Aquí te mando la historia sintetizada de tu futuro marido. No cabe duda que tu mamá y tú siempre aciertan. No sé si decirles inocentes o idiotas aunque más bien creo que están en la frontera. Bien visto, se dijo mientras despachaba al mensajero, si siempre lo fueron no veo por qué razón iban a dejar de serlo ahora. ¡Imbéciles!

Un huracán interior destruyó hasta el último objeto de la residencia del Rey de la Banana. La gente es mierda, pura mierda, mamá. Tiene razón mi padre. Ya entiendo para qué le sirven sus modales tan estudiados, sus manos tan finas, sus anillos de graduación falsificados y esos ojos tan hermosos llenos de candor y generosidad. Bandidos miserables, jugar así con la vida de una mujer, mamá, echársela a perder por dinero, siempre dinero, mamá. Es una maldición. Engatusarme como a una estúpida, hacerme creer en sus palabras, en sus caricias. Te juro que llegué a confiar en él, a entregarme sin reservas...

Sofía saltó como si hubiera caído un rayo a su lado. No se había acostado con él aunque en su esencia debería haberlo hecho, así hubiera podido descubrir ella misma, fríamente, sus intenciones antes de contraer nupcias. Cuando la gente se desnuda, siempre sabe uno más de ella, mamá. Isabel aseguraba que de haber podido aliviar sus apetitos sexuales no hubiera permanecido tan soñadora ni instalada en el mundo de la fantasía ni de la idiotez. Que las relaciones carnales premaritales deberían permitir a la pareja conocerse mucho mejor. Me trató como a una niña y no como a una mujer, mamá. Sofía pensaba en Franklin, en sus comentarios. Le cincelaba en la cabeza la idea de perderlo. Tenía presente sus insinuaciones, su insistencia en el tema. Era imposible sustraerse a su influencia; sus palabras la perseguían de día y de noche. Tu hija tendrá más probabilidades de éxito matrimonial si logra distinguir antes de comprometerse, entre la pasión carnal y el verdadero amor. Qué triste sería su futuro si una vez casada descubriera que todo su sentimiento hacia ese hombre se reducía a una calentura primaveral, propia de la edad, sin la existencia de un vínculo emocional perdurable. Qué camino más seguro al fracaso que tomar una decisión de semejante

trascendencia sin saber en realidad el origen y las causas del impulso. Yo puedo ayudarla a encontrar el camino. Yo puedo orientarla. Yo puedo quitarle la venda de los ojos. No, Franklin; tú, no. ¿Yo, no? ¿Entonces prefieres que algún malhechor la deje embarazada o que se enamore de un verdadero pelafustán? Conmigo no hay riesgos ni peligros. Le enseñaré la ruta y arrojaré sin compromisos luz en su vida. No me enamoraré ni permitiré que ella lo haga de mí. No, Franklin; tú, no. ¿Yo, no? No, claro que no. Tú eres mío. Nunca permitiré una atrocidad así.

Cuando los días pasaron y se asentó el polvo, Franklin insistió en cada oportunidad y aprovechó la menor coyuntura para influir tenazmente en sus propósitos. No había tiempo que perder. Amenazó veladamente a Sofía. Me voy, limitas mucho mi vida y estás llena de prejuicios torpes y anticuados. La pérdida de libertad me está matando, pronto acabará conmigo y con lo nuestro, Sofía, necesito techos más altos para volar, una mujer con amplitud de miras, sin semejantes estrecheces morales, ni un egoísmo tan ingrato. Ante la ausencia de argumentos, las reacciones viscerales y los silencios de Sofía, el que calla otorga, la tomaba por la cintura y con el recuerdo de Isabel en la memoria, una imagen viva y lacerante, la desnudaba en su imaginación en tanto hacía lo propio con la madre, al tiempo que el pecho amenazaba con reventarle en mil pedazos. Le hacía el amor entonces en cualquier lugar, mientras más prohibido mejor, mientras más expuesto mejor, mientras más arriesgado más placer sentía extraer de la aventura. Sofía parecía consumirse igualmente por el fuego. En los primeros años de su matrimonio hacía el amor con Robert, su marido, ocasionalmente los sábados en la mañana siempre y cuando no transmitieran por radio un partido de los Yanquis de Nueva York. Eso sí, invariablemente en la misma posición, a la misma hora, con las mismas rutinas, las mismas caricias, los mismos besos, sin quitarse nunca ni siquiera el pijama. ¡Ay!, el olor a tabaco fermentado que despedía su boca en el amanecer. Todo era mecánico, frío y monótono. Franklin era capaz de derribarla repentinamente del caballo y poseerla a la luz del sol, en la arena o entre los platanares. Una vez lo había intentado infructuosamente a bordo de un avión rumbo a Nueva Orleans. Las carcajadas las habían oído todos los pasajeros y una buena parte de ellos las habían compartido de todo corazón. No, pon aquí la pierna, no hombre la otra, no, no, bájala, me lastimas. No te rías, idiota, me caigo, agárrame, animal. Todo era diversión. Una vez en la ópera de Nueva York, en la parte trasera del palco se habían entregado a las delicias del amor durante una de las arias de *La Traviata*. En cada lugar dejaban un sello, un mensaje, una risotada, su tarjeta de presentación. Paradójicamente cuando Franklin la había amenazado con el abandono, disfrutaba ella los momentos de amor con la máxima intensidad, como si alguien le dijera al oído, ¡eh, Sofía!, que se acaba... esto no te durará toda la vida, aprovéchalo ahora. Era como un llamado, una despedida en los últimos instantes de placer, la entrega definitiva y espontánea. Ábreme en dos como a una granada, devórame por dentro. Toma lo mío, tócalo todo, dispón de mí y de mi vida, pero no me dejes Franklin, nunca me dejes, por el amor de Dios, ni retires de mi interior la fuente de poder y de energía de donde se nutren la luz, la luna y las estrellas.

— ¿Vas a obstaculizarme?

— ¡No!

— ¿Vas a limitar nuestras relaciones?

— ¡No!

— ¿Harás lo que yo diga?

— Sí, sí, mi vida.

— ¿Vas a cerrarme los caminos?

— ¡No!, no, no Franklin, no, pero ven, acércate, bebe, sí, bebe hasta marchitar para siempre esta rosa negra que toda la vida cultivé para ti, aun sin conocerte.

Franklin entendió los silencios de Sofía como un habla con ella, una licencia implícita, una autorización velada que jamás podría ser entendida ni a sus ojos ni a los de él mismo ni a los de nadie como un acto de

consentimiento expreso. Sofía dejaba abierta una puerta, una alternativa para dar salida a su dignidad y no verse ella misma arrinconada ni comprometida en el futuro. En todo caso yo nunca lo acepté, nunca se llevó un sí ni mi aprobación más remota o supuesta.

Poco a poco Franklin había ido ganando la confianza de Isabel. Sus consejos influían en ella y empezaron a ser determinantes en su comportamiento. Salía con ella eventualmente a hablar: soy su tío, ¿ves? y se desahoga conmigo. Unas veces la sujetaba de la cintura al cruzar la calle, nadie podría adivinar una intención distinta a la cortesía; otras la tomaba de la mano como un tío cariñoso y comprensivo al final de una comida familiar, cuando ocasionalmente se quedaban solos después de la breve plática de sobremesa. Al bailar en las fiestas de cumpleaños, Navidad, fin de año o Día de Gracias, la estrechaba firmemente contra su cuerpo para hacerla sentir en confianza sin reservas ni prejuicios y disfrutar la familiaridad en el trato; es mi tío, hermano de mi padre, cuñado de mi madre, no puede haber dobleces ni deseos ni propósitos morbosos; no, no los hay, pero acostúmbrate a mis lavandas, huéleme, llénate de mí, siente mis manos en la espalda y acércate. Soy tu tío, también soy un hombre, ven, ven conmigo, confía en mí, te enseñaré un mundo nuevo.

Franklin se reía de lo mismo que Isabel. Trataba de seguirla, de acompañarla en sus sentimientos, de mostrarse como el hombre perfecto, lástima que sea mi tío, de identificarse en los terrenos íntimos de ella. Igual le permitió un día comentarios respecto a Federico, cuando le mencionó que una persona con la piel tan oscura primero debía asolearse las palmas de las manos que el resto del cuerpo para poderse broncear parejo. ¿No te daba miedo? ¿No veías la boca que tenía? ¡Tío!, por favor, reía conteniendo el coraje, pero gozando el atrevimiento a plenitud. Compartían el mismo sentido del humor. Con la misma facilidad hacía caricaturas audaces de todos sus pretendientes en tanto él guardaba una posición de sabiduría y madurez, una imagen de dignidad recia y articulada, totalmente divorciada de los comentarios paternos. Quien le había puesto El Zancudo era un envidioso, un embustero como esos que nunca me dejaron hacerme cargo de la United.

Un día, mientras nadaban en el mar a mediados del caluroso verano de 1947, Franklin jugó a atrapar a Isabel bajo las olas y sobre ellas. La derribaba, la correteaba, caía sobre ella, se inundaba de sal, vida y alegría. Algunas veces los revolcaban juntos y llegaban volteados en interminables carcajadas a la playa, para volverse a meter al agua una y otra vez, aun cuando Isabel entendía que las caricias, a veces en extremo audaces de su tío, no eran sino parte del descontrol de la marea y que respondían a la pérdida de equilibrio y a la violencia de las olas. Sin embargo, a ella le gustaba el juego y se dejaba hacer en el mismo entendido. Jugaban a diario»

Los roces ocasionales con el cuerpo de Franklin le llamaban la atención en extremo. Su pecho poderoso y velludo, la ausencia de grasa, su olor a limpio, su marcada protuberancia masculina, su sonrisa contagiosa y su presencia inocua. Otra ola y otra más, muchas más, todas las olas del mundo. No quiero nunca salir del mar, tío. Una vez Franklin la tomaba de una pierna mientras gritaba, me ahogo, me ahogo, sirenita de mi vida rescátame, mi amor; otras veces, en tanto la corriente los arrastraba juguetona hasta la playa en un viaje sin final, Franklin la tomaba distraídamente de un seno, tío, tío, eres un tramposo, hasta que una vez salieron abrazados simultáneamente a la superficie y Franklin rozó sus labios con descuidada intención.

Eran pétalos con sabor a sal. Así se saludan los chinitos, le dijo al rozarlos una y otra vez, y así te quiere Franklin alcanzó apenas a decirle mientras la tomaba por la nuca, bajo la mata de pelo color azabache, como si quisiera sorberse el mar en un instante, para hundirse abrazados, entrecruzados, entrepinados, unidos por un beso eterno, inmortal, infinito, que se repitió como una revelación cuando subieron a la superficie a tomar aire y volvieron de inmediato a sumirse, hasta posarse en el lecho del mar donde había sido concebido el mismísimo Neptuno.

La estancia fugaz de Max Curt Biehl al frente de la representación diplomática norteamericana había sorprendido incluso en los niveles intermedios del Departamento de Estado. Su remoción fulminante no pudo ser más desconcertante. Cuando fue llamado a consultas a Washington diez días después de aquel inolvidable recorrido en el yate de la United Fruit Company, acompañado de Robert Keith y de John Foster Dulles, se especuló respecto a su destino posterior. Su remoción había sido tan violenta e intempestiva que chocaba con las suaves formas de la diplomacia internacional. En los pasillos del departamento se le reubicaba en algún país africano. Alguien apuntó hacia Marruecos, otros hacia Egipto, quién sabe por qué razón. Luego se adujo como posibilidad su acreditamiento en Tailandia, Singapur o en Vietnam, pero no se producía ninguna señal ni ninguna decisión concreta que permitiera predecir el futuro del embajador. Tan pronto se hizo presente en Washington con el funcionario que lo había citado con urgencia hubo de esperar varios días y luego varias semanas para ser recibido no con el objeto de pedirle cuenta alguna sino más bien para solicitarle su opinión respecto al caso de un barco norteamericano multado con mil quinientos dólares por pescar anchoveta en aguas chilenas sin la debida autorización del gobierno. El expediente que contenía los detalles del asunto era de tal manera voluminoso que una persona difícilmente lo hubiera podido subir de un solo movimiento encima de la mesa de trabajo especialmente dispuesta para él en el tercer sótano a la izquierda del edificio desde donde se regían los destinos del mundo. Sin más explicaciones, e impedido de regresar a Salaragua salvo autorización escrita, Biehl enfrentó dos opciones: o proponer una solución viable en relación al complejo conflicto pesquero o renunciar para dedicarse en el futuro a otras actividades menos comprometedoras.

El Departamento de Estado mandó de inmediato un nuevo embajador de probada inmunidad anticomunista. No tenemos tiempo que perder, necesitamos a uno de los nuestros en Salaragua. Bueno, y este Biehl, ¿se habrá vuelto loco? Mira que jugar con las barajas de la contraparte. Dicen que las ideas místicas son contagiosas, en particular las latinas y las hindúes, pero antes están los cargos en el servicio exterior y los dólares que dejarse embrujar candorosamente por los centroamericanos. El nuevo representante de la Casa Blanca, de aproximadamente sesenta y cinco años de edad y experiencia reconocida en los cinco continentes, respondía al nombre de Edwin Jackson Kyle Jr.: un pitcher derecho para un bateador zurdo. Son genios en la Casa Blanca, dijo Somoza cuando conoció el nombramiento. Después de Kyle ninguno de todos estos mequetrefes podrá batear una sola vez más. No verán ni la pelota.

Kyle era un hombre de profundas convicciones capitalistas, extremista en sus enfoques, para no desilusionar a los burócratas del Departamento de Estado, defensor de los intereses americanos en el extranjero como si la pérdida de un solo dólar foráneo se pudiera traducir en una disminución de sus propios emolumentos. Áspero en el hablar pero todavía de buenos modales. De línea dura pero todavía receptivo. Agresivo sin ser majadero. Cortante sin ser altanero. Kyle no significaba una posibilidad de negociación, más bien su presencia debía entenderse como la última oportunidad de corregir el rumbo antes de echar mano de otros recursos drásticos de probada eficiencia. Venía a tratar de convencer, no a imponer, al menos no en la primera parte de su gestión. Entraría en el despacho de Arévalo con el sable en una mano y la bandera ondulante de Estados Unidos en la otra para dejar bien claro el propósito de su estancia como embajador. Después de mí los marines, señor Arévalo, parecía decir con su actitud el recién acreditado diplomático.

Arévalo, desesperanzado por la pérdida de Biehl, su interlocutor en la Casa Blanca lamentaba su ausencia porque la mayoría de sus decisiones habían sido analizadas y matizadas para no crear a través de sus reportes una alarma infundada ni una peligrosa confusión entre los fanáticos anticomunistas de Washington. Un profesional talentoso, prudente y objetivo.

El estilo del nuevo representante de la Casa Blanca se hizo patente en una ocasión cuando Edwin Jackson Kyle Jr. irrumpió de repente en la oficina más importante de Salaragua, la sede de la presidencia de la República, así, sin anunciarse, sin siquiera tocar la puerta previamente, de conformidad con el más elemental protocolo oficial. Arévalo lo había conocido brevemente el día de la presentación de las cartas credenciales, simultáneamente con las de Alberto Navarro Rodríguez, embajador de México ante Salaragua.

Arévalo no pudo ocultar su azoro al ver de improviso a Kyle, más aún cuando detrás de él entraron corriendo el encargado del protocolo presidencial destacado del estado mayor y la secretaria personal del jefe de la nación, ambos coléricos y desencajados por el atrevimiento del diplomático norteamericano.

—Señor presidente, explíqueme por favor a estas personas quién soy yo para que me dejen pasar de hoy en adelante —exigió Kyle indignado.

El presidente de la República redactaba una carta a mano con toda seguridad dirigida a Furtamantes, según había prometido hacerlo para no interrumpir una larga tradición epistolar entre ambos, sentado con toda elegancia tras una mesa pesada de caoba blanca, una de las maderas preciosas de la selva salaragüense. Arévalo captó de inmediato la situación y arrojó para sorpresa de todos la pluma al piso y se colocó contra la pared con los brazos en alto sin ocultar una expresión de pánico que desfiguraba su rostro. El intruso y los colaboradores cercanos del presidente se quedaron paralizados.

—Señor presidente —exclamó casi tartamudeando el diplomático—. No entiendo lo que pasa.

Arévalo sin modificar en nada su actitud ni bajar los brazos se dirigió apenas con un hilo de voz a Kyle:

—No me lastime, por favor, señor, no me golpee en las manos, me sirven para escribir, se lo suplico. Tome mi dinero, lo tengo aquí en la bolsa de mi saco. Son unos cuantos córdovas, espero le sean útiles, pero no me lastime, por favor.

Ninguno de los presentes podía cerrar la boca. Jamás supusieron vivir una escena semejante.

—Señor presidente, yo no soy...

—No, por favor, no me explique, yo entiendo, tome el dinero, le juro que no opondré resistencia —agregó tartamudeando con los brazos todavía más en alto—. No me pegue en la cabeza, la uso para pensar, señor. Tome el dinero y váyase, tome el de todos nosotros, se lo daremos, ¿no es así? —preguntó dirigiéndose a su secretaria y al general, quienes asintieron mudos con un suave movimiento de cabeza.

— ¿Esto es una broma? —cuestionó Kyle sin recuperarse.

—No, no señor, por favor, no se enoje, puede usted buscar en mis cajones cualquier objeto de valor, pero le aseguro —exclamó en tono suplicante y convincente— en esta oficina hay papeles y libros solamente, créame como sea que se llame usted. Lívese todo por favor menos mis libros, pero no nos haga daño —insistió el jefe del ejecutivo salaragüense.

—Se excede usted, señor Arévalo —increpó el nuevo representante de la Casa Blanca sin ocultar su disgusto—. Yo no soy ningún ladrón.

Arévalo se mantenía inmóvil. De pronto lanzó una mirada cargada de rabia, una mirada profunda, condenatoria, una mirada de fuego. Bajó los brazos como si quisiera hacer astillas la mesa. Se ajustó el saco y apoyando los nudillos sobre los papeles que se encontraban sobre su escritorio ordenó a Kyle a gritos sin ninguna contemplación, haciendo un verdadero esfuerzo por no arrojarle el primer objeto que se encontrara a su alcance:

—Salga de mi oficina, ¿me oyó? ¡Salga! —reventó fuera de sí con una furia desconocida en él—. Salaragua no es un burdel.

Kyle hubiera preferido que lo partiera un rayo en ese instante. Permanecía inmóvil. Creía que vivía una pesadilla.

—Pero señor, yo sólo...

— ¡Salga!, ¿oyó o no oyó? —repitió amenazadoramente el presidente a punto de tomar por el cuello al diplomático.

—Señor... —titubeó Kyle como si quisiera hacer constar las consecuencias que podían derivarse de su

expulsión en esos términos, ya no para el propio Arévalo sino para el país en general.

—Salga ahora mismo o lo hago salir —exigió, decidido a recurrir inclusive al uso de la fuerza mientras ya tomaba el teléfono para llamar a los cuerpos militares encargados de la seguridad del presidente de la República.

Kyle palideció, enmudeció, se paralizó, cerró instintivamente los puños, vio con el mismo coraje a Arévalo y cuando ya se disponía a salir de la histórica habitación alcanzó a escuchar:

—Esto no es una cantina ni un depósito para vender Coca-Cola. Es la presidencia de la República de un país soberano y respetable. Haga usted una cita si quiere verme. Eso se llama aquí y en China PROTOCOLO —volvió a gritar para no dejar la menor duda de su posición.

Kyle azotó la puerta al salir del área de recepción. Tenía la boca seca y amarga. Todos regresaron a su lugar de trabajo sin hacer comentarios posteriores.

Las circunstancias políticas internacionales, la tensión reinante en las relaciones bilaterales, la necesidad de restablecer el diálogo entre ambos países, las presiones ejercidas por la inversión norteamericana en Salaragua ante el Departamento de Estado, la imagen de Kyle ante sus superiores, la imposibilidad de confesar la verdad, una derrota tan temprana y vergonzosa, obligaron a Edwin Jackson Kyle Jr. (su hijo acababa de nacer y lo registraron con el nombre de Edwin Jackson Kyle III) a solicitar contra todo su deseo una entrevista formal con Arévalo. Ésta le fue concedida de inmediato para no atizar aún más los ánimos. Un par de semanas habrían de transcurrir antes de que el diplomático pudiera volver al Palacio de Gobierno de Salaragua y entrara por la puerta principal con el homenaje y la pompa con la que Arévalo distinguía a todos los embajadores acreditados en su país. Aquella mañana, instantes después de contemplar la estatua ecuestre de Simón Bolívar, se vio nuevamente cara a cara con Arévalo con la tensión prevista por ambos:

—Él haría lo mismo, señor Kyle, él haría lo mismo si viera a esta gente analfabeta morir de hambre. Quiero que venga aquí con nosotros para llevarlo a las barracas, a las plataneras, a los jacales, a los puertos y a las centrales ferroviarias. Le tocaré el corazón, señor Kyle. Truman jamás imaginó, se lo puedo asegurar, semejantes niveles de pobreza, insalubridad y analfabetismo. Que conozca nuestras tasas de mortandad infantil, nuestros índices de desnutrición. Que venga a ver cómo sobrevive la mayoría de los niños, pequeños indígenas desnudos, presas de todas las infecciones imaginables, devorados por todos los parásitos conocidos. Que venga a verlos jugar en las milpas, al lado de los perros, su eterna compañía, junto a los cuales duermen, comen y defecan como si fueran sus iguales. Que salga un momento de la excelencia del Salón Oval y venga a vivir el drama de la miseria en una barraca, sin agua, luz, servicios, drenajes ni ventilación y constate la penosa promiscuidad prevaleciente en su interior. Es un infierno, señor, un verdadero infierno. Nadie podría regatear un crédito de ayuda a esta gente sobre todo si el destino del dinero lo garantiza un gobierno democrático como el mío, en lugar de las consabidas desviaciones propias de las tiranías regionales. No necesitamos ayuda militar para combatir al comunismo: necesitamos créditos para la agricultura. No necesitamos tanques sino tractores. No buscamos rifles sino azadones, ni balas sino semillas. No queremos un vecino amenazante sino comprensivo y para serlo tiene que pasar dos días entre nosotros, convencerse de nuestras alternativas, asimilar nuestra realidad y medir nuestras perspectivas antes de que estalle una nueva revolución poderosamente atractiva para quien ya no tiene nada que perder. Cuidémonos, señor embajador, de quien ya no tiene nada que perder. Hoy podemos hacer un cambio pacífico, continuo y civilizado, pero si a mí me derrocan todos perderemos. La guerra civil incendiará hasta la última bananera en perjuicio de todas las partes. Nadie resultará vencedor, ni el Pulpo, señor Kyle.

—La agenda del señor presidente de Estados Unidos de América, como usted comprenderá, señor Arévalo, no puede contemplar la visita a las bananeras de Salaragua y menos si además tendrá que escuchar las justificaciones de su gobierno para agredir frontalmente nuestros intereses. Ustedes nos persiguen, nos acosan y todavía pretenden que les ayudemos a degollarnos. Derogue usted el Código

Laboral⁸⁶, demuestre su buena voluntad hacia nosotros en ese y otros supuestos y veré que el señor subsecretario de Estado lo reciba a usted cuando sus ocupaciones se lo permitan.

Arévalo dejó pasar inexplicablemente la ofensa.

—Pero si aquí jamás existió una legislación laboral. Derogarla, señor Kyle, como usted pretende, es tanto como volver a abandonar a su suerte a miles de niños, mujeres, ancianos y hombres que trabajan en las mismas plantaciones o en fincas, en las destilerías de ron o industrias, más de 18 horas al día sin descanso semanal ni alimentos ni casa ni ayudas hospitalarias. ¿Qué cara pondría Truman...?

— ¡Presidente Truman!, por favor —interrumpió Kyle.

Arévalo le clavó la mirada al embajador norteamericano. Hizo una pausa para responder con aire cansado, más bien controlado.

—Está bien, presidente Truman —concedió—, sólo que en ese caso diríjase a mí como presidente Arévalo, embajador Kyle. Guardaremos las formas —exigió tonante el presidente de la República—. ¿Qué cara pondría el señor presidente Truman si yo le pidiera que derogara la legislación laboral vigente en Estados Unidos?

—Sería una inconsecuencia por su parte.

— ¿Inconsecuencia? ¿Eso es todo lo que se le ocurre? Me sacaría a patadas de la Casa Blanca, señor Kyle, ¡a patadas!, ¿me entendió usted?, a patadas, claro está, después de tacharme como un loco.

— ¿Me quiere decir que estoy loco y que me correrá a patadas —preguntó sarcásticamente el diplomático— por haberme atrevido a sugerirlo? Recuerde usted que esto no es Estados Unidos.

—No, no es Estados Unidos, pero tenemos derecho a desecharlo en el orden material. Queremos ser diferentes y lo seremos. La era de Trubico, del soborno y de los burdeles quedó atrás. Vive usted en la nueva Salaragua, señor embajador. Si ya no nos van a ayudar, respétennos.

—Nosotros no respetamos a los gobiernos enemigos, sobre todo si son comunistas. Hágame caso, quítese esa fama de encima, derogue usted esa ley y nosotros regalaremos ese día ron en todas las cantinas de Salaragua. Después de eso ni quien se acuerde de ese código ni de usted ni de su gobierno.

—No somos comunistas —interrumpió Arévalo—. Respetamos al hombre y sus razones. Al hombre y sus libertades. Al hombre y sus garantías, señor Kyle. Rechazamos las dictaduras de cualquier signo político. Lo que tenemos es hambre, embajador. ¿A la lucha por conquistar la dignidad del hombre ustedes la llaman comunismo?

—Señor Arévalo, tenemos pruebas de sobra...

— ¡Presidente Arévalo!

—Señor Arévalo, tenemos...

—Si usted insiste en esa actitud tendré que dar por cancelada nuestra entrevista por el día de hoy. Para usted soy el presidente Arévalo.

Kyle se enfureció. Guardó silencio mientras el presidente se ponía de pie y lo miraba con una expresión arrogante. ¿De dónde sacarán su orgullo suicida estos presidentes bananeros? ¿No sabrán acaso que con sólo cancelar nuestras importaciones de plátanos a Estados Unidos destruiríamos su economía en treinta días? ¿No sabrán también que los tenemos agarrados por el cuello? ¿Que sus exportaciones y la supervivencia del mismo país depende de nuestros estados de ánimo? Y si así es, ¿entonces cómo tienen todavía valor o audacia o qué sé yo para oponerse al país más poderoso de la Tierra? Jamás entenderemos el concepto de dignidad ni de orgullo suicida de esta gente. Debería estar aquí, a mis pies, como un perrito faldero y todavía me sale con arranques o imposturas en lugar de besarme cuando menos el trasero, digamos.

—De acuerdo, señor presidente Arévalo, de acuerdo —respondió Kyle, en plan conciliador—, sólo que tenemos pruebas de sobra para demostrar la infiltración comunista en Salaragua⁸⁷.

— ¿Pruebas? ¡Por favor señor embajador!, no puede usted tener ni una sola de ellas por el simple hecho de que no existen y no existen porque no somos comunistas más que en su mente, ¿le es claro? Tienen ustedes más comunistas en San Francisco que los que pueda haber juntos en toda Salaragua.

— ¿Ah, no? ¿Qué me cuenta de la visita reciente que le hicieron Blas Roca y Vicente Lombardo Toledano, uno cubano y otro mexicano, ambos demostradamente vinculados al comunismo internacional? ¿Qué me dice, es más, de la visita que les hizo Pablo Neruda? Todos cobran en el Kremlin, señor Arévalo, son los hijos putativos de Stalin. Después de sentarlos a su mesa, ¿todavía niega sus intenciones? No, presidente Arévalo, no puede usted ocultar sus conexiones soviéticas, como tampoco puede negar sus ligas con los españoles comunistas, esos malditos rojos que Franco expulsó de su país antes de que lo devoraran como fieras hambrientas —sentenció el representante de la Casa Blanca sin dejar hablar a Arévalo.

—Blas Roca y Lombardo Toledano son hombres de izquierda progresista, sí, pero una izquierda socialista que promueve la superación material y cultural del ser humano. No son hijos de Stalin, como usted dice, por supuesto que no lo son, ni cobran en el Kremlin ni se dedican a la sublevación latinoamericana ni a incendiar nuestros países. Confundir el comunismo con la izquierda es tanto como confundir la democracia con la tiranía —repuso Arévalo ya sin disfrazar su malestar—. Respecto a Neruda mejor ni le contesto...

»Por lo que hace a esos rojos como usted los llama —continuó el presidente de la República—, en su mayoría son miembros de la más destacada intelectualidad española o son hombres de trabajo que han fundado mágicamente empresas y creado fuentes de empleo a lo largo y ancho del país. Trajeron a Salaragua la ley y la esperanza de las ideas republicanas que Franco hubiera querido arrebatarnos de buena gana para decorar en apariencia su gobierno y no tener que apoyarlo en la fuerza de las armas para mantenerse en el poder en contra de la voluntad de la mayoría de los españoles. Sí, España perdió la libertad, la luz, y nosotros la ganamos con sus exiliados.

—Ellos vinieron a adiestrarle a usted en el reclutamiento de elementos comunistas para alterar el orden universitario a través de legiones de jóvenes marxistas, utilizadas como elementos de penetración subversiva, la punta de lanza del comunismo internacional... Lo sabemos todo, señor presidente —agregó en tono burlón—. El movimiento de resurrección obrera como usted lo llama, ya como especialista de semántica marxista, no es otra cosa que un movimiento comunista de las peores proporciones en la puerta misma de Estado Unidos.

—Yo no necesito que nadie me adiestre en nada, señor embajador. Me valgo solo, como el propio presidente Truman, en primer lugar. En segundo, debo decirle que su fantasía me parece asombrosa. Nosotros no tenemos vínculos con el Kremlin. Buscamos la libertad y la independencia por sobre todas las cosas y no una nueva tiranía, ahora de izquierda, manipulada a quince mil kilómetros de distancia de Managua. En tercer lugar, usted no debe suponer, sino demostrar los vínculos de dependencia de nuestros líderes obreros y estudiantiles con el comunismo internacional. En cuarto lugar, si usted hubiera conocido el hambre, no pensaría que quien pretende cambiar el piso de polvo en su jacal por uno de cemento, o quien pretende cambiar la comida fría por la caliente o el petate por la cama, por esas razones es un comunista.

¡Cómo se ve que no ha pasado usted hambre!, señor embajador. Si usted hubiera sufrido las carencias de nuestra gente aplaudiría hasta con las patas, sí, oyó usted bien, hasta con las patas, embajador Kyle, el empeño por no volver a padecerla y usaría la palabra comunista con más propiedad. Donde hay democracia, como en este país, no hay cabida para comunistas más que en la mente calenturienta de ustedes. Nosotros padecemos trescientos años de esclavitud y por ningún concepto queremos volver a vivir ninguna forma de dominación ni de intransigencia. Es como si usted le hablara a un negro de esclavitud en su país.

Kyle se concretó a revisar sus extremidades una y otra vez. Patas, ¿yo? ¿Patas dijo éste?

—Ningún comunista podrá hacerse del poder, ni mantenerse en él, si no es controlando primero a los

sindicatos —repuso Kyle sin entrar a discutir la calidad de sus extremidades inferiores, evadiendo además las afirmaciones de Arévalo.

—Todo eso es falso, señor embajador, ¡falso!; absolutamente falso por todos los costados. Apártese usted de las frases hechas porque hablan de una mentalidad petrificada, aldeana, ultraconservadora, incapaz de llegar a una conclusión válida por sí misma; una mentalidad dependiente del juicio de terceros sin la menor posibilidad de llevar a cabo sus propios razonamientos.

Kyle no salía de su asombro. Sí que son audaces estos quijotitos. ¿No se darán cuenta que los puedo aplastar como a una pulga? ¿Son más soñadores que idiotas o más idiotas que soñadores?

—Compruebe usted mismo, señor embajador, como nada de lo que usted dice se da en Salaragua. Yo no me hice del poder ni menos, mucho menos, llegué a la presidencia a través de ningún control sindical ni de la ayuda económica soviética. Fui electo por sufragio directo emitido por la mayoría de mis compatriotas en la primera elección libre en la historia de mi país. A nadie obligué ni manipulé y a nadie tuve que controlar para llegar al poder ni para mantenerme en él. No tenemos nada que ver con los sistemas ni con las técnicas de penetración y de dominio comunistas.

— ¿Ahora me va usted a decir que su legión caribeña no es un instrumento de penetración comunista?

Arévalo guardó silencio. De una mirada constató el rostro sanguíneo del nuevo embajador. Se puso de pie y caminó tras la silla de su interlocutor.

—Ustedes los norteamericanos —exclamó suavemente— fueron nuestros héroes después de la guerra. Leíamos sus libros y veíamos sus películas. Es más, una frase común en aquellos días era: «Quiero ser tan rico y tan sabio como los americanos.» Todo el prestigio, la credibilidad ganada por ustedes, la colosal oportunidad de reconstruir el mundo después de la guerra y sentar las bases para la paz, la prosperidad y la justicia se derrumban a diario bajo el espectro del anticomunismo⁸⁸, se disipa país por país, intervención por intervención. Fueron ustedes enemigos mortales del fascismo europeo —apuntó Arévalo a la cabeza del diplomático—, sin embargo, respetan, tutelan y protegen al centroamericano. Se pronuncian en contra de la opresión política, del militarismo, de la tiranía y de los sistemas totalitarios europeos y por contra amparan y estimulan a las dictaduras centroamericanas, señor Kyle. ¿Son o no son antifascistas?

— ¡Claro que lo somos!

—Pues demuéstrenlo entonces y encabecen ustedes mismos mi Legión Caribeña. Yo no intento desestabilizar gobiernos, como usted dice. Deseo, sí, barrer hasta con el último dictador centroamericano. Aquí no ha acabado la guerra mientras sobrevivan los Somozas, los Trujillos y los Batistas. Los verdaderos amantes de la libertad debemos echar mano de cualquier recurso a nuestro alcance para derrocar a los tiranos, aplastarlos y colgarlos junto con sus secuaces, como hicieron ustedes con los representantes de la pesadilla nacionalsocialista. Esas sanguijuelas sobreviven gracias a ustedes. Representan la involución, la regresión política, la miseria humana en todas sus formas, la censura, la pérdida de libertades, las persecuciones, los asesinatos y la descomposición moral de la sociedad; sin embargo, ustedes solapan aquí precisamente todo aquello que fueron a destruir en Europa durante largos años de guerra a un precio incontestable. ¿Quién puede entender que ahora protejan ustedes lo que en su propio país y en el extranjero combatieron con todo su poder militar, exponiendo incluso la vida de una generación de americanos?

—Ésos son asuntos de alta política que escapan a mis facultades, señor presidente —repuso el diplomático como única escapatoria posible.

—No, ¡hombre!, señor embajador, ¿me cree tan inocente como para creer ese argumento? —saltó Arévalo sin terminar de escuchar la respuesta—. Se parece usted a los curas o a los religiosos que ante la falta de explicaciones se reducen a decir que Dios así lo quiso. Insultan la inteligencia de la gente. Los informes de su servicio exterior provenientes de todo el mundo son determinantes en el trazo de la política internacional de Estados Unidos.

»Son en buena parte ustedes —condenó sin la menor consideración— un ingrediente fundamental para la presentación del síndrome comunista en la Casa Blanca; ustedes lo nutren, lo estimulan a partir de conclusiones ingravadas que después deben mostrar con elementos de prueba inexistentes.

»Busquen comunistas o invéntenlos si quieren conservar el puesto, parecen ordenarles desde el Departamento de Estado. —Kyle escucha enmudecido—. Localicen evidencias o supónganlas —denunciaba Arévalo fuera de sí—. Quien piense peligroso, como decía Leónidas Trubico, puede ser un comunista. Todos los diplomáticos norteamericanos están uniformados, cortados con la misma tijera, uno es más igual que el otro, usted perdonará el barbarismo. Por eso inventan las mismas fantasías políticas hasta confundirlas con la realidad.

—Cuando me dijeron que entre usted y Trubico había un abismo, no me lo creí. Me sorprenden sus conceptos, señor presidente —interceptó el diplomático.

—A mí me sorprenden sus comparaciones. Son tan grotescas las diferencias entre ese antropoide y yo como las hay entre Churchill y el caballo de Calígula.

—Trubico, señor presidente —el embajador echó mano de cualquier argumento con tal de defenderse— nunca hubiera dejado de invitarme a la inauguración de un hospital como el Franklin Roosevelt, ¿Ve usted? El, desde luego, me hubiera cedido el uso de la palabra y juntos habríamos izado lentamente la bandera americana, tal y como se nos distingue en el mundo entero. —Pamplinas, embajador. No me dirá usted que por no haberlo invitado soy ahora antiyanqui y comunista confeso, ¿verdad? —Pamplinas o no, señor presidente —repuso Kyle con ánimo de dar por terminada la reunión—, por esa razón Estados Unidos no vino a los juegos centroamericanos y del Caribe que usted organizó, sobre todo cuando se requirió a Puerto Rico el uso de su propia bandera y en lugar del himno americano exigió usted todavía que fuera tocada *La Borinqueño* señor presidente⁸⁹. Para nosotros no es una pamplina que usted pretenda separar a Puerto Rico de Estados Unidos.

—No es un problema de separación, es un problema de dignidad. Ya es hora que esa gente sea libre también —arremetió de nuevo Arévalo.

—No es un problema de dignidad señor presidente, es un problema de intereses vitales para Estados Unidos. Esto nada tiene que ver con la maldita dignidad. Puerto Rico tiene una ubicación privilegiada como puerta de entrada al Caribe y para nosotros es vital controlarla, sobre todo si el ciento por ciento de los puertorriqueños están de acuerdo en depender política y económicamente de nosotros —contestó Kyle sin dejarse intimidar.

El diplomático insistió en dejar una constancia clara de la inmovilidad de su posición, por esa razón comentó, como quien prende una mecha:

—No hay comunismo local, todos dependen de la Unión Soviética y, por lo mismo, Salaragua es una base más para exportar doctrinas comunistas a América Latina.

—No entendió usted una sola palabra ni una sola idea de toda nuestra conversación, embajador. Habla usted solamente de fantasías comunistas. Vuelva a verme cuando pueda probar sus afirmaciones, antes...

—Muy bien señor presidente, entiendo el fondo de todo esto. A partir de hoy usted no me verá salvo en los eventos públicos imprescindibles ordenados por el protocolo. Yo, por mi parte, le puedo garantizar que usted no verá ni un solo níquel de Estados Unidos para ninguno de sus planes de gobierno, incluida, desde luego, la reforma agraria, la campaña de alfabetización, la modernización del sistema de transportes, el bancario y el de crédito. Usted apoya y estimula las manifestaciones antiyanquis; nosotros empezaremos por retirarle lo mejor que tenemos, lo mejor de nuestro patrimonio histórico: nuestro dinero.

Cuando una semana más tarde los altos funcionarios del Departamento de Estado le preguntaron a Edwin Jackson Kyle Jr. si Juan José Arévalo era o no comunista, el representante de la Casa Blanca contestó con una exitosa adivinanza:

—Muchas veces es imposible demostrar legalmente si un individuo es o no comunista. Sin embargo, para casos así yo recomiendo el siguiente método práctico de detección: la prueba del pato. La prueba funciona así: supongan ustedes que ven un pájaro caminando en el patio de una granja. Esta ave no trae ninguna etiqueta que diga pato. Pero el pájaro evidentemente se ve como un pato. Cuando se acerca al estanque ustedes comprueban que nada como un pato. Entonces abre el pico y produce los mismos sonidos de un pato. Bueno, para este momento ustedes probablemente llegaron a la conclusión que el pájaro es un pato, lleve o no una etiqueta para diferenciarlo⁹⁰.

Los jefes de Estado caribeños son muy buenos para hablar, prometer y emocionar; sin embargo son incapaces de cumplir con sus amenazas, sobre todo cuando la United Fruit es el enemigo a vencer. Me los conozco al derecho y al revés. Tan pronto se calla su cochina papayera se acaba el alboroto, ahogado en aguardiente de caña, y nos vemos hasta las próximas elecciones para tener nuevos motivos de celebración tropical. ¡Ay tío Minor!, hace ya casi veinte años que te fuiste para siempre, se dijo en silencio mientras abría el cajón de su escritorio en las elegantes oficinas de su matriz en Salaragua para volver a contemplar la foto del difunto que guardaba adherida a la tabla como un amuleto, como una estampilla divina que lo iluminaba y lo consolaba en los momentos de extrema dificultad y grave riesgo. Nunca me hubiera podido sostener en este puesto si no hubiera sido por el conocimiento que me heredaste del ser humano. Quien entre por la puerta de tu oficina, me decías, algo valioso se querrá llevar de ti: tu dinero, un contrato, una influencia o tu mujer. Nadie te irá a visitar por cortesía ni para dar un paseo, Bobby. Un empresario, coincidía con Robert, debe ser psicólogo, debe contar con la capacidad de adivinar las intenciones de sus socios, clientes, amigos o funcionarios públicos con quienes trate. Cada uno llega con un interés oculto y, o lo identificas y lo desenmascaras con toda oportunidad, o te lastimará junto con todo este colosal imperio. Todas son zancadillas, zancadillas del gobierno de Salaragua, del de Washington, porque nunca faltan los envidiosos ni los insatisfechos con los sobornos recibidos, ni los competidores voraces ni los sabotajes en el corte de la fruta ni las descomposturas intencionales de los barcos y ferrocarriles ni la conexión que no llega para mandar los plátanos a Nueva York, mientras la mercancía empieza a pudrirse en una bodega, ni las trampas de los líderes obreros apenas parecidas al poder destructor de los huracanes si no sabemos deshacernos de ellos a tiempo. ¡Ah!, y las mujeres: unas, la mayoría, entran por dinero y otras por necesidad, pero todas quieren algo de mí, es bien cierto, tío. Mentira que me busquen todas por lo que represento y no por lo que soy, como insiste Franklin, siempre en ofenderme. Si las oyera gemir...

Robert Keith se levantó de la silla de su escritorio y se dirigió a uno de los ventanales de su oficina con el ánimo de distraerse. En enero de 1949 no debería esperar ninguna sorpresa desagradable del viento. El mar se veía apacible, tranquilo, receptivo: Un dios dormido en su lecho. El día observaba una temperatura ideal, el sol colgaba ya a su máxima altura y brillaba en todo su esplendor. Después de unos instantes de contemplación y relajamiento una idea estimulante pasó por su mente, volvió a sentarse ahora francamente sonriente, como si tramara una travesura, palpó los botones instalados a un lado del cajón principal de su ostentoso escritorio y oprimió ávidamente el del centro. La gigantesca laja de mármol blanco de Carrara, toda un pared de una sola pieza, empezó a desplazarse lentamente, como si se abriera una puerta de ultratumba que condujera al centro del universo, hasta dejar finalmente al descubierto, encerrado religiosamente por un marco de oro macizo labrado, como corresponde a un nicho sagrado, un *Tora* iluminado por cirios votivos, el Decálogo Empresarial, obsequiado por Barnays y su equipo de relaciones públicas para conmemorar en aquel 1949 los primeros cincuenta años de la fundación de la United Fruit.

Se trataba de una enorme pieza de bronce de dos metros de alto por dos de ancho con los diez mandamientos de todo empresario norteamericano respetable. Con tan sólo tocarlo, según parecía indicar tan respetuosa liturgia, se adquirirían los poderes necesarios para transformar a un hombre de negocios en dios. El santo recinto parecía contener en su interior un tablero divino para dirigir, controlar y manipular los

destinos del mundo, En realidad contenía el pensamiento de Minor Keith, ¡Ay tío Minor, serás eterno!, la fórmula de su éxito arrollador, innegable, indiscutible universalmente, consignada en esas geniales Tablas Divinas. Keith leyó entonces, como lo hacía una y otra vez a lo largo de la jornada, con el mismo placer y la misma expresión de picardía y de satisfacción personal apenas disimulada como cuando develó eufórico la histórica placa en compañía de los más selectos directivos de la United Fruit:

Artículo Primero:
QUERRÁS EL DINERO POR SOBRE TODAS LAS COSAS.

Artículo Segundo:
DESDE LUEGO DESEARÁS EL DINERO DEL PRÓJIMO.

Artículo Tercero:
EL DINERO SÍ LO ES TODO.

Artículo Cuarto:
LUCRARÁS A TODA COSTA. SI ES POSIBLE, SIN ROBAR.

Artículo Quinto:
ATESORARÁS DINERO AUN CUANDO NO LO NECESITES.

Artículo Sexto:
SÓLO PRESTARÁS DINERO SI ESTÁS DISPUESTO A PERDERLO.

Artículo Séptimo:
EL CAPITAL DE RIESGO SIEMPRE SERÁ EL AJENO.

Artículo Octavo:
NO REGALARÁS.

Artículo Noveno:
EVADIRÁS AL FISCO.

Artículo Décimo:
EL DINERO Y LOS SENTIMIENTOS SE RECHAZAN COMO POLOS OPUESTOS.

—Señor Keith —sonó una voz a través del auricular— la señorita Donde le espera en la antesala.

El magnate se llevó la mano al reloj. Caray, las 12:00, se dijo reflejando una clara alegría en el rostro. Se frotó las manos con singular fruición. Instintivamente se alisó el cabello, se acomodó la corbata antes de que se abriera la puerta, se acomodó distinguidamente en el sillón tras su regio escritorio de caoba y tomó la pluma para aparentar una dedicación sin tregua a sus actividades y a la solución de sus complejos problemas universales.

Cuando la muchacha entró al despacho y cerró por dentro como era costumbre obligatoria, Keith se transformó en una fiera. Empezó por desprenderse de su saco. Lo arrojó, extrañamente, sobre uno de los sillones, contra sus hábitos, se desabotonó rápidamente la camisa de seda blanca al tiempo que se descalzaba. Se zafó las mancuernas de esmeralda y se dirigió a donde se encontraba la mulata sin pronunciar una sola palabra, ajeno a la más elemental cortesía, en tanto descorría la bragueta del pantalón.

En un instante toda su ropa quedó desperdigada a lo largo y ancho de su oficina. La presencia de la aborigen, el amor intercalado en las horas de oficina, esos aromas a selva, a tierra húmeda después de llover, a las fragancias internas, enervantes de las maderas tropicales, a los perfumes silvestres, a las bananeras tiernas en el estío, el color de su piel, la turgencia de sus senos y sus piernas y el color azabache de su pelo, el de una hermosa guajira, un exquisito y carnoso fruto del trópico, provocaban a Keith de una manera inequívocamente única.

Si en algún momento de su vida Robert Keith se sentía superior racialmente era al poseer a Margarita Donde. Desde ahí comparaba su estatura económica, las dimensiones de su poder político. Medía fuerzas, evaluaba con vértigo las alturas por las que él volaba, recordaba sus relaciones, sus contactos, su riqueza confrontándolos con las realizaciones maritales de la indígena. La parte sádica de su personalidad no se agotaba con estas comparaciones sino cuando disponía de ella sin más, así, ahora, túmbate, ahí, no hables, voltea a la izquierda, mírame, ve lo que te estoy haciendo, muévete hasta que yo te diga, después de lo cual ella se retiraba con un generoso obsequio en su bolso de mano.

Todo había comenzado cuando el padre de Margarita, uno de sus más antiguos capataces, con muchos años al servicio de su tío Minor, se había presentado en las oficinas corporativas acompañado de su hija para hacerle saber al patrón el ultraje cometido por su hermano Franklin, el maldito Zancudo de todos los demonios. Cuando Robert Keith supo del caso y conoció a la nueva víctima no pudo menos que enfadarse públicamente y prometer todo género de castigos y represalias. Haré justicia, gritó una y otra vez. Por lo pronto haré que te paguen dos años de sueldo a modo de compensación. Sé que nada reparará el daño pero esto te ayudará a soportarlo. En lo que hace a tu hija, dijo sin dejar de admirar veladamente sus piernas ni su boca ni su busto, un verdadero manjar maya, se levantó, la condujo al ventanal, le dio paternalmente diez dólares, equivalentes a un mes de sueldo de su padre, y le dijo al oído con el ánimo de ayudarla: Cada vez que vengas te regalaré un billete igual, ¿sí? Yo que haré que olvides a Franklin, no que lo perdones. Yo me encargaré de castigarlo... La mulata se negaba a creer las dimensiones del billete. Ven y yo te ayudaré, le murmuró al oído mientras le introducía otro billete enrollado por el escote de su blusa blanca y la encaminaba de regreso rumbo al padre, quien se encontraba hundido en el sillón con la mirada contrita.

En otra ocasión, con aquello de si me das un beso te doy veinte dólares, Margarita, sin nada que perder, fue cediendo ante los inocentes juegos eróticos del magnate, hasta que la tuvo por su propia voluntad a sus pies y gozó de ella a partir de entonces como una travesura más en su vida. ¿A quién no le gustan las travesuras y las esclavas?

Aquella mañana, cuando Robert subía las manos palmo a palmo sobre los muslos de la mulata y parecía más desesperado por poseerla, pues si el patrón nunca se quita la ropa, repentinamente recibió algo parecido a una violenta descarga eléctrica en la mano:

—No patrón, hoy no, hoy estoy malita, usted sabe, las mujeres así somos —alcanzó a decir sin levantar la vista pero sin dejar avanzar al Rey de la Banana.

— ¿Qué estás diciendo? —saltó Keith para atrás, totalmente desnudo.

Silencio.

—Te estoy hablando, demonios. ¡Contesta!

Silencio.

— ¿Estás manchada?

Silencio.

— ¿Y crees que me voy a quedar así?, pedazo de animal ¿Por qué no me lo advertiste? —reclamó en su graciosa desnudez.

Silencio.

— ¡Habla, carajo!

Silencio.

Se acercó a ella furioso. La tomó por el pelo, esas crines azabaches. Buscaba una compensación. Te enseñaré de lo que soy capaz. Pasaron por su mente las peores sodomías. Margarita lloraba con los ojos cerrados y la boca convulsa.

—Me has arruinado el rato, me lo has envenenado, imbécil de mierda. —Empujó violentamente a la mulata contra el sillón y empezó a vestirse apresuradamente. ¿Él? ¿Un Keith en ridículo?— Vas a arrepentirte por haber jugado conmigo, maldita cagona. ¡Lárgate! —tronó al tiempo que se ponía apresuradamente los pantalones—. Qué haces ahí sentada infectando mi sillón. Lárgate y no vuelvas aquí para nada; ya me ocuparé yo de tu padre.

—No, señor...

—Lárgate o te mueres —amenazó furioso.

Descalzo, con la camisa de fuera y la bragueta abierta, Robert Keith la jaló del brazo hacia la puerta, entre las súplicas, los gritos y el llanto de la guajira. Pensó en patearla e insultarle mucho más, pero se limitó a aventarle el bolso a la cara a modo de despedida. En ese momento, ya en la salida, hubiera deseado empujarla nuevamente pero se encontró con la mirada de su secretaria, que asistía al desarrollo de la escena con un rostro de estupor y sorpresa. El magnate desapareció furioso tras un sonoro portazo con el cual tal vez pensó en derribar el ostentoso edificio de vidrio importado casi totalmente de Pennsylvania... Quién sabe qué traerá el jefe hoy...

Una mañana a punto ya de arrancar la segunda mitad del siglo XX, el tío Sam en persona se hizo presente repentinamente ante el mismo Ricardo Furtamantes entre los acordes distantes del himno nacional norteamericano y una lluvia de estrellas de plata, mientras el periodista desesperaba sepultado en una agónica pesadilla que recordaría toda su vida. ¡Jamás había experimentado semejante sensación de impotencia!

— ¿Soberanía? —le espetó a la cara—. La única digna de ser custodiada es la de Estados Unidos. ¿Democracia? Ni quien se atreva a cuestionarla: somos el ejemplo. —Se irguió orgulloso— ¿EL sueño americano? Lo materializamos en Hiroshima y Nagasaki. A partir de entonces somos invencibles en lo económico y en lo nuclear, señor salaragüense. Pero hay más, mucho más. Fíjate bien. ¿Distribución del ingreso? Vengan a ver el nuestro. ¿¿Analfabetos? Desde finales del siglo pasado no hay. Apréndanselo de memoria si algún día quieren desarrollarse. Sólo tienen que imitarnos. ¿Esclavitud? Lamentablemente concluyó. ¿Prestaciones de seguridad social? Nadie supera las nuestras. ¿Libertad sindical? Desde luego, sólo que aquí no le llamamos comunismo. ¿Libertad de prensa? Es uno de nuestros grandes orgullos, con la diferencia que nosotros sí sabemos administrarla. ¿Te ha quedado claro, querido cantamañanas?

»Claro que respetamos y hacemos respetar nuestras propias leyes, vigilamos celosamente la prevaencia del orden interno y nos sometemos civilizadamente a la voluntad popular consignada a través del voto. Desde luego defenderemos la supremacía de todos aquellos valores políticos y económicos logrados a través de nuestra historia, no faltaba más. ¿Crees que vamos a echar por tierra el esfuerzo de tantas generaciones de compatriotas? —exclamó el Tío Sam enfundado en un traje brillante confeccionado con una bandera nueva elaborada con un material químico de imposible combustión—. Lo impediremos por cualquier medio, puedes estar seguro —agregó dirigiéndose a Furtamantes quien asistía al sueño amarrado a una silla de pies y manos y, lo peor que le podía pasar a una persona como él, amordazado, sí, amordazado con una cinta adhesiva también con los colores de la bandera americana—. Defenderemos lo logrado con todos nuestros acorazados, submarinos, aviación, con todo el poder de nuestros famosos proyectiles, los arrojaremos sin excepción ni titubeos con tal de asegurar nuestra actual posición comercial, industrial, económica, militar y política en el mundo, ¿entiendes, querido Ricardito? ¿Piensas que la bomba atómica la tenemos como un objeto decorativo? ¡Por favor, no seas iluso!, ustedes los latinoamericanos son

unos soñadores, no ponen jamás los pies en el suelo. Parten de bases falsas y por esa razón sus resultados siempre son equivocados.

»Escúchame bien, muchachito —reclamó el Tío Sam cuando vio los esfuerzos desesperados por zafarse que llevaba a cabo Furtamantes—, ni tú ni nadie podrá jamás soltarse ni librarse de mí si yo mismo me encargué de hacer los nudos en las correas, de modo que mejor escúchame a ver si así dejas de hacer las tonterías a las que te dedicas todo el día en lugar de ganar dinero y hacer algo verdaderamente valioso por los tuyos.

»El sacrificio ha sido mucho, los resultados insuperables, cualquier esfuerzo estará justificado a cambio de la subsistencia de un aparato tan espléndido en generación de riqueza como el nuestro, señor periodista. El capitalismo le ha dado a Estados Unidos un nivel de vida que ningún sistema económico ha podido obtener para sus ciudadanos y beneficiarios —comentó el tío Sam mientras se desplazaba de un lado al otro de la habitación totalmente cerrada y oscura. Una lámpara pendía de un cable del techo, para proyectar una luz igualmente cónica, blanca, muy blanca que lastimaba severamente los ojos, igual a la de los reclusorios clandestinos, a la de los centros de tortura existentes durante la dictadura de Trubico—. ¿Que muchos países nos envidian? No es nuestro problema. ¿Que nos exigen ayuda y cooperación? Como tú podrás comprender no es nuestra obligación. ¿Que negamos a nuestros vecinos lo que nosotros tanto cultivamos en el orden político y cultural en el orden interno? Si ellos lo consienten es su responsabilidad. La nuestra consiste en garantizarnos el abastecimiento de materias primas para no detener ni un solo instante nuestro proceso productivo. ¿Que intervenimos en muchas ocasiones militarmente? A nadie debe escapar la importancia de Estados Unidos como acucioso vigilante del mundo libre. Lo vimos cuando aplastamos a Hitler, a Mussolini y a Hirohito. Contamos con el derecho moral universal de protegernos y de proteger consecuentemente a la humanidad cuando a nuestro juicio se encuentre amenazada por cualquier razón. Nuestra seguridad estratégica no puede verse jamás comprometida ni nuestros intereses foráneos amenazados ni la unidad continental cuestionada, particularmente por la avaricia comunista. Los pueblos conquistadores nunca han reconocido más ley que su propio interés ni han fijado más límite a sus depredaciones que el impuesto por la fuerza de sus adversarios. Si combatimos al fascismo en Europa y en Asia y en América lo auspiciamos a través de Perón, Odría, Pérez Jiménez, Laureano Gómez, Anastasio Somoza, Trujillo y Batista entre otros tantos más de nuestros muchachos, fue porque el fascismo europeo constituía una verdadera amenaza mundial, mientras el latinoamericano convenía a nuestros intereses. El dinero no tiene dignidad. Por ésa, entre otras razones, vivimos divorciados del mundo latino. La dignidad es un valor muy subjetivo y más veleidoso que el rumbo de un huracán caribeño.

Dicho lo anterior el Tío Sam se retiró de la luz, se perdió en la penumbra pero no dejó de hablar: ¿Que podremos ganar guerras pero no revoluciones? Puede ser válido, continuó en su angustiante monólogo. Sin embargo, lo que nos interesa es ganar dinero.

Ricardo Furtamantes sudaba desesperado uno de los peores momentos de su vida. Las sábanas empezaban a empaparse. La imposibilidad de hablar ni argumentar ni defenderse después de haber imaginado y esperado tantos años una oportunidad tan singular parecía devorarlo por adentro. Hubiera querido caerse con todo y silla al piso, pero parecía estar anclada con clavos de acero, golpearse la cabeza en su caída, perder el conocimiento de alguna forma, dejar de escuchar esa voz chillante que podía despertarle el más brutal de sus instintos asesinos. Nada. No podía moverse, ni siquiera girar la cabeza ni taparse los oídos. Si pudiera quedarse sordo de golpe. Idealizaba la posibilidad de un infarto fulminante, el poder de un relámpago que lo carbonizara en un instante con tal de escapar de semejante escena. Maldito Tío Sam, ¿por qué encontramos así?, ¿tienes acaso miedo de que te diga tus verdades?

—Nosotros no tenemos la culpa —continuó el Tío Sam acariciándose sus barbas de chivo—. Mientras los países centroamericanos salían difícilmente del estancamiento derivado de tres siglos de haciendas medievales, Estados Unidos ya ensanchaba por todo concepto sus dominios. ¿Que aniquilamos a los pieles rojas? ¡Ay!, Por Dios; ¿que acaso los sajones y los anglos no aniquilaron a los antiguos pobladores de

Britania? La historia de una conquista reproduce la otra. He ahí una explicación de por qué Inglaterra llegó a ser y se ha mantenido como una potencia en el mundo libre, sí, claro, mundo libre a pesar de Somoza y Trujillo. Ellos, aun cuando ustedes lo nieguen, forman parte de un sistema político diseñado específicamente para preservar el orden hemisférico —argüyó firmemente convencido—. Los vendedores de pieles —continuó con una expresión de apacible ensoñación—, los buscadores de oro, nuestros portentosos agricultores, nuestros sembradores de algodón. ¡Por Dios!, un monumento para ellos, siempre necesitados de más tierras cultivables, aun aquellas otrora propiedad de México, descolonizadas y abandonadas, o en el mejor de los casos habitadas por indios muertos de hambre, incapaces de colocar una piedra sobre otra. Si ya habíamos logrado convencer a Napoleón I, nada menos que a un gigante de esos tamaños, para que nos vendiera la Louisiana, ¿cómo no íbamos a poder arreglarnos cuarenta años más tarde con el tal López Santa-Anna para comprarle o negociar, como ustedes quieran llamarle, dos millones de kilómetros cuadrados y extender nuestro país hasta el Pacífico, incluida la California de nuestros sueños? El presidente mexicano quería un lugar en la historia a como diera lugar y nosotros buscábamos más territorios, también a como diera lugar. Se dio para ambas partes la coyuntura ideal. —El Tío Sam hablaba ajeno a los sentimientos de Furtamantes. Para todo efecto sentíase solo, totalmente solo en la explicación de su verdad, la única verdad, indiscutible verdad—. El mundo no ignora mi nombre, diría años después de la firma del tratado el tal Santa-Anna. Nosotros tampoco lo olvidaremos, sobre todo cuando procedimos a evaluar en detalle la riqueza de los territorios adquiridos. Además, bien visto, si los mexicanos le permitieron a Santa-Anna volver a ocupar la presidencia de la República después del llamado robo descarado, ¡ay estos latinos!, qué manera de hablar, fue porque no les importaba tanto. De otra suerte pudieron haberlo descuartizado con sólo saber los detalles de la operación. Pero ahí tienes, nunca pasó nada, absolutamente nada, salvo 2 o 3 quejas sin la menor importancia ni trascendencia. Además, ¿cuántos mexicanos cayeron víctimas de nuestras balas en lo que se ha llamado equivocadamente guerra México-Estados Unidos? Sí, ¿cuántos? ¿Cuántos se jugaron la vida y cuántos murieron efectivamente? ¿No nos enseñó la ruta un grupo de poblanos hasta la misma capital? ¿No nos daban comida a cuanto pueblo llegábamos, o crees que nos iban a alcanzar los víveres más de un año? ¿Entonces? Cuál guerra ni qué nada. ¿Por qué no buscaron la revancha aunque hubiera sido a machetazos? La superioridad racial, la eficiencia, el darwinismo social nos inunda de razones y explicaciones. Por eso es válida la doctrina Monroe y más válido el corolario de Roosevelt a la misma doctrina analizada al amparo de las leyes del Destino Manifiesto. ¿Qué pasó cuando ignoramos las regulaciones aduaneras mexicanas y desconocimos asimismo sus estúpidas leyes antiesclavos? ¿Quién nos iba a obligar a someternos a la legislación mexicana vigente en Texas? ¿Quién? Sí, ¿quién? ¿El México tradicionalmente inestable y débil? ¿Esos menores de edad ciento por ciento dependientes de nosotros? Por eso pudimos desarmar a los funcionarios y a los contingentes militares mexicanos. Por eso después de comprarles zapatos los pudimos mandar de regreso a casa con un par de tortillas en el morral y una patada en el culo. No vas a comparar a un anglo texano con un mexicano, ¿verdad?

Si el Tío Sam hubiera pasado sólo por casualidad la vista sobre el rostro de Furtamantes hubiera podido darse cuenta de que los ojos casi se le salían de sus órbitas y que el rostro congestionado de sangre amenazaba con estallarle en cualquier momento.

—Andrew Jackson lo hizo de maravilla —expuso el Tío Sam con pasmosa indiferencia, mientras se ponía de espaldas para dejar ver a plenitud el corte de golondrina de su colorido jaqué, espléndida prenda perfectamente lustrosa. Las estrellas brillaban como si estuvieran vivas—. Por un lado deporta indios a Oklahoma, por el otro compramos a España la península de Florida, Fue entonces cuando nuestro Jackson se inmortalizó con su frase genial, aquella de *soy un filibustero más*⁹¹. Años más tarde adquirimos Alaska de Rusia. Nos integramos territorialmente en el siglo XIX. Echamos entonces el ojo a Canadá e Inglaterra nos lo echó a nosotros de inmediato. Fue preferible limitar nuestros apetitos expansionistas antes de entrar en una guerra de imprevisibles resultados con nuestros queridos primos. ¡Ay!, si por aquel entonces ya hubiéramos tenido una marina de guerra. ¡Grave error de previsión! Crecer hacia el río Bravo ya era un problema. Matar seis millones de indios era condenarnos para siempre en la historia. De no haberlos matado nos hubiéramos condenado igualmente, porque es muy difícil, si no imposible, echar a andar un país que todavía come sin

recurrir al tenedor, uno de los más felices inventos de la Francia de todos los tiempos —sentenció con un dejo de desprecio—. ¿Quién no recuerda a Thomas Jefferson?, uno de los grandes norteamericanos, cuando dijo: «Que los españoles nos guarden su Imperio mientras nuestra gente se prepara a tomarlo pieza por pieza.» La flama encendida en 1776 no la apagará ningún despotismo. Todo es cuestión de tiempo. Él es el verdadero padre de la Doctrina Monroe, por eso Filipinas, Cuba y Puerto Rico habrían de caer inevitablemente en nuestras manos.

Furtamantes intentaba inútilmente mordisquear rabioso la mordaza en tanto que el Tío Sam le colocaba paternalmente la mano sobre el hombro izquierdo. Si hubiera podido sacudírsela, escupirla, parecía quemarle la piel.

— ¿Que las ideas respecto a la esclavitud van íntimamente vinculadas al imperialismo y al desprecio por la razón ajena? —agregó con tono soberbio y desafiante—. Pero ¿quién escucha razones cuando se trata de multiplicar los capitales? La esclavitud, el comercio con carne humana, fue un negocio más, como cualquier otro. Por favor, no volvamos a los calificativos al estilo latino —discutía solo el Tío Sam—, porque ahora mismo, escúchame bien, muchos centroamericanos se prestarían a desarrollar el negocio con nosotros si no fuera porque está prohibido por el momento. Si, como ustedes dicen, los yanquis no tenemos corazón, menos lo tienen ustedes, porque indefectiblemente encontramos socios locales para desarrollar nuestras actividades mercantiles en ultramar. Nunca lo hacemos solos —insistió todavía el Tío Sam, a una cuarta de distancia del rostro desesperado de Furtamantes.

»Más tarde la Divina Providencia nos llevó de la mano de un éxito a otro, de un lugar a otro y de un momento a otro —continuó orgulloso el Tío Sam, en tanto caminaba por la habitación y su traje de luces semejaba, al entrar y salir de la luz, el de un cirquero exitoso en cualquiera de las tres pistas de un circo de Brownsville—. Tan pronto quedaron anexados los antiguos territorios mexicanos, un par de años más tarde nuestros incansables muchachos localizaron oro, sí, unos gigantescos yacimientos de oro en nuestra absolutamente dorada California. Todo el oro del universo imposible de suponer siquiera en la imaginación de los antiguos pobladores que jamás intentaron siquiera buscar con nuestra garra, nuestra diligencia, nuestro tino y nuestra suerte. No habíamos terminado de celebrar la anexión de los dos millones de kilómetros cuadrados de territorio mexicano cuando ya la tierra abría generosamente sus entrañas y nos entregaba uno de sus mejores tesoros guardados celosamente en su vientre para nuestro provecho y beneficio desde mucho antes que el primer hombre pudiera ver la luz del sol y de las estrellas. ¿Por qué la Providencia no entregó a los mexicanos estas magníficas riquezas que tuvieron a su disposición toda la vida? Porque ya de largo se veía que ellos jamás podrían explotarla ni administrarla convenientemente. En sus manos se desperdiciarían. Por algo nos tocaron a nosotros y ese algo es evidente.

»La instalación en el reino del dinero exige un festejo nacional. Era una prueba más de lo que podíamos hacer en superficies centenarias abandonadas, una prueba más de la magia del poder yanqui, una evidencia más del darwinismo social, de la superioridad racial, del Destino Manifiesto. Una razón más para poner en manos del más hábil y eficiente los mejores recursos naturales y humanos con el ánimo fundado de evitar su desperdicio. Cuando aparece el oro todos nos sentimos animados de explotarlo a la brevedad posible. El oro fue el gran detonador para colonizar el suroeste. Empezamos a poblarlo como nunca lograron hacerlo los mexicanos. Las largas cadenas de emigrantes, las interminables caravanas, se perdían en la lejanía de las Rocallosas. La fiebre del oro fecunda, anima y estimula a toda una generación de americanos. Qué americanos. ¡Americanos! Sí, americanos, el continente entero no tardaría en ser nuestro, en ser absorbido, en ser engullido como una bendición para nuestros vecinos. La providencia geográfica está de nuestro lado, la fortuna los acompañaría a lo largo de su peregrinar por el mundo, gracias a nuestra presencia. El coloso del norte, por aquel entonces solamente empezaba a mover un brazo. ¡Qué brazo! Las comunicaciones americanas empiezan a crecer para satisfacer esta demanda. Se convierte en una exigencia la construcción de un ferrocarril intercontinental, de Washington a California. Pusimos manos a la obra. Sin embargo, nuestro interés, nuestro afán de bienestar, algunos lo llaman peyorativamente avaricia, nos llevó a buscar rutas alternativas para llegar lo más pronto posible del Atlántico al Pacífico. Pensamos en Panamá, analizamos

también el caso de Nicaragua, porque nuestros buscadores de oro se negaban a cruzar montañas, valles, desiertos y ríos; se oponían a someterse a un viaje interminable a través del Estrecho de Magallanes, durante el cual nuestros muchachos perecían desesperados en el trayecto con sólo imaginar el agotamiento de las generosas vetas californianas. ¡Qué dinamismo! ¡Qué intrepidez! ¡Qué manera de derribar obstáculos y llegar a la meta! El coraje de nuestra gente, el deseo de superación, el fundado propósito de llegar a ser, de vivir como corresponde a un ser humano, sin importar el hecho de saber o no escribir. Cualquiera aprende muy rápido con una robusta cuenta de cheques en dólares permanentemente abastecida con voluminosos depósitos derivados de la venta de oro de una mina particular. Con dinero compraríamos todo, hasta los mejores maestros del mundo. Se revive la idea de un paso, de un atajo rumbo al oro, al dinero, al placer, a los capitales, al poder, a la aceptación y al reconocimiento social, la antigua idea de unir el Atlántico con el Pacífico, la ruta comercial anhelada por el propio Colón rumbo a Asia. La expansión mercantil exigía pues un paso transísmico.

»Nuestro presidente, Buchanan en ese momento —el Tío Sam hizo un silencio para prender lentamente su pipa en tanto la expresión de su rostro adquiría una imagen diabólica al acercar el fuego parpadeante a su cara—, llega al poder después de ser el secretario de Estado de Polk y de haber sido un factor determinante en la compra a México de su territorio (quiero llamarle compra, porque fue compra ¿o no les pagamos a nuestro vecinos 15 millones de dólares que nunca supimos adonde fueron a parar?). Contra lo que México pensaba, Buchanan los dejó vivir desde que empezó a distraerse con los asuntos centroamericanos, en particular por su empeñamiento de lograr el paso, por favor, el paso a través de Nicaragua o Panamá. Ya no pensó en anexionarse más tierras mexicanas ni en hacer de Chihuahua y Sonora un protectorado americano⁹² ni en construir un ferrocarril o un canal a lo largo del istmo de Tehuantepec. Era más fácil la opción nicaragüense, pues sólo doce millas separaban ambos océanos tomando en cuenta las posibilidades de navegación del río San Juan y del lago Nicaragua.

Pero sí había frontera, había un límite. Era otro país. ¡Otra soberanía!, hubiera querido contestar a gritos Furtamantes, gritos que se hubieran podido oír en toda Salaragua.

—Cuentos y sólo cuentos. Nosotros necesitábamos un paso y lo tendríamos. El resto era una cuestión de tratados internacionales voluntarios o forzosos. Eso era tarea de los diplomáticos o de los marines. Si no obtengo un paso y abrevio en costo y tiempo el viaje a California debilitaré a mi partido y condicionaré mi reelección a la presidencia de Estados Unidos. ¿Y Nicaragua? ¡Ay!, a Nicaragua íbamos a convertirla en un protectorado más, pero no tuvo esa fortuna porque las facilidades técnicas nos hicieron decidir por la construcción del ferrocarril transísmico en Panamá y adelantar los trabajos del transcontinental en Estados Unidos con la máxima celeridad.

»¡Qué bien íbamos! ¡Cuántas peticiones de anexión recibimos de los países centroamericanos y caribeños! Preveían nuestro futuro. De hecho, hubiéramos aceptado y firmado un buen número de solicitudes de no haber sido porque la espantosa Guerra de Secesión nos explotó en las manos y el territorio de Estados Unidos, dedicado a la producción y al crecimiento material de sus habitantes, se convirtió en un campo de batalla saturado de humaredas, cadáveres con muecas macabras, caballos en descomposición, espadas rotas, banderas desgarradas y la armónica nocturna que anunciaba satisfecha la culminación de una nueva jornada más de trabajo fue sustituida por el sonido lejano y melancólico de los clarines del miedo. Ni siquiera pudimos sumarnos a México para sacar a los franceses de su territorio. No tanto por ayudar a nuestros vecinos sino para demostrar de una vez por todas la validez de la Doctrina Monroe. No pudimos. En otra ocasión los meteríamos al orden. La barbarie irrumpió por puertas y ventanas en nuestra nación. Dejamos el azadón para tomar el rifle, abandonamos los surcos para cavar trincheras, sustituimos las semillas por balas, los arres a las muías en las plantaciones por los ¡al ataque! a lo largo de las batallas en que nos matamos despiadadamente entre nosotros mismos. ¡Todo por los malditos esclavos! Si no se merecían ni un triste plato de lentejas menos se justificaría una guerra fratricida originada entre otras razones por su existencia molesta y estorbosa pero igualmente necesaria en la construcción de nuestro presente y de nuestro destino. Si desaparece la esclavitud, desaparece la prosperidad de las colonias. Siempre lo dije, lo repito hoy: las

teorías liberales cuestan mucho dinero —concluyó al tiempo que expulsaba una abundante bocanada de humo en pleno rostro del periodista.

Furtamantes empezaba a toser como si fuera a reventar pero al mismo tiempo ya se resignaba a terminar de escuchar inmóvil y mudo hasta el último argumento que constituía la versión histórica del Tío Sam.

—Nadie pudo suponer en ese momento el resultado de nuestra guerra civil, ¿me oyes? —preguntó repentinamente disgustado el pintoresco personaje, ajustándose el sombrero de copa con los mismos colores de su indumentaria—. La realidad es que salimos robustecidos, vigorosos, unificados y mucho más conscientes de nuestros recursos y de nuestra fortaleza como nación. Habíamos sentido el músculo de nuestro país, habíamos palpado el nervio norteamericano, nuestra capacidad de respuesta, el poder destructivo de nuestros puños, la eficiencia de nuestra industria civil y militar, la debilidad de nuestra marina mercante y de guerra. Ahora éramos uno, una sola persona con una clara autoimagen, un mismo propósito, una sola meta, una sola convicción: el dinero, el poder económico. Lo obtendríamos día a día; sentaríamos las bases para alcanzarlo a la máxima brevedad posible con todos los elementos, instrumentos y herramientas que nuestro talento, imaginación y destreza nos permitieran aportar e invertir.

»El fin del siglo nos sorprendió con casi 50 años de exitosos recorridos del ferrocarril transístmico y con 33 del transcontinental —explicó el Tío Sam como si diera una cátedra doctoral en cualquiera de las aulas de las más prestigiadas universidades norteamericanas. Quería agregar que solamente en la ciudad de Nueva York había más universidades que en toda Centroamérica pero prefirió no interrumpirse y continuar con su inolvidable resumen histórico—. Nuestro país no sólo se poblaba y comunicaba: también se integraba —agregó el Tío Sam, en tanto revisaba atentamente su sombrero de copa coronado de estrellas—. El siglo XIX había sido el de la expansión territorial. ¿Quién no se acordaba de la compra de Louisiana a Francia en 1803, de la Florida Occidental en 1810, de la oriental en 1819, de los territorios cedidos por Inglaterra en 1818, de la anexión de Tejas en 1845? ¿Qué Tejas? ¡Texas!, demonios, hablen con propiedad. De Oregon, también de España en 1846, de Nuevo México, Arizona, Utah, Colorado y California en 1848, de Gadsden en 1853 y de la compra de Alaska, antes rusa, en 1867. Hermoso siglo XIX, viniste a bendecir nuestro suelo, a extenderlo, a colonizarlo, a comunicarlo y a preparar a este país para dar el gran salto en el siglo XX. Logramos alterar el equilibrio de fuerzas en el mundo. Nuestra política económica y mercantil protegió nuestra industria hasta el extremo de exceder las demandas del mercado interno. Había llegado el momento de incursionar competitivamente en todos los mercados del orbe. Todos bailábamos a la misma tonada, igual los industriales que los comerciantes, los financieros que los agricultores, los republicanos y los demócratas. El mundo empezó a respetarnos y a temernos, incluida Inglaterra después de su costosa guerra contra los Bóers. Aislada diplomáticamente no osó desconocer el mar Caribe como el gran lago Yanky; ¡oh siglo XX, siglo de las promesas, de las mil y una promesas! Nos has tendido un tapete de nubes orientado hacia el gran portón de los imperios. Hacia él marcharemos los norteamericanos como un solo hombre rumbo a la eternidad donde habremos de encontrarnos con los faraones, con Alejandro el Magno, con Aníbal, con los cesares, con Bonaparte, y qué se yo, con quienes hayan sido líderes iluminados de la humanidad. Habremos de cambiar el destino del mundo, concluyó el Tío Sam con toda arrogancia. —Furtamantes se mantenía cabizbajo—. Roosevelt lo supo, sí, Teodoro Roosevelt lo entendió, todos los entendimos cuando los últimos pedazos del Imperio Español cayeron a nuestros pies. Acuérdate cuando señaló, inspirado por Jefferson, Monroe y Adams, que era una torpe, perversa y estúpida moralidad la que prohibía prácticas de conquista que podían convertir continentes en asientos de poderosas y florecientes naciones civilizadas.

»¿Te acuerdas? Ese fue nuestro gran Teddy. A él le debemos un monumento en mármol blanco a un lado del Potomac. Cómo olvidarlo, ¿no?

»Luego hicimos el canal de Panamá. Ahí donde Fernando de Lesseps se estrelló a pesar de su experiencia demostrada en el canal de Suez. Nuestra tecnología superó todos los obstáculos hasta lograr unir los dos océanos por medio de un canal y modificar la geografía de acuerdo al diseño original ordenado

por el Señor. ¿Que mutilamos Colombia para hacer el canal? Mentira que hayamos mutilado nada. Un grupo de patriotas panameños decidió separarse de Colombia, lo cual es muy distinto. Quisieron darle vida a una nueva república centroamericana y nosotros la reconocimos legalmente para poder construir el canal. A nadie le gusta matar un venadito, pero entendamos que alguien tiene que morir para que otros coman y vivan. ¡Dejémonos de cuentos! Fue una suerte concluirlo antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. Su importancia estratégica fue determinante. A partir de ese momento el Caribe adquiriría una personalidad política sustantiva. No permitiríamos que el canal de Panamá pudiera ser amenazado por nada ni por nadie. Tendríamos que vigilar atentamente la marcha de los acontecimientos en el Caribe para que ni las potencias centrales ni los posibles sabotajes bolcheviques ni la avaricia británica ni, más tarde, las ambiciones nacionalsocialistas ni las del Imperio del Sol Naciente pudieran tener algún efecto militar o comercial en el canal. Por ésa, entre otras razones, tuvimos que intervenir en varios países de la región, incapaces de elegir lo más conveniente para su futuro y también, claro está, para salvaguardar nuestros intereses continentales. Una vez reconocido el Caribe y Centroamérica como una de nuestras áreas de influencia no íbamos a abandonar, como tú comprenderás, unas instalaciones tan costosas con un valor estratégico militar y comercial de semejantes proporciones, a los caprichos de otras potencias ni a los de los pseudo-presidentes bananeros, roneros y cafetaleros. Tú me entiendes, ¿no? A partir de la inauguración del canal de Panamá, el Caribe y Centroamérica quedaron ligados y determinados férreamente a nuestra suerte y a nuestro destino.

¡Qué afortunados! ¡Imagínate si en ese caso todavía íbamos a permitir que tipejos como Farabundo Martí y César Augusto Sandino se interpusieran en nuestro camino! ¡Grandísimos ilusos!

»¿Qué más voy a decirte, Furtamantes, o cómo sea que te llames? Menudos nombres se buscan ustedes. Al final de la Primera Guerra Mundial —expuso el Tío Sam mientras se ajustaba una de las mangas de su camisa blanca decorada con volantes, brocados y grabados en hilos de oro iguales a los de su pechera, que contrastaban con las intensas líneas rojas y azules de su saco de seda— muy pocos se atrevían a dudar de la fortaleza de nuestros músculos militares ni de la solidez de nuestra economía. Ya te podrás imaginar entonces cómo quedamos de cara al mundo al término de la Segunda Guerra Mundial cuando pudimos desaparecer de la tierra a todo un país como Dios no hubiera podido hacerlo ni mandando mil relámpagos y una cadena de terremotos. Ni toda la furia divina reunida en un puño podría lograr lo que nosotros hicimos con la energía atómica. Nosotros superamos al Divino Maestro y hoy el mundo entero inclina respetuosamente la cabeza ante la suprema majestad de nuestra autoridad nuclear y el poder mágico de nuestros dólares. La humanidad debe entender, Furtamantes, que Estados Unidos no debe ni puede perder, porque perderíamos todos. El sacrificio voluntario o forzoso de los intereses o incluso de la soberanía de un país se impone en tanto la supremacía o la seguridad continental norteamericana pueda estar amenazada. Somos el Atlas del planeta. A nadie debe convenirle nuestro debilitamiento y a quien pueda convenirle lo aplastaremos sin piedad. No tiene remedio. Muchos habrán de morir todavía para que nosotros podamos vivir —concluyó el Tío Sam mientras guardaba su pipa color blanco en una de las bolsas de su jaqué y su voz apenas audible se perdía en la lejanía del sueño, en una espesa bruma y su imagen se dispersaba en la espesura—. Mentira —todavía alcanzó a oír el periodista—, mentira que Dios no esté con nosotros, como le dijo el tal Rubén Darío a nuestro Teddy: Dios, no lo olvides, siempre ha estado y estará del lado del mejor artillero, como ya alguien se ocupó en decir por ahí con todo talento. Dios siempre está con el mejor ingeniero, el mejor político y con el mejor poeta. Mira cómo distingue a los triunfadores. Dios no ayuda a los fracasados. Piénsalo, verás que tengo razón...

Furtamantes salía gradualmente de la pesadilla empapado en sudor, pálido y demacrado como si hubiera pasado toda su vida en vela. Recordaba como una fijación las zapatillas de charol recién estrenadas por el Tío Sam con una hebilla de oro muy llamativa. Nunca había estado tan cerca de él ni tan lejos, pensó para sí. Hubiera podido estrangularlo, se dijo en tanto se secaba el rostro con un paliacate. Algún día nos veremos las caras de nuevo, ¡miserable ventajoso!

Simone Kirkpatrick continuó trabajando en la United Fruit Company y practicando visitas recurrentes al Rey de la Banana. ¿Razones? La fundación era su vida. Nunca nada en su existencia le había despertado mayores ilusiones. Renunciar por orgullo y amor propio sólo la hubiera instalado en la calle, inmiscuida en un misterioso despido de morbosas consecuencias en los círculos culturales de Nueva York. ¿Cesada el mismo día de la inauguración? Sería la burla y el tema de conversación obligatorio en los medios artísticos. Además del rumor, su derrumbe profesional constituía su principal preocupación. ¿Cómo enfrentarlo? En adelante sería una figura sospechosamente marcada. ¿Qué museo o fundación la volvería a contratar con semejantes antecedentes? No, ya no sería lo de antes. Había sido tocada. Por otro lado, el coraje superaba cualquier otro sentimiento: ¿abandonar su posición para dejar a otro la cosecha de tanto esfuerzo? Había arrancado de la nada. Es más: había iniciado su largo camino después de convencer a Robert Keith con toda clase de argumentos en sus oficinas de Manalagua, en las de Manhattan, durante agotadores recorridos por sus bananeras a pie, en automóvil, incluso a caballo en Haití, Guatemala, Honduras y Costa Rica, con esos calores húmedos, esas incomodidades, esa comida indigerible, esa suciedad, esa vulgaridad de su gente, esos niños de vientre abultado, cargados de parásitos, los olores, la miseria los mosquitos, todo a cambio de su fundación. ¡Ay!, malvados mosquitos. Cómo los odié: ya ni hablar de los bichos ponzoñosos que se encontraban en cualquier lugar, en una silla, en una palmera, en un árbol o pendiendo de un fino hilo de nylon del techo. Qué fácil compraba Simone Kirkpatrick sus bananas favoritas en los mercados de Manhattan. Qué lejos estaba de suponer el drama humano encerrado en su producción. Todo parecía tan sencillo: déme dos libras de bananas. Punto. Fin. Se acabó. Ni la fiebre amarilla ni los labios amoratados ni el vómito negro de los campesinos y productores habían pasado jamás por su mente. Las dolorosas condiciones de trabajo de la peonada, evidentes durante sus recorridos, fueron siempre reducidas a la insignificancia por Keith con un no te preocupes por éstos, llevan ya más de quinientos años así y nunca se quejan de nada. Tú estás acostumbrada al jabón y a los perfumes igual que éstos se acostumbran a la mugre y a los hedores. Sólo a un insensible, se repetía ella en su interior, no le mueve ninguna fibra íntima el nivel de miseria de estos desgraciados. Nunca había sufrido en carne propia el miedo al huracán ni al terremoto ni al deslave ni a la inundación ni a la llegada de las lluvias torrenciales interminables, capaces de anegar en un par de días gigantescas áreas cultivables en las que se cifraba el futuro de millones de seres humanos. Su porvenir dependía de la benevolencia del cielo y de la naturaleza, de la ausencia de rachas huracanadas, de la precipitación pluvial en las cantidades idóneas, en los momentos adecuados y en los lugares necesarios; de la llegada de mortíferas plagas como la del hongo de Panamá, de un machete infectado o, claro está, de la voracidad de la competencia, de los precios internacionales y de los cambios intempestivos de gobierno, aquí en Centroamérica, tan o más frecuentes que las condiciones atmosféricas, sobre todo si llegaban al poder piojos caribeños con la intención manifiesta de apropiarse del esfuerzo generacional ajeno y cambiar el panorama bananero y económico en un par de años de acuerdo a sus propios intereses tal y como se lo proponían Arévalo y compañía. En Centroamérica nada era estable: ni el suelo ni el clima ni la política, salvo el hambre, la ignorancia, la suciedad y la fertilidad de sus mujeres. Por eso la expresión déme dos libras de bananas había adquirido una nueva connotación, un nuevo contenido diferente, filosófico y político. Ella misma había sido capturada por la mística centroamericana, una mística desde luego ajena al dinero y a los bienes materiales, un nuevo sentido de la vida, de la realización personal, incomparable con la vida de Manhattan, de la cual ella se consideraba su más devota prisionera.

¿Adonde voy sin la fundación? Volvió a sus reflexiones originales aquella mañana después de la inauguración cuando salió huyendo del apartamento de Keith. Se daba un baño de tina y se fregaba el cuerpo con un estropajo como si quisiera quitarse de la piel las caricias, los besos y el sexo del magnate, desesperada, como lady Macbeth, restregaba demente la sangre de sus manos asesinas. Con suerte podría conseguir una plaza como directora de un museo fronterizo en Laredo, Texas. ¿Qué haré yo sin mi crédito profesional y con una imagen gravemente deteriorada y con un vergonzoso cese a cuerdas? ¿Para eso discutí con tantos arquitectos hasta los detalles más irrelevantes de los guardarropas? ¿Para eso consulté con los mejores museógrafos del mundo la mejor presentación de nuestras piezas sometidas a la óptima

iluminación y ventilación de las salas? ¿Para eso negocié con tantos anticuarios, coleccionistas, herederos y autores de obras de arte? ¿Para eso tanto desgaste, tanto tiempo invertido en lograr los mejores precios y las condiciones más ventajosas? ¿Todo mi trabajo para que un día nadie venga ahora a disfrutar cómodamente el producto de mi trabajo y de mi talento, mientras yo me voy a la calle, porque mi orgullo me lo impone? No estoy de acuerdo en pagar ese precio, por ningún concepto, en ningún caso y bajo ninguna circunstancia. Veré la forma de dejar mi dignidad a salvo sin comprometer mi vida a cambio de ella al estilo latino. ¿De dónde me habrá salido la idea de entregarle en charola de plata lo mejor que he logrado en mi vida, las medallas que acreditan mis conocimientos y mi temperamento a cualquier tercero sin otro merecimiento que sus relaciones con Keith? ¿Estaré loca? ¿Y todo por un estúpido prurito latino? Vamos al demonio, esto es mío y lo defenderé con las dos manos, me cueste lo que me cueste. Keith se salió con la suya; yo me saldré con la mía. A nadie le haré las cosas fáciles a costa de mi desgracia.

Simone Kirkpatrick había salvado así su vida profesional. Quedaba otro aspecto igualmente válido: sus condiciones de reincorporación con el magnate. ¿Cómo debería presentarse en sus oficinas? ¿Sería mejor citarlo en un restaurante, en un café, en su departamento? ¿Con qué cara? ¿Qué vestido? ¿Enojada? ¿Disgustada? ¿Apenada? ¿Encantada? ¿Cómo? ¿Cuál actitud asumir que le permitiera salvar su honor? Pensó en cargar con toda la responsabilidad, confesar su estado de embriaguez y su atracción hacia él. Todo ello habría de halagar y sorprender a Keith, los hombres son débiles a la adulación. Claro está: debía estar dispuesta a acostarse con él tantas veces fuera necesario para ser congruente con su conducta. ¿Y por qué no? A su edad difícilmente se entregaría ya a otro hombre. Sin embargo, se estremecía con tan solamente recordar la lengua de Keith despertando dulcemente sus senos. Cada día se encerraba más en sí misma e impedía ver a terceros nada de su intimidad, menos dispuesta estaría a desnudarse física ni mentalmente frente a nadie. Si con Keith ya había dado ese paso contra su voluntad, pero lo había dado, ¿por qué entonces no insistir por ahí? Ya me conoce, ya lo conozco íntimamente, ya tuve el acercamiento que no esperaba volver a tener con ningún hombre, ya no hay lugar para penas ni vergüenzas ni tengo nada que ocultarle; si él insiste, algo le habrá gustado de mí, si no, continuaré en mi puesto como directora de la fundación más poderosa del mundo, como si nada hubiera pasado. Al fin y al cabo lo que yo quiero él me lo puede dar o me lo puede quitar. En ese caso ¿para qué me peleo con él? Lo conservaré y me dará los últimos años de sexo, poder e imagen profesional, porque este museo nació esplendorosamente y vivirá de la misma forma hasta que yo desaparezca de este mundo dominado por los ambiciosos y los cínicos.

Simone Kirkpatrick se había presentado un par de días después en la torre de la United Fruit en Boston, habiendo justificado su breve ausencia con arreglo a motivos de salud. Hizo gala de sus mejores esfuerzos para disimular su malestar. ¿Se dirigiría a Keith como mi amor? ¿Explicaría que estaba borracha? ¿No tocaría el tema y comenzaría la conversación con el caso del cuadro de Rousseau, absolutamente indispensable para integrar la colección *naive* de la fundación?, o ¿se haría la disimulada para ver cuál actitud adoptaría el magnate y ceñirse a ella en consecuencia? Mejor comenzar con asuntos de trabajo. Hablaría de Rousseau o de un cuadro de la escuela tenebrista española que deseaba adquirir. Negaría todo lo ocurrido pero confesaría un agradable recuerdo de algo, algo así como una sensación placentera, como cuando uno sale de un sueño gratificante. Al día siguiente llamaría para frenar la imaginación y los ímpetus de Keith, quien podría publicar en el *New York Times* un anuncio a plana completa con el objeto de solicitar candidatos para ocupar el puesto de director general de su Fundación. Llegaría la semana entrante para continuar con sus actividades normales. Infórmesele sin falta, señorita.

Keith la recibió en su momento con desbordante cordialidad y afecto. La besó en la mejilla, la invitó a sentarse en el sillón donde eventualmente le hacía el amor a Margarita Donde, le habló de usted, trató de disculparse tangencialmente. Ella no lo dejó continuar, esas cosas no se discuten aquí. Él se sintió halagado y sorprendido al entrever una nueva oportunidad. La perversión no se había agotado en el primer encuentro. Él argumentaba, ella asentía con la cabeza, incluso trató de detenerlo con una amable sonrisa dibujada en el rostro cuando ella puso su mano enguantada encima de la del Rey de la Banana. El contacto físico lo estimuló. Se le abría el corazón como acontecía después del paso de un huracán. Cenarían, ella tomaría

intencionalmente una copa de más, me emociono tanto contigo: ése sería el pasaporte al erotismo y al amor. Llévame a casa, Robert, algo me pasa cuando estamos juntos.

Cuando ella reía y retozaba en la parte trasera del Rolls Royce aquella feliz noche de la reconciliación en que Simone Kirkpatrik logró conservar el puesto, su ingreso y su prestigio, Robert Keith pensaba durante los jugueteos amorosos: las mujeres disfrazan sus verdaderos sentimientos tras de sus lágrimas o bajo los efectos del alcohol para dejarse siempre una salida y salvar su honor.

Un día hicieron el amor en la sala de Rubens, otro en la de Velázquez, otro en la impresionista, en la de la pintura americana realista del siglo XX. Otra vez lo intentaron en la sala de conciertos, sobre el mismísimo podio. Keith parecía erigirse como amo supremo del arte universal cuando poseía a Simone en los recintos reservados a la gloria de los genios universales. Miren, miren lo que hago con el arte, con la pintura, la escultura y la música. Las entrevistas no eran muy frecuentes pero sí eran divertidas. Algo inaccesible sentía manchar Keith en sus relaciones con Simone; algo destruía, algo dominaba instintivamente que su razón no alcanzaba a captar. Sin embargo le reportaba un inmenso placer ¿Beethoven y yo seremos acaso iguales?

Algo extraño se producía también en su relación con Simone Kirkpatrik, porque después de estar con ella casi siempre mandaba buscar compulsivamente a Margarita Donde para que, si el magnate se encontraba en Salaragua, la llevaran de inmediato a su yate, a su departamento o a su casa de descanso. ¡Tráiganla!, ¡tráiganla ahora mismo!, o considérense todos cesados. Con ella y sólo con ella daba rienda suelta a sus instintos. Con ella no debía guardar etiqueta alguna ni sufría limitaciones al tener que comer con las manos cargado de prejuicios sociales. Con Margarita se desbocaba y se olvidaba de las formas, de los modos y del más elemental protocolo. Ni plática ni charla ni buenos días ni convencionalismos sociales. ¡Encuérate ahora mismo! ¡Perra de todos los infiernos! Un raro placer lo unía a Simone. El morbo y las desviaciones las ejercitaba con Margarita, de quien no podía prescindir durante las cuatro estaciones del año. A la guajira le perdonaría todo. Con ella no hacía el amor de etiqueta; con ella sentía aspirar el olor de la selva cuando recorría a caballo los callejones de las bananeras al amanecer. Por nada perdería uno de aquellos besos carnosos, húmedos y suplicantes... ¡Mon Dieu!

En la Navidad de 1950, cerca de la toma de posesión de Jacobo Arbenz, después de haber ganado las elecciones y de haber sido declarado presidente electo en sustitución de Juan José Arévalo, Margarita Donde visitó a su padre en la bananera. Pasó distraídamente todo el día en compañía de su familia. Al caer la tarde, cuando se disponía a emprender el regreso a Managua, vio de repente un par de jinetes montados a pelo en un mismo caballo. La luz mortecina del atardecer no la dejaba distinguir con claridad los rostros. Después de un breve golpe acompañado de juguetonas carcajadas descubrió en primer término el hermoso rostro de Isabel Keith, la frescura de sus veinticuatro años, rodeada la cintura por un brazo velludo y sentada gozosa sobre las piernas de Franklin Keith. Se quedó paralizada como si de repente se hubiera convertido en una estatua de granito. El estómago se le contrajo instintivamente; apretó los puños, aguzó la mirada, un frío helado le recorría el cuerpo de arriba abajo, se le despertaba hasta el último poro: el maldito Zancudo, hijo de su puta madre. Mal rayo lo parta. Bendita la bala que le perfora la cabeza o el veneno que le quite la vida. Franklin Keith, miserable insecto, nada menos que con Isabel Keith, la hija del patrón. Desgraciado chupasangre, no perdonas ni la tuya propia...

En una de aquellas reuniones que Ricardo Furtamantes mantenía periódicamente con el presidente Arévalo y con Jacobo Arbenz, ya como presidente electo, a principios de 1951, en el Palacio de Gobierno, en el domicilio de *Azúcar Amarga* o en cualquier café de Managua — ¿quién iba a intentar matar a esos tres hombres?, si en algún lugar estaban seguros era entre su gente—, sostuvo que Salaragua continuaría ya con

toda seguridad su camino hacia la democracia y que, por lo mismo, su presencia en el país al frente de *Azúcar Amarga*, dejaba de ser, a su juicio necesaria. Su papel actual bien podría ser ejercido por segundas manos en tanto que él prefería encabezar a partir de ese momento la Legión Caribeña para tratar de derrocar uno a uno a los tiranos del área.

—Sí mis fuerzas o mis recursos no pueden contra los suyos, te garantizo en cambio que mis balas matan igual que las tuyas. La verdadera generosidad con el porvenir consiste en dar todo al presente. En ese caso me constituiré en un francotirador, seré un luchador solitario apoyado en mi rifle, en mis balas y en mi puntería. Dispararé en contra de los dictadores desde un árbol, desde un palomar, una azotea, una alcantarilla, un campanario o una platanera. Desde ahí les meteré tres tiros en la cabeza cuando lleven a cabo sus giras en carretera, cuando inauguren un nuevo burdel, o develen un nuevo busto de su madre o una escultura ecuestre en los jardines infantiles. No necesito un ejército ni fondos millonarios para acabar con ellos. Practicaré todos los días hasta que no pueda volver a meter el dedo en el gatillo. Acabaré con los Somozas, los Trujillos y los Batistas. Quien se haya hecho del poder por medio de la fuerza en América Latina, en lugar de medallas recibirá balazos. Si llegaron por las malas, por las malas los largaremos. Cuando los sucesores de los gorilas y sus secuaces entiendan que el último día de sus vidas será precisamente aquel en que le arrebaten a alguien la banda presidencial para ponérsela por la fuerza en el pecho verán con otros ojos el asalto al poder y aprenderán a respetar convenientemente a su país y a los suyos.

—Lo importante no es matarlos sino impedir su presencia en el poder a través del convencimiento masivo —repuso el presidente electo—. Debemos crear conciencia, modificar el caldo de cultivo en donde se desarrollan estas especies subhumanas, alterar las condiciones ambientales para que jamás se puedan volver a reproducir. La comunidad debe rechazarlos, excluirlos de la vida nacional, exhibir el daño que causan en todos los sectores y en todos los niveles. La violencia sólo genera violencia, Ricardo, y el día que te peguen los tres tiros a ti nada habremos ganado para la causa, salvo un mártir más, una bandera más, pero en la práctica nos habrán detenido.

—Tú crea conciencia, politiza y educa, eso te lo dejo a ti. Yo por mi parte me iré a Nicaragua, comenzaré con Somoza y oiremos los gritos de Truman desde la Casa Blanca cuando le rindan el reporte de su fallecimiento. Los mataré uno a uno. No tengo dinero ni ejército pero sí tengo fe y más audacia que mil generales juntos —exclamó Furtamantes con aire de suficiencia—. Tú construye en las bases, prepáralas para que el día de mañana no puedan vivir fuera de un ambiente de libertad. Así avanzaremos más, tú por abajo y yo por arriba. La gran pinza del progreso, querido Jacobo.

Era un deleite presenciar una conversación entre Furtamantes, Arévalo y Arbenz. Los tres tenían cualidades personales diferentes. Uno se inspiraba en la historia latinoamericana; otro buscaba la explicación filosófica y social del nuevo hombre latinoamericano y el tercero era todo un salaragüense con la sensibilidad política en las yemas de los dedos. Los tres no pasaban de los cuarenta y cinco años de edad. Los tres eran convencidos promotores del cambio. Los tres identificaban la ignorancia, el analfabetismo y la desnutrición como los males inmediatos a vencer; los tres aspiraban a crear una sociedad nueva, organizada en todos sus estratos a través del voto, entendido como vehículo de expresión popular imprescindible centro de una comunidad democrática.

Coincidieron en que la historia de Centroamérica estaba inmersa en la frustración y encadenada a la derrota no sólo por la política sino también por la geografía. A pesar de tener dos largas líneas costeras, a ninguno de los lados se encontraban puertos naturales indispensables para el comercio internacional y para las comunicaciones domésticas. Los costos de construcción de los muelles eran infinitamente elevados. La naturaleza no cooperaba: o bien se daba una devastadora temporada de lluvias torrenciales o una agobiante sequía extinguía hasta la última de las esperanzas. Los fenómenos naturales habían alterado la geografía centroamericana y propiciado las peores tragedias en países, ciudades y pueblos. Cada año, de mayo a noviembre, las lluvias producían inundaciones, pérdidas y desastres. Los huracanes azotaban las costas

para destruir puentes, carreteras, cosechas, casas y esperanzas en países depauperados, corruptos e ineficientes, bendecidos, eso sí, por la infinita misericordia de Dios. En las partes altas, los volcanes y los terremotos eran enemigos formidables de la civilización y del progreso. Muchos de los volcanes se encontraban apagados; sin embargo, entraban cíclicamente en actividad y los nuevos nacían por doquier, tal vez en el corazón mismo de una plantación cafetalera que un buen día podía amanecer cubierta de lava después de destruir hasta la mínima expresión de vida y el menor vestigio de la mano y de la existencia del hombre.

— ¿Por qué no tiembla en Nueva York ni en París ni en Londres?⁹³ —demandó enérgicamente Furtamantes—. ¿Por qué la naturaleza y la Providencia se ensañan con los pobres? ¿Por qué? Sí, ¿por qué no hay ciclones en Europa ni en Norteamérica? ¿Por qué vinimos a dar precisamente a una zona huracanada? ¿Por qué no nace un día un volcán en el corazón de Manhattan y amanece despedazada la Urbe de Hierro, cubierta además por una capa de lava de un metro de grosor, como acontece con nuestras plantaciones, en nuestros pueblos y ciudades que bien pueden desaparecer por un capricho de la naturaleza la misma noche de la misa de gallo, después de elevar todas las oraciones de agradecimiento a la divinidad, víctimas de un huracán, de un terremoto o de un volcán activo que vomita fuego y muerte desde sus entrañas en el centro de la Tierra? ¿Y la geografía? La geografía nos ha llenado de riquezas, pero sólo unos cuantos han sabido aprovechar nuestro litoral, nuestro clima y nuestro suelo. ¿Ejemplos? Sólo hay que hojear uno de los ostentosos catálogos de la fundación cultural de la United Fruit para comprobarlo. Keith se ha hecho de piezas y obras de arte, necesarias para desarrollar la sensibilidad del pueblo norteamericano, de tal valor, gracias a la colocación de nuestros dominicos en los mercados europeo y norteamericano, que con el costo de cualquiera de esas joyas podríamos dotar de agua potable a muchos pueblos que actualmente sobreviven como en la época precolombina o construir innumerables escuelas rurales para dignificar y humanizar a los nuestros. Con la venta de tan sólo un Van Gogh, un Monet o un Degas o un Picasso de la colección de la United Fruit electrificaríamos media Managua. Con la venta de uno de sus inmuebles amortizaríamos la totalidad de la deuda pública de Salavaca y todavía nos sobraría para realizar otras inversiones de gran cuantía y trascendencia social. Esos edificios nos pertenecen en la misma proporción que a la Frutera. Con los impuestos que paga El Pulpo en Estados Unidos por la comercialización del banano y del azúcar, mismos que nosotros no hemos logrado imponer ni mucho menos cobrar en nuestro país de acuerdo con las leyes de este imperialismo fenicio, aquí haríamos puertos, carreteras, escuelas y hospitales tan necesarios o más que el propio oxígeno.

— ¿De qué nos ha servido tanta riqueza? —preguntó Arbenz—. ¿A quién culpar de nuestra lastimosa situación? ¿De qué nos ha servido tener inmensas extensiones cafetaleras o bananeras si a la postre han beneficiado a muy pocos y no han originado sino revoluciones, golpes de Estado e invasiones norteamericanas? ¿Quién ha lucrado con lo mejor de nosotros y ha mantenido nuestros niveles de vida similares a los de la época precolombina? ¿A quién culpar? ¿A los huracanes? ¿A los terremotos? ¿Al sol tropical? ¿A la religión y a su Iglesia inquisitorial? ¿A nuestra aversión al trabajo? ¿A nuestra tendencia a la violencia y al autoritarismo?

—En América estamos acostumbrados al privilegio, y el privilegio —explicó Arévalo— es a todas luces contrario a la ley. Somos incapaces de someternos al mandato de una norma. Los mismos reyes, con tal de mantenerse en el poder, traficaban con la justicia, los empleos, las condecoraciones y los cargos militares. Estos abusos se magnifican en la Colonia, donde los encomenderos podían disponer de la vida y bienes de los propios súbditos y empleados. El Pedro de Alvarado del siglo XVI, con todos sus desplantes crueles y autoritarios, es el mismo Leónidas Trubico de hoy, el mismo Batista, el mismo Somoza. No hay diferencia alguna. ¿No son acaso los dictadores centroamericanos caballeros del medievo, señores feudales, que sonreían torvamente cuando le presentaban las orejas de un enemigo en la punta de una espada? Ninguna diferencia con Trubico ni con la crueldad de Pedro de Alvarado. A los latinoamericanos nos costará mucho trabajo y tiempo apartarnos de las tendencias tiránicas y monopólicas. Por eso somos individualistas en todos los órdenes de la vida nacional, por eso nuestras instituciones son frágiles e inconsistentes, porque el

caudillismo y la dictadura se dan en la empresa, en la familia, en el trabajo y en el gobierno. Casi diría yo que hasta en las relaciones amistosas se requiere de alguien que las presida y dirija.

Ni Arbenz ni Furtamantes intentaban interrumpir a Arévalo. De un tiempo atrás el sentimiento de la pérdida de poder lo iba acercando a la intolerancia. El abandono de poder implicaba una disciplina intelectual, una madurez política que en ningún caso estaría exenta de tentaciones absolutistas. ¡Qué difícil es prescindir del poder y del dinero!, pensó para sí: son los dos grandes tóxicos humanos, dos de los vicios insaciables ante cuya ausencia la resignación es imposible para quien ya disfrutó su magia y su hechizo. Se iba y se iría como un demócrata convencido, pero le quedaba tanto por hacer que la angustia parecía en su caso a veces incontrolable. Sin embargo, sus argumentos no carecían de solidez ni de fundamento. Escucharlo resultaba aleccionador, pues sus comentarios resumían la experiencia política y la teoría histórica y social.

—Los latinoamericanos no somos amigos de la verdad; nuestro sistema de vida nos impide reconocerla. El mismo privilegio, la misma inobservancia de la ley, la recepción de los probablemente corruptos en el seno del hogar, la defraudación fiscal, el soborno, el contrabando y el fraude electoral son sólo algunas muestras de nuestras tendencias nacionales a vivir en la ilegalidad. No entendemos al Estado como una organización que justifica su existencia en la medida que logre el bien común, sino como un aparato coercitivo que nos privará de lo nuestro para disponer a su antojo de nuestro ahorro y nuestro patrimonio. Por eso el Estado es un enemigo a vencer. Mientras nosotros no sumemos fuerzas, las de la comunidad a las del Estado, y unifiquemos metas y principios, difícilmente podremos progresar. Nunca lo olvides, Jacobo —advirtió el presidente—, cuando ocupes esta silla: tu principal gestión consistirá en reconciliar al gobierno con los gobernados y nada mejor para lograrlo que el rendimiento de cuentas claras, de las cuales siempre hemos carecido para alimentar aún más la desconfianza del electorado, que ignora el destino de los recursos públicos y no los ve convertidos en obras de interés colectivo, y por contra advierte el aumento de las fortunas personales de los funcionarios encargados de su administración.

Desde la presidencia de la República se captaba otro horizonte: un panorama incomparable para comprender la dinámica social.

—Nos detiene la falta de iniciativa, señores, de coraje moral, el egoísmo excesivo, el machismo, la excesiva conciencia del estatus, la apatía la falta de responsabilidad, la convicción errónea de que sólo es posible sobresalir a través de la corrupción, los sobornos y la influencia.

Durante las reuniones periódicas que sostenían los tres, se arrebataban la palabra indistintamente. A través de sus conversaciones trataban siempre de arribar a nuevas conclusiones para entender con más claridad las causas del atraso latinoamericano comparado con el progreso creciente de los países desarrollados. No faltaba la vehemencia en las observaciones ni la fortaleza de las refutaciones. Buscaban explicaciones, un entendimiento, soluciones para ponerlas en marcha a la brevedad posible. Difundirlas por medio de *Azúcar Amarga*, de conferencias y publicaciones especializadas, de libros de consumo escolar a todos los niveles. Gritar la verdad, al menos su verdad, sí, derramarla en todo el país a voz en cuello. Detectar el lastre que tenía sujetos a los salaragüenses desde que el reloj de la historia centroamericana se quedó parado de repente en todas las torres de todas las iglesias de la región. Revelar las causas de la involución era el mejor camino para iniciar la recuperación, reverlas con sentido crítico, constructivo. No había otra opción. Resolver un conflicto nacional sin que la comunidad aceptara siquiera su existencia conduciría a un fracaso estrepitoso. Era imprescindible convencer en todos los tonos, foros, aulas, asambleas y convenciones. Una vez satisfecho este primer propósito se propondrían las soluciones y se ejecutarían colectivamente con mayores posibilidades de éxito.

Por más de una razón se había rechazado instintivamente la autoridad después de trescientos años de esclavitud. Ya era la hora de rechazar el obedécese pero no se cumpla, así como la inclinación a resolver los problemas por la fuerza o por la presión política en lugar de hacer uso civilizadamente de las instituciones para ventilar los conflictos personales o los sociales. La lealtad a la familia, a los patrones y a la Iglesia en

sustitución de la ley impedía evolucionar tanto o más que la ausencia de una cultura cívica.

La ausencia de confianza en la cultura de una sociedad provocaba obstáculos formidables en la creación y en la validez de las instituciones. Esas sociedades con gobiernos inestables o ineficientes eran también deficientes en la confianza recíproca entre sus propios ciudadanos, en las lealtades nacionales y públicas y en la capacidad de organización. Sus políticas oficiales estaban marcadas por lo general por la sospecha, los celos y una hostilidad latente hacia quienes no fueran miembros de la familia, del pueblo o de la tribu. En América Latina había prevalecido el centralismo y la desconfianza hacia los otros grupos de la sociedad.

Cuando se erradicaba la desconfianza de una comunidad, un sentimiento nacionalista de cooperación, la idea del compromiso social, sin la confrontación entre sus integrantes, operaba milagrosamente con enormes ventajas para la planeación, la igualdad, el bienestar, la democracia y el desarrollo.

Insistían una y otra vez que si un país tuviera la voluntad política de erradicar el analfabetismo podría lograrlo en una sola generación.

¿Por qué Costa Rica era la democracia más evolucionada de Centroamérica? ¿Por qué gozaba de mayores niveles de bienestar material, más elevados que los de sus vecinos? Porque en Costa Rica casi se habían extinguido de una manera o de otra los indios hasta quedar una población prácticamente ibérica que casi había llegado a alfabetizarse al concluir el siglo XIX. Por eso nosotros los alfabetizaremos. Jamás debemos caer en nuestro camino hacia el progreso y el desarrollo en la táctica del capitalismo norteamericano: arrasar nuestras raíces, sepultar nuestros orígenes para impedir la expresión de nuestra herencia mestiza. En Costa Rica casi no se había dado el mestizaje, como tampoco se había dado en la Argentina. Ambos países prácticamente no contaban con analfabetos ni con aborígenes. Ahí se deberían encontrar dos explicaciones que exoneraban la conquista y la colonia de algunas acusaciones viscerales. ¿Qué país no ha sido conquistado? ¿Qué país no cuenta con mezclas de sangre, cultura y tradiciones? ¿Vamos a llegar al absurdo hitleriano de adorar ahora al indigenismo o al iberismo, como él lo hizo con la raza aria? ¿Adonde vamos con esas desviaciones genealógicas? Quien sostenga que la herencia española no benefició en nada a las colonias niega la historia y se instala en la cerrazón y la mentira. Claro que no todo había sido bueno, pero tampoco todo había sido malo. ¿Y las universidades y los catedráticos españoles? ¿Y la moneda? ¿Y el castellano? ¿Y la imprenta? ¿Y la administración municipal? ¿Y todos los adelantos, en fin, importados del viejo mundo?

Había un hecho evidente, la cadena de colonias indias a partir del siglo XIX demostraba la búsqueda afanosa de los indios por la libertad. Al día de hoy ya nadie sabía, según Furtamantes, lo que en el fondo de sus almas pensaban o sentían 150 millones de hombres que, estando mudos, se reducían a soñar y aguardar⁹⁴.

Si, por otro lado, fallaba el sistema ético fallaba todo el país, la nación, la sociedad, el sistema de gobierno, el Estado en general y fracasaban todos los programas de desarrollo.

Algún día alguno de los tres presentes recogería estas conversaciones y publicaría con ellas un libro, según decía Furtamantes, quien lo haría más tarde: *En busca del pensamiento latinoamericano*^{*}.

^{*} Ricardo Furtamantes, *En busca del pensamiento latinoamericano*, Editorial Trinchera, 1956.

V

EL RELOJ DE LA HISTORIA

SE HA DESCOMPUESTO

PARA SIEMPRE

*La soberanía de los países
latinoamericanos comienza donde
terminan los intereses yanquis.*

RICARDO FURTAMANTES

El 17 de junio de 1934, el hijo de John Peurifoy embajador de Estados Unidos de América en Salaragua, irrumpió en la residencia de la embajada y llamó a gritos a su madre: mamá, mamá, suspendieron las clases porque hoy a las cinco de la tarde habrá un golpe de Estado⁹⁵. ¿Nos matarán a todos, mamá?

El día anterior, cerca del atardecer, una pandilla de ciento cincuenta emigrados salagüerenses y mercenarios de diferentes países centroamericanos, encabezados por Carlos Enrique Castillo Armas, un prófugo de la justicia, había cruzado la frontera hondureña con el propósito de derrocar el gobierno constitucional de Jacobo Arbenz Guzmán y liberar, según él, a su país de la opresión comunista. A su juicio, la Unión Soviética pretendía establecer una avanzada en el hemisferio occidental a través del engaño, la intriga y el terrorismo. Arbenz no era sino una herramienta para lograr ese objetivo. Castillo Armas y sus huestes se proponían devolverle a Salaragua el lugar que le correspondía en el Mundo Libre. Contaban desde luego con el apoyo y la bendición del Jefe de la Casa Blanca, del Secretario de Estado, del Director de la CÍA y por supuesto del embajador Peurifoy.

Lo que sucedió en los siguientes diez días fue todo menos un glorioso triunfo militar. Castillo Armas esperaba encontrarse con multitudes de salaragüenses dispuestos a prestar incondicionalmente sus servicios en esa inestimable causa patriótica. Sin embargo, no tuvo la menor acogida popular. Nadie lo aclamó a su paso ni le prestó ayuda. No pudo reclutar un solo salaragüense para reforzar sus filas, demasiado débiles y escasas como para enfrentarse a las tropas del gobierno o intentar siquiera acercarse a la capital de la república. Ante la manifiesta falta de apoyo, el ejército liberador optó por acampar en la iglesia del Cristo Negro, a seis millas de la frontera y esperar a conocer desde esa posición la marcha de los acontecimientos de acuerdo a las instrucciones norteamericanas.

En las elecciones de 1950 Arbenz había derrotado con relativa facilidad a García Granados y a Ydígoras, los representantes políticos más destacados de la oposición. El último se había dado a conocer ampliamente desde los años dorados del trubiquismo al ordenar la violación masiva de mujeres indígenas y el encarcelamiento de sus hijos. El propio dictador, después de condecorarlo por semejante hazaña, todavía le encomendó la administración de leyes para prevenir la vagancia, además de la supervisión y el control de las mayorías mayas, quienes por otro lado lamentaron por muchos años su macabra presencia. Era brutalmente eficiente: tenía siempre por respuesta el dedo en el gatillo. Cuando se supo odiado y rechazado por los sectores de escasos recursos decidió aliarse con la oligarquía y abanderar su campaña política con el lema: *Salvemos al país de los comunistas. Ydígoras se lo garantiza*. Aún así, por factores inexplicables del mundo latino, una especie de masoquismo general o genético, Miguel Ydígoras había logrado un sorprendente segundo lugar en las elecciones federales. Washington sonreía.

García Granados, destacado integrante del grupo redactor de la Constitución de 1945, ex embajador de Juan José Arévalo ante el gobierno de Estados Unidos, era miembro de las familias más acomodadas del país y, como su representante político, se proponía frenar el vertiginoso viraje hacia la izquierda promovido por Arévalo. La efervescencia revolucionaria exigía un cambio; en consecuencia su plataforma política carecía de apoyo popular. Las necesidades nacionales eran evidentes y su satisfacción inaplazable. A muy pocos convenía *detener el impulso hacia el bienestar general y la inercia hacia el progreso*.

El candidato de la Unidad Nacional, Jacobo Arbenz, recibió por su parte el apoyo mayoritario del país, sobre todo el de una coalición de facciones arevalistas integradas por los sectores laboral y campesino, ante los cuales se comprometió a modernizar técnica y científicamente la sociedad en todos sus niveles y hacerla evolucionar vertical y horizontalmente con el propósito de actualizar las fuentes de generación de riqueza.

Arbenz ganó con más del sesenta por ciento de los votos emitidos. Meses más tarde y por primera vez en 130 años de vida independiente, un presidente de la República de Salaragua transmitió pacífica y civilizadamente el poder a su sucesor de acuerdo a la voluntad política de la nación. Si el voto es la piedra

angular de una estructura democrática y en ausencia de ella no se puede desarrollar económicamente un país, en ese caso las potencias europeas y Estados Unidos gozaban de una gran ventaja sobre Salaragua y, en general, sobre el hemisferio americano; una ventaja centenaria. Se iniciaría la reconstrucción nacional con más de un siglo de atraso: los resultados, los beneficios, las ventajas, quedarían igualmente diferidos en el tiempo. Sin embargo, mientras más tardemos en comenzar a sembrar, más tardaremos en recoger la cosecha, insistió invariablemente Arbenz a lo largo de su gira por el territorio en apoyo de su candidatura.

Llegaba a la presidencia de la República con tan sólo treinta y siete años de edad, sin lugar a dudas el jefe de Estado más joven del continente americano. Pocos elementos se encontraban a lo largo de su trayectoria personal como para suponer semejante encumbramiento político. Su ascenso al poder había sido meteórico, su juventud un estímulo, su experiencia una preocupación, su talento una promesa. Representaba la nueva generación salaragüense, la liberada por Arévalo, la del rescate, la de la materialización de ideales, la del progreso. Había tanto que hacer y tanto que decir. No fue necesario convencer a nadie respecto de las bondades de su proyecto. Los hechos eran evidentes y lastimosos. La realidad, triste realidad, incontrovertible. El contenido del discurso político era obligatorio, bastaba con ver a la gente a la cara y pasar un día en las barracas, en las bananeras o en las fincas cafetaleras o en los ingenios para entender cabalmente el drama humano de las mayorías salaragüenses.

Todas las dictaduras son contrarias a la naturaleza humana. Ninguna de ellas puede escaparse de la condena por el solo hecho de haber traicionado la voluntad política de los gobernados y haberse apropiado de sus deseos y de sus sueños. Aquí se piensa ¡así!, se vive ¡así!, se come ¡así!, se hace el amor ¡así!, se conduce uno ¡así!, se calla ¡así!, y se fallece ¡así! Se estudia ¡esto!, se dice ¡esto!, se concluye ¡esto!, se oye ¡esto!, se lee ¡esto! y se razona ¡esto! Se vota ¡aquí!, se come ¡aquí!, se platica ¡aquí!, se delata ¡aquí!, se confiesa ¡aquí!, se purga ¡aquí!, no se pasa de ¡aquí!, se pide ¡aquí!, se descansa ¡aquí! y se muere ¡aquí! Sí, ¡aquí!, ¡así!, ¡esto!, ¡aquí!, ¡allá! Tú, sí, ¡tú!, cállate o te mueres. Tú, voltéate o te vas a trabajos forzados. Tú, habla o desaparece tu familia de la faz de la Tierra. Tú, trabaja y no opines. Apoya y no desunas. Suma y no restes, estés o no convencido. Confiesa y vivirás. Delata y te superarás. Resígnate y sobrevivirás. Sométete y comerás. Humíllate y prosperarás. Niega a los tuyos y te consagrarás. Predica el amor incondicional del estado y te condecorarán. Adula a los tiranos y lucrarás. Asóciate con un militar y triunfarás. Acércate al embajador norteamericano y te colocarás. Acusa a los enemigos de la libertad ante los constabularios, ante la policía secreta o la Guardia Nacional adiestrada en West Point y obtendrás trabajo para tus hijos. Demuestra tu lealtad al sistema y comerás con cupones ignorados por las masas. Únete a los poderosos y tendrás fortuna. A partir de ese momento empezará a tranquilizar a los opositores y a los fanáticos y los invitarás a la meditación, a expresarse con más moderación y precaución. Entonces te habrás pervertido.

La toma de posesión de Jacobo Arbenz no pudo ser más emotiva. La segunda gran fiesta de la democracia en toda la historia de Salaragua. Logró poner al país de pie, como un solo hombre. La comunidad maya también quiso aplaudir y aplaudió; no, le ovacionó. Eran tantos años de promesas y tantas decepciones, tantos buenos deseos y tanta miseria, tanta ayuda frustrada, tal la desgana, el escepticismo, la apatía y la resistencia a vivir, tantos discursos, tantas campañas, tanto anotar necesidades apremiantes y nada, absolutamente nada cambiaba en el horizonte caribeño, ni siquiera su pavorosa resignación ni su inmovilidad. Sólo servimos para aplaudir y yo ya no quiero aplaudir ni cargar banderitas ni agitar el sombrero ni cantar el himno ni gritar vivas para luego regresar al bohío, a la misma barraca maloliente y mugrosa, a morir la misma muerte que murieron mis abuelos. No, ya no quiero aplaudir, ya no, ahora quiero que me crucifiquen, que nos crucifiquen a todos nosotros, que nos crucifiquen a todos de una vez para mejor coronar la obra de quienes nos han dominado y nos han negado el derecho a levantar la cabeza. Que nos crucifique el conquistador español, el inquisidor, el criollo y el ladino; que nos crucifiquen los latifundistas y la Iglesia que en el siglo pasado nos dejó sin tierra y sin esperanza; que nos crucifiquen los hacendados de hoy y los dictadores de la United Fruit. Que nos crucifiquen Somoza, Trubico, Batista y Trujillo.

Cuando Arbenz recorrió el país en busca de votos vio a los mayas. Los vio anclados en el piso, mudos, con una sonrisa oscura, sardónica e impenetrable. Eran los mismos mayas de los trabajos forzados, los que

debían construir la red de carreteras nacionales a título gratuito, los que trabajaban en las plantaciones, endeudados de por vida, y que recibían su paga en fichas canjeables por alimentos y otros enseres en la tienda de comestibles propiedad del Pulpo, el maldito Pulpo, la maldita bananera hija de su puta madre, los mismos que era posible fusilar sin más, por el solo hecho de haber entrado en una finca a robar un par de dominicos en los años del Benefactor de la Patria; los mismos que, considerados bestias de carga y útiles exclusivamente para la transportación de pencas de las plantaciones a las bodegas refrigeradas, eran un lastre para la nación cuando se veían incapacitados por la edad o la enfermedad. Eran los mismos de la explosión demográfica; los mismos buenos para nada, ni siquiera para rezar porque eran una raza abandonada y olvidada.

El nombramiento del nuevo presidente de la República imprimió un mayor ímpetu a la efervescencia revolucionaria, un nuevo baño de optimismo, una mejor esperanza, unos deseos irreprimibles de aplaudir, de vociferar, de ovacionar, de confirmar la ejecución práctica del proyecto de reforma, el ensanchamiento del ingreso, las posibilidades de trabajo, la distribución de la tierra y de la riqueza, la capacidad de ahorro, la consolidación de las fuerzas sindicales. ¡Ah!, y desde luego, ahora sí la reducción, la limitación y la sujeción de los tentáculos del Pulpo. Podrá parecer una fantasía, pero si Lázaro Cárdenas pudo en México yo podré en Salaragua, como toda América Latina habrá de poder en su momento.

Azúcar Amarga, ya sin Ricardo Furtamantes, publicó en su primera página un extracto con las ideas más sobresalientes, los conceptos más enjundiosos y los propósitos más preclaros del pensamiento progresista de Jacobo Arbenz⁹⁶:

- América Latina es hoy un mundo que produce y un mundo que compra. El 97% del antimonio, el 63% del cobre, el 53% del estaño, el 97% del café, el 87% del azúcar que entran a Estados Unidos provienen de América Latina. Por otra parte, el 58% de la maquinaria, el 46% de los automóviles, el 37% de los productos químicos, el 40% de los textiles, el 30% del hierro y del acero y el 36% de la harina que los norteamericanos exportan al mundo están destinados al consumo de América Latina.

En cierto modo el mundo depende del petróleo venolozano y mexicano, del trigo de Argentina, del cobre de Chile, del estaño de Bolivia y de los productos tropicales de Brasil. Sin embargo, seguimos siendo pobres y subdesarrollados. Ninguna riqueza ha sido suficiente como para detonar nuestro despegue hacia el desarrollo y el bienestar.

- Estados Unidos le ha impuesto reglas y fronteras al sueño americano; se ha apropiado de él como se apropió del nombre del continente, sin consultar a nadie, como también se apropió del trabajo ajeno para lograrlo y materializarlo. Las bondades del sueño americano concluyen donde inicia la frontera con México, como si el resto del hemisferio no tuviera derecho a soñar o acaso nos hubieran robado para siempre las fantasías y las ilusiones y además se nos obligara a vivir eternamente dentro de una aterradora realidad calificada por los arrogantes inquilinos de los rascacielos neoyorquinos como la más estúpida incapacidad de superación humana que demuestra la validez de las tesis más decantadas del darwinismo social.

- En la carta de derechos y deberes del hombre americano está consignado todo lo que es esencial: el respeto a la vida humana, a la profesión de cualquier fe religiosa; el derecho a expresarse libremente por cualquier medio; al honor, a la reputación, a la familia, a moverse; a tener un hogar inviolable; a escribir cartas sin que las abra el gobierno y hacerlas circular por el mundo; a tener una patria; a votar; a ser elegido... Está consignado, en otras palabras, todo lo que se le niega a una vasta masa de la población de América Latina*.

* Todos estos principios se aclamaban estrepitosamente por los representantes de Argentina que en esos mismos días acababa de cerrar o incautar el periódico más importante de América Latina; por los representantes de Colombia que habían cerrado un año y medio antes el Congreso con el ejército; por los representantes de Venezuela que negaban derechos políticos a todos los miembros del Partido de Acción Democrática; por los del Perú en donde se había puesto al aprismo fuera de la ley; por los representantes de Trujillo, del general Somoza, etc..

- Aquí en Salaragua el 1% de la población posee el 80% de la tierra; el 5% de la población detenta el 34% del ingreso nacional; el 70% de la población percibe un ingreso anual promedio de 42 dólares, de modo que o hacemos ahora mismo un viraje violento y civilizado o el hambre nos arrollará a todos.

- Las perspectivas de nuestros campesinos son desoladoras: la población aumenta y por contra la cantidad de tierra distribuible disminuye o continúa estable.

- Cuanto más codiciado por el mercado mundial, mayor es la desgracia que un producto trae consigo al pueblo latinoamericano que con su sacrificio lo crea.

- El cultivo extensivo de la caña no sólo ha significado el fin del bosque sino también, a largo plazo, la fabulosa fertilidad del país.

- El pueblo que confía su subsistencia a un solo producto se suicida.

- El pueblo que compra manda, el pueblo que vende sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo y el que quiere salvarse vende a más de uno.

- Centroamérica está obligada a dormir con los ojos abiertos.

Rompamos el círculo vicioso del intervencionismo. Cuando la caída vertical del precio de nuestras bananas hizo estallar la indignación popular, nuestro pueblo se levantó en armas contra el Gobierno y las tropas norteamericanas volvieron a invadir indefinidamente para reestablecer el orden y terminar con la confusión reinante.

- El café beneficia más a quienes lo comercializan que a quienes lo producen. Mientras en Estados Unidos moviliza más capitales y genera más empleos e impuestos infinitamente superiores a los nuestros, en América Latina se pagan salarios de hambre, se acentúa la deformación de los países productores y nuestras tesorerías no reflejan la riqueza captada por las de los introductores.

- Brasil tuvo que quemar 78 millones de bolsas de café para impedir un derrumbe del precio internacional del grano. Así ardió el esfuerzo de millones de personas durante cinco zafas. Aquella fue una típica crisis de una economía colonial: vino de afuera.

- Cuando el café baja de precio hay revoluciones y muerte, pero cuando sube nadie del pueblo, ningún jornalero, peón o machetero se beneficia por los incrementos. Por ésa, entre otras razones, nunca hay desarrollo interno ni poder de compra en los países centroamericanos. ¿Quién va a sembrar o a permitir que se siembren alimentos destinados al consumo doméstico cuando se pueden cultivar productos exportables pagaderos en dólares y no en córdovas, soles, cruceiros o pesos, monedas de juguete? He ahí el origen de la escasez crónica de maíz, de arroz, de trigo, de frijoles y de carne. He ahí el estado lamentable de nuestra agricultura, una explicación adicional para entender las causales de nuestra dependencia y de nuestro hambre.

- La estructura agraria surgida desde 1860 sigue siendo la misma y el poder de los terratenientes permanece incólume. Los indios padecen el colonialismo interno de los blancos, al igual que los países centroamericanos padecen el colonialismo extranjero.

- El dólar se ha convertido de hecho en la moneda nacional centroamericana.

Arbenz buscaba la independencia económica a través de una estructura política internacional, enmarcada dentro de un concepto de desarrollo doméstico autónomo. Promulgación de gravámenes a los latifundistas para compensar a la nación por la injusta distribución de la tierra. Preferimos ser pobres que una colonia de esclavos, exclamó victorioso al final de su discurso Habló de socialismo, sí, utilizó varias veces la palabra, pero siempre dentro de un contexto de superación material. No era posible gobernar Salaragua sin

un criterio social, sí, social, no elitista, un criterio desprovisto de una tendencia totalitaria o expropiatoria o confiscatoria ni derogatoria de las garantías ciudadanas. En todo caso pretendía modernizar el capitalismo y convertir un país sumido en una economía feudal en uno moderno de corte capitalista. Estimularía la iniciativa privada, propiciaría la acumulación de capital en manos nuevas movidas por nuevos conceptos de riqueza social; promovería la realización de negocios domésticos y regionales; invitaría a la inversión extranjera a participar en las tareas de rescate nacional; negociaría la adquisición de patentes y de tecnología de acuerdo al modelo diseñado por Arévalo; modernizaría las estructuras horizontal y verticalmente; incrementaría la participación del gobierno en la economía para acelerar el desarrollo económico salaragüense.

Aceptaría un período de ajuste para empezar a hacer los cambios, pero la reforma agraria sería inaplazable e irreversible. Unos tendrían que aprender a ser granjeros y no empleados de granjas. Sus propios capataces. Otros tendrían que mudarse para mejorar su empleo, casa y trabajo y aprender nuevas técnicas de producción y comercialización para empezar a reducir los márgenes de dependencia. Incentivaría el crecimiento industrial, ejecutaría programas de salud y de educación sin permitir caos ni descontento originado en la justificación y el sentido de las medidas adoptadas. Se informaría oportunamente cada paso a dar. Se fomentaría la explotación de recursos naturales no renovables, la construcción de vías de comunicación, se desarrollarían mejores sistemas de crédito y de intermediación bancada, imprescindible para todo buen proyecto de desarrollo acelerado. Cambiaría el latifundio por un sistema de minifundios: para eso había estudiado en detalle los sistemas de explotación de la tierra en América y en Europa. Arévalo había dejado intacta la principal característica de la economía salaragüense; sin embargo, Arbenz heredaba el diseño de un país a nivel legislativo. Él trazó, yo ejecutaré.

¿Cómo distribuir la tierra sin crear una oposición peligrosa y sin violar los principios de la propiedad privada? ¿Cómo lograrlo sin ser depuesto o asesinado y sin ocasionar con su derrocamiento una revolución de impredecibles consecuencias, más graves, mucho más graves que el mal que se deseaba reparar? Los latifundistas no eran improvisados. Sus derechos territoriales se remontaban en muchos casos más allá de la independencia de la Corona española. El origen de su patrimonio partía de los días de la Capitanía General de Guatemala, dos, tres siglos, quizá más en relación a aquel año de 1950 en que Jacobo Arbenz se había propuesto modificar un sistema de tenencia de la tierra que se perdía en la noche de los tiempos. No vamos a perder nuestro poder ni nuestra riqueza sólo por haber obtenido una minoría de votos en las elecciones, ¡Menudo absurdo...!

En 1950 la superficie de sólo treinta y dos fincas totalizaba 1.700.000 hectáreas, de las cuales un millón quinientas mil estaban ociosas. Jacobo Arbenz expropiaría esas mismas tierras ociosas al valor fiscal declarado por sus dueños y pagaría el tres por ciento de interés a 25 años⁹⁷. En el aprovechamiento de ese patrimonio abandonado e inútil se encontraba la solución de los problemas nacionales. La sociedad debía ser compensada por sufrir las consecuencias económicas y políticas de semejante desperdicio. Los campesinos tendrían trabajo, captarían ingresos, aun cuando modestos en un principio; se ensancharía el mercado interno si simultáneamente se sabía estimular el crecimiento industrial. El poder creciente de compra de los trabajadores del campo financiaría el desarrollo de la industria al expandir la base de compradores domésticos con un nivel superior de gasto. Ese sería el camino de la independencia económica, la expansión del mercado interno a través del rescate de los marginados vía expropiación de las tierras ociosas. En ningún caso tocaría los fundos trabajados o explotados aun medianamente. La idea consistía en apalancarse precisamente con todo ese gigantesco patrimonio improductivo que significaba el setenta por ciento del territorio nacional. ¡He ahí el camino! ¡He ahí la solución! No afectaremos a nadie inmerecidamente. No, no lo haremos. Sólo procederemos a expropiar las fincas desaprovechadas en perjuicio de la nación con fundamento en causas evidentes de una mejor utilidad pública. De esta manera nadie tendrá argumentos válidos que hacer valer, porque a nadie se le privará de un bien productivo que le reporte ganancias a través de un trabajo inteligente y dedicado. Sólo quienes compensan sus desequilibrios emocionales mediante la posesión de gigantescas extensiones territoriales para sentirse herederos merecedores del respeto de sus

antepasados, en contra del hambre, la miseria y las condiciones indignas en que sobreviven la mayoría de nuestros compatriotas deben abrir generosamente el puño y entender que se trata de una Salaragua nueva, cuya superficie no crecerá jamás, mientras la explosión demográfica y las crecientes necesidades alimenticias amenazan nuestra existencia como nación. Abran el puño ahora o tendremos que abrírselo por la fuerza. Todos tenemos derecho a una vida mejor. En las manos de la Asamblea Nacional descansaría el futuro de su ambicioso proyecto político y de Salaragua en general.

Qué labios los tuyos, Isa. Dime que siempre serán míos, que nunca dejarás que nadie más que yo te los muerda, le susurraba Franklin Keith a su sobrina, mientras ambos, expuestos al sol, totalmente desnudos después de nadar en una playa secreta, descubierta por Franklin, se besaban una y otra vez, recostados sobre la arena, así, a los ojos del mundo entero. Los dos alcanzaban la gracia de Dios. Qué mujer, qué pechos de piedra suave, qué muslos, qué caderas, qué juventud, qué piel, qué capacidad receptiva y qué manera de disfrutar del amor. ¡Qué labios de lluvia! Ahora está hecha a mi manera, he derribado hasta el último baluarte de pudor femenino; he vencido todos los obstáculos. Cuando Franklin devoraba aquellos pechos nuevos y despiertos para absorber y absorbía ávidamente sus esencias divinas, Isabel parecía entregar su vida entre quejidos de placer y suspiros de muerte. Cada día se entregaban el uno al otro como si fuera el último encuentro antes de la separación definitiva, la despedida eterna. Una energía nunca vista poseía a los amantes prohibidos, una cuerda invisible los sujetaba firmemente. No desperdiciaban la menor ocasión para saciarse una y otra vez. Un momento, por favor, aunque sólo sea un beso, algo, dame algo, déjame tocarte, ven, abrázame, siénteme, no te olvides de mí ni un instante. Las limitaciones de la comunicación secreta, el ocultamiento de la pasión, la obligación de guardar una intimidad inconfesable, los escasos momentos de amor en los misteriosos escondrijos despertaban un apetito voraz que ambos satisfacían hasta hartarse, con angustia, con llanto a veces, con la desesperación por no poder fundirse en una sola persona, fusionar sus vidas, sus cuerpos, sus salivas en una sola saliva, su mirada en una sola visión, sus sonrisas en una sola sonrisa, su amor en un solo amor, un solo interés, celoso, alerta, cuidadoso, íntimo, como una sola mente, un solo pensamiento, una sola idea y una sola concepción del mundo. Tengo celos de tu sueño, vida mía, porque cuando duermes no eres mío.

— ¿Sigues viendo a mamá?

Franklin sintió una sonora bofetada en pleno rostro. ¿Se habrá vuelto loca? ¿Cómo se atreve? ¿Lo sabrá? ¡Good Lord!

—Claro que la sigo viendo, como sigo viendo a tu padre y a Blanca.

—Frank...

— ¿Sí?...

— ¿Me dejarás de tratar alguna vez en tu vida como a una niña idiota?

— ¿Te quieres explicar y dejar de hacerme preguntas como si estuviéramos en una comisaría?

—No te hagas.

—No te hagas de ¡qué!, demonios —empezaba a alterarse como parte de una estrategia bien probada. Pierdo a Isabel y me quedo sin la mujer más hermosa que he visto, conocido y tenido en mi vida; pierdo a Sofía y me quedo sin dinero; pierdo a las dos por estúpido y entonces me suicido. ¿Qué haré sin estas piernas, pensaba mientras las veía de reojo, tan sólidas y suaves? Y, por Dios, ¿qué haré sin dólares?, se preguntaba Franklin Keith mientras se colocaba boca abajo y el sol empezaba a dorarle la espalda.

—Tú has estado con mi madre.

— ¿Me quieres decir a dónde vas con esta basura de si veo o no a tu mamá y si he estado o no con ella? Si ella estuviera aquí ya te habría puesto en tu lugar —contestó como adormilado con una esquiva indiferencia—. Hay veces que eres muy insolente y tus celos ofenden, Isa. ¿Crees que tu madre iba a exponerse a un peligro así? No seas tonta. ¿Crees que de hacerlo lo iba a hacer conmigo; nada menos que su propio cuñado? ¡Por favor! —Franklin recurría a una larga perorata para hacerse de tiempo y de respuestas. Ocultaba su preocupación cerrando los ojos.

—No te pregunté, Franklin —insistió Isabel sentándose en la arena—, si te habías o no acostado con mamá. Te pregunté claramente si seguías o no haciéndolo. ¿He sido suficientemente clara?

Keith la volvió a observar detenidamente, de reojo, en tanto ella esperaba una respuesta contemplando el mar. Era tan hermosa. Por Dios, ¡qué cuerpo! ¿Cuánto sabrá ésta? ¿Habrán hablado? Piensa, Franklin, piensa; te estás jugando lo mejor de tu vida. Mi resto, ¿verdad? Ahí lo tienes, juégatelo ahora. Ahí tienes unos restos que nunca imaginaste. Sí, pero éstos no me los quiero jugar. Has hecho de la vida un juego peligroso y arriesgado, un juego audaz, un juego de azar, de cartas, ahora tienes un póker en la mano, póker contra póker, tahúr contra tahúr. Pide barajas, valiente, ¡venga!, ¡vengan las barajas! Sí, sí me juego mi resto. ¡Cartas!, siempre he sido un apostador, no voy a dejar de serlo ahora. Niega, niega sin piedad, niega la evidencia, había oído decir a su tío Minor: cuando hayas confesado tus propias culpas ya no tendrás salvación. Acepta en este caso tu castigo por imbécil. La gente, en particular las mujeres, siempre quieren una salida. Dásela para vestir su dignidad, pero nunca confieses ni te entregues.

—No me interrogues —se irritó finalmente Franklin—. Me enferma rendirle cuentas a nadie —fue a por su ropa—. Estas cosas no se discuten desnudo, ¡carajo! Muchos años antes de que te dieran por primera vez el pecho yo ya era un hombre libre—interceptó a Isabel para no dejarse arrinconar cobardemente—. No me vas a intimidar con tus preguntas irresponsables —exigió con aire petulante—. Mi vida es mi vida y hago lo que se me dé la gana con ella. ¿Te es claro? A nadie, absolutamente a nadie, le concedo el derecho de inmiscuirse en mis asuntos.

—Te pregunté si te seguías acostando o no con mi mamá —repuso Isabel furiosa, volteándose sin ningún pudor para buscar la mirada de su tío, harta ya de evasivas. La sangre paterna circulaba impetuosa por sus venas—. Sí o no, ¡contesta! —exigió en tanto se colocaba a su vez su vestido de gasa blanca, que se humedeció rápidamente al solo contacto de su cuerpo.

No te entregues, Franklin, no te entregues, porque en ese momento caerás muerto, todo se habrá perdido. Tienes posibilidades de salvación en la medida en que seas firme. Miente Franklin, eres un maestro de la mentira, el rey del embuste, al igual que tu hermano es el Rey de la Banana, el soberano de la patraña, de las argucias, de las invenciones más ocurrentes y de los más audaces infundios. Desarrolla tu papel, vívelo, ¿no me dirás que esta muchacha, apenas salida de la pubertad, va a poder contigo? Menudo Keith eres tú, qué poco honor haces a tu nombre y qué pequeñito debes ser si te dejas vencer por una adolescente, una inexperta, que nunca pisó una sala de juego, ni conoce los paños verdes ni se juega la vida en cada lance amoroso y en cada carta que nunca llega. Qué Keith ni qué Keith. Por eso nunca has llegado a nada, porque eres un inútil, un bueno para nada que ha vivido de las mujeres y ahora ni a esta niña de teta puedes controlar. ¿Cómo te ibas a sentir en una de las mesas de juntas de alto nivel que tu hermano Robert sí sabe presidir? Nada, hombre, nada, un mierda como tú sólo sabe tratar a las mujeres de bajo mundo para administrarles su dinero en función de los clientes que hayan tenido a lo largo de una noche concurrida.

— ¿Quién te sientes para hablarme así estúpida mocosa? Tuve que aguantar los tonos, los gritos y los insultos de mi tío Minor; luego los de tu padre y ahora me sales tú como si todos los de tu familia tuvieran algún derecho sobre mí, como si yo fuera un estúpido payaso sobre quien todos ustedes pueden escupir o cagarse para desahogar sus malos humores.

— ¡Franklin!

—Qué Franklin ni qué nada. Tú vienes a provocarme abusando de mi generosidad, a manosearme

moralmente a tu antojo cuando se te viene en gana. ¿Sientes que soy tu perro o un animal parecido que cuando te cansas de su compañía puedes darle tranquilamente una patada en el culo para quitártelo de encima? ¿Crees, grandísima tarada, que porque soy amable soy imbécil?

—Te estoy hablando —saltó Isabel disgustada por el giro de la conversación.

— ¡Cállate ahora mismo, o conocerás a un Franklin que nunca imaginaste!

— ¡Franklin!

— ¡Cállate!, te dije, ¡antes de que pierda la paciencia!

—Yo...

— ¿Te callas? —gritó con la mano en alto.

—Yo...

— ¡Cállate o te rompo la boca por primera vez en tu vida! ¡Estúpida!, ahora te callas porque yo lo ordeno, ¿me entiendes?, ¿te quedó claro? Cuando yo hablo Isabel se calla, le guste o no le guste a Isabel. —Franklin parecía vengarse de golpe de su tío, de su hermano y de todos aquellos llamados Keith a quienes nunca conoció, como su padre y su madre. Jamás sabría las verdades de su origen. Tal vez su tío había sido el verdadero padre de ambos, pero Minor se negaba a aceptar a alguien hasta conocer su talento, capacidad y agallas. Sólo en caso de éxito aceptaría la paternidad de Robert y la de él, con el objeto de no sentir vergüenza pública y social ante los posibles fracasos de los suyos. Si van a ser míos, demuestren primero sus merecimientos sanguíneos y su capacidad de hacer dinero—. He tenido que aguantar muchos atropellos en mi vida, ¡muchos, Isabel!, fíjate cuántos, por eso ya no soporto las imposiciones, menos, mucho menos las tuyas —concluyó amenazador cuando ya se echaba el pelo para atrás y se lo alineaba con los dedos de ambas manos.

—Franklin.

— ¿Te callas, carajo? —levantó Keith otra vez la mano amenazadoramente—. ¡Entiéndelo porque no te lo volveré a repetir! Estoy harto de todos ustedes, harto, ¿me entiendes? Yo era muy chico cuando mi tío Minor empezó a despreciarme y a ignorarme diciendo que era incapaz de coordinar mis dos manos para producir un aplauso y lo que es peor, llegaron a decir que yo no podía caminar y mascar chicle al mismo tiempo, mientras tu padre parecía desternillarse de risa para adular al tío Minor y acercarse a él a costa mía. ¿Pero qué pasó en realidad? —se preguntó tratando de buscar ternura y comprensión en la mirada petrificada de Isabel—. Yo busqué desesperadamente una oportunidad desde pequeño para demostrarles a ambos mis habilidades. Y mi hermano, tu padre, conociéndolas supo impedir a toda costa mi acceso a cualquiera de las compañías, porque bien sabía él el obstáculo que yo podría significar en su carrera. Me bloqueó las entradas sin que yo pudiera percatarme por mi juventud y mi inexperiencia de sus perversos proyectos —Franklin bajaba ya gradualmente la voz—. Todas las puertas se me cerraban por alguna u otra razón y por contra siempre alguien se ocupaba de llenarme los bolsillos de dinero para que no me preocupara. Las penas con dólares son menos, me repetían para convencerme. En los cócteles de la compañía a donde nunca dejaban de invitarme como el payaso del grupo, como tú quieras, siempre me acercaban misteriosamente muchachas hermosas que luego resultaban putas de la peor ralea. Sí, me aficioné a las mujeres baratas, y qué; también me aficioné al alcohol, el uno no puede ir sin las otras y, sin embargo, mi cuenta de cheques y mis gratificaciones cada vez eran más abultadas, trabajara o no trabajara —parecía narrar Franklin su biografía por primera vez en su vida. Se había tragado todo su pasado, sus vivencias, experiencias, emociones y fracasos sin abrirse nunca con nadie ni confesar jamás sus sentimientos hasta convertirse en un ser extraño, un verdadero energúmeno—. La vagancia es una mala compañía, la abundancia de dinero sin merecerlo ni ganarlo encierra una perversión, más aún si un día decides apostar a los caballos, o al póker para matar el tiempo, y la suerte del principiante te llena los bolsillos con cien veces más de lo apostado. Qué fácil es todo esto, ¿no? Franklin eres un mimado por la

vida, me decía tu padre poniéndome la mano en el hombro paternalmente, sabiendo que él y nadie más que él me acercaba por diferentes conductos las mujeres y ordenaba el pago de escandalosos sueldos a mi favor para acabar con todas mis tentaciones por ingresar en la United Fruit, mientras me conducía, bien lo sabía él, a la perdición y a un despeñadero sin fondo. ¿Quieres destruir a una persona? Dale todo sin merecérselo y acabarás con su espíritu de lucha y su coraje. ¿Para qué me esfuerzo en nada si ya tengo lo que quiero tener? Después todo fue más fácil —Franklin se fue a recargar contra una palmera sin interrumpir la narración—. Me acostumbré a tener con tan sólo pedirlo. Me cambiaban el coche cada año para que nunca me sintiera menos, me subían el sueldo en cada subsidiaria sin solicitarlo, me otorgaban gratificaciones monstruosas, firmaba en restaurantes, tiendas de ropa fina a la cual me aficioné con locura por contagio con todas las mujeres que ya me seguían por mi dinero, firmaba para comprar boletos de avión, joyas, autos, muebles y todo lo imaginable con sólo pronunciar las palabras mágicas: cargüelo a la cuenta de la United. Así viajé por todo el mundo hasta hartarme, Isabel. Claro está, para tu padre mientras más tiempo estuviera yo ausente de las oficinas y del país mejor, más se afianzaba él en todos sus propósitos y consolidaba sus planes para impedir mi acceso a la empresa. Cuando mi tío Minor murió se llevó a la tumba mi última oportunidad de rescate. Ya en aquel entonces quedé en las manos de mi hermano para siempre, unas manos adiestradas magistralmente para hacer dinero y deshacerse de cualquier obstáculo que pudiera aparecer en su camino —Isabel no mostraba el menor gesto de sorpresa ni de compasión buscado por Keith—. La diferencia de edades —continuó Franklin— le permitió echarme a un lado y envenenarme con dinero, tal cual él está envenenado. Pudo más, mucho más su habilidad que mi inexperiencia. Pudo más mi vanidad y mis deseos de tener y de rodearme de lujos que sólo el dinero podía comprar que mi firmeza en conseguirlo todo por la vía del trabajo. Si hubiera buscado valientemente mi destino por otro lado —agregó con toda naturalidad— hubiera hecho de mi vida un éxito, pero no, preferí pelear lo que yo de alguna manera consideraba mío y que, según intuía yo, mi hermano trataba de escamoteármelo. —Franklin era por primera vez en su existencia honesto; sin embargo, su sinceridad no conmovía ni emocionaba—. ¿Por qué razón iba yo a permitir que Robert se quedara con el patrimonio de los dos cuando ambos teníamos el mismo derecho de disfrutarlo y acrecentarlo? ¿Por qué me iban a excluir a mí, como si yo fuera la oveja negra de la familia? ¿Por qué? ¿Por qué mi hermano había detectado oportunamente mis capacidades administrativas y las temía por su potencialidad? Yo soy simpático y tengo temas divertidos de conversación, bueno, por lo menos solía tenerlos, él sólo sabe hablar de dinero y de bananas, de bananas y de dinero.

—Franklin...

— ¿Sí? —repuso más sereno.

— ¿Y por qué si, como tú dices, eres jugador, no apostaste todo tu talento en una empresa tuya, desvinculada de la United Fruit? Te hubieras jugado en una nueva carta tu futuro, te hubieras podido probar a fondo, Franklin, sobre todo si mi padre te hubiera dado todos los recursos para que lo hicieras siempre y cuando te apartaras de su camino, o ¿no?

—Era una opción —repuso Franklin sin acusar el golpe en pleno rostro—. Sin embargo, ¿yo por qué iba a renunciar a mi herencia? ¿Por qué le iba a dejar a mi hermano lo que era de los dos?

—Muy fácil, Franklin. Si tú honestamente deseabas hacer algo y encontrabas que en la United Fruit se cerraban todas las puertas, debiste haber solicitado un préstamo para fundar tu propia compañía, si quieres a cuenta de tu herencia.

— ¿Para que un buen día quisieran cobrar el préstamo y se quedaran con la empresa? —repuso satisfecho después de lograr evadir el proyectil—. No, Isabel, tú no imaginas hasta dónde puede llegar tu padre cuando decide acabar con una persona.

—Pues en ese caso le hubieras solicitado en pago parte de la herencia y con ese dinero podrías haber comenzado.

—Nunca me hubiera pagado el precio real de mi parte. Parece que no sabes de quién estamos

hablando. Yo...

—Espérame, Franklin, espérame un momentito —interrumpió Isabel necesitada de conocer la verdad—. Lamentablemente tienes razón. Yo no sé de quién estamos hablando, en realidad, y tú lo sabes mejor que nadie, yo he visto a mi padre pocas veces en mi vida y cuando lo he visto o está mudo en la mesa o dormido. A nuestro lado siempre estuvo malhumorado y para sentirse bien también nos dio cantidades absurdas de dinero, tanto a Blanca como a mí. Creía poder comprar nuestra felicidad con dinero, siempre con dinero, cuando en realidad lo que queríamos era la presencia de un padre alegre, jovial, conversador, cariñoso, alguien que nos ayudara a descubrirnos a nosotras mismas y al mundo, una compañía generosa, franca y totalmente desinteresada, un amigo que nos llevara de la mano para revelarnos los peligros, las zancadillas y también todas las bellezas de la vida, porque las hay, Franklin, te juro que las hay. ¿Fue una pérdida? Sí, sí lo fue, indudablemente lo fue, sólo que no estamos discutiendo eso, sino, entre otras cosas, tu situación personal y ahí volvemos a discrepar. —Isabel Keith no tenía el menor deseo de complacer a su tío. Era parte de su temperamento, de una tradición familiar profundamente arraigada, no conceder a nadie la razón por comodidad, elegancia o esplendor—. Si por un lado no te gustaba la fórmula de un préstamo y por el otro te negabas a recibir tu herencia anticipadamente para fundar tu propia empresa, porque a tu juicio nunca te pagarían el precio verdadero, qué esperabas en ese caso, ¿que mi padre se muriera o practicarías vudú para que se lo llevaran los vientos de mayo?

—Tienes la virtud de sacarme de mis casillas con dos palabras, mi querida Isa.

—Sólo tú lo lograbas con la gente, ¿verdad?

—Bueno, qué tienes hoy, amorcito del cielo, ¿te propusiste tener un disgusto conmigo a como diera lugar? —preguntó Franklin burlonamente, ya animado de llevar a Isabel cerca de Villa Blanca para que ella pudiera acercarse caminando como siempre por la playa hasta su casa.

—No tengo nada, Frank, nada —insistió Isabel con terquedad—. Mi único deseo es demostrarte cómo, cuando uno desea algo, lo consigue. Mi padre siempre me dijo que cuando yo pusiera a contribución del éxito lo mejor de mí, de mi talento y de mi disciplina, además de todo el coraje y la disposición de ánimo propia de un Keith, sin escatimar tiempo ni esfuerzo, mi obra quedaría coronada con la victoria. También me dijo —continuó como un catedrático enervado— que siempre que yo me tuviera que disculpar de algo estaría demostrando mi fracaso. No te acostumbres a dar disculpas: ¡cumple! Los fracasados tienen invariablemente una buena explicación, sí que la deben tener, de lo contrario tendrían que aceptar su responsabilidad, la verdad de una buena vez por todas para enmendar el error y corregir el camino. Pero para eso, Franklin —advirtió muy dueña de sí Isabel—, hace falta tener mucho valor.

— ¿Crees que te he mentado?

— ¡Ay!, Franklin, por favor. Tú jamás has dicho una verdad a nadie. Mientes por instinto —exclamó Isabel con una mueca de satisfacción—. Fue muy sencillo sentarte a analizar la responsabilidad de mi padre mientras te llenaban los bolsillos de dólares y dejabas pasar las oportunidades alrededor de las mesas de juego acompañado de lindas mujeres. Yo no te lo reclamo, ¿a quién no le gustan las emociones fuertes? Pero llegaste al extremo de engañarte a ti mismo —se dirigió entonces arrastrando los pies hacia la palmera donde se encontraba recargado Franklin con una expresión de sorpresa que no le cabía en el rostro. Nunca le habían dicho verdades tan severas con tanta suavidad e indiferencia. La luz del sol destacaba el color de la piel tostada de Isabel; delataba con suma claridad las bondades de su juventud—. Hubo un momento en que la llegada abundante de dinero, merecida o no, te gustó y te acomodó, ¿no es cierto? Que trabajen los burros, repetías siempre en tono festivo. Imagínate, Franklin, no te llamaba la atención el trabajo y te encuentras con alguien que te dice: no trabajes y te llenaré de bienes y fortuna. ¿Qué más se puede pedir de la vida?

—Nunca creí que fueras capaz de tanto cinismo, Isabel. ¡Vámonos a tu casa!

Ella lo tomó de la mano.

—No seas ridículo —le murmuró al oído. Se aproximó provocativamente a él— No seas ridículo —y le acercó aquellos labios venenosos, frescos y embriagantes.

Un primer impulso lo llamó a rechazarla. La cercanía de aquel cuerpo todo él palpitante, húmedo, apetitoso, aquel pelo negro azabache, como las crines de una potra salvaje, y esos aromas, ¡ay! sus esencias íntimas podían desquiciarlo, ya ni qué decir del contacto con la piel. Nunca había conocido semejante tersura, sobre todo cuando él, como en ese momento, sentía arder la cara de coraje o la tez de vergüenza por haber sido descubierto.

—Franklin me gustas como eres, me gustan tus mentiras, tus evasivas, cada una de ellas es un reto para mí. ¿Cuál será la verdad? ¿Qué escondes detrás de cada palabra? Descubrir la cara oculta de las personas y de las cosas es un juego hermoso, Franklin. No creo nada de lo que dices —agregó al tiempo que colocaba ambos brazos sobre los hombros de Franklin—. Por eso te ganaría en una mesa de póker, de ésas en donde tú dices, ¡mi resto!, me juego mi resto.

Franklin la besó rabiosamente. Hubiera querido engullirla. Ella devolvió la embestida con fiereza, apretaba igual que él, olvidaban el mundo de las verdades y de los riesgos. Un beso tras otro, unas manos ciegas y crispadas que recorren angustiadas los cuerpos en busca de paz, unas caricias atrevidas, el reto del fuego, el divino placer de la carne, la santa morbosidad de los dioses que hicieron al hombre y a la mujer de tal forma que la reproducción humana es una delicia que no se establece afortunadamente por un mero apretón de nariz. Santísima imaginación del Creador que ubicó ambos sexos en lugares tan estratégicos para el supremo disfrute de los humildes mortales. ¡Ay! Franklin e Isabel, hijos míos: divertíos mientras sois jóvenes y vuestra energía desafía a la del propio sol. Entregaos el uno al otro y disfrutad hasta la eternidad la máxima dicha de que sois capaces los seres humanos, por eso fuisteis concebidos así, para eso contáis con mi absoluta bendición: amaos los unos a los otros.

—Franklin —murmuró Isabel al oído de su tío con voz tenue y entrecortada—, no me contestaste nada de lo que te pregunté...

— ¿De qué, mi amor? No sé de qué me hablas —respondió Franklin sin ocultar una sonrisa picara al tiempo que con un solo brazo la rodeaba en su totalidad por la cintura y la atraía poderosamente hacia sí hasta envolverse en su abundante cabellera y desaparecer entre suspiros agónicos.

Isabel empezaba a desvanecerse. Franklin la recibió gozoso.

—Eres un tramposo, Frank, un tramposo...

El fantasma comunista había aparecido en el Departamento de Estado durante los gobiernos de Truman y Arévalo. La Casa Blanca advirtió peligro donde no lo había. Inventó un monstruo mítico a partir de un gobierno nacionalista, empeñado en recuperar el control de la economía. ¿Recuperar? ¿Cómo recuperar si en toda la historia de Salaragua el Estado nunca lo tuvo? Hacerse del control era el proyecto arevalista y hacerse de él dentro de un contexto capitalista moderno, apartado de cualquier tendencia totalitaria. La publicación del libro de Eudocio Racines *The Yenán Way*, el camino seguido por Mao Tse Tung para llegar al poder comunista después de lanzar al mar a las tropas capitalistas encabezadas por Chiang Kai Chek con todo y el apoyo norteamericano, conmocionó a los funcionarios del Departamento de Estado. Así comenzó todo en China, tal y como ahora se presenta la situación en Salaragua, sólo que en nuestro propio patio. La única diferencia es que aquí se llaman Arévalo y Arbenz los cabecillas rojos. El gobierno americano creó el fantasma al extremo de afirmar su existencia material; confundió más tarde la ilusión con la realidad y se lanzó a despedazar al enemigo con todos los medios posibles a su alcance.

En un principio reinó la tranquilidad en el Departamento de Estado porque se pensaba que la formación militar de Arbenz sería la mejor garantía de un gobierno de extrema derecha, el más conveniente de cara a

los intereses americanos. Pero como decía Furtamantes, el *slogan* de la Casa Blanca en los primeros años de la guerra fría era: Quien se oponga a Estados Unidos y a la realización de sus negocios con cualquier tipo de argumento, será calificado de comunista y sujeto en consecuencia a las sanciones correspondientes.

Arbenz empezó por limitar los negocios americanos, a pensar peligroso y a meterse con el dinero y los bienes ajenos.

Truman iba de salida después de haberse reelecto una vez para el término presidencial 1948-1952. La Casa Blanca le había concedido como siempre más importancia a otros problemas mundiales que a América Latina. Tal era el caso del Plan Marshall, la envidia de todos los vecinos continentales de Estados Unidos. Una inyección de dinero de semejantes proporciones hubiera revitalizado las economías regionales para siempre. Washington vigilaba la alianza con la OTAN, la aplicación de la Doctrina Monroe, el envío de tropas a Corea y la actitud soviética en el mundo. En lo relativo a los conflictos hemisféricos, éstos los resolvemos con las manos en el último momento sin necesidad de negociar. Negociamos exclusivamente con quienes respetamos. Harry S. Truman se retiraba, sí, pero antes de entregar su administración al Partido Republicano dejaría constancia de su opinión respecto del gobierno de Jacobo Arbenz para que sus sucesores dictaran en su caso la sentencia correspondiente. El propio Truman, después de revisar cada paso del gobierno de Arbenz, instrumentó un boicot de armas contra Salaragua porque ese país se había negado a suscribir el Pacto de Río y había insistido temerariamente en la validez de su Legión Caribeña orientada a derrocar hasta el último dictador centroamericano para liberar a la región de estas terribles especies zoológicas. Si no tuvieran el apoyo de Stalin, a buena hora se iban a atrever a votar en contra de una propuesta nuestra. Se sienten muy valientes por esa razón. Sólo que con Kremlin o sin él caerán tarde o temprano en nuestras manos. ¡Ilusos!, repetía insistente durante sus últimas rondas en la estrechez del Salón Oval. Si no fuera porque no tengo tiempo ajustáramos de una buena vez las cuentas. Quien sea que llegue en mi lugar, demócrata o republicano, tendrá que encargarse del tal Arbenz*.

El presidente Truman abrigaba todo género de dudas en torno a las verdaderas intenciones de los soviéticos. ¿Dudas? Bien visto, no confiaba en absoluto en ellos: Un comunista ha sido adiestrado meticulosamente en el espionaje, en la sedición, en la traición, en la sublevación de las masas y en el engaño. Son especialistas en la manipulación clandestina. Los vimos de cerca en la toma de Berlín: se hubieran hecho de toda Europa y buena parte del Japón, China e Indochina si no arrojamos oportunamente la bomba atómica para detenerlos y avisarles: ¡Eh!, tú, comunista camuflado, mueve un pie más dentro de Europa o Asia y hago estallar una bomba en los mismísimos jardines saturados de rosas y azaleas del Kremlin. ¿Has oído? Nuestra tecnología hace prodigios. Entre ellos podemos hacer explotar un artefacto nuclear en la fuente donde gusta de beber agua fresca el propio José Stalin durante sus prolongados y solitarios paseos nocturnos. Sus delirios megalomaniacos orientados a dominar la humanidad, sus planes expansionistas, sus convicciones totalitarias al estilo del nacionalsocialismo, debe urdirlos en esos momentos al beber agua de ese pozo mágico que alimenta sus ambiciones y su locura. Por lo visto no fue suficiente para él la contemplación de los restos humeantes del Tercer Reich ni se convenció de la fortaleza militar de Estados Unidos, el máximo coloso de todos los tiempos, hasta que conoció el poder destructivo de nuestra energía atómica. Cuando Stalin observó casi de rodillas, en la inmensidad de la atmósfera asiática, el crecimiento de un pavoroso hongo anaranjado capaz de borrar del mapa un pueblo entero, una ciudad y si fuera necesario un país, sin dejar el menor rastro viviente de su presencia geográfica, prefirió serenarse y contener transitoriamente la ejecución de sus planes. No escatimó ningún gasto. A partir de ese momento

* El presidente Truman aprobó el Plan Operación Fortuna en 1952 a través del cual el gobierno de Arbenz sería derrocado con el apoyo del general Anastasio Somoza García. Colonel King estuvo a cargo de la operación bajo la supervisión de Bedell Smith. King utilizó barcos de la United Fruit Co. para transportar armas y municiones a un grupo de guatemaltecos exiliados en Nicaragua. La aventura estuvo respaldada asimismo por Leónidas Trujillo de la República Dominicana y Pérez Jiménez de Venezuela. Cuando David Bruce, subsecretario de Estado, tuvo conocimiento del plan se opuso a él por ilegítimo y convenció a Dean Acheson, secretario de Estado, para que persuadiera a Truman y se cancelara la operación. Ver a John Ranelagh, *The Agency, The Rise and Decline of the CÍA*, Simón and Schuster, pág. 265.

aceptó cualquier condición económica con tal de tener una bomba similar de manufactura soviética a la brevedad posible. Truman pondría muy pronto la misma cara que Stalin al saber lo de Hiroshima y Nagasaki, cuando la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas diera a la prensa la noticia de la detonación de su propia bomba en el corazón mismo de la Siberia Oriental. Y así fue. En 1949 se anunció al mundo el hallazgo logrado gracias a la captura de los mejores expertos alemanes. ¡Ay!, qué cerca estuvo Hitler de descubrirla. Truman, su gobierno, la CÍA y el Pentágono no pudieron salir de su asombro. Ahora eran iguales, ahora serían respetados de nueva cuenta los comunistas y podrían continuar tranquilamente su juego anexionista en el tablero del ajedrez internacional: nacía la guerra fría.

A juicio de la Casa Blanca los comunistas eran de cuidado. Igual podían bloquear algún día Berlín que fomentar revoluciones en América Latina y en África que llevar a cabo agresiones en el oriente asiático. Nunca se debería olvidar el sitio de Varsovia, el 1 de agosto de 1944, impuesto por las tropas nazis en contra de la resistencia polaca. Los soviéticos, teóricamente aliados en contra de un mismo enemigo, esperaron en las afueras de la ciudad, incluso impidieron el uso de los aeropuertos rusos para poder abastecer de víveres y municiones a los sitiados, hasta que los polacos, sus aliados, cedieron. A continuación fueron masacrados. Los mejores hombres del movimiento polaco fueron eliminados, la ciudad de Varsovia quedó asolada y el camino del dominio soviético sobre Polonia había quedado despejado. Simplemente dejaron a los alemanes encargarse de un trabajo que en su defecto ellos tendrían que haber hecho en su oportunidad. Ésos eran los comunistas. Traidores por naturaleza.

Los soviéticos comenzarán por adiestrar y financiar unidades guerrilleras, obstaculizarán elecciones, patrocinarán golpes de Estado, fusilarán refugiados y encarcelarán disidentes. Amenazarán, atentarán contra el *Mundo Libre*, intrigarán, conspirarán, subvertirán el orden, sobornarán, intimidarán, aterrorizarán a la humanidad, le mentirán, la estafarán, la robarán, la torturarán, la espían, la chantajearán y la asesinarán si es necesario⁹⁸, a cambio de mostrar la grandeza del comunismo internacional. La norma básica del comportamiento soviético fue formulada hace años por Lenin: *Pinchad con las bayonetas. Si encontráis acero, retiraos. Si encontráis tierra blanda, seguid adelante*. La cuestión es saber qué encontrarán los soviéticos: acero o tierra blanda".

Sabemos, decía Truman después de la experiencia de la China comunista, que las democracias del pueblo carecen de voto eficaz. Sabemos que expropian los bienes extranjeros ubicados en su territorio sin indemnizar a sus respectivos dueños. Lo sabemos. Sabemos también que si un país llega a caer en un régimen comunista, difícilmente podrá escapar a dicho dominio. Ningún pueblo ha elegido vivir dentro del comunismo. Sabemos que no hay nación alguna que siga bajo el régimen comunista si no es por la fuerza. Podrán extender su imperio sobre otras naciones, pero nunca merecerán la aprobación de los pueblos de esas naciones¹⁰⁰. Sabemos que los regímenes totalitarios, como el comunista en este caso, pueden asignar sus recursos públicos como lo deseen, para ponerlos al servicio de los dirigentes y no de las necesidades del pueblo. Por eso pueden mantener enormes organizaciones militares, por eso pueden invertir sumas fabulosas en la industria armamentista, porque quien se niegue amanece en una cárcel siberiana o lo recluyen en un manicomio después de etiquetarlo como débil mental. Lo sabemos, lo conocemos de sobra. Los conocimos cuando nacionalizaron la inversión americana en Rusia a la llegada de Lenin al poder, lo confirmamos a lo largo de la Segunda Guerra Mundial y lo volvemos a constatar ahora que detentan igualmente el poder nuclear para desgracia de la humanidad. Sabemos que en ningún Estado dominado por los soviéticos gobierna la mayoría, sea cual sea el color de sus habitantes. El gobierno de la minoría es la esencia del sistema soviético. Sabemos que al paso de los años, incluso las palabras más absurdamente falaces producen efecto, siempre y cuando se repitan suficientemente. El adoctrinamiento intensivo es la tarea inmediata a seguir en un país recién sometido al comunismo. Los zares que en Rusia han recibido el título de Grande no lo han recibido por su benevolencia, sino por sus conquistas militares. Los dirigentes comunistas volvieron a adoptar el terrorismo de Iván el Terrible el despotismo de Pedro el Grande y el expansionismo de Catalina la Grande para crear una nueva sociedad. Conocemos sobradamente la avidez territorial que ha caracterizado a los gobernantes rusos; no en balde tienen veintidós millones de kilómetros

cuadrados. En nuestro siglo José Stalin ha encarnado el legado zarista. Stalin extendió el imperio ruso a vastos territorios. Muchos países que se habían liberado después de la revolución rusa fueron reconquistados por Stalin. En 1940 volvió a apoderarse de los estados bálticos, Estonia, Letonia y Lituania y arrebató a Rumania la Besarabia y la Bucovina del norte. Al término de la Segunda Guerra Mundial se apoderó de Polonia, esta vez entera, y de parte de Alemania. Por primera vez en su historia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y Rumania quedaron sometidas al imperio ruso. Sabemos que Stalin, buen conocedor de la historia rusa, entiende que los tradicionales enemigos de los zares continúan siendo ahora sus propios enemigos, a saber, las ideas y los ejércitos occidentales. Sabemos de sus purgas para excluir de la sociedad soviética a los supuestamente opositores del sistema; sabemos que Stalin es el culpable de la muerte de por lo menos veinte millones de rusos, como también sabemos que el total de rusos muertos en la Segunda Guerra Mundial fue igualmente de veinte millones. Sabemos que piensan que el poder político, como dijo Mao, sale del cañón de un fusil¹⁰¹. Sabemos que el comunismo es el sistema que promete riqueza para todos; en la práctica sólo ha producido escasez, carestía y pobreza. La primera característica de la Unión Soviética es que siempre adopta la actitud de tratar brutalmente al débil y de temer al fuerte. La segunda característica es que aprovecha todas las oportunidades que se le presentan para apoderarse de cuanto puede¹⁰². Mientras haya un país o una persona que se oponga a sus designios, estimarán que su seguridad está amenazada. Para ellos la seguridad, al igual que el poder, sólo puede ser total y en consecuencia sólo puede ser garantizada por la total eliminación de toda oposición en potencia¹⁰³. Ahora bien, también sabemos que la Unión Soviética es vulnerable por la innata resistencia del hombre a la tiranía y que, como dijo en 1839 el marqués de Custine, una palabra de verdad lanzada en Rusia es como una chispa que cae sobre un barril de pólvora¹⁰⁴.

¡Ay, Arbenz!, eres un dolor en mi cabeza, un dolor en mi pierna. Comienzas igual que todos los comunistas: mientes y ocultas tus verdaderas intenciones sin saber que ya te descubrí...

Trubico, Trubico, Divino Benefactor, ¡cuánto te extrañamos!

Simone Kirkpatrick sumaba a su carrera éxito tras éxito. En el otoño de 1952 inauguró la primera gran muestra internacional de arte romano con la colección de obras de arte del Imperio jamás reunida en la historia de la humanidad. Participaron museos italianos, británicos, egipcios, franceses, españoles y alemanes. Se exhibieron piezas de la Italia prerromana, de su fundación, del período de los reyes, en especial de Tarquino el Soberbio, de la época de las Guerras Púnicas, de Cartago, de la caída de la República y el fin de César, del Imperio, de los Antoninos, de los Severos, hasta Diocleciano, Constantino y el cristianismo, todos los nombres más raros del mundo como para abrumar intencionalmente a Robert Keith. El público neoyorquino hizo colas interminables para poder ver de cerca la muestra, un obsequio más, una muestra inestimable de la generosidad de la United Fruit. Millones de dólares gastados en los fletes, en los seguros de transporte, en la publicidad del evento, en radio, cine y ahora también en televisión, en la adaptación del museo, en la memoria de la exposición, en las réplicas de las obras más sobresalientes, en la contratación de expositores y conferencias internacionales, especialistas en la materia, en la filmación de documentales y en la adquisición de textos, fotografías y tratados más importantes al respecto para surtir debidamente la librería y poder satisfacer la curiosidad de los interesados en los temas, corrientes y culturas ahí expuestas y analizadas. Pero no solamente el público neoyorquino invadió materialmente las salas del ahora histórico recinto: las compañías aéreas, las agencias de viajes y las cadenas hoteleras dentro y fuera de Estados Unidos organizaron excursiones para visitar la nueva Meca del arte. El mundo entero rendía tributo al genio creador de los Keith. Los romanos crearon un Imperio; yo acojo toda su gloria en esta mi casa para el disfrute de mis semejantes... Bueno, eso de mis semejantes lo digo de cajón, son reglas de convivencia, ¿verdad, Simone?

Robert Keith y Simone Kirkpatrick continuaban una relación íntima inentendible para ambos. Cada uno

tenía diversas justificaciones para impedir su extinción definitiva. Por su parte, el magnate se negaba a prescindir de la compañía de Simone en razón de su manera de hablar, sus conocimientos, sus ideas tan extrañas, sus expresiones tan pintorescas y su enorme capacidad de aprender datos, fechas y nombres inútiles. Había algo en ella que no podía dominar, que escapaba inexplicablemente a su control. A ver, ¿para qué me sirve saber si a un señor llamado Erodoto o Erodito lo pintó o no un tal Velázquez en el siglo quién sabe cuál si ni siquiera se conocieron? ¿Por qué la gente se puede enloquecer con un cuadrito oscuro y sin chiste de unos niños patinadores pintado por un alemán allá antes del nacimiento del primer dominico? Mentiras, claro, puras mentiras. ¿A quién le puede interesar eso?, y no digo esa porquería, porque me lanzarías otra vez tu mirada de fuego, para llamarme otra vez con los ojos miserable ignorante. ¿Qué emoción puede reportarle a un sujeto la contemplación a lo largo de varias horas de un conjunto de piedras sin color ni forma, pero eso sí, una reproducción fotográfica al lado para explicarles cómo había sido un monumento allá en el año del primer plátano macho? ¡Locos! ¡Locos!, el mundo está lleno de locos o de hipócritas o de farsantes que vienen a poner cara de emoción frente a una mujer gorda y, todavía más, sin cabeza, de un escultor griego, maestro de maestros. Yo no les creo. ¿Quién les va a creer? ¿A quién quieren impresionar? Hay otras formas más divertidas de pasar el tiempo sin tener que quedar bien con nadie. ¿Por qué quien entra al museo acompañado debe mostrar asombro y sorpresa en relación a las piezas que no tienen ni pies ni cabeza?, ¿para no quedar como un impostor o un tarado mostrando su aburrimiento? ¡Ah! ¡Oh! ¡Uh!, dicen en sociedad. Y yo digo, ¡mentira!, ¡mentira!, el arte es una mentira, es un esnobismo, o como se diga. Es un embuste, una patraña, la gran farsa de la historia que todos debemos continuar para no exhibirnos como insensibles, porque ahora resulta que la sensibilidad se mide en función de la capacidad de esconder nuestros sentimientos de cansancio a lo largo de las tortuosas exposiciones de los dizque maestros, mientras nosotros en realidad pensamos en un premio por nuestra paciencia, consistente en un buen banana daikiri congelado en el fabuloso bar del hotel Waldorf. Al carajo todos los contempladores, expertos, guías y también el público asistente si no fuera porque me deja unos dólares a la entrada. A ver si así logro recuperar algún año todo el dinero que enterré en este museo y en esta fundación, a la cual jamás le cortaré ni un solo plátano y sólo me sirve para vestirme de luces. Es la mejor vendedora que he conocido en mi vida. ¡Mira que venderme a mí pinturitas de su tal Rafael o de su famoso Leonardo!, quien, por cierto, nunca me quiso pintar a saber por qué razón, y no sólo eso, todavía me sacó el museo, la fundación y quién sabe cuántas cosas más de habérselo propuesto efectivamente. Algo tiene esta maldita vieja que me cautiva, si no desde cuándo ya la hubiera mandado a acarrear pencas al Tiquisate.

Simone Kirkpatrick se había acostumbrado a la compañía de Keith. Disfrutaba en manipularlo. El magnate era invencible en sus terrenos, sólo que ella no osaba jamás pisarlos ni permitía que la jalaran hacia ellos; al contrario, lo conducía sutilmente a los suyos, donde era una concedora de prestigio internacional. ¿No puedes dejar de hablar de plátanos un instante y abordar una vez en tu vida un tema inteligente que invite a la meditación y al análisis? O es tu cochino dinero o son tus mugrosas bananas. ¡Punto!, se acabó, no hay otro tema de conversación. Contigo no existe la cultura universal ni las letras ni la música ni el color ni los espacios ni las formas ni siquiera los deportes, ya ni hablemos de la historia. Keith se sentía avergonzado. Ella lo captaba con extraordinaria intuición. Nadie doblegaba al Rey de la Banana como ella sabía hacerlo. Solamente Barnays, su *Yo sé cómo* y su fabuloso equipo de relaciones públicas podían competir en posibilidades de influencia en la mente de uno de los hombres más ricos e influyentes de la Unión Americana. Simone Kirkpatrick sentía un placer morboso cuando jugueteaba con las fibras delicadas del magnate e ingresaba sin ningún pudor en las áreas íntimas de su personalidad para moldearlo a placer. Sabía cómo avergonzarlo, incluso ruborizarlo, cómo debilitarlo, disgustarlo, divertirlo, sorprenderlo y triturarlo cuando aparecía el primer asomo de vanidad o arrogancia tan dados en él. Nada, nada, lo máspreciado en el ser humano es su capacidad de recreación artística; la emoción estética nos distingue de los animales aun con más claridad que la propia inteligencia, porque no me negarás que ya hay perros inteligentes que saben dónde hacer sus necesidades y cuándo traerte el periódico en el hocico, pero todavía no conozco un perro capaz de llorar de placer frente a una obra de Sargent o de Sorolla. ¿Dinero?, dinero lo puede hacer un vendedor de ron barato, el mismo perro cirquero o un fabricante de embutidos sin necesidad de saber leer o

escribir, pero componer la *Tocata y fuga* de Bach o esculpir una obra de Cánova o pintar un cuadro cubista al estilo de Braque o de Gris, hacen falta muchas cosas más diferentes al dinero, querido y amado Robert.

—Mira, Robert —le dijo una noche después de hacer el amor en un nuevo departamento de Manhattan, más lujoso y grande que el anterior—, caro, verdaderamente caro en la vida es todo aquello que no puedes comprar con dinero.

— ¡Todo lo puedo comprar con dinero!

— ¡Ah!, ¿sí? Dibújame sin separar el lápiz del papel un desnudo de mujer de los que está haciendo Picasso. Es más, te dejo que levantes el lápiz todas las veces que desees.

—Bueno, con eso se nace o ya no lo tienes nunca, son dones divinos, como tú misma dices.

—No sólo eso, también es una cuestión de disciplina y de estudio que tampoco puedes comprar con dinero. Lo mejor en la vida no es accesible al dinero, ¿lo ves ahora con claridad? Tampoco es posible comprar la emoción que te produce la contemplación de un cuadro. Puedes incluso llorar de placer.

—Esas son mariconadas. ¿Qué chiste tiene? —repuso Keith sepultado en su indefensión—. Ninguno de esos maricones, con disciplina o sin ella, podrían construir un imperio como el mío.

—Yo también podría decir que cuando compras una nueva finca y asestas un golpe en la espina dorsal a la competencia y te deja además trillones de dólares, tu placer y tu gusto son bobadas, carecen, es más, del menor sentido. Cualquiera obra, la que tú quieras en el campo que quieras, la puedo destruir con un ¿qué sigue?, ¿qué chiste tiene? ¿Qué sentido tiene para un atleta brincar seis metros, o para un empresario vender cien millones de dólares, o para un artista pintar un cuadro? Ya descubrió Einstein la energía nuclear, sí, ¿y qué? A ver, sí, ¿ya lo pintaste, ya lo ganaste o ya lo brincaste o lo inventaste y ahora qué sigue, qué más da? ¿Y qué? sí, ¿y qué con todo ello, aun cuando le hayas dedicado tu vida por completo a una actividad?

—Quiero decir maricones los que lloran, no los que crean, no los que hacen —esgrimió arrinconado el magnate.

Simone lo sintió a tiro. Disparó sin la menor piedad a la cabeza. Con un hombre así cada paso es una ventaja; con él no valen las cortesías ni las consideraciones. Es menester golpearle con la máxima rudeza para ubicarlo en el terreno de la humildad. Se incorporó en la cama y se cubrió púdicamente el escaso busto.

—Llamas despectivamente a quienes, incapaces de crear una obra de arte de semejantes proporciones universales y sin tener mayores posibilidades de competir, salvo la sola contemplación muda y respetuosa, no pueden reprimir un gozo y un placer que se les desborda por los ojos y la garganta. Todo aquello que no comprendes debes denigrarlo, destruirlo y escupirlo igual que haría el canibal de tu ejemplo con el encendedor si éste no le funcionara para prender el fuego según le mostraron los blancos. ¿Sabes qué haría con él?, lo haría pedazos con las mismas piedras que antes usaba para hacer fuego y luego bailarían una danza negra para desaparecer el maldito aparato de la faz de la tierra. Eso mismo pretendes hacer con todo lo que no entiendes: romperlo, disminuirlo e insultarlo, para sentirte mejor y no exhibir tu inferioridad, porque tú has de ser siempre superior a todos y amo de todo lo humano.

Keith prefirió voltearse y dar un trago de champaña. Su cabeza adquiriría el perfil perfecto.

— ¿Cómo has logrado aprender a decir tantas cosas inútiles pero que suenan tan bien? Todavía no acabo de entender cómo llevamos tanto tiempo de relaciones íntimas si en lo físico no me llenas. ¿Será por todos tus comentarios en los que, te apuesto, ni tú misma crees, pero eso sí, parecen inspirados por la máxima inteligencia terrenal?

—Tú podrás agredirme como quieras, pero desde que me conoces eres más feliz, tenga o no tenga yo pechos abundantes como los de las indígenas de Salaragua y el Caribe —contestó Simone sin ocultar la sonrisa—. Eres más feliz, Keith, porque has aprendido a hablar con propiedad, manejas ya expresiones,

nombres, fechas y acontecimientos históricos que ninguno de todos tus competidores bananeros siquiera supone. Los impresionas, Keith, los impresionas con citas, como esta última que hiciste de la máxima inteligencia terrenal. No te has dado cuenta cómo has cambiado desde que hablas conmigo, amor... —Ahora sucede que tú has venido a cultivarme. —Desde luego —saltó ella a la arena—. Esa misma palabra: cultivarme, no la habías usado metafóricamente, por más plátanos que hayas sembrado en toda tu vida. Reconócelo: antes de conocerme todavía empujabas con el dedo la comida, con todo y tus vajillas bávaras, tus cubiertos de plata y tu cristalería de Baccarat —agregó Simone en una espectacular risotada que incluso llegó a contagiar a Keith para su propia sorpresa. ¿No estaré yendo muy lejos?, se preguntaba la directora de relaciones culturales de la Frutera cada vez que avanzaba más en la conquista de la personalidad del magnate. Nunca sabremos qué es lo que realmente nos mueve a los seres humanos a hacer lo que hacemos. Yo misma, ¿para qué quiero conquistar a este hombre? ¿Para mantenerme al frente de la Fundación? ¿Y para qué quiero mantenerme al frente? ¿Por vanidad y para despertar envidia en el medio o por el amor al arte? Y en ese caso, ¿por qué le tengo amor al arte? ¡Ay!, Dios, ¡qué difícil es todo esto!

—Bueno, Simone —preguntó Keith aprovechando el momento de emotividad—, dime, directora, ¿cómo te las has arreglado para vivir toda tu vida sin dinero?

—Robert, yo he tenido dinero —contestó ella desconcertada—; nunca me ha faltado, afortunadamente.

—No me refiero a eso —aclaró él mientras apoyaba la cabeza en la palma de la mano derecha—. Apenas tienes un departamento hipotecado y eso hasta que entraste a la United Fruit.

—Sí, así es —repuso ella indiferente—, pero como te decía, me las he arreglado para tener lo necesario.

— ¿Y qué es lo necesario?

—Libros, Robert, libros, todos los libros del mundo y discos para poder escuchar a los más grandes compositores de acuerdo a mis estados de ánimo cuando se me dé la gana sin necesidad de ir a la sala de conciertos a escuchar a veces un programa que no me llama la atención. Si tengo para boletos del ballet, de la sinfónica, para una buena representación de teatro en Broadway, yo no necesito más, el resto es pura frivolidad.

—Pero si la frivolidad es algo sensacional, Simone, ahí tengo yo ahora mucho qué enseñarte.

—Lo será como excepción, pero no para hacer de ella una regla de conducta para toda mi vida. Es un buen entremés, pero nunca un plato fuerte.

— ¿Lo ves?, ahora tú empiezas a hablar como yo —adujo Keith satisfecho.

—Algo se me tiene que pegar después de acostarme contigo tantas veces —repuso ella huraña—. A mí no me produce ningún placer comprar zapatos que no necesito, Robert. La gente pasa lo mejor de la vida juntando dinero cuando con él no puede comprar lo mejor de nuestra existencia. Por ejemplo, yo no puedo usar más que un par al mismo tiempo, como sólo puedo llevar un reloj, porque sólo tengo una muñeca izquierda y sólo puedo comer tres veces al día y sólo puedo irme de viaje una vez y no dos simultáneamente en el mismo avión. El dinero tiene sus límites, el arte no. En el mundo del arte con sólo entrar a tu museo y tener contacto con el color ya estás usando miles de pares de zapatos y te estás yendo miles de veces de viaje, no solamente a cualquier parte del mundo, sino a cualquier parte del universo en cualquier parte de la historia o del futuro de la humanidad. —Simone estiró las piernas cubiertas por las sábanas de seda con una expresión de apacible ensoñación—: La música, por ejemplo, Robert, escúchame muy bien, es una revelación superior a todo conocimiento, a toda sensación, experiencia o sentimiento. Quien penetre en el sentido de la música culta será libre de todas las miserias en las que se arrastran los hombres.

—No entiendo nada de lo que dices, hablas tan raro.

—Mejor dame champaña.

—Te doy lo que quieras, pero explícame —insistió mientras ya escanciaba la botella colocada a un lado de la cama.

—Sí, hombre. ¿Puedes hacerle el amor a dos mujeres al mismo tiempo?

—Ssssiíí.

—No seas tonto, tú sabes a qué me refiero.

Keith accedió con una sonrisa de picardía.

—No, no puedo.

—Ponte entonces cuatro pares de zapatos al mismo tiempo.

—No, no puedo.

—Desplázate en dos Rolls Royce, que tanto te gustan, al mismo tiempo, uno rumbo al sur y el otro rumbo al norte. ¿Lo ves? Ésas son limitaciones inexistentes en mi mundo. Yo cuando oigo a Sibelius, por ejemplo, puedo ser poseída no por dos sino por quinientos hombres al mismo tiempo y me puedo ir al sur, al norte y al oeste simultáneamente; es más, puedo desintegrarme, atomizarme, proyectarme al infinito, al mismísimo espacio sideral inaccesible para el hombre, su técnica y sus conocimientos; puedo cruzar la Vía Láctea, flotar entre carcajadas, miedos y pánicos en un universo desconocido, nuevo, cada vez que entro en la sala de conciertos. Es más, puedo contarte, después de un viaje así, cómo es la eternidad y la gloria con una caricia, con una pincelada o con una nota saturada de lamentos, y eso, mi querido Robert, no lo puedes comprar ni con todos los fondos de la tesorería del gobierno americano.

— ¿Ah, sí? Pues mira, yo con una buena eyaculación hago eso y mucho más que eso, sin necesidad de tanto cuento y tanto párrafo inútil —repuso Keith desafiante.

—Mentiras y más mentiras. Qué fácil sería todo en ese caso. Necesitas una carga sentimental para sentir lo que dices. La sola masturbación con otro ser humano no te deja otra cosa sino vacío, una depresión interminable y agotadora. Es exactamente todo lo opuesto a lo que te he dicho. Hablas nuevamente de la animalidad, de la sinrazón, de la barbarie. Las relaciones carnales atrofian y degradan si no van acompañadas de una buena carga emocional que permita un estallido mágico a la hora de la coronación del amor. Si no hay pasión por la otra persona no hay intensidad y si no hay intensidad no hay desahogo pleno y si no existe la plenitud entonces ya no es amor, es una mierda, es un cochino vicio sin sonidos musicales ni color ni vibración. Quítale contenido emotivo al amor y lo destrozas.

— ¿Entonces conmigo sientes todo eso y por esa razón, que tanto me halaga, te acuestas conmigo?

— ¡Ay, mi amor!, yo me acuesto contigo porque quiero conquistarte y de ahí nutro yo mi pasión para poder volar por donde nadie se imagina, a veces ni yo misma.

— ¿De verdad? Dime la verdad aunque sea una vez en tu vida. ¿Por qué te acuestas conmigo? —preguntó Keith con una repentina humildad desconocida en él.

Simone sonrió. Hizo una pausa. Pensó la respuesta. La espontaneidad nunca es una disculpa para cometer errores, menos con un hombre así.

— ¿La verdad? —preguntó candorosamente para despertar más curiosidad en el Rey de la Banana. — Sí. Te juro que no me enojaré. «¿Creerá éste que soy una menor de edad?» —Mira, Robert, a las mujeres nos gusta estar cerca del poder, de los hombres que lo detentan, que lo poseen, que lo representan. Una relación erótica es más intensa mientras más poderoso o más famoso sea un amante. Sé de mujeres que han enloquecido cuando finalmente se logran acostar con un torero que se jugó la vida una hora antes en el ruedo y que fue sacado en hombros de la plaza por una multitud delirante. ¿Qué te voy a decir de una soprano enamorada de un tenor y que tiene la oportunidad de cantar una vez en su vida a su lado en el teatro de la Scala de Milán? Si la abraza o la toca puede estremecerse en el mismo escenario. ¿Cuántas

mujeres no sucumbirían con un guiño de Charlie Chaplin? ¿O de Scott Fitzgerald o de Hemingway? — ¡Ah!, ¿no es el macho el que cuenta como persona? — ¡Qué va!, eso ayuda, pero lo que realmente cautiva es el aura del hombre, su aureola de poder, su imagen pública, el éxito de su vida es el mejor estímulo amoroso. ¿A quién le va a gustar acostarse con un fracasado, un don nadie, un bueno para nada? ¿Cuál caricia te provocará más, la de aquel hombre al que le arrebatas algo de su gloria o que te permite compartirla, o la de un muerto de hambre, burócrata o agente de seguros?

— ¿Y en mi caso? —interrogó Keith encantado por la conversación—. Mi dinero, mi fortuna y mis relaciones te deben proyectar al cosmos, ¿o no?

—Tu dinero no me importa. En tu caso, tú vales además como persona —respondió Simone sin morderse un labio—. Eres un ser humano valioso.

Robert Keith soltó una tremenda carcajada que desequilibró por completo a Simone Kirkpatrick, quien lo veía reír sin entender la razón ni el cambio repentino de la actitud de su jefe. ¡Cómo hubiera querido compartir su alegría, pero era peligroso reírse sin saber de qué!

— ¿Se puede saber de qué te ríes? ¿Qué he dicho que pueda ser tan gracioso? —repuso molesta al empezar a sentirse en ridículo.

—No cabe duda que las mujeres tienen un sexto dedo a falta de un pene.

No entiendo nada, ¿te quieres explicar? —agregó impaciente.

—Sí, hombre, las mujeres tienen que desarrollar otras habilidades para sobrevivir en un medio hostil a ustedes, un mundo dominado exclusivamente por los hombres y el dinero. —Se acomodó en la cama sabedor de que había dado en la diana. Simone no dejaba de escrutarle el rostro—. Ustedes tienen una sensibilidad diferente a la nuestra, otro tipo de talento. Explotan instintivamente una especie de diplomacia sutil, una intuición misteriosa para leer lo que piensan otras personas, para interpretarlo y triunfar. Dicen que el ciego desarrolla facultades auditivas superiores a las normales precisamente en razón de su defecto físico. De la misma manera, las mujeres al estar mutiladas sexualmente tienen que perfeccionar otras habilidades, echar mano de otras herramientas diferentes a las de los hombres para encontrar un equilibrio social, económico y profesional —la Kirkpatrick miraba al magnate con una expresión de azoro y desprecio muy mal disimuladas.

— ¡Cómo disfrutas al destruir y disminuir a los seres humanos por su color, por su sexo, por su tamaño! Tienes que buscar defectos ajenos para consolarte por los tuyos y no sentirte... tan mal —logró controlar Simone su impulso cuando ya iba a decir su auténtica verdad—. Tú, Robert...

—Un pájaro se columpia en una jaula sujetándose con las patas, pero si la pájara quisiera hacer lo mismo y no tuviera extremidades, ¿cómo haría para columpiarse, amor, si no es ingeniándose las para no perder la diversión?

—Eres un morboso...

—Ven, ven nena, sí, ven, luego me sigues contando lo que soy. —El magnate la silenció con un beso que le cubrió toda la boca.

Simone sentía asfixiarse. Hubiera querido arañarlo. Keith gozaba cuando hacía sentir impotente a la gente. Lo había logrado una vez más. Simone hizo un esfuerzo por soltarse y respirar. Pensó, sin embargo, en su próxima exposición impresionista, en su museo, en su futuro.

Mira que decirme que yo valgo como persona y que soy un ser humano valioso. ¡Ay!, lo que tiene uno que oír. La habilidad de las mujeres, repetía Keith mientras empujaba las sábanas con las piernas. ¡Me encantan las viejas!, sobre todo estas tan serias que se dicen intelectuales. Cuando menos se dio cuenta, Simone Kirkpatrick sintió sobre sí el peso del cuerpo del Rey de la Banana.

Keith trató más tarde de rehuir el tema y en su lugar prefirió hablar de Arbenz para no concluir en un pleito inconveniente.

—Ese mal viviente me dará una estocada, Simone, oye cuando te lo digo; intentaba exhibir su valía, demostrarla velada o abiertamente de alguna manera, antes de empezar a vestirse, so pena de tener que enfrentar la inutilidad de su existencia en la palaciega soledad de sus oficinas. Puedo más, mucho más que quince presidentes juntos. ¡No faltaba más! ¿Paso la mayor parte de mi vida haciendo dinero cuando en realidad lo mejor de la vida no lo puedo comprar con él? ¡Ja!

—Tráiganme a Margarita Donde, mándenle el boleto de avión. La quiero mañana aquí. Necesito algo para medir mi fuerza y mi poder —decía ya al subir por el lujoso elevador privado del First National City Bank de Boston, en donde presidiría una reunión del Consejo de Administración. Mira que decirme que cuando ella me conoció yo empujaba la comida con el dedo...

La sesión se llevaría a cabo en Nueva York para inaugurar las oficinas matrices del banco en uno de los rascacielos más impresionantes de la ciudad, construido en su totalidad con granito rojo importado de Brasil. Se trataba de una mole de acero y concreto de 58 pisos de altura, hecha, como decía Keith, a base de dominicos. Tú vende muchos plátanos como yo y te podrás hacer uno como éstos, repetía en plan burlón cuando alguien inquiría indiscretamente respecto al costo del inmueble. La sala de consejos decorada en tonos suaves, como el fresa pálido, para no cansar la mirada, combinaba perfectamente con el color frambuesa claro de la alfombra y el tapiz de seda de las paredes. La mesa de juntas, oval, para 24 personas, esas mesas desde las cuales se dirigen los destinos del mundo entero, había sido trabajada en finas maderas de caoba y barnizada exquisitamente para lograr el máximo lucimiento de las vetas. Desde el lugar de honor, a su mano derecha, el presidente del Consejo podía recrear la vista en tres o cuatro regias pinturas de la escuela renacentista italiana, escogidas especialmente por Simone Kirkpatrick entre las obras más selectas de la exposición itinerante de la Fundación para decorar dignamente el histórico recinto. A su lado izquierdo Keith tenía a sus pies la ciudad de Nueva York, enmarcada por uno de esos gigantescos ventanales a través de los cuales pretendía adivinar ya como un vicio acendrado los avatares de su futuro por medio de la lectura de las señales del cielo y de los astros, a modo de una rutina desgastante, un vicio de imposible liberación.

El orden del día en aquella ocasión se leía como sigue, impreso en papel muy fino con el logotipo de la United Fruit grabado en la parte superior izquierda de la hoja:

- A) Situación de la finca El Tiquisate en Salaragua. Aspectos legales.
- B) Situación legal de los trabajadores despedidos del International Railway of Central America.
- C) Construcción de la carretera al Puerto de Santo Tomás.
- D) Situación de la United Fruit a la luz del proyecto de Reforma Agraria promovido por el gobierno del presidente Arbenz en relación a las tierras ociosas.
- E) Opinión de la Casa Blanca, de la CÍA y del FBI en relación a la tendencia comunista del gobierno salaragüense.
- F) Posición de Truman en torno al conflicto. Perspectivas de la sucesión presidencial en Estados Unidos. Orientación de los acontecimientos de llegar Dwight D. Eisenhower al poder.
- G) Asuntos generales.

Edward Barnays ocupaba, como siempre, la otra cabecera. A Keith le gustaba estudiar los movimientos hasta del último músculo del rostro de su director de relaciones públicas y leer todas sus expresiones según se analizaban y se discutían cada uno de los temas en cuestión. El *Yo sé cómo* lo tenía maravillado. Tan pronto uno de los mozos vestido con filipina le acercaba la silla al Rey de la Banana, en punto de la hora citada, se cerraba la puerta herméticamente como las bóvedas del mismo banco, y nadie, ni secretarias ni meseros ni edecanes, nadie, absolutamente nadie que no hubiera sido expresamente invitado podía permanecer en el interior del ostentoso recinto ni abandonarlo después del lacónico buenas tardes espetado ceremoniosamente por Keith con ánimo de darle al evento la máxima solemnidad.

El secretario describió con algún lujo de detalle la magnitud de los daños causados en Salaragua al paso del huracán *Pipa*. El meteoro, aparecido rabiosamente a finales de septiembre de 1951, había derribado hasta el último banano de la gigantesca plantación del Tiquisate y provocado el despido masivo de siete mil trabajadores de la United Fruit. Las pérdidas eran totales. Millones y millones de dólares fueron succionados de la tierra como si la madre naturaleza hubiera decidido ensañarse nuevamente con Salaragua y castigarla por alguna razón desconocida. La divinidad parecía sancionar alguna conducta indebida por medio de estos fenómenos atmosféricos ciertamente devastadores. Los campesinos, jornaleros, peones, capataces, cargadores y estibadores, los comerciantes e intermediarios debían enfrentar el desempleo, su ruina, la ruina del país, la cancelación de una nueva esperanza, el fin de un sueño, de un ingreso aun cuando fuera en fichas canjeables en la tienda de la Frutera, el nacimiento de una pesadilla real, material, diaria e insoportable, los trabajos de reconstrucción de casas, barracas y jacales, fincas, plantaciones y caminos, comunicaciones, bodegas y estaciones ferrocarrileras y muchos años de espera para volver a cortar una penca más en el mismo lugar, hoy destruido. El sacrificio estéril de más de una generación, el hambre, la enfermedad, los estómagos más vacíos que los morrales, las leyes del eterno retorno, la miseria a su máxima expresión, mientras que para la United Fruit era la pérdida de una de las muchas plantaciones instaladas a lo largo y ancho del Caribe y de toda Centroamérica. Para el Pulpo era una mera cuestión de números, un retoque, quizás un maquillaje adicional a los estados financieros de cara a Wall Street y a los bancos. Para Salaragua, por contra, se trataba de una catástrofe de enormes proporciones, una zona de verdadera emergencia nacional que, además, haría abortar en el futuro proyectos de construcción de obras públicas presupuestados con arreglo a la recaudación derivada de la exportación de plátanos de esa misma finca.

En aquella ocasión, una de las familias gravemente afectadas fue la de Margarita Donde. Su padre, después de haber dedicado al Pulpo más de 35 años, se quedaba sin empleo y sin compensación económica para poder seguir viviendo por lo menos durante el tiempo que le tomara contratarse en una nueva actividad. Margarita vería la manera de resolver el problema. Contaba con una herramienta de extraordinario poder de convencimiento, un instrumento mágico, con independencia de su anatomía tropical, de sus labios carnosos, la locura de Keith, de su piel tersa del color de la canela y de sus profundos ojos negros, más negros que el más puro y antiguo de los carbones: la venta de información.

De tal magnitud había sido el desastre que la United Fruit había llegado a la conclusión de cerrar indefinidamente la plantación del Tiquisate. El importe de los daños, además de irreparables, se elevaba a cantidades escalofriantes. Pasaría mucho tiempo antes de volverla a explotar como en sus mejores días. La inundación ocasionada por la tormenta tropical y los cientos de miles de bananos arrancados del suelo por la ferocidad de los vientos huracanados, el número todavía desconocido de pérdidas humanas y animales desaparecidos, la destrucción de las instalaciones, caminos y vías de comunicación, centros de carga y descarga, oficinas y equipo agrícola, obligaron a Keith a disponer la clausura irremediable de una de las más rentables inversiones en la historia de la compañía, la finca consentida de los vientos, la hechicera, la intocable por los fenómenos atmosféricos, siempre generosos con ella, la inmune a las plagas, no así a las huelgas que ya empezaban a aparecer eventualmente como en ninguna otra; la que siempre encabezaba las gráficas de productividad internacional de la Frutera, el orgullo de su tío Minor, el ejemplo vivo de una administración eficiente de cara a todos los gerentes regionales. El Tiquisate se cierra con todo el dolor de mi

corazón, dijo Keith al dar su aprobación y asentar su firma en el documento interno, como si fuera Leónidas Trubico cuando mandó abrir fuego en plena vía pública contra un grupo numeroso de mujeres opositoras a la tiranía en los días anteriores a su derrocamiento. El viento dejaba una nueva cicatriz en el rostro centroamericano.

La United Fruit se había negado tal y como era de esperarse a la recontractación de los siete mil trabajadores cesantes de la plantación, a pesar de los insistentes llamados y propuestas conciliatorias del gobierno de Arbenz.

Keith hizo saber en el pleno de la reunión que en ningún caso y por ninguna circunstancia estaría dispuesto a contratar ni siquiera a uno de esos patanes buenos para nada del Tiquisate. Si de por sí no trabajan menos lo harán, mucho menos lo harán ahora si no hay ni una triste penca que cortar. ¿Qué van a hacer todo el día sentados ahí? ¿Esperar a que crezcan las bananas y rascarse los huevos mientras nosotros pagamos sueldos como idiotas? Prefiero, en ese caso, gastarme el dinero en putas. Pagaremos cuando devenguen su dinero; entre tanto no doblaremos el brazo. Pasemos a otro punto.

—Quisiera recordar —intercedió suavemente en lugar de John Foster Dulles, el gran ausente, el nuevo abogado delegado de Sullivan & Cromwell— que fuimos demandados ante la Suprema Corte de Salaragua y que según informaciones de último minuto la sentencia, a dictarse a más tardar en enero próximo, viene en contra nuestra.

— ¿Cómo se llama usted? —inquirió Keith impaciente.

—Lloyd, señor, Lloyd McCulloch —respondió con una leve sonrisa el experto en derecho.

—Mire usted, querido Lloyd, probablemente sea también necesario recordar que la Corte de Salaragua, como usted la llama tan exquisitamente, no es sino una filial de la United Fruit: varios de sus ministros cobran mensualmente sus cheques, desde los felices años de Minor Keith, en nuestra tesorería. A casi todos los tenemos en la nómina.

—Con todo respeto, señor, los teníamos —insistió temerariamente McCulloch—. Una de las primeras decisiones del señor presidente Arbenz fue la de remover a todos los señores ministros de sus puestos para colocar en su lugar a jueces de la más probada reputación y capacidad técnica. Hoy día ya no queda ni uno de aquellos integrantes del pleno de la época del señor Trubico.

¡Habrásé visto!, pensó Keith para sí, momentos antes de estallar por los aires. ¿De dónde me habrá salido este mierda perfumadito que le falta la capa y la peluca blanca?

—En esta mesa —explicó finalmente con notable malestar—, el señor presidente Arbenz es simplemente Arbenz, salvo que usted tenga con él alguna relación desconocida por los aquí presentes. En cuanto a los señores ministros —empujó todavía más con el ánimo de carcajearse mientras se escuchaba un murmullo morbosos en el salón, música celestial para los oídos del magnate—, éstos no son sino tinterillos de juzgado a mis órdenes. ¡Todos ellos!, ¿me entiende? ¡Todos! —tronó rabioso porque alguien se atrevía a contradecirlo en público, nada menos que frente a sus subordinados y después de una larga entrevista como la sostenida momentos antes con Simone Kirkpatrick—. A Trubico puede usted llamarle señor presidente, él ha sido el único gran patriota que ha tenido ese país. Trubico y nosotros teníamos una causa común hasta que llegaron estos comunistas. A Trubico le disgustaba que lo llamaran dictador porque era un admirador honesto de las democracias, sólo que en un país sin la menor idea del significado de esa palabra. Los indios sabían de su dureza pero se la agradecían, intuían su conveniencia. Déspota o no era un iluminado, un hombre benévolo, exactamente lo que Salaragua necesitaba¹⁰⁵.

McCulloch palideció, volteó a su redor para tratar de leer las caras de sus compañeros de consejo. No, no le ayudarían, al contrario, esperarían sólo una señal para abalanzarse sobre él como una jauría y demostrarle una vez más su lealtad al jefe supremo.

—Vine en representación del señor Dulles porque, como es del dominio público, se encuentra en el

cierre de la campaña del señor Eisenhower. No vine a dar clases de nada ni a recibirlas y mucho menos de etiqueta política. Si estoy aquí es para externar con la oportunidad que sólo yo sienta conveniente determinados puntos de vista legales necesarios para la consecución exitosa de sus negocios, y sólo para eso —concluyó sin ocultar su sorpresa al sentirse agredido por el presidente del Consejo de Administración.

Foster Dulles me dijo que éste era genio, pero no que fuera un suicida, pensó Robert Keith al escuchar perplejo la osadía de Lloyd.

—Sólo quiero dejar clara constancia en esta mesa —continuó el abogado sin reconocer la gravedad del silencio producido por sus comentarios—, que la expropiación petrolera en México se consumó cuando los petroleros extranjeros subestimaron a la Suprema Corte de Justicia de ese país. Gracias a esa circunstancia le pusieron a Lázaro Cárdenas en charola de plata la feliz oportunidad de nacionalizar la industria, misma que él desde luego aprovechó para su eterna gloria en perjuicio de los intereses americanos, entre otros muchos más —nadie pestañeaba en la reunión, era tan raro que alguien contradijera al Rey de la Banana en público—. De modo que si nuestra influencia se ha visto reducida por la remoción de los ministros de la corte salaragüense, anteriormente a nuestra disposición, y por otro lado, como ha quedado debidamente consignado en esta mesa, fuimos ya demandados ante la máxima autoridad judicial de Salaragua, debemos extremar nuestras precauciones para no incurrir en el mismo error de los petroleros americanos hace doce años.

— ¿Terminó usted? —interrogó Keith secamente.

—No, señor —repuso McCulloch aparentemente ajeno a la intención de la pregunta—. Al inicio del gobierno de Arbenz fueron despedidos siete trabajadores del International Railway of Central America, perdón que no respete la orden del día y pase al segundo punto —agregó sin la menor consideración—, pero la Corte de Salaragua ya dictó sentencia en contra nuestra ordenando la reinstalación de los empleados¹⁰⁶, es decir, perdimos el caso y tarde o temprano tendremos que tomarlos de nuevo o esperar una respuesta desesperada de Arbenz, quien no debe estar dispuesto a que se exhiba en público su cobardía o se demuestre el divorcio entre sus promesas de campaña y la realidad de su conducta ya como presidente de la República. En consecuencia —concluyó en tono doctoral— debemos darle a Arbenz una salida decorosa y no jugarnos el más por el menos, antes de que él tome una medida extremista en nuestro perjuicio. Sugiero en consecuencia negociar, señor Keith, negociar antes de que sea demasiado tarde para conocer además los verdaderos planes de Arbenz y podernos defender mejor sin interpósitas personas, un cara a cara, señor Keith, eso es en definitiva lo que yo le aconsejo.

¡Carajo con éste!, pensó Keith.

—Dígame, buen hombre, ¿usted es abogado o pretende ser director corporativo?, señor McCulloch —preguntó el Rey de la Banana con una sonrisa cargada de sorna.

—Abogado, señor.

— ¡Ah!, bueno, damos por escuchadas en ese caso sus recomendaciones. Le suplico dejar el recibo de sus honorarios a la salida —agregó el magnate sin más. El ambiente se podía cortar con la mano. Era amigo de las escenas violentas en público para lucir siempre su autoridad.

McCulloch repasó instintivamente el orden del día. No habían concluido ni el primer punto. Lo despedían. Era evidente. Abrió su portafolio después de revisar por última vez la cabeza de Keith. Guardó unos papeles mientras el peso de las miradas parecía serle irrelevante. Se levantó lentamente, volvió a poner la silla en su lugar y tan pronto pronunció un buenas tardes, señores, se retiró con paso seguro, cerrando la puerta con un sonido apenas audible.

Keith se acomodó instintivamente las solapas de su traje cruzado e inició la ceremonia del encendido del puro con las tijeras de oro, los cerillos especiales y su centímetro de ceniza blanca, mientras dictaba el acuerdo respecto al punto en cuestión ante la mirada precavida y atenta de los asistentes. Tome nota. Dictó:

—Si Arbenz y la corte insisten en la recontractación por la vía judicial o a través de presiones políticas, la United Fruit y todas sus filiales en Salaragua suspenderán operaciones y nos retiraremos del país para no mostrar debilidad ni temor. Si nosotros abandonamos Salaragua, la economía se desplomará: si no recaudan impuestos de la exportación de plátanos no tendrán dinero ni para pagar la nómina burocrática. El desempleo los conducirá a una nueva revolución: se despedazarán entre ellos —advirtió al dar la primera bocanada de humo— y los nuevos dirigentes, después de colgar de los postes a Arbenz y a los miembros de la corte y del gobierno, vendrán a pedirme de rodillas que volvamos a sembrar y a ayudarlos a exportar la fruta, momento que aprovecharemos debidamente para imponer nuevas condiciones.

Se puso entonces de pie, apoyó los nudillos sobre la mesa perfectamente pulida. ¡Ay, si lo pudiera ver Simone Kirkpatrick!

—Nosotros somos la clase de hombres que hacemos vibrar a las mujeres. Qué fácil es decir: ¡recontrátenlos! —reventó repentinamente con el propósito de jalar toda la atención—. Para la gente es muy fácil hablar cuando no se ve afectada. ¿McCulloch acaso les va a pagar a siete mil trabajadores? ¡No!, claro que él no les va a pagar ni un *dime* ni un córdova ni les va a entregar una triste ficha para canjearla por alimentos. ¿Quién les va a pagar en ese caso? ¿Alguno de ustedes quizá? ¿Arbenz? ¿Quién, quién les va a pagar sino yo? Sí, ¡yo mismo!, la United Fruit, que desde luego debe ser una institución de caridad. ¿Y con qué les vamos a pagar si la plantación ya no produce para nuestra desgracia ni un maldito dominico? Toda la zona bananera fue borrada del mapa de un día para otro —sentenció en términos contundentes—. Si no hay plátanos que vender, no hay trabajo, no hay empleo y por lo mismo no hay sueldos, no hay ingresos para nadie si nosotros dejamos de tenerlos. O todos nos jodemos o a todos nos va bien —exclamó totalmente convencido de la justicia implícita en sus aseveraciones—. Que los ayude Dios, su Señor. Al fin y al cabo a él no le cuestan nada los milagros, a diferencia mía que igual los hago pero a un costo de millones de dólares. ¿Para qué invertí en tanto altar en las fincas? ¡Que recen, carajo! A ver si alguien los oye que no sea Eisenhower, Arbenz o yo, que no podemos hacer nada por devolverles el empleo.

Toda la audiencia estalló en una larga carcajada para homenajear la ocurrencia. Con un ademán del magnate, similar al que hacen los directores de orquesta cuando quieren dirigir unas palabras al auditorio, todos dejaron de reír al unísono. Keith se preguntó en voz alta:

— ¿Saben ustedes por qué razón ni Dios los ayuda? Yo se lo diré: porque son unos haraganes acostumbrados a que alguien les resuelva siempre sus problemas. Con ese argumento se sientan a esperar eternamente hasta la llegada de la noche de los justos. O el gobierno les promete y nunca les cumple o la Iglesia igualmente les promete y quién sabe si les cumpla, porque nunca nadie ha regresado para contarnos cómo le fue en el más allá. Hasta la fecha no sabemos si la Iglesia tiene o no palabra de honor...

McCulloch escuchaba en la antesala una nueva serie de sonoras risotadas. Presintió que se burlaban de él. Pensó entrar de nuevo. Nadie podía pasar una vez comenzada la reunión. La puerta sólo se abría por dentro. Desistió. Vaciaría en su reporte la realidad de lo acontecido.

—Yo no soy su padre ni su virgencita de los santos remedios, ni soy un presidente en busca de adeptos o de imagen política —continuó Keith cobrando ímpetus—. No le debemos lealtad a nadie. Esta empresa está por encima de todos los valores. Si yo pago el equivalente de siete mil sueldos al mes sin poder cargar ese costo a la venta de bananas de esa misma plantación, la asamblea de accionistas podrá pedir mi remoción justificadamente. Estamos para hacer negocios y ganar dinero. Por esa razón esta empresa goza de salud financiera, porque lo que no funciona se elimina sin piedad, sin esos sentimentalismos latinos tan caros económicamente y tan aberrantes desde el punto de vista productivo y social. Yo me rijo por las leyes de la economía. Porque en la economía existen todavía leyes, ¿me explico? Y cuando se ignoran se proyecta uno directamente al subdesarrollo. Observen ustedes si no es cierto que donde se administran las leyes caritativa o políticamente quiebran las empresas, quiebra el gobierno y quiebra el país entero y surge la miseria nacional. Yo no me apartaré de las reglas. Hemos llegado a donde hemos llegado —insistió de espaldas a la mesa de juntas mientras contemplaba la majestuosidad del Empire State Building— porque

hemos excluido a los débiles, a los torpes y a los derrotistas y nos hemos manejado con un criterio de eficiencia administrativa por sobre todas las cosas. ¿Se pudrió un banano? ¡Tíralo a la basura, siembra otro y castiga en exceso al culpable! ¡Ponle remedio sin lloriqueos! Las quiebras son las quiebras, no las quiebras para unos y los ingresos para otros. Latinoamérica nunca evolucionará en la medida que siga subsidiando y gastando en lo que no debe con lo que no tiene. De un mal hacen dos y el segundo más grave que el primero. Imprimir dinero artificialmente, así de simple como inventarlo, para ayudar a quien no tiene destruye aún más a quien se pretende ayudar y enriquece a quien más tiene. Mientras no se lo aprendan de memoria jamás saldrán del hoyo —sentenció mientras admiraba el majestuoso espectáculo brindado por la urbe de hierro. ¡Qué vista tenía desde aquel ventanal! ¿Me viste, Simone? ¿Me oíste, amor?

Robert Keith necesitaba afirmarse después de cada entrevista con la Kirkpatrick: algo me mueve por dentro esta mujer que me hace sentir incómodo e inseguro. Qué mejor oportunidad para recordar la magnitud de su poder, de su talento y la importancia de su empresa que evaluándola ante un auditorio totalmente sumiso e interesado, dispuesto a venerarlo ilimitadamente. El Rey de la Banana giró sobre sus talones, introdujo ambos dedos pulgares en las bolsas de su chaleco de gamuza café y encaró a su público altivamente. Gozaba el esplendor de sus mejores días.

Adujo entonces que la lealtad corporativa debía estar por encima de la lealtad patriótica. Unas empresas fuertes harían un país fuerte. El Estado debe someterse incondicionalmente a nuestras exigencias, y no nosotros a las suyas. No nos engañemos: el gobierno depende de nosotros. ¿Es claro? Sí, depende absolutamente de nuestros impuestos para comprar acorazados, pagar la nómina de la marina y lucirse frente al electorado nacional. Depende de nuestra bonanza económica, de nuestro éxito comercial interno y externo. Por esa razón —continuó engolosinado— la inversión norteamericana debe ser defendida a ultranza, se encuentre donde se encuentre. La lealtad, nuestra lealtad, debe ser siempre hacia nuestra United Fruit, antes incluso que hacia la Casa Blanca, no nos equivoquemos jamás en este principio. El día que alguien pretenda modificar este esquema de subordinación dejaremos de ser la primera potencia del orbe.

— ¿Que ésta es una nueva moral imperialista? —se preguntó con el puro sujeto con los dientes y los ojos entornados por la cercanía del humo—. Puede ser, pero quienes han intentado controlar el mundo militarmente han fracasado, al menos hasta ahora. Comercialmente no es posible fallar. Nosotros no hemos fallado, eso está a la vista. Ahora, quien controle los mercados podrá dirigir sin violencia el destino de la humanidad.

Uno de los consejeros alcanzó un lápiz de la mesa y empezó a tomar nota como si las palabras de Keith fueran las de un iluminado. Pocas actitudes podían halagarlo más como que alguien escribiera sus pensamientos para dejar constancia a la posteridad de su sabiduría.

— ¿Que a veces alguien resulta lastimado por la necesaria aplicación de nuestras políticas? Sí, puede ser. Ni hablar —exclamó en tanto caminaba nerviosamente de un lado al otro del ventanal—. Nosotros estamos obligados a aprovechar al máximo los recursos de este planeta con la máxima eficiencia y el mínimo desperdicio, no importa si tenemos que sacrificar algún país. Nosotros estamos antes que nadie por una sencilla razón: todos dependen de nuestra prosperidad. Como ustedes comprenderán no podemos darnos el lujo de fallar —el silencio que privaba en el recinto no era raro cuando el magnate hacía uso de la palabra. Aun las frías aguas del Hudson dejaban de fluir—. Representamos —continuó sin ocultar una expresión de soberbia— una generación de empresarios con el potencial práctico para manejar una corporación planetaria que debe ser la administradora del mundo...

El mismo Robert Keith se sorprendió cuando al decir esto último el Consejo de Administración en pleno se puso de pie y empezó a aplaudir rabiosamente, calurosamente. Pidió una y otra vez silencio pero el reconocimiento no cesaba ni parecía tener término alguna vez. Los brazos se cansaban, las palmas de las manos enrojecían, en los rostros emocionados empezaban a aparecer perlas de sudor, comentaban unos a otros la genialidad de la parrafada del patrón, sonreían sin desprender la vista del homenajeado mientras

arreciaba la ovación a pesar de los insistentes llamados del Rey de la Banana a la calma. Finalmente se aplacó el fanatismo. El magnate se cuidó mucho de expresar su azoro ni excederse en el agradecimiento. Continuó:

—Ahora las fronteras políticas de los países no son sino demarcaciones culturales o lingüísticas. ¡Abajo con ellas! —exigió impulsivamente—. La geografía política es un concepto aldeano, anacrónico, son obstáculos a la evolución, al progreso. Los políticos son los prisioneros de la geografía; nosotros, los empresarios, somos dueños de ella. Lo único que cuenta —deslumbró con sus argumentos— es la extensión de los mercados y quien intente ponerle límites territoriales en esta hora pretende ponerle puertas al mar, construir una muralla china en pleno siglo XX. En síntesis, señores, ignorar lo mejor de nuestra civilización —concluyó agitado—. La mayor religión, sobre todo en Centroamérica, es el culto a la soberanía, la ridícula defensa de sus fronteras. Por eso no avanzan ni prosperan en ningún orden.

Todos iban a ponerse de pie nuevamente pero a una señal de Barnays nadie se movió. Algo había visto el Demonio.

Keith agregó que los ingresos anuales de las empresas transnacionales —por primera vez se acuñaba el término *transnacional*, Barnays tomó nota en su inseparable libreta de apuntes, ¡hermosa expresión!, diría para sí —eran infinitamente superiores a los de muchos países avanzados y crecían dos o tres veces más rápido que los de ellos. Aquéllas decidían cómo debía vestirse la gente, qué debía comer, dónde trabajar y cómo vivir. Nacía una nueva teoría de organización humana con la capacidad de alterar la concepción del Estado que había regido por cuatrocientos años la vida de las naciones. ¿Cómo era posible que un gobierno nacional estableciera políticas si a cinco mil kilómetros de distancia un grupo de empresas o una sola de ellas decidía cambiar sus patrones de compra y producción con lo cual harían abortar los planes del país en cuestión? Señaló, como podría hacerlo un destacado catedrático, que el nacionalismo se oponía a un mundo único. Que era preferible una democracia consumista que una democracia política. Que los funcionarios de dichas empresas eran ciudadanos del mundo. Que por esa razón adicional no se le debía guardar lealtad a ningún país. Insistió: No le pertenecemos a nadie, somos patrimonio de la humanidad. Que las leyes marciales siempre habían mejorado sensiblemente el clima de negocios en el mundo. Robert Keith se empleaba a fondo, intentaba lucirse con alguien o desquitarse de algo. Arrojava ideas con una rapidez pocas veces vista. Por algo había llegado a donde había llegado. ¡Qué agilidad mental! ¡Qué conceptos de vanguardia! ¡Qué imaginación y talento! Si era necesario pelear con el enemigo se debían usar nuestras balas, no nuestros hombres. Él deseaba vender plátanos en todo el orbe, a los ateos, a los negros, a los racistas, a los mongoles e incluso a los comunistas: ellos podrán ser distintos a nosotros, sus dólares son iguales. Que el Estado para él no debía ser sino un guardián de la ideología y del patrimonio de la empresa privada. Que si lo que se deseaba era seguir sometiendo mercantilmente a los países en vía de desarrollo era imprescindible controlar el riego de divisas. No permitir que las acumularan ni que creciera desmedidamente el nivel de sus reservas; dejarles sólo las necesarias para vivir y crecer, las de uso diario. Por esa razón había que cobrarles altos intereses, regalías, asistencia técnica, dividendos, etc.. Y si aun así eran demasiadas las que quedaban, entonces era necesario hacer ¡buuh!, exclamó haciéndose el gracioso. Es decir, hacer correr el rumor de una devaluación o de un nuevo golpe de Estado al que las sociedades latinoamericanas, por ejemplo, eran tan susceptibles.

—Todos éstos se lo creen. Es tan fácil asustarlos y que se pongan a comprar dólares como loquitos para saquear sus ahorros nacionales, los que aparecerán como por arte de magia a 24 horas de esparcido el rumor en los bancos norteamericanos. No olvidemos que el dinero en el cono sur lo detentan pequeñas élites acostumbradas a la buena vida y que no están dispuestas por ningún concepto a perder el privilegio ni sus posiciones. Ellos tienen el oído más aguzado que nadie. También, ¡claro está!, tienen más lealtad por sus divisas que por sus patrias. Patrias, patrias, ¿qué es eso?

El Rey de la Banana pocas veces había hecho uso de expresiones tan festivas y divertidas. Cuando decidía ser simpático lo lograba realmente con gran facilidad. Él lo entendió, captó el reconocimiento en las

risotadas de sus consejeros. Decidió buscar más recompensas a su sentido del humor.

—Sí, hombre, al hacer ¡buuh! éstos hacen colas en los bancos para comprar dólares y mandármolos a casa para ayudar a financiarnos en lo interno. Cuando necesitamos dinero en Estados Unidos la CÍA se encarga de decir en América Latina —Keith dejó por unos instantes su puro en el marco del ventanal y colocó ambas manos abiertas alrededor de la boca como si llamara a alguien—: ¡eh! que viene el lobo, el lobo, que viene el lobo... Y en ese momento nuestras arcas se llenan con una catarata de dinero.

—No es genial? —el auditorio estaba encantado—. Es más —agregó satisfecho—, hay otras maneras de regular el monto de divisas que deben tener disponibles. Simplemente ordenamos a nuestras sucursales bancarias latinoamericanas la cancelación de nuevos créditos, reducimos sus exportaciones a Estados Unidos por medio del establecimiento de cuotas a sus productos o le subimos los impuestos de importación de sus mugrosas artesanías o de sus materias primas a nuestro país o dejamos de comprarles transitoriamente bananas, café o petróleo y como nunca tienen a quién vendérselo ni saben organizarse en bloques comerciales para defenderse y si lo hacen siempre hay algún esquirolo que deroga los acuerdos, los tenemos agarrados delicadamente, de la misma manera que a un gran toro cebú se le controla poniéndole un anillo en la nariz. Así hasta un niño puede jalarlo. Cuando se agotan las reservas todo vuelve de repente a la normalidad.

Una carcajada, ésta mucho más estruendosa que las anteriores, festejó la feliz ocurrencia. Qué día. Sería inolvidable. Irrepetible.

—Pero hay más, perdón por el paréntesis del día de hoy señores, pero vale la pena el comentario —se disculpó todavía risueño—. Todo lo que fabricamos en Estados Unidos gusta en América Latina, lo compran hasta de contrabando. ¿Díganme si no es fácil venderle a un caníbal un encendedor Ronson de gasolina después de que ha estado frotando piedras toda la mañana para lograr una chispa con ánimo de calentar su comida al menos una vez en su vida? —Keith enloquecía a la gente—. ¿Cuánto invierten en investigación tecnológica? No, no hagan números —se contestó él solo—. ¡Nada!, absolutamente nada. Por eso podremos seguirles vendiendo chicle y nylon, porque éstos no saben sino tragar plátanos, siempre y cuando —concluyó— no sean los Gros Michel; éstos están reservados a la exportación...

En ese momento, cuando la algarabía estaba a su máxima expresión, el magnate consultó el rostro de Barnays. No reía, repasaba el orden del día dentro de su acostumbrada sobriedad. Keith jaló la leontina de una de las bolsas de su chaleco, leyó la hora y regresó sin más a su lugar. Se hacía tarde. Había que desahogar la reunión a la brevedad posible.

La votación respecto a los dos primeros puntos fue unánime. Sólo Barnays pidió que Keith solicitara a un presidente latinoamericano, como un toque diplomático, un pronunciamiento en contra de las expropiaciones de bienes ajenos, con el ánimo de evitar las posibles tentaciones de sus colegas. Él redactaría un texto con el contenido idóneo para ser leído por un jefe de Estado leal a la Frutera. Sugirió al hondureño: ellos tradicionalmente nos han sido adictos. Propongo, si no hay inconveniente que sea él quien lea la declaración en la próxima reunión plenaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

¡Bárbaro!, pensó Keith en silencio. Este Barnays es de los míos. Luego se escondió deleitado tras una nube de humo blanco como si fuera un dios salido del espesor de las tinieblas.

—Sugiero también —añadió Edward Barnays, sin darse cuenta que el Rey de la Banana ocultaba una sonrisa de inmenso placer: dirá una nueva genialidad, pensó para sí el magnate—, que el presidente Truman declare públicamente una especie de Doctrina Monroe del siglo XX —la asamblea se miró confundida a los ojos—. Sí una doctrina que establezca la imposibilidad de expropiar bienes norteamericanos en este continente, en el entendido de que si América ha de ser de los americanos, su patrimonio no podrá divorciarse de ellos para pasar a ser de terceros ajenos. Todos supimos —aclaró mientras pronunciaba lentamente cada palabra— de la expropiación de la Anglo Irán Co. en este mismo año. Impidamos que cunda un ejemplo así en este hemisferio, sobre todo después del doloroso caso mexicano. Nosotros sí sabemos

experimentar en cabeza ajena, como dicen por ahí en el sur.

La moción fue aprobada por unanimidad y con el debido festejo, como acontecía por lo general cuando Barnays proponía algo. El propio director de relaciones industriales fue encargado de la preparación del documento para someterlo a la consideración de uno de los senadores dependientes de la United Fruit en el seno del Congreso americano. Él a su vez se ocuparía de elevarlo al Departamento de Estado y en consecuencia a la Casa Blanca, vía la Comisión de Asuntos Exteriores del mismo Senado para su debida instrumentación. Barnays por su parte fue felicitado ampliamente. Keith observó desde su asiento quién dejaba de hacerlo o no lo hacía con la debida efusión.

El secretario del Consejo de Administración comentó que Arbenz, mucho se cuidó de no decir el señor presidente Arbenz, había empezado la construcción de una carretera al puerto de Santo Tomás que correría paralela a las vías férreas propiedad de la International Railways, subsidiaria de la United Fruit y que la misma podía restarle poder político a la empresa transportadora desde el momento en que vería amenazado su monopolio ferrocarrilero.

—Si el resto de los productores de banana pueden llevar por otros medios su fruta a los centros de consumo, ofreciéndola además a precios infinitamente inferiores a los nuestros, lastimarán severamente nuestra posición en el mercado y afectarán nuestros planes de crecimiento, sobre todo si se les da la oportunidad de unirse en contra nuestra, gracias a que dejaremos de controlarlos a través de nuestras tarifas ferrocarrileras. Por otro lado —concluyó—, nos acaban de notificar un adeudo fiscal de impuestos atrasados a cargo de International Railways por diez millones de dólares que, según nuestros gerentes regionales, aun cuando confiesan no estar totalmente al día con el fisco estiman el pretendido cobro como parte de una estrategia comunista del nuevo gobierno para hacerse de nuestras líneas y de nuestras instalaciones en general.

El tema provocó una discusión como si hubiera estallado una bomba en una vidriería. ¿Cómo se atreven a atentar en contra de los sagrados intereses norteamericanos? ¡Mira que tratar de construir una carretera paralela a nuestra línea de ferrocarril! Qué esperarán estos micos tragabananas, ¿que nos quedaremos con los brazos cruzados mientras nos perjudican tan burdamente? ¿Que los aplaudamos o los condecoramos? Si permitimos que hoy nos hagan la competencia con una carretera, nos afecte o no nos afecte, mañana empezarán a rentar buques para transportar sus mercancías y nuestra flota blanca se quedará anclada en Boston para sacar una fotografía de recuerdo. Perderemos el control del comercio exterior de un país, luego de otro, luego de otros más, hasta perderlo en toda Centroamérica y luego en el Caribe y más tarde podremos irnos a la mierda con todos nuestros accionistas y Wall Street en pleno. Ahora bien, si lo que nos pase a nosotros mañana les acontece igual a banqueros, compañías aéreas, aseguradoras, empresas azucareras, huleras, cafetaleras y tabacaleras con capital predominantemente americano, el sueño de Monroe, el de los Padres Fundadores, se irá por el alcantarillado. Pasaremos a la historia con todo y nuestro poder económico y nuclear como la generación apestosa que fue incapaz de defender la grandeza heredada de nuestros abuelos. Una pandilla de amantes de 10 ajeno, tal cual lo ha demostrado en otros países, se apoderará de lo nuestro con la misma facilidad que ahora permitimos la construcción de una carretera que nos sacará del mercado nacional. Más tarde perderemos el control del comercio exterior y ya entonces podremos mandar a descansar, con la satisfacción del deber cumplido, a nuestra flota blanca y a nuestra plantilla de locomotoras hasta que se oxiden en los andenes o nuestros barcos se hundan por obsoletos en los muelles del golfo de México. Los soviéticos no sólo se robaron el secreto atómico. Ahora pretenden poner una base en Salargua y otra en Corea. No exagero, no los menospreciamos. Esto no es una broma —acusó con marcada severidad.

Keith interrumpió la discusión. En realidad le agradaba comprobar cómo sus subalternos hacían suyos los problemas de la United Fruit. Cuando alguien dice ¡bah!, sólo se trata de un dominico, es el principio del fin. Al cabo que es sólo un dominico, nada pasará. Manifestaban acaloradamente sus puntos de vista, en buena parte para adular al jefe, pero también porque la competencia interior era ciertamente feroz. El pez

grande igualmente se comía al chico en el seno de la propia empresa. Imperaba la ley del más fuerte. Los débiles, los cortos de carácter, los escasamente ejecutivos eran eliminados gradualmente hasta perderse en las grandes burocracias de la empresa o ser excluidos de ella para siempre por inútiles. Había que saber pelear, defender la causa y el puesto con ambas manos para no sucumbir arrollado por los mejores, por los ambiciosos incansables, por los eternos francotiradores y por quienes estaban dispuestos a escalar posiciones a cualquier precio y en cualquier circunstancia. Tal cual hacía la United Fruit para defender sus mercados y sus intereses domésticos y foráneos. A como dé lugar: ¿a patadas?, a patadas nos arreglaremos. ¿Con las manos? ¡Con las manos! ¿Con influencias? ¡Con influencias! ¿Con trampas en donde somos especialistas? ¡Con trampas o sin ellas no cederemos nunca ni un *dime* ni un pie cuadrado si se trata de dinero, ya sea que tengamos que chantajear, robar, sabotear, acusar, matar, derrocar presidentes o imponerlos y en su caso tenernos que ayudar de la CÍA y del FBI, del Pentágono, de la marina de guerra, de nuestra aviación y si es menester de las bombas atómicas, porque, que lo sepa el mundo, no las tenemos para asustar ni para ponerlas en una vitrina en los museos tecnológicos. Japón bombardeó Pearl Harbor y no los barrimos del mapa ni nos quedamos con todo el país por caridad. Que no se olvide nunca esa lección. Keith señaló: hemos hablado mucho el día de hoy: Quiero conclusiones y propuestas concretas.

Ninguna le gustó. Todas eran pasionales y muy poco efectivas. Barnays guardaba silencio. Observaba.

— ¿Qué dices, Ed? —optó Keith por la línea recta.

—Opino —contestó Barnays rápidamente, como si hubiera estado esperando la pregunta, mientras se hacía otro pesado silencio— que debemos dejar que una buena parte de la cosecha de plátanos de Salaragua se pudra en los muelles infestados de moscas.

Keith sintió una puñalada en la carótida, ¿o en la caríatide?, bueno, sintió una puñalada, señorita Kirkpatrik. ¿Se habrá vuelto loco? El murmullo no se hizo esperar: Barnays delira.

—A nosotros no nos va a pasar económicamente nada si se pudre una cosecha, pero para las finanzas salaragüenses, según ha explicado el señor Keith, sería una estocada mortal. No los amenecemos: actuemos. Si nosotros no exportamos ellos no recaudan y si ellos no recaudan no construirán su carretera y si no la construyen habremos triunfado y dejaremos las cosas en el estado en que se encuentran. Démosles una probadita. Enseñémosles el músculo para que entiendan con quién se meten —advirtió en un tono de voz apenas audible, según era su costumbre—. Por Salaragua puede pasar un huracán cien veces más violento que *Apolo*, puede incluso derribar hasta el último banano y para nosotros no pasará de ser un mero rasguño, pero para ellos su supervivencia estará en jaque, el gobierno mismo se vendrá abajo y una nueva revolución incendiará hasta la afortunada barraca que haya logrado sobrevivir a los vientos demenciales. Ya no les digamos ¡eh!, que viene el lobo, aventémosles a la fiera hambrienta en medio del festejo comunista. No aventemos uno sino diez, cien lobos, mil si son necesarios. Si estamos midiendo fuerzas, Arbenz, aquí te mando una muestra de lo que tenemos en casa.

Keith no salía de su azoro. Éste debe sucederme el día que yo falte, por algo le dicen el Demonio. Se puso de pie impulsivamente, fue hasta donde se encontraba sentado Barnays y le dio un abrazo entusiasta. ¡Qué raros eran estos gestos en el Rey de la Banana! ¡Qué afortunado Barnays en recibirlos!

—Así me gusta, Ed, con pantalones, como decía mi querido tío Minor. Los hombres deben honrar a diario lo que tienen entre las piernas o no sirven para nada.

De regreso a su lugar Keith ordenó que se siguiera al pie de la letra el proyecto de Barnays. Ya veremos si rompiéndoles de entrada los huesos todavía pueden moverse.

Cuando se abordó el tema de la reforma agraria y del llamado decreto 900, tendente a expropiar las tierras ociosas en 1952 Keith no le prestó mayor atención.

—En primer lugar, nosotros no tenemos tierras ociosas. Tenemos grandes reservas territoriales para volver a sembrar cuando el hongo de Panamá, por ejemplo, invada una de nuestras plantaciones. A ellos

mismos les conviene nuestro sistema de precauciones, para poder reconstruir a la brevedad posible las áreas afectadas. Son ociosas, sí, pero no inútiles. Nos conviene y les conviene más tenerlas y no necesitarlas que necesitarlas y no tenerlas.

Barnays le guiñó un ojo al magnate. Eso último había sido verdaderamente genial. Keith devolvió discretamente el guiño, un acuse de recibo.

—Nuestra opinión es impedir a como dé lugar la promulgación del decreto. ¡Saboteémoslos! ¡Sobornémoslos! ¡Obstaculicemos cada uno de sus movimientos! Veamos la manera de diferirlo para darnos tiempo y buscar nuevas oportunidades. Tenemos en Salarragua doscientas mil hectáreas de terreno y sólo el quince por ciento de esa superficie la tenemos cultivada, señor Keith¹⁰⁷. Nos dirán, ¿que para qué tenemos campos de reserva para ciento diez años? Ningún argumento será válido para semejantes fanáticos. Tarde o temprano se querrán meter con nosotros. Es más, casi podemos asegurarle que todo esto del decreto 900 no es sino una faramalla para esconder sus verdaderas intenciones y lanzarse a la mejor oportunidad contra lo nuestro, señor Keith. No es justo.

—Están engolosinados. Nuestra intervención, por más discreta que sea, puede irritarlos aún más —repuso Keith—. Es preferible dejarlos jugar al legislador y no provocarlos. Además, recordemos —aclaró en un alarde de seguridad— que en primer lugar no estamos solos: el Departamento de Estado y la Marina velarán por nosotros y protegerán los intereses americanos donde sea que se encuentren. En segundo término, una cosa es publicar un decreto y otra muy distinta es aplicarlo. Trubico y yo muchas veces promulgamos decretos para tranquilizar a la opinión pública, a sabiendas que no tendrían ningún valor en la realidad. Es algo que resulta inconcebible en nuestro país, sin embargo en América Latina es común y corriente la promulgación de disposiciones a modo de amenaza social, instrumentadas como parte de un sistema de gobierno demagógico, útil exclusivamente para demostrar al pueblo la garra del Estado pero que salvo que alguien sea tan idiota de dejarse engañar, no serán aplicadas jamás. Nuestros embajadores recién desempacados de la Casa Blanca siempre llegan con la preocupación de la ley, la ley, ¡uh!, la ley. Cuando se les explica que en estos países las influencias sustituyen a las leyes más avanzadas y se les recuerda que no están ya dentro de Estados Unidos no salen de su desconcierto y azoro. Para nosotros los americanos —expelió una larguísima bocanada de humo— es muy difícil aceptar un género de vida ajeno a la ley, pero tan pronto entendemos sus ventajas sabemos aprovecharlas y defenderlas como nadie. De modo que no nos preocupemos —aclaró escurrido en la silla, después de haberla echado para atrás y cruzar la pierna— y menos, mucho menos debemos preocuparnos si Eisenhower llega al poder, porque ahora puedo decirlo públicamente: el secretario de Estado será —pensó rápidamente y se detuvo— sí, ¿quién piensan ustedes que puede ser el próximo secretario de Estado? ¿Por qué creen que hoy no está sentado entre nosotros en su sitio de honor aquí a mi derecha?

Todos lo intuían pero nadie lo quiso decir para no restarle lucimiento al magnate.

—John Foster Dulles. Nuestro querido John, amigo y socio consentido de esta casa. Un bananero de corazón —agregó exhibiendo una franca sonrisa—. Claro, también abogado —precisó gozoso—, pero antes que nada bananero declarado y hermano queridísimo —Keith se volvió a poner de pie—: Este lugar —señaló el sillón de Foster Dulles— será respetado así como está, sin que nadie lo use. Fue de él, es de él y seguirá siendo de él hasta que regrese de cumplir el alto encargo de servir a nuestro gobierno en la segunda posición más destacada del país. Ésta será siempre su casa.

La efervescencia que tanto complacía a Keith se produjo de inmediato. El murmullo inicial no tardó en dispersarse para dar lugar a los comentarios. En ese caso, señor Keith, el tal Arbenz ya se puede meter su decreto 900, 900 veces por donde le quepa. ¿Para qué preocuparnos con un amigo así? Sí, sí, que Arbenz recontrate a los siete mil campesinos del Tiquisate para administrar la finca que comprará con dinero robado ahora que lo derroquen por bandido, ¿o ustedes conocen a un solo presidente sudamericano que no salga con los bolsillos llenos?, ¿o a un solo país que los castigue por maleantes y por haber dispuesto de lo ajeno? ¿Para qué queremos a la marina de guerra norteamericana con un amigo así? ¡Nadie logró mejores

concesiones bananeras que Foster Dulles cuando era nuestro abogado! Cada vez que Arbenz firme un decretito en contra de los intereses americanos le convendrá acariciarse el cuello por última vez. Que no se les olvide nunca.

— ¿Piensa usted, señor Keith, que Eisenhower ganará en las elecciones del próximo mes?

—Sin lugar a dudas. Casi me dejaría cortar una mano. Nadie tiene su prestigio después de haberse consagrado como héroe nacional a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. Su imagen es intachable, ¿o no? Hoy por hoy y a pesar de ser un militar y no haber estado nunca en las filas del Partido Republicano tiene más poder y autoridad que la proa de un rompehielos. Eisenhower es invencible y llegará a la Casa Blanca de la misma manera que nuestro John llegará al Departamento de Estado. No en balde hemos hecho generosas donaciones para ayudarlos a financiar su campaña. Sobra decir por quién votarán ustedes ahora en noviembre, ¿verdad?

¡Bésame, Franklin! ¡Bésame! ¿Dónde están tus brazos y tu virilidad de acero? ¿Dónde? ¿Dónde se ha quedado la energía inagotable que adquirirías sólo con verme, con tocarme o con olerme? ¿No me decías: cuando hablas perfumas, cuando caminas flotas, cuando ves iluminas y cuando besas y tocas enloqueces? ¿No me susurrabas todos esos embustes en la playa, en el mar, en los aviones, en la poza, en todas las camas que conocimos, en las albercas, en los muelles frente a las gaviotas, bajo la presencia del sol o de la luna, o caminando de la mano a la sombra de los platanos? Huele toda mi geografía, como tú decías, huele mis montañas, mis selvas, mis vertientes y despeñaderos. Huéleme ahora que ya no soy sino un recuerdo, una mera parte de la historia. Recórreme con aquella lengua juguetona, tan hábil o más que tu hombría hoy descalificada. Te podría montar toda la vida, complacerte, inundarte y beberte. Sí, claro. Hazlo, hazlo ahora mismo que estamos nuevamente juntos después de tantas evasivas infantiles y ridículas.

¿Qué ha sido de tu fuerza, de tus hermosas palabras saturadas de encanto, magia y motivos que me recitabas de memoria al oído hasta despertar cada uno de mis poros y hacerme estremecer como a una colegiala? ¿Dónde quedó la necesidad que decías tener de mí, de mi cuerpo, de mi alegría de vivir, de mi capacidad amorosa desperdiciada, de mi respuesta a tus caricias, a tus insinuaciones y a tus invitaciones carnales? ¿Dónde quedaron tus cartas enfiembradas, tus miradas prohibidas, tus viajes por los caminos inexplorados, tu gracia, tu imaginación y tu vitalidad en la cama? ¿Tu yo podré, sí, yo podré, me pedirás, me suplicarás la paz y la inmovilidad con gritos de placer, empapada en llanto y en sudor...?

—Se acabó, Franklin. ¡Se acabó! ¿Tan poco tiempo pudiste disfrazar la mentira para hacerme sentir La Gran Diosa de la Mierda? —gritaba fuera de sí Sofía en la mejor suite del Hotel Hilton de Managua, ante la negativa de Franklin de seguir usando la habitación de su hermano ni su residencia ni su casa de verano, ya no por un prurito fraterno inexplicable en él sino por temor a ser descubierto por Isabel o tal vez por Blanca, la morena Blanca que curiosamente lo buscaba con insistencia en los fines de semana para montar a caballo como en los mejores tiempos. ¿Montamos, tío?

Managua era un pueblo bananero carente de los más elementales satisfactores de convivencia. Blanca se aburría mientras su tío Franklin, con sus eternas ocurrencias y su permanente disposición, significaba una alternativa siempre feliz para matar el tiempo. Otra vez que estés harta, búscame. Correremos a pleno galope en unos pastizales cercanos. Eso sí, si tu padre me odia, evítate problemas familiares y no se lo comentes a nadie, ¿Me lo prometes? ¡A nadie! Cuando se cuentan las travesuras en ese momento dejan de serlo.

— ¡Miénteme ahora nuevamente! Dime que sí me puedes hacer el amor, cuando tu inspiración escasamente te sirve para pedirme dinero. Qué hábil fuiste para sacarme todavía bastantes dólares con los mejores pretextos, cuando ya no nos veíamos porque probablemente te habías encontrado una mejor que yo en tu camino. Pero recuerda, Franklin, yo te conocí pasional, vivo, descarado, audaz, incansable. Para mí no

es difícil compararte con tus mejores días de fuego, coraje y venganza. Hoy ya ni la venganza te mueve hacia mí. Nada, nada de lo mío te provoca, probablemente ya ni mi dinero. Yo conocí la generosidad de tu amor y hoy debo resignarme a padecer sus miserias.

— ¡Sofía!

— ¡Qué!

—Sofía, yo.

—Tú. ¿Qué?

—Te quiero decir...

—Tú eres una mierda, un gusano, como siempre lo dijo Robert, un bueno para nada, un chupa sangre, sí, un zancudo, eso, un maldito zancudo que vive de la sangre de los demás, un bicho infecto, dependiente, ventajoso, artero, un excremento del bajo mundo, Franklin, y yo estuve dispuesta a darlo todo por ti, qué dispuesta ni qué dispuesta, lo di todo por ti, hasta mis silencios, que tú muy bien supiste interpretar en tu provecho para acercarte a lo mejor que yo hice en mi vida. Bien sabes que me dejé engatusar sin pensar que me arrebatarías el sueño para siempre...

Desde tiempo atrás Franklin Keith buscaba el menor pretexto para limitar las entrevistas de cualquier género con Sofía. Ya eran diez años de insoportable relación y escasos rendimientos en términos de dinero. Su presencia, sus olores rancios, el paso inclemente de los años por su piel, su rostro, sus manos, sus senos y piernas, ya no lo despertaban ni lo inspiraban al extremo de vivir una y cien veces la llegada de la primavera en un solo respiro. Sus aromas, lejos, muy lejos de embrujarlo, le recordaban un pasado cargado de esfuerzos, unos días de promesas y obligaciones desesperadas hasta el agotamiento y el rencor. Las caricias correspondidas ya sólo con sonrisas estudiadas, ya no con estímulos verbales ni mucho menos físicos debieron haberse traducido en señales palpables, evidentes, de su incapacidad amorosa, en la extinción del fuego, de la pasión y del deseo. Sofía se había negado a verlo y a aceptarlo. Asistía al debilitamiento gradual de los instintos de su amante, a la pérdida de sus poderes y a la cancelación de sus emociones y apetitos e ilusiones vitales para asegurar la continuidad de sus relaciones. Ahora la boca de Sofía olía, sus manos traviesas lo violentaban, su presencia lo irritaba, su voz, en los últimos tiempos tipluda y vulgar, hurgaba en su interior groseramente como quien empuja o desprecia o como quien mendiga con insistencia una limosna. No, ya no era lo mismo de antes. Ya no tenía en la mano cartas valiosas para jugarse el resto. Sí, sí, mi resto, ¿Cuál resto con estas barajas? Los latidos de su corazón ya no le anunciaban la cercanía de una veta rica y generosa; bombeaba sangre, sí, pero al ritmo débil y lejano de quien le administran los Santos Óleos. Si fuera pintor hoy la dibujaría con rostro aceitinado y deforme, un monigote narigudo y bocón, un personaje posesivo y ridículo, que en el fondo me agrade y me llama a la risa pero no me ofende. Antes la hubiera inmortalizado en un óleo espectacular. Hoy no tengo fuerza ni para levantar un lápiz y hacer un trazo, ya no se diga tomar el pincel y después de jugar con las formas probar con entusiasmo la combinación de los colores más vivos y audaces de la paleta.

Esta ricachona ha perdido su encanto y hasta ahora lo sabe, de la misma manera que Trubico se lo quitó a los billetes en circulación sustituyéndolos por una nueva emisión cuando aparecieron leyendas y mensajes políticos contrarios a la dictadura, muy probablemente redactados por Furtamantes. Los billetes viejos, sin ningún poder de compra, fueron útiles ya sólo para los coleccionistas, de la misma manera que esta changa ya sin ningún atractivo sexual pasa a formar parte de mis recuerdos, a lo que desgraciadamente no puedo oponerme al menos por el momento, pero pronto, muy pronto, mi infalible intestino mental sabrá evacuarla y eliminarla de mi memoria. ¡Ay!, si yo tuviera dólares, como si fuera la Tesorería de Estados Unidos, desde cuándo le hubiera metido los zapatos, medias, vestido, sostén y bolso por el hocico y la hubiera despedido con una patada bien dada en el culo, como se la merece una estúpida malcriada que ha recibido todo de la vida sin merecerlo ni dar nada a cambio. ¡Ay Sofía!, con tus brazos haría un gran lazo, te anudaría las piernas y la cabeza y te tiraría a un lado del Farallón, para que te devoren y se intoxiquen con tu

carne los mismos cangrejos acostumbrados a las excelencias del detritus.

Sofía se mentía, sabía que se mentía y le mentirían: —Dime ahora mismo si te metiste también con Isabel. Todas las campanas de Salaragua se echaron a vuelo al unísono. ¿Las de Salaragua?, las de todo el Caribe y Centroamérica las de América Latina en su conjunto. La cabeza de Franklin se agitaba como un badajo más.

— ¿Que no había sido un entendido implícito? Tú me dejarías hacer a cambio de retenerme y de que yo te apagara el fuego de entre tus piernas.

Ese había sido el acuerdo según Franklin. ¿Cómo era posible que ahora saliera ella con esa pregunta cuando su trabajo le había costado convencerla de la necesidad de ayudar a Isabel a distinguir entre los apetitos sexuales animales y el amor puro, sacrosanto y eterno? ¿A dónde va ahora con esta actitud, si ella convino con sus silencios, su discreción y su conducta, en las ventajas de una relación estrictamente carnal entre Franklin e Isabel, que le permitiera a su sobrina reponer el equilibrio perdido y le concediera la oportunidad de seleccionar y aquilatar objetivamente la calidad moral, sentimental e intelectual de sus pretendientes, después de dejar saciada a la fiera del sexo? ¿Se habrá vuelto loca? ¿Se le habrá olvidado que yo la salvé del tal Rutherford?

Cuan ciega había sido. Cuan amoral y perdida. Cuan envidiosa. Mira que haber permitido al zancudo hijo del diablo seducir a su propia hija con tal de retenerlo. Un beso, una mirada, unas gotas de amor, las últimas si tú quieres a cambio de mi futuro mis sonrisas y mi paz. La vida era una apuesta, ella la había perdido. Hoy no tenía fichas ni barajas ni crédito ni la menor posibilidad de tenerlos. Era la ruina total, la vergüenza, el peso aplastante de la culpa, la depresión mortal del perdedor, el resto de sus días transcurrirían en la náusea. Vendrían los amaneceres agónicos parecidos a los de los alcohólicos, el arrepentimiento inútil, el llanto seco ante el daño personal y familiar irreparable. Su propia madre, doña Gloria, un día había comenzado por no sonreír, después por no hablar, más tarde por ya no asistir, hasta que su vida empezó a apagarse tempranamente, a parpadear ante la ausencia de ilusiones y motivos, hasta que una noche aquella frágil luz se extinguió para siempre sin resistir siquiera el débil aliento de un niño. Yo no moriré igual. No, no lo permitiré, gritó aquella noche Sofía de cara a las estrellas. No, no; hay algo dentro de mí que reclama, que exige, que vive, un fuego, una fiera, un huracán, cuya energía no me dejará dormir, ya no digamos morir. Algún destino negro, una inercia predeterminada se opone en apariencia a los juramentos, una fuerza bíblica, un poder sobrenatural, quizás el vudú centroamericano. Pero Sofía corría, ya no caminaba precisamente, en dirección al precipicio que siempre había querido evitar. No quiero morir ahogado; pues morirás ahogado. No quiero vivir nunca la vergüenza de ingresar en una cárcel, pues te aprehenderán como si fuera una pesadilla, te esposarán y te retratarán para que te veas y te vean en la primera página de un periódico del país al entrar por la puerta principal de una prisión federal. No quiero tener un hijo torero, pues lo verás morir de una cornada en los ruedos. Maldiciones de la razón o de la sinrazón. Superstición o magia. Embrujo caribeño o capricho de la divinidad. Hechicería, fetichismo o casualidad. Sofía caía donde nunca quiso caer, donde juró por los Cuatro Clavos de Cristo que nunca caería. Menuda jugarreta del azar, menudos designios fatales, necedades astrales o voluntades macabras del encantamiento tropical. Hela ahí, sin ninguna posibilidad de reconciliación con su existencia. De nada serviría una respuesta de Franklin, un especialista en la mentira, un embustero profesional, fríamente adiestrado en el verbo, en el uso del adjetivo y en la expresión del rostro para falsear, seducir y convencer. Ay de quien hubiera sido captado por su atención o le hubiera puesto los ojos encima. ¿Explicaciones? ¿Razones? ¿Motivos? ¿Para qué? ¿Para qué esperar una nueva justificación, una violencia adicional, un nuevo ardid concebido sobre la marcha, un nuevo motivo de rabia?

Los ojos de Sofía brillaron repentinamente durante la larga cadena de reclamaciones. Su mirada cambió de golpe. No era la misma mirada de aquella ocasión cuando Antonio, el bello Antonio, desabotonó lentamente su blusa blanca e introdujo su mano áspera y experta para convertir en tiernos capullos sus senos de piedra suave; no, no era la misma expresión. Los rasgos severos de su rostro se suavizaron en un

instante. No le enseñes tu juego Sofía, ya no muestres tus sentimientos. Entiéndelo: todo es irremediable. El mal está hecho. Perdiste la apuesta. ¿Y tu hija? ¿Resignarse? Sí que era una mutación imprevista. ¡Ay mujeres! Ahora sonreía sin escuchar la respuesta de Franklin, una sonrisa vesánica, amarga, facinerosa. Cubrió su cara: el sentimiento de venganza la envolvió como una pira humana. Franklin seguía hablando mientras ella ya soñaba, urdía sarcásticamente, maquinaba una represalia, un jugoso desagravio. Si voy a morir en vida, por lo menos moriré en paz.

Cinco días más tarde, cuando Franklin Keith sintió salvado el capítulo de Sofía Guardia ¡qué reacciones!, ¿quién entiende a las mujeres?, encontró a Blanca lanzada en una vertiginosa carrera a pleno galope por la playa.

A Blanca le gustaban las emociones fuertes: «Una vida sin ellas no es digna de vivirse, según mi tío Franklin.» Montaba su caballo favorito, el *Vermouth*, por suavecito y noble. Franklin la alcanzó. Juntos acicatearon entonces a los animales hasta dejarlos extenuados al igual que ellos. Cuando volvieron a retomar el paso:

—Blanca...

—Sí, tío.

— ¿Por qué no dejas descansar tu caballo un rato y montas aquí, en el mío, sobre mis piernas? Verás qué diferente es. Tú llevarás las riendas, yo te tomaré la cintura...

Franklin deliraba con la sola invitación. Me envolveré en tu cabellera como los huracanes de los penachos de las palmeras. Me sujetaré de ti con toda mi fuerza, para que ni el más poderoso de los ciclones pueda separarnos. El resto se lo dejaremos al viento, el rey de los elementos, el eterno viajero silencioso. Él se ocupará de pasearnos por el espacio para enseñarnos un paisaje nunca visto, que desde ahora hago tuyo, sólo tuyo, vida de mi vida...

Los tres últimos meses de 1952 prometían ser como en realidad fueron: días de una extraordinaria efervescencia política en Estados Unidos. Eisenhower y Adlai Stevenson culminaban sus respectivas campañas políticas para llegar a la Casa Blanca. Uno, el primero, por el Partido Republicano y el segundo como candidato del Demócrata. La propaganda electoral diseñada con arreglo a los colores de la bandera norteamericana se imprimía masivamente en canelones, fotografías, desplegados, inserciones pagadas, también en grandes botones de metal para ser colocados en las solapas o en pintorescos sombreros de carrete estilo Charleston con el dibujo de un burro o de un elefante según la facción partidaria. De los edificios, casas y construcciones colgaban listones anchos y largos con los mismos motivos para decorar los mítines de apoyo, sepultados en confeti y decorados con inmensas fotografías de los candidatos y de otros presidentes famosos de la Unión Americana, como era el caso de Woodrow Wilson y Franklin Delano Roosevelt, por lo que hace al Partido Demócrata, y Teodoro Roosevelt y Eisenhower por el Republicano. El máximo político del país recibió una intensa difusión a través de la radio, del cine y también de la televisión, y no sólo en el interior del país sino en el mundo entero, gracias, entre otros donadores, al patrocinio velado de las empresas petroleras, automotrices, militares, aéreas, mineras y agrícolas que invertían grandes sumas de dinero para influir en la comunidad electoral a efecto de garantizarse el triunfo de su candidato por medio de revistas, periódicos y los más diversos géneros de la prensa escrita. Sus respectivos directores de relaciones públicas o industriales manejaban discretamente cuantiosas aportaciones. Pretendían asegurarse como siempre una voz en el Senado norteamericano. Un día se le oyó decir a Robert Keith que alguna vez organizaría un congreso internacional de senadores registrados en la nómina de la United Fruit. ¡Claro está!, con sus propios senadores estadounidenses, costarricenses, salaragüenses, guatemaltecos, nicaragüenses, haitianos, salvadoreños, entre otros más.

Tanto la campaña presidencial como las elecciones se desarrollaron con toda normalidad. Nadie hubiera podido suponer siquiera lo contrario. A ninguna otra potencia le pasó ni mucho menos por la mente la idea de mandar a su ejército o a su marina a verificar la legalidad de las elecciones norteamericanas, tal y como sugirió Ricardo Furtamantes en un encendido editorial enviado desde la selva nicaragüense para ser publicado en *Azúcar Amarga*:

¿Qué sentirían los yanquis si nosotros los latinoamericanos invadiéramos Estados Unidos y nos colocáramos al lado de cada una de sus urnas con una ametralladora para vigilar y juzgar la procedencia o la improcedencia de los votos emitidos por la ciudadanía? ¿Qué cara pondrían si sustituyéramos sus comités de vigilancia por destacamentos de militares salaragüenses, nicaragüenses o cubanos y por toda respuesta todavía les diéramos un cachazo en la boca a cualquiera de sus odiosos marines supuestamente encargados de la conducción legal y civilizada de la elección? ¿Qué sentiría todo el pueblo americano cuando viera llegar a la ciudad de Nueva York 250 acorazados latinoamericanos saturados hasta la línea de flotación con nuestros marinos venidos a imponer a un presidente, el mejor de acuerdo a nuestro parecer e intereses, sin considerar la voluntad del electorado americano? ¿Qué dirían? ¿Se quedarían callados e indiferentes como cuando ellos nos lo han hecho con el propósito de asegurar supuestamente el éxito de la democracia, cuando en realidad persiguen exclusivamente la garantía incondicional de sus inversiones foráneas y su tan sobada seguridad nacional? Ningún yanqui, ¡ninguno!, se imagina enfrentar a un soldado extranjero frente a sus propias urnas. Ninguno se imagina tampoco la magnitud de la ofensa ni el daño institucional y moral. ¡Ninguno! Ninguno supone el rencor que nos infecta hasta la última entraña ni el sentimiento de venganza y coraje que nos inspira su intervención y nuestra rabiosa impotencia. Ellos no conocen la impotencia por su arrogancia. Su poder económico y militar les ha impedido sufrirla. Desprecian nuestro atraso cuando en buena parte ellos mismos lo han originado. ¡Ay!, si pudiéramos decirles tus Fords, tus Cadillacs o tus Chevrolets valen tanto y pierdas o ganes te los compraré en ese precio con independencia de tus costos de producción y si te opones, te clavaré, si bien te va, una bayoneta en el cuello... ¡Ay!, si tuviéramos cañones, acorazados, submarinos y bombas atómicas para poderles imponer un precio a sus mercancías. Si pudiéramos colocar en la presidencia de Estados Unidos a un salaragüense y no fuera sino un cancerbero a nuestro servicio, dispuesto a proteger nuestros intereses y acrecentarlos sin tomar en consideración a los norteamericanos en el orden político, económico, social y cultural. ¡Ay!, si nosotros pudiéramos succionar dólares de la Tesorería norteamericana de la misma manera que ellos lo hicieron durante medio siglo en las nuestras, apoyados en su marina de guerra, en el abuso de nuestra debilidad ancestral, a lo largo de aquellos días aciagos de las Receptorías de las Rentas, el Gran Garrote y la Diplomacia del Dólar. ¡Ay!, si pudiéramos patearlos, extorsionarlos, invadirlos y llamar a elecciones bajo nuestra supervisión militar en el propio territorio yanqui probablemente empezarían a respetarnos. Menudo futuro nos espera si la primera potencia del orbe regula su actuación con arreglo al capital. El dinero es el único motor que mueve a Estados Unidos en el mundo. En consecuencia, poco debemos esperar de ellos, de sus acciones y de sus propósitos.

Vendrán hacia nosotros una y mil veces mientras tengamos un solo *dime* en los bolsillos, un córdova, un bolívar, un cruzeiro en nuestras tesorerías, una penca por cortar, algodón por pizar, café por recolectar, oro y petróleo por extraer, caña de azúcar por procesar, ron por destilar, recursos naturales por saquear y nosotros consumamos los productos manufacturados norteamericanos, fabricados con nuestras propias materias primas, al precio que ellos establezcan de acuerdo a su propia conveniencia, en sus elegantes salas de juntas corporativas para asegurarse nuestra dependencia comercial...

Mientras la campaña electoral llegaba a su máxima expresión en Estados Unidos, Jacobo Arbenz tomaba la delantera y empezaba a materializar el gran sueño americano, el continental, el gran sueño centroamericano, el sueño ancestralmente frustrado de casi todos los salaragüenses, de todas las épocas, latitudes tiempos y momentos. Los centroamericanos, adujo el presidente Arbenz el día de la aprobación del decreto 900 por parte del Honorable Congreso de la Salaragua Independiente, también tenemos derecho a soñar y a formar parte del sueño americano, consistente en el mejoramiento material, político, cultural y

social Todos tenemos derecho a superarnos y a materializar, a ejecutar nuestros ideales y aspiraciones: ya es tiempo. En esa misma ocasión se armó de valor y sin más firmó el decreto expropiatorio de los predios incultivados y ociosos de la United Fruit para cumplir con sus promesas electorales y aprovechar integralmente el territorio salaragüense en beneficio de la comunidad y no de unos cuantos privilegiados. Firmó con un evidente temblor en la mano, pero firmó, sí señor, firmó. Todos hemos tenido miedo alguna vez en la vida. Lo importante es saber disimularlo ante quienes buscan identificarlo y evaluarlo al leer nuestra mirada. Arbenz era un parteaguas en la historia, el vengador de todos nuestros ancestros, la aparición de la olvidada espada justiciera después de quinientos años de dominación, la llama de la esperanza, la reconquista de la dignidad salaragüense, ¿salaragüense? ¡Qué va!, centroamericana, sudamericana, hemisférica. La Confederación Regional Campesina fue la primera en aplaudir a rabiar y en llamar a una concentración popular en la plaza de Armas, precisamente en el lugar en donde según Keith las palomas se cagaban todo el día encima de la estatua ecuestre de Bolívar, el Libertador de las Américas. Si yo alguna vez pudiera ser paloma, decía el magnate, haría lo mismo sobre la figura del héroe. Finalmente alguien se atrevía a enfrentarse directamente al temido Pulpo, a la Frutera. Ya es hora, había dicho Furtamantes un par de días antes en una cantina rodeado de sus antiguos lugartenientes, al tiempo que estrellaba violentamente un vaso lleno de ron contra uno de los espejos.

Las elecciones presidenciales en Estados Unidos arrojaron los resultados esperados por Keith, la United Fruit y todas sus filiales. Eisenhower resultó presidente y John, nuestro John, secretario de Estado. El magnate tendría hilo directo con la cúspide del gobierno americano. El futuro no podía ser más promisorio. Día a día comprobaba la ley del más fuerte, del único que tiene derecho a la vida, al éxito, de los artífices del progreso y de la evolución de las naciones. Las leyes de la eficiencia social se afirman a cada paso. El Destino Manifiesto se demuestra con el crecimiento de nuestros negocios en el mundo. Somos imprescindibles en lo técnico, en lo económico, en lo financiero y en lo artístico, si no ahí está mi fundación y las de todos los que han seguido mi ejemplo edificante. Somos invencibles hasta en lo deportivo. Por eso nos llevamos la mayoría de las medallas de oro en los Juegos Olímpicos de Londres en 1948 y las volvimos a acaparar ahora en los de Helsinki. Megalomanía o no, somos los amos del mundo.

El producto del esfuerzo de varias generaciones de civilizadores, de audaces hombres de empresa, como yo y mi tío Minor, no puede deshacerse entre mis manos como papel mojado, se repetía Robert Keith en su oficina matriz de Salaragua con el cajón central de su escritorio abierto, mientras contemplaba con las pupilas dilatadas y la mirada fija, sin parpadear siquiera, el único objeto existente dentro de él: la fotografía cuidadosamente adherida de su tío Minor. Quería penetrar a través de ella e instalarse en el centro de su mente privilegiada, una mente poderosa, lúcida y capaz de producir las más variadas respuestas después de analizar y sopesar todas las alternativas y aconsejar las mejores opciones con las más útiles herramientas de trabajo. Rómpeles hasta el último hueso, parecía responder Minor Keith en tanto los ojos se le saltaban de la fotografía con la expresión desesperada de un hombre mutilado de pies y manos, amordazado y colocado arteralmente en el centro de la vía férrea, mientras una locomotora se dirigía contra él a toda velocidad sin consideración alguna. ¡Aplástales los huevos!, Robert, los dedos, la cabeza; acuérdate que descienes de una familia de intocables, lo hemos sido toda la vida. ¿Se te han olvidado nuestras largas conversaciones en los callejones de las bananeras? ¡Di! ¿No tienes, como te recomendé hasta el cansancio, un pie en el Departamento de Estado y otro en el Congreso americano, además de todos los apoyos imaginables en la prensa? ¿No tienes una prensa incondicional, incorporada a la nómina, perfectamente lubricada? ¿Fuiste omiso en la ejecución de mis consejos? ¿Mientras más viejo era yo, más imbécil era yo a tus ojos o más mañoso y experto? ¡Di! ¡Di! ¡Di! ¡Di! ¿Te aliaste, dime querido Bobby, con otros inversionistas americanos para advertirles la proximidad de su propia debacle? Lo que le pase a uno le pasará en su momento a todos. No nos separemos, menos ahora, El Country Club o el Beach Club o el University Club o el American Club o la American Chamber of Commerce son organizaciones para cruzar información, cerrar filas, presentar frentes comunes y diseñar en su caso planes de defensa conjuntos y no para tragar aguardiente de caña como estos malditos mayas decadentes ni para pasar las tardes sentados estúpidamente jugando al *bridge*. Echa mano de toda esa estructura, tira la puerta de nuestra embajada en Salaragua, tira las del

Departamento de Estado, ¡tíralas ahora mismo!, para eso pagamos millones de dólares de impuestos, para eso, para construir los mejores acorazados del orbe, submarinos y bombas atómicas según me han dicho que ya tenemos. Amenaza a Arbenz directa o indirectamente, a través de intermediarios o personalmente. Si se atrevió a abofetearte es porque no te sintió ni te temió. Tú fallaste, tú y nadie más que tú. Te alejaste, te confiaste, le diste ánimo con tu conducta omisa, olvidaste que tu comportamiento es voz y expresión, y si Arbenz se siente el amo y ya hasta se atreve a firmar un decreto expropiatorio en contra de la United Fruit, ni más ni menos, si de verdad se creyó su investidura de presidente, tú eres el responsable, el único responsable de la catástrofe. Él nunca supo hasta dónde podía llegar. Te menospreció Bob, qué Bob, ni qué Bob, ¡Robert!, sí, así, a secas, sin ni siquiera el Keith, no tienes derecho a usar mi apellido a partir de hoy. Tú no eres un Keith ni un forjador de imperios. Nosotros siempre dijimos del Honorable Congreso de Salaragua que no era honorable ni era congreso ni era de Salaragua, porque una muía era más barata que un diputado, porque todos eran unos cínicos corrompidos y por lo mismo nada podían tener de honorables, porque el país entero era una gigantesca bananera toda ella de mi propiedad y sus habitantes mis empleados, como sus mujeres mis concubinas, cuando yo así lo dispusiera siempre y cuando las bañaran siete veces al día con lejía y jabón. Ahora ellos dirán que ni es United porque ni todas nuestras empresas subsidiarias ni todos nuestros millones ni nuestras influencias en Washington, todo ese poder reunido, conjunto, constituyó un obstáculo suficiente para detenerlos. Y bien pronto el ejemplo cundirá por Centroamérica como el fuego. Y ni es Fruit porque nos mandarán a la mierda a todos juntos, y por lo mismo ni tú eres Robert ni menos un Keith ni menos un presidente del consejo digno, que ya hasta se deja gobernar por mujeres que lloran cuando escuchan música o cuando contemplan colores en una pintura, mientras tú bien debes saber, por lo menos así te enseñé, grandísimo imbécil, que lloran y gimen pero en la cama, que ahí se ganan las grandes batallas. Las ganábamos al menos grandes hombres de mi tiempo, que supimos mandar en el lecho, en las mesas de juntas de nuestras empresas y del Departamento de Estado. En ese momento el tío Minor parecía meterse el dedo en la nariz como era su costumbre cuando se ponía nervioso, pero en esta ocasión no lo hizo. Permaneció inmóvil e impotente enmarcado dentro de la fotografía. Pero a ti, bueno para nada, te gobiernan en la cama, en las asambleas y en las sesiones secretas en Washington, como si fueras una mujer barata en manos de un padrote. Bien pronto hasta los porteros te hablarán de tú. Deja que uno solo de ellos te falte al respeto y te faltarán todos, hombres y mujeres, secretarios de Estado o de la marina, subordinados, socios, colegas o consejeros. Es más, un buen día hasta el más insignificante machetero de cualquiera de las fincas que yo fundé te dará una patada en el culo para que lo ayudes a arrastrar una penca hasta su muía de carga, también expropiada por el gobierno del dulce y candido Arbenz. Basta que uno solo te diga tu precio a la cara como te lo dice ahora este chango tragabananas que se dice presidente de la República de su puta madre, para que el mes entrante te debas enfrentar a los jefes de Estado, pues así deberás llamar de ahora en adelante a estos piojos de Haití, Cuba, Dominicana, Honduras, Colombia, Venezuela y Costa Rica. Es más, hasta Somoza, mira que ya es decir, se te puede poner difícil y hacerte una oferta por tus tierras si no logras poner en su lugar a Arbenz y lo aplastas oportunamente, como corresponde a una cucaracha de más abajo del río Bravo. ¿Nunca me viste aplastarlas con las botas, con el puño, con la *cacha*, con una piedra o con el *New York Times*, que igual sirve para destruirlas? El periódico, siempre te lo dije, sirve para matar cucarachas y para aplastar a los políticos. ¿Tienes periódicos, reverendo Robert? ¿Los tienes? ¿Y qué haces en lugar de usarlos? ¿Tienes a tu lado a un funcionario influyente en el Departamento de Estado? ¿Le has llenado los bolsillos y sus cuentas de cheques con dólares negros para comprometerlo y comprarlo de por vida? ¿Has llenado la honrosa Embajada de Estados Unidos con putas, las mejores putas del mundo, para que nuestro embajador, nuestro representante ante la Casa Blanca se deleite a diario con las mejores hembras, el mejor ron, la mejor comida y los mejores dólares del Caribe? ¿Crees que el yate es sólo para que oxigenes los pulmones y presumas, grandísimo animal? ¿Crees que evadimos los impuestos para que los derroches en superficialidades o para que sobornes, sí, oíste bien, no te asustes muchacho, aunque te dé pena después de jugar tantos años al empresario y de hacerme perder el tiempo? El dinero negro es para corromper, ¿me entiendes?, es para comprar influencia, favores y privilegios. Es para comprar senadores, diputados, secretarios de Estado y presidentes, para que tú entiendas a quién me refiero, porque no los

podemos tener abiertamente en la nómina, ¿verdad?, tú me entiendes, ¿no es así? ¿Con qué cara llegarás a pedir ayuda militar más tarde a Washington si la United Fruit ya no genera dólares ni riqueza para su Tesorería? Me das miedo, Robert. El dinero es para comprar votos en nuestro Congreso, buena voluntad, para congraciarte con la prensa, para invitar a los altos funcionarios del Departamento de Estado, nuestros mejores abogados en el mundo entero, porque ellos utilizan argumentos que nosotros ni sospechamos, te lo he repetido y te lo grité en vida hasta el cansancio en tu carota de imbécil, esa que pones cada vez que abres el cajón para darme cuenta que nunca aprendiste nada, que no aprendes y que no aprenderás, que no evolucionarás, porque ya veo que nadie te respeta, es más, Robert, escúchame bien, no olvides jamás lo que te voy a decir, pero muchas veces pienso y en días como hoy se acentúa con claridad, que hubiera sido más conveniente escoger a tu hermano Franklin como mi sucesor: él se hubiera desempeñado mejor que tú. Él sí es audaz, ya te lo demostrará en su debido momento, él no conoce barreras cuando persigue un objetivo, él no escarmienta en cabeza ajena ni le importa el peligro ni el tamaño del enemigo a la hora de los verdaderos retos y de la ejecución de los grandes proyectos. Él sí es un Keith. Él tampoco se hubiera sentido derrotado a la hora de la construcción del ferrocarril costarricense el siglo pasado, eso te lo garantizo. Él también hubiera buscado fórmulas para concluirlo, hubiera encontrado el patrocinio necesario, la palanca idónea, la herramienta procedente para no quedarse tirado a mitad del camino, con equipo o sin él, con capital o sin él, con enfermedades y muerte de los familiares empeñados en la fundación de una nueva era, una nueva civilización de acero, pero nunca se hubiera dado por rendido ni consultaría como tú a cada paso, más que un aduanero. Él es un aventurero decidido, audaz, temerario e impetuoso, cerrador de negociaciones.

—Tío Minor, yo...

— ¡Cállate el hocico! No te atrevas a interrumpir nuevamente a tu padre... qué digo —enmendó de inmediato—. A tu tío. A buena hora el tal Arbenz ese me hubiera expropiado a mí ni un triste cono maya... ¡A callar!

»Actúa ahora mismo, Franklin, perdón, Robert, aún estoy contigo, usa lo que tengas al alcance de tu mano para aplastar a esa nueva cucaracha centroamericana. Yo ya la hubiera borrado del mapa sin dejar huella con un solo taconazo. Te dejé todo. Dinero, experiencia, ejemplo y relaciones. Traté de formar tu carácter y tu temperamento. Quise en un principio que te llamaras Keith hasta el día de tu muerte, una vez practicado un balance de tu vida y analizar tus merecimientos, pero nadie te hubiera respetado sin la gloria eterna de mi apellido, no nuestro apellido, sino el mío y el de mi tío, porque ambos supimos honrarlo. Robert, es tu oportunidad, tu momento para demostrar si eres o no digno heredero de un imperio, antes de que la competencia te coma por las patas, los socios te hagan jirones y el Departamento de Estado te trate como a un menor de edad. Es tu turno, Robert. Que toque toda la orquesta, tu orquesta, como dice tu señorita Kirkpatrik, esa de nombre igual de insoportable que ella, tú eres el director aun cuando la estatua de bronce que está a la entrada de nuestro museo en la Quinta Avenida sea la tuya y no la mía, la del verdadero forjador del Reino de la Banana. Si no es así, demuestra que tienes derecho a ello.

Salaragua era una fiesta popular, una interminable verbena. Las tierras ociosas habían sido finalmente expropiadas y entregadas de inmediato a quienes carecían de ellas y de toda esperanza. En cada esquina tocaba una papayera. La generación de 1950 parecía festejar la conclusión de quinientos años de dominación, la celebración del verdadero día de la Independencia Nacional. Se recuperaba el patrimonio de todos los salaraguenses y se ponía en sus manos, no así en las del Estado, iniciándose el desarrollo del país a un ritmo acelerado, la clave del éxito norteamericano, un sector privado fuerte y poderoso al lado de un Estado igualmente fornido a su lado, integrados y complementarios ambos. En cada edificio apareció una bandera de Salaragua izada a plenitud, satisfecha, graciosa y desafiante. Flotaba risueña y se inflaba y desinflaba con insólita arrogancia al ritmo de la brisa marina. Parecía respirar por primera vez a placer, hincharse con los vientos del Caribe, ondear con justificado orgullo como cualquier otra bandera

representativa de la conquista de la libertad y el respeto, sin cielos cerrados, ni restricciones para poder extenderse ni desdoblar su bien ganada arrogancia frente a la mirada egoísta de una impresionante mayoría de países latinoamericanos que la veían desde el nivel mismo del suelo con corrosiva envidia y fundado coraje. ¿Alguien ha visto ondear a la bandera norteamericana con timidez?

Una noche en especial el embajador norteamericano no dejó de enviar mensajes cifrados y telegramas abiertos al Departamento de Estado. La alarma apareció violentamente en el rostro de los miembros de la representación diplomática americana acreditada en el país: los comunistas salaragüenses habían quemado las banderas de la United Fruit y la de Estados Unidos localizadas en cada plantación bananera, las de cada finca azucarera, las ubicadas en cada estación de ferrocarril, todas ellas propiedad del Pulpo, al igual que las que habían encontrado en las dos radiodifusoras, en el periódico y en la revista de la Frutera, una de las de mayor circulación en el país; le habían prendido igualmente fuego a las que ondeaban en los puertos, sus puertos, en sus bodegas, a las colocadas en las chimeneas, en las popas de sus barcos anclados a punto de marcharse saturados de bananas, en la oficina matriz, en sus carros de transporte, en sus camiones, en sus máquinas de vapor y en cada uno de sus furgones y desde luego las que habían hallado en las puertas de las agencias bancarias del First National Bank of Boston. Hubieran querido quemar todas las banderas de la maldita Flota Blanca, el azote de los pueblos y de los mares, pero se resignaron a incendiar las de las centrales eléctricas vendidas por Trubico a Keith por un par de córdovas y una que otra tienda ubicada a la puerta de las bananeras en donde se remuneraba a los peones con fichas canjeables por ropa y alimentos para sobrevivir como en los días más lucrativos en la historia de la esclavitud. Se decía en los mensajes cifrados que Ricardo Furtamantes era uno de los autores intelectuales del caos. El era responsable de los daños causados en propiedad ajena por haber invitado al pueblo, haberlo arengado a la distancia con sus odiosas ideas de izquierda —el embajador contaba con testigos presenciales del incendio de la mayoría de las cantinas, de las tiendas y de la destrucción de los burdeles propiedad de la United Fruit—. Estos comunistas, señor secretario, amenazan la paz pública, la integridad personal de los americanos radicados en Salaragua así como la seguridad de sus cuantiosas inversiones.

Se empiezan a distribuir cuarenta mil, ochenta mil, doscientas mil hectáreas en 1952. Para finales de ese mismo año se llega a las trescientas mil. Por supuesto no sólo de la propiedad de la United Fruit sino también de otras empresas nacionales y extranjeras, así como de diferentes personas que las mantenían abandonadas e improductivas sin resarcir fiscalmente a la comunidad y *sin permitir su cabal aprovechamiento en beneficio de los intereses superiores de la nación*. Arbenz crea cuarenta y seis cooperativas de trabajadores del campo y extiende crédito a los nuevos propietarios, quienes sí podían rentar, vender o hipotecar sus bienes. A los nuevos titulares se les concede apoyo técnico y asesoría comercial. Su incorporación al desarrollo del país no aceptaba diferimientos ni permitía obstrucciones ni pretextos. No había más: era imprescindible incrementar sus ingresos, ayudar a generarlos para facilitar la adquisición de productos manufacturados salaragüenses, es decir expandir el mercado interno, financiar el sector industrial para contar a la brevedad posible con excedentes exportables y una economía diversificada. Ya no correremos la suerte del plátano. Si sube su cotización internacional a nosotros nada nos beneficia, por contra si se desploma damos marcha para atrás veinticinco o treinta años al reloj de la historia. Arbenz se había propuesto ir más allá que cualquier programa agrario en la historia de Salaragua.

La respuesta no se hizo esperar. Después de las primeras cosechas, evidentemente no de bananas, empezó a mejorar el nivel de vida del campesino, en particular el de los mayas, quienes empezaron a llegar a las ciudades, primero a vender sus productos, luego a comprar otros industrializados como radios, zapatos, pequeños aparatos y hasta automóviles, cuando la bonanza y el éxito lo permitían. Al incrementar la oferta hicieron descender ante el asombro de propios y extraños los precios de los alimentos. No existía un precedente así. ¿Que bajaran los precios de la comida? ¡Ni en los mejores años del Gran Benefactor de Salaragua! Unos abren sus propios negocios, otros se emplean en fábricas, se crean fuentes de trabajo, el bienestar se palpa, faltaba mucho por hacer, sí, era una gran verdad; sin embargo, el cambio era notable y empezaba a manifestarse por todas partes.

A principios de 1953, cuando Dwight D. Eisenhower empezaba apenas a guardar sus camisas militares en los lujosos vestidores de la Casa Blanca, a un lado del Abraham Lincoln Room, Jacobo Arbenz continuaba entusiasmado en la ejecución de sus decretos y de sus ambiciosos planes de gobierno. Lo que nadie había logrado hacer en 150 años de vida independiente él lo llevaría finalmente a cabo durante el término de su mandato presidencial. Era ahora o nunca.

Para la Casa Blanca la promulgación del Código Agrario de 1952 y las sucesivas expropiaciones de una parte de los bienes, principalmente de la United Fruit, constituyó un golpe de gracia que confirmó todas las hipótesis y el carácter subversivo de una actividad patrocinada por el Kremlin¹⁰⁸. El gabinete de Arbenz y el Congreso salaragüense se habían negado a recibir toda clase de sobornos a cambio de diferir sus planes y archivarlos por tiempo indefinido en el último sótano del Palacio de Gobierno. Deseaban presentarse como una nueva generación de funcionarios convencidos de la necesidad de cambio y de la inaplacable modernización del país, pero en realidad si rechazaban con tanta naturalidad el dinero proveniente de los afectados era porque no lo necesitaban y si no lo necesitaban era porque la Unión Soviética se había encargado de abastecerlos con la suficiente cantidad de dólares para evitarles caer en las tentaciones del mundo capitalista, del que había que apartarse, cuanto más rápido mejor, para poder reconstruir el país en los términos acordados.

La United Fruit formaba parte de un vasto sistema de poder en Washington y en Wall Street, un sólido grupo, un bloque de intereses económicos involucrado en la determinación y diseño de la política exterior de Estados Unidos. Sullivan & Cromwell, a modo de ejemplo, el despacho donde se había formado John Foster Dulles, hoy el flamante secretario de Estado norteamericano, tenía como asociados a los más elitistas de los abogados de Wall Street, ligados sobre todo a los intereses de la Standard Oil y de los Rockefeller, como también al grupo de los Morgan. Sullivan & Cromwell eran los verdaderos cerebros de los grandes negocios y a través de sus vínculos con los hermanos Dulles simbolizaban el grado al que los asuntos privados y gubernamentales se habían fusionado en los años cincuenta¹⁰⁹.

Si con el nombramiento de John Foster Dulles se empezó a dibujar una sombra negra en el horizonte caribeño, de esas sombras que proyectaban al insomnio a Robert Keith y lo hacían amanecer de pie frente al enorme ventanal de su residencia de verano, cuando Eisenhower nombró a Alien Dulles, hermano del secretario, como director general de la CÍA, el panorama centroamericano se oscureció aún más, como si sobre ese trozo del continente se cerniera una tormenta tropical sin precedentes en su larga historia de catástrofes. Por alguna razón, probablemente meteorológica, cuando se supo en Salaragua que Alien Dulles iría al frente de la CÍA el sol se negó a salir y las bugambillas se marchitaron todas de repente. Los machetes amanecieron mágicamente afilados mientras un frío recorría y congelaba hasta la última barraca.

Tan pronto se conoció oficialmente el cargo de John Foster Dulles en el gabinete de Eisenhower, Robert Keith ordenó el envío inmediato de un telegrama redactado por él mismo a su querido socio y amigo:

UN BUEN SECRETARIO DE ESTADO VALE MAS QUE MIL ROBERT KEITH, MIL ROCKEFELLER Y MIL HENRY FORD JUNTOS.

BOBBY

Cuando una mañana soleada Dwight D. Eisenhower falló el *drive* en el hoyo 1 y su bola de golf salió de su campo favorito en Carolina del Norte, sólo masculló en un lenguaje inentendible para sus compañeros: Yo no tengo por qué esperar a ver qué transpira el tal Arbenz, al estilo Truman. Yo ya lo sé. Debe ser depuesto. Acto seguido se dirigió marcialmente hacia unos arbustos para tratar de encontrar su pelota y cancelar las

risitas idiotas de sus enemigos de partido. El embargo de armas a Salaragua es insuficiente. Truman no conoció de cerca a los comunistas. Yo sí, yo los conocí en la guerra. Supe de viva voz de sus traiciones, trampas y promesas incumplidas.

Esos son los comunistas. Si supieran cómo los comprendo...

En las primeras reuniones de gabinete, el nuevo jefe de la Casa Blanca expuso sus preocupaciones respecto a la línea del gobierno salaragüense y propuso la instrumentación de un Programa Anti-Arbenz, con el propósito de coparlo y hacerlo desistir de sus intentos expropiatorios. El objetivo prioritario consistía en impedir la proliferación de su ejemplo nefasto en el resto del hemisferio. Un país infectado e infestado de comunistas basta para podrir a todos los demás. Cuando se tomaron los primeros acuerdos, la sala de juntas, anexa al famoso Salón Oval, parecía más fresca y brillante que en cualquiera de las ocasiones anteriores. El propio presidente dictó el plan a seguir:

1. Cancelación de ayuda económica.
2. Cancelación de ayuda militar.
3. Cancelación del proyecto de coordinación agrícola.
4. Cancelación del Intercambio Cultural.
5. Sistemas de denuncias en contra de Salaragua, ante la OEA, por parte de países aliados leales en el propio continente.
6. Represalias a otros países aliados en caso de no cooperar con la Casa Blanca ante los organismos internacionales.

En largas sesiones a puerta cerrada con los hermanos Dulles, Eisenhower ordena la apertura de dos frentes anti-Arbenz. Uno, a través de la Embajada norteamericana en Salaragua y otro para informar a la opinión pública doméstica de la gravedad de la situación. En este último caso y con el propósito de preparar al electorado y a los contribuyentes se convino en solicitar los servicios de cuatro instituciones del gobierno federal, especialmente capacitadas en la creación y divulgación de imágenes políticas necesarias para acometer con el mínimo margen de error, el menor grado de riesgo y el menor rechazo social determinados proyectos oficiales diseñados por las más elevadas cúpulas de Washington. Un punto toral de la estrategia consistía en seducir, adormecer, acondicionar mentalmente a la ciudadanía, convencerla respecto a la necesidad de la medida para que ella misma llegara a solicitar airadamente el cambio. Cuando la gente se manifestara en las calles, periódicos y medios masivos de comunicación y emprendiera peregrinaciones rumbo a la Casa Blanca, desde los más remotos rincones de la Unión Americana, entonces, y sólo entonces, estarían dados los elementos para ejecutar con toda confianza la más temeraria de las decisiones.

De conformidad con ese objetivo se acordó pedir la intervención conjunta y la asesoría especializada de los siguientes cuatro organismos, altamente capacitados en sus respectivas especialidades, sobre la base de impedir el derrame de ideas incendiarias a lo largo y ancho de América Latina:

The Psychological Strategy Board.

The Psychological Operations Coordinating Committee.

The United States Information Agency.

The State Department Office of Intelligence Research.

Eisenhower deseaba conocer de cerca la realidad latinoamericana. Para tal efecto era conveniente enviar a un hombre de su confianza a verificar la información recibida y observar el desarrollo de los acontecimientos en la práctica y en el terreno de los hechos. ¿A quién enviar? ¿Un embajador especial, un observador sereno, analítico y objetivo, ajeno a las contaminaciones e inmune a los compromisos inconfesables, que pudiera medir la solidaridad hemisférica hacia Estados Unidos, destacar la importancia de esta unión y detectar las tendencias hacia las esferas de poder totalitarias? Esos eran los requisitos, efectivamente, pero ¿quién?, ¿quién podría hacerlo y cumplir con la misión sin tomar partido? ¿Nixon? ¿Mi vicepresidente...? ¡No!, ni de broma, debo esperar a ver cómo sale de la acusación de haber recibido ayudas económicas indebidas de empresarios californianos durante la campaña. ¡Estúpido...! ¿Milton?, pensó Eisenhower, ¡claro está! mi hermano, tronó los dedos mientras disfrutaba la soledad del Salón Oval desde donde veía a través de una ventana las azaleas en flor atentamente cuidadas por los jardineros de la Casa Blanca.

Cuando el subsecretario de Estado, Walter Bedell Smith, reportó en el seno del gabinete los hallazgos y las conclusiones del grupo encabezado por Milton Eisenhower, ninguno de los asistentes mostró sorpresa en relación a los datos ahí vertidos, a pesar de que las conclusiones aludían al desarrollo de los eventos en Salaragua y Centroamérica, por donde la comisión investigadora ni siquiera había pasado. En el informe se asentaba:

La posible conquista de una nación latinoamericana no sería, como todo el mundo puede prever, a través del asalto directo. Se daría a través de un insidioso proceso de infiltración, conspiración, divulgación de mentiras y de la erosión de las instituciones libres, una a una. Grupos altamente disciplinados de comunistas se encuentran ocupados, día y noche, legal o ilegalmente, en las repúblicas americanas, como en cualquier otra nación del mundo... Una nación americana* ya ha sucumbido a la infiltración comunista.

La Casa Blanca y el Departamento de Estado no estaban solos en el combate para prevenir la conspiración comunista internacional promovida aviesamente por el Kremlin. No, los directores de relaciones públicas de las empresas transnacionales eran los verdaderos demonios, los genios creadores de imágenes, los destructores de perfiles, de prestigios o de principios. Todo es un problema de mercadotecnia. Puedo vender cualquier producto, formar hábitos y cancelarlos, modificar sistemas de vida, cambiar los puntos de vista del Congreso y del propio presidente y alterar los más arraigados sistemas de conducta en el sentido que nos sea más provechoso, todo es cosa de saber cómo chiflarle a la manada, insistía risueño Barnays cuando, a su vez, después de un acuerdo con Keith y el consejo de la United Fruit, trazaba un plan para difundir lo que el Departamento de Estado quería oír, lo que Dulles deseaba ver publicado en la prensa, repetido hasta el cansancio en la televisión y en la radio. Parecían trabajar sincronizadamente, como si se leyeran unos a otros el pensamiento y la telepatía fuera un canal de comunicación efectivo, vivo, dinámico entre las altas esferas del gobierno norteamericano y todos los Barnays de las empresas mundiales de Estados Unidos. Libramos una batalla para conquistar la mente de los hombres y hacerlos engullir toneladas de bananas al año, invitarlos al consumo de alcohol y cigarrillos, a la compra de automóviles o cremas nocturnas inútiles pero famosas, empanzonarlos con refrescos fácilmente digeribles y que produzcan sed a su vez, para no permitir que se desprendan de la botella aunque lleguen a pesar ciento cincuenta kilos o más, orientarlos políticamente en la elección de sus representantes al Congreso o a la propia presidencia de la Unión Americana o bien convencerlos de los peligros del comunismo internacional, ese maldito monstruo

* La nación americana que ya había sucumbido a la infiltración comunista, según Milton Eisenhower, y su distinguida comitiva, era desde luego Guatemala, país que por supuesto condenó como una primera víctima del comunismo internacional sin haberla siquiera visitado ni haberse entrevistado con sus principales dirigentes para estar en posibilidad de externar una opinión menos temeraria y menos comprometedora. Era obvia la mano de quienes colaboraron en la redacción del reporte final.

de las diez mil cabezas. Lo que no pueden agentes, espías, enviados, embajadores ni mañosos, yo puedo: *Yo sé cómo*. Fue en ese entonces, precisamente antes de emprender su viaje a Salaragua, cuando Barnays, el Demonio, dejó redactada en su agenda una síntesis de su pensamiento, el resumen de su vida profesional que justificaba sobradamente su existencia:

La manipulación consciente e inteligente de los hábitos organizados de las masas es un elemento importante de la sociedad democrática. Quienes manipulan este mecanismo oculto de la sociedad constituyen un gobierno invisible que en realidad es el verdadero poder de este país¹¹⁰.

Por aquellos días Barnays decidió llevar a cabo una de sus reuniones de alto nivel con sus corresponsales en todo el mundo. Igual que Keith podría hacer su congreso de senadores latinoamericanos registrados en la nómina de la United Fruit, él podría realizar el suyo con los más influyentes directores de los medios masivos de difusión de todo el hemisferio americano y del mundo si se lo propusiera. Sin pérdida de tiempo procedió a invitarlos por cuenta de la bananera a practicar una visita a Salaragua con el objeto de vivir de cerca la realidad de la situación, palparla directamente, sin la presencia de intermediarios tendenciosos, conocerla a título personal, demostrar la presencia inequívoca de los comunistas, sus avances, sus niveles de penetración en el gobierno y en la sociedad, su fortaleza, su capacidad de convencimiento, sus posibilidades de éxito y su estrategia demoníaca perfectamente conocida y demostrada para aplastar de un solo golpe el fruto exquisito de todas las democracias: la libertad. ¡Ay! si estuviera aquí mi general Trubico para fusilarlos a todos sin juicio previo...

Entre la lista de invitados ilustres, en lo que hace a la prensa escrita, se encontraba en primer lugar para tomar parte del histórico ágape:

Arthur Sulzberger, editor del *New York Times*, la Biblia de la información de cada miembro de la CÍA, compañero de escuela de Edwin Kyle, actual embajador norteamericano en Salaragua, una influencia devastadora que no se podría en modo alguno desaprovechar. Sulzberger a su vez invitó a Will Lissner, especialista en asuntos soviéticos, quien abriría fuego en la primera plana del periódico para empezar a preparar a la opinión pública americana. No faltaron:

William Bowen, de la revista *Time*.

Ludwell Denny, de *Scripps and Howard*.

James G. Stahlman, del *Nashville Banner*.

Gene Gillete, de la **UPI**.

Roger Ferger, del *Cincinnati Enquirer*.

Theodore F. Muller, de la revista *Newsweek*.

Harry B. Murkland, de la revista *Newsweek*

Scott Newhall, del *San Francisco Chronicle*.

John D. Pennekamp, del *Miami Herald Association*.

J. David Stern III, del *New Orleans Ítem*.

William Stringer, del *Christian Science Monitor*.

Pero había más, mucho más. Entre sus aliados incondicionales más destacados también se encontraban altos funcionarios del *New York Herald Tribune*, del *Chicago Tribune*, del *U.S. News and World Report*, del *Atlantic Monthly* y del *Saturday Evening Post*.

Barnays sentía el peso de las miradas de todo el Consejo de Administración en pleno al acometer cada paso del plan aprobado. Una buena parte de sus integrantes deseaba ver caer desde sus alturas al niño consentido de Robert Keith, una de las pocas personas con la capacidad y el talento necesario para hacer

dudar al Rey de la Banana respecto a la validez de sus conclusiones, siempre irrefutables. Debo enseñarles a todos éstos que sigo sabiendo cómo. Imagínense si no es cierto. El director de relaciones públicas empezó por bloquear toda una semana el yate de la United Fruit. Nadie podría usarlo sin su autorización, ni el propio Franklin, quien ya practicaba largos recorridos familiares de un día de duración, bordeando las playas caribeñas acompañado principalmente de Isabel, o en su defecto, de varias mujeres nativas, la flor de la canela decía él. De nada le sirvieron las amenazas ni la violencia ni los gritos en pleno puerto cuando se disponía a abordar el barco una mañana junto con Isabel, Isabel de mi vida mi Isa, jamás hombre alguno tuvo en la palma de su mano los senos de la diosa de la eterna juventud. Me vitalizas, me inspiras, me rejuvenece tu aroma, tus manos torpes e ignorantes, tu rostro de sorpresa, dolor y encanto; tu voz entrecortada, tu tibio sudor, el gran homenaje que me rinden tus senos en flor al solo contacto de mi mano, tu gozoso aprendizaje, tu exquisita hipocresía cuando me buscas. ¡Ay!, Isabel, mi Isabel, no se te ocurra ver a otro hombre cuando yo soy el único dueño de tus caminos nocturnos. Pero Franklin Keith no salió. ¡Imposible! Barnays había dicho que nadie y nadie abordaría la embarcación. Según Franklin, este hijo de puta siempre se había olvidado de que al fin de cuentas él también se apellidaba Keith y que Robert con todo su dinero no sería eterno. Pero no subió. De nada valieron sus amenazas. Los invitados deberían ser de peso completo. Se tuvo que conformar con un mero paseo en la playa con todo y sus pantalones brasileños de lino blanco y su saco azul cruzado con botonadura de oro y todas sus agobiantes fantasías eróticas prefabricadas detalladamente la noche anterior. Nada ni nadie se podría entrometer ni obstaculizar los planes trazados desde los cuarteles generales de la Frutera en la ciudad de Boston.

Barnays supervisaba hasta los mínimos detalles de la visita diseñada dentro de una gran estrategia publicitaria orientada a deteriorar internacionalmente la figura de Jacobo Arbenz. Orden dada y no seguida sirve para nada, era otro de sus grandes lemas aprendidos desde sus primeros años de ingreso al Pulpo. Punto por punto, invitación por invitación, reservación por reservación, la ubicación de los comensales en cada comida. Quiénes se sentarían a su lado en la mañana, al mediodía y en la noche, qué les diría, cómo se lo diría, en quién se apoyaría para mejor convencer, qué comerían y beberían, cuáles espectáculos visitarían, cómo se transportarían, dónde se alojarían. Quería ver papeles, sí, los boletos de todo el grupo sobre su escritorio, las reservaciones, los anticipos, las tarjetas con el logotipo de la United Fruit con las cuales se enviarían a cada suite varias botellas de ron, el mejor del Caribe, coñac, whisky, ginebra y jerez, además de canastas saturadas con las frutas más carnosas y jugosas del trópico. Que no falte nada. Tú harás esto, tú lo otro, tú lo de más allá y cuando hayan terminado me informan a mí personalmente el resultado de sus gestiones, tal o cual fecha. Tú a las diez me confirmarás que tienes contratadas a las mujeres que irán en el barco: si una sola no me gusta a mí considérate despedido; tú a las doce me dirás los menús, las bebidas y las habitaciones; tú a las cuatro acordarás conmigo lo relativo a los salones de reunión para explicar los motivos de la visita, cartelones, rotulación de bardas alegóricas, prensa y radio local. Conmigo personalmente, ¿entendido?

El grupo tendría que constatar la realidad prevaleciente en Salaragua. Nosotros, precisó Barnays, solamente ratificaremos los puntos de vista de nuestros invitados, para que ellos puedan vaciarlos libremente en las páginas editoriales más influyentes de la Unión Americana, en las primeras planas, a modo también de entrevistas a nativos, a ciudadanos de todos los niveles, en fin, a gente del pueblo seleccionada expresamente por los expertos en relaciones públicas. Cuando sólo faltaban dos días para el inicio de las visitas, algunas bardas de la ciudad de Managua amanecieron inexplicablemente rotuladas con leyendas ofensivas en contra del gobierno de Arbenz, principalmente algunas localizadas a lo largo de la ruta por la cual habría de transitar la importante comitiva, entre el aeropuerto y la Villa Blanca, donde se alojarían en un principio los conquistadores de la mente, los dueños de la voluntad del pueblo americano, tal y como Barnays los identificaba en privado. Los salaragüenses se preguntaban sorprendidos el origen de semejantes calumnias.

Tenemos hambre Arbenz.

*En lugar de ver al Kremlin ve por tu pueblo.
Después de trescientos años de esclavitud ya no queremos comunismo.
Salaragua libre si comunismo no.
Arbenz, vete, que vuelva Trubico.
Dios te sabrá castigar por comunista Arbenz.
Repertes miseria, no trabajo.*

Nadie borró una sola letra. La respuesta de la sociedad se limitó a inquirir sobre la identidad de los rotulistas. La comunidad parecía asistir a un espectáculo taurino y presenciar una representación en la que ellos no tomarían parte. Fuera del estricto círculo de la familia, todo les era ajeno. Ni el peor de los insultos parecía tocarles la piel. Sólo las lluvias torrenciales, nuevamente la naturaleza, sustituiría la apatía humana y borraría los infundios. Los salaragüenses por sí solos parecían no reaccionar. Acostumbrados a levantar la mano y coger un plátano, prefirieron la inmovilidad. Si siempre habían estado inmóviles no existía razón alguna por la cual debían cambiar repentinamente su comportamiento. Por contra, varios periodistas norteamericanos, una vez que les fueron traducidos los mensajes populares, las quejas colectivas en contra del gobierno, sacaron fotografías de cuanta barda encontraron con temas anticomunistas con el ánimo de publicarlas junto a sus reportajes. El autobús se detuvo tantas veces fue solicitado por los ávidos pasajeros para obtener la mejor placa. Incluso varios transeúntes aceptaron retratarse con ellos para aparecer como testigos mudos y descalzos, porque un setenta por ciento de la población carecía de calzado. De ese tamaño era ya el daño causado por las medidas comunistas.

¿Cuántas botellas de champaña tardaremos en llegar a Salaragua?, preguntó Sulzberger tan pronto despegó el avión especialmente fletado del aeropuerto de Washington. El solo contenido del cuestionamiento ya daba una idea del nivel del viaje. La comida a bordo, como todas las que se sirvieron a lo largo del itinerario, fue opípara; no se escatimó ni un centavo con tal de homenajear debidamente a los altos funcionarios de la prensa. Los vinos franceses, los puros habanos, los obsequios de lo más diversos y excéntricos, las mujeres traídas especialmente de Miami para satisfacer los gustos. Que sobren, pidió Keith, para que puedan escoger o repetir: no quiero miserias. Los paseos a bordo del yate fueron verdaderas orgías, un día tras otro, las carcajadas hacían eco ya no sólo en Salaragua sino a lo largo y ancho del Caribe y las Antillas hasta llegar al Istmo, las mismas carcajadas que oyeron los colombianos cuando partieron en dos su país para construir el canal de Panamá, las mismas que recordaron con frío en el cuerpo los nicaragüenses cuando los marines invadieron once veces su país para quedarse más de veinte años la última vez, la misma carcajada que eriza los cabellos de los mexicanos cuando piensan en la pérdida de la mitad de su territorio en el siglo pasado. La carcajada que aterroriza a los cubanos, haitianos, dominicanos, con tocar el tema de las intervenciones armadas y de los protectorados norteamericanos disfrazados, a los hondureños con sólo hablar de las receptorías de rentas. Los mojitos de manufactura cubana, hechos a base de aguardiente de caña, hojas de yerbabuena, azúcar y jugo de limón, acapararon la atención de la concurrencia. Una y otra charola salía del bar rumbo a cubierta para producir la alegría del trópico.

Los platillos fuertes de la reunión los sirvió Barnays sin copas y a puerta cerrada, a primera hora de la mañana, después de un abundante desayuno. Pasó documentales en donde él había recogido el sentir del pueblo salaragüense y demostraba la infiltración comunista, descarada infiltración de proporciones insospechadas. La gran amenaza continental comienza aquí, a un lado del patio de nuestra propia casa. El largo brazo de Stalin llega hasta nuestras puertas y el ahorro de todas las generaciones de norteamericanos está en juego, el fruto de nuestro empeñoso trabajo, la materialización del sueño americano está en jaque, como lo está igualmente el ideal de los padres fundadores. ¿Por qué creen ustedes que Arbenz autorizó la legalización del Partido Comunista? Él sostiene que los comunistas no cuentan en su país y que una reforma integral no puede llevarse a cabo sin ellos y que la mejor manera de atacarlos es permitiéndoles surgir, desenmascarándolos, desnudándolos como lo que son, unos enemigos de la libertad. Todavía insultó más nuestra inteligencia cuando declaró: Lo que buscan los comunistas es la represión para que se produzca una

respuesta clandestina en la que son especialistas. Sólo que ésa nunca se la daré, porque los voy a exhibir uno a uno y a enseñarles que jugaré con mis armas y no con las de ellos y por lo mismo no les temo. ¿Este Arbenz creará en verdad que somos idiotas?

Entre mojito y mojito, ayudas económicas para quienes desearan hacer compras y hubieran olvidado la cartera en el hotel o en su casa, entre los besos acaramelados de los edecanes, las noches de amor exhaustivo, sin conocer siquiera el nombre de la compañía en turno, el humo aromático de los puros habanos, empezaron a salir las comunicaciones a las mesas de redacción de las largas cadenas periodísticas y de las principales revistas, magazines y agencias de prensa americanas. Se empezaba a realizar un copioso bombardeo a gran escala sobre una Salaragua indefensa y confundida. De pronto, como por arte de magia, el interés del público norteamericano por los asuntos salaragüenses se disparó al infinito. La hospitalidad de la United Fruit pagaba inmensos dividendos. Barnays nunca contrataría una inserción pagada, era mucho más efectiva la información a base de noticias, como si fuera una mera relación de hechos observados objetivamente por el cronista y esconder desde luego la mano para evitar compromisos políticos nacionales o internacionales.

Penetración comunista por todas partes en Salaragua. El gobierno soviético ya prepara el golpe final y mira nuevas presas en América Central. Cáncer en Salaragua: los comunistas, responsables del deterioro bilateral entre Estados Unidos y ese país hermano. Sydney Grison, más tarde editor de *Time*, sentenció: *Si nuestra United Fruit paga los sueldos más altos en Salaragua, hace trabajar a los indios, construye hospitales y casas y convierte la selva en centros de producción y prosperidad, no es correcto que ahora se convierta en un juguete para conspirar a favor de los intereses soviéticos. Grison: Arbenz es prisionero de los comunistas. Time: El acoso que sufre la United Fruit es una clara estrategia comunista, Quien no esté de acuerdo con la penetración comunista o está loco o ha sido sobornado. ¿Por qué Eisenhower no toma una acción directa y se responsabiliza del conflicto salaragüense en lugar de practicar el putter en el Salón Oval? Ike juega golf mientras nos expropian en Salaragua.*

Mientras, los hermanos Dulles sonreían desde sus respectivas oficinas del Departamento de Estado y de la CÍA, gracias al volumen de notas periodísticas sobre la realidad salaragüense, Robert Keith colocaba las fichas de su ajedrez como lo hubiera hecho su tío Minor para evaluar y numerar los apoyos con que contaba en el gobierno de Eisenhower y en el Congreso americano para poder hacer la causa de la United Fruit la gran causa de Estados Unidos. Te aplastaré, maldito, Arbenz, como siempre aplastamos a los ladrones de tu calaña: como a una cucaracha platanera, no como en los viejos tiempos, aunque por ahora no podamos echar mano de los marines para largarte a patadas de tu trono de mierda. Te irás sin saber por qué te vas. Simplemente empezaré a inyectar insecticida en forma imperceptible y todos los insectos como tú se empezarán a morir uno a uno sin entender por qué.

Son las ventajas de la alta tecnología, ¿ves?, las sofisticaciones científicas en el área de los pesticidas aplicadas a la extinción de bichos rojillos como estos que aparecen eventualmente en los litorales centroamericanos. Keith hizo un balance de sus fuerzas en un papel que rápidamente destruiría antes de que llegara Margarita Donde a su departamento. La deseaba más que nunca, maldita negra de todos los demonios, naciste entre mis plátanos, eres más mía que cualquiera de mis dedos. El Rey de la Banana enumeró los apoyos con los que contaba en los altos círculos políticos norteamericanos.

Tomás Corcorán: senador, ex asistente de Franklin Delano Roosevelt, incorporado en la nómina de la United Fruit desde 1930, personaje influyente en el Congreso americano, le había dicho a Thomas Mann, asistente del secretario de Estado para Asuntos Interamericanos en el gobierno de Truman, que las empresas americanas eran las verdaderas encargadas de imponer el orden en Salaragua.

Thomas Dudley Cabot: ex director en el Departamento de Estado, Oficina de Asuntos de Seguridad Internacionales y ex director y presidente de la United Fruit y de su banco, el First National Bank of Boston.

John Me. Cormack: diputado por Boston, uno de los más importantes cabilderos de la United Fruit,

obviamente incorporado al servicio de la bananera desde buen tiempo atrás, sostenía que el noventa por ciento de la inversión foránea de Nueva Inglaterra se encontraba en Centroamérica y una parte muy importante era la United Fruit, y si no queremos que se tuerza el rumbo del Estado de Massachusetts más nos vale cuidar celosamente la suerte de nuestros capitales. A su juicio la expropiación de las tierras ociosas propiedad de la United Fruit abría con meridiana claridad una cabeza de playa para la penetración de la Unión Soviética en América Latina.

Henry Cabot Lodge: senador por el estado de Massachusetts, el domicilio de la oficina matriz de la United Fruit, y un destacado accionista de la Frutera, de gran fortuna económica personal y familiar, se oponía abiertamente al código laboral salaragüense por considerarlo discriminatorio contra la empresa bananera y porque le causaría graves daños económicos.

Edward Miller: asistente del secretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos; además, socio de Sullivan & Cromwell, los famosos abogados de la United Fruit, y de otras compañías transnacionales igualmente poderosas. Gran amigo de la familia Somoza.

John Cabot: asistente del secretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos a partir de 1953, anteriormente embajador norteamericano en Guatemala y en Salaragua, otro importante accionista de la Frutera, al igual que su hermano Thomas Cabot, director y presidente de la United Fruit, así como del First National Bank of Boston.

Sinclair Weeks: secretario de Comercio en el gobierno norteamericano, en su momento también director del banco.

General Robert Cutler: primer asistente especial del presidente para asuntos de seguridad nacional, ex consejero del banco y de la United Fruit.

John Me. Cloy: presidente del Banco de Reconstrucción y Fomento, amigo personal de Eisenhower, responsable del estudio sobre las dificultades agrarias en Guatemala y Salaragua, había sido director de la United Fruit.

Ann Whitmann: secretaria personal de Eisenhower, ex esposa de Robert Hill, director de la United Fruit y más tarde vicepresidente de relaciones públicas de la misma compañía, miembro de la CÍA y después embajador norteamericano en Costa Rica, accionista en W R. Grace, empresa con enormes intereses tanto en Guatemala como en Salaragua.

Walter Bedell Smith: ex director de la CÍA durante el primer golpe frustrado en contra del presidente Arévalo, conocido por sus ligas en la United Fruit, uno de los candidatos de Keith a ocupar la dirección de la United Fruit al concluir su gestión en el gobierno.

Whitney H. Shepardson: miembro del consejo de Relaciones Exteriores y ejecutivo de la empresa International Railways of Central America.

Robert Lehman: consejero de la United Fruit y pariente político de Frank Altschul, secretario del consejo de la influyente Asociación Nacional de Planeación que concluyó a lo largo de sus trabajos en la realidad de una invasión comunista en Salaragua.

Spruille Braden: asistente del secretario de Estado con Harry S. Truman. Más tarde representante de la United Fruit. Uno de los más insistentes intervencionistas norteamericanos a lo largo del gobierno de Arévalo, quien condenó la irritante paciencia diplomática de Truman por no mandar a los marines a Salaragua a la primera manifestación comunista, precisamente el autor de las siguientes líneas, el contenido fiel de su pensamiento:

Frecuentemente es necesario combatir el fuego con el fuego... Nadie puede estar más opuesto que yo a la interferencia en los asuntos internos de otras naciones. Pero... nosotros podríamos estar obligados a intervenir... me

gustaría subrayarlo, porque el comunismo es un escandaloso asunto internacional y en ningún caso doméstico; su supresión, inclusive por el uso de la fuerza, en un país americano, por una o más de las otras repúblicas, no constituiría una intervención en los asuntos internos de aquél... Yo rezo porque la nueva Administración (la de Eisenhower) ataque este peligro rápida, inteligente y enérgicamente.

Fue el mismo Braden quien organizó insistentes series de seminarios en universidades, con personalidades académicas, con el Congreso norteamericano, con altos funcionarios de la Casa Blanca, intelectuales, periodistas y hombres de negocios, en donde siempre concluyó y confirmó los graves peligros de la Salaragua comunista en torno a los intereses políticos y económicos de Estados Unidos en América Latina.

Alien Dulles: hermano del secretario de Estado y director de la CÍA durante el gobierno de Eisenhower.

John Foster Dulles: ¡ay, John!, mi querido John, secretario de Estado americano. Dulles había recomendado al propio Woodrow Wilson en 1917 el reconocimiento de Tinoco en Costa Rica, el candidato idóneo del tío Minor para ocupar la presidencia de la República, uno más de sus presidentes bananeros. Su filiación a la United Fruit se remitía a 1911, su fecha de ingreso al famoso despacho Sullivan & Cromwell. La preservación de nuestros intereses transnacionales presupone nuestra existencia como primera potencia. Los comunistas como Arévalo y Arbenz son los grandes enemigos de nuestros ideales históricos. Hoy al comunismo le llaman nacionalismo. Para no volver a blandir el garrote es mucho mejor acabar clandestinamente con el comunismo soviético Si ellos arman su estrategia y se imponen clandestinamente, desintegremos nosotros los detonadores de la misma manera y con sus propias mañas. Pocos podrían olvidar los contratos de concesión platanera suscritos por Trubico y redactados ventajosamente por el querido John con una vigencia de noventa y nueve años, a modo de prueba. Serás grande, John Foster Dulles, le había repetido siempre Robert Keith al hoy secretario de Estado. Conozco a los hombres, sé leer su mirada, sus manos, su rostro y su hablar, John, por lo mismo te digo: llegarás.

Robert Keith sonreía en su soledad cuando estos recuerdos llegaban a su mente¹¹. Sí que había tenido buen ojo: su hombre de confianza, su consejero legal, el especialista en derecho sin el cual él no daba un solo paso, su compañero de parrandas, su testigo en mil batallas, su socio en múltiples negocios, su cómplice en otros tantos siempre festejados con hilarantes risotadas, remojadas con ron negro, el ron blanco es para los negros, no lo olvides nunca, Johnsisimo, Johncérrimo, mi John, hermano de mi vida, mi socio en estas tierras de sol, arena, dólares y amor, amigo incondicional, amante, espía y vigía del negocio bananero y devoto feligrés a la hora de recoger las cosechas en dinero. John Foster Dulles había llegado al poder de acuerdo a sus pronósticos en el mejor momento político, cuando más podía necesitarse un amigo de semejantes dimensiones en un puesto así.

La vida es un conjunto de contrastes, pensaba para sí Robert Keith cuando ya liberado de sus obligaciones y de las presiones inherentes a su cargo esperaba en un lujoso departamento de Manhattan a Margarita Donde. La vida igual da que quita, concluyó mientras exhalaba una prolongada nube de humo blanco de su habano favorito, el Cohiba. Sería insoportable una existencia plana, como dice Simone Kirkpatrik, un mundo, un cuadro con un solo color, una sinfonía con una sola nota, una composición poética con una sola letra y un solo platillo para comer todos los días. ¡Horror!, agregaba en sus reflexiones, una sola mujer para todos los hombres, la misma siempre, con la misma sonrisa, los mismos senos por más hermosos que sean, hasta del caviar llega a cansarse uno, las mismas caricias, la misma mano conocida igualmente experta que aburrida, los mismos besos, la misma conversación, las mismas quejas, la incapacidad de un ser humano para sustraerse a la inmovilidad y a la resignación. Y pensar que hay quien duda de la existencia del infierno. ¿Y si sólo hubiera plátanos para comer y ninguna otra cosa más? ¿Qué tal que todos los seres

humanos se llamaran Franklin? ¿Que no hubiera retos en la vida como la aparición repentina de sujetos soñadores como el tal Arbenz o los Arévalos que surgen de entre las nubes como aves de rapiña después de los huracanes? ¿Plagas, hongos o enfermedades botánicas o competidores tramposos o terremotos o erupción de volcanes y derramamiento de lava, destrucción de plantaciones, fincas, esfuerzo, inversiones y esperanzas, o que no hubiera huelgas o francotiradores en el Congreso o guerras internacionales para prestar carretadas de dinero a la industria militar a tasas que nunca imaginamos en un banco o innovaciones en las áreas de refrigeración de nuestra flota? ¿Qué hacer sin un abanico de posibilidades y algo por qué levantarse en la mañana? Un motivo, un motor, la oportunidad de ganar un dólar o de perderlo, la aventura por defenderlo, la posibilidad de vender un dominico más, un grano de azúcar, un nuevo mercado, un empréstito ventajoso, nuevas rutas para nuestros ferrocarriles, nuestras empresas navieras; el telegrama de invitación a un cóctel en la Casa Blanca, el *smoking*, la obtención de condecoraciones para lucirlas en las soirees o como se diga, maldita Simone, la compra de un cuadro o una escultura en una subasta en las casas de remate inglesas para integrar la colección de la fundación, la fundación de la humanidad. Lo que me divertí la última vez cuando dos o tres perfumaditos del público, vestidos cuidadosamente por mamá, revisaban mi indumentaria de cazador y mi salacot, ¡ay! mi querido salacot testigo de mil batallas, y se atrevían a ofrecer cincuenta o cien mil libras esterlinas más en la compra de un Van Gogh, estúpidos hombres endemoniados, y yo ofrecí medio millón para que dejaran de ladrarme los perros del camino y elevarme por arriba de sus mordidas. Estúpidos animales: piensan que la ropa es todo y no se ponen a medir la fuerza del intelecto ¿verdad, Simone? Claro que me llevé las piezas y no me quedé con la empresa entera, ¿para qué la quiero, si puedo comprar medio planeta? ¿Y para qué?, sí, ¿para qué lo quiero? Yo, a mis plátanos. Ahí nadie podrá conmigo. Los plátanos me abren todo un horizonte, un panorama azul que yo nunca me cansaré de admirar. Los plátanos son dinero y el dinero es la llave del mundo, lo importante es tenerlo por cualquier medio. Ninguno es inferior ni superior al otro, aun el bandido no descubierto puede sentarse a la mesa con nosotros siempre y cuando su chequera sea abultada y representativa.

No hay un solo día de mi vida sin contrastes. Una llamada del Departamento de Estado, un Consejo de Administración con algún problema específico, una mujer, un problema con el fisco, un Arbenz, una subasta, la compra de una nueva casa de verano, otro departamento, la maqueta de un nuevo rascacielos del banco en Boston, o en Nueva York, un nuevo barco para la flota, la posibilidad de compra de una plantación ahora en África, el magnetismo del mercado europeo. Sofía, algún día he de reconciliarme con ella; Blanca e Isabel, ¡bah!, caerán como debe ser: en manos de un cazafortunas, su futuro y su vida desde que nacieron están determinados por mi dinero. Mi día está lleno de sorpresas y desafíos, no he conocido uno solo plano, ni insípido ni opaco ni aburrido. Cada uno ha tenido su reto y me ha obligado a echar mano de lo mejor de mi ingenio, de mi talento y de mis reflejos para resolverlo a mi favor. ¿Quién puede con un Keith? Pocos tienen línea directa con la Casa Blanca, con el Departamento de Estado y con la marina de guerra norteamericana. ¿Quién puede decir como yo que tiene al ejército vencedor de las dos guerras mundiales a sus órdenes? Qué a sus órdenes: ¡a sus pies!, sí, señor. Las bombas atómicas son mías, yo ayudé a pagarlas con mis impuestos y cada rifle o ametralladora o submarino norteamericano lleva el resultado de mi trabajo y el producto de mis inversiones bananeras en el mundo. ¿No pagué impuestos en cantidades que dejaban sorprendido al tesorero del gobierno de Estados Unidos? ¿Con qué se financió la compra del patrimonio militar norteamericano si no fue gravando las utilidades de sus empresarios? Por eso todo es nuestro y nadie en Washington puede negarnos ni regatearnos asistencia militar cuando sea requerida, porque ellos nada hubieran hecho sin nuestro concurso, ¿está bien dicho, Simone?

Retos, retos, desafíos, son las eternas reglas del juego. Con cada dólar ganado reafirmo mi personalidad de hombre triunfador. Con cada problema resuelto exitosamente refuerzo mi imagen invencible. Falso, mil veces falso que el dinero alimente mi espíritu: sólo necesito saber que puedo vencer todos los obstáculos para sentirme feliz y eso, como dice Simone, no se puede comprar con dinero. Mi capital, por otro lado, no se lo acabarán ni las trescientas generaciones por venir, de modo que quien insista que me mueve el mero acaparamiento de riquezas no entiende ni entenderá jamás mis desafíos personales. Será un hablador más, un comerciante de novelas baratas que nunca ha llegado ni llegará al fondo de las cosas ni,

en mi caso, al de los grandes forjadores del mundo moderno. No se puede triunfar en la vida sin un buen sistema de reflejos. Dispara, dispara aun cuando el blanco sea móvil o inmóvil, pero dispara antes de que el otro lo haga, insistió, sin darse cuenta que alguien tocaba el timbre con grosera insistencia.

Margarita Donde nunca pudo dejar de sorprenderse cuando viajaba en primera clase a bordo de los gigantescos aviones *Constellation* ni le dejaban de impresionar los rascacielos de Nueva York ni los elevadores que subían ochenta pisos a la velocidad del rayo, hasta llegar a la suite en donde se encontraba Robert Keith, ni resistía los interminables interrogatorios de los elegantes porteros de la United Fruit Tower que la veían como a una caníbal caminando por Central Park con un hueso de pollo atravesado en la nariz ni había conocido el desprecio por el color de su piel ni menos que una persona como ella en semejantes condiciones se atreviera siquiera a pronunciar el nombre de Robert Keith, ya no se diga pretendiera hablar con el Rey de la Banana, el dueño del mundo, el amo indiscutible en Centroamérica, el Caribe y las Antillas.

—Mira, habla —dijo uno de los porteros uniformados, cuando Margarita preguntó por don Rober Kit, Kei, Keth, o como jodidos se llame el que es propietario de todo esto. Claro que llamaron de inmediato a un hospital para retrasados mentales y pidieron auxilio de la policía metropolitana cuando vieron a la mujer vestida con esa blusa intensamente amarilla del color de los bananos Gros Michel para halagar el ojo del magnate, y sus mangas saturadas de volantes anaranjados, azules y verdes jade, exactamente como los del mar Caribe; ella era la embajadora de la selva, de las plataneras, de las calores y las lluvias torrenciales, de lo más excéntrico de la atmósfera centroamericana, de las guacamayas, de los tucanes, de los papagayos, la directora de una papayera salaragüense, la alegría del trópico, la mejor representante del humor, de la mística y del contagioso optimismo antillano, que pedía nada menos hablar con don Robert Keith.

—Haz de cuenta que quiere hablar con Eisenhower esta india a medio nacer, fugada con toda probabilidad de un manicomio localizado en el culo del mundo.

Ya se llevaban esposada y metida en una camisa de fuerza a la guajira, cuando el chófer de Robert Keith, elegantemente vestido por los mejores modistos de Londres, rescató a la mujer de los brazos de los siquiатras, entre gritos, mordidas y amenazas incomprensibles lanzadas en lengua maya o en castellano para hacer entrar en razón a los secuestradores, una vez que los porteros habían agotado la paciencia y prefirieron desocupar el área para no causar un escándalo público cuando Margarita se negó a retirarse resignadamente.

— ¿Hablar siquiera con el señor Keith? Si le pregunto eso me cesan en ese instante —contestó uno de los uniformados.

Pues inténtelo, exigió airadamente el chófer. Fue así cómo Margarita Donde pudo ingresar a la torre y llegar hasta el pent-house, la suite de la United Fruit, ante la sorpresa indigerible de los encargados de la custodia del lugar. El olor a perfume rancio mezclado con sudor viejo, impregnó por un buen rato el elegante vestíbulo. Lo que tiene uno que ver y vivir.

Robert Keith no la dejó hablar ni expresarse. Esperaba como una fiera enjaulada la llegada de la carne cruda. La devoró sin la menor contemplación. Era un hombre sediento, no cabía ni la menor duda. La besó, la mordió, hubiera querido tener mil lenguas, cada una más larga que la anterior: soñaba con el pulpo, magnífico animal con tantas posibilidades de placer. Si yo pudiera tener ocho manos para acariciarte con todas ellas al mismo tiempo, sin la pérdida de la menor de las sensaciones y besarte y absorberte dentro de mí, así, a la menor succión, después de llenar todas tus cavidades con mis tentáculos. Eres un animal de la selva, me lo recuerdas, me traes a la memoria lo mejor de mis recuerdos por el color de tu piel, la aspereza de tus manos después de lavar la ropa en los ríos, tu absoluta resignación, tu servilismo incondicional como el que me han demostrado los presidentes de tu país que he tenido en el puño de mi mano, el olor a bananera, a dinero, a placer, al poder, el aroma exquisito del plátano, el recuerdo de la costa, del paisaje, de la mística de los hombres del Caribe, inconcebible desde Wall Street y sus excentricidades materiales. Tírate, ponte ahora así, no, al revés, bien; no te muevas, aguántate, bésame, llámame Dios, dime: mi señor, Dios de

los Cielos, agárrate fuerte porque te vas a morir. ¡Quieta!, no hagas nada que yo no ordene porque te caes cien pisos para abajo. Aquí, allá, ahora abre los ojos, dime que te gusta, que no hay nadie como yo, que me necesitas. Suplícame, reza, pide por mí, por ti, para el descanso eterno de tu alma.

Margarita Donde no quiso esperar ni un momento más. Robert Keith apenas empezaba a recuperar la respiración, el habla y supuestamente la dignidad cuando ella osó poner una mano sobre su espalda para iniciar la conversación o la confesión. ¡Quítame la mano de encima!, tronó una voz todavía jadeante que llenó mágicamente el interior de la suite. Ella ya no estaba dispuesta a ceder; era el momento de hablar; ahora o nunca. Totalmente vestida, sin despeinarse siquiera, inició la aborigen nacida en el Tiquisate su denuncia sin preguntar si tenía o no el derecho de expresarse. Robert, totalmente desnudo, cubierto sólo por su bata de seda roja recuperaba esforzadamente el aliento. Intentaba dormir, tenía tanto derecho a ello. Sin embargo, la guajira no estaba dispuesta a concederle esa tregua. Me oirás, le gritaba una poderosa voz en su interior.

—Usted sabe que yo lo respeto y lo quiero mucho y por lo mismo debo decirle que le engañan. —Keith no reaccionaba, pensaba ya entre sus sueños en un ladrón de dominicos: ésos échalos a pérdidas y ganancias, le había advertido su tío Minor. Nunca podrás tener utilidades absolutas. Siempre alguien te saboteará o te pellizcará algo del mandado, como dicen por ahí.

—Con su pan se lo coma —respondió Keith sin tomarse la molestia de voltear para contestar—. Le dará diarrea al cuarto plátano que se coma de cualquiera de mis fincas. Quien me pica se muere —todavía agregó dispuesto a no contestar nada más—. Mi sangre es veneno para todos los moscos.

—Será para otros moscos, pero no para el Zancudo —replicó la india con el ánimo de agitar el avispero.

—Quien me pica se muere —contestó Keith—, zancudo o no —aclaró sin pensar en las intenciones de Margarita—. Ahora déjame dormir —pidió como quien arrastra la voz antes de abandonar el mundo de los conscientes.

—Pues su hermano Franklin se chupa a diario lo mejor de su sangre y no le pasa nada, es más, quiere más y mucha más.

Robert Keith entornó los ojos con oír el nombre de Franklin. Bien sabía él que el nombre de su hermano menor estaba asociado a los problema de todo tipo. Franklin fue mi cruz, es mi cruz y seguirá siendo por lo visto mi cruz, aunque en honor a la verdad lleva un buen tiempo sin distraer mi atención y su silencio me aterra. El Rey de la Banana la dejó hablar. Franklin habría violado a otra indígena que tarde o temprano caería en sus manos a la hora de consolarla. ¿Cómo que se chupa mi sangre?, reaccionó de golpe el magnate.

—No debe usted crearme —planteó la mujer perfectamente bien su coartada, mientras oía los gritos de desesperación que ella profirió el mismo día en que Franklin, el maldito Zancudo hijo de su puta madre, la persiguió a caballo para violarla entre los platanares—pero su hermano le pica y le pica y le ha picado muchas veces y nunca se ha envenenado ni se ha caído muerto por chupar su sangre, patrón.

Robert Keith saltó como si le hubieran mordido la uña del dedo meñique. No podía ocultar su inquietud cuando se hablaba de su hermano, aun cuando lo hiciera una indígena y con todos los motivos de la tierra para vengarse justificadamente de él. Ese nombre es maldito en mi vida, lo oigo y algo malo ha de pasarme. — ¡Me quieres decir demonios!, ¿qué traes con mi hermano? ¿No habíamos dejado ya todo en orden con él?

—Sí, patrón, con él y conmigo sí, pero no con las hijas de usted.

— ¿Y tú cómo carajos sabes que yo siquiera tengo hijas?, maldita ave de paso.

—Todos las conocemos, señor Keith, sobre todo cuando dan sus vueltas a caballo a todo galope en los callejones de las bananeras, para ir en el mismo caballo del Zancudo y luego dejar más tarde sus santos sudores en las pozas del Tiquisate, bañándose desnudos para curarse de las calores.

— ¿Quién dijo que montan en el mismo caballo y se bañan juntos?, embustera de mierda.

—Todos en la finca lo hemos visto, señor, por eso a mí ni me crea.

Robert Keith se sentó todavía haciendo acopio de fuerzas para no perder el control, no sin antes acomodarse sus vergüenzas con la elegante bata roja. No podía articular palabra alguna ni enfocar la mirada en un lugar fijo. Se sentía tan inútil o más que un borracho.

— ¿Qué quieres decir con todo este cuento asqueroso? ¡Habla de una buena vez!, india de los demonios —tronó finalmente Keith, como quien presiente la verdad y se apresta a negarla antes de que el juez dicte la sentencia inapelable de muerte.

Margarita Donde apoyó instintivamente manos y rodillas sobre el tapete minuciosamente tejido con el logotipo del First National Bank of Boston. Ya no oía nada. Parecía una pantera a punto de lanzarse encima de una presa largamente observada. Rascaba con las garras la corteza selvática del árbol, preveía las escapatorias posibles; el silencio era perfecto, sus ojos inmóviles, dos luceros nocturnos, le brillaban intensamente. Como una pantera que se acerca sigilosa exactamente al lugar adecuado, ya saboreaba el momento de clavar sus colmillos en el cuello de la víctima y esperar tranquilamente el momento de la asfixia fatal para empezar a devorarlo. Dios mío, tantos años esperando este momento.

— ¡Ay patrón!, todos en el pueblo sabemos que su hermano Franklin se acuesta con cuanta señora puede y entre ellas están sus hijas, Blanca e Isabel.

Cuando menos se dio cuenta, Margarita Donde tenía en su cuello las manos rudas del Rey de la Banana y sus rodillas le inmovilizaban angustiosamente los brazos. Era imposible defenderse. La estrangulaba, la estrangulaba sin más. Ya se iba, dejaba de respirar, oía cómo se le rompía hasta el último hueso de la garganta, la lengua se le salía por la boca, perdía el sentido, sentía convulsionarse, pateaba inútilmente, veía la cara de Keith sudorosa y desesperada como entre una penumbra, los ojos también se le salían a él mientras no lograra el silencio y la inmovilidad total de esta maldita intrigante. Guajira hija de tu puta madre, repetía mientras estrellaba enloquecido la cabeza de la mujer contra el mármol negro del piso de su departamento. Dime que mientes, que te dieron dinero para contarme todo esto. ¿Franklin y mis hijas? ¡Muérete!, muérete mil veces, bestia, bestia del mal, maldito animal de la selva que nunca debiste nacer, muérete, muérete ahora mismo, muérete, deja de respirar ya, mal bicho, culebra pantanera.

Los testículos de Keith colgaban indiferentes a la rabia del magnate, asomaban apáticos a los hechos por entre la exquisitez de la prenda. Instintivamente Margarita Donde echó mano de ellos: los jaló, los jaló rabiosamente, con un coraje infinito, una y otra vez, los retorció enloquecida como hubiera querido hacerlo con los de Franklin el día de su violación, al fin y al cabo tenía cuentas pendientes con ambos, el mundo entero era acreedor de estas bestias devoradoras de dinero. Jaló, jaló hasta sentir su cuello liberado. Un grito estremecedor cruzó el Hudson en aquellos días claros del verano en que se escucha por disposiciones propias del ambiente hasta el vuelo más feliz de los escasos insectos... Nunca la pérdida de un dólar le significó tanto dolor a Robert Keith. Se retorció como una fiera herida a lo largo y ancho de la sala, más aún que si le hubieran sacado ambos ojos con los pulgares. Invocaba hasta a los dioses más primitivos de la Hélade, los del Paleolítico bajo, todos, aun los de la edad de las cavernas. Sólo veía el color rojo, un rojo intenso, más intenso que la sangre de todas las generaciones de salaragüenses desde que alguien pensó por primera vez en redactar las primeras líneas que conforman la historia de nuestro tiempo.

Margarita Donde apenas salía de la asfixia. No quiso esperar la recuperación del magnate. Ahora sí la mataría sin más remedio. Corrió entonces donde se encontraba una pesada lámpara de cerámica colocada sobre una mesa finamente barnizada. Desprendió la pantalla de un violento jalón y la arrancó con gran esfuerzo de la pared para estrellarla poseída de una furia divina sobre la cabeza de Robert Keith hasta hacerla astillas. Quería inmovilizarlo a como diera lugar, matándolo si fuera necesario antes de que pudiera echar mano de ella al dejar de sentir esos terribles dolores e intentara una nueva venganza. Las manos de Keith soltaron de inmediato sus testículos, cesaron los ayes, los gritos se suspendieron mágicamente al igual que las contorsiones, las amenazas y los sonidos guturales animales. El silencio volvió a reinar. En su lugar,

la sangre manchó el hermoso tapete con el símbolo de los máximos poderes económicos de Estados Unidos. Robert Keith yacía inconsciente cuando Margarita Donde abandonó el vestíbulo ante la mirada burlona de los encargados de la vigilancia.

—Te lo dije —agregó uno de ellos—: la sacarán a patadas cuando la vean a la luz.

—Eirpor, plis —fue todo lo que supo decir al subirse al taxi.

Eisenhower llevaba en el poder apenas seis meses cuando autorizó, en sesión cerrada, en la más estricta intimidad del Salón Oval, el derrocamiento de Jacobo Arbenz¹¹².

El nuevo jefe de la Casa Blanca había entendido como una ofensa personal, un temerario desafío del gobierno de Arbenz, el minuto de silencio decretado y guardado por la Asamblea Nacional salaragüense en honor a la memoria de Stalin. Ike parecía enloquecer de ira. Ninguna duda cabía: éstos son comunistas de la peor ralea y además todavía intentan cachetearme en la cara. Veremos quién le da a quién.

La estrategia a seguir se adoptó a lo largo de uno de los succulentos *lunch* que servía semanalmente Eleanor Dulles para agasajar a ambos hermanos y al que invitaron expresamente para la ocasión al propio jefe de la Casa Blanca, para ultimar los detalles del desahucio de Arbenz del Palacio de Gobierno de Salaragua.

John Foster Dulles recordaba una y otra vez el rostro del Rey de la Banana cuando con ambos puños en la mesa le había suplicado su intervención inmediata antes de que a cada presidente bananero de Centroamérica y el Caribe le diera por seguir la política de expropiaciones iniciada por el gobierno de Salaragua, ya no en contra solamente de la United Fruit sino de tantísimas empresas norteamericanas localizadas en la región y en todo el continente. Es más: en todo el mundo, porque cuando vean que nuestro gobierno nos abandona a nuestra suerte todos empezarán a promulgar decretitos nacionalistas hasta convertir nuestro país y el dorado sueño americano en un charco de aguas negras que escaparán por la más nauseabunda alcantarilla junto con lo mejor de nosotros, John. Nosotros no seremos la generación de los perdedores, John, no, no y no, te lo juro por las barbas de Cristo.

Las sucesivas expropiaciones llevadas a cabo por el gobierno revolucionario, como la de 1954, en que se distribuyeron noventa mil hectáreas entre veinte mil campesinos mayas desempleados de la costa caribeña de Salaragua para llegar a la cifra de ciento ochenta mil hectáreas de tierras ociosas, antes propiedad de la Frutera, confirmaron en Washington la inminente necesidad de la medida. Ni Eisenhower ni Dulles abrigaron la menor duda de la procedencia del nuevo golpe de Estado. Acabemos hasta con el último comunista del continente antes de que ellos acaben con nosotros.

Por su parte, el *New York Times* advirtió oportunamente en febrero de 1954: *Los comunistas están listos para hacerse del control total de la situación.* A su vez el Senado hizo saber su posición política al declarar a través de voceros autorizados: *Salaragua es una fuente de infección comunista en toda América Central: tan pronto se esterilice la fuente mejor* John Cabot, el asistente del secretario de Estado, después de recoger todas las recomendaciones intervencionistas del Council of Foreign Relations se apresuró a manifestar: *No siempre el organismo latinoamericano produce los anticuerpos necesarios para repeler la intrusión comunista, como el caso de Salaragua. Por eso la administración de Eisenhower se encargará de producirlos en las cantidades suficientes.*

La suerte de Arbenz estaba decidida desde entonces. A partir de ese momento ya sólo faltaba precisar los detalles del derrocamiento. En aquel famoso *lunch*, como dijo humorísticamente Alien Dulles, se escribió de nueva cuenta el destino de América Latina:

PUNTO PRIMERO: El nombre secreto de la operación será P. B. SUCCESS*. De esa manera se evitará dar detalles comprometedores en las mesas de trabajo en la Casa Blanca, en el Departamento de Estado y en la CÍA.

PUNTO SEGUNDO: Se transferirá al actual embajador norteamericano acreditado ante Managua y se nombrará a uno menos convencional, más agresivo y miembro, desde luego, del Partido Demócrata, por si algo llega a fracasar se pueda culpar a la oposición.

El secretario de Estado sonrió sutilmente. Kyle sería transferido a Colombia; Whiting Willauer, actual embajador en ese país, el candidato ideal para sustituirlo en Salaragua, por sus profundas convicciones anticomunistas y su carácter dominante, sería ubicado en Honduras. En su contra, ser republicano era un serio inconveniente. Imposible correr el menor riesgo de desprestigio.

El acuerdo recayó entonces en el demócrata John E. Peurifoy, el futuro representante de la Casa Blanca ante el gobierno de Jacobo Arbenz.

John E. Peurifoy había llegado en su juventud a Washington a estudiar, deslumbrado por las luces del mundo diplomático. Su ignorancia respecto a los complejos asuntos internacionales, su dureza y su frivolidad, no eran precisamente los requisitos, por lo menos los oficiales, exigidos por el Departamento de Estado para aprobar su candidatura e ingresar en el servicio exterior. Tuvo que conformarse con un empleo de ascensorista en el Capitolio¹³. Su malestar por aquellos días parecía no tener límite. Ambicioso y persistente en sus propósitos, empezó a estudiar la carrera de leyes y a ver coronados sus esfuerzos al lograr una plaza al menos como oficinista en el Departamento de Estado durante el gobierno de Truman, donde trabajaba intensamente, pero sin poder llegar a conclusiones válidas ni hacer aportaciones constructivas a sus superiores. Las dimensiones de su talento quedaban al descubierto, al igual que su evidente capacidad de permanecer largas horas sentado tras un expediente sin pestañear siquiera ni poderle extraer el menor valor práctico, hasta que Dean Acheson, el subsecretario de Estado, el verdadero arquitecto de la política exterior en los años de Truman, se fijó en él, en atención a su dedicación y paciencia, al extremo de encumbrarlo hasta hacerlo nada menos que su asistente especial. Peurifoy escuchó ya por aquel entonces las campanas del éxito y la prosperidad en lontananza.

No se equivocó. Su sueño dorado se materializaba día a día, sobre todo cuando se le hizo saber su nombramiento como embajador de Estados Unidos ante el gobierno griego para ayudar a combatir la infiltración comunista. ¡Qué desempeño! ¡Qué firmeza! ¡Qué capacidad de mando! ¡Qué seguridad en la pelea!, le informaron a Eisenhower varios legisladores que habían visitado Atenas como observadores a la hora del conflicto. Si alguien sabe tratar a los comunistas, ése es Peurifoy. Si alguien ha aprendido en la práctica cómo operan, cómo se desenvuelven y cómo atacan finalmente los comunistas, ése es John E. Peurifoy. Si alguien supo trabajar en equipo con la CÍA en Grecia y cumplir instrucciones al pie de la letra, ése es Peurifoy: uno de nuestros muchachos más capacitados y convencidos de nuestro papel en el orbe. Su presencia en el servicio exterior demuestra la grandeza de las instituciones americanas, las posibilidades de ascenso y de evolución para la gente esforzada, disciplinada y convencida de la necesidad de aplastar en donde se encuentren a los comunistas, por ser los peores enemigos de nuestra libertad, señor presidente, de la libertad, del progreso y sobre todo de nuestros intereses en el mundo entero. Era irrelevante que cuatro años antes hubiera sido un humilde ascensorista en el Capitolio. Sólo quien es talentoso puede llevar a cabo

* El P. B. SUCCESS PLAN fue en la realidad histórica el nombre secreto del plan acordado por Dwight D. Eisenhower y los hermanos Dulles para derrocar el gobierno Constitucional de Jacobo Arbenz de la República de Guatemala en el año de 1954. Consultar *The CÍA in Guatemala, The foreign Policy of Intervention*, Richard H. Immerman, University of Texas Press, págs. 133-160. El nombre PB. se deriva de PBCFIA cuyo significado es: Presidents Board of Consultants on Foreign Intelligence Activities. Ver *The Agency, The Rise and Decline of the CÍA, From Wild Bill Donovan to William Casey*, por John Ranelagh, Simón and Schuster, New York, pág. 836. También aborda el derrocamiento de Arbenz por la CÍA en las páginas 264 a 269. Para mayor precisión, es conveniente analizar el texto de William Blum, *The CÍA a forgotten History, US Global Interventions Since World War II*.

una carrera meteórica como la suya para poder representar a nuestro país en el extranjero.

PUNTO TERCERO: Una vez sustituido Kyle por un embajador demócrata, la CÍA se dedicará a buscar las mejores opciones para lograr el derrocamiento de Arbenz, sin revelar, sobra decirlo, la participación del gobierno norteamericano.

Ésta es una operación encubierta, agregó Eisenhower, mientras daba un largo sorbo de café. Estados Unidos debe quedar oficialmente al margen de la operación. Si la opinión pública mundial no condena ni es posible exhibir a los soviéticos como delincuentes ante los organismos internacionales, por la ausencia evidente de las pruebas necesarias para demostrar su ingerencia, y su culpabilidad, no seremos nosotros quienes funcionaremos a los ojos del mundo con una candidez infantil, mejor entendida como estupidez diplomática en la edad madura. Jugaremos con sus armas, señores. Después del éxito de nuestro proyecto Ajax* tenemos derecho a pensar razonablemente en otras remociones internacionales en los mismos términos. Ike se cuidó mucho de utilizar la expresión *Golpe de Estado* o *Derrocamiento*. Bien hubiera podido decir que se trataba de rudezas innecesarias del lenguaje, propias de los sentimentalismos latinoamericanos.

PUNTO CUARTO: El Departamento de Estado se encargará de establecer a través de acuerdos internacionales, en los foros o conferencias latinoamericanas adecuados, el derecho de uno o varios países a tomar las acciones procedentes en el caso de que una nación del hemisferio cayera o pudiera caer dentro de la órbita comunista. Algo así, como una *Declaración de Solidaridad para la Preservación de la Integridad Política de los estados Americanos contra el Comunismo Internacional*, agregó John Foster Dulles espontáneamente, sin ocultar su satisfacción expresada a través de una mirada vidriosa y sin confesar, claro está, el número de veces que había insistido con un lápiz en la mano la noche anterior en su oficina hasta lograr una expresión favorable, de corte diplomático, que escondiera sus verdaderos propósitos, le diera legitimidad internacional a la causa y permitiera una *intervención legal de rescate*, llamémosla así, por parte de otros países, cuando la práctica comunista amenazara con devorar a otra nación indefensa e ignorante de su destino en manos soviéticas.

Se convencería a la opinión pública extranjera de los peligros y amenazas que se desprenderían para el continente de permitirse el establecimiento de una base militar comunista en el corazón mismo de nuestra América, tan a salvo de las dictaduras y del totalitarismo de cualquier signo político. La campaña de prensa cumpliría con ese objetivo, mientras que en el terreno legal un tratado internacional abriría todas las posibilidades para intervenir sin despertar las condenas del resto del mundo libre.

PUNTO QUINTO Se seleccionó al candidato idóneo para sustituir a Jacobo Arbenz entre una terna de candidatos sugeridos al presidente de Estados Unidos. Se pensó en Miguel Ydígoras por su demostrada tendencia pro yanqui, él hubiera sido un aliado incondicional por su absoluta estructura reaccionaria y sus antecedentes conocidos a lo largo de la tiranía trubiquista, de no ser por sus famosos desplantes impulsivos, su falta de paciencia, la inestabilidad política derivada de su intolerancia y los peligros de su temperamento en un esquema de *gobierno* a largo plazo. Córdoba Cerna hubiera sido el candidato ideal, sin objeción de ningún tipo. Ese era el hombre necesario, el conveniente desde cualquier punto de vista, el nuevo Leónidas Trubico, ¡ay, mi general!, hemos venido a hacerte justicia. El hombre con todos los principios, todos los valores, la más probada capacidad de mando, la formación política indispensable para gobernar un país como Salaragua. En Washington hubiera sido recibido en visita oficial un par de días cada cinco años, durante los cuales no dejarían que se acercara, por temor a un contagio, ni a los edificios públicos representativos de lo mejor de las, instituciones norteamericanas. En fin, el hombre con las mejores calificaciones históricas y políticas tuvo que ser también descartado tan pronto se conoció la existencia de un avanzado cáncer de garganta. La decisión recayó entonces en el coronel Carlos Enrique Castillo Armas,

* El presidente Mussadegh de Irán fue derrocado y sustituido por el famoso Shah de Irán, precisamente de acuerdo al plan Ajax. También fue diseñado y ejecutado exitosamente por la CÍA, situación que animó aún más a los altos funcionarios del Departamento de Estado para proseguir con los proyectos políticos encubiertos, como el que se propusieron llevar a cabo en Guatemala en 1954.

seleccionado entre otras razones por su formación castrense, sus estudios militares en Estados Unidos, en el United States Army Staff School in Fort Leavenworth, Kansas, y por su participación en un intento frustrado para derrocar el gobierno del presidente Arévalo, el cual casi le cuesta la vida. Una vez en el exilio se instala como un férreo opositor del gobierno de Jacobo Arbenz a pesar de haber sido, paradójicamente, su colega en la escuela de Kansas, pues lo responsabilizaba del asesinato de Araña, su candidato y el de la oposición en las elecciones de 1950.

—Castillo Armas es un militar formado en una academia norteamericana. No pertenece a la extrema derecha, como es el caso de Ydígoras. Queremos que nos dure más de un año —aventuró Alien Dulles para tratar de lograr una sonrisa del presidente—. Y sobre todo: es un enemigo mortal de Arbenz y de todo lo que signifique o huela a comunismo.

Era el hombre.

Cuando empieza a agotarse la ilusión, cuando se apaga la pasión y se extingue el deseo, los amantes piensan por primera vez en la dignidad y en el honor, concluyó instintivamente Franklin Keith. Si las fantasías eróticas carecen de emoción y los símbolos de contenido, si la atracción no es sino rechazo y las fragancias son hedores, las insinuaciones inspiran lástima y las carnes antes recias y motivantes hoy no son sino pellejos; si la voz ya no invita ni seduce sino irrita y desagrada; si las palabras son mudas, los oídos sordos y los recuerdos insípidos, planos e incoloros para una sola de las partes, el amor, entonces, ha sido tocado de muerte. De entusiasta protagonista se pasa a ser víctima y como víctima se idealiza el infierno con sólo imaginar su gratificante existencia: una eternidad entre las llamas, una feliz esperanza para quien desprecia y sufre al ser amado y no soporta los horrores de una caricia, de una exigencia amorosa, de un beso ardiente no correspondido en la insostenible intimidad de la alcoba, como cuando se duerme, se reza, se sueña o se desea al lado de un enfermo contagioso o de un muerto.

Franklin Keith ya no resistía ni siquiera la voz de Sofía a través del auricular. Su vida siempre se había desarrollado en los extremos. Bien podía dentro de sus delirios carnales hacer jirones sus elegantes pijamas en las noches solitarias del trópico, presa de una pasión devoradora y eyacular una o dos veces a lo largo de sus sueños amorosos, o bien pensar en fórmulas macabras para deshacerse de la mujer o mujeres en turno cuando la desilusión ya no le cabía en el cuerpo, ya fuera invitándolas a ejercer la prostitución veladamente: es buen negocio, ¿sabes?, si yo tuviera lo que tú tienes entre las piernas, buen tiempo atrás me hubiera hecho inmensamente rico, o concibiendo cuidadosamente estrategias para matarlas y demostrar la procedencia del crimen perfecto. De la misma manera que había invertido muchas horas de su tiempo en las cantinas de Managua para trazar, por lo general siempre acompañado de una botella de ron blanco, un plan lamentablemente frustrado para asesinar a Leónidas Trubico, igual tramaba ahora el homicidio de sus amantes permanentemente insatisfechas, sin dejar la menor huella del responsable del crimen. ¿Quién va a saber si Sofía o Andrea o Silvia, o cualquiera otra de estas putitas, un día se resbala accidentalmente en la calle y se desnuda? Yo puedo romperle la cabeza contra la pared, sí, sí puedo y puedo luego ponerlas al pie de una escalera como si hubieran rodado contra su voluntad. Nadie podrá suponer el menor interés de un tercero en matarlas, las enterrarán entre llantos y lamentos y yo asistiré al sepelio igualmente compungido cuando en realidad deberían acabar sus días en una hoguera pública por ramera, malditas perras en eterno celo. Si yo me robara un coche, analizaba las opciones más opuestas, y las atropellara, o aplastara a Sofía dentro de su Mercedes y la desintegrara...

En el fondo, Franklin temía ser delatado por su cuñada, aun cuando continuaba recibiendo mensualmente dinero de ella, por alguna razón incomprensible para él. Una repentina confesión de Sofía, dado que se encontraba totalmente en sus manos, contra toda su costumbre, le privaría de inmediato de sus ingresos, de su herencia y tal vez de su vida, porque el ejército de guardias blancas de la United Fruit lo

perseguiría sin piedad alguna, a pesar de que ya alternaba regularmente con sus altos directivos para ganárselos y no caer en una emboscada tan pronto se hicieran públicos los cargos en su contra. Ustedes avísenme si un día hay algo contra mí y los llenaré de dinero, a ustedes y a todos los suyos. Sin embargo, tarde o temprano lo encontrarían, bien lo sabía él, movidos por la magnitud de la recompensa, aun cuando se escondiera bajo la sombra más generosa de un platanar, en el rincón más apartado del mundo. Lo peor no sería la pérdida de la vida sino tener que privarse para siempre de la compañía de Isabel y de Blanca, de sus atardeceres en Playa Secreta, sin sus largos besos de ron, sin beber la mejor champaña del mundo escurrida de los muslos de Isabel o de hacerle el amor a Blanca sobre un lecho de rosas cortadas al amanecer, durante sus recorridos a caballo, entre caricias atrevidas, ayes, murmullos y suspiros. Imposible privarse del yate, de los baños de sol, de los manjares servidos a bordo y preparados por Jacques Delhumeau, a quien siempre se le daba una nueva disculpa para no permitirle participar del paseo y quien, nada tonto, empezaba a aceptar lo que su mente ya le anunciaba con una mezcla de sorpresa y coraje. Las hijas y el hermano del patrón: ¡Mon Dieu!

No cabían otras opciones: Sofía debería golpearse con una rama maldita y acabar despedazándose la cabeza durante uno de sus recorridos a caballo en el exuberante campo salaragüense. Nadie podría pensar mal: un accidente cualquiera lo tiene. ¿Y si le diera con un bate en la frente y luego la tirara bajo un árbol? ¿Qué tal? Sí, sí, muy bien, repuso una voz en su interior: perfecto, ¿pero por qué no tratas de quedarte antes con su dinero, o con parte de él, pedazo de imbécil, y luego la entregas conmovido en los brazos del Señor? ¡No seas estúpido!, Franklin, piensa por favor una vez en tu vida: ¿quién se quedará con sus cuentas de ahorros y de cheques en el First National Bank of Boston? ¿Quién!, sí, ¿quién? Su marido que ni siquiera se enterará, ya no digas de la herencia ni de los ridículos centavitos de su esposa, sino de su propia muerte. ¿Las hijas?, que ni saben de la existencia del dinero y están además podridas en él. Entonces, ¿la beneficencia pública? o tal vez, ¿la Tesorería de Estados Unidos? Despierta, animal, despierta, tienes por primera vez la posibilidad de resolver tu futuro y todo lo piensas al revés. Primero le quitas el dinero, todo el que se robó su padre cuando fue presidente así como el que le dio tu hermano Robert, y luego la matas, ¿entendido? El dinero, Franklin, el dinero es primero. ¿No querías dinero? Pues ahí lo tienes a tu disposición, ¿y no lo tomas hasta atragantarte? Finalmente serás respetado y considerado como corresponde a todo un Keith. Es tu momento, ¿qué no lo ves?

Franklin vivía asediado por todas esas fantasías y dominado por el miedo a una indiscreción o a una confesión. Era menester actuar a toda velocidad. Yo estoy antes que nadie. Trataría de recuperar la confianza de Sofía, le haría otra vez el amor, una y mil veces, aun cuando tuviera que tragarse un recipiente con ratones, gusanos y víboras hervidos en orines añejos de leprosos. Los masticaría lentamente con una exquisita expresión de placer, los devoraría con un apetito inexplicable y todavía pediría más, mucho más. Le provocaría mil orgasmos seguidos, inventaría posiciones nuevas caricias, pases recurrentes, emplearía lo mejor de su fortaleza, de su ingenio, de su sentido del humor y de su talento para encontrar las claves eróticas de Sofía. ¿Por qué un día le regalaba mucho dinero después de hacer el amor y en otra ocasión le obsequiaba un Mercedes Benz con sus iniciales en oro en la portezuela y otras veces, cuando se sentía el amo en la cama, ella se levantaba ya no sin extender un cheque, sino casi sin despedirse? El encontraría las fórmulas, los caminos y los atajos. Tarde o temprano sabría dominar a Sofía. ¡Carajo!, soy un Keith. Lo que sea a cambio de dinero. Más, más, otra pócima más, todas las pócimas del mundo, si de hacerme respetar se trata. Me tragaría de un golpe el contenido de las bacinicas de mi hermano si me extendiera un cheque de siete cifras, es más, me tragaría la del más humilde salaragüense por una buena cantidad de dólares. ¿Cómo no iba a hacer lo propio con Sofía? El dinero es importante cuando no se tiene y cuando ya se tiene lo es más. Ya no seré Franklin, sino don Franklin, tan pronto cuente entre mis haberes con más de cinco millones de dólares. Ya veremos quién no sonrío cuando yo cuente mis chistes para débiles mentales. Me cagaré en el mundo si llego a tener dinero...

Su relación con Isabel se deterioraba cada día. Ella simplemente se aburría. Conocía al derecho y al revés las reacciones de su tío, sus intenciones, con sólo verle la cara. Sabía cuándo había mentido, cuándo

mentía, cuándo mentiría: un juego de póker sin reto alguno: Estaba harta de cazar emociones, de sus exageraciones maniáticas, de ponerme la mano aquí en el corazón, mira cómo estoy, reventaré en cualquier momento. Yo puedo contarte cuentos, los latidos de mi corazón no pueden ser falsos. Sus mismas palabras procaces pronunciadas al oído, sus posiciones extravagantes, antes graciosas, ahora eran insípidas: más tarde sus exigencias ante su falta de respuesta, después sus amenazas cuando ella lo rehuía aun en las fiestas familiares. Se negaba a contestar el teléfono y le devolvía sin abrir cuanta carta anónima mandaba con vulgares mensajes eróticos. No le dejaré un hueso sano, gritó un día Robert Keith cuando por casualidad una de las misivas cayó en sus manos. Quien sea que se atreva a mandarte una carta así, a una Keith, habrá de entenderse conmigo. Cada ser humano que pulule por el mundo, hija mía, lleva una bomba colocada en el culo y yo puedo accionarla en el momento en que se me dé la gana. Quien se meta con ustedes, o intente meterse con ustedes, deberá enfrentarse a uno de los máximos poderes del mundo, a la United Fruit, al Boston Bank, a mis empresas ferrocarrileras, a las fleteras, a mi ejército, a la marina de guerra de Estados Unidos, al Departamento de Estado: yo soy su niño consentido.

Franklin, empezó por exigir, luego por amenazar ante la franca resistencia de su sobrina. Ella no respondía. El capítulo quedó concluido, Franklin, le contestó una vez, vete a llenar a otro lado. Isabel se sentía inalcanzable. Pásate de la raya y te aplasto como a un zancudo. Espero sinceramente que te mueras lo más pronto posible y que sea en la mañana, para que no puedas terminar el día chupando sangre.

Isabel no pudo oponerse a un argumento contundente: le diré lo nuestro a cuanto novio o pretendiente tengas. ¿Te parece? Mientras más te resistes, más me provocas. Eso ya deberías saberlo. Isabel necesitaba tiempo para pensar. Entre tanto sucumbió y continuó con los paseos en el yate y los recorridos a caballo con las debidas escalas amorosas en donde ella yacía como muerta: en la arena, en la cama o en el piso, con la mirada clavada en el cielo, en el techo, o en las hojas de las bananas, como su padre lo hacía al amanecer cuando presentía el inminente arribo de un huracán. El deseo de venganza crecía por instantes en la mente de Isabel. Ella también pensaba en la fórmula idónea para deshacerse de su tío Franklin, el Zancudo, el maldito Zancudo nacido en la charca de aguas negras más pestilentes del planeta.

La tan ansiada oportunidad esperada para quitarse a su tío de encima de una buena vez por todas y para siempre se presentó de improviso, cuando días más tarde Isabel al abordar su Cadillac último modelo en pleno corazón de Managua, se encontró sentado al Zancudo, cada vez más imprudente en sus pretensiones. Insistió en el chantaje. Se burló. No pidió, exigió, demandó. Amenazó de nueva cuenta. Abiertamente. Vendrás conmigo ahora mismo, tengas lo que tengas que hacer. Yo estoy antes que nadie.

Estoy harto de tus pretextos. Es más, si quisiera hacerlo aquí mismo más te vale no oponerte o pasarás un mal rato, fue todo lo que Franklin alcanzó a decir antes de sentir una sonora bofetada en el rostro. No salía de su asombro cuando Isabel ya lo tiraba con una mano de la corbata tejida en lana verde mientras que con la otra jaloneaba furiosa la camisa de seda de su tío al tiempo que los botones volaban sobre el tablero del flamante automóvil.

—Ven, ven maricón de mierda —le gritó Isabel a la cara, tratando de sacarlo, de arrastrarlo a la calle. No importaba que estuvieran en la vía pública ni que los transeúntes empezaran a arremolinarse para no perder el menor detalle de la escena ni mucho menos le preocupaba que sus piernas ¡qué manera de lucirlas! quedaran al descubierto como consecuencia del esfuerzo. Tan pronto soltaba alguna de las prendas de Franklin lo arañaba rabiosamente, lo golpeaba, trataba de arrancarle enloquecida los cabellos, en tanto el Zancudo intentaba defenderse sin devolver la agresión con el propósito de evitar un escándalo y que la verdad se derramara por todas las esquinas. ¿Quién no conocía a los Keith en Salaragua? ¿En Salaragua? ¡En Centroamérica, Estados Unidos, Europa, el mundo entero!

—Cálmate, por Dios, ¿te has vuelto loca? —repetía una y otra vez Franklin cubriéndose el rostro de los rasguños que lo obligarían a dar explicaciones inconvenientes. Si por lo menos me golpeara como un hombre podría decir que me trataron de asaltar, ¿pero así?

—Ahora mismo iremos a ver a mi padre, grandísimo insecto —gritaba Isabel fuera de sí—. Verás lo que hago con tus amenazas... Ven pedazo de cobarde, vendrás conmigo —se desgañitaba en su coraje—. Ni tú ni nadie me pone condiciones —repetía mientras lo abofeteaba y lo tironeaba sin detenerse. Ni siquiera se había percatado de la creciente presencia de los transeúntes siempre curiosos—. Estoy harta de ti, miserable amoral. ¡Harta!, ¿me oyes?

Franklin Keith sólo pensó en descender del vehículo y buscaba a ciegas entre manotazos, arañazos, jalóneos, chillidos y maldiciones la palanca para abrir la puerta y apearse finalmente para poderse librar de la fiera. Ella no lo permitía. Unas veces lo sujetaba del pelo, otras de la corbata y hasta de las orejas encendidas de sangre.

Sólo el agotamiento de Isabel permitió a Franklin zafarse y bajar apresuradamente del Cadillac. Ella hizo lo propio por la otra portezuela totalmente despeinada y con la respiración agitada. Franklin se echó a correr, mientras ella insistió en gritarle:

—Vuelve, maldito insecto, vuelve, cobarde, ya no te temo ¡gusano!, ¡mil veces gusano! El día que te vuelva a ver acabaré contigo...

Blanca era diferente. Claro que buscaba en ella igualmente las excelencias de la juventud, la piel tersa y perfumada: senos altivos y arrogantes, la turgencia de la carne, el feliz reencuentro del vértigo, esa risueña timidez de los veinte, la capacidad de amor y de entrega, la imposibilidad de saciar con imaginación, mañas y fortaleza los exigentes apetitos del cuerpo y de tranquilizar la fiera del sexo; ese derramamiento de los elixires de la vida, los aromas de la flor de la edad aspirados por el olfato experimentado: los años jóvenes contra los años maduros, todo ese homenaje, ese reto de la naturaleza, de los sentidos y de los instintos lo recibía a diario Franklin en cada palabra, en cada mirada y en cada caricia de Blanca. Pero había más, mucho más. Franklin, por primera vez en su vida, deseaba permanecer en el lecho con una mujer después de hacer el amor. ¡Nunca le había pasado! ¿No era extraño cuando siempre las comparaba con las colillas de sus puros habanos? ¿Qué haces con una colilla apagada y pestilente entre los dedos de la mano cuando ya no le puedes extraer ni una bocanada de humo? ¿No es cierto que las tiras al caño, a la basura o al vacío para tratar de patearlas en su caída? ¿Quién puede estar con una mujer en la cama cuando el hambre ya ha sido satisfecha? ¿Quién puede quedarse sentado a la mesa con los platos llenos de desperdicios después de almorzar? ¿Verdad que los olores de la cocina son sugerentes y estimulantes antes de comer y más tarde son insoportables y hasta vomitivos? Por eso mismo, reinita, levántate, aséate tres horas en el bidé, en la regadera, sin preocuparte si abusas o no del jabón, arréglate, mi amor, y tan pronto estés lista, hermosa y perfumada, hazme el favor de irte al carajo, porque después de disfrutar un kilo del mejor caviar del mundo no quiero volver a verlo en mi vida...

Blanca era diferente. Cuando se agotaban los placeres carnales comenzaban los de la conversación. Le gustaba explicarle, relatarle y contestarle tanta pregunta o inquietud pudiera tener en torno a su vida, su familia, su presente y su futuro. Había algo más. Sí, sí que lo había. Franklin mismo empezaba a sorprenderse de su paciencia, de su gusto por responder, por decir, por estar y por acompañarla el mayor tiempo posible en la cama, después de haberla poseído o no. Con Blanca no tenía prejuicios ni vivía preocupado por el jabón. Propiciaba aquellos prolongados paseos a pie, por la playa, con los zapatos en la mano, y buscaba con el menor pretexto su presencia para provocar una sonrisa, sólo una y tomarla a continuación de la mano, ¡habrase visto!: ¿Franklin Keith tomando de la mano a una mujer después de hacerle el amor en lugar de meterle toda su ropa por la boca y largarla con una buena patada en el culo? ¿Se estará haciendo viejo el más joven de los Keith? ¿El heredero del trono? ¿El futuro Rey de la Banana? Mira que a estas alturas de tu vida empezar con estar ridículo, ¿Franklin? Nunca se te había visto perseguir a una mujer una vez saciado al animal que todos llevamos dentro. ¿Qué pasa Franklin, el gran conquistador de mujeres no sabe lo que le sucede? Franklin, gran Franklin, estás enamorado en el mejor o en el peor momento de tu vida. Mira que los dioses castigan a los hombres otorgándoles lo que más han querido en su existencia, en el instante más inoportuno. ¿Será un premio o un castigo? ¿Verdad Franklin que el amor le

resta atractivo a los bienes materiales? No son tan necesarios, ¿verdad? ¿Sentirías más las caricias y disfrutarías más las juveniles fragancias de Blanca, te cautivaría más su voz y te motivaría más su timidez si la poseyeras a bordo de un avión privado con tus iniciales por todas partes? ¿Verdad que no, Franklin? ¿Verdad que puedes disfrutar las esencias del amor, como lo has hecho, a la luz de la luna, en las noches calladas del trópico y sobre la arena como si fuera en un tapete mágico, sin tener ni un miserable *dime* en los bolsillos? ¿Verdad que no es necesario el ron para reír ni el dinero para soñar ni para amar ni para llorar de placer ni, aunque tú no lo entiendas, para contemplar un paisaje ni admirar una obra de arte ni para escuchar algunos acordes de música virtuosa? Lo que a ti te pasa tu hermano no podría tenerlo ni aun cuando fuera dueño hasta del último metro cuadrado de tierra cultivable y el mundo entero se convirtiera en una gigantesca bananera de su propiedad y la humanidad consumiera a diario su producción total.

El propio Franklin llegó a pensar que daría todo a cambio de Blanca. Era parte del hechizo. La confusión se adueñaba gradualmente de él. Ella, por contra, no tenía la menor duda: estaba convencida de la inconveniencia de las relaciones con su tío. No le importaba. Si llegaran a descubrirse las defendería con la propia vida. ¿Que no podrían tener hijos? Eso no lo es todo en la vida, hay otros valores. ¿Qué puedes matar a tu padre de un infarto? ¿Quién es ese señor? Por mí puede morirse las veces que lo desee, que siempre serán menos de las que yo lo he visto en mi vida. ¿Que tu propio tío Franklin probablemente también se acostó con tu madre? Allá ella, al fin y al cabo y lo que cuenta es que me prefirió a mí. Ella lo perdió. No me preocupa el pasado ni el futuro sino el presente. Hoy, el día de hoy y hoy es mío, sólo mío. Mañana será otro día. Si el amor tuviera memoria no existiría.

Una mañana Franklin salió de una agónica pesadilla con la pijama hecha jirones, empapada de sudor. Apenas podía respirar. El corazón parecía golpearle rabiosamente hasta en el último rincón del torso. Todavía escuchaba sus gritos desesperados cuando recuperó de pronto la conciencia y se sentó precipitadamente sobre la cama con las manos aún suplicantes: A Blanca no, por Dios, dispáren aquí, a mí, a ella no, por lo que más quieran, repetía y repetía dentro de su llanto angustioso. ¿Franklin Keith llorando? ¡Ni en sueños!

Los acuerdos se empezaron a instrumentar con la velocidad del rayo. La operación P. B. SUCCESS adquiriría más popularidad que la de Ajax. El Sha se desempeñaba exitosamente al frente del máximo poder iraní con todos los reconocimientos y honores, distinguiéndose como uno de los grandes incondicionales de Estados Unidos. El resto ya era parte de la historia. Una historia llena de satisfacciones y realizaciones. Para Estados Unidos, la historia de la búsqueda de la libertad y de la democracia. El apoyo desinteresado a los desposeídos militarmente, a los tenedores de las materias primas en el mundo, instalados permanentemente en la miseria y en el subdesarrollo a pesar de la riqueza de su suelo, de su subsuelo, de sus mares y de su clima, como una cruel paradoja del destino. La historia del rescate de los pueblos ignorantes y reprimidos de las garras del comunismo para proyectarlos a la conquista decorosa de su futuro y de su bienestar en pleno siglo XX. El planeta seguiría girando y a todas las generaciones por nacer les faltaría vida para agradecerle al pueblo americano su vocación altruista y sus empeñosos esfuerzos nunca suficientemente reconocidos a favor de la paz y de la superación material del hombre. Ahí está como ejemplo vivo el pueblo salaragüense, sometido hasta donde la memoria alcanza, por una larga cadena de tiranos apoyados por Estados Unidos y coronada nada menos que por Leónidas Trubico. Salaragua entera, conmovida y de rodillas, expresa su infinita gratitud a la Casa Blanca por haber invadido el país once veces con sus marines en lo que va del siglo y por haber permanecido la última vez en su territorio por espacio de nada más veinte años para ayudarnos a ser libres y dignos. Gracias por instalar los constabularios, nuestras queridas guardias nacionales de hoy, y gracias también por habernos vendido armas y no tractores y haber adiestrado tan magistralmente a los segundos de nuestros dictadores en el mantenimiento de la tan ansiada paz interior que ustedes tan afanosamente nos han ayudado a preservar desde que el hombre es hombre. Gracias por habernos ayudado

a administrar nuestros escasos ingresos en divisas a través de las receptorías de rentas y haber intervenido nuestras aduanas para que no nos robáramos nuestros propios impuestos o no los gastáramos en ron. Gracias por habernos apartado de cualquier concepto de soberanía, independencia y autonomía política. Gracias, muchas gracias por haber respaldado incondicionalmente a la United Fruit. Gracias, también, a la querida Frutera por llevar a cabo valiosos esfuerzos ante Washington para asegurarse nuestra inmovilidad militar mientras nos saqueaba y nos privaba de las riquezas de nuestro suelo en los últimos sesenta años. Gracias por confundir la libertad con la defensa de los intereses bananeros. Gracias sí, sí, gracias, muchas gracias por todo lo que nos ha legado su estancia aquí. Ahora los empleados del Pulpo tienen dinero para calzar a sus hijos, para desparasitarlos y detener los índices de mortandad infantil originada fundamentalmente en las enfermedades intestinales, para educarlos, vestirlos y enseñarles un nuevo concepto de vida dentro de un ideal de seguridad social, tal y como acontece con las empresas americanas radicadas en territorio norteamericano. Gracias por haber erradicado el analfabetismo y la miseria, por lo menos de las fincas plataneras. Gracias por las prestaciones recibidas, la oportunidad de participar en las utilidades de las empresas bananeras, fleteras, ferrocarrileras, bancarias, comerciales, de servicios y en la propia compañía eléctrica de Salaragua. Gracias por las fichas y vales recibidos en lugar de dinero en efectivo a cambio de nuestro trabajo. Gracias por haber impedido con sus acorazados anclados en nuestros puertos la promulgación de ordenamientos laborales dirigidos a proteger las humillantes condiciones de trabajo de niños, mujeres y ancianos. Gracias por habernos permitido imponer gravámenes a los inversionistas americanos y gozar simultáneamente de la riqueza generada entre todos. Gracias, gracias por todo.

Gracias a Dios por haber estado siempre de nuestro lado ayudándonos en todo momento a combatir a estas sanguijuelas. Gracias por estar como siempre al lado de los débiles y en ningún caso de los poderosos. Gracias, muchas gracias por todo ello.

La CÍA era un hervidero. Los funcionarios más influyentes se desplazaban por los pasillos en mangas de camisa, siempre listos, con cuadernos de apuntes en las manos, sonrientes, sosteniendo jocosas conversaciones como si pasearan por Central Park en pleno verano. Sus rostros no reflejaban ninguna ansiedad ni preocupación, ni el menor sentimiento de culpa. La Agencia Central de Inteligencia hubiera podido pasar por cualquier dependencia burocrática de no haber sido por los rigurosos controles establecidos para restringir el ingreso al interior de sus instalaciones. Las caras conocidas no contaban, ni siquiera el *Hi Mike*, ni mucho menos el *open it, buddy*. La familiaridad no se daba. La rotación de los encargados de llevar a cabo la vigilancia era permanente e inesperada y respondía a los estados anímicos del supervisor, sin un programa que pudiera caer en manos de los espías soviéticos. Los turnos de los responsables en las áreas de recepción de empleados eran cambiados sin previo aviso en el momento más inesperado. Nadie podía entrar si antes no entintaba una tarjeta con sus huellas digitales y éstas eran comparadas con dos expedientes abiertos ubicados en áreas diferentes a nombre del interesado. Era como tratar de penetrar en una caja fuerte, en el pabellón especial de los condenados a muerte, en un compartimento radiactivo, en la sala de los leprosos, o bien, simplemente, en los cuarteles generales de la CÍA, donde habían de preservarse y se preservaban secretos que podían suspender la translación de la Tierra si éstos llegaran a hacerse del dominio público. Somos el gran faro del mundo, apuntaba Alien Dulles en el círculo reducido de su personal de confianza.

A finales de 1953 había hecho su entrada triunfal el nuevo representante de la Casa Blanca: mister John E. Peurifoy, después de haberse sometido a un intenso interrogatorio por parte de los legisladores en el Congreso americano, quienes en su mayoría quedaron impactados por la realidad de la situación prevaleciente en Salaragua, de acuerdo a las instrucciones expresas vertidas al respecto por el presidente Eisenhower, quien defendía los intereses de la United Fruit como si fuera su apoderado legal. Estas malditas

naciones bananeras, parecían contestar en forma de coro los senadores ante cada afirmación del diplomático, sólo sirven para darnos problemas y restarnos utilidades, el único fruto que deberíamos recoger como apóstoles de la resurrección.

¿Que si ya recibimos el beneplácito del gobierno de Salaragua? ¡Ay, por favor!, ¿reglas de potencias civilizadas en gobiernos de laboratorio?

John E. Peurifoy entendía su estancia en Salaragua como la esperada oportunidad política de su carrera. Pocas veces volvería a tener acceso al jefe de la Casa Blanca, a las más altas figuras del Departamento de Estado y de la diplomacia norteamericana, incluido el secretario de Estado, ni a las más relevantes autoridades de la CÍA, si no lograba desempeñar un extraordinario papel en esta nueva misión encomendada. Jamás volveré a ser ascensorista: yo estoy hecho para tratar sólo con los grandes. Si no hay comunistas los inventaré; si no han saboteado las instalaciones de la United Fruit ni han expropiado sus tierras, yo provocaré manifestaciones, mítines y conflictos de la más diversa naturaleza y estimularé un proceso nacionalizador aun cuando nunca llegue a materializarse. Sabré confundir la amenaza con la realidad. Organizaré la quema de banderas norteamericanas frente a mi Embajada y telegrafiaré de inmediato para informar lo sucedido. Si no hay banderas rojas, las haré. Si no se conoce el símbolo de la hoz y del martillo, empezará a aparecer de un día para otro rotulado en las bardas de Managua y luego en todo el interior de la República, como si se preparara una invasión de soviets. Qué gusto me dará poderle confirmar al secretario de Estado, tenga o no la razón, con tal de asegurarme su buena voluntad. Estaba usted en lo correcto, esto es una verdadera cueva de comunistas. Echaré mano de estudiantes, obreros y campesinos para desestabilizar. Si Arbenz constituye una preocupación para mis superiores, comunista o no, debo acabar con él para aumentar mis espacios políticos en Washington. Arbenz es un trampolín en mi camino. Mi nombre será conocido en las más importantes esferas de poder y barajado entre otros de igual empaque para ocupar los puestos más significativos del servicio exterior norteamericano, hasta coronarme algún día con el halo que hoy disfruta transitoriamente mister Dulles. ¡Ay!, Arbenz, cierra los ojos. Mejor no veas lo que te va a pasar.

A su arribo hizo saber que diferiría su primera visita oficial al presidente Arbenz porque su gobierno sentía que él había venido a usar el Gran Garrote y por lo mismo debía aprovechar la ventaja psicológica de ser un diplomático recién llegado y capitalizar los miedos. Los dejaría coser por el momento. Cuando finalmente se produjo la entrevista mandó un reporte ominoso: *Tomando en consideración la falta de procedimientos diplomáticos normales para negociar la presente situación, no parece haber otra alternativa para nosotros que tratar de hacer más difícil la continuación del presente régimen en Salaragua.*

Días más tarde escribe: *Pasé la tarde de ayer seis horas con el presidente Arbenz y puedo decir que habla como comunista, piensa como comunista, actúa como comunista. Si no es comunista lo será tan pronto alguien llegue y lo anime*¹⁴.

En otra ocasión sentenció: *El liberalismo es comunismo. Declarémoslo fuera de la ley.*

En una nueva misiva hizo constar: *El gobierno de Arbenz no es sobomable*¹⁵. *No acepta negociaciones. En consecuencia debe ser depuesto.*

A diferencia de Arévalo, concluiría: *Arbenz sí es comunista porque fue electo por Moscú y las organizaciones comunistas. Puedo informar a ustedes que el código secreto del presidente Arbenz es el cuarenta y cuatro*¹⁶.

En enero de 1954, y para la sorpresa generalizada aun de la propia Casa Blanca, Peurifoy se atrevió a blandir en público el Gran Garrote al declarar a un corresponsal de la revista *Time*. «La opinión pública de Estados Unidos puede obligarnos a tomar ciertas medidas para impedir la caída de Salaragua en el comunismo internacional. Nosotros no podemos permitir el establecimiento de una República soviética entre Texas y el Canal de Panamá. China también instituyó una reforma agraria y el día de hoy China es un país comunista.»

Los rostros contritos, las amenazas flamígeras, las expresiones de coraje, la sensación de abuso y desamparo, dominaban en el seno del gabinete presidencial y en la mayoría de las capas sociales del país. Cuando apareció *Azúcar Amarga*, las declaraciones de Peurifoy cayeron como una bomba en los cuarteles generales de la revolución salaragüense. Robert Keith, entre otros, esbozó una leve sonrisa tan pronto leyó las ocho columnas del diario de mayor circulación después del de la United Fruit. Ahora me toca reír a mí.

El presidente Arbenz supo captar en toda su extensión la personalidad de Peurifoy y desentrañar sus propósitos: Vino a derrocarlo, pensó para sí tan pronto el embajador norteamericano cerró la puerta al concluir la primera audiencia concedida en su carácter de representante oficial acreditado ante el gobierno de Estados Unidos. El rostro del nuevo representante de la Casa Blanca era impasible. Su mirada, fría. Sus movimientos, mecánicos. Sus expresiones y respuestas, prefabricadas todas ellas. Su voz, plana y sin bríos. Ningún argumento llegó a conmoverlo. Ninguna razón le pareció de peso. Nuestra historia le es irrelevante. El presente le es indiferente. Nuestro futuro le es ajeno. En ningún caso fue posible lograr una condena contra algo que no fuera el comunismo. Los abusos de la United Fruit, del International Railways of Central America, de la fletera, del Banco de Boston y de la compañía eléctrica le parecieron normales. Nunca los reprobó, a pesar de habérselos explicado con lujo de detalles.

Desde 1952 los soviéticos están más interesados en la sucesión de Stalin que en el problema salaragüense. Les preocupa más, mucho más, señor embajador, una crisis internacional por la desestabilización de su aparato de gobierno que tratar de controlar la revolución salaragüense ubicada a miles de millas de Moscú. Las desventajas geográficas les son enormes, véalo, por favor.

Aquí no hay infiltración comunista, le repetí hasta el agotamiento. No hay una organización clandestina al estilo soviético. ¡No la hay!, insistí. No hay un líder claramente vinculado y perfectamente adiestrado para captarse a los seguidores y fanatizarlos como lo establecen las técnicas rojas. Los mayas, siempre aislados y somnolientos, serían de poca ayuda en un movimiento así, sobre todo si la Iglesia decide oponerse, como desde luego lo hará. Vea usted, Mr. Peurifoy, los comunistas pensaban llegar al poder a través de las elecciones, y de cincuenta y seis representantes sólo a cuatro se les confirmó su filiación comunista. No ha habido sabotajes contra nuestras vías generales de comunicación ni contra bienes propiedad de la nación ni mítines ni manifestaciones ni espionaje ni propaganda ni terrorismo ni agentes secretos que nos empiecen a producir problemas. Nada, absolutamente nada. Las líneas generales de la penetración soviética no se han dado en Salaragua y tan pronto se dieran trataríamos de atacarlas con nuestros propios medios y hasta les pediríamos ayuda a ustedes mismos para combatirlos, Mr. Peurifoy. No queremos una nueva inquisición en pleno siglo XX. No al absolutismo, no a cualquier forma de totalitarismo. El problema no es el comunismo, Mr. Peurifoy. El problema es el feudalismo. Los enemigos a vencer son precisamente los defensores de un sistema político en vías de extinción, Mr. Peurifoy. Ellos son los causantes del hambre y del atraso. Ellos deberán abrir el puño en beneficio de Salaragua o se lo abriré yo. Si ustedes hoy no me ayudan y no entienden que defendiendo la libertad y el bienestar de los míos, un día se producirá un incendio monstruoso en toda Centroamérica, en donde hasta el patrimonio de ustedes se convertirá en cenizas. Ningún argumento lo conmovió, ninguna razón lo hizo titubear. En todo caso la decisión ya estaba tomada. Yo hablaba con un autómatas.

En abril de 1954 Peurifoy va a Washington a ultimar detalles.

Arbenz continuaba con las expropiaciones de tierras. Los titulares del dinero y de los bienes nacionales y extranjeros hablan de venganza. La gritan, la prometen airadamente en sus reuniones clandestinas. Se unen como en los mejores tiempos contra un enemigo común: el gobierno de Arbenz. Al demonio con los menesterosos. Si ahora los mayas están muertos en vida, tan pronto tomen posesión de estas tierras fértiles las convertirán en panteones, porque gracias a su flojera y a su ignorancia sólo les servirán para venirse a morir aquí. Tierras ociosas o no, vayan a la mierda Arbenz, Arévalo y quienes hayan organizado este gran robo del siglo en Salaragua. Nosotros no cederemos.

En el Departamento de Estado, después de una larga visita al presidente Eisenhower —Peurifoy no

pudo dejar de buscar el *putter** en el interior del Salón Oval y lo encontró recargado junto con las pelotas de golf a un lado de la chimenea, debajo del retrato de Thomas Jefferson—, el embajador se reunió con los hermanos Dulles y con Bedell Smith con objeto de conocer minuciosamente los pormenores del P. B. SUCCESS, a ejecutarse a más tardar en el mes de junio entrante. En la primera sesión el secretario de Estado extrajo de su portafolio un sobre negro tamaño carta que acaparó la atención de los concurrentes. John Foster Dulles lo abrió lentamente y procedió a distribuir en un silencio sepulcral una copia sellada a cada uno de los presentes. Sólo se concretó a decir: «Señores, sobran los comentarios en relación a la importancia del documento que tienen ustedes en sus manos. Les suplico la máxima discreción. Estamos frente a un importantísimo secreto de Estado cuya revelación implica la comisión de un delito federal de severas consecuencias penales. ¿Entendido?»

* El *putter* es el único bastón del equipo de golf con el que se puede golpear la pelota cuando ya se está en el green, o sea la superficie de pasto donde se encuentra el agujero con la bandera. Su manejo exige una gran precisión y mucha experiencia. Muchos funcionarios y ejecutivos de empresas practican el toque, según se dice, en el interior de sus oficinas.

EXTREMADAMENTE CONFIDENCIAL

OPERACIÓN P. B. SUCCESS

Una vez establecida la estructura jurídica idónea a través del Pacto de Río y de la Conferencia de Caracas para legalizar el derecho de uno o varios países para intervenir militarmente en otro, cuando una nación del hemisferio americano hubiera caído o pudiera caer en la órbita comunista o agrediera militarmente o de cualquier otra forma a otra del mismo continente* y toda vez que se le ha dado la debida difusión a través de radio, prensa y televisión al discurso dictado por el señor secretario de Estado en la Conferencia de Caracas**, celebrada de marzo 1 a marzo 28 de los corrientes, en particular el texto de la *Declaración de Solidaridad para la Preservación de la Integridad Política de los Estados Americanos contra el Comunismo Internacional*¹⁷, se impone la continuación de la segunda parte del P. B. SUCCESS.

1. Se proseguirá oficialmente con los intentos oficiales orientados a resolver por la vía diplomática el conflicto salaragüense por medio de acuerdos y tratados internacionales, con el objeto de cansar y desesperar al Congreso y a la opinión pública, abrumándolos simultáneamente con la información necesaria, para orillarlos a solicitar abiertamente y por sí mismos la intervención militar y la imposición de sanciones generalizadas.

2. Se proporcionará al Congreso de Estados Unidos un reporte pormenorizado *altamente confidencial* y secreto para demostrar la realidad de la penetración comunista en Salaragua, sin informar en ningún caso la existencia del P. B. SUCCESS***.

* Los diseñadores de la política latinoamericana en el Departamento de Estado decidieron que era vital el establecimiento de un clima de tranquilidad internacional, apropiado para el golpe de Estado muy próximo en contra de Arbenz. Querían impedir a como diera lugar que la opinión mundial, en especial la del hemisferio, pudiera simpatizar de alguna forma con la batalla que librara la revolución guatemalteca. No querían que el golpe fuera entendido como un intento más de los militares centroamericanos por hacerse del poder ni mucho menos deseaban que la probable invasión fuera entendida como un patrocinio más del gobierno de Estados Unidos y de la United Fruit. El desenlace del gobierno de Arbenz debía aparecer atado indefectiblemente al Kremlin, al igual que Castillo Armas debería ser un verdadero representante del sentimiento nacional. Era imprescindible demostrar que el Mundo Libre no toleraría en ningún caso la difusión de sus ideas conspiratorias ni la imposición de un régimen comunista en el continente.

** Varios países latinoamericanos se opusieron a la celebración de la Junta de Caracas, precisamente en territorio venezolano porque Marcos Pérez Jiménez era un dictador aliado a los intereses norteamericanos. Por toda respuesta Dulles amenazó a los países que se negaron a asistir a la conferencia con la imposición de severas sanciones económicas a quien se atreviera a sumarse a un boicot en contra de la sede. El panamericanismo fue entendido como un eufemismo de la dominación americana. En síntesis, el resultado de la reunión no sólo fue obtener una resolución conjunta condenando al comunismo en todas sus formas sino conceder a Estados Unidos el derecho a intervenir militarmente en América Latina si a su juicio se daba el peligro de una infiltración comunista. Quienes ratificaron los acuerdos sabían que corrían un grave peligro, pero el evidente riesgo de las represalias comerciales y financieras de parte de Estados Unidos hicieron cambiar el fiel de la balanza a favor de las intenciones de la Casa Blanca. México y Argentina se abstuvieron de votar. Guatemala votó en contra. Colombia, Paraguay, Dominicana y Nicaragua, encabezados por gobiernos tiranos, votaron a favor. Todavía adujeron que era el mejor camino para extinguir el comunismo en América.

En París, Francia, el periódico Le Monde resumió de la siguiente manera los eventos: Quienes suscribieron los acuerdos de la Conferencia de Caracas en términos más entusiastas fueron precisamente los gobiernos dictatoriales cuyo poder descansa en una jaula militar y en la representación oficial de las grandes compañías norteamericanas. Estos gobiernos deben su existencia a la protección de Estados Unidos.

*** Los presidentes de Estados Unidos, conscientes de la oposición que podría resultar en su contra la aplicación de ciertos aspectos de su política exterior, han tratado de ocultar tradicionalmente la realidad de su conducta al Congreso americano porque éste bien podría sancionarlos o en su caso obstaculizar y hasta impedir la ejecución de sus planes.

3. Se distribuirá periódicamente a la prensa un conjunto de informes diseñados para orientar y formar a la opinión pública norteamericana respecto a los horrores del comunismo, subrayando en particular los avances de la penetración soviética en Salaragua, y el futuro de América Latina de prosperar este patrón de conducta política.

4. Se precisará con los altos ejecutivos de la United Fruit la fecha del estallido de una huelga artificial en cualquiera de sus plantaciones en Honduras y probablemente en algún otro país de la región, según sea conveniente para convencer al electorado del grado de avance y de peligro de la expansión comunista en Centroamérica.

5. Se procederá a suscribir inmediatamente un pacto militar entre Estados Unidos, Nicaragua y Honduras para aprovechar aeropuertos y otras instalaciones estratégicas localizadas en ambos países y facilitar el abastecimiento de pertrechos de guerra y personal especializado durante la invasión, con el objeto de evitar su envío desde Panamá por razones económicas, logísticas y políticas.

6. Se infiltrarán agentes de la CÍA en las filas del ejército salaragüense y en el gabinete presidencial para minar la confianza de las fuerzas armadas en el gobierno de Arbenz y demostrar la ausencia de autenticidad política del presidente, así como su falta de capacidad para gobernar.

7. A partir de esta fecha se iniciará por diferentes medios el programa de interceptación de barcos con destino a Salaragua, así como el bloqueo de sus puertos.

8. Se tendrá especial atención en el afianzamiento y la protección de la integridad física de Castillo Armas, el héroe de la libertad, en los términos prensa y divulgación de este plan.

9. Se asegurará el papel de los aliados continentales durante el desarrollo del proyecto y se acordará previamente por la vía diplomática la garantía en todo momento de su adhesión incondicional. Se suscribirán en caso necesario nuevos planes de ayuda económica.

10. Se aislará a Salaragua a través de la imposición de embargos comerciales, crediticios y militares y se creará un sistema de represalias económicas a los países contrarios al bloqueo.

El embajador Peurifoy deberá realizar las siguientes actividades en estrecha coordinación con los agentes de la CÍA destacados al efecto:

1. Promoverá huelgas controladas en diferentes áreas de la economía nacional salaragüense para debilitar al gobierno y dañar su imagen pública. Dichas huelgas podrán concluirse a solicitud del Departamento de Estado sin causar efectos secundarios.

2. Provocará una serie de expulsiones de territorio salaragüense de diferentes periodistas liberales acreditados en medios de difusión de reconocido prestigio dentro de la Unión Americana.

3. Obtendrá declaraciones de perseguidos políticos por el régimen comunista de Arbenz y aprovechará la fuerza de los enemigos comunes.

4. Organizará movimientos estudiantiles, mítines populares, manifestaciones obreras y campesinas para exhibir nacional e internacionalmente la magnitud de la oposición anticomunista prevaleciente en Salaragua.

5. Estructurará movimientos armados con fuerzas mercenarias dependientes de la CÍA, a lo largo de ambas líneas fronterizas siempre con la asistencia de la prensa extranjera y promoverá la realización de entrevistas de difusión doméstica y foránea debidamente adecuadas por esta agencia, con determinados sublevados especialmente seleccionados al efecto.

6. Coordinará las fuerzas de Castillo Armas con la CÍA y se constituirá en el enlace entre los rebeldes y Washington.

La CÍA se encargará de las siguientes actividades:

1. Contratará de inmediato ocho aviones bombarderos que arrojarán bombas incendiarias durante la noche sobre la ciudad de Managua para crear el debido efecto psicológico en la ciudadanía. Esta agencia establecerá el día y la hora de la ejecución de esta parte del plan con la debida oportunidad.

2. Adiestrará a los pilotos y operarios en los aeropuertos y en las instalaciones militares de Nicaragua y Honduras tan pronto se suscriban los debidos acuerdos militares con ambos países.

3. Proveerá de fondos para la contratación de las fuerzas mercenarias al mando de Castillo Armas, así como para la adquisición de víveres, impresión de los volúmenes de propaganda necesaria y otros objetos vitales para el buen éxito del movimiento, como la administración de dinero suficiente para gratificar a la prensa local y a los militares de baja graduación supuestamente adictos al gobierno federal.

4. Supervisará la coordinación entre la United Fruit y los rebeldes para el debido adiestramiento y la capacitación del Ejército de la Libertad en una o dos fincas bananeras de su propiedad ubicadas en territorio hondureño.

De conformidad con el programa Guerra de Nervios instrumentado por las oficinas de relaciones públicas de la United Fruit, en combinación con esta agencia, se cumplirá con el siguiente programa:

1. Se instalará en Honduras, cerca de la línea fronteriza, una estación radiodifusora con la debida capacidad para cubrir todo el territorio salaragüense con emisiones nocturnas para reseñar el grado de avance de los sublevados y explicar a la ciudadanía los propósitos democráticos del levantamiento, así como su justificación histórica. La Voz de la Libertad vertirá mensajes diarios con duración de una o dos horas, redactados por la United Fruit y supervisados por esta agencia.

2. Cuando no se dejen caer bombas incendiarias nocturnas desde los bombarderos, para aterrorizar a la población civil, se arrojarán panfletos, comunicaciones y propaganda anticomunista redactada asimismo por personal calificado de la United Fruit.

3. Se establecerá una estrecha comunicación con su excelencia el cardenal Spellman de Nueva York para lograr a su vez una coordinación con las autoridades eclesiásticas salaragüenses y poder incluir en sus sermones y homilias dominicales textos redactados de acuerdo a las necesidades políticas del proyecto.

4. El señor Edward Barnays coordinará los detalles de esta parte del plan con esta agencia.

5. Castillo Armas y sus fuerzas deberán convencer en todo momento al pueblo respecto de su superioridad militar.

6. Podría procederse a la ejecución de una operación descubierta diferente a la contenida en el presente plan pero no se debe perder de vista el interés del gobierno americano en que los salaragüenses recuperen el control de su país.

Robert Keith había caído en una de esas rachas de insomnios agotadores. Se levantaba extenuado sin haber logrado conciliar el sueño ni por lo menos un par de horas. La cabeza le pesaba como un fardo. La jaqueca era insoportable. Difícilmente podía abrir los ojos. El cansancio acumulado día a día le restaba gradualmente energía siquiera para mantenerse erguido. ¿Y los ánimos? ¡Ay!, los ánimos no los tenía para hablar con nadie, es más, ni las llamadas telefónicas anunciándole el cierre de importantes operaciones bananeras ni la compra de nuevas fincas azucareras ni la apertura de nuevas sucursales nacionales o internacionales del First National Bank of Boston ni las utilidades de las líneas ferroviarias le reportaban placer ni le estimulaban para producir al menos una sonrisa furtiva. Cuando el propio John Foster Dulles le

informó los detalles del P. B. SUCCESS en el salón comedor del Departamento de Estado, reservado al secretario, el Rey de la Banana empezó a reaccionar. Aquel brillo perverso que dominaba su mirada volvió a inundar su rostro inexpresivo.

—Es un problema profiláctico —repuso Dulles—. Debemos inmunizar el organismo para impedir en el futuro el brote de estas plagas. Acuérdate que para construir el canal de Panamá fue necesario erradicar la fiebre amarilla, la maldita malaria que acabó con De Lesseps y su megalomanía. Nosotros haremos exactamente lo mismo con los comunistas. Haré una campaña para erradicarlos del planeta.

Keith pensó en Simone Kirkpatrick. Cada vez que no entendía una palabra extraña o escuchaba un nombre raro pensaba en ella como su única posibilidad de salvación. A veces soñaba con una traductora simultánea para darse tiempo en responder y poder preguntar todas las veces que fuera necesario sin necesidad de mostrar su ignorancia ni avergonzarse. Dejó pasar hábilmente lo de la *megalomanía*. Dulles, quien hablaba con el magnate siempre con la guardia baja, no se percató del golpe y continuó su relato ávidamente hasta ingerir la última cucharada de su helado favorito: crema de whisky y vainilla con salsa de chocolate.

—No te preocupes, Robert, entiendo tu angustia. Todo saldrá bien —agregó el secretario de Estado, al tiempo que le guiñaba un ojo y le palmeaba afectuosa y cálidamente la mano—. Yo sé cómo tratar a nuestros enemigos. Los aplastaré como a los zancudos que conocí en tus fincas, capaces de chuparle hasta la última gota de sangre a un ser humano.

El Rey de la Banana sintió un agujonazo en el corazón. Maldito Zancudo, microbio de microbios. Todo creí de ti, pero no que fueras capaz de chupar tu propia sangre. Te di de comer en las manos, te enseñé a usar zapatos por primera vez en tu existencia, te rescaté de los pantanos, pagué tus deudas con la mafia, te protegí cuando te perseguían una y otra vez por deudas de juego los reyes del hampa, hablas como si fueras un ser humano gracias a mí, conoces los salones alfombrados porque yo te los mostré, maldito insecto de todos los demonios. ¿Y así es cómo me pagas? Tío Minor, parecía clamar al cielo, los juramentos con los muertos tienen un límite. Yo he llegado al mío. Sí, tú mismo ya habrías convertido mi cruz, la cruz que yo he cargado toda mi vida desde que prometí en tu lecho de muerte proteger por siempre y para siempre a mi hermano, en un conjunto de leños con los que ya lo habrías incinerado muchos años atrás, por menos, mucho menos de lo que yo he tenido que soportarle a partir de tu fallecimiento. Tú hubieras hecho un alto en el camino y lo hubieras crucificado mil veces antes que yo para que lo devoraran las aves de rapiña. Perdón, tío, perdón por faltar a mi palabra, pero considera roto mi compromiso si en realidad se confirma todo lo que me dijo Margarita respecto a mis hijas. Tú muy bien sabes que yo hubiera continuado hasta el final de no haber mediado este percance. No puedo seguir viviendo en paz cuando alguien mancha y escupe a los dos seres que yo más he querido en toda mi vida después de ti. Sí, claro, parecía contestar una voz, pero preferiste poner tu estatua en la entrada del museo y no la mía como el verdadero fundador del imperio. No tengo alternativas, tío, o doy por satisfecho mi compromiso contigo y abandono todo hasta tener entre los dedos de mi mano los ojos de mi hermano, o el veneno que tengo dentro me matará día a día hasta hacer del famoso Rey de la Banana el Rey de la Mierda, que morirá ahogado en su propio charco de pus. Libérame del compromiso, tío Minor, devuélveme mi honor. Permíteme recuperar la paz. Déjame gozar uno de los máximos placeres que puede disfrutar un hombre, el de la venganza: el de la venganza fría y sorpresiva. La vida de Franklin no vale un dominico pero mi tranquilidad vale millones de dólares. Es la subsistencia de nuestro imperio, de modo que si llego a confirmar mis sospechas considera saldado nuestro pacto o prepárate a enfrentar el derrumbe de este imperio. Libérame, tío Minor, libérame. La United Fruit es todo para mí, tú lo sabes mejor que nadie. Prefiero entregarte buenas cuentas, balances en negro y mayores utilidades que explicarte mis fracasos. Franklin deberá responder a sus cargos en vida, ante mí y ante ti, antes de aplastarlo contra la pared de un zapatazo.

—Te he preguntado tres veces, Robert, si te es suficiente la palabra del secretario de Estado de Estados Unidos de América —insistió Dulles con evidente acritud.

- ¿En qué sentido? —repuso Keith sorprendido mientras volvía apenado de sus reflexiones.
- Si es suficiente garantía para ti que yo te asegure por lo menos la desaparición política de Arbenz.
- Me ofendes —contestó Keith sonrojado—. Tu palabra vale más que mil United Fruit juntas.
- Perdón, Robert, te veía tan escéptico y distante.

Robert Keith había mandado vigilar de cerca a Franklin. Un detective privado le informaría pormenorizadamente de todas sus andanzas. Paso a paso, momento a momento. Dentro o fuera del país. La tesorería de mis empresas está a su disposición siempre y cuando usted me traiga evidencias, no supuestos ni hipótesis. Pruebas, ¿me entiende? Pruebas y sólo pruebas, como cuando mi general Trubico pedía las orejas de sus enemigos sobre el escritorio. Si usted habla, usted muere. Si usted me trae las pruebas, lo llenaré de dinero. Si fracasa, lo desapareceré del mapa. ¿Está claro?

El magnate no iba a preguntarle a sus hijas, ¿verdad que no se acostaron con su tío? No era tan iluso. Una mujer es capaz de mentir mejor que un comunista. Con Franklin ni siquiera perdería su tiempo. Era un experto embustero, además no le daría jamás esa satisfacción. De modo que el único medio posible era el de la investigación secreta para conocer la realidad. Respecto a Arbenz, ¡ah!, sí, Arbenz. Mientras los hermanos Dulles trabajaran el asunto en compañía de Ed Barnays más le valía al presidente de Salaragua irse a fotografiar para acordarse más tarde cómo era cuando aún tenía la cabeza encima de los hombros.

Nunca sabría John Foster Dulles las fantasías que se azotaban unas contra otras en aquella ocasión dentro de la cabeza de Keith: los hombres de negocios son así, como los genios, con una enorme capacidad de abstracción, se contestaría a modo de explicación cuando ya se dirigía a su oficina custodiado por un marino elegantemente uniformado.

Cuando regresó John Peurifoy de Washington un huracán rabioso de una capacidad destructiva pocas veces vista se alejaba con su cola de muerte del territorio salaragüense. Paradójicamente el embajador traía otro guardado dentro de la valija diplomática. No se acababan de agitar los penachos de las palmeras ni volvían a su cauce los niveles de los ríos ni bajaba la marea que parecía engullirse pueblos, ciudades, carreteras y fincas, ni dejaba de llover torrencialmente, como si de un momento a otro se fuera a derrumbar con furia divina la mitad del cielo, ni los vientos dejaban de azotar puertas, techos y ventanas, ni terminaban de caerse las gigantescas hojas de las bananas, cuando el mago, gran mago del mundo, ya preparaba un nuevo acto de magia, vestido de jaqué y con sombrero de copa, desde el magnífico Salón Oval, desde donde ejecutaba todas sus suertes. Sus poderes se medían con los de Dios. Ambos podían poner y quitar presidentes. Ambos construían presas, caminos, ferrocarriles, plataneras y gigantescos sembradíos de todos los productos y podían desaparecerlos con la misma facilidad. Ambos podían construir pueblos y ciudades y destruirlos aun con la bomba atómica. Ambos podían generar fuentes de trabajo, riqueza, convertir pantanos en centros de producción agrícola, acabar con el hambre, la peste, las infecciones y la malaria con sólo echar mano de la tecnología norteamericana. Midamos fuerzas, llegó a decir el gran mago, cuando de crear ciclones se trataba. Sólo tocaría con su varita mágica el mapa salaragüense y podría dirigir, a diferencia de Dios, el ojo del meteoro por la mismísima puerta principal del Palacio del Gobierno de Salaragua y aventar por los aires a todos sus inquilinos hasta arrojarlos al mar.

El acto de magia sólo esperaba una señal del norte para abrir su valija y producir el milagro. Dios mismo se quedaría sorprendido de semejante precisión.

La efervescencia política empezó a hacer acto de presencia en Salaragua. Hasta en los más apartados caseríos se sentía la presencia del viento, un viento negro que azotaba hasta la última barraca y hacía callar y refugiarse a guacamayas, tucanes y papagallos. Jacobo Arbenz comenzó por encarcelar a los agitadores surgidos espontáneamente de la misma manera que los gusanos invaden la carne fresca de un día a otro.

Peurifoy declara que la cadena de arrestos es para impresionar a la oposición. Cuento con el apoyo del ejército, hoy por hoy, el ejército más poderoso de Centroamérica, de modo que si de derrocamiento se trata, Estados Unidos deberá encargarse de ello a título personal, repetirá una y otra vez Arbenz en la intimidad del gabinete. El presidente de la República sabía que ya en 1953 Castillo Armas le había externado a Miguel Ydígoras que con el apoyo de la Casa Blanca bien pronto se convertiría en el nuevo jefe de la nación¹¹⁸. Ydígoras, infectado de coraje había gritado los términos de su conversación a voz en cuello en los círculos políticos más influyentes del país hasta llegar a oídos del propio gobierno salaragüense. También se hizo del conocimiento público, tal y como era el deseo de la CÍA y del Departamento de Estado para intimidar a Arbenz, la correspondencia cruzada entre Somoza y Castillo Armas, donde el primero se ofrecía, siempre y cuando fuera abastecido con las armas necesarias, a derrocar al gobierno comunista y a expulsarlo para siempre de Centroamérica. El gobierno revolucionario publica las cartas para demostrar la evidencia del complot en su contra. Es evidente la existencia de un sistema de agresiones y de pretextos para invadir próximamente nuestro país, manifiestan los diplomáticos salaragüenses en los foros internacionales. La Conferencia de Caracas hace las veces de la declaración de guerra entre Japón y Estados Unidos antes de Pearl Harbor, sentenciará el presidente Arbenz en un arrebato de impotencia y coraje. Esa reunión no fue sino un aviso, un intento para legalizar una intervención armada, una justificación cínica para destruir la promesa de una democracia en proceso evolutivo, por supuesto inconveniente para los intereses americanos. Toriello, secretario de Relaciones Exteriores de Salaragua llega incluso a carearse con el propio Dulles en público y le pregunta: ¿Qué es el comunismo internacional, señor secretario? Dulles contestará con hiriente sorna: Es preocupante que las relaciones exteriores de un país americano las conduzca alguien que ignora semejante cuestión¹¹⁹. La partida final la ganaría Toriello al afirmar públicamente, homenajeados entre unos aplausos estruendosos:

El Panamericanismo llegará a ser un instrumento al servicio exclusivo de los intereses monopolísticos y un arma de coerción para suprimir cualquier intento de liberación política y económica de los pueblos oprimidos de América Latina*. Estados Unidos desea encontrar un expediente efectivo para mantener la dependencia económica de las repúblicas americanas y cancelar los legítimos deseos de sus habitantes, catalogando como comunismo cualquier manifestación de nacionalismo o de independencia económica, así como el deseo por alcanzar un mayor progreso social, la menor curiosidad intelectual y el mínimo interés por la evolución y las reformas liberales... Cualquier nación que exprese estos deseos será acusada de constituir una amenaza en contra de la seguridad continental y de crear un abismo en lo relativo a la solidaridad hemisférica¹²⁰.

Cuando el precio internacional del café y las bananas sufre un incremento considerable en perjuicio de los consumidores nacionales, el Congreso norteamericano se apresura a culpar a los comunistas de los hechos. Frenemos el asalto a la libertad del hemisferio, gritan airados los senadores yanquis desde sus curules. Si no aprendemos a enfrentar con decisión la locura comunista, se repetirán los acontecimientos de China, Corea e Indochina. ¡Actuemos ahora! Acabemos con las exquisiteces diplomáticas de una buena vez por todas. Basta ya de consultas, investigaciones y demostraciones. Queremos acción. ¡Ya!

* Durante la Conferencia de Caracas Estados Unidos no sólo subordinó los 21 puntos restantes de la agenda a la expedición de una declaración anticomunista sino que todavía amenazó abiertamente a los signatarios con la imposición de sanciones económicas si la resolución no era aprobada en sus términos. En síntesis, el objetivo de la Conferencia en relación con los intereses americanos no consistía en proveer de un mejoramiento de las condiciones de vida en el hemisferio y en democratizar la región y hacerla evolucionar política y económicamente, sino simplemente en hacerse del derecho de intervenir militarmente cualquier país latinoamericano si a juicio de la Casa Blanca, del Departamento de Estado y de la CÍA se daba un fenómeno, probado o no, de penetración comunista.

Ike sonreía. El *principio de la olla* funcionaba a la perfección. Le seguiría metiendo calor sin dejarlo escapar por ningún lado, hasta que viniera del Capitolio la solicitud abierta de intervención o la reclamara airada la opinión pública, como una cuestión de evidente seguridad nacional. De esa manera se liberaría a la Casa Blanca de la menor responsabilidad política. Eisenhower simplemente se sometería a la decisión mayoritaria del Congreso y de la nación, que por supuesto ignoraba el grado de avance del P. B. SUCCESS. Estados Unidos, sentenció instalado en una desesperante inmovilidad, actuará de acuerdo a derecho en relación al caso salaragüense y se someterá a los términos acordados en la Conferencia de Caracas, al Pacto de Río y a otros tratados internacionales similares. La increíble actitud pasiva parecía incendiar la Cámara de Representantes. ¿En qué estaríamos pensando cuando votamos por Eisenhower? Con ese temperamento monacal, ¿cómo es posible que haya podido vencer a las fuerzas fascistas europeas? El congresista Charles Kerstens llegó a acusar al Departamento de Estado por no tomar acciones más directas y efectivas. Otro senador por Wisconsin declaró que si los salaragüenses tenían derecho a combatir a los comunistas, Estados Unidos tenía derecho asimismo a asistir y ayudar en la revuelta proporcionando no sólo ayuda moral a los rebeldes sino todo aquello que pudieran llegar a necesitar para coronar el éxito. El coro de los senadores y representantes se integró en un principio por los legisladores incorporados a la nómina de la United Fruit, por los fanáticos anticomunistas, un subproducto de la guerra fría, y por aquellos interesados en continuar una carrera diplomática en el Departamento de Estado, quienes vendían su voto a cambio de ascensos o reconocimientos posteriores para su causa.

¿Respetar acuerdos de la OEA, de la ONU o de otros organismos internacionales, combatir con la ley en la mano a los mejores artífices del chantaje en la historia política de las naciones, convencer a los gánsters con palabras y con clases de evangelio? Por favor, señores, reaccionemos, para eso tenemos una armada... mañana amaneceremos en paz.

Estalla entonces una huelga en una de las plantaciones de la United Fruit, ahora en Honduras. De la misma manera que se decía de Dulles que llevaba el Departamento de Estado en su sombrero, así sentía tener Keith los hilos del conflicto: sujetos firmemente entre los dedos de su mano. La prensa americana habla de una nueva intervención comunista. El presidente Gálvez, de la República de Honduras, acuerda en secreto con Eisenhower la expulsión de todos los cónsules americanos de territorio hondureño*: se trata de personas *non gratas*, declaró repentinamente envalentonado el jefe de Estado bananero en toda la extensión de la palabra. Una estrategia diplomática casi digna de Metternich, un remate virtuoso. Borremos hasta el último vestigio yanqui de Centroamérica, parecía vociferar Gálvez con su decisión temeraria de enorme sonoridad allende sus fronteras. ¡Fuera!, sí, ¡fuera! Comencemos con los cónsules, ¡que se larguen!, sí, que se larguen hoy mismo. Veremos con quién terminaremos. El Congreso americano parecía una jaula de locos. Casi empieza a pedirse la quema de retratos de Ike en el interior del recinto legislativo para dar pruebas del rechazo a su política exterior. ¿Quién se iba a imaginar que el héroe de la Segunda Guerra Mundial iba a permitir que se lastimara de semejante manera la dignidad americana? ¡Que pongan la bandera a media asta! Es día de duelo nacional. Si Teddy Roosevelt viviera, en dos minutos hubiera dado cuenta tanto del presidente hondureño como del salaragüense. El sí era un digno inquilino de la Casa Blanca, no como tú, maldito Ike, que cuando mueras, y será pronto, habrás de incinerarte en el horno más caliente del infierno como un comunista más. Luego volveremos a quemar tus cenizas.

El secretario de Estado prosigue al pie de la letra con la ejecución del P. B. SUCCESS y suscribe entonces un pacto militar con Honduras y Nicaragua. En cuestión de días ambos países quedan armados hasta los dientes con tanques, aviones bombarderos de largo alcance y armamentos menores para dejar constancia de la firmeza de la palabra de Washington. Un editorial del *Times* argumentará: Estados Unidos

* En realidad lo que hizo el presidente hondureño fue expulsar por instrucciones de Dulles a los cónsules guatemaltecos en Honduras por sus ideas comunistas.

hace su mejor esfuerzo por encerrar dentro de un círculo este lugar de infección comunista.

Empezaba el bloqueo abierto contra Salaragua. Arbenz se percata del peligro. Declara que la invasión de Castillo Armas es una mera cuestión de horas²¹. Pide el levantamiento del embargo de armas, la cancelación del boicot en contra de su gobierno: está apoyado en la mentira y en la calumnia. No somos comunistas. ¿Acaso no estuvimos y estamos del lado de Estados Unidos cuando declaramos la guerra a la Corea comunista? No hay respuesta. Sus argumentos se desvanecen en las tibias corrientes de aire del noreste americano antes de llegar a cruzar el Potomac en aquel mayo de 1954.

Solicita a Ike, a través de los conductos diplomáticos, la presencia de una comisión neutral para arbitrar el conflicto entre la United Fruit y su gobierno con el ánimo de evitar una confrontación. Hablamos de tierras ociosas, señor presidente, véalo usted con sus propios ojos, nuestra posición es totalmente justa: tenemos hambre. Eisenhower da por primera vez en su vida un golpe de 200 yardas en su campo favorito en Carolina del Norte con una madera número tres, su preferida. Es largamente ovacionado mientras contempla maravillado el vuelo majestuoso de la pelota hasta caer en el *green* a un par de metros de la bandera. Con un poco de suerte podría lograr un *birdie*. Todo era cuestión de saber manejar el *putter*. Maldito *putter*. ¿Cuándo sabré darle el toque correcto sin muñequear para no desviar la pelota de su ruta al hoyo? Lázaro Cárdenas también se quedó solo, piensa en su desesperación Arbenz. Yo no puedo pedir ayuda a los alemanes tal y como él llegó a planear para vender su petróleo y salir de la asfixia financiera impuesta por Estados Unidos en un principio. Yo no buscaré a los alemanes, pero si no tengo armas, me las embargan y me bloquean arbitrariamente, las obtendré de donde sea, al precio que sea, inclusive de los soviéticos. Ellos no me las negarán. ¿Debo acaso quedarme inmóvil hasta que Eisenhower me aplaste la garganta, cuando no contesta mis misivas ni recibe a mi embajador y se resiste a escuchar a ambas partes antes de tomar decisiones de suma gravedad histórica? Me deja sin alternativas. El escándalo en Estados Unidos es mayúsculo cuando el Departamento de Estado informa a la opinión pública norteamericana de la próxima llegada del *Alfheim*, un barco cargado con dos toneladas de armas pequeñas y piezas de artillería de manufactura checoslovaca de una fábrica de Skoda, embarcadas en el puerto polaco de Sttetin en el Báltico rumbo a un puerto salaragüense desconocido. La CÍA proporcionaba información minuciosa al respecto, desde el momento mismo del pedido*. No cabía la menor duda. Era la prueba esperada. La liga evidente, la participación soviética en los asuntos centroamericanos. Ahora sí los tenemos. Agárrenlos del cuello, sujétenlos bien mientras llegamos. Luego fusílenlos una, dos, diez, cien, mil veces, denles todos los tiros de gracia posibles para que no puedan revivir ni en el más allá.

Salaragua no cometía ilícito alguno con la adquisición de armamento ni su importación estaba limitada por los acuerdos o tratados internacionales, ¿cómo condenarlos entonces? Los hermanos Dulles decidieron a lo largo de uno de los famosos *lunch* servidos por Eleanor, alimentar más el fuego para provocar la ira general. El resto caerá solo. John se ocuparía de incendiar a la opinión pública a través de la prensa y Alien vería la forma de inflamar al Congreso hasta dejarlo a punto de toque para cualquier iniciativa intervencionista. Los encabezados de los primeros diarios de la Unión Americana anuncian en una catarata interminable: Un embarque gigantesco de armas rumbo a Salaragua. «Salaragua: el país centroamericano más armado: cinco veces más armado que Nicaragua, Honduras y El Salvador juntos. Un país cuyo gobierno es de marcada influencia comunista pretende dominar militarmente el área centroamericana.» John Foster Dulles insiste: la intervención soviética en Guatemala atenta contra la Doctrina Monroe, es decir, contra la más elemental de nuestras políticas exteriores. Al retirar nuestros refuerzos de otras áreas del mundo para apoyar los países centroamericanos en contra de la Unión Soviética descuidaremos otros puntos de interés que afectarán nuestra política de contención, lo cual puede conducirnos a un holocausto nuclear de imprevisibles consecuencias.

* El *Alfheim* había sido registrado en Lloyd's de Londres como un barco de carga con equipo óptico cuando salió finalmente de Dakar, África, rumbo a Puerto Barrios, Guatemala. La CÍA conocía todos los detalles desde el momento mismo del embarque hasta que el propio embajador Peurifoy estuvo listo para recibir el cargamento en el puerto indicado a la hora esperada.

Los elementos para aplicar la resolución tomada en la Conferencia de Caracas empiezan a darse uno a uno, declara Ike sobriamente. El pedido de armas a bordo del *Alfheim* excede con mucho las necesidades militares de Salaragua. Veremos la manera de detener el embarque en los términos de los acuerdos internacionales... Las revistas *Time* y *Harper Magazine* se suman exitosamente a la intriga y a la calumnia, sin contar evidentemente con la menor de las pruebas. Afirman en sus publicaciones de gran circulación que una tercera parte de la tripulación del *Alfheim* se encargará de formar una milicia de peones e indios, quienes ya abrían pozos de agua en los más prestigiados campos de golf de Managua. Otra tercera parte venía preparada para derrocar a nuestro Somoza, hijos de su mala madre, y el último grupo venía con la clara consigna de desestabilizar al gobierno hondureño, ahora ya tocado y enredado con una huelga inexplicable en una de las instalaciones de la United Fruit, como parte de la orquestación del Kremlin para dominar a corto plazo la región. Se inicia una campaña mundial de la CÍA para desacreditar a Arbenz. Se imprimen pósters, cartones, se fabrican artículos publicitarios para denigrar su imagen, se publican textos y fotografías macabras, se difunden cortometrajes, se dan a conocer anécdotas de su salvajismo, se denuncian los horrores comunistas en los que ya ha caído el primer país centroamericano. Era imprescindible preparar la opinión pública doméstica, la salaragüense y la mundial. Crear, en fin, el clima ideal para el golpe final: el derrocamiento ya anhelado por los amantes de la libertad y del progreso.

Se convoca entonces sin pérdida de tiempo y a algunos de los países asistentes a la Conferencia de Caracas. Se requería el acuerdo cuando menos de las dos terceras partes de la noticia para detener a través de una intervención armada conjunta el desembarco de agentes y armas. Simultáneamente el Departamento de Estado estudia diversas opciones para bloquear los puertos salaragüenses o bien para proceder a la interceptación de barcos extranjeros con rumbo a ese país para constatar la existencia de armas atómicas a bordo, y que en caso de resistencia serían llevados a Panamá para una inspección y revisión detalladas. Sin embargo, no se encuentran los apoyos jurídicos necesarios para proceder de acuerdo a las normas del derecho internacional. En todo caso se trataba de naves propiedad de potencias aliadas de Estados Unidos, fletadas por el gobierno de Arbenz. La opción era intransitable. Se exagera la penetración comunista en Centroamérica. Pediremos aún así que no se transporten armas a Salaragua, pero en ningún caso toleraremos la interceptación de barcos de su majestad en alta mar, declara flemáticamente Anthony Edén, primer ministro inglés.

Cuando el *Alfheim* toca Puerto Barrios se oprime el detonador para hacer volar por los aires el aparato de gobierno de Jacobo Arbenz. Ike insiste en decapitar al presidente salaragüense tan pronto sea posible, antes de que se logre armar a un solo campesino y se produzca un feroz derramamiento de sangre del que nadie saldría bien librado. Los soviéticos capitalizarían en su provecho el menor vacío de poder o el más insignificante conflicto. Lo que podría ser una simple *remoción* más, un derrocamiento sin pérdida de vidas, ni rasguños, si acaso uno que otro grito propio de los burdeles centroamericanos, podría convertirse en una conflagración regional que podría tomar un rumbo peligroso e insospechado fuera del control de la misma Casa Blanca.

El secretario de Estado declara: El comunismo no es una tontería, no es una doctrina, es una fuerza política agresiva, ruda, apoyada por grandes recursos al servicio del más descastado imperio de los tiempos modernos¹²². La respuesta no se hace esperar: Ricardo Furtamantes había abandonado dos días antes su Legión Caribeña para ponerse a las órdenes incondicionales de Arbenz. Toma la pluma y contesta en un encendido editorial, de esos que hicieron historia en Salaragua y que lo llevaron a la fama:

Miren quién habla, nada menos que John Foster Dulles, el abogado bananero más conocido en Washington. El autor de contratos leoninos entre sus eternos patrones de la United Fruit y el gobierno de Leónidas Trubico, que proyectaron a nuestro país al hambre por décadas. ¿Qué podemos esperar de un secretario de Estado elevado a ese rango por la compañía frutera más poderosa en toda la historia de la humanidad, el azote de Centroamérica, el Caribe y Las Antillas? ¿Qué podemos esperar de un hombre al que Robert Keith le truena los dedos para que cumpla sus órdenes? ¿Íbamos a ser tan ilusos como para no saber que un pleito con la United Fruit era un pleito con Foster Dulles, es decir con el temido Departamento de Estado y en consecuencia con la Casa Blanca, en donde se han tramado

historias negras que ruborizarían incluso a la ciudadanía americana? ¿No sabíamos que cuando nosotros decidiéramos tomar los azadones para trabajar nuestras propias tierras centenariamente ociosas los marines tomarían a su vez sus bayonetas para impedirnos disfrutar de un derecho elemental concedido por la geografía, la historia y la sangre?

Lo sabíamos, Dulles, lo sabíamos. Sabíamos que seguirías obedeciendo consignas de los magnates de la banana. Lo hiciste antes desde un despacho, el famoso Sullivan & Cromwell, el mismo que participó activamente en la mutilación de Colombia a principios de siglo para dar nacimiento a la hermana República de Panamá y para que Roosevelt pudiera construir su canal y realizar su capricho a cualquier costo y por cualquier medio. Sabemos perfectamente bien que ahora harás lo mismo, sentado en los cañones de los acorazados de la marina de guerra de Estados Unidos. Has sido uno de los peores enemigos de este continente. Bien pronto inauguraremos un basurero municipal con tu nombre.

Corríamos un riesgo, sí, pero debíamos correrlo antes de que, ya no Salaragua, sino toda Centroamérica, se convirtiera en un gigantesco pastizal propio para el cultivo exclusivo del fuego. ¿Qué cosecha recogerá algún día Estados Unidos por haber sembrado durante tantas, tantísimas décadas a tantos Trubicos, Somozas, Batistas, Trujillos, Carias Andinos, Pérez Jiménez, Martínez Hernández, Adolfo Díaz? Ahora mismo, a mediados de estos años de 1950, de 20 países 13 padecen gobiernos dictatoriales apoyados flagrantemente por Estados Unidos. ¿En qué se traducirán algún día estos abortos democráticos? ¿Qué serán mañana, en la edad adulta, estos fetos políticos que se han desarrollado en un útero de acero? ¿Quién podrá controlar a estos Frankensteins del siglo XX concebidos en los sótanos de la Casa Blanca? No pasarán muchos años antes de que estos antropoides u otros similares se volteen para sacarle los ojos a sus propios amos, a sus geniales creadores.

Ustedes, todos los John Foster Dulles de Estados Unidos, nacidos en este siglo o en el anterior, son responsables de haber metido las aspiraciones progresistas de América Latina dentro de un zapato de madera, tal y como hacían los chinos con los pies de sus hijos, y de las deformaciones políticas de todos sus miembros, de la intervención, de la violación y del despojo de los derechos universales del hombre, deberán de responder ante la historia. Ustedes han sembrado la semilla de la destrucción, la del fuego en nuestros pueblos. Bien pronto se incendiarán pastizales, barracas y plantaciones así como fábricas, destilerías, periódicos, bancos y estaciones ferrocarrileras. El viento se encargará de transportar el fruto de su esfuerzo tras montañas, selvas, valles, cordilleras sin considerar las fronteras que nos separan, hasta arrasar con fuego vesánico a la misma Casa Blanca tal y como Frankenstein mató a su propio creador.

Has creído que porque realizamos una reforma agraria somos comunistas, que por oponernos a los dictadores centroamericanos hechos a tu imagen y semejanza, Dulles, somos comunistas, que por promulgar leyes laborales, vigentes en Estados Unidos hace más de 70 años, somos comunistas; que por emprender una política nacionalista orientada a recuperar la economía nacional, somos comunistas; que por negarnos a aceptar tus instrucciones tal y como lo hacía Trubico somos comunistas; que por pretender disfrutar la libertad de la misma forma como la gozan los ciudadanos norteamericanos dentro de su territorio somos comunistas; que por intentar crear fuentes de trabajo en el campo y alfabetizar a nuestra gente somos comunistas; que por expropiar las tierras ociosas de tus patrones de la United Fruit somos comunistas. Como lo debemos ser por luchar también contra el hambre, por tratar de rescatar nuestra dignidad y elevar las condiciones de supervivencia, de un pueblo intimidado, vejado y explotado de por vida.

Quienes padecemos, escúchalo bien, siglos enteros de esclavitud, no queremos volver a oír hablar de comunismo. Vale la pena preguntarse si el Destino Manifiesto, el Gran Garrote, o la Diplomacia del Dólar no son sino teorías y doctrinas ruines, apoyadas por los capitales y las fuerzas armadas norteamericanas al servicio de otro imperio por lo menos igual de descastado que el comunista en los tiempos modernos.

Si derrocas a Arbenz, maldito John Foster Dulles, habrás sembrado una nueva semilla de rencor, odio y fuego que el viento un día se llevará en suaves vaivenes a un lado del Potomac de tus sueños.

Se echa a andar la parte final del proyecto publicitario. Ed Barnays no cabía en sí de placer. Se salía de la piel con sólo pensar en poner en marcha su estrategia. Goebbels fue un verdadero genio en el manejo del rumor. Pues bien, a mi lado es un niño de teta. Nadie mejor que yo para administrar el escepticismo de estos pueblos de desnalgados, sus supersticiones, su absoluta ignorancia y el efecto que ha causado en su mente la cadena de traiciones padecidas a lo largo de la historia. Si no creen en ninguna figura humana,

justificadamente creerán cualquier cosa que se les diga por absurda que parezca. Bien tramado, varios millones de estos indios a medio comer, a medio vivir y a medio nacer, medio hombres, medio fetos y medio muertos de hambre, con el cerebro no mayor al de un ostión en ayunas, son capaces de creer en el regreso de Quetzalcóatl si se sabe vestir y armar su reencarnación.

En primer lugar era menester que Arbenz perdiera la confianza de su ejército, indicó Barnays. Los militares salaragüenses empiezan a escuchar rumores en el sentido de que se armará a los campesinos en el caso de una « invasión. Se hacen grupos a favor, otros en contra de acuerdo al mensaje. Nosotros estamos para eso, no los campesinos, responden las fuerzas armadas indignadas. Nosotros somos los responsables de la guerra, no los campesinos. ¿Acaso el presidente de la República nos habrá perdido la confianza y por esa razón pensará en deshacerse de los hombres más leales a su causa? No somos miembros del ejército de Trubico. No. No somos asesinos a sueldo ni formamos parte de un constabulario ni de una Guardia Nacional. Salaragua nunca tuvo unas fuerzas armadas más representativas del actual modelo democrático ni más respetuosas de las instituciones nacionales. No nos merecemos este trato ni debemos someternos sumisamente a semejante ofensa, ni mucho menos permitir una carnicería de gente inocente e ignorante, sólo porque Arbenz tiene mala imagen en Estados Unidos. Las fuerzas armadas salaragüenses deberán velar por la paz de la nación y porque no se derrame sangre de gente inocente. Por lo tanto esperemos. Barnays sabía que su argumento produciría el mismo efecto de alguien que gritara desesperadamente ¡Fuego! en la sala congestionada de un cine. El viento esparce el rumor, como distribuye el polen en la primavera, de la misma manera que estimula las llamas en el interior de un bosque cuando sopla aparentemente animado por sofocar el incendio.

El ocho de junio Dulles hace su famosa declaración distinguiendo entre los problemas de la United Fruit y Salaragua. Dos días más tarde hace su llamado a la unidad internacional, a la concertación, al entendimiento, a la solución de los problemas por la vía pacífica y civilizada, al diálogo. Rechaza el barbarismo, lo condena, condena sus resultados y los peligros de la imposición cuando los acuerdos de voluntades no se producen en razón de los intereses particulares o de grupo. El quince de junio de 1954 llama a su última conferencia de prensa antes de la invasión: «En mi opinión no existe la menor duda de que la mayoría del pueblo salaragüense tiene el deseo y la capacidad de limpiar su propia casa.»¹²³ Los hermanos Dulles sugieren a Eisenhower un texto propicio para ser revelado antes de que Castillo Armas cruce la frontera hondureña rumbo a Managua. Ike dirá ya con el dedo puesto en el gatillo:

Encuentro preocupantes los problemas internos que prevalecen en el gobierno de Salaragua. Por mi parte veré que en la próxima reunión de la Organización de Estados Americanos se plantee el problema de la infiltración comunista y los envíos de armas como una amenaza para la seguridad hemisférica. Es todo lo que puedo decir al respecto¹²⁴.

El plan P. B. SUCCESS se desarrollaba a las mil maravillas. La CÍA ejecuta cada movimiento con un cronómetro en la mano. Se bloquearon puertos, se administró la información a la prensa, se la sobornó al igual que a los militares, se preparó a la opinión pública norteamericana, a la salaragüense y a la mundial. Se interceptaron barcos. Se firmaron los tratados. Se afianzó al nuevo gorila, al nuevo Trubico: a Castillo Armas. Se contrataron aviones bombarderos. Se adiestraron pilotos. Se reclutaron soldados mercenarios y se les capacitó en una finca de la United Fruit en Honduras. Se trabajó codo con codo con la Frutera. Se estableció la estación radiodifusora Voz de la Libertad. Se ancló su antena en la frontera. Se obtuvieron las municiones necesarias y se compraron las imprentas para divulgar el movimiento nacional pro Castillo Armas y anti Arbenz. Se garantizó el apoyo de los aliados. Se aisló la víctima. Se embargaron armas, créditos y mercancías. Se inventaron huelgas. Se expulsaron periodistas, cónsules y todo género de personas *non gratas*. Se adquirieron compromisos con el Congreso y con la Iglesia salaragüense. Spellman cumpliría su palabra¹²⁵. Se ataron todos y cada uno de los cabitos para reducir a su mínima expresión las posibilidades de fracaso. Ya se empezaban a oír risotadas: unas eran de Somoza, otras de Leónidas Trujillo. ¡Ah, qué manera de reír...!

Margarita Donde no regresó a las barracas del Tiquisate. Las últimas restantes que quedaron de pie después del huracán. Ni siquiera pudo hacer algo por su padre, lograr al menos una compensación económica después de más de treinta años de rudos trabajos. Robert Keith la perseguiría sin tregua alguna, bien lo sabía ella. La acosaría y la localizaría aunque para ello se viera forzado a remover cada hoja de banano de los cientos de miles que tenía en Centroamérica y el Caribe. La encontraría tarde o temprano. ¡Ah! que si la encontraría. De eso me encargo yo. Mira que tirarle de los huevos al mismísimo Rey de la Banana y en su nuevo departamento de Manhattan, a la vista de los Zorullas, o Zorollas o Zorrillas recién adquiridos para formar parte de la colección de arte contemporáneo español del siglo XX. Menudo atrevimiento. ¿A un Keith? ¡Por Dios!, el tío Minor ya se habría dejado las uñas de tanto rascar tierra para salir a la superficie desde la oscuridad de su tumba en el panteón de Bananaville, reservado exclusivamente para 100 difuntos con patrimonio no menor a quinientos millones de dólares para tener derecho a una cripta marmórea. ¿Jalar de los huevos a un Keith? ¿A un forjador de civilizaciones y del mundo moderno? ¿Al hijo predilecto de la Casa Blanca? ¿Al niño mimado de presidentes y secretarios de Estado de Estados Unidos? ¡Vamos hombre! Ni tú eres Keith ni Robert ni presidente de la United Fruit ni nada. ¡Venganza! ¿Has oído? ¡Venganza! Somos intocables, ¿se te olvidó acaso? Representas, escúchame bien, a la generación de la indignidad. Que una mugrosa guajira se te acerque de esa manera... mereces todo lo que te pase a partir de hoy. Somos sus padres, o por lo menos lo fuimos. Sus protectores, sus amos, sus *micenas* y tú dejas que te cacheteen. Bueno, bien dicho, si al menos te hubieran cacheteado...

Yo mataré a Franklin Keith, pensaba Margarita Donde, antes de que las guardias blancas de la Mamita Yunai acaben conmigo. Dios me perdona, si no nunca podré morir en paz.

Seguía al Zancudo disfrazada de día y de noche y descubriría, al mismo tiempo que ya lo hacía el detective privado contratado por Keith, el panorama completo de la vida y milagros del hermano menor del Rey de la Banana. ¿No que las crías del alacrán eran las únicas que se comían a la madre después de nacer? Meterse con sus sobrinas y su cuñada, la esposa del patrón, ya no debe ser ni pecado mortal, quien sabe qué será, eso ya no se quita ni rezando el padre nuestro como *penitencia* para siempre.

Pensó en deshacerse del Zancudo con la vieja escopeta de su padre, aquella con la que cazaba patos buzos en el invierno. ¿Y si fallaba el tiro? No, escopeta, no. Ya sé: tenderé una soga de un lado al otro de uno de los callejones de las bananeras y cuando Franklin venga a todo galope en el *Vermú*, el caballo favorito de Blanca, la cuerda le romperá el cuello en mil pedazos. Nadie podrá saber jamás quien puso la trampa preciosa. Sí, ¿pero cuál de todos los cientos de callejones verdes más verdes que el verde mismo, sería utilizado por el maldito Zancudo? ¿Y si cualquiera de sus sobrinas le ganara en la carrera? Ella no deseaba lastimar a nadie más. Bueno, sí, que se mueran por putas. No, eso no. Serán lo que sea pero no son culpables de lo que me hicieron a mí. Si acaso, son víctimas. Le pediré a Dios ayuda. ¡Bah! Hace ya muchos años que se olvidó de mí y de los míos. ¿Y la Virgen? ¡Ay!, la Virgen...

Pensó en asestarle una puñalada durante cualquiera de sus borracheras, en darle un tiro cuando se quedara dormido sobre una de las mesas de alguna cantina de la United Fruit, de esas que tenían por objeto quedarse, a cambio de ron blanco, con el dinero semanal devengado por los peones y jornaleros y garantizarse así su dependencia eterna a la Mamita Yunai. Sí, eso haría. ¿Y la pistola? No, no le convenía ninguna posibilidad. Sin embargo, una empezó a ganar terreno en su mente: la del cuchillo. El plan sería muy fácil, seguir a diario al Zancudo, en particular cuando se pusiera a beber hasta perder la conciencia. Una vez tirado en el piso, o recostado en una banca municipal, ahogado en alcohol, ella se acercaría sigilosamente y de un solo tajo, un corte preciso, rápido y efectivo, le cercenaría la yugular. Le tomaría cuando mucho tres segundos, el tiempo necesario para pasar frente al lugar en donde descansaría el Rey de los Guerreros. Será tan fácil, un corte así y ya. Sólo esperaré el momento preciso. Después, después se sometería a lo que fuera necesario.

La cacería había comenzado. Nada ni nadie podría detenerla. Pero Margarita Donde no calculó, ni podía

hacerlo, la presencia de ciertos imponderables: ella no era la única interesada en terminar con la vida del Zancudo. Debía muchas. Una noche logró introducirse audazmente hasta el área de recámaras de Villa Blanca. Llevaba varios días buscando a Franklin y ya no había tiempo que perder. En el instante más inoportuno podría sentir su cuello sujeto por una buena cantidad de manos asesinas de las guardias blancas del Pulpo. Ése sería su fin, acabaría como alimento de los cangrejos lugareños, enterrada en una fosa de arena de la costa bañada por el mar Caribe, mientras Franklin seguiría disfrutando de los milagros del sol y de las excelencias del trópico y de la vida. Aquella noche, sin poder despegar los ojos de la ventana, dio por cancelados sus sueños, sus delirios de venganza. Alguien se le había adelantado. Vio al Zancudo hacerle el amor a Sofía, doña Sofi, como todos la conocían, como si fuera la última ocasión en que estaría con una mujer antes de partir al otro mundo para siempre. La patrona, a pesar de sus años, era toda una belleza. Aquella noche Franklin parecía presentir su final. En esa ocasión, cuando el Zancudo había ido a ducharse, doña Sofi se levantó. Buscó un sobre que se encontraba dentro de su bolso de mano, un bolso por cierto hecho con piel de víbora teñida en colores verdes esmeralda que llamaron poderosamente la atención de la guajira. ¡Qué hubiera dado ella por presumir con un bolso así entre sus amigas del pueblo! Sofía vació un polvo apresuradamente en el mojito que bebía Franklin. La angustia se le reflejaba en el rostro. El envoltorio lo ocultó con la misma prisa debajo de la cama. El Zancudo era imprevisible, igual podría surgir desnudo, empapado y enjabonado a darle un beso de amor en un seno y sin decir palabra desaparecer nuevamente rumbo a la regadera que permanecer horas y horas debajo de los cuatro chorros de agua mandados a instalar por su hermano para pasar largas horas de análisis encerrado en la tibia calidez del baño. Cuando Franklin salió finalmente envuelto en una toalla con las iniciales R. K, entrelazadas y rodeadas por una cadena dorada de plátanos en forma de una corona de laureles, Sofía lo recibió con un salud mi amor, brindemos por nuestra reconciliación eterna, claro que te dejaré firmar en mi cuenta de cheques y en mi contrato de valores. O se quiere o no se quiere en esta vida. Yo confío en ti mi vida. Se acercó entonces para abrazarlo y presionarlo a que ingiriera la bebida. Franklin lo hizo de un trago, feliz y satisfecho por haber logrado exitosamente la primera parte del plan. Ya pronto tendría acceso al dinero. El día que le reconocieran el derecho a retirar fondos de la cuenta de su cuñada en el First National Bank de Boston, ese mismo día Sofía Guardia perecería arrollada por un autobús urbano. Él se encargaría de eso. Maldita ramera de los infiernos. Por la tarde iría por Blanca, ¡ay!, Blanca, mi Blanca, reina del cielo y dueña de mi sonrisa y de mis ilusiones, sólo por ti sobrevivo en este mundo de mierda. Se fugaría con ella a las islas del Pacífico Sur, ahí donde la señorita Kirkpatrick le había contado la vida de un pintor francés, ¿exhibicionista?, que había pasado el resto de su existencia rodeado de la generosidad de la naturaleza en lugares donde tal vez jamás llegarían los horrores de la civilización, a la que renunciaba de antemano.

Doña Sofía lo había recostado entonces provocativamente y le había empezado a susurrar algo al oído. Franklin la aventó. El Zancudo se llevó ambas manos al cuello como si un ser invisible empezara a estrangularlo, y él tratara de zafarse para poder respirar. Los ojos se le salían de la cara, verdad de Dios, golpeó la puerta cuando todavía le quedaban fuerzas, pero estaba cerrada. A la patrona no se le escapa ni un detalle. Buscó desesperado antes de caer al piso una salida por la ventana pero el patrón había mandado poner barrotes. ¡Me muerdo!, alcanzó a decir, ¡me muerdo!, repitió otra vez. Trató de alcanzar a doña Sofía para *afielarla* también, pero nada tonta ya tenía una pistola en la mano. Grita, miserable, grita, porque nadie te va a oír. Todos tienen el día libre hoy. ¡Todos! Hoy es día de fiesta en casa de los Keith, la mejor celebración que he tenido desde que murió tu tío Minor. Muérete, pero muérete ya, parecía desgañitarse del coraje, para que yo también tenga derecho a festejar. Muérete todas las veces del mundo que puedas morirte, se desgargantaba en sus delirios de venganza, en su tan ansiada consumación. Muérete, por Isabel, bramaba ya sin voz. Muérete por mí, embustero, mal bicho, ¡gusano!, chillaba frenética. Las lágrimas rodaban abundantemente por sus mejillas enrojecidas por la ira. Muérete, sí, muérete por todas las mujeres a quienes destruiste su vida y por los hombres a los que saqueaste, maldito Zancudo de agua negra, gritaba enloquecida mientras sujetaba el arma con ambas manos y todavía lo pateaba al empezar a constatar su inmovilidad, en la cara, en el estómago y en los testículos cuando se podía. ¡Ay Dios!, al fin de cuentas pasamos momentos tan intensos e inolvidables...

La patrona hablaba de pie, ya subida en la cama, cubierta sólo por una ropita de esas transparentes, que usa la gente rica, chico. Mira lo que tengo en mi mano, el contraveneno que pensaste usar aquella noche cuando ibas a matar a Trubico con el mismo veneno que yo te di el día de hoy. Gracias, Franklin, gracias por tus consejos. Yo nunca hubiera concebido una forma más cruel para matarte que aquella que tú mismo aceptarías como la más perversa. El Zancudo, tirado en el piso, totalmente desnudo y con la cabeza aún húmeda, ¡qué desperdicio de hombre!, pateaba a un lado y otro de la cama, azotaba cabeza y piernas contra el suelo y se revolvió como una culebra sobre un comal caliente, vomitaba negro, probablemente sangre oscura, profunda, la lengua se le salía como un brazo morado de la boca. ¿Y qué creen? Pues que casi me descubre doña Sofi, porque de repente se acercó a la ventana, la abrió y tiró la botellita con el antiveneno ese, chico, sólo para que Franklin continuara como una fiera enjaulada sus trancazos que fueron disminuyéndose a ratitos, hasta que ya no se oyó nada. En ese momento decidí correr hasta el Tiquisate para contarles lo sucedido.

El 17 de junio de 1954, el hijo de John Peurifoy, embajador de Estados Unidos de América en Salaragua, irrumpió violentamente en la Embajada y le gritó a su madre con voz entrecortada:

—Mamá, mamá, suspendieron las clases porque hoy a las cinco de la tarde habrá un golpe de Estado.

El día anterior, cerca del atardecer, una pandilla de 150 emigrados salaragüenses y mercenarios de diferentes países centroamericanos, encabezados por Carlos Enrique Castillo Armas, un prófugo de la justicia, había cruzado la frontera hondureña con el propósito de derrocar el gobierno constitucional de Jacobo Arbenz Guzmán y liberar, según él, a su país de la opresión comunista. A su juicio, la Unión Soviética pretendía establecer una avanzada en el hemisferio occidental a través del engaño, la intriga y el terrorismo. Arbenz no era sino una herramienta para lograr ese objetivo. Castillo Armas y sus huestes se proponían devolverle a Salaragua el lugar que le correspondía en el Mundo Libre. Contaban desde luego con el apoyo y la bendición del jefe de la Casa Blanca, del secretario de Estado, del director de la CÍA y con el embajador Peurifoy.

Lo que sucedió en los siguientes diez días fue todo menos un glorioso triunfo militar. Castillo Armas esperaba encontrarse con multitudes de salaragüenses dispuestas a prestar incondicionalmente sus servicios en esa inestimable causa patriótica. No tuvo la menor acogida popular. Nadie lo aclamó a su paso ni le prestó ayuda. No pudo reclutar ni un solo salaragüense para reforzar sus filas, demasiado débiles y escasas, por otro lado, como para enfrentarse a las tropas del gobierno o intentar siquiera acercarse a la capital de la República. Ante la manifiesta falta de apoyo, el ejército liberador optó por acampar en la iglesia del Cristo Negro, a seis millas de la frontera y esperar a conocer desde esa posición la marcha de los acontecimientos, de acuerdo a las instrucciones norteamericanas.

La CÍA anunció tímidamente a la prensa los avances de *una pequeña armada de liberación, ciertamente insignificante*¹²⁶. El Departamento de Estado manifestó a través de un boletín *su gran esperanza en el sentido de que el pueblo salaragüense finalmente haya empezado un movimiento en contra de su gobierno*¹²⁷. Tan pronto se instaló Castillo Armas en Esquipulas, pidió la rendición incondicional de Arbenz, y en lugar de avanzar, en términos de las instrucciones recibidas, se sentó a esperar a que la CÍA se encargara del resto del trabajo, pretextando que la temporada de lluvias no le había permitido reclutar el personal necesario y suficiente como para emprender la marcha rumbo a Managua.

Jacobo Arbenz condena a McCarthy, a los hermanos Dulles, a Eisenhower y a Peurifoy, a todos los inquilinos de la Casa Blanca desde su fundación, a los invasores de México en 1847, 1914 y 1916, a William Walker, a los Polk, a los Roosevelt, a los Taft, a los Knox, a los Wilson y a todos los malditos marines, pistoleros del capitalismo. Los condena por haber invadido Cuba, la República Dominicana, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Haití, la Gran Colombia y Panamá. Maldice a los gorilas apoyados por Estados

Unidos y la traición sin nombre en contra de sus pueblos. Sabía que Peurifoy venía a derrocar, lo sabía y también lo sabían en la Casa Blanca, en el Departamento de Estado y en la CÍA. Por eso se negaron a removerlo. Tantas veces pedí su cambio. ¡Ay! Castillo Armas, te sacaré los ojos con todas las bayonetas salaragüenses.

Al día siguiente de la invasión, Toriello, secretario de Relaciones Exteriores de la República de Salaragua, manda telegramas urgentes al presidente en turno del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, nada menos que un importante accionista de la United Fruit, el señor embajador de Estados Unidos ante dicha organización don Henry Cabot Lodge¹²⁸, y al propio John Foster Dulles, revelando «la existencia de una agresión armada contra su país desde Honduras y Nicaragua instigada por poderosos monopolios extranjeros que habían sido afectados por la política progresista de su gobierno». *El Consejo de Seguridad*, insiste el canciller, *debe tomar las medidas necesarias para preservar la paz y la seguridad internacionales en esta parte del continente*. El embajador Lodge recibe instrucciones del Departamento de Estado para desechar la petición y remitirla ante los órganos de consulta competentes. Arbenz desespera. Instruye asimismo a Alfredo Chocano, encargado de Asuntos Extranjeros en Washington, para que promueva una reunión de emergencia del Comité Interamericano de Paz de la Organización de Estados Americanos, para contener la agresión en contra de Salaragua. El presidente de la República convoca una rueda de prensa: desde 1953 he insistido en que se prepara una invasión en contra de mi país, he denunciado la invasión y a los conspiradores y he tenido por respuesta la indiferencia y el silencio.

Ike se opone por todos los medios a que la solicitud del gobierno de Salaragua fuera siquiera incluida en la agenda del Consejo de Seguridad. Se trata, insiste, de una disputa privada entre Arbenz y Castillo Armas, no un conflicto internacional que deba ventilarse en la ONU. Es un típico problema doméstico, local, sin ninguna trascendencia exterior. Si acaso, el asunto debería ventilarse ante los órganos de consulta de la OEA, en donde, confiesa a Foster Dulles, somos los amos y aseguraremos la votación en los términos que sean procedentes. Garantízate que la ONU no conozca este asunto. Por su parte, el secretario de Estado ordena a sus embajadores acreditados ante los gobiernos de Honduras y Nicaragua la exclusión de la petición salaragüense aun de los órganos de consulta de la OEA, y del Comité Internacional de Paz, cuyos miembros comparten los puntos de vista de Estados Unidos.

Toriello cita personalmente a Peurifoy para manifestarle verbalmente:

—Es falso que se trate de una guerra civil. Usted lo sabe mejor que nadie. Ese argumento tramado desde la Casa Blanca lo pretenden utilizar ustedes para impedir nuestro acceso a los organismos internacionales al calificar una invasión flagrante y descarada como una revolución más de las muchas que se dan en las zonas bananeras. No es un problema doméstico, Peurifoy, es un crimen el bloqueo diplomático que ahora ejecutan en contra nuestra para que no seamos oídos en el exterior mientras nos aplastan impunemente. Es un ataque, Peurifoy, un ataque internacional. Tenemos las pruebas necesarias para convencer aun al más iletrado. No es un conflicto doméstico encuadrado dentro de los Acuerdos de Caracas, urdidos por ustedes como parte de un plan para derrocar a mi Gobierno y silenciar para siempre nuestra voz.

— ¿Debo entender esta denuncia como un rompimiento de las relaciones tradicionalmente cordiales entre nuestros países?

—Haga usted el favor de abandonar mi oficina —contestó el canciller críticamente.

Arbenz y Toriello logran convencer a Francia y a la Gran Bretaña de la necesidad inaplazable de incluir el caso salaragüense en la agenda del Consejo de Seguridad y restablecer la paz. Los representantes de ambos países se pronuncian a favor de cualquier propuesta constructiva en ese sentido. Los aliados de Estados Unidos votan a favor de la inclusión. Hay un gran festejo en el interior del Palacio Nacional de Salaragua. Toriello había manifestado que la jurisdicción de la OEA era voluntaria y no obligatoria y que por lo demás los artículos 34 y 35 de la Carta de la Organización de las Naciones Unidas establecían el derecho de cada miembro de llevar a la ONU cualquier disputa que pudiera conducir a una fricción internacional.

Arbenz convence. Sería oído en la ONU. La figura ecuestre de Simón Bolívar parecía recién estrenada. Ni una sola paloma había ensuciado aquel día la famosa escultura. Los gritos de Ike en la Casa Blanca llegan al otro lado del Atlántico. Hemos sido muy amables con nuestros aliados, tronó furibundo. ¿Cómo se atreven a oponerse a nuestros planes? ¿Yo ayudo a los ingleses en Chipre y ahora ellos no pueden ayudarme en el caso de Salaragua sino que todavía votan en contra nuestra y meten su nariz en asuntos de la absoluta incumbencia de este hemisferio? ¡Dulles!, que venga Dulles ahora mismo. Eisenhower parecía reventar por los costados. El día veinticinco de junio llegaban a Washington Anthony Edén y Churchill. Dulles tendría que decirles a ambos al bajar del avión que si insistían en apoyar el caso salaragüense, Ike por su parte se vería forzado a *tomar igualmente una posición independiente en el caso de Egipto y África del Norte que tanto les preocupa a nuestros aliados*¹²⁹. Cuando se produce una nueva votación el caso salaragüense fue excluido desde luego de la agenda del Consejo de Seguridad por margen de un voto¹³⁰. Washington quería títeres no aliados. Francia y Gran Bretaña se abstuvieron a pesar de sus promesas para que Estados Unidos lograra el desechamiento final del asunto. Henry Cabot Lodge insistió en su discurso en la validez de la OEA como el foro diplomático adecuado para analizar el asunto. Negó que su gobierno tuviera algo contra el de Arbenz y que fuera necesaria la visita de un grupo de observadores ajenos al conflicto, porque no era conveniente intervenir en los asuntos internos de otros países. Desechó el argumento apoyado en que la United Fruit, Honduras y Nicaragua estuvieran involucradas en cualquier forma, que Dulles fuera capaz de hacer algo ajeno a su deber y a sus facultades legales. Confirmó que Ike era un gran hombre, el conductor del ejército triunfador en la Segunda Guerra Mundial en contra del nacionalsocialismo, que el jefe de la Casa Blanca había demostrado con cada hecho y cada palabra, desde que era un chamaco en Kansas, que siempre había estado del lado del hombre débil que luchara honestamente por ganarse la vida. Una vez cerrado y concluido el caso, todavía amenazó con su dedo flamígero al representante de la Unión Soviética:

—Manténganse fuera de este hemisferio y no traten de iniciar sus planes y conspiraciones aquí.

El embajador soviético proyectó por respuesta una fina sonrisa cargada de asco.

El secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarsjold escribió a Cabot Lodge: *ha posición asumida por Estados Unidos en el caso de Salaragua podría tener serias consecuencias en el futuro de la organización*¹³¹.

Se gana una y otra batalla diplomática. La euforia hace por primera vez acto de presencia en los cuarteles generales de la CÍA Sin embargo, el P. B. SUCCESS empieza a tropezar y a dar señales de un estrepitoso fracaso. Castillo Armas permanece a un lado de la frontera, atemorizado por no haber podido reclutar el suficiente número de soldados mercenarios. Justifica su inmovilidad ante los agentes de la CÍA en razón de la presencia de las lluvias, cuando en realidad se sabía un blanco fácil para la aviación salaragüense en el evento nada remoto de que el alto mando de Arbenz decidiera una incursión aérea sobre su campamento rebelde. Bien sabía él que con ciento cincuenta hombres y ciento cincuenta agentes de la CÍA, acreditados en la Embajada norteamericana como *personal de asuntos comerciales*, no podría tomar ni siquiera un insignificante resguardo aduanal fronterizo. Surgen las primeras dudas respecto a la capacidad de Castillo Armas. Ike manifiesta a Foster Dulles que él esperaba un golpe de Estado sin batallas militares ni hechos de sangre y que si llegaran a darse, Estados Unidos en ningún caso mandaría tropas para reforzar a Castillo Armas, quien tendría que valerse por sí mismo abandonado a su propia suerte. Intervendremos solamente a través de los bombardeos nocturnos en centros urbanos densamente poblados como la ciudad de Managua, con los pilotos que hemos contratado al efecto. Aprovecharemos a su máxima capacidad la frecuencia de radio Voz de la Liberación y abasteceremos de dinero para sufragar los gastos y la nómina de los mercenarios, pero por ningún concepto practicaremos una invasión directa ni mandaré a los marines ni a nuestros muchachos a una guerra que debo ganar psicológicamente.

Si la clave del problema, el factor de control, continuó Eisenhower, es la lealtad de las fuerzas armadas a Arbenz, manipulémoslas, engañémoslas, como señaló el tal Barnays de la United Fruit, hasta hacerlas dudar de su propia sombra. Intimidemos al ejército y al gobierno, hagámosles sentir que en cualquier

momento se producirá un desembarco norteamericano mayor que el de Normandía; que pronto habrá en Salar agua más soldados yanquis que habitantes pueda tener esa República bananera. Asístenlos, como dijimos desde un principio en las reuniones con los directivos de la United Fruit, aterricen a la población, háganlos estremecerse del miedo, que se caguen en la calle por el pánico al bombardeo, impresionenlos con una fuerza inexistente a las órdenes de Castillo Armas, digan que es invencible, que tiene tanques, morteros, submarinos, bombas atómicas a pasto y mil arsenales a su disposición. El pavor debe ser nuestro aliado. Sólo necesitamos de un impacto político inteligente para vencer. Eviten un choque de fuerzas porque desde luego perderemos. Espanten a esos cobardes, enséñenles la boca de uno de nuestros cañones. ¡Por Dios!, yo nunca le di a Roosevelt ni a Truman malas noticias y no era una guerra a platanazos, señores. A ver si hay profesionalismo y seriedad antes de que yo me tenga que ocupar del asunto personalmente. ¿Saben ustedes lo que es un *Bluff*? ¿Saben lo que es una guerra de nervios? Pues, ¡a trabajar! Si Castillo Armas no se mueve, muevan ustedes aunque sea el culo.

Los aviones F-47, lentos y pesados, abastecidos de combustible y municiones desde los aeropuertos de Honduras y Nicaragua, empiezan entonces una interminable cadena de bombardeos sobre la ciudad de Managua dos días después de la invasión. La CÍA sustituye las bombas convencionales por cócteles Molotov, cartuchos de dinamita y un par de granadas firmemente amarradas al nuevo artefacto. Necesitamos algo que *haga mucho ruido, que explote muy fuerte*, aun cuando no tenga un gran poder destructivo. Que produzca incendios lo suficientemente impresionantes para aterrorizar a estos conejitos bananeros. Ike dijo que los salaragüenses deberían cagarse del miedo y puedo jurarles que se cagarán. Si Hernán Cortés dominó a los indios con la magia explosiva de la pólvora y los impresionó hasta ponerlos de rodillas de pánico, repetiremos la historia, porque los caníbales nunca aprenden. La población civil de Salaragua humorísticamente identificó como *laxantes*¹³² a las miles de bombas que a diario se precipitaban sobre la capital de la República, en razón del efecto devastador y debilitador que producían en la población, en particular ésta, que sólo había sabido de los bombardeos urbanos a través de documentales cinematográficos proyectados en las salas públicas del país. En efecto, la gente se cagaba de miedo.

Los bombardeos se amplían a los desfiles oficiales, a parques públicos, a edificios del gobierno, a depósitos de municiones, a objetivos estratégicos. Jerry Delarm, el más audaz de los pilotos norteamericanos bombardea exitosamente las reservas de petróleo del gobierno. Recibe las más altas condecoraciones por este hecho. No habían transcurrido sino cinco días de la invasión y ya parecía toda una eternidad. Radio Voz de la Liberación difundía la certeza de los bombardeos y la toma de un pueblo, de dos, de una ciudad tras otra, de más territorios. Ahora medio país. Describía con precisión asombrosa el avance rebelde mientras que Castillo Armas, inmovilizado por las lluvias, postrado de hinojos, en la iglesia misma del Cristo Negro, pedía a Dios el triunfo de su causa y el advenimiento de la justicia divina.

Barnays crea un *jingle*, una tonada contagiosa propia del ingenio del maestro. La gente lo memorizará con sólo oírlo, empezará inclusive a tararearlo inconscientemente. Es tan pegajosa la música que el propio Arbenz en cualquier momento la cantará en la regadera.

*Venceremos, venceremos, venceremos,
la verdad debe imponerse,
los comunistas deben largarse,
venceremos, venceremos, venceremos.*

Las transmisiones de radio nativas son bloqueadas para que sólo pueda ser escuchada la Voz de la Liberación. El presidente de la República trata de llegar por todos los medios a un acuerdo con Eisenhower. Pide un arbitraje internacional para concluir el conflicto con la United Fruit. Exige la presencia de un grupo de observadores internacionales para demostrar a la opinión pública mundial la realidad de la situación. Dicta conferencias de prensa, denuncia la invasión ante los organismos internacionales, acusa a los intereses

monopólicos extranjeros y al gobierno de Estados Unidos. Solicita a través de los más diversos canales diplomáticos una entrevista privada con el jefe de la Casa Blanca, pero Ike estrena maderas y fierros nuevos. Con éstos ganará por lo menos veinte yardas de distancia, señor presidente. ¡Pruébelos! No escucha a nadie cuando pierde el toque en el *green* con un nuevo *putter*. Balancéelo, señor presidente, balancéelo para que controle mejor el bastón. Bien, bien, perfecto, otra vez. Ahora no apoye el dedo índice en la varilla, afloje el *grip*, puede usted desviar la bola y sacarla de su trayectoria.

La Voz de la Liberación causa estragos iguales o similares a los laxantes dejados caer del cielo a lo largo de los bombardeos. Toda Salaragua, en particular Managua, habla de lo mismo. Si avanzan o no avanzan, si ya mañana empezarán a llegar a los suburbios, son cinco ejércitos, qué va, mil ejércitos armados perfectamente. ¿Cuántas cosas habrá hecho Arbenz desconocidas por nosotros que justifican una invasión internacional de semejantes proporciones? Toda Centroamérica está en contra de nuestro país. ¡Mentiras! y sólo mentiras. Todo esto está armado por los yanquis porque les expropiamos cientos de miles de hectáreas de su maldita Frutera. No caigamos en el engaño. Todo esto es un truco. A nosotros nos toca desenmascararlos. ¿Los bombardeos también son un truco? ¿eh? ¿Las transmisiones de radio son producto de nuestra imaginación? ¿El incendio y la destrucción de media ciudad es una fantasía de Hollywood? Por favor, estamos invadidos hasta la nariz y eso es una realidad. ¡Cierto!, entonces cerremos filas alrededor de Arbenz. Podremos ignorar una parte de la verdad, pero la otra la conocemos, ese hombre no ha hecho sino tratar de recuperar lo que es nuestro, o dime tú, chico, si alguna medida tomada por él te ha perjudicado en lugar de beneficiarte. Cuando veas que alguien es agredido, revisa la lista de sus enemigos y de los afectados y encontrarás una explicación.

Arbenz empieza a tomar decisiones desesperadas. Manda cortar la luz para que nadie pudiera escuchar la Voz de la Liberación. Cuando Barnays conoce la noticia se frota las manos y sonríe con la mueca que le hiciera acreedor a su famoso apodo, el Demonio: ahora verán de cerca el espectáculo que más se parece al infierno. Las noches sin energía eléctrica aumentan aún más la tensión. El ulular de las sirenas, el toque de queda a través de las campanas de las parroquias vecinales, el estallido particularmente estruendoso de las bombas, las luces relampagueantes de las baterías antiaéreas del gobierno republicano, el incendio por doquier, los ayes de dolor, el resplandor de las detonaciones en la más absoluta oscuridad podía haber horrorizado a cualquier londinense, a un berlinés, sí, pero a un salaragüense ajeno a una conflagración de semejantes proporciones y a estos fenómenos propios del mundo libre no podían sino destruirlo en sus cimientos.

La CÍA advirtió por su parte a través de la Voz de la Liberación, captada ahora solamente por particulares con planta de luz propia, accionadas con gasolina, que tan ya dominaba Castillo Armas el movimiento que él mismo había mandado cortar la luz. Soltaron más rumores, más embaucos, mentiras y noticias sensacionalistas. Se derramaban en los cafés, en las plazas públicas totalmente alteradas y exageradas de como habían sido escuchadas, en las oficinas, bancos y cafés. Solo *Azúcar Amarga* subsistía como medio de opinión. Furtivamente, conocedor de la maniobra, trataba aun con ediciones especiales de gritar la verdad, llamar al orden, exigirlo, no dejarse llevar por el engaño, reaccionar ahora que todavía quedaba algo de tiempo. No se dejen llevar por el pánico, razonen, si fueran tan poderosos ya habrían hecho descender brigadas y más brigadas de paracaidistas. Habríamos visto a sus flotas en nuestros puertos, podríamos confirmar el avance de las tropas rebeldes, pero ningún pueblo ha caído, ni el menor villorrio ni el más humilde caserío ni hemos visto todavía a ningún soldado extranjero hablando inglés.

El 25 de junio, en la madrugada, un comando secreto instaló doce bombas de alto poder en las rotativas del periódico y en cada una de las esquinas de la casa donde se encontraba instalada. Un minuto después volaba por los aires con tinta, impresoras y papel. Se destruyeron los vidrios de tres manzanas a la redonda a raíz de la pavorosa explosión. La Voz de la Liberación comentó que el pueblo ya estaba saturado de tanta mentira y por lo tanto había decidido cerrarle la boca a esos malditos impostores comunistas y destruir las instalaciones de los enemigos de la evolución y del progreso de la humanidad.

¿Y si Arbenz decidiera llevar a cabo una inspección aérea para conocer la realidad de la situación y el grado de penetración de las fuerzas invasoras? La CÍA se adelantó a esa posibilidad. Empezó a pasar al aire entrevistas de pilotos soviéticos que habían huido en sus aviones a Europa Occidental. Ellos encontraron la felicidad, la dignidad, el bienestar material, la libertad en todas sus facetas, libertad para trabajar, para mudarse de domicilio, para expresarse a su gusto y asociarse con quien juzgaran más conveniente sin necesidad de que el Estado se quedara con sus ganancias y con el producto de su esfuerzo. Animaban a los miembros de la Fuerza Aérea salaragüense a desertar con sus aviones. Funcionó. Un piloto salaragüense se fugó y aterrizó en un aeropuerto de Florida en donde pidió de inmediato el asilo político. Los agentes de la CÍA lo invitaron a tomar una y otra copa, una más y otra para tranquilizarlo. Cuando estaba listo le hicieron contar su aventura y la justificación de su exilio. Grabaron la conversación. Editaron a su gusto el *programa* y lo lanzaron al aire en Salaragua con un éxito por demás notable: Arbenz prohibió en ese preciso instante que un solo aparato de su fuerza aérea, con el cual podría haber descubierto la realidad del programa de la CÍA, despegara sin su autorización expresa. De esta forma se podría haber revelado la ubicación del campamento de Castillo Armas para hacerlo añicos junto con la torre radiodifusora. El complot en su contra hubiera quedado totalmente al descubierto. Anuló entonces la más sólida de sus facultades de defensa, otra decisión equivocada de fatal trascendencia.

Arbenz se desintegraba. El ruido de las ametralladoras, las bombas, su ignorancia respecto a la realidad militar de sus opositores, la guerra de nervios tan desgastante, las incesantes noticias derivadas de las transmisiones de la Voz de la Liberación, que él mismo ya escuchaba en forma adicta, las informaciones contradictorias, el ahí vienen, yo mismo los vi esta mañana, el derramamiento masivo de sangre, el insomnio ahora ya prolongado durante casi nueve días, la desconfianza creciente de quien le rodeara, en especial si era miembro del ejército, la amenaza de destrucción de su país, su impotencia, el temor al daño físico en cualquiera de sus seres queridos y el miedo a quedar convertido en cenizas si una bomba tenía el buen tino de caer a su lado, en conjunto, en general, lo obligaron a tomar otra determinación, ésta sí de irreversibles consecuencias: Ordenó la distribución de armas a obreros y campesinos. Le retiró la confianza al ejército que se había mantenido leal a la causa. Grave error. Las fuerzas armadas no pudieron superar el golpe ni la traición. Nosotros estamos hechos y capacitados para la guerra. A nosotros nos toca empuñar las armas en primer término. Somos la primera reserva. ¡Pónganos a prueba!, señor presidente, vayamos al combate, enfrentémonos a Castillo Armas. Aquí, ahora mismo o donde se encuentre. Midamos fuerzas. Vayamos al campo del honor. Ningún país centroamericano tiene nuestra fortaleza militar. No nos dejemos vencer sin luchar. Si hemos de entregar el poder, antes entreguemos la vida. Eche usted mano de nuestra infantería y de nuestra aviación y cuando no quede un solo soldado de pie ni un avión de los nuestros en los aires, arme a quien usted desee o actúe como mejor convenga a los intereses de la nación. Pero mientras estemos aquí, nosotros, con nuestros uniformes de gala impolutos, no permitiremos que un solo campesino pierda la vida ni que defienda lo que por ley y de acuerdo al código de conducta militar y a nuestra moral nos corresponde hacer a nosotros en primer término. Esto entiéndalo como usted quiera. ¡Así de claro! Si les entrega a los campesinos o a los obreros una bala, un cartucho o un simple perdigón, usted y nadie más que usted deberá vérselas con nosotros en el terreno que usted disponga. El ejército estará de su lado mientras usted como nuestro jefe supremo respete nuestras funciones y acepte la justificación de nuestra existencia. Por favor, no nos orille a dar un paso que ninguno de nosotros queremos dar. Estamos a sus muy apreciables órdenes.

Arbenz pensaba que si se la jugaba con el ejército tarde o temprano cualquiera de sus integrantes podría pronunciarse por un golpe de Estado. Empezar una batalla con ellos era suicida. De sobra conocía el concepto de lealtad de los militares. El presidente de la República se equivocaba en esta ocasión de cabo a rabo. Las fuerzas armadas salaragüenses estaban dispuestas en su gran mayoría a defender palmo a palmo cada metro de terreno ganado desde el punto de vista geográfico, político, económico y social. El alto mando y los niveles intermedios de la jerarquía castrense estaban convencidos de la generosidad y de las buenas intenciones del gobierno revolucionario. Él encarnaba la esperanza más saludable, la más promisoría, la mejor posibilidad y representaba los más caros ideales, el gran sueño dorado de los salaragüenses. Después de todo, ellos también tenían derecho a tener fantasías. Estuvieron del lado de

Arévalo y salieron airoso de casi cuarenta intentonas de derrocamiento sumadas a otras tantas durante el gobierno de Arbenz. La posición era genuina, la prueba era sólida. Había elementos para suponer fidelidad, honradez y nobleza. El jefe de la nación no confió en ellas. Al prescindir de las fuerzas armadas se colocó un grueso dogal en el cuello.

Furtamantes llega de Nicaragua precipitadamente. Ya en Managua se dirige de inmediato al Palacio de Gobierno. Presiente el desastre con sólo ver la estatua ecuestre de Simón Bolívar. Llevaba sucia muchos días, como producto de un descuido, inexplicable. Bien pronto las palomas, incluidas las de la paz, la habían dejado irreconocible. Se presenta en traje de campaña ante el presidente de la República. Lo encuentra demacrado, temeroso, con la mirada extraviada, totalmente escéptico e indefenso. Se dice una y otra vez víctima de un poder avasallador, declara insistentemente la incompreensión del gobierno americano. Llama cobardes a Eisenhower, a los hermanos Dulles; arbitrario, como todos los embajadores yanquis, a Peurifoy; etiqueta a los funcionarios de la CÍA como los bárbaros del siglo XX; habla de una invasión inminente con todas las flotas, incluida la del Mediterráneo, de la marina de guerra de Estados Unidos. ¡Horror! Todo por unos plátanos, Ricardo, si no los tuviéramos jamás nos hubieran intervenido como ahora. Los yanquis son como las moscas, vuelan gozosas encima de la comida con las patas llenas de mierda. Lo que tocan, lo contaminan. Adiós promesas, adiós libertad, adiós recuperación, adiós dignidad. Nunca saldremos de nuestros orígenes. Jamás viviremos a la altura misma del hombre.

—Sí —repuso Furtamantes—. Todo eso es muy cierto —agregó mientras se golpeaba insistentemente la mano izquierda con la cuartelera—. Sólo que en este momento no pasa de ser literatura barata. Ya todos sabemos lo que son los gringos, los Keith, los Dulles, los Eisenhower, los Truman. Eso ya no es ninguna sorpresa. Los conocemos de sobra. Olvídate ya de todo eso y juégatela, Jacobo, juégatela —repitió al tiempo que empezaba a caminar agitadamente de un lado al otro del despacho que Trubico había habitado por espacio de doce años.

—Jugármela a estas alturas, ¿cómo? —preguntó el presidente ya sin ánimos de hablar.

—Juégatela con el ejército. Ahí ya no tenemos nada que perder. Si nos traicionan armaremos al pueblo, pero antes ponlos a prueba, que demuestren la lealtad que tanto pregonan al gobierno, exhibelos internacionalmente en su defecto, enséñale al pueblo que fueron traidores, son traidores y seguirán traidores, pero juégatela —le suplicó a un Arbenz deprimido, dispuesto a no luchar.

En ese momento Furtamantes sintió traspasado el cuello, una descarga frente a un pelotón de fusilamiento no le hubiera causado tanto impacto:

—Voy a renunciar, Ricardo, ya todo es inevitable. Estamos rodeados, copados, invadidos. Las ciudades caen una tras otra y yo quiero evitar el derramamiento de sangre a como dé lugar.

Furtamantes tiró la cuartelera rabiosamente al piso:

— ¿Que vas a qué...?

El presidente de la República humilló la cabeza. No se atrevió a repetirlo ni a buscar la mirada del famoso periodista.

— ¡Contesta!

Arbenz se concretó a negar con la cabeza en absoluto silencio.

—Éste es un juego de hombres, Arbenz —tronó Furtamantes llamando al jefe de la nación por su apellido—. Si Estados Unidos quiere tu cabeza, debe venir por ella, en toda la extensión de la palabra. Este país prefiere un presidente muerto que derrocado y corrido como a una sirvienta. Si el precio es la vida, pues ¡la vida!, carajo. Somos una generación diferente, ¿o no? —exigió incontenible—. Que te saquen, pero muerto, Jacobo. No hay renuncia que valga. Si realmente queremos impedir que Estados Unidos patrocine golpes de Estado no es renunciando como lo vamos a lograr. ¡Hazlos que metan las manos en la sangre!

¡Promovamos una carnicería! Una verdadera masacre. ¡Encuerémoslos frente a los ojos del mundo! Sí, Jacobo —insistió gritando ya abiertamente—. Que les cueste caro. Tú no eres ningún Trubico no por lo menos que yo lo sepa. Enseñémosles que no nos pueden cachetear impunemente y largarnos de nuestros países ni de nuestras instituciones con una patada en el culo.

— ¿Un baño de sangre?

—Sí, Jacobo, a eso he venido a invitarte.

—No hay nada que hacer, Furtamantes.

—Sí hay, Jacobo. La gente está de tu lado. Los campesinos están dispuestos a defender con la vida la expropiación que tú hiciste. Ellos sí están dispuestos a jugarse el todo por el todo al igual que los obreros. ¡Ármalos si no, de acuerdo con el ejército! Hay todo por hacer, es más, todavía no hemos comenzado. No es el momento de rendirse.

—No hay nada ya que hacer, entiéndelo —repitió Arbenz como si ya no escuchara a Furtamantes, quien perdió los estribos.

—Por eso nos mangonean los yanquis, porque saben que entre todos nosotros no se hace uno. Porque saben que para derrocarte no irán más allá de una escaramuza y que saldrás como un conejo asustado a tu madriguera lleno de dólares.

—Yo no soy ningún ratero —reaccionó finalmente el presidente.

—No, ratero, no, lo que tienes de honrado lo tienes de cobarde, ¿me has oído?

—Sal de mi oficina en este momento —rompió el presidente su silencio como en los mejores tiempos.

—No te acobardes ahora, Jacobo, es ahora cuando necesitamos lo mejor de ti. Todos veíamos venir este momento. ¡Ánimo! —todavía agregó con los ojos inyectados sin moverse de su lugar. —He dicho que salgas de mi oficina —insistió el presidente con un timbre de voz que delataba al hombre disminuido, destruido. —Habrás de sacarme por la fuerza y arrastrado, porque no me iré ni muerto, ¿entiendes? Ni arrastrado permitiré que te vayas hasta que acabes de oírme —exigió Furtamantes cuando Arbenz intentaba retirarse—. Si alguien entra le disparo y aquí acabamos todo. No quiero trucos, Jacobo.

— ¿Pero con quién crees que estás hablando? ¿Con un tirano de esos que fuiste a matar y no mataste ni a uno? —increpó Arbenz con escasa energía.

—No te defiendas con un ataque nuevamente cobarde. Bien sabías que estudiar los movimientos de toda esa gente lleva su tiempo y yo estaba dentro de lo programado —repuso el periodista más iracundo aún. En cualquier momento llegaría a las manos.

—Sí, claro, tú y tus disculpas de siempre: de matarlos se trataba, ¿no? Vida contra vida, ¿no? —inquirió el presidente en plan burlón—. Los podías haber agarrado en cualquier desfile o acto público, inaugurando burdeles, que es lo único que saben hacer, ahí, en cualquier momento, tu vida contra la de ellos. ¿No nos lo dijiste a Arévalo y a mí hasta el cansancio? ¿Qué pasó entonces? ¿Te asustaste?

Se hizo un espeso silencio. Una tregua repentina, amenazante, daba tiempo en apariencia al acomodamiento de las ideas. Furtamantes clavó la mirada en el rostro demacrado del presidente. Su palidez era alarmante. El periodista no salía de su asombro. Nunca imaginó semejante agresión. Él que se sentía comprendido a la distancia. Tanto habían discutido una y otra vez en presencia de Arévalo la conveniencia de masacrar a los tiranos, desaparecerlos de una buena vez y para siempre de la faz de la tierra. Extinguir su ejemplo nocivo, borrarlos, olvidarlos, encerrar su recuerdo en la caja más negra de la historia. Pasar por las armas a quien se hiciera del poder por la fuerza constituía la segunda alternativa acordada. La primera desde luego consistía en la difusión de las ideas, de los principios políticos y filosóficos, alterar el caldo de cultivo donde se gestaban semejantes antropoides. La pinza, claro, la pinza: unos combatirían con argumentos, con

razones, otros con las manos, o con lo que tuvieran a su alcance. Se trataba de una carrera contra el tiempo. Cualquiera de ellos podía caer a su vez asesinado por los titulares de tantos derechos afectados. Los enemigos a vencer eran imponentes. ¿Quién podía con la CÍA? ¿Quién con el ejército americano o la policía secreta de los tiranos o la Guardia Nacional o su legión de espías? ¿Cuánto tiempo tardarían en florecer los conceptos democráticos en un país poblado en un ochenta por ciento de analfabetos? ¿Cuántos si la dictadura había clausurado las escuelas? ¿Balea a los dictadores? ¡Sí!, al fin y al cabo la obra escrita de enorme contenido político y social ya estaba redactada para preparar a las siguientes generaciones. Llevamos quinientos años de represión. Estamos hartos. ¿Qué más daba ofrendar la vida a cambio de la de los tiranos pero también a cambio de la libertad? Si alguien, como Arévalo, seguía sembrando ideas bien pronto cambiaría el panorama, entre ambos alterarían el rumbo, el destino, la inercia. Claro que las grandes batallas sociales se ganaban con ideas. Sí, claro que sí. Claro que las armas no constituían en términos generales remedios definitivos, desde luego que no. Sólo que dejarse matar por cualquiera de los Trubicos que gobernaban el mundo era una torpeza, una oportunidad que no debía concedérsele a ningún usurpador. Combatimos, antes que nada, con la razón, y a la razón, nuestra razón, la dictadura opuso las balas; nosotros opusimos la guerrilla y también las balas para no permitir que decapitaran nuestro movimiento ni nuestras aspiraciones. Hoy peleamos con cualquier arma a nuestro alcance si de democracia se trata. Arbenz, el pobre Arbenz, no había entendido absolutamente nada.

—Mi vida vale más que las de todos ellos juntas. Ahora me demuestras que no tienes temple ni carácter para ocupar este puesto. Buscas ideas y echas mano de recursos para defenderte sin ninguna sustentación cuando te sabes perdido. Yo estoy en lo correcto y tú estabas al tanto de mis planes en Nicaragua. Tus acusaciones son las de una prostituta mal pagada.

Arbenz saltó decidido a golpear a Furtamantes, pero se detuvo al instante. Todo era para él inútil.

—Tócame, qué mejor pretexto podrías darme para desahogarme. Has traicionado un movimiento histórico. Eres una vergüenza nacional. Me arrepiento de haber invertido mi tiempo en apoyarte...

— ¿Qué hago, Ricardo? ¿Qué hago cuando tengo a toda la flota americana anclada en Puerto Barrios? —preguntó el presidente con repentina honestidad.

— ¡Falso!, Jacobo. ¡Falso! En Puerto Barrios no hay ni una lancha torpedera yanqui. Mucho se han cuidado de esconder la mano. Te han engañado. Nadie nos ha invadido. Te han equivocado con el rumor, el chisme, la calumnia de la Voz de la Liberación —arremetió a fondo Furtamantes al entrever alguna luz de esperanza—. Todo esto es un golpe publicitario. Lo vi a mi regreso de Nicaragua. Te juro que no encontramos un soldado extranjero. Nuestros campos están en paz, Jacobo, créemelo por lo que más quieras —suplicó Furtamantes desesperado.

—No sabes lo que dices —repuso Arbenz y se volvió a sentar para repetir la misma letanía—. No hay nada que hacer.

—La gente está dispuesta a seguirte hasta el fin, Jacobo. No le pierdas ahora la fe. No los subestimes. Emprende una cruzada por la defensa de la libertad. ¡Déjalos que se defiendan! Los campesinos beneficiados por la revolución y por la reforma agraria claman por armas para detener la invasión. Hay milicias obreras y campesinas improvisadas, desarmadas o armadas con machetes, palos y escopetas, listas para ofrecer resistencia, Jacobo, entiéndelo. Compruébalo tú mismo. En ningún otro momento de nuestra historia había existido en el pueblo una mayor disposición para luchar. Sal a ver cómo la gente vigila carreteras, monta guardia en puentes, estaciones y puertos. Están dispuestos a jugarse el todo por el todo, Jacobo. No eres tú quien va a fallarles ahora. Los estudiantes están organizados en brigadas de voluntarios y esperan las armas para defender al país y a su revolución. Aprovecha el apoyo de tu pueblo. Es el máximo valor con que puede contar un gobernante y tú lo desperdicias quién sabe por qué razón...

— ¿No supiste que ya tomaron treinta o cuarenta pueblos? —inquirió escéptico el presidente.

— ¡Mentiras y más mentiras! No hemos sido invadidos, Jacobo. Manda una patrulla aérea de

reconocimiento y verás que Castillo Armas no ha pasado de la iglesia del Cristo Negro y no ha podido tomar con sus hombres ni una triste aduana fronteriza.

—Lo dices para convencerme —exclamó ya inconvencible Arbenz—. ¿Qué no sabes que se roban nuestros aviones y van a pedir asilo a Estados Unidos nuestros héroes con los que voy a defender la causa?

—Ese fue uno solo, que de buena gana sus propios compañeros lo pasarían por las armas. Tú cuentas con las mayorías y éstas creen en ti, Jacobo, en tu virilidad, para estar a su lado. Ve con ellos, súmate como un soldado más, enséñales a los yanquis cómo muere un pueblo con dignidad, cómo muere con honor un verdadero presidente electo por los salaragüenses para defender y hacer defender nuestra Constitución, Jacobo. Cuando sepan que una invasión les costará muchas vidas norteamericanas y que para imponer un nuevo presidente bananero tendrán que hacer una carnicería nacional, lo pensarán dos veces.

—No sabes lo que estás diciendo Furtamantes. Has estado fuera mucho tiempo y desconoces la realidad. No sacrificaré a nadie más. — ¿Ah, no? — ¡No!

— ¿Crees que no sacrificarás, ya no a esta generación, sino a todas las subsecuentes si renuncias? — encaró Furtamantes a Arbenz viendo la causa perdida—. ¿Quién crees que llegará en tu lugar cuando tú te vayas? ¿En manos de quién dejarás a una comunidad que te dio su confianza pensando que tú sabrías defenderla contra viento y marea? No sólo se sacrifica a una generación con derramamiento de sangre. También se les sacrifica cuando los hundes en el atraso, en el hambre y la ignorancia y les cancelas libertades. ¿Harás abortar nuestro ideario? ¡Dímelo de una buena vez por todas! Sacrifica en lo físico a una generación. Que nos fusilen a todos pero no permitas que se sacrifiquen más generaciones de salaragüenses en lo moral, en lo intelectual y en los más hermosos terrenos de las grandezas humanas: ¡Sé un ejemplo! ¡Enseñanos a morir! ¡Rescata nuestra dignidad y nuestro futuro! Arbenz no contestó.

—No sacrificaré a un solo salaragüense por culpa mía. —No, Jacobo, no es tu causa ni tu culpa. Es nuestra causa y nuestra culpa si así quieres llamarle. La de toda Salaragua junta. No traicionarás a un salaragüense. Traicionarás a los muertos, a los vivos y a los que vayan a nacer. Por eso Estados Unidos abusa de nosotros: porque nunca les hemos enseñado hasta dónde somos capaces de llegar y saben que nos espantan, como en tu caso, con un par de cohetones. Me arrepiento de haberte siquiera conocido.

Un sonoro portazo dio por terminada la conversación. El Palacio de Gobierno parecía desmoronarse. Las palomas de la plaza de Armas volvían a cagarse indiferentes en la estatua ecuestre de Simón Bolívar.

Si me aventuro con ellos me derrocarán. Si no me aventuro con ellos me derrocarán. Fue la conclusión a la que llegó la tarde del 27 de junio de 1954. A las 9:00 de la noche de ese mismo día, visiblemente agotado, mientras los bombardeos se repetían con mayor intensidad y el fuego antiaéreo devolvía el ataque con igual ferocidad y no menos estruendo; cuando la Voz de la Liberación anunciaba el ingreso inminente de un par de batallones en el centro mismo de Managua a más tardar en 24 horas, cuando supo que la Iglesia explicaba a los feligreses analfabetos el contenido de la propaganda contraria a sus planes de gobierno y a un mejor futuro del país —la Iglesia también se había aliado a la CÍA—; cuando oía el festejo de las hienas como Somoza, Batista y Trujillo y la inmovilidad del resto de sus vecinos a pesar de la insistencia de sus llamados; cuando entendió que Foster Dulles y Eisenhower no lo dejarían vivir y que el siguiente paso sería el magnicidio; cuando comprendió que jamás podría ejecutar sus planes de gobierno en tanto la United Fruit poseyera un metro cuadrado de tierra, ociosa o no y fuera propietaria de un solo dominico y los Keith de este mundo tuvieran acceso a la Casa Blanca e hicieran cumplir su ley, no tenía otra opción que la renuncia, y para eso precisamente llamó a su jefe de las fuerzas armadas, convencido ya de la inutilidad de todo propósito. Esa noche, después de exigir ciertas condiciones, como que por ningún concepto se entregara el poder a Castillo Armas, petición intransitable de acuerdo al P. B. SUCCESS, e insalvable en tanto Peurifoy continuara como embajador, Jacobo Arbenz entregó la presidencia de Salaragua.

La guerra psicológica, la guerra de nervios había funcionado. Ike dio a la mañana siguiente el golpe más largo de su vida, 175 yardas con un hierro 2, tan difícil de manejar, señor presidente. Le pegó usted a la

pelota como si hubiera sido la cabeza de Arbenz, comentó Alien Dulles para hacerse el gracioso con el jefe de la Casa Blanca. Los hermanos Dulles brindaron una y otra vez a lo largo de un nuevo *lunch* servido opíparamente por Eleanor. Se dice que preparó especialmente unas crepas de caviar dorado, enviado como un obsequio por el propio Sha de Irán para halagar el paladar de sus amigos incondicionales de la CÍA y del Departamento de Estado. Barnays sólo repetía mecánicamente, como siempre, con su voz apenas audible: *Yo sé cómo*. Cuando no puedan con algo. Vengan. Yo sabré cómo. ¿Y Keith? ¡Ah!, sí, Keith...

John E. Peurifoy decidió al menos guardar luto y no llevar a cabo la celebración por el derrocamiento del gobierno salaragüense en el domicilio de la Embajada de Estados Unidos de América. Sugirió que en esa ocasión el *cocktail party* fuera servido en Villa Blanca. La noticia fue confirmada cuando el propio Jacobo Arbenz con voz críptica anunció su renuncia esa misma noche después de hablar con las fuerzas militares, a través de un mensaje radiado a los habitantes de Managua. El resto del país no pudo ser informado de los hechos por el mismo conducto en razón de que la CÍA había bloqueado las estaciones radiodifusoras para que sólo se pudiera escuchar la Voz de la Liberación:

Culpo de cuanto pasa en Salaragua a Estados Unidos y a la United Fruit¹³³. Ellos son responsables de la desestabilización política del hemisferio, ellos, y solamente ellos.

Al adversario que hoy persiguen no es precisamente al ruso sino al que coloca en primer término la palabra libertad. Su anticomunismo es una fórmula oportunista que usan para aplicar este rótulo a los adversarios políticos, a las mayorías democráticas que ellos quieren despojar de sus derechos.

Cuantos gobiernos liberales sean derrocados en el mundo y se culpe del golpe de Estado a los comunistas, enderecemos la mirada hacia Washington y miremos a la cara a todos los Keith que existen en este mundo. Ahí encontraremos las explicaciones necesarias.

Sí, sí, tu puta madre también es culpable, tronó Keith en una explosión de alegría y apagó el aparato sin dejar escuchar a los invitados el último *spot* de radio preparado por Ed Barnays y su grupo: Consumir plátanos es de buen gusto, sobre todo si son *Gros Michel* Consúmalos y ayude al sector agrícola de Salaragua. Sólo los plátanos nos harán libres. Cultívelos usted mismo.

Las charolas de plata saturadas con deliciosos canapés iban y venían. Las copas de champaña circulaban a gran velocidad e inundaban con su bouquet el vestíbulo principal y las terrazas totalmente impregnadas con aroma a selva y a banana. Por ésa, entre otras razones, Robert Keith podía enloquecerse con Margarita Donde: meter en la cama a una fiera y envolverla con sábanas de seda. ¡Qué contraste! Mon Dieu, como diría Jacques Delhumeau, cuando su pescado estilo criollo le quedaba como para servirlo en una mesa de reyes. En cada grupo alguien inhalaba un habano y entonces la atmósfera se perfumaba con el aliento del trópico, los humores de la vegetación y la respiración del mar. Una pequeña orquesta tocaba al fondo y amenizaba la reunión al ritmo de *bines*. A partir de hoy, comentaban entre los invitados, quienes no estén con Estados Unidos son enemigos de la paz y del bienestar de Salaragua. Hubiera sido la gran noche de Robert Keith de no haber sido porque Sofía no había llegado a sabiendas que vendría el propio embajador. ¡Mujeres!, a las mujeres las inventó el diablo en una noche de insomnio. ¿Dónde puede estar a estas horas sino en su casa? ¿Dónde? ¡Demonios! ¿Dónde? En ésas se encontraba el magnate cuando una mano lo tomó tímidamente de la manga de su smoking. Su sonrisa de plástico desapareció de inmediato. Le fue acercada por la mano enguantada de uno de los mayordomos una tarjeta colocada sobre un plato de fina porcelana blanca cubierto por una carpeta tejida a mano. Palideció tan pronto le dio lectura. Su rostro perdió el color hasta convertirse de golpe en aquella figura de mármol blanco que aparecía cada mañana tras el ventanal de su recámara, con la mirada clavada en la inmensidad del firmamento. Adquirió en un instante una expresión huracanada. Todos los ciclones de toda la historia del Caribe se encontraron al mismo tiempo

por todos los costados de su mente. La fuerza de los vientos dejaría en esta nueva ocasión nuevas cicatrices, éstas también imborrables. Era el investigador privado. Lo buscaba con urgencia. Era de vida o muerte. ¿Por qué, Señor, por qué llamé yo a este tipo? Si no le hubiera hecho caso a la estúpida de la guajira nunca me habría metido en este problema. Hay cosas en la vida que nos conviene ignorar. Estas niñas tarde o temprano se meterían con alguien. Si fue su tío, allá ellas, con su pan se lo coman, pero a mí denme la paz. Acuéstense con quien quieran, pero, por favor, no se metan conmigo.

¿No ya hasta voy a casar a Isabel? ¿No le dije: Te compro el marido que quieras? ¡Y lo escogió! ¿Qué carajos me vienen entonces a estropear la noche? ¡Malditas mujeres!

— ¿Le doy alguna respuesta? —sonó la voz del mayordomo como una bofetada en la cara del magnate.

¿Por qué hoy, si todavía ni hablo con Eisenhower ni con el gran Johnny?

— ¿Qué hago, señor?

— ¿Te esperas, carajo? ¿Te puedes esperar, o te saco a patadas? —repuso desesperado.

Los músicos tocaban ajenos al conflicto del Rey de la Banana. Las carcajadas se escuchaban esporádicamente en los distintos salones. Las más estridentes provenían de los miembros veteranos de la fuerza aérea encargados de los bombardeos nocturnos.

—Estos malditos mayas tuvieron que haber corrido como ratones en busca de su agujero cuando caían los cohetes que les aventamos desde el aire.

— ¿Cómo que no eran bombas?

— ¡Ay, por favor!, bombas las que aventamos en Berlín, Hamburgo, Munich, en toda Alemania. Bombas las que se aventaron en Londres, Liverpool, Manchester... Éstas no pasaban de ser cohetones de feria que hacían un ruido endemoniado. Lo que queríamos hacer era asustarlos y hacerles creer que venía el lobo. Cayeron en la trampa —exclamó Peurifoy vestido con un *smoking* de seda negra obsequiado por el magnate a su llegada—. A mí me falló el cálculo —concluyó eufórico el diplomático con una copa de champaña en una mano y el canapé de caviar en la otra—: El derrocamiento se produjo 45 minutos antes de lo programado¹³⁴.

Keith hizo pasar a la biblioteca al detective. La señorita Kirkpatrick le había logrado comprar en una subasta una colección de libros de lo mejor de la literatura europea de los siglos XVIII y XIX para decorar su casa de verano.

El magnate fue informado hasta del último detalle en menos de cinco minutos. No hizo comentario alguno. Sacó su chequera y cubrió sin más los honorarios del policía. Éste ya se retiraba cuando Keith lo interceptó en la puerta con las siguientes palabras:

— ¿Mi esposa... también?

—Sí, señor, también...

—Si usted abre la boca se muere.

Una vez solo, abrió el cajón de su escritorio en donde se encontraba la fotografía de su tío Minor. Esa noche no platicaría con él ni siquiera para contarle del derrocamiento de Arbenz y pasar un rato amable juntos. Tomó una pistola y salió rumbo al yate. Seguramente ahí se encontraría a Franklin acompañado de cualquier mujerzuela o, probablemente, perdón, de una de sus hijas o tal vez hasta de su propia esposa. Dejó abiertos en su salida apresurada el cajón, la puerta de la biblioteca y la de la residencia, la principal, aquella enmarcada por una escalinata de granito rojo por la cual ascendía el sol reverencialmente cada mañana, hasta posarse en el alféizar de su ventanal desde donde contemplaba el futuro del mundo.

Efectivamente, era una noche de sorpresas. Sofía había culminado la segunda parte de su estrategia magistralmente. Había matado a Franklin Keith todas las veces que sintió necesario para una alimaña de semejantes proporciones. La primera vez, unos días atrás, lo había matado haciéndole creer que lo había

envenenado cuando en realidad había tomado la sustancia inocua obtenida por Franklin cuando éste todavía pensaba en matar a Leónidas Trubico. Había sido una muerte lenta, una agonía divina, una extinción gradual de facultades y reflejos, la asfixia, la angustia devoradora, la clara conciencia de la presencia de la muerte, su llegada, el desvanecimiento, la impotencia, el sueño, la paz inmerecida. Por eso Sofía decidió matarlo otra vez con una coartada fabulosa. Le dijo que después del trago amargo que le había hecho pasar le perdonaba lo de Isabel. Ahora sí estaba dispuesta a ir a Estados Unidos para darle la disposición de todos sus bienes y ahorros, aun los que se había robado su padre en sus años de presidente de Salaragua. Franklin salivaba.

—Vayamos juntos en barco, mi amor, hagamos de nuestro viaje una eterna luna de miel. Tú y yo, yo y tú. ¿De acuerdo?

Ahí lo aplastaría como corresponde a todo Zancudo: contra la pared, contra la cubierta, en el piso, en una ventana; con un periódico, un zapato o simplemente con el dedo pulgar, hasta reventarlo de una u otra forma. ¡Jamás te perdonaré!, Zancudo del infierno, todo, menos lo de mi hija, ¡todo! Si he perdido la risa para siempre, como ella la virginidad, tú perderás a mis manos la vida, pero óyelo bien, sólo a mis manos. ¿Te ha quedado claro? Yo también sé jugarme los restos. Hoy me los juego, me juego mi vida ya no a cinco cartas: a una, me juego todo a una carta. Vengan, vengan las barajas, ¡ahora!, las quiero ahora mismo. Tú, jugador eterno, apostador de virtudes, siéntate aquí, enfrente de mí, sin paño verde que valga ni luces de casino. Una vela, que traigan una vela. Fuera gente, no quiero curiosos. Quiero jugar cara a cara la última partida de mi vida con este embustero que dice saber de mentiras. Yo también sé mentir. ¡Las barajas!, quiero aquí mismo las barajas, porque yo soy también jugadora y tampoco sé perder. No, jamás aprendí a perder. Ni ayer ni hoy ni nunca aprenderé. Ven, ven aquí. Te vas a jugar conmigo, quieras o no, lo único que tienes ahora mismo puesto encima: la vida. Ven Franklin, mi amor, pon aquí la mano en mi corazón, siente sus latidos, siente cómo se me sale del pecho por la emoción cuando desfloro la primavera y te tengo, te penetro y me precipito gozoso en los inmensos espacios reservados a la gloria y donde nos remolcará un carro jalado por estrellas para pasearnos por el universo, impulsados por mil suspiros.

Al primer brindis con mojitos, de esos importados por Jacques Delhumeau desde La Habana, Sofía Guardia de Keith no resistió la tentación ni pudo contener el impulso: sirvió una sobredosis de cianuro. Un instante después, el tiempo que tarda un maya en dar un machetazo en el cuello de una penca para desprenderla del banano, Franklin Keith había dejado de existir.

Sofía oyó voces y pasos en el muelle. Era su marido que venía pistola en mano, desabotonándose el nudo de la corbata:

— ¡Franklin! ¿Dónde está ese hijo de la gran puta? —gritó desaforadamente.

—Vete a la mierda —contestó ella sin más. Acto seguido le apartó la mano armada para abrirse paso y desapareció cuando la marea caribeña empezaba a subir y amenazaba tragarse de un golpe al Banana Gold.

Cuernavaca, Morelos.

Verano de 1988.

EPÍLOGO

Eisenhower y John Fuster Dulles murieron en la cama¹³⁵. Arbenz se suicidó en la tina de un hotel de mala muerte en Ciudad de México¹³⁶. Arévalo intentó en los sesenta volver a ocupar la presidencia de la República de Salaragua sin la menor posibilidad de éxito, la oposición de la Casa Blanca fue determinante¹³⁷. Robert Keith siguió su vida al lado de Sofía. Un par de semanas después del asesinato de Franklin y del derrocamiento de Arbenz, el magnate invitó a su mujer a recorrer las islas del Sur, a bordo de un crucero: Hemos pasado ratos difíciles, amor, tomémonos unos días de descanso, dicen que dijo para convencerla. Furtamantes se volvió a refugiar en la selva salaragüense hasta que supo de un tal Fidel Castro que se había levantado en armas contra Fulgencio Batista en la sierra Maestra en Cuba. Era otra amenaza más de fuego en el Caribe, otra herida más, una nueva cicatriz del viento. Su promesa liberal le convenía: Fidel pretendía derrocar a un tirano más y evidentemente no era comunista. Pensó en incorporarse transitoriamente al movimiento pero desistió. Continuaría solo su camino. Ya no confiaba en nadie. Una mañana las primeras páginas de los diarios más destacados del mundo publicaron en grandes caracteres el asesinato a balazos de Anastasio Somoza *Tacho*, el presidente vitalicio de Nicaragua, consentido de Dwight D. Eisenhower, como consecuencia de la descarga de una pistola recibida en el pecho¹³⁸. ¿Qué es esto?, se preguntaban sin esconder el terror reflejado en el rostro. Fue transportado ya moribundo en un avión de la fuerza aérea norteamericana al hospital de la marina en Panamá¹³⁹. Falleció tres días después de la intervención quirúrgica. Ike lo lloró desconsoladamente. Los tiranos centroamericanos y del Caribe experimentaron un pánico cerval. Las muestras de horror y pésame de la comunidad de Benefactores de la Patria era estremecedora, pero la matanza despiadada continuaba. Tocó el turno a Castillo Armas. Éste también terminó asesinado en 1957, después de haber sido *electo* presidente de la República con varios tiros de pistola disparados a quemarropa¹⁴⁰, tan pronto revocó la reforma agraria, devolvió a la United Fruit sus bienes expropiados y repuso a la inversión americana y a la doméstica en todos sus derechos y privilegios. En su corta gestión desconoció 533 sindicatos, reinició las persecuciones, reabrió los centros de tortura, los constabularios y la Guardia Nacional; se reinstaló el miedo como forma de gobierno, reaparecieron los cementerios clandestinos, surgió de nueva cuenta la macabra policía secreta y se silenció la opinión pública en todas sus manifestaciones y posibilidades. Castillo Armas fue sustituido de inmediato. Cuando Leónidas Trujillo resultó muerto igualmente a balazos en 1961¹⁴¹. Furtamantes reía de placer al leer la descripción del asesino en la prensa. A éstos los venceremos con la pluma, la palabra o la pistola. No necesito un ejército, necesito siete balas de gran calibre, un arma y un poco de audacia para destruir los planes de la CÍA, del Departamento de Estado y de la Casa Blanca. Yo puedo cambiar el rumbo de la historia si la puntería no me falla. Y si me falla ahí están decenas de Furtamantes dispuestos a acibillar a estos mercaderes de la razón, de la política y de la dignidad humana. Traería locos a los estrategas norteamericanos. Una imposición, un tiro en la cabeza. Ya está, muy fácil, muy barato. Trámite terminado. Asunto concluido. ¿Quién sigue?

Sin embargo, Salaragua continuó viviendo a mediados del siglo XX, en pleno desarrollo de la energía atómica, como en la época de las cavernas. Los campesinos continuaron con el proceso reivindicatorio y tomaron las tierras por la fuerza. El ejército los retiró y en muchos casos los ajustició como escarmiento. Llegó una nueva masacre y ésta provocó ahora una reacción en cadena entre obreros y campesinos. Estados Unidos temió una nueva intervención comunista y ordenó otra invasión armada para no conceder otra oportunidad al Kremlin. Los siete círculos viciosos del infierno, por lo visto, nunca se romperían. Después del golpe se torturó a los implicados de acuerdo con la más decantada técnica trubiquista y a los afectados se les devolvieron sus tierras expropiadas.

John Peurifoy pereció junto con su hijo en Filipinas en un sospechoso accidente de tránsito cuando ya empezaba el combate contra los comunistas de ese país después de su traslado de Salaragua¹⁴². Robert Keith terminó sus días cuando fue acusado de soborno por el gobierno americano en 1966 y faltando algunos días para ser encarcelado se arrojó al vacío desde su edificio de 54 pisos de su oficina matriz de la ciudad de Boston. Un Keith jamás podría soportar semejante vergüenza.

Un año después de la exitosa ejecución del P. B. SUCCESS preguntó Dulles si se había encontrado o

no evidencia entre la Salaragua comunista y la URSS. No, todavía no, obtuvo por respuesta¹⁴³.

Años más tarde se oyó decir en la Casa Blanca: Qué daríamos ahora por tener un Arbenz. Qué más quisiéramos ahora que un Jacobo Arbenz en Salaragua. Vamos a tener que inventar un candidato pero todos están ya muertos¹⁴⁴.

EPISTOLARIO

El lector interesado en incursionar en la historia negra de Salaragua y de América Central podrá hacer un breve recorrido por sus anales si dispensa su generosa atención a la detenida lectura de las siguientes cartas saturadas de vibrante experiencia política y de profundos conocimientos históricos y sociales como los que caracterizaban el apasionado intercambio intelectual de dos personajes latinoamericanos de la talla de Juan José Arévalo y Ricardo Furtamantes.

Se ordenaron los escasos documentos rescatados de los rigores y de la inclemencia de la selva donde fueron encontrados la mayoría de ellos para tratar de presentar una secuencia vertebrada y aleccionadora de los acontecimientos, sentimientos, pensamientos y motivos de los dos grandes pensadores y fogosos combatientes del despertar y del resurgir centroamericano.

Queda como siempre a juicio del lector y de las generaciones por venir el veredicto final de las siguientes cartas que han tratado de resumir y de explicar la presente situación que actualmente se vive en la región y que se remonta, como dice Furtamantes con todo acierto, a aquellos tiempos en que todos los relojes de Centroamérica parecieron descomponerse de repente y para siempre.

Arévalo recurría siempre a la historia para buscar las explicaciones, las respuestas necesarias para poder entender con más certeza el presente y poder sustraerse a la inercia del futuro. En una misiva, en la primavera de 1944, comentó:

Pero la historia de Salaragua no es la única historia centroamericana adonde llegaron los conquistadores españoles y portugueses sedientos de oro, plata y especias, a saquear el país con absoluto menosprecio por sus habitantes. Llegaron también a lo que hoy es Guatemala, Cuba, Dominicana, Honduras, El Salvador, Colombia, México, Venezuela y Brasil. Para ellos el oro, todo el oro; la plata, toda la plata y los esclavos, todos los esclavos, las mujeres, nuestras mujeres y las mejores haciendas y casonas. Para nosotros todas las calamidades y los horrores de la Santa Inquisición; el trabajo, todo el trabajo, con el mismo respeto que se le dispensa a los animales; todo el aire irrespirable de las minas, todas las enfermedades, aun las importadas por ellos, como la sífilis. Las incomodidades, el hambre, la ignorancia y la miseria. Ese era el pago que recibíamos por las riquezas de nuestro reino. Éramos sólo un instrumento para el enriquecimiento del imperio español, así, sin ninguna consideración social. Nos asaltan y después de obligarnos a llenarles sus alforjas con nuestros haberes, todavía perdemos la vida o la libertad por agotamiento, negligencia, apatía o pecados inexplicables.

Pero ningún castigo era por lo visto suficiente. Nuestro territorio no había sido colonizado como el americano: había sido conquistado, y no por una España progresista y liberal, sino la España de la Contrarreforma, la España reaccionaria, la feudal, la de la Inquisición, la petrificada, la inmovilizada por el dogma político y religioso. Después, ya en la Salaragua independiente, de cien años, 75 hemos padecido dictador tras dictador, el siguiente más corrupto y sanguinario que el anterior, una carrera desenfadada por la vesania, un país que humilla la cabeza ante las bayonetas o ante el vergajo de toro de los tiranos y que cuando reacciona, siempre tarde, después de percatarse de los pecados y de los horrores de la resignación, el mal ya es irreparable y la involución desesperante. Volvimos a echar mano de la violencia sólo para detener de nueva cuenta el reloj de la historia.

Pero un día empiezan a naufragar los galeones españoles.

Unos naufragan cerca de las costas británicas, otros en el Mediterráneo, otros en el Atlántico, en el mar Caribe y en el océano Pacífico, allá donde Magallanes perdiera la vida cuando intentaba gloriosamente su viaje de circunnavegación. El colosal imperio español se derrumbaba. El oro americano había provocado una bonanza artificial, una prosperidad aparente, había financiado los lujos de la corte y el boato sin necesidad de trabajar. Centroamérica se convertía en una arena donde los imperios se disputaban golosos lo mejor de lo

nuestro. Los países recién independizados de la corona española y las colonias inglesas establecidas por los piratas en nombre de sus soberanos se convierten en mercados para consumir los excedentes de la revolución industrial inglesa. Absorbemos los productos manufacturados por otras potencias europeas que la incipiente industria española fue incapaz de fabricar. La Madre Patria sólo podía exportar títulos de nobleza. Absorbemos también capitales ingleses. Nos liberamos del dogal español pero bien pronto, a través de la contratación de deuda, una técnica sajona más sofisticada, nos dejamos colocar uno nuevo. Nuestra inexperiencia política, nuestra ignorancia administrativa, el fracaso del proyecto liberal, la aparición de los primeros dictadores venales, herederos de la arrogancia y de la absoluta intolerancia española, facilitan los intentos de penetración del imperio inglés en la América libre. El carácter autoritario tanto de los virreyes de la Colonia así como de los primeros presidentes después de la independencia, el yo quiero, el Estado soy yo, dentro de la concepción centroamericana, el yo soy Dios aquí en El Salvador, y la inexistencia de las instituciones, la inmadurez y la apatía política de las mayorías, el vosotros no tenéis ni idea de cómo se gobierna un país, el quitaos del camino porque os voy a enseñar, permite que la Corona inglesa y sus piratas de siempre se entiendan con un solo hombre, amo y señor del nuevo Estado soberano, que no consulta con nadie la toma de decisiones, ni siquiera las más trascendentes, como si la intransigencia política fuera un período inevitable en la vida de las naciones. La época dorada del absolutismo novohispano.

España e Inglaterra se arrebatan todo lo nuestro como si Salaragua o Centroamérica fueran un burdel. La capacidad financiera e industrial del Reino Unido se impone y bien pronto todos nos constituimos en sus deudores. Ante la previsible insolvencia y la venalidad de los eternos tiranos, surcan los siete mares los mismos piratas, los mismos Raleigh y Drake, sólo que ahora lo hacen en fragatas y con indumentarias diferentes. Los cañones son los mismos, sólo que de un incomparable poder destructivo. O pagan o los hacemos astillas, amenazan desde las proas de los bajeles. No venimos a negociar, venimos a cobrar. De modo que o nos liquidan en oro y nos extienden franquicias y concesiones territoriales y ferrocarrileras al gusto de sus acreedores o nos quedamos con todo el país y mañana amanecen como un protectorado más de la Gran Bretaña.

Ya no está una España como contrapeso político y militar. Aparece ahora en este último tramo de nuestra historia un nuevo defensor. Pretende materializar un ideario anacrónico archivado en una de las gavetas del Departamento de Estado. América para los americanos. Ante ellos, la insolencia inglesa se convierte en humildad y comprensión. Ahora el pleito ya no es entre Inglaterra y España sino entre Estados Unidos e Inglaterra. Nosotros, desde luego, estamos a la mitad. Cuando alguno de los dos caiga muerto conoceremos la identidad de nuestro nuevo amo. Los yanquis bien pronto se perfilan como los vencedores definitivos. Son los campeones de la paz en la Primera Guerra Mundial. El nuevo imperio llamado a dominar en el siglo XX se consolida y robustece. Del resultado de la actual Guerra Mundial dependerá el futuro de este nuevo gobierno de mercaderes a nivel mundial. Por nuestra parte, en sólo medio siglo se han apropiado de cientos de miles de hectáreas bananeras, cafetaleras, cupreras, azucareras, tabacaleras y ganaderas. Se hacen dueños de bancos, incluso de los mismos bancos centrales, flotas mercantes, aerolíneas, ferrocarriles, minas, puertos y todo género de comunicaciones. Si practicáramos un balance a un siglo de distancia de la independencia española tendríamos que aceptar que la penetración norteamericana e inglesa ha anulado nuestros esfuerzos por alcanzar la soberanía política, salvo que por independencia debamos entender el gobierno de estos tiranos extraídos de las mejores academias militares norteamericanas que presiden nuestros países para garantizar a los inversionistas yanquis la explotación indiscriminada de nuestros recursos, de nuestro patrimonio y de nuestras únicas posibilidades de digna supervivencia.

Yo en lo personal siempre creí que la América Hispana se había ganado el derecho a la libertad y a la prosperidad después de padecer tres interminables siglos de Virreinato pero me equivoqué de punta a punta, y para confirmarlo sólo tenemos que repasar el mapa político sudamericano para demostrar la monstruosa proliferación de tiranías todavía existentes al sur del río Bravo.

¿Y la Iglesia? Ay, la Iglesia siempre voraz y amante de los bienes materiales, la Iglesia reaccionaria que invita a los feligreses a la pobreza, que no castiga el ocio sino que lo premia, que consuela al miserable pero

no lo estimula al trabajo ni a la creación de riqueza reservada a la alta jerarquía eclesiástica y a una parte de su interminable caterva. Una Iglesia que promete un más allá feliz, una eternidad reconfortante, en la misma medida del sufrimiento terrenal. Una Iglesia diabólicamente interesada en la ignorancia, el hambre y el desamparo para justificar las plegarias y las penitencias que los ricos no sufren porque las divinas indulgencias están al alcance de su dinero. Ay qué papel tan desastroso jugó la Iglesia en la historia de nuestra América Latina.

En lo relativo a la historia moderna de Salaragua, Arévalo no se cansaba de insistir:

Las intervenciones directas de Estados Unidos o las realizadas a través de mercenarios entrenados y enviados desde cualquier país aliado en contra de América Latina han sido presentadas por lo general como filantrópicas cuando en el fondo cada una refuerza la creencia de que un país tiene más derechos que otros. Los grandes concesionarios y los capitales extranjeros deben ser limitados en Centroamérica, tal y como dijo Woodrow Wilson, con un cinismo por lo demás sorprendente, porque él echó mano del Gran Garrote, muchas más veces que su creador. ¿Quiénes han buscado tradicionalmente las intervenciones militares? Siempre los concesionarios, los tenedores de bonos y los grandes intereses económicos. Ellos constituyen el germen de la revolución y el origen de la inestabilidad.

Es cierto que entre 1898 y 1920 los marines norteamericanos desembarcaron 20 veces en Centroamérica. Es cierto también que desde 1853 han entrado 11 veces por la fuerza en nuestra hermana República de Nicaragua y que la última vez que lo hicieron se quedaron dos décadas, hasta convertirla prácticamente en una colonia más de Estados Unidos. Todos recordamos que se fueron de ese país hace poco más de 10 años, tan pronto dejaron encargados todos sus negocios en manos de Somoza, un asesino a sueldo, igual que Trubico, de los grandes capitales norteamericanos. Es cierto también que durante 1857 fue invadida por un grupo de aventureros yanquis, uno de ellos William Walker, quien después de matar nicaragüenses a diestro y siniestro y derrocar al gobierno local con el apoyo de muchas compañías norteamericanas quiso todavía guardar las formas constitucionales y nombró presidente provisional a Patricio Rivas, *el Patas Arribas*, para luego hacerse elegir, fraudulentamente claro, jefe de Estado. El mismo Walker que se hiciera nombrar presidente de la República de Sonora, México, cuatro años antes*. El mismo bandido que el *New York Times* le dedicara dos primeras páginas en 1857 para honrar debidamente sus fechorías y que fuera más popular en su heroico momento que el propio presidente norteamericano. Ese fue el caso, Ricardo. La historia de un yanqui que llegó a ser presidente de Nicaragua. Los filibusteros del siglo XIX son los mismos piratas del siglo XVI, igualmente apoyados por sus gobiernos para hacerse de nuevos territorios. Sin embargo, Walker nunca recibió el favor de los historiadores porque fracasó y no se pudo eternizar en el

* Los periódicos californianos hablaban a diario de gigantescas riquezas de oro y plata en Sonora y del vandalismo apache contra sus habitantes quienes a juicio de Walker habían pedido ayuda internacional en razón de la probada incompetencia del gobierno mexicano para proteger debidamente su territorio. Con 45 buscadores fracasados de oro, cazadores de fortuna, como los conquistadores españoles, fundó el I Batallón Independiente se nombró coronel y partió a conquistar México llegando a Baja California el 3 de noviembre de 1853 para proclamar de inmediato la República of Lower California con Walker como presidente a la cabeza. Movié la capital a Ensenada, cerca de la frontera americana para poder abastecer de pertrechos y rescatar por lo menos esa parte del país del México decadente. El 18 de enero de 1854 funda con su socio en asuntos legales, la República de Sonora que incluía obviamente Sonora y las dos Bajas Californias. El embajador norteamericano James Gadsden logra que México venda 30 mil millas cuadradas del norte de Sonora por 10 millones de dólares en diciembre de 1853. Sin embargo, al aplicarse las leyes de neutralidad, Walker se queda sin dinero, armas ni gente y se entrega finalmente a las autoridades militares americanas en mayo de 1854. México se salva. Walker y su socio, recién nombrado secretario de Estado de la nueva República son multados con 1.500 dólares. Parecía una ópera cómica que podía desembocar en una tragedia. Si México se hubiera negado a vender esas 30.000 millas cuadradas corría el riesgo de perder mucho más y quedarse sin compensación económica. Ver a Karl Bermann, *Under the Big Stick, Nicaragua and the United States since 1848*, South End Press, p. 53.

poder tal y como era su deseo hasta lograr la incorporación de Nicaragua como un nuevo estado más de la Unión Americana.

¿Sabes por qué fracasó Walker? Fracasó, antes que nada, por invadirnos. Fracasó por promulgar leyes que castigaban con trabajos forzados a quien no buscara empleo. Fracasó por imponer contratos de trabajo con duración ilimitada por vender como mercancía a sus opositores después de rematar todas sus propiedades; por tratar de reincorporar la esclavitud todavía prevaleciente en Estados Unidos, por extender todo género de privilegios a los blancos y cancelar los derechos de nuestros negros, mulatos y mestizos. Por eso fracasó: porque tocó nuestras fibras, lastimó nuestro orgullo, despertó nuestro coraje y nuestra dignidad. El vergonzoso reclutamiento de esclavos provocó el nacimiento de una unidad nacional nunca vista. Puso a prueba nuestra resistencia interna y la comunidad centroamericana en pleno acudió en auxilio de Nicaragua. No pudo vencer la unidad nacional ni la centroamericana porque opusimos una colérica resistencia a la usurpación internacional, a la tiranía hasta destruirla por completo.

Cuando todos los centroamericanos decidimos oponernos a la dictadura, la aplastamos con el mejor de los éxitos. Cuando vimos severamente lastimados nuestros derechos supimos devolver golpe por golpe la afrenta hasta reducir a nuestros enemigos a la nada. Claro que Estados Unidos estaba interesado en el éxito de la misión filibustera de Walker, tanto lo estaba que reconoció de inmediato la legitimidad de su gobierno y acreditó al padre Agustín Vigil en Washington como el primer representante diplomático de esta verdadera pandilla de delincuentes invasores. Y no podía ser de otra manera: Andrew Jackson, al tomar posesión de Florida ya había sentenciado que él era un gran filibustero. Por esa razón no debería sorprender la declaración de Wheeler, embajador de Estados Unidos en Nicaragua durante el lamentable episodio de Walker: *La raza centroamericana ha demostrado que es incapaz de autogobierno.*

¿Por qué no nos unimos ahora mismo todos como en el siglo pasado, salaragüenses y centroamericanos? Todos, todos los que sufrimos la humillación de ver al frente de los destinos de nuestro país a tiranos sanguinarios del corte de Trubico, Somoza, Trujillo, Martínez Hernández, Batista y Carias Andino. Si ellos llegaron al poder en su mayor parte apoyados por Estados Unidos y sus empresas insaciables, ahí comienza la culpa de ellos y termina en el momento en que nosotros no hemos encontrado la manera de defendernos de semejante atropello ni de sacudirnos semejante infamia.

En otra ocasión recordó los días en que el Caribe, mejor conocido como el Mediterráneo norteamericano, había sido protegido por un escuadrón naval, conocido irónicamente como la Flota Bananera, mucho antes del surgimiento de la revolución bolchevique. Arévalo expresó:

No podemos olvidar cuando Pablo Buitrago, ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua, escribió a James

* Del total de fuerzas expedicionarias filibusteras integradas por 2.580 hombres, 1.000 murieron como consecuencia del combate; 700 desertaron, 250 fueron cesados, 80 tomados prisioneros y el resto se rindió a la caída de Rivas. Los que habían llegado buscando gloria, aventuras y prestigio tuvieron que comerse sus muías y sus caballos para sobrevivir a lo largo del sitio impuesto por las tropas aliadas centroamericanas. Walker dirá días antes de la rendición: «El destino de esta nación y los intereses de la humanidad nos han sido confiados.» El 1 de mayo de 1857 el comandante del U. S. Sloop of War St. Mary, después de confirmar la pérdida inminente de la causa de Walker y la incapacidad del propio capitán de navío para apoyarlo, negoció su salvoconducto para poder rescatarlo aún con vida. Los aliados aceptaron la petición y se abstuvieron de fusilar a Walker porque de otra manera hubieran concedido a Estados Unidos un extraordinario pretexto para practicar una invasión armada a gran escala en perjuicio de toda la región. Cuando Walker, en su desesperación, mandó incendiar la ciudad de Granada, una ciudad con más de trescientos cincuenta años de antigüedad en aquel tiempo, como una represalia por su derrota, y luego ordenó poner un letrero que rezaba así: «Aquí estuvo la ciudad de Granada», nadie creyó en la calidad de su función pacificadora. El ex presidente Walker fue recibido como un héroe nacional en Estados Unidos por el propio presidente Pierce, quien desde luego hizo cuanto pudo por ayudarlo veladamente en su misión. Karl Bermann, op., cit.

Buchanan, secretario de Estado durante el gobierno de Polk, para confesarle que *Estados Unidos se había convertido en el protector natural de los países del continente* y que las medidas que pudiera tomar para prevenir la interferencia de cualquier potencia extranjera en el hemisferio *serían bien recibidas por el Estado Libre y Soberano de Nicaragua*. No debemos tampoco pasar por alto cuando la República Dominicana^{*} pidió su anexión a Estados Unidos en 1922 ni cuando años más tarde El Salvador, Nicaragua y Honduras solicitaron su incorporación como nuevas estrellas de la bandera americana, para la vergüenza histórica de Centroamérica. ¿Conociste en tu vida semejante contradicción, desvergüenza e indignidad? Jamás lo perdamos de vista para entender las fuerzas políticas actuales.

Una solicitud de anexión es vergonzosa, pero igualmente lo es en otro momento la instalación del capitán de un barco de guerra americano como gobernador militar de la propia República Dominicana ante la negativa fundada de ese país a aceptar las condiciones impuestas en relación a un tratado con la Casa Blanca. La historia de Centroamérica recogerá en letras negras cuando el capitán de un acorazado yanqui nombró a los miembros de su tripulación para integrar todo el gabinete. ¿Te imaginas un artillero norteamericano de segundo grado convertido en secretario de Comercio de una República Dominicana invadida en aquel 1916?

El caso de Haití no fue menos dramático. El agregado militar norteamericano amenazó con la disolución del Congreso haitiano si éste se atrevía a promulgar una constitución contraria a los intereses de Estados Unidos. ¿No habían invadido ese país caribeño con el propósito de imponer el orden y la paz y hacer respetar asimismo la voluntad popular? ¿Entonces por qué tenían que amenazar a la representación nacional si ésta votaba una ley de acuerdo a la conveniencia económica y política de Haití? Lo peor se dio cuando los miembros de la marina de guerra americana convocaron a un plebiscito nacional para *consultar* a una población desnutrida con más de un 70 % de analfabetos, respecto a la conveniencia de promulgar o no una nueva Constitución, habiéndose garantizado (los marines) el resultado a su favor mediante la entrega de ron y barbacoa siempre y cuando firmaran o marcaran previamente una boleta en *donde quedara consignada su oposición a la medida*.

Horror, Ricardo, horror...

Los gobiernos democráticos genuinos no pueden ser impuestos ni por la exhortación ni por la presión exterior. Ni Teodoro Roosevelt ni Taft ni Woodrow Wilson lo entendieron. Es preferible la cooperación a la compulsión. Los controles inaceptables conducen a nuevos estallidos sociales. Tampoco pueden construirse sobre una comunidad de ignorantes. Un requisito elemental para la integración democrática de un país se encuentra en el nivel cultural y educativo de sus habitantes. Si no saben leer y escribir menos sabrán votar. Jamás evolucionarán nuestras instituciones mientras no cultivemos a nuestra gente. La prosperidad va de la mano con la información.

Las cartas se sucedían unas a otras. Cada una dejaba una huella diferente. Le revelaba a Furtamantes puntos de vista novedosos, ángulos especiales, ópticas ingeniosas dignas de ser tomadas en consideración. Una de ellas fue la que recibió en las intermediaciones de la finca El Tiquisate, donde había nacido precisamente doña Esperanza Arias de Trubico, la Matrona Excelsa de Salaragua. En ella resumía algunos detalles de la historia de Nicaragua y su dolorosa relación con Estados Unidos. ¿Qué es necesario hacer

^{*} Cuando la República Dominicana presenta ante el Congreso norteamericano solicitud de anexión con el aval del presidente Grant en 1870, el poder legislativo de la Unión Americana lo rechazó porque a su juicio «la raza dominicana nunca podría elevarse ni evolucionar y terminaría por afectar a Estados Unidos». El presidente dominicano tuvo que resignarse y enfrentar a una oligarquía local interesada. El derrocamiento y el gobierno de Grant vio desvanecerse la gran oportunidad de hacerse de una provincia tropical.

¿No acaso un grupo de mexicanos fue a pedir escasos años antes a Napoleón III su intervención en México y posteriormente de ser posible la anexión definitiva al gobierno francés? ¿Quién podía olvidar que a principios de siglo unos panameños supuestamente le habían ido a pedir a Teodoro Roosevelt asimismo su intervención para lograr la escisión de su país de la Gran Colombia?

para poder devolverle al Tío Sam una a una todas las vejaciones y las humillaciones que le ha hecho sufrir desde el siglo pasado?, se preguntó al comenzar su nueva misiva.

Cuando el mismo Napoleón Bonaparte confesó, querido Ricardo, que Nicaragua podría llegar a ser más que Constantinopla, la ruta comercial más atractiva del mundo, y que por lo mismo estaba destinada a alcanzar un extraordinario grado de desarrollo y de grandeza, era claro que ese país estaba llamado a desempeñar un papel determinante en el tablero del ajedrez internacional. El emperador no se equivocó, aunque en justicia la idea no era nueva. El propio Colón ya había buscado un paso hacia el Pacífico, un atajo rumbo a Asia. La mejor opción por 350 años continuó siendo Nicaragua, porque el río San Juan separaba al Pacífico por sólo 20 kilómetros.

Por esa razón se utilizó esa vía para transportar a todos los buscadores de oro que deseaban trasladarse de la costa este de Estados Unidos a la oeste cuando estalló la fiebre del oro en la California recién arrebatada injustamente a México. Ahí mismo se empezaron a producir las invasiones. Cuando un americano quiere algo, simplemente lo toma de donde se encuentre, siempre y cuando el propietario no le pueda dar con la cachapa de su rifle en la boca. Necesitaban pasar por ahí porque no se terminaba aún la construcción del ferrocarril transistmico en Panamá ni se comenzaba siquiera el transcontinental de Estados Unidos. La gente pedía enloquecida ¡oro!, ¡oro!, como si lo necesitara igual que el oxígeno para vivir. Todos corrían desesperados, huían con la mirada extraviada, tal y como el público abandona un lugar cerrado a la voz aterrorizada de ¡fuego!, en dirección a las minas, bosques, cañadas, ríos y arroyos, con un cedazo en la mano para encontrar a cualquier precio y por cualquier medio pepitas de oro para hacerse de dinero, del dinero fácil que hace llorar y gritar de placer a los yanquis. Valdría la pena escribir la gran novela del descubrimiento del oro californiano para dejar al descubierto la cadena de asesinatos, zancadillas, trampas y traiciones que se cometieron para adueñarse de los yacimientos, despojando a sus auténticos dueños, engañándolos, chantajeándolos, saboteándolos o simplemente matándolos en el nombre sea del dinero. Los vimos gritar de alegría cuando partieron en dos a México, luego cuando descubrieron el oro de California, más tarde al localizar gigantescos yacimientos petrolíferos en Oklahoma y ya ni hablar cuando se dieron cuenta que las bananas centroamericanas, nuestro café, nuestro ron, nuestro azúcar, nuestro cacao y nuestro hule entre otros productos de nuestro trópico les podrían reportar ganancias como las que jamás imaginaron los fundadores de ese estado fenicio.

Ya todos sabemos cómo luego Walker, el primer presidente norteamericano de Nicaragua, no se entiende con el comodoro Vanderbilt que mantenía el control de paso al Pacífico por medio de su compañía. Fue entonces cuando se produjo la primera intervención americana en ese país hermano.

Más tarde nos salva al menos por treinta años la guerra de Secesión Americana, que Inglaterra aprovecha magistralmente para ganar todos los mercados posibles en América Latina. Si son primos; no era previsible una conducta diferente. Cuando a la fiera se le vuelve a despertar el apetito después de un largo sueño letárgico se engulle con dos movimientos de quijada los restos del imperio español. De hecho se queda con Cuba, Puerto Rico y Filipinas en los últimos años del siglo pasado. Con Panamá y casi con la Dominicana a principios del presente.

Acuérdate cómo Teodoro Roosevelt parte igualmente en dos la república de la Gran Colombia para poder construir su famoso canal. Acuérdate que Panamá era un estado más dentro de la Gran Colombia. Acuérdate de cómo se levantan en armas un par de mequetrefes apoyados por la Casa Blanca en Panamá City, como si hoy hicieran lo mismo otro par de ganapanes en Yucatán, México, y Roosevelt, como hizo su pariente por aquellos días, reconociera diplomáticamente a la nueva República Americana a las 24 horas de su pronunciamiento y mandara además una poderosa escuadra para impedir el acceso de la marina o de las fuerzas armadas mexicanas, o como en el caso, las colombianas, interesadas justificadamente en pasar por las armas a esos sujetos de dudosa nacionalidad que se alzaban y mutilaban ilegalmente el territorio, previo acuerdo con Estados Unidos para quedarse posteriormente con él. Un par de semanas después el embajador plenipotenciario de la República de Panamá, un francés, representante de los intereses franceses de la otrora compañía de De Lesseps firmaría en la Casa Blanca los tratados internacionales que permitirían la construcción, con todos los apoyos legales, del canal de Panamá, en beneficio de la humanidad. Ya te imaginarás el sentimiento de impotencia de los colombianos cuando no pudieron hacer nada para defenderse y todavía perdieron buena parte de su territorio sin recibir tampoco, por el momento, indemnización alguna por el despojo. Una cuenta más que algún día le cobrará América Latina al Gigante del Norte, un gigante que es gigante por nosotros y

porque vive de nosotros.

No quiero despedirme el día de hoy sin mencionar, dentro de este meteórico recuento histórico que hacemos, el derrocamiento del presidente Zelaya de Nicaragua, también a principios del presente siglo. Recordemos que el secretario de Estado norteamericano, Philander Knox, era socio de una famosa firma de abogados de Pittsburgh, que representaba los intereses de la familia Fletcher, dueña de la United States en Nicaragua Co. y su subsidiaria, la Luz and Los Ángeles Mining Co.

Cuando el presidente José Santos Zelaya afectó los intereses de esa familia norteamericana, en los cuales el propio Knox tenía una importante participación, firmó su propia pena de muerte. El secretario de Estado mandó a los marines al enterarse del fusilamiento de dos americanos que colocaban bombas en un barco nicaragüense. Ningún pretexto mejor para proteger su patrimonio y el de sus clientes.

Fue entonces, ya con los marines desembarcados nuevamente en territorio nicaragüense, cuando el director de La Luz and Mining Co., obviamente un yanqui, le propuso a Adolfo Díaz, el secretario corporativo de la compañía, que se hiciera cargo de la presidencia de la República tan pronto se lograra el derrocamiento inminente del presidente Zelaya. Y así fue. Derrocaron a Zelaya y pusieron a Adolfo Díaz, al frente del país, quien desde luego firmó después incondicionalmente todos los convenios que se le exigieron, entre ellos el de la Receptoría de Rentas, siempre y cuando Estados Unidos le permitiera a Díaz echar mano a su antojo de las arcas de la nación.

A partir de entonces, un usurpador sucedió a otro cubriendo en apariencia los rigores constitucionales. Incluso el propio Díaz volvió a la presidencia en los veinte, obviamente con el apoyo de los marines, quienes permanecieron en Nicaragua por espacio de 25 años con el pretexto de *imponer, como siempre, el orden y la paz para propiciar el progreso*. Hasta que llegó Somoza para hacerse cargo definitivamente de la situación.

Ya todos sabemos cómo este tirano, igual a todos los de su especie, manipulado a la distancia desde Washington, aplastó la última posibilidad de resistencia y de liberación cuando ordenó el asesinato de César Augusto Sandino, de acuerdo con los planes trazados entre el embajador Bliss Lañe y el propio dictador Somoza, quien amenaza permanecer en el poder hasta que Dios nuestro Señor, como él dice cínicamente, le conceda licencia...

¿Cuándo llegará el día en que podamos empezar a cobrar estas cuentas tan viejas o más como nuestra historia?

En otra carta fechada dos meses después en Tacana, a corta distancia de la frontera con México, Furtamantes agregó en su conocido tono sarcástico: «Las llamadas Receptorías de Rentas ya instaladas en Cuba, Nicaragua, Honduras, República Dominicana y Haití, países permanentemente invadidos por los marines, constituyeron elementos adicionales de prueba para convencer al mundo respecto a la validez de los acuerdos, cuándo las partes consignaban libremente su voluntad en tratados internacionales ciertamente civilizados:

¡Imagínate los términos de un supuesto convenio de asesoría financiera que exige como requisito *sine quanon* una invasión militar por tiempo indefinido y el empleo invariable de la fuerza para dar mejor cabida a la mayoría de razón.»

Del total de lo recaudado el administrador general entregaba una cantidad siempre sujeta a comprobación al presidente de la República en cuestión, para que éste pudiera hacer frente a las responsabilidades propias de un Estado moderno y cumplir con sus obligaciones de orden público.

El jefe de la nación debía discutir rubro por rubro su presupuesto de egresos con el administrador enviado por la Casa Blanca a fin de justificar cada partida y poder tener acceso a los recursos generados por su propio país.

Otra parte de lo recaudado, ésa sí bastante voluminosa, se dedicaba a sustanciar los gastos de administrativos norteamericanos, que incluían desde los emolumentos de los marines hasta los honorarios y

sueldos más extravagantes de las altas jerarquías extranjeras de la receptoría*. El resto se dedicaba finalmente a la amortización de los pasivos.

Taft y Knox habían sido los verdaderos artífices de la reforma financiera, los genios creadores de la nueva versión del Gran Garrote, los auténticos inspiradores de la famosa Diplomacia del Dólar. Querían evitar los desórdenes en el Caribe, impedir revoluciones, ayudar supuestamente a cumplir con determinadas obligaciones internacionales y participar en la construcción de obras públicas necesarias para acelerar el desarrollo económico, material y social de los países intervenidos. La realidad había sido muy diferente. Taft llegó a la presidencia con una notable experiencia política después de haber administrado personalmente Cuba, Panamá y Filipinas. En teoría sus deseos podían ser inequívocamente altruistas, sin embargo, en la práctica era todo un experto intervencionista. Su política exterior confirmaba una realidad totalmente divorciada de sus principios y de sus propósitos amistosos y moralizadores. Sin gobiernos estables nunca se daría el progreso económico y sin progreso económico se facilitaría la interferencia europea en los asuntos americanos. Knox, por su parte, era amigo del uso de la fuerza para ayudar a entrar en razón a sus interlocutores... Carecía de información histórica diplomática y le irritaban sobremanera los latinos, por su absoluta incapacidad de evolución... ¡Qué podíamos esperar de él...!

El negocio de la Diplomacia del Dólar no podía ser más atractivo para los participantes**. Se creaban *cuasi* protectorados para asegurar la existencia de valiosas fuentes de abastecimiento de materias primas tropicales necesarias para financiar a precios extraordinariamente bajos el crecimiento de un sector importante de la economía norteamericana. Se afianzaban mercados cautivos igualmente vitales para colocar productos manufacturados y todo género de excedentes exportables de la industria y el campo del Tío Sam y se cobraban jugosas comisiones, intereses e indemnizaciones bancarias, sin atender a la capacidad de pago de los deudores. Había tanto que repartir mientras nosotros nos moríamos de hambre...

Cuando los marines se apropiaron de los impuestos recaudados por las aduanas, los resultados no se hicieron esperar. Las invasiones llamaron a la violencia, provocaron sabotajes, parálisis económica y asonadas en todo el país. Empezaron los movimientos de protesta, más tarde los alzamientos y los levantamientos. Los recursos entregados a las fuerzas armadas fueron insuficientes para sofocar el descontento popular. Los administradores americanos se negaban a entregar partidas complementarias. Se emitió dinero fresco para hacer frente a los gastos de guerra, se desquició la economía, se elevaron los precios, creció el descontento, cundió la rabia, se desbordó, y del intercambio verbal se llegó al intercambio

* A modo de ejemplo, cuando se instauró la Receptoría de Rentas en la República Dominicana el personal administrativo americano cobraba, con cargo a los recursos aduaneros, sueldos reservados en su país a los grupos acaudalados o a la jerarquía burocrática de más alto nivel de Washington. Era como sigue: Un interventor aduanal, un asesor financiero a nivel del secretario de Hacienda, especialistas policíacos dependientes de Estados Unidos, un auditor de gasto, un director de obras públicas norteamericano, un asesor militar, un asesor comercial, un asesor político, un asesor de prensa, todos ellos interrelacionados estrechamente con el embajador norteamericano, adiestrado en la alta escuela intervencionista y el capitán de la escuela naval, quien participaba activamente en la mayoría de los eventos. Consultar a Dana Gardner Munro, *Intervención y Diplomacia del Dólar en el Caribe, 1900-1921*, p. 321.

** Cuando se firma el contrato de crédito entre Nicaragua y Brown Brothers, para que este país pudiera llevar a cabo una reforma monetaria, crear un nuevo Banco Central y reestructurar su deuda externa, pagar las reclamaciones a los extranjeros, por lo general superiores al importe de las afectaciones o de los daños causados, el grupo bancario operó con las siguientes ventajas: a) Exigió y obtuvo el control mayoritario de las acciones del Banco Central como garantía colateral, sin haber pagado un centavo por ellas y teniendo acceso a una buena cantidad de negocios propios del giro, y obviamente a los dividendos, b) Logra asimismo una opción de compra del 51 % de las acciones del mismo banco para ser ejercida en su beneficio, sin límite de tiempo, c) Por si fuera insuficiente lo anterior, mantuvo en todo momento la recaudación de las aduanas como garantía de los créditos extendidos, y d) Se hizo del control de los ferrocarriles nicaragüenses y de los derechos de tránsito por el país. Sobre decir que, además de quedar como acreedores con derecho lógicamente al cobro de intereses, se pactaron otras prestaciones para el caso de incumplimiento de una severidad tal que hubiera hecho sonrojar a otros acreedores bancarios, si la operación se hubiera llevado a cabo entre dos grandes potencias. Karl Bermann, op., cit. p. 157.

de proyectiles. Fue necesario entonces llamar a nuevos marines, aumentar los alcances de la intervención para poder aplastar *la sedición* y garantizar ahora un estallido a corto plazo de proporciones insospechadas.

Todo fue en realidad por las aduanas, Juan José: por las aduanas nos invadieron una y mil veces y por el interés de los revolucionarios de hacerse de las aduanas fuimos una y otra vez a la revolución.

He ahí el círculo vicioso de la diplomacia de los infiernos. Todo comenzó por el dinero.

Juan José Arévalo coleccionaba las cartas cuidadosamente. Furtivamente inspiraba su movimiento guerrillero en sus conocimientos de la historia centroamericana. Adquiría el impulso y la fortaleza anímica necesaria para contagiar vigorosamente a sus seguidores, cada vez en aumento, con sólo recordar e imaginar algunos de los pasajes más dolorosos. Uno de ellos, por lo demás notable, contaba el caso de un presidente hondureño que se había negado a firmar el *Convenio de Asesoría Financiera* en presencia del representante de la Casa Blanca, porque su pueblo lo derrocaría tan pronto se hiciera pública la entrega de su país a los yanquis*. El diplomático norteamericano había contestado que si se oponía a la administración de sus aduanas por personal norteamericano, altamente capacitado, y rechazaba los préstamos, los necesitara o no, Estados Unidos suspendería de inmediato sus relaciones diplomáticas, le retiraría en consecuencia el apoyo económico y le cancelaría el abastecimiento de armas para dominar a los rebeldes que empezarían a aparecer por todas partes, como por arte de magia.

Era tanto como decir: si aceptas que los marines se instalen en las cajas recaudadoras para garantizar el correcto destino de tus propios impuestos, tu misma gente provocará un golpe de Estado y precipitará justificadamente tu caída; si no aceptas nuestra ayuda financiera desinteresada nosotros nos ocuparemos en ese caso de sustituirte por otro presidente que sí entienda y promueva la generosidad de nuestras ideas.

¿No te parece mucha casualidad que después de analizar el derrocamiento de los presidentes centroamericanos se identifique siempre un problema con el propio gobierno norteamericano o uno igualmente grave con cualquiera de sus empresas?

Las comunicaciones provenían de la Laguna de Caratasca, de Yuscarán, de Potrerillos o de La Ceiba. En una de ellas le describió con lujo de detalles los esfuerzos encubiertos realizados por Minor Keith ante el Departamento de Estado norteamericano para impedir la instalación de más receptorías en los países caribeños en donde la United Fruit tenía inversiones de gran envergadura, porque de esa manera, al controlar los marines las aduanas, el fisco norteamericano podía tener acceso directo al volumen real de sus operaciones foráneas, al número exacto de pencas exportadas o la cantidad de toneladas de azúcar producidas y vendidas. En ese entendido, Minor Keith intentó febrilmente la redocumentación de la deuda

* El caso se refiere al presidente hondureño Miguel Dávila, quien en el año 1911 se negó a suscribir el contrato de asesoría porque al ser intervenidas todas las aduanas por los marines norteamericanos se produciría con toda seguridad una guerra civil que lo conduciría a él mismo a su derrocamiento. Los banqueros norteamericanos no prestarían el dinero para sustituir a los acreedores ingleses si Estados Unidos no tomaba las aduanas para garantizar el pago con los impuestos de importación y exportación. El Departamento de Estado amenazó con una intervención británica ante la insolvencia hondureña y Dávila ordenó la firma del convenio. Estalló como era de esperarse la revolución. La United Fruit y la Cuyamel Fruit la estimularon porque tampoco les convenía una receptoría que controlara el comercio exterior de Honduras, dado que se sabría la realidad de sus transacciones y el volumen de impuestos omitidos al gobierno americano. Dávila no pudo controlar la situación y fue destituido de todas formas, mientras Keith hacía esfuerzos desesperados en Europa para renegociar la deuda causante de todos los problemas, hasta que fue citado por el Departamento de Estado para hacerlo entrar en razón y demostrarle las ventajas de la medida. Ni el Congreso americano ni el hondureño quisieron ratificar el convenio, pero éste una vez suscrito se ejecutó en todos sus términos por medio de una invasión masiva de la marina de guerra norteamericana para pacificar la situación y reponer el orden y la tranquilidad. Intervención y la Diplomacia del dólar en el Caribe 1900 a 1921, págs. 221/231. Dana Munroe.

pública de algunos países centroamericanos ante la banca europea, buscó afanosamente la posibilidad de desbaratar la instalación de la Diplomacia del Dólar, sabotearla, obstaculizarla a como diera lugar para evadir el pago de impuestos a su país y no tener que contemplar una disminución indigerible de sus utilidades.

Mentira que Estados Unidos buscara el orden, el progreso y la paz de sus vecinos centroamericanos por medio de la imposición de receptorías. En realidad se proponía obtener veladamente el control político de los países invadidos. ¡Someterlos, Juan José, someterlos! Acuérdate cuando Haití quiso promulgar una nueva ley agraria, con previsiones incluso para llegar a la expropiación en casos de utilidad pública. Era parte de una política interior de la sola competencia de los haitianos, ¿o no? Pues bien, el administrador de la receptoría, el capitán del U.S.S. George Washington, le comunicó al presidente de la República la suspensión de los sueldos de todo el personal burocrático del país, incluido el del propio jefe de la nación por tiempo indefinido si no se daba marcha atrás a la iniciativa propuesta. ¿No te parece suficiente? El gobierno haitiano tuvo que ordenar hasta el remate de sus timbres postales y marbetes en el mercado negro para poder hacer frente a los gastos indispensables e inaplazables, como la sangre para consumo de los hospitales. Ya en este punto los diversos gobernantes sucumbían, lógicamente, cuando una nueva revuelta nacional se avecinaba por la parálisis económica nacional.

¿No se habían justificado las intervenciones, las invasiones armadas y la imposición de sus receptorías apoyados en el argumento del orden y de la paz? Si ése era el verdadero propósito, ¿por qué amenazar entonces al presidente de la República con retenerle su sueldo si no se evitaba la promulgación de la ley? ¿No venían a administrar solamente las aduanas? ¿Por qué cancelar todo un proceso legislativo de la absoluta competencia de los haitianos? ¿No era claro el embuste? La aplicación de la ley perjudicaría los intereses agrícolas norteamericanos: ahí descansaba la verdadera explicación. Su único móvil era hacer del «América para los americanos» una realidad patrimonial de contenido económico, excluir a Europa de los negocios hemisféricos y garantizarse las riquezas del trópico a precios lucrativos y competitivos en el mercado internacional. Ésas eran las metas inconfesables de los Roosevelt, de los Taft, de los Knox y de sus políticas del Gran Garrote y de la Diplomacia del Dólar.

Claro está, explicó en otra comunicación, firmada a la luz parpadeante de una linterna en el interior de un campamento en las inmediaciones de Antigua:

Los norteamericanos vendieron al mundo las ventajas y beneficios de las receptorías cuando ponían de ejemplo a la República Dominicana, que con haberle entregado tan sólo el 45 % de la recaudación de sus aduanas había contado con más recursos para financiar sus gastos de gobierno que cualquiera de los cinco años precedentes, porque a partir de la llegada de los marines, las autoridades militares y los altos funcionarios se habían abstenido de entrar a mansalva en las arcas de la nación, ahora custodiadas por estos siniestros cancerberos imperiales, de la misma manera que a los revolucionarios se les había impedido igualmente saquear las cajas recaudadoras para hacerse de los impuestos cobrados en dólares, su única posibilidad de adquisición de armas en el extranjero.

Gracias a este afortunado suceso fue posible realizar un ambicioso proyecto de obras públicas que de otra manera se hubiera quedado, como siempre, en planos. Gracias a ellos la Dominicana había dejado de ser finalmente una triste aduana más rodeada de ladrones para empezar a adquirir fisonomía de país, algo así como si estuviéramos saliendo del canibalismo.

Llegaba el orden, sí, pero a costa de atropellar la soberanía de una nación, de ignorar las normas más elementales de respeto de toda una comunidad, sin percatarse de que se accionaba una bomba de tiempo que tarde o temprano haría volar por los aires todo el país con todo y receptoría", acorazados y marines. Un gobierno genuino no puede ser,

* No debe olvidarse que para el retiro del dinero de la cuenta de la receptoría, es decir, de los impuestos recaudados por las aduanas, eran necesarias tres firmas mancomunadas: la del almirante de la flota naval norteamericana, el secretario de la Embajada de la Casa Blanca y el secretario de Hacienda del país suscriptor del convenio de asesoría.

** El Tratado de Asesoría financiera suscrito en 1912 con Nicaragua, que estableció las bases de instalación de una Receptoría de Rentas en el país, fue ratificado después de que se les leyó a los diputados en inglés, idioma que por supuesto desconocía la mayoría. Los barcos anclaron en los puertos nicaragüenses y los

por definición, impuesto y si se le fijan controles inaceptables y se ignoran las protestas de la comunidad, la revolución siempre será una alternativa factible para destruir los patrones indeseables, pero también una opción conocida y probada para proyectar a las naciones al atraso. No es posible pretender la solución de conflictos sobre la base de ignorar o aplastar la dignidad de las partes. Los latinos le concedemos a la dignidad una importancia indigerible para la mentalidad sajona. La antepone al dinero y a los capitales con todo y sus generosos rendimientos. Los sajones y los latinos vivimos en extremos irreconciliables. Ambas posiciones filosóficas han impedido la ejecución de proyectos en común. Para los latinos, el dinero no justifica la existencia. No somos adoradores del capital. La verdadera riqueza es espiritual entre nosotros, mística, desvinculada de los bienes materiales, de ahí nuestra capacidad para resistir la miseria. Un latino siempre tocará la puerta de una casa ajena, por más humilde que ésta sea, antes de entrar; un sajón la tirará si no le abren. La posesión de dinero les concede a su juicio, una superioridad racial. Por eso invaden países y continentes. Por eso, porque los yanquis se enferman, mueren y matan con tal de llenarse los bolsillos con dólares, independientemente de su origen.

Si en verdad buscaban el bienestar de América Latina, su crecimiento armónico, el establecimiento de instituciones eficientes y la solvencia económica, las Receptorías de Rentas significaban un divorcio evidente con la materialización de dichos propósitos. La ayuda hubiera sido bien recibida sobre la base del respeto a los estilos de vida, convicciones y principios de sus vecinos; sin embargo, la larga y lamentable presencia de los marines en nada ha ayudado a la solución de los tradicionales problemas domésticos pues las instituciones de los países invadidos o intervenidos se han corrompido aún más durante las repetidas ocupaciones. En nada se parecen a las prevalecientes en los mismísimos Estados Unidos, ésas sí dignas de incorporarse en las estructuras políticas latinoamericanas.

¿Por qué las invasiones navales han fracasado a la larga? ¿Qué han dejado? ¿Acaso una sólida infraestructura política aprovechable en el porvenir? ¿O una influencia favorable en nuestros niveles de crecimiento para fortalecer nuestras economías? ¿Qué ha quedado de esas santas intenciones supuestamente altruistas de los presidentes norteamericanos? Ésas son las preguntas que me quiero contestar para entender el presente de nuestra querida Salaragua y el futuro de nuestras relaciones con Estados Unidos.

Una posdata, escrita en el Río Grande de Matagalpa, destacó la importancia del problema:

A modo de despedida sólo debo agregar que cuando Alemania y Francia invitaron a Estados Unidos a poner conjuntamente una Receptoría de Rentas en Haití, la Casa Blanca contestó con estos cuatro argumentos que espero te llamen a risa:

- 1) Declinamos la posibilidad de sumarnos a semejante plan porque se estaría interviniendo en los asuntos internos de otro país, hipótesis tradicionalmente rechazada por este gobierno.
- 2) La suscripción de un contrato de esa naturaleza sería contrario a los intereses norteamericanos.
- 3) La ejecución del proyecto sería derogatorio de la soberanía haitiana.
- 4) Finalmente, sería injusto para los haitianos.

Sobra decir que Haití celebró más tarde el contrato con Estados Unidos en condiciones vergonzosas, pues el presidente de la República amenazó a los invasores con denunciarlos en las negociaciones de paz de Versalles en 1919 si no se retiraban de la isla. Por toda respuesta encontró su inmediato derrocamiento.

marines se instalaron en la puerta de la representación popular. Cuando finalmente se «pagaron los 3 millones acordados a Nicaragua» por concepto del nuevo préstamo, 25 millones fueron para amortizar la deuda anterior y quinientos mil dólares para el pago de sueldos del personal americano. En la operación no salió un solo centavo de Estados Unidos ni por tanto llegó nada a Nicaragua, que se quedó con la nueva deuda, unas condiciones económicas imposibles de satisfacer y la totalidad del país invadido.

Lo anterior se llevaba a cabo precisamente cuando Woodrow Wilson juraba en la histórica conferencia de paz que respetaría a todo trance los derechos de las naciones pobres frente a las ricas.

Te quiere, tu compañero de trinchera,

Ricardo.

CUADERNO DE NOTAS
DE RICARDO FURTAMANTES*

* Transcurrieron muchos años antes de que el autor pudiera encontrar en el corazón de la selva salaragüense el famoso cuaderno de notas de Ricardo Furtamantes. Sólo uno de sus correligionarios logró guardar algunos pensamientos aislados manuscritos por el fervoroso combatiente, mismos que aquí se reproducen para dejar sí fuera necesario una mayor constancia de los alcances de su visión y las proporciones de su talento.

Ricardo Furtamantes escribía todos los días. El establecimiento de un diálogo intenso y constante con él mismo constituía una necesidad de satisfacción ineludible. El hábito, arraigado en él muchos años atrás, representaba en sus años maduros la única posibilidad de sosiego y paz en su existencia, la gran oportunidad de ventilar sus pensamientos y controlar los vendavales interiores que lo azotaban sin tregua. La mayor parte de la tropa no lo entendía y de hecho tenía suficiente con el agotamiento ocasionado por la caminata entre los pantanos, cortando con la mano las nubes de insectos y el lodo hasta la cintura, siempre con el temor de una emboscada en el momento más inesperado sumado al calor sofocante y al desgaste producido por el dominio del miedo. Cualquier descanso era aprovechado para dormir, siempre y cuando no tocara el turno de la guardia. Furtamantes requería además otro tipo de descanso. La guerra de guerrillas, la acción en la selva, su vida permanentemente en juego, un repentino bombardeo o el piquete de un animal ponzoñoso, la tensión a toda hora, no le reportaban el desahogo necesario para encontrar al final de la jornada la paz espiritual tan ansiada: necesitaba escribir, inevitablemente, ya fuera bajo la sombra de una palmera, al lado de una fogata o en el interior de su tienda de campaña antes de entregarse al sueño. Ni las candelillas ni los cocuyos ni las purrujas tenían la capacidad de distraerlo cuando redactaba a la luz de una lámpara de canfín. Vaciaba en su cuaderno de notas sus ideas, sus propósitos, sus recuerdos, la historia de Salaragua y Centroamérica, sus convicciones políticas y sus principios filosóficos sin tomar en consideración orden alguno. Unas veces abordaba temas históricos:

- El Caribe y sus hermosas playas se convirtieron años más tarde del descubrimiento de América en una arena, en un coliseo, un gran teatro donde ventilaban sus eternos conflictos los tradicionales imperios rivales de la época. Los piratas y contrabandistas de extracción europea, pero fundamentalmente ingleses, soportados en su mayoría por sus propios gobiernos, desafiaban los dominios españoles para hacerse de posesiones exclusivas en América. Las áreas no colonizadas por la Metrópoli fueron ocupadas por otros extranjeros que pronto hicieron florecer dichos asentamientos dedicados principalmente a la producción de tabaco y azúcar y se enriquecieron con el contrabando de estos productos.

Piratería, contrabando: así empieza la trama de nuestros días, así termina.

Otras, repasaba problemas sociales ancestrales:

- Ya antes de la llegada de los españoles, las tribus del istmo peleaban frecuentemente entre sí con el ánimo de satisfacer sus apetitos hegemónicos. Esta rivalidad permanente, este conflicto siempre desgastante fue observado detenidamente por los conquistadores y entendido como una generosa oportunidad para lograr la penetración y la victoria final, el aprovechamiento de las eternas diferencias históricas, la coyuntura ideal, la clave de acceso para imponer la dominación absoluta, la capitalización en su beneficio de una larga tradición de desunión centroamericana, la misma que en la actualidad explota exitosamente Estados Unidos.

- Centroamérica ha sido siempre una región de contrastes. Ya desde la época de la conquista fue dominada por una aristocracia de latifundistas. La vida en la región se desarrollaba dentro de peligrosos extremos, la opulencia y la ostentación y la miseria y la resignación con todas sus consecuencias y sus efectos económicos. Desde el siglo XVI Centroamérica había llamado la atención de residentes y viajeros por la incomparable fertilidad de sus tierras, un paraíso terrenal, un clima extraordinario, un suelo fértil y generoso donde un hombre podía satisfacer todas sus necesidades con suma facilidad y todavía generar excedentes exportables. Ya por aquel momento era una zona de pobreza y prosperidad.

- Centroamérica: un botín de codicia, violencia, orfandad.

No dejaba de analizar algunas causas para tratar de entender cabalmente el subdesarrollo latinoamericano:

- Las explicaciones para demostrar el fracaso en la modernización de Centroamérica son tan diversas

como diversas lo son las promesas incumplidas de su geografía. Las explicaciones van desde el determinismo climático y geográfico, donde el trópico es el principal villano, hasta las condenaciones racistas de la herencia española, el carácter español o el indio letárgico o la religión católica experta en la búsqueda y en la manipulación de la culpa y en la explotación de los miedos propios de los humanos como instrumentos de control político. Vivimos con la eterna nostalgia por el pasado, con la resignada insatisfacción del presente, sin un elemental sentido crítico indispensable para entender el origen de nuestros problemas. ¿Cómo sabemos el papel que juega o ha jugado en nuestra sociedad la sumisión incondicional a la jerarquía eclesiástica?, o ¿el de la estratificación económica heredada y conformista?, o ¿el sistema ético despersonalizado?, o ¿la concepción de la pobreza como una meta para alcanzar el perdón eterno?, o ¿los trescientos años de esclavitud y de intransigencia?, o ¿la ausencia de una mística de trabajo para la superación individual o colectiva?, o ¿la mentalidad dependiente?, o ¿los ataques del imperialismo europeo?, o ¿los marines y el capitalismo norteamericano?

Sólo el deseo de ser, de conocernos, nos sostiene y afirma.

Suponía la imagen de Centroamérica en los años posteriores a su independencia:

- ¡Ay! Si España nos hubiera concedido las mismas facilidades de autogobierno que la Corona inglesa otorgó a sus colonias. Si hubiéramos adquirido la misma experiencia de los súbditos británicos de ultramar en lo referente a la administración de los asuntos públicos y de Estado, en comparación con la centralización intransigente de las autoridades virreinales españolas y la exclusión de los aborígenes de los delicados negocios oficiales, al tiempo de la independencia no hubiéramos tenido un costo de aprendizaje tan extraordinariamente elevado. Las ventajas de la autogestión controlada, pero al fin y al cabo autogestión inglesa en América del Norte, se tradujeron al paso del tiempo en diferencias abismales y centenarias, difíciles, muy difíciles de superar. Se parte, entendámoslo, de diferencias de más de trescientos años de ventaja administrativa.

- Nosotros expulsamos a las autoridades españolas y tuvimos que aprender a manejar un tren en marcha. Sustituimos personas y todavía importamos instituciones ajenas a nosotros. Ellos se concretaron a cambiar algunos nombres y continuaron sus rutinas. De hecho no resintieron la ausencia de la Corona inglesa en los asuntos públicos ni sufrieron apenas los efectos de la orfandad política.

- Centroamérica no acababa de conocer los riesgos de su inhabilidad administrativa ni de su indefensión militar cuando ya era repentinamente parte de la lucha devastadora entre las grandes potencias, una presa apetecible, un mercado generoso, una zona tropical necesaria para integrar sus economías, unos clientes extraordinarios para los banqueros, textileros y productores de otros artículos manufacturados, y unos proveedores sobresalientes de materias primas novedosas y lucrativas. Centroamérica comparada con Estados Unidos en sus respectivos momentos de independencia política es algo así como una mulata joven y hermosa capturada por un puñado de piratas que han permanecido sin tocar tierra durante muchos meses.

A veces como el hombre que entra a un mundo surreal, encandilado por el resplandor ardiente de las vegetaciones tropicales, Furtamantes era asaltado por imágenes, ideas sueltas como relampagueantes meteoros desprendidos de un sol invisible.

Las anotaba:

- Nadie ni siquiera el más exaltado imperialista sostendrá que Estados Unidos o Inglaterra son especies de caballeros andantes que van de un sitio a otro en busca de pueblos oprimidos para librarlos de sus gobiernos opresores sin tener en cuenta sus propios intereses.

- ¿Por qué Estados Unidos sí pudo hacer la América de Washington y nosotros no pudimos hacer la de Bolívar, en circunstancias que Bolívar, en sus concepciones de unidad y gobierno, no era inferior a

Washington?

- Los grandes imperios mueren de indigestión.
- El ejército regular iba delante, los colonos detrás. De la misma manera como actualmente van por delante los marines y los inversionistas atrás.

Evaluaba el papel de la Iglesia:

- Los grupos reaccionarios siempre propusieron el restablecimiento de un régimen paternalista no para proponer o dar cabida a un orden social justo sino para afianzarse en el privilegio y garantizársela improcedencia de cualquier cambio que pudiera afectar sus intereses. La sombra generosa del paternalismo no era sino la proyección de un centralismo absolutista muy parecido a las dictaduras. Los hacendados, herederos de la antigua encomienda, integraban en realidad principados feudales contrarios a cualquier estructura federativa, a la cual también se oponía la Iglesia desde cualquier trinchera o el más insignificante pulpito en su carácter de terrateniente. La tenencia de la tierra comenzaba a ser ya desde entonces un problema grave. La Iglesia se definía como la institución más conservadora de la sociedad. No perdamos de vista además que los jesuitas, dominicos, franciscanos, agustinos y bethlemitas eran grandes terratenientes que se dedicaban a sus plantaciones y no al culto. Sus intereses personales además eran contrarios a la política unificadora centroamericana.

- Una de las principales razones de la guerra crónica en Centroamérica se encuentra en los poderes de la Iglesia y en la distribución de la tierra. Las cinco repúblicas han expropiado, una tras otra, sus bienes. Por algo será.

En relación al papel de Estados Unidos respecto a América Latina a principios del siglo pasado, escribió:

- Simón Bolívar ya nos advirtió de pie, sobre una de las últimas vértebras de Los Andes con un grito estremecedor cuyo eco interminable no deja de quitarnos el sueño: «Estados Unidos parece destinado a plagar América con todo género de miserias en nombre de la libertad.»

Discurría con suma agilidad en la problemática histórica de América Latina:

- En Centroamérica nos ahorramos una guerra de independencia contra España o México; sí, pero a cambio sufrimos una serie de tormentosos debates y guerras internas originadas principalmente en los antagonismos de clase, en las relaciones Iglesia/Estado, en la política económica, en la fiscal y en la filosofía general de gobierno. La influencia del gobierno de Felipe V, de la revolución americana, de la francesa, de la Ilustración, así como de las ideas republicanas provenientes de Francia y Estados Unidos durante la independencia latinoamericana jugaron un papel determinante en el siglo XVIII en Iberoamérica, pero esa corriente ideológica no prosperó en la práctica no obstante haber sido recogidos sus conceptos progresistas en las constituciones políticas domésticas. ¿Razones? Subsistía una estructura, una mentalidad feudal inconsecuente con dichos principios importados, cuyo contenido filosófico era ajeno a los movimientos sociales de la región y por lo mismo desvinculados de nuestra idiosincrasia y de nuestra experiencia histórica. Por eso fracasaron dichos ordenamientos y se convirtieron en letra muerta. Por lo mismo se frustraron los intentos por constituir una unión de países o una federación centroamericana porque podía más el localismo que la unidad, más la reacción que la reforma, más la oligarquía que los hombres de Estado.

- Pasará mucho tiempo antes de que Estados Unidos entienda que en Centroamérica preferimos malos gobiernos pero presididos por nuestros líderes que buenos gobiernos bajo el tutelaje extranjero.

- Nuestro vino es amargo pero es nuestro vino.

- El subdesarrollo se da junto con la ausencia de estadistas, poetas, intelectuales, juristas, técnicos, etc... En Centroamérica los poetas como Darío evolucionan lejos de Centroamérica.

**ÍNDICE CRONOLÓGICO
DE INVASIONES NORTEAMERICANAS
EN EL MUNDO A PARTIR
DEL SIGLO XVIII**

1798-1800 Guerra naval no declarada a Francia: esta disputa incluyó acciones territoriales como las que se llevaron a cabo en la República Dominicana, en la ciudad de Puerto Plata, donde los marines capturaron un barco francés debajo de los cañones de los fuertes.

1801-1805 Trípoli: los marinos desembarcaron con William Eaton, el agente norteamericano para reclutar una fuerza contra Trípoli, en un esfuerzo por liberar la tripulación del *Filadelfia*.

1806 México [territorio español]: el capitán Z. M. Pike, con un grupo de tropas invadió el territorio español en la desembocadura del río Grande de acuerdo a las órdenes vertidas por el general James Wilkinson. Éste fue hecho prisionero sin presentar resistencia en un fuerte que él mismo hizo construir en lo que actualmente es Colorado, tomado de México; más tarde fue liberado después de haberle secuestrado sus papeles. El propósito político de esta acción permanece todavía como un misterio.

1806-1810 Golfo de México: barcos cañoneros norteamericanos operaban desde Nueva Orleans en contra de barcos españoles y franceses, como el *Lafitte*, afuera del delta del Mississippi bajo las órdenes del capitán John Shaw y el comandante David Porter.

1810 Florida occidental [territorio español]: el gobernador de Louisiana, cumpliendo órdenes del presidente, ocupó con tropas territorios en disputa como el del Mississippi oriental hasta llegar al río Perla, más tarde la frontera este de Louisiana. Él estaba autorizado a tomar territorio hasta llegar al río Perdido en la parte occidental de la zona. No hubo enfrentamientos armados.

1812 La isla Amelia y algunas otras partes de la Florida oriental, entonces bajo soberanía española: la posesión temporal fue autorizada por el presidente Madison. El Congreso deseaba evitar la ocupación por parte de cualquier otra potencia, pero la posesión fue ganada por el general George Matthews de manera tan irregular que sus medidas fueron desaprobadas por el propio presidente.

1812-1815 Gran Bretaña: guerra formalmente declarada en 1812.

1813 Florida occidental [territorio español]: con autorización del Congreso, el general Wilkinson con 600 soldados toma por la fuerza Mobile Bay en abril. Estados Unidos avanzó dentro del territorio disputado rumbo al río Perdido, como fue proyectado en 1810. No hubo pelea.

1813-1814 Islas Marquesas: se construye un fuerte en la isla Nukahiva para proteger tres barcos que habían sido capturados por los británicos.

1814 Florida española: el general Andrew Jackson tomó Pensacola y corrió a los españoles con quienes Estados Unidos estaba en guerra.

1814-1825 El Caribe: se libraron repetidamente combates entre piratas y barcos americanos en tierra y mar en las inmediaciones de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Yucatán. Fueron reportados tres mil ataques de piratas a mercaderes entre 1815 y 1823. El comodoro James Biddle empleó un escuadrón, dos fragatas, cuatro balandras de guerra, dos bergantines, cuatro goletas y dos cañoneras en las Indias occidentales.

1815 Algiers: el Congreso autoriza una expedición. Una gran flota bajo Decatur ataca Algiers y obtiene indemnizaciones.

1815 Trípoli: después de asegurar un acuerdo de Algiers, Decatur se presentó con su escuadrón en Túnez y Trípoli, donde aseguró indemnizaciones por daños durante la guerra de 1812.

1816 Florida española: las fuerzas de Estados Unidos destruyen el Fuerte Nicholls, apodado Fuerte Negro.

1816-1818 Florida española: la Primera Guerra Seminóle. Los indios seminóles cuya área era frecuentada por esclavos en fuga y rufianes fronterizos, fueron atacados por tropas bajo el mando de los generales Jackson y Gaines y perseguidos en el norte de Florida.

1817 Isla Amelia [territorio español de Florida]: bajo las órdenes del presidente Monroe, las fuerzas de Estados Unidos desembarcaron y expulsaron un grupo de sabotadores, aventureros y ladrones.

1818 Oregón: el *U.S.S. Ontario*, despachado de Washington, desembarca en el río Columbia para tomar posesión de la zona en agosto. Inglaterra había reconocido la soberanía, pero Rusia y España reclamaban el área.

1820-1823 África: las fuerzas navales de Estados Unidos atacaron inesperadamente el tráfico de esclavos de acuerdo al Acta del Congreso de 1819.

1822 Cuba: las fuerzas navales de Estados Unidos desembarcaron en la costa noroeste de Cuba con el propósito de erradicar la piratería. Quemaron una estación pirata.

1823 Cuba: ocurren pequeños desembarcos en abril 8 en persecución de piratas cerca de Escondido; abril 16, cerca de cabo Blanco; julio 11, en bahía Siquapa; julio 21, en cabo Cruz y en octubre 23 en Camrioca.

1824 Cuba: en octubre el *U.S.S. Porpoise* desembarca marinos cerca de Matanzas en persecución de los piratas.

1825 Cuba: en marzo las fuerzas americana y británica conjuntas desembarcaron en Sagua La Grande para capturar piratas.

1827 Grecia: en octubre y noviembre partidas en tierra cazaban piratas de Argenteire, Miconi y Andross.

1831-1832 Islas Falkland: desembarcaron los marines para investigar la captura de tres navíos americanos y para proteger los intereses americanos.

1832 Sumatra, febrero 6 y 9: invasión para castigar a los nativos del pueblo de Quallah Battoo por depredaciones en embarcaciones americanas.

1833 Argentina, invasión en octubre 31 y noviembre 15: una fuerza fue enviada a Buenos Aires para proteger los intereses de Estados Unidos y otros países durante la insurrección.

1835-1836 Perú, diciembre 10, 1835 a enero 24, 1836 y agosto 31 a diciembre 7, 1835: los marines invaden para proteger los intereses de Estados Unidos en Callao y Lima durante un atentado revolucionario.

1835 México: declaración de *Independencia* de Texas de la República mexicana después de propiciar y estimular un movimiento interno de carácter separatista de cara a la anexión definitiva de estos enormes territorios a Estados Unidos. México pierde Texas después de múltiples invasiones y sublevaciones norteamericanas que desembocan en una guerra trágico cómica encabezada por el general presidente Antonio López de Santa Anna.

1836 México: el general Gaines ocupa Nacogdoches (Texas), territorio disputado de julio a diciembre durante la guerra tejana de independencia, bajo las órdenes de cruzar la «línea imaginaria fronteriza» si amenazaba cualquier indio a cruzarla.

1838-1839 Sumatra, diciembre 24, 1838 a enero 4, 1839: se invade para castigar a los nativos de los pueblos de Quallah Battoo y Mukki por depredaciones a embarcaciones americanas.

1840 Islas Fiji, julio: la invasión se lleva a cabo para castigar nativos por atacar partidas americanas de explotación y sobrevivencia.

1841 Isla Drummond, Grupo Kingsmill: para vengar la muerte de un marinero atacado por los nativos.

1841 Samoa, febrero 24: para vengar la muerte de un marinero americano en la isla Upolu.

1842 México: el comodoro T. A. C. Jones, comandando un escuadrón ocupa Monterrey, Calif., México, en octubre 19, creyendo que la guerra había comenzado. Encuentra que hay paz y se retira. Un incidente similar ocurre una semana después en San Diego.

1843 África, noviembre 29 a diciembre 16: cuatro barcos de Estados Unidos desembarcan en varias partidas (una de 200 marines y navegantes), para desanimar la piratería y el comercio de esclavos a través de Costa de Marfil y para castigar ataques de los nativos a embarcaciones y marineros americanos.

1843 China: marineros del *St. Louis* desembarcan después de un enfrentamiento entre americanos y chinos en Cantón.

1844 México: el presidente Tyler despliega fuerzas para proteger Texas contra México; está pendiente una aprobación del Senado para anexar territorio (fue rechazada).

1846 México: inicio de la guerra entre el pueblo norteamericano contra México al grito de cincuenta-cuarenta o la guerra: el paralelo 50 40 como frontera de Estados Unidos.

1846-1848: la ocupación del territorio disputado ordenada por el presidente Polk, precipita la guerra contra México. Guerra formalmente declarada. A México se le arrebató la mitad de su territorio: California, Arizona, Nuevo México, Nevada, Utah y Colorado.

1849 Smyrna: en julio una fuerza naval rescata un americano detenido por oficiales austríacos.

1851 Turquía: después de una masacre de forasteros (americanos incluidos) en Jaffa en el mes de enero, una demostración del Escuadrón Mediterráneo fue ordenada a lo largo de la costa turca. Aparentemente no hubo tiros.

1851 Isla Johanna (este de África), agosto: la ocupación se produce para evitar el encarcelamiento ilegal del capitán de un bergantín americano.

1852-1853 Argentina, febrero 3 al 12, 1852; septiembre 17, 1852 a abril 1853: los marines desembarcan y se mantienen en Buenos Aires para proteger intereses americanos durante una revolución.

1853 Nicaragua, marzo 11 al 13: una invasión para proteger vidas e intereses americanos durante disturbios políticos.

1853-1854 Japón: la «apertura de Japón» y la Expedición Perry.

1853-1854 Islas Ryukyu y Bonin: el comodoro Perry en tres visitas antes de ir a Japón hizo una demostración naval, desembarcando marines asegurándose una concesión del gobernador de Naha, en Okinawa.

1854 China, abril 4 a junio 15: la ocupación se ejecuta para proteger intereses americanos cerca de Shangai durante una contienda civil china.

1854: Nicaragua, julio 9 a 15: San Juan del Norte fue destruido para vengar un insulto al embajador americano en Nicaragua.

1855 China, mayo 19 al 21: ocupación para proteger los intereses americanos en Shanghai. Agosto 3 al 5: para pelear contra piratas cerca de Hong Kong.

1855 Islas Fiji, septiembre 12 a noviembre 4: para pedir reparaciones a daños en bienes norteamericanos.

1855 Uruguay, noviembre 25 al 30: las fuerzas navales de Estados Unidos y Europa desembarcan para proteger intereses americanos durante un atentado de revolución en Montevideo.

1856 Panamá, República de Nueva Granada, septiembre 19 al 22: se ordena una ocupación militar para proteger intereses americanos durante una insurrección.

1856 China, octubre 22 a diciembre 6: para proteger intereses americanos en Cantón durante las hostilidades entre Inglaterra y China; y para vengar un asalto no provocado a un barco no armado que desplegaba una bandera americana.

1857 Nicaragua, abril a mayo, noviembre a diciembre: para oponerse a un atentado contra William Walker quien mantenía el control del país. En mayo el comandante C. H. Davis de la marina de Estados Unidos con algunos marines, acepta la rendición de Walker y protege a sus hombres contra los nativos a los cuales había atacado Walker.

1858 Uruguay, enero 2 al 27: los marines desembarcan para proteger los intereses americanos durante una revolución en Montevideo.

1858 Islas Fiji, octubre 6 al 16: para castigar a los nativos por el asesinato de dos ciudadanos americanos.

1858-1859 Turquía: desplegando la fuerza naval de conformidad con una petición elevada ante el secretario de Estado después de una masacre de ciudadanos americanos en Jaffa.

1859 Paraguay: el Congreso autoriza el envío de un escuadrón naval para impedir un ataque a un navío de guerra en el río Paraná durante 1855. Se pidieron disculpas después de exhibir un gran despliegue de fuerzas.

1859 México: dos mil soldados americanos cruzaron el río Grande en persecución de un bandido mexicano llamado Cortina.

1859 China, julio 31 a agosto 2: para la protección de intereses americanos en Shanghai.

1860 Colombia, bahía de Panamá, septiembre 27 a octubre 8: para proteger los intereses americanos durante la revolución.

1863 Japón, julio 16: para vengarse de un insulto contra la bandera americana puesta en llamas en un velero americano en Shimonoseki.

1864 Japón, julio 14 a agosto 3: para proteger al embajador de Estados Unidos en Japón durante su visita a Yedo para negociar unas demandas e impresionar a los japoneses con el poder militar americano.

1864 Japón, septiembre 4 al 14, estrecho de Shimonoseki: para forzar a Japón y al príncipe de Nagato en particular al uso de los estrechos por barcos foráneos de acuerdo con los tratados previamente firmados.

1865 Panamá, marzo 9 y 10: para proteger la vida y propiedades de residentes americanos durante la revolución.

1866 México: para proteger residentes americanos; el general Sedwick y cien hombres en noviembre obtienen la rendición de Matamoros. Después de 3 días le ordena el gobierno de Estados Unidos retirarse.

1866 China, junio 20 a julio 7: para castigar un asalto al cónsul americano en Newchwang; julio 14, para, consultar con autoridades en el puerto; agosto 9, en Shanghai, para ayudar a extinguir fuego en la ciudad.

1867 Nicaragua: marines ocupan Managua y León.

1867 Isla de Formosa, junio 13: para castigar una horda de salvajes que se suponía habían asesinado a la tripulación de un buque americano.

1868 Japón (Osaka, Hiogo, Nagasaki, Yokohama, y Negata), febrero 4 al 8, abril 4 a mayo 12, junio 12 y 13: para proteger intereses americanos durante la guerra civil en Japón sobre la abolición del Shogunate y la restauración del Mikado.

1868 Uruguay, febrero 7 y 8, 19 y 26: para proteger a los residentes foráneos durante la insurrección en Montevideo.

1868 Colombia, abril 7 en Aspinwall: para proteger pasajeros en tránsito durante la ausencia de la policía local o de tropas después de la muerte del presidente de Colombia.

1870 México, junio 17 y 18: para destruir el barco pirata *Forward*, que había recorrido aproximadamente 40 millas arriba del río Tecapán.

1870 Islas Hawaianas, septiembre 21: para colocar la bandera americana a media asta por la muerte de la reina Kalama, cuando el cónsul americano en Honolulu no asume la responsabilidad de hacerlo.

1871 Corea, junio 10 al 12: para castigar a los nativos por los daños causados a americanos, particularmente por asesinar a la tripulación del general Sherman, y posteriormente por abrir fuego contra otros pequeños barcos americanos.

1873 México: tropas de Estados Unidos cruzaron la frontera de México repetidas veces persiguiendo ladrones. Hubo algunas persecuciones recíprocas por las tropas mexicanas en el territorio fronterizo. Casos notables fueron el de Remolina en mayo 1873 y en Las Cuevas en 1875.

1874 Islas Hawaianas, febrero 12 al 20: para preservar el orden y proteger vidas e intereses americanos durante la coronación de un nuevo rey.

1876 México, mayo 18: para vigilar temporalmente el pueblo de Matamoros mientras se encontraba sin

gobernante.

1882 Egipto, julio 14 al 18: para proteger intereses americanos durante la guerra entre Inglaterra y Egipto y la persecución de la ciudad de Alejandría por los árabes.

1885 Panamá (Colón), enero 18 y 19: para guardar los intereses de la compañía americana constructora del ferrocarril de Panamá durante las explosiones revolucionarias.

1888 Corea, junio: para proteger a los residentes americanos en Seúl durante un esperado golpe de Estado.

1888 Haití, diciembre 20: para persuadir al gobierno haitiano con el objeto de que regresara un barco de vapor americano que había sido secuestrado con el cargo de bloqueo.

1888-1889 Samoa, noviembre 14, 1888, a marzo 20, 1889: para proteger a los ciudadanos y al consulado americano durante una guerra civil nativa.

1889 Islas Hawaianas, julio 30 y 31: para proteger intereses americanos en Honolulu durante la revolución.

1890 Argentina: una partida naval desembarca para proteger el consulado de Estados Unidos en Buenos Aires.

1891 Haití: para proteger vidas y propiedades americanas en la isla Navassa.

1891 Mar de Behring, julio 2 a octubre 5: para impedir el robo de pescado vedado.

1891 Chile, agosto 28 al 30: para proteger al consulado americano así como a las mujeres y los niños allí refugiados durante la revolución en Valparaíso.

1893 Hawai, enero 16 a abril 1: ostensiblemente para proteger vidas y propiedad americanas y para promover el gobierno provisional de Sanford B. Dole.

1894 Brasil, enero: para proteger el comercio americano en Río de Janeiro durante la guerra civil brasileña. No hubo intento de desembarco pero sí despliegue de fuerza naval.

1894 Nicaragua, julio 6 a agosto 7: para proteger intereses americanos en Bluefields después de una revolución.

1894-1895 China: marines estacionados en Tientsin penetraron en Pekín durante la guerra chino-japonesa.

1894-1896 Corea, julio 24, 1894 a abril 3, 1896: para proteger vidas e intereses en Seúl durante y después de la guerra chino-japonesa.

1895 Colombia, marzo 8 y 9: para proteger intereses americanos durante el ataque a un pueblo de Bocas del Toro llevado a cabo por un bandido.

1896 Nicaragua, mayo 2 al 4: para proteger intereses americanos en Corinto durante un arresto político.

1898 Nicaragua, febrero 7 y 8: para proteger vidas y propiedades americanas en San Juan del Sur.

1898 España: la guerra española-americana. Declarada totalmente.

1899 Nicaragua: para proteger intereses americanos en San Juan del Norte.

1899 Samoa, marzo 13 a mayo 15: para proteger intereses americanos y tomar parte en la sucesión del trono.

1899-1901 Islas Filipinas: para proteger intereses americanos después de la guerra con España y para conquistar las islas.

1900 China, mayo 24 a septiembre 28: para proteger vidas de extranjeros durante el levantamiento boxer, particularmente en Pekín. Muchos años después de esta experiencia se mantuvo una guardia permanente en Pekín. Estuvo allí hasta 1934.

1901 Colombia (Estado de Panamá), noviembre 20 a diciembre 4: para proteger la propiedad americana en el istmo y para mantener líneas de tránsito abiertas durante disturbios revolucionarios.

1902 Colombia, abril 16 al 23: para proteger vidas y propiedades americanas en Bocas del Toro durante la guerra

civil.

1902 Colombia (Estado de Panamá), septiembre 17 a noviembre 18: para montar guardias armados en todos los trenes cruzando el istmo y para mantener la línea del ferrocarril abierta.

1903 República Dominicana, marzo 30 a abril 21: para proteger los intereses americanos en Ciudad de Santo Domingo durante un brote revolucionario.

1903 Honduras, marzo 23 al 30 o 31: para proteger el consulado americano en Puerto Cortés durante un período de revolución.

1903 Siria, septiembre 7 al 12: para proteger el consulado americano en Beirut cuando se temía un levantamiento.

1903-1904 Abisinia: veinticinco marines fueron mandados para proteger al cónsul general de Estados Unidos mientras negociaba un tratado.

1903-1914 Panamá: para proteger vidas e intereses americanos durante y después de la revolución por la independencia de Colombia sobre la construcción del canal del istmo. Teodoro Roosevelt estimuló el movimiento separatista de Colombia para poder construir el canal en los términos que él deseaba, contrarios a la posición soberana defendida inútilmente por el Congreso colombiano. El primer embajador de Panamá en Washington, un francés representante de los intereses de la compañía de Fernando de Lesseps firmó los tratados a las 48 horas del reconocimiento diplomático de la nueva República creada por Roosevelt. Dichos tratados continúan siendo una fuente de conflictos entre ambas naciones hasta nuestros días.

Con breves intervalos, los marines estuvieron estacionados en el istmo de noviembre 4 del 1903 a enero 21 de 1914 para salvaguardar intereses americanos.

1904 República Dominicana, enero 2 a febrero 11: para proteger intereses americanos en Puerto Plata y la ciudad de Santo Domingo durante actividades revolucionarias.

1904 Tánger, Marruecos: invasión llevada a cabo por un escuadrón para relevar por la fuerza un marine americano secuestrado.

1904 Panamá, noviembre de 17 al 24: para proteger vidas y propiedades americanas en tiempos de insurrección.

1904-1905 Corea, enero 5 de 1904 a noviembre 11 de 1905: para salvaguardar una legión americana en Seúl.

1906-1909 Cuba, septiembre 1906 a enero 1909: intervención para restaurar el orden, proteger a los forasteros y establecer un gobierno estable después de una seria actividad revolucionaria.

1907 Honduras, marzo 18 a junio 8: para proteger intereses americanos durante la guerra entre Honduras y Nicaragua.

1910 Nicaragua, febrero 22: durante una guerra civil para obtener información sobre las condiciones en Corinto; mayo 10 a septiembre 4, para proteger los intereses americanos en Bluefields.

1911 Estados Unidos establece la Receptoría de Rentas en Nicaragua y controla por 38 años la totalidad de los ingresos derivados del comercio exterior.

1911 Honduras, enero 26: para proteger vidas e intereses americanos durante la guerra civil en Honduras.

1911 China: cuando ya se acercaba la revolución nacionalista trataron de entrar en Wuchang para rescatar infructuosamente misioneros.

1912 Honduras: una pequeña fuerza de desembarco ingresó en territorio hondureño para prevenir la toma por parte del gobierno de una compañía de trenes en Puerto Cortés.

1912 Panamá: tropas norteamericanas supervisaron elecciones fuera de la zona del canal en territorio panameño.

1912 Cuba, junio 5 a agosto 5: para proteger intereses americanos en la provincia de Oriente y en La Habana.

1912 China, agosto 24 al 26, en la isla Kentucky y agosto 26 al 30 en el Campo Nicholson: para proteger vidas e intereses americanos durante un brote revolucionario.

1912 Turquía, noviembre 18 a diciembre 3: para proteger a la delegación americana en Constantinopla durante la guerra de los Balcanes.

1912-1925 Nicaragua, agosto a septiembre 1912: para proteger intereses americanos durante un intento de revolución.

1912-1941 China: los desórdenes que empezaron con la rebelión de 1912 concluyeron en partidas de desembarco para proteger los intereses de Estados Unidos en China. En 1927, Estados Unidos tenía 5.670 tropas acantonadas en China y 44 veleros navales en sus aguas. En 1933 ya sólo contaba con 3.027. Toda esta acción protectora fue, en términos generales, basada en tratados con China desde 1858 a 1901.

1913 México, septiembre 5 al 7: los marines desembarcaron para ayudar a evacuar ciudadanos americanos del Valle de Yaqui.

1914 Haití, enero 29 a febrero 21: para proteger a los americanos en tiempos de levantamientos armados.

1914 República Dominicana, junio y julio: durante un movimiento revolucionario, las fuerzas navales de Estados Unidos impidieron el bombardeo de Puerto Plata y por la fuerza mantuvieron la ciudad de Santo Domingo como zona neutral.

1914-1917 México: Estados Unidos invade Veracruz y bombardea el puerto matando cientos de soldados mexicanos. Dos años después vuelve a invadir este país, en esta ocasión por el norte por medio de la expedición Pershing.

1915-1934 Haití, julio 28, 1915, a agosto 15, 1934: para mantener el orden durante un período de insurrección doméstica.

1916 China: fuerzas americanas desembarcaron para arreglar un asunto relativo a una propiedad americana de Nanking.

1916-1924 República Dominicana, mayo 1916 a septiembre 1924: para mantener el orden durante el período de insurrección doméstica.

1917 China: tropas americanas desembarcaron en Chungking para proteger vidas americanas durante crisis política.

1917-1918 Primera Guerra Mundial.

1917-1922 Cuba: para proteger los intereses americanos durante una insurrección. Casi todas las fuerzas de Estados Unidos abandonaron Cuba en agosto 1919, excepto dos compañías que permanecieron en Camagüey hasta febrero 1922.

1918-1919 México: después del retiro de la expedición Pershing, tropas americanas entraron en México en persecución de los bandidos por lo menos tres veces en 1918 y seis en 1919. En agosto 1918 tropas americanas y mexicanas pelearon en Nogales.

1918-1920 Panamá: en Chiquiri durante disturbios electorales subsecuentes.

1918-1920 Rusia soviética: los marines desembarcaron cerca de Vladivostok en junio y julio para proteger el consulado americano y otros puntos de las tropas bolcheviques y de la armada Czech que atravesó Siberia en el frente oeste.

Una proclamación conjunta de gobierno de emergencia y neutralidad fue realizada por americanos, japoneses, ingleses, franceses y checos en julio. Los americanos permanecieron hasta agosto.

1919 Dalmacia: fuerzas de Estados Unidos desembarcaron en Trau como requerimiento de las autoridades italianas para poner orden.

1919 Turquía: marines de Estados Unidos desembarcaron para proteger su consulado durante la ocupación griega en Constantinopla.

1919 Honduras, septiembre 8 al 12: fue enviada una fuerza marina para proteger vidas en los disturbios.

1920 El presidente Coolidge anuncia la Doctrina Ewart que justifica las intervenciones en los asuntos internos de América Latina con el objeto de proteger a las corporaciones norteamericanas.

1920 Guatemala, abril 9 al 27: para proteger la Legión americana y otros intereses, como la estación de cable durante el período de guerra civil. El propio presidente Coolidge presiona a Guatemala para lograr el derrocamiento del presidente Carlos Herrera y permitir la expansión de la United Fruit.

1920-1922 Rusia (Siberia), febrero 16 de 1920 a noviembre 19 de 1922: fue instalada una guardia marina para proteger una estación de radio de Estados Unidos en Vladivostok.

1921 Panamá-Costa Rica, abril: escuadrones navales americanos se apostaron en ambos lados del istmo para prevenir la guerra entre los dos países.

1922 Turquía, septiembre y octubre: fue enviada una fuerza para proteger vidas y propiedades americanas cuando los nacionalistas turcos entraron en Smirna.

1922-1923 China, entre abril 1922 y noviembre 1923: los marines desembarcaron cinco veces para proteger a los americanos durante períodos de disturbios civiles.

1924 Honduras, febrero 28 a marzo 31, septiembre 10 al 15: para proteger vidas e intereses americanos durante el rompimiento de hostilidades.

1924 China, septiembre: Los marines desembarcaron para proteger americanos y otros extranjeros en Shanghai durante período de disturbios.

1925 China, enero 15 a agosto 29: desembarco de marines para proteger vidas y propiedades; firma de acuerdos internacionales.

1925 Honduras, abril 19 al 21: para proteger extranjeros en La Ceiba durante un levantamiento armado.

1926 China, agosto y septiembre: el ataque nacionalista en Hankow requirió del desembarco de fuerzas navales para proteger ciudadanos americanos. Una pequeña guardia fue mantenida en el consulado general hasta después de septiembre 16.

1926-1933 Nicaragua, mayo 9 a junio 5, 1926; agosto 27 de 1926, enero 3 de 1933: el golpe de Estado del general Chamorro incitó a actividades revolucionarias, provocando el desembarco de marines para proteger los intereses de Estados Unidos.

1927 China, febrero: la lucha en Shanghai causó el aumento de fuerzas navales americanas y de marines. En marzo una guardia naval americana estuvo estacionada en el consulado americano.

1931 Centroamérica: los dictadores Jorge Ubico de Guatemala y Carias Andino de Honduras reciben el apoyo inmediato del gobierno americano. Maximiliano Martínez Hernández llega al poder en El Salvador.

1932 China: fuerzas americanas desembarcaron para proteger los intereses americanos durante la ocupación japonesa en Shanghai.

1933 Cuba: durante una revolución contra el general Gerardo Machado, hubo demostración de fuerzas navales americanas.

1934 China: los marines desembarcaron en Foochow para proteger el consulado americano.

1940 Bermuda, Santa Lucía, Bahamas, Jamaica, Antigua, Trinidad y Guyana Británica: fueron enviadas tropas para proteger bases aéreas y navales obtenidas por negociación previa con Gran Bretaña.

1941 Groenlandia: tomada bajo la protección de Estados Unidos en abril.

1941 Guyana Holandesa: en noviembre el jefe de la Casa Blanca ordenó la ocupación militar de la Guyana Holandesa por tropas americanas por acuerdo con el gobierno holandés en exilio. Brasil cooperó para proteger el aluminio de las minas en Surinam.

1941 Islandia: tomada bajo la protección de Estados Unidos, con el consentimiento de su gobierno por razones estratégicas.

1941 Alemania: el presidente ordena patrullar Europa. Para julio barcos de guerra de Estados Unidos estaban atacando submarinos alemanes. No había autorización del Congreso para la declaración de guerra.

1941-1945 Alemania, Italia, Japón, etc.: Segunda Guerra Mundial totalmente declarada.

1941-1945 Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos hace estallar dos bombas atómicas en Japón. Nace la era nuclear.

1948 El presidente Truman envía la primera misión de entrenamiento militar a El Salvador.

1950 El pían Ajax permite el derrocamiento exitoso del presidente Mussadegh de Irán.

1953-1954 El presidente Eisenhower aprueba y ejecuta la operación P. B. *Success* para derrocar el presidente Jacobo Arbenz de la República de Guatemala.

Fuente: División de Asuntos Internacionales, Servicio de Investigación del Congreso, Librería del Congreso (Oficina de Imprenta del Gobierno de Estados Unidos, Washington D.C., 1975). Tomado de William Blum, *The CIA a Forgotten History*. Tom Barry and Deb Preusch, *The Central America Fact Book*.

NOTAS

1. Richard Hofstáedter. *The American Political Tradition and Men who Made it*. V 9 Vintage, p. 308.

2. La United Fruit Company nació jurídicamente a la vida el día 30 de marzo de 1899, bajo las leyes del Estado de New Jersey, ya con un capital suscrito de 20 millones de dólares, 112 millas de ferrocarril y casi 100 mil hectáreas de tierra, de las cuales sólo 25 mil estaban en producción. Los haberes de la nueva compañía se integraron con el patrimonio de la Boston Fruit Company y de sus compañías asociadas que tenían un valor de 5.200.000 dólares, así como con los intereses de Minor Keith y sus asociados, además de todas las propiedades de la Tropical Trading and Transport Company, Ltd., The Colombia Land Company y los de The Snyder Banana Company, con un importe de 4 millones de dólares en su conjunto. El presidente del nuevo consorcio fue Andrew Preston y el primer vicepresidente Minor Keith. Stacy May and Galo Plaza. *The United Fruit Company in Central America. The United States Business Abroad*, p. 7. Library of Congress.

3. Stacy May and Galo Plaza, op. cit., p. 7.

4. Richard Immermann, *The CÍA in Guatemala. The foreign Policy of intervention*. University of Texas Press, Austin, p. 68.

5. En 1924, por ejemplo, de las 180 mil hectáreas controladas por la United Fruit en Honduras, 60 mil habían sido obtenidas como compensación por la construcción de ferrocarriles. La concesión de gigantescas extensiones de terreno y generosas exenciones fiscales a largo plazo, a cambio del tendido de vías férreas era un procedimiento común aún por aquellos años. A falta de recursos las vías férreas se liquidaban con inmensas extensiones de terreno por cada kilómetro de ferrocarril construido. Minor Keith deseaba también unir por ferrocarril México y Colombia, para lo cual ordenó la iniciación de los primeros estudios con el ánimo de iniciar a la brevedad los trabajos de investigación. Aunque este sueño nunca llegó a convertirse en realidad, su contribución a la construcción de la red ferroviaria en la región caribeña fue realmente extraordinaria. En 1881 funda la Santa Marta Railroad Co. y en 1904 la Guatemala Railroad Co. con un capital de 40 millones de dólares para unir Guatemala con Puerto Barrios.

6. Minor Keith se ofreció a refinanciar la deuda pública de Costa Rica siempre y cuando se extendieran como garantía los impuestos recaudados por todas las aduanas costarricenses. Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions. The United States in Central America*. WW Norton Co., New York, London, p. 55.

7. Stacy May and Galo Plaza, op. cit., p. 8.

8. Ibid, p. 8.

9. Ibid, p. 18.

10. El biógrafo alemán de Minor Keith, Hermán W Bitter fue el primero en referirse a él como *El Rey Sin Corona en Centroamérica*. Stacy May and Galo Plaza, op. cit., p. 8.

11. Ibid, p. 8.

12. Wall Street, uno de los agentes más eficaces del capitalismo americano, incorpora a una buena parte de la comunidad en su conjunto. La gran masa que la impulsa está detrás. Son los millones de americanos que invierten su dinero en bonos y acciones de compañías industriales y mercantiles, tanto en su país como en Hispanoamérica o en China; que especulan en la Bolsa con valores de todas las clases, como hace más de un siglo especulaban con tierras de Kentucky o en el Yazoo, en busca de una riqueza fácil, rápidamente adquirida, que importa productos de los trópicos, obtenidos a un costo mínimo para venderlos a buen precio en sus grandes aglomeraciones urbanas; que se procuran en el Caribe, en América del Sur materias primas para sus industrias a la más baja cotización posible; que pagan gustosos los impuestos, con los cuales se fabrican los acorazados, cruceros, portaaviones, y demás formidables máquinas de guerra con que Estados Unidos respalda la Doctrina Monroe e impone sus decisiones en América: *Quia Monor Leo*. Wall Street es un símbolo, la expresión material, objetiva y operante en uno de sus aspectos del profundo y poderoso sentido de adquisición del pueblo norteamericano, el mismo sin cambio fundamental en sus esencias, de los conquistadores del Oeste, desde los Apalaches a California: Germán Arciniegas. Tomado de la obra *Entre la libertad y el miedo*. Editora Zarco, México D. E, p. 291.

13. Minor Keith casó en la realidad con la hija del ex presidente de la República de Costa Rica, Rafael Iglesias Castro. Keith haría cualquier cosa por defender sus intereses. Charles Morrow Wilson, *Empire in Green and Gold: The Story of the American Banana Trade*, pp. 36-68; Thomas McCann, *An American Company: The Tragedy of United Fruit*, pp. 15-17.

14. Samuel Elliot Morison, Henry Steel Commager, Willian E. Leuchtenburg. *Breve historia de Estados Unidos*. Fondo de Cultura Económica, segunda edición en español, 1980, p. 722.

15. Observación hecha por Joseph Kennedy a la conclusión de la Gran Depresión de 1929. *Ibid*, p. 719.

16. El embargo de armas practicado por Roosevelt a la España republicana facilitó la llegada de los fascistas encabezados por Francisco Franco al poder español quien por otro lado recibió el apoyo militar incondicional de Hitler y de Mussolini.

17. Las anécdotas que aquí se cuentan son todas ellas de corte histórico y se dieron en la realidad en las personas de los dictadores centroamericanos de la época de los treinta hasta 1960. En el caso concreto y a modo de ejemplo Leónidas Trujillo se hizo nombrar Benefactor de la Patria y Libertador Financiero según una serie de decretos emitidos por el Congreso dominicano. Para abundar más respecto al comportamiento de Somoza, Carias Andino, Ubico, Trujillo y Martínez Hernández a lo largo de su mandato consultar el texto del periodista William Krehm, quien fue corresponsal de la revista *Time* durante aquellos años. William Krehm, *Democracies and Tyrannies of the Caribbean*. Lawrence Hill and Company, Westport, Connecticut, p. 170.

18. Jorge Ubico, el sanguinario dictador guatemalteco de 1930 a 1944, era un adorador de las figuras políticas de Napoleón y de Hitler. Decía inspirarse en ellos para gobernar convenientemente su país. William Krehm, *op. cit.*, p. 170.

19. El padre de Jorge Ubico citaba constantemente a Schopenhauer alegando que el filósofo alemán había dicho que todos los hombres eran unos granujas y que por lo mismo sólo entendían el lenguaje del palo. Semejante formación fue determinante en la estructura de quien más tarde sería uno de los más desalmados y pintorescos dictadores centroamericanos y caribeños de que se tenga memoria.

20. Era conocida la afición a la sangre y el placer derivado de la contemplación de la tortura de la mayoría de los tiranos de la región, herederos de una larga tradición autoritaria iniciada por Pedro de Alvarado en el siglo XVI. Alvarado sostenía que quería siempre ver las orejas de sus enemigos colocadas en la punta de una espada. Es y será una fuente inagotable de investigación el estudio del carácter y del temperamento español a la luz de la influencia genética proyectada en el comportamiento social latinoamericano.

21. En realidad la llegada de Jorge Ubico al poder fue facilitada por el embajador norteamericano en Guatemala y la alianza de varios latifundistas encabezados por la United Fruit. También circularon rumores de que Ubico le había entregado 80.000 dólares al general Manuel Orellana, entonces presidente de la República, para que se fuera a España y se evitara complicaciones. Ver Kenneth Grieb, *American involvement in the Rise of Jorge Ubico*, *Caribbean Studies* 10 (April 1970) 5-21: Martin and Martin, «four Strong Men», p. 419.

22. Efectivamente el embajador norteamericano Whitehouse insistió en imponer a José Reyes, un septuagenario incapaz de leer y escribir, durante los años de ascenso al poder de Jorge Ubico en Guatemala en 1930 para controlar todos los extremos de la situación política y económica interna. La United Fruit supo ejercer una mejor influencia en Washington de donde resultó vencedor Ubico ya con la aprobación del diplomático. William Krehm, *op. cit.*, p. 33.

23. Las utilidades de la United Fruit en 1950 significaban más del doble de la totalidad de los ingresos públicos del gobierno guatemalteco. *United Fruit Co. Annual Report*, 1951. Cardoza y Aragón, *Revolución guatemalteca*, p. 44.

24. Como un ejemplo de la calidad moral de Somoza, basta decir que cuando Nixon le hizo llegar ayuda económica por el orden de 32 millones de dólares sólo 16 llegaron a ingresar en la tesorería nicaragüense. Asimismo, durante uno de los terremotos que sacudían recurrentemente a Nicaragua, Somoza revendió a precios muy elevados la sangre y el plasma que la Cruz Roja Internacional había donado con las emergencias del caso a la población herida. Bernard Diederich. *Somoza y el legado de la intervención norteamericana en Centroamérica*, pp. 88-89. Tomado de Walter LaFeber *op. cit.*, p. 228.

25. Sam Zemurray, mejor conocido como el Banana Man, férreo competidor de la United Fruit hasta que Minor Keith le compró sus empresas antes del crack bursátil del 29 afirmaba siempre que era más barata una muía que un diputado en Honduras.

26. El presidente de la Suprema Corte de Justicia de Honduras, así como el secretario de Guerra, Juan Manuel Gálvez y el presidente del Congreso hondureño, Plutarco Muñoz, eran, los tres, abogados corporativos de la United Fruit Co. William Krehm, op. cit., p. 96.

27. El impuesto a la exportación de bananas quedó reducido a un centavo y medio por penca, con lo cual los ingresos de la empresa dejaron de verse reflejados para efectos tributarios en las arcas nacionales o lo fueron simbólicamente en un país que se encontraba urgido de recursos fiscales para salir de una crisis económica que se remontaba a la noche de los tiempos. Pero había más, mucho más. Jorge Ubico, a quien se refiere el caso, garantizó que no se promulgaría disposición alguna orientada a regular las tarifas de transportación ferroviaria de la Frutera en Guatemala, ésta sería la única con facultades para modificarlas a su juicio de acuerdo a las necesidades de mercado. Quedó entonces en libertad de fijar las que considerara convenientes para mover productos a lo largo y ancho de Guatemala sobre los rieles, en las estaciones y en los puertos de su propiedad. Los productores independientes temblaron con esta determinación irrefutable e inapelable. Asimismo se comprometió a impedir la competencia de cualquier otra compañía fletera. Autorizó la remisión de utilidades al extranjero sin limitación alguna; aseguró a la United Fruit el derecho de construir una red de comunicaciones y transportes, dejando asimismo a su discreción el importe de los derechos de fletes y pasajes a cargo de terceros para atender debidamente la correcta capitalización de la empresa, que por otro lado podría operar en cualquier lugar del país que fuera idóneo para su desarrollo. Finalmente y con el ánimo de demostrarle su apoyo incondicional, acordó conceder una escala tributaria a la propiedad inmobiliaria de la United Fruit que le permitiría subvaluar el precio real de sus activos y en consecuencia omitir el pago de los impuestos prediales de por vida. Por contra, Guatemala recibió a cambio la cancelación de la obligación de construir el ferrocarril del Pacífico a la ciudad de Guatemala, ruta que significaba la columna vertebral en materia de comunicaciones para toda la República. La pérdida de esta vía legalmente contratada sin siquiera la indemnización proporcional al daño causado, implicaría un grave perjuicio al país. Ubico aceptó cualquier compromiso sin oponer el menor argumento. Alfonso Bauer Paíz, *Cómo operó el capital yanqui en Centroamérica. (El caso de Guatemala)*. Jonás, *Guatemala: Land of Eternal Struggle*, p. 142. Ver Richard Immermann, op. cit., pp. 71-72.

28. Efectivamente, John Foster Dulles era el socio ejecutivo de Sullivan & Cromwell, el consorcio de abogados de la United Fruit. Para más detalles de los contratos consultar a Bauer Paíz, op. cit.

29. Isabel Meyer, mejor conocida como la Celestina, dirigía la casa de citas más importante de la República Dominicana. Ejerció notable influencia en Leónidas Trujillo. Llegó a ser senadora de la República. Ver William Krehm, op. cit., pp. 187-188.

30. Robert W Dunn, *American Foreign Investment*. New York, pp. 107-118. Consultar también Walter LaFeber, op. cit.

31. Samuel Eliot Morison, op. cit., p. 746.

32. En 1929 la inversión total norteamericana en Centroamérica se elevaba a los 251 millones de dólares.

33. Walter LaFeber, op. cit., p. 298.

34. Germán Arciniegas, op. cit., p. 291.

35. Ibid, p. 154.

36. Los constabularios o Guardia Nacional fue una receta política usada por Estados Unidos en Haití, República Dominicana, Nicaragua y Panamá. Estaban integrados por cuerpos militares y policíacos capacitados, supervisados y entrenados por personal norteamericano ya fuera en el propio territorio continental norteamericano o en los países que a juicio de la Casa Blanca adolecían de problemas de autogobierno. Fue uno de los más funestos legados norteamericanos a los pueblos centroamericanos y del Caribe. Dichos institutos militares imponían el orden y el progreso cuando los marines desocupaban los países invadidos.

37. Uno de los más gratos placeres de Maximiliano Martínez Hernández, el dictador salvadoreño, consistía en enviar por correo en cajas de cartón lujosamente cerradas a la embajada americana y a la Casa Blanca, fotografías del presidente Roosevelt como usadas papel del baño. William Krehm, op. cit., p. 75.

38. Germán Arciniegas, op. cit.

39. El mejor análisis de estos hechos lo cuenta Kenneth Grieb, *Un caudillo guatemalteco*, p. 2-21. Consultar también a Guillen, Guatemala, pp. 44-45; Cardoza y Aragón, op. cit., p. 48.

40. William Krehm, op. cit., p. 95.

41. Ibid, p. 94.

42. El caso se refiere a Juan Domingo Perón, el dictador argentino, tal era el *modus operandi* en Argentina durante los años de su dictadura. Citado por Germán Arciniegas, op. cit., p. 56.

43. La anécdota se refiere al dictador hondureño Carias Andino, asimismo instalado en el poder gracias a la United Fruit Co. William Krehm, op. cit., p. 89.

44. Ibid.

45. Ibid, p. 34.

46. Uno de los máximos orgullos de Jorge Ubico durante su larga y devastadora estancia al frente del poder guatemalteco fue la de haber fundado para la posteridad la Asociación de Boys Scouts de Guatemala. Ibid.

47. Ibid, p. 34.

48. Palabras de Carias Andino el dictador hondureño.

49. Carias Andino decía tener poderes sobrenaturales, decía contar con la capacidad de leer el pensamiento de terceros y poderse adelantar a los acontecimientos futuros con una visión divina que quien se atrevía a cuestionar terminaba sus días en el patíbulo. En particular pedía silencio durante las reuniones de gabinete cuando una señal le anunciaba que Roosevelt estaba hablando desde la Casa Blanca de él. Podía adivinar el pensamiento del presidente de Estados Unidos estuviera donde estuviera.

50. William Krehm, op. cit., p. 37.

51. Jorge Ubico era feliz cuando se le reverenciaba religiosamente por parte de los indios durante sus largos viajes en carretera a pesar de la crueldad sanguinaria mostrada en forma reiterada contra todos ellos.

52. Jorge Ubico en Guatemala. William Krehm, op. cit., p. 41.

53. Anastasio Somoza, dueño de una buena parte de Nicaragua, de comercios, industrias, bancos y empresas de servicios, se hacía de dólares en las afueras del Palacio de Gobierno a través de coyotes debidamente abastecidos de dinero local. Ponía compradores disfrazados para ver las transacciones de sus representantes urbanos y a quien sorprendía engañándolo le hacía pasar una buena temporada en las cárceles clandestinas cuando no perder la vida.

54. El caso se refiere a la familia Trujillo. Efectivamente, el hermano menor, conocido como Pipi, administraba los impuestos de los cueros y Petan, el hermano, trató de quedarse con una buena parte del negocio, razón por la cual la madre de ambos tuvo que intervenir para que los derechos derivados de la prostitución se los quedara el inefable Pipi. William Krehm, op. cit., p. 186.

55. Richard Immermann, op. cit., p. 45.

56. Doña Elena Carias Andino vendía tamales una vez a la semana en la puerta del Palacio de Gobierno en Tegucigalpa, Honduras, siendo la esposa del presidente de la República de ese país.

57 William Krehm, op. cit, p. 56.

58. Dana Gardner Munroe. *Intervention and Bollar Diplomacy in the Caribbean. Génesis of the Roosevelt*

Corollary, pp. 65-67.

59. *Ibid*, p. 76.

60. Richard Immermann, *op. cit.*, p. 33.

61. William Krehm, *op. cit.*, p. 125.

62. Richard Immermann, *op. cit.*, p. 34.

63. Cuando un gobierno hondureño del siglo pasado encargó una estatua de Francisco Morazán, el campeón de la democracia hondureña, el embajador de ese país acreditado en París dispuso para fines personales del dinero que iba destinado al fundido de la pieza en bronce. Actualmente existe en Tegucigalpa una estatua de Michel Ney, duque de Elchinguen, mariscal de Francia, porque el diplomático tuvo que comprar la primera que encontró a su paso y colocarla rápidamente sobre su pedestal para el día de la inauguración. Pocas personas saben que no es Morazán sino Ney quien se encuentra en la plaza pública.

64. Germán Arciniegas, *op. cit.*, p. 90.

65. William Krehm, *op. cit.*, p. 7.

66. *Ibid*, 99.

67. *Ibid*, 32.

68. Walter LaFeber, *op. cit.* p. 44.

69. William Krehm, p. 85.

70. Walter LaFeber, *op. cit.* p. 57.

71. El palacio de Gobierno de Leónidas Trujillo se encontraba pared con pared con la Embajada de Estados Unidos de América que servía como cuartel general de las fuerzas de asalto norteamericanas durante la invasión de 1965 ordenada por el presidente Johnson. Ver G. Pope Atkins, Larman Wilson, *The United States and the Trujillo Regime*, Rutgers University Press, p. 143.

72. Angela Arrocha. *Arévalo, Pensador Contemporáneo*, p. 24-25.

73. Germán Arciniegas, *op. cit.* p. 273.

74. *Ibid*, p. 185.

75. Noam Chomsky, *Turning the Tide. US Intervention in Central America and the Struggle for Peace*. South End Press. Boston Massachusetts, p. 41.

76. *Ibid*, p. 3.

77. Germán Arciniegas, *op. cit.* p. 38.

78. Samuel Eliot Morison, *op. cit.*, p. 789.

79. El presidente Arévalo se propuso infructuosamente integrar una Legión Caribeña con el propósito de presionar e incluso derrocar a los dictadores centroamericanos. Estados Unidos entendió que dicha legión tenía por objeto no tanto promover la desaparición de los gobiernos fascistas, situación que de origen era legítima sino favorecer el ingreso de los comunistas en la región a través de un mecanismo supuestamente liberal en el que el Departamento de Estado desde luego no creyó.

80. Parte final del discurso de Juan José Arévalo, presidente de la República de Guatemala el día de la entrega de poderes. Germán Arciniegas, *op. cit.*, p. 38.

81. *Ibid*.

82. La oposición demostrada por el gobierno guatemalteco en contra de la dictadura franquista produjo a su vez

una respuesta de la cancillería española al Departamento de Estado americano ante el cual Franco acusó reiteradamente su preocupación por la infiltración comunista en América como una respuesta ante la actitud de Arévalo. No es conveniente olvidar que el primer país que reconoció el movimiento rebelde encabezado por Franco fue precisamente Guatemala encabezada por Jorge Ubico a finales de la Guerra Civil. Ubico aceptó la presentación de cartas credenciales del dictador español.

83. El surgimiento de un mercado común centroamericano, una verdadera comunidad económica europea, significaría una importante promesa económica y política para la región. Nació a la vida con muchos años de antelación al surgimiento de la comunidad económica europea de extraordinarios resultados. Lamentablemente la encabezada por Arévalo fracasó en sus inicios cuando el presidente Castañeda Castro fue depuesto por un golpe de Estado más de los que eran tan comunes en la región. Nunca podría surgir una estructura económica de semejantes proporciones ante una ausencia tan notable de intereses tan poderosos y de símbolos opuestos entre sí. ¿Cuál sería la clave del éxito de la comunidad europea?

84. A través de la Ley de Rentas Forzosas, Arévalo se propuso obligar a los latifundistas a trabajar la tierra o a arrendar las que tuvieran ociosas en perjuicio de las grandes masas desposeídas. En ningún caso la renta debería exceder del 5 % de la producción total del área arrendada. La idea no pudo ser más alentadora ni más saboteada por los afectados. Ver a Monteforte Toledo, *Guatemala*, pp. 433-434; Jonás, op. cit., pp. 154-155.

85. Richard Immermann, op. cit.

86. Los intereses americanos radicados en Guatemala pidieron la derogación del Código de Trabajo o no invertirían más en el país. Se llegó a decir que las relaciones entre Estados Unidos y Guatemala se verían afectadas si no se derogaba el código laboral. Entre las empresas que pidieron airadamente su derogación se encuentran: United Fruit, International Railways of Central America, Electric Bond and Share y la American and Foreign Power Company entre otras tantas más.

87. El primer secretario de la Embajada americana en Guatemala fue el primero en enviar un informe de 20 páginas al Departamento de Estado en donde condenaba las medidas políticas de Arévalo tales como las sociales, las económicas y las laborales como parte de un movimiento radical de corte comunista. El trabajo se intituló: *Comunismo en Guatemala*, causando estupor y malestar en Washington. Jonás, op. cit., p. 156.

88. La actitud de Estados Unidos en Centroamérica contrastaba con el espíritu liberal con el cual había destruido el fascismo en la Segunda Guerra Mundial. ¿Cómo era posible que los campeones de la democracia mundial impidieran la prosperidad de sus vecinos con arreglo al aspecto anticomunista? ¿Cómo era posible que ahora Estados Unidos se instalara en la reacción y defendiera el fascismo centroamericano cuando había ido a destruir a un alto costo el europeo? Estas preguntas formaban parte del discurso político arealista durante la época de la promulgación de sus reformas.

89. Cuando se celebraron los juegos centroamericanos y del Caribe, Estados Unidos no asistió; no así Puerto Rico a cuyos representantes se les solicitó que desfilaran con su propia bandera y que no se tocara el himno nacional norteamericano como una definición anticolonialista. La Casa Blanca entendió la medida como una propuesta apoyada en la desintegración política de corte comunista patrocinada por el Kremlin.

90. Jonás, op. cit., pp. 142-143; Wilson, *Empire*, pp. 122-123. Ver también a Immermann, op. cit., p. 102.

91. Karl Bermann. *Under the Big Stick. Nicaragua and the United States since 1848*. South End Press, Boston, p. 88.

92. Ibid, p. 50-55.

93. En 1594 un torrente de agua, lodo y piedras destruyó la antigua ciudad de Guatemala y sepultó al pueblo y a la mayoría de sus habitantes, al igual que a su gobernadora, doña Beatriz de la Cueva, viuda del conquistador Pedro de Alvarado. La nueva capital colonial, conocida después como Antigua, fue construida a muchos kilómetros de distancia pero no escapó a los temblores de tierra que la sacudieron en 1515, 1577, 1585, 1607, 1620, 1651, 1687, 1717, 1757. En 1773 los nuevos terremotos obligaron a mudar la nueva capital al lugar donde hoy se encuentra, en el Valle de la

Ermita. Los terremotos se habían dado igualmente en Cartago, Granada, Comoyagua, Panamá, San Salvador, Ciudad Real (San Cristóbal de las Casas) y Managua. La vida y la muerte siempre se verán de cerca en Centroamérica. Ralph Lee Woodward, Jr. *Central America, A Nation Divided*. Oxford University Press, p. 9.

94. Germán Arciniegas, op. cit., p. 94.

95. La esposa del embajador norteamericano, señora de Peurifoy, comentó lo anterior a Eleanor Lansing Dulles, citado por esta última en *American Foreign Policy in the Making* p.243.

96. Tomado de Germán Arciniegas op. cit., p. 96.

97. Jonás, op. cit, p. 158-159.

98. Richard Nixon, *La Guerra Verdadera*, p. 11.

99. Ibid.

100. Ibid, p. 22.

101. Ibid, p. 176.

102. Ibid, p. 26.

103. Ibid, p. 30.

104. Ibid, p. 346.

105. Richard Immermann, op. cit, p. 84.

106. Ibid, p. 78.

107. Ibid, p. 80.

108. Ibid, p. 108.

109. Germán Arciniegas, op. cit, p. 19.

110. Edward L. Barnays, *Propaganda*, p. 9.

111. Para mayor abundamiento respecto a la influencia de la United Fruit en los más elevados círculos oficiales, empresariales y periodísticos norteamericanos el mejor trabajo es el de Richard Immermann tan ampliamente citado en estas páginas y cuya minuciosa investigación reveló a los ojos de la opinión pública los pormenores del golpe de Estado en contra del gobierno constitucional guatemalteco de Jacobo Arbenz en 1954.

112. Milton Eisenhower, *Report to the President*. Este informe contiene la información necesaria para conocer los detalles de la reunión de gabinete presidida por Eisenhower en donde se acordó empezar a preparar el derrocamiento de Jacobo Arbenz. Existen cartas, textos, memorandos reveladores del pían en cuestión. Ver Immermann, nota 1, capítulo 6: Proyect P. B. SUCCESS, *The Preparation*.

113. La formación de muchos embajadores norteamericanos queda de manifiesto cuando pueden llegar a escalar posiciones diplomáticas tan importantes en tan corto tiempo y sin la debida preparación como fue el caso de Peurifoy que llega a ser representante de la Casa Blanca después de haber sido un par de años atrás ascensorista en el Departamento de Estado. Para mayor información sobre Peurifoy consultar a Lewis, *Ambassador Extraordinary*.

114. Informes rendidos por Peurifoy al Departamento de Estado y que demuestran los propósitos evidentes de llevar a cabo los planes conocidos a la mayor brevedad posible y sin mayores contemplaciones para satisfacer las intenciones de sus superiores del Departamento de Estado a cualquier costo. Immermann, op. cit., p. 181.

115. Arciniegas, op. cit., p. 115.

116. La imaginación del embajador Peurifoy le llevó a inventar un código secreto que supuestamente correspondía a uno de los agentes internacionales del Kremlin.

117. Richard Immermann, op. cit. 147.
118. Miguel Ydígoras. *Mi guerra contra el comunismo*, pp. 50-51.
119. Immermann op. cit., p. 148.
120. Juan José Arévalo. Guatemala, *La Democracia y el Imperio*, pp. 52-55.
121. Immermann op. cit., p. 155.
122. Declaración de John Foster Dulles al introducir el proyecto de resolución del gobierno americano respecto a la intervención comunista. Décima conferencia interamericana. Ibid, p. 10.
123. Ibid, p. 165.
124. Ibid, p. 166.
125. Entre los elementos principales de la conjura se incluía la participación del cardenal Spellman de Nueva York para que influyera en el clero guatemalteco y apoyara durante la misa el derrocamiento del presidente de la República. Susane Jonás y David Tobis, *Guatemala: una historia inédita*, Siglo XXI, Editores, p. 128.
126. Immermann, op. cit., p. 161.
127. *New York Times*, 20 de junio de 1954.
128. Immermann, op. cit., p. 170.
129. Ibid, p. 172.
130. Ibid. pp. 170-172.
131. Bryan Urquhart, *Hammarskjöld*, pp. 88-94.
132. Immermann, op. cit, p. 166.
133. Ibid. p. 4.
134. Susane Jonás y David Tobis, op. cit.
135. Tanto Eisenhower como Foster Dulles murieron en la cama de muerte natural, en ningún caso fueron víctimas de un atentado que les hubiera podido costar la vida.
136. Jacobo Arbenz fue encontrado muerto en la tina del Hotel Plaza de la Ciudad de México años más tarde del golpe de Estado.
137. En los años sesenta Arévalo intentó recuperar sin éxito la presidencia de Guatemala. La Casa Blanca se opuso determinantemente.
138. En 1956 Anastasio Somoza García fue acribillado a tiros.
139. Murió en el hospital norteamericano de la zona del canal de Panamá.
140. El 22 de julio de 1957 Castillo Armas, el nuevo dictador guatemalteco, pereció asesinado en el interior del Palacio Nacional.
141. El día de 30 de mayo de 1961 concluyó la dictadura de treinta años encabezada por Rafael Leónidas Trujillo. Sólo cuando fue asesinado pudo ser separado del poder.
142. En 1955 John Peurifoy pereció en un accidente automovilístico en Tailandia mientras se preparaba a enfrentar un nuevo combate contra la infiltración comunista en ese país.
143. Immermann, op. cit., p. 185.
144. Ibid.

BIBLIOGRAFÍA

- Arciniegas, Germán. *Biografía del Caribe*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- Arciniegas, Germán. *Nueva imagen del Caribe*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- Adler, John H., Eugene R. Schlesinger, y Ernest C. Olson *Public Finance and Economic Development in Guatemala*. New York, 1952.
- Alexander, Robert J. *Communism in Latin American*, New Brunswick, 1957.
- Álvarez Elizondo, Pedro. *El presidente Arévalo y el retorno a Bolívar México*, 1947.
- Ameringer, Charles D. *The Democratic Left in Exile*. Coral Gables, Fla., 1974.
- Anguizola, Gustave. *Philippe Bunau-Varilla. The Man Behind the Panamá Canal* Nelson-Hall. Chicago.
- Aronson, James. *The Press and the Cold War*. Indianapolis and New York, 1970.
- Arrocha, Angela. *Juan José Arévalo. Pensador contemporáneo*. México, 1962.
- Atkins, G. Pope; Wilson, Larman. *The United States and the Trujillo Regime*. Rutgers University Press. New Brunswick, New Jersey.
- Aybar de Soto, José M. *Dependency and Intervention: The Case of Guatemala in 1954*. Boulder, Coló. 1878.
- Baeza Flores, Alberto. *Centroamérica. Entre el ayer y el mañana*. Libro Libre. San José Costa Rica, 1986.
- Bailey, Norman A. *Latin America: Politics, Economics, and Hemispheric Security*. New York, 1962.
- Bancroft, Hubert Howe. *History of Central America*. (Vol. 3: 1801-1887). San Francisco, 1887.
- Barnet, Richard, E. Muller Ronald. *Global Reach. The Power of the Multinational Corporations*. Simón and Schuster, New York.
- Barnet, Richard J. *Intervention and Revolution: The United States in the Third World* New York, 1968.
- Barry, Tom. *Roots of Rebellion. Land&Hunger in Central America*. South End Press, Boston.
- Barry, Tom; Preusch, Deb. *The Central America Fact Book* Grove Press Inc., New York.
- Barry, Tom; Wood, Beth; Preush, Deb. *Dollars and Dictators. A Guide to Central America*, Grove Press, Inc., New York.
- Beisner, Robert. *Twelve Against Empire. The Anti-Imperialists 1898-1900*. McGraw Hill Book Company, New York.
- Bermann, Karl. *Under the Big Stick. Nicaragua and the Unites States Since 1848*. South End Press, Boston.
- Berryman, Phillip. *Inside Central America. The Essential Facts and Present on El Salvador, Nicaragua, Honduras, Guatemala, and Costa Rica*. Pantheon Books, New York.
- Bergquist, W Charles. *Cofee and Conflict in Colombia, 1886-1910*. Duke University Press, Durham 1986.
- Blachman, Morris, J. Leogrande William, M. Sharpe Kenneth. *Confronting Revolution. Security through Diplomacy in Central America*. Pantheon Books, New York.
- Blum, William. *The CÍA, a Forgotten History. US. Global Interventions Since World War II*. Zed Books Ltd, London and New Jersey.
- Burnett, Ben, and Kenneth F. Johnson, eds. *Political Forces in Latin America: Dimensiona for the Quest for Stability*. Belmont Calif., 1970.
- Chace, James. *Endless War. Hoto we got involved in Central America and WhatCan be Done*. Vintage Books, New York.
- Challener, Richard D. Admiráis, *Generáis and American Foreign Policy, 1898-1914*. Princeton, 1973.
- Chomsky, Noam, *Turning the Tide. U.S. Intervention in Central America and the Strugglefor Peace*. South End Press, Boston.
- Connell-Smith, Gordon. *The Inter-American System*. London, 1966; *The United States and Latin America*. London 1974.

Cuenca, Abel. *El Salvador. Una democracia cafetalera*. ARR-Centro Editorial, México.

David Kepner, Charles Jr., Jay H. Soothill. *The Banana Empire. A Case Study in Economic Imperialism*. New York, 1936, 1967.

Davis, Harold Eugene. *Latin American Thought. A Historical Introduction*. Louisiana State University Press.

Dean Burns, Richard. *Guide to American Foreign Relations Since 1700*. Santa Barbara, California, 1983.

Diskin, Martin. *Trouble in Our Backyard*. Pantheon Books, New York.

Dion, Marie-Berthe. *Las ideas sociales y políticas de Arévalo*. Santiago de Chile, 1958.

Dos Passos, John. *USA*. Penguin Books, England.

Eisenhower, Milton S. *The Wine Is Bitter*. Garden City, New York, 1963.

Eliot Morison, Samuel; Steele Commager, Henry; E. Leuchtenburg, William, *Breve historia de los Estados Unidos*. Fondo de Cultura Económica, México.

Ellis, Frank. *Las transnacionales del banano en Centroamérica*. Editorial Universitaria Centroamericana, Costa Rica.

Fallas, Carlos Luis. *Mamita Yunai*. Editorial Costa Rica, San José de Costa Rica.

Fish Armstrong, Hamilton. *Fifty Years of Foreign Affairs*. Praeger Publishers. New York, Washington, London.

Fletcher, Lehman, et al. *Guatemala's Economic Development: The Role of Agriculture*, Ames, Iowa, 1970.

Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. Siglo XXI Editores, México.

García Cantú, Gastón. *Las invasiones norteamericanas en México*. Serie Popular Era/13. México.

García Gallo, Gaspar, *Martí, americano y universal*. Instituto Cubano del Libro. La Habana, Cuba.

Gardner Monrow, Dana. *The Five Republics of Central America*. Ibid., *The United States and the Caribbean Area*. Ibid., *The United States and the Caribbean Republics 1921-1933*. Ibid., *The Latin America Republics. A History*, Appieton-Century-Crofts, Inc., New York. Ibid., *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean, 1900-1921*. Princeton, 1964.

Geiger, Theodore. *Communism Versus Progress in Guatemala*. New York, 1953.

Gellman Irwin F. *Good Neighbor Diplomacy. 1933-1945*. Baltimore, 1979.

Gerassi, John. *The Great Fear: The Reconquest of Latin America by Latin Americans*, New York, 1963.

Gerson, Louis. *John Foster Dulles*. New York, 1967

Gil, Federico. *Latin American-United States Relations*. Library of Congress.

Gold, Green. *Bananas and Dependency in the Eastern Caribbean*. Latin America Bureau.

Grieb, Kenneth J, *Guatemalan Caudillo: The Regime of Jorge Ubico*. Ibid., *The U.S. and the Rise of General Maximiliano. Hernández Martínez*, Journal of Latin American Studies 3 (nov. 1971): 151-72. *The Regime of Jorge Ubico*. Ohio, 1979.

Guerra, Ramiro. *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países latinoamericanos*. Editorial de Ciencias Sociales, Guairas.

Guzmán-Boeckler, Carlos, y Jean-Loup Herbert. *Guatemala. Una interpretación histórico-social*. México, 1970.

Hagan, Kenneth. *American Gun-Boat Diplomacy 1877-1889*. Westport, Conn., 1973.

Harrison, Lawrence E, *Under Development is a State of Mind. The Latin America Case*. The Center for International Affairs, Harvard University and University Press of America.

Hofstadter, Richard. *The American Political Tradition & the Men Who Made It*. Vintage Books, New York.

Hobson, J. A *Estudio del imperialismo*. Alianza Universidad. México.

Immerman, Richard. *The CIA in Guatemala. The Foreign Policy of Intervention*. University of Texas Press, Austin.

- Jaramillo, Levi Enrique. *Una explosión en América: El Canal de Panamá*. Siglo XXI Editores, México.
- Jonás, Susanne, Tobis David. *Guatemala: una historia inmediata*. Siglo XXI Editores. México.
- Karnes, Thomas L. *The Failure of Union: Central America, 1824-1975*. Tempe, Arizona, 1976. Ibid., *Tropical Enterprise: The Standard Fruit and Steamship Company in Latin America*, Baton Rouge, 1978.
- Kepner, Charles David Jr., y Jay Henry Soothill. *The Banana Empire: A Case Study of Economic Imperialism*. New York, 1935.
- Kinzer, Stephen, y Stephen Shlesinger. *Bitter Fruit: The Untold Story of the American Coup in Guatemala*. Garden City, N.Y., 1981
- Kitchel, Denison. *The Truth About the Panamá Canal*. Arlington House Publishers, New Rochelle, New York.
- Krehm, William. *Democracies and Tyrannies of the Caribbean. A Longsu-pressed History of the U.S. Role in Latin America*. Lawrence Hill & Company. Westport, Connecticut.
- Lafeber, Walter. *Inevitable Revolutions. The United States in Central America*. WW Norton & Company, New York. Ibid., *America, Russia and The Cold War, 1945-1966*. New York, 1967. Langley, Lester D. *The United States and the Caribbean in the Twentieth Century*. The University of Georgia Press. Athens, Georgia.
- Leiken, Robert, S. *Central America. Anatomy of Conflict*. Pergamon Press. New York.
- Lemoine, Maurice. *Bitter Sugar. Slaves Today in the Caribbean*. Banner Press, Chicago.
- Lee Woodward, Robert Jr. *Central America. A Nation Divided*. Oxford.
- Liewen, Edwin. *Arms and Politics in Latin America*. New York, 1960.
- Link, Arthur. *Woodrow Wilson and a Revolutionary World 1913-1921*. The University of North California Press.
- Lind, Arthur. *Woodrow Wilson and The Progressive Era. 1910-1917*. Harper Torchbooks, New York.
- May, Stacy; Plaza, Galo. *The United Fruit Company in Latin America*. Washington, 1958.
- Macaulay, Neill. *The Sandino Affair*. Duke University Press, 1985.
- McCann, Thomas. *An American Company: The Tragedy of United Fruit*. Henry Scammell, New York, 1976. Ibid., *An American Company*. Henry Scammell, New York, 1976.
- McClintock, Michael. *The American Connection*. Vol. I: «State Terror and Popular Resistance in El Salvador». Zed Books Ltd. New Jersey.
- McCullough, David. *The Path Between the Seas. The Creation of the Panamá Canal. 1870-1914*, Simón and Schuster, New York.
- Mejía, Medardo. *Juan José Arévalo o el humanismo en la presidencia*. Guatemala, 1951.
- Miliband, Ralph. *The State in Capitalist Society; en análisis of the Western system of Power*. Harper Torchbooks, New York.
- Millet, Richard. *The Guardians of the Dynasty*. Maryknoll, New York, 1977.
- Monteforte, Toledo, Mario. *Guatemala: monografía sociológica*. México, 1959.
- Morgenthau, Hans. *John Foster Bulles (1953-1959)*. En Norman Graebner, ed., *An Uncertain Tradition: American Secretaries of State in the Twentieth Century*, pp. 289-308. New York, 1961.
- Neal Seidel, Robert. *Progressive Pan Americanism. 1906-1931*. Ithaca, N.Y., 1973.
- Nuzz, O'Shaughnessy, Laura; H. Serra, Luis. *The Church and Revolution in Nicaragua*. Ohio University. Monograph in International Studies. Latin America Series. N.º 11. Athens, Ohio.
- Parnet, Herbert. *Eisenhower and the American Crusades*. New York, 1972.
- Paz, Octavio. *Tiempo nublado*. Seix Barral (Biblioteca Breve), México.
- Pearce, Jenny. *Under The Eagle U.S. Intervention in Central America and the Caribbean*. South End Press, Great

Britain.

Pérez Brignoli, Héctor. *Breve historia de Centroamérica*. Alianza América, México.

Pearson, Neale J. *Guatemala: The Peasant Union Movement, 1944-1954*. Ithaca, New York, 1969.

Pierre, Andrew J. *Third World Instability Central America as a European-American Issue* New York University Press, New York, 1985.

Rama, Carlos. *La imagen de los Estados Unidos en la América Latina, SepSetentas-Diana*, México.

Ranelagh, Jonh. *The Rise and Decline of The CÍA from Wild Bill Donovan to William Casey*. Simón and Schuster, New York.

Reed Millet, Alan. *The Politic of Intervention. The Military Occupation of Cuba, 1906-1909*. Ohio State University Press, Ohio.

Schmitt, Karl M., y David D. Burks. *Evolution or Chaos: Dynamics of Latin American Government and Politics*. New York, 1963.

Shulman, Marshall. *Stalins Foreign Policy Reappraised*. Cambridge, Mass., 1963.

Steward, Dick. *Money, Marines and Mission: Recent U.S. Latin American Policy*. University Press of America.

Stimson Henry L. *A Brief History of the Relations Between the United States and Nicaragua. 1909-1928*. Washington, 1928.

Torres-Rivas, Edelberto. *Procesos y estructuras de una sociedad dependiente (Centroamérica)*. Santiago de Chile, 1969.

Tulchin, Joseph S. *The Aftermath of War: World Wal I and US. Policy Toward Latin America*. New York, 1971.

Tuberville, S. A. *La inquisición española*. Fondo de Cultura Económica (Breviarios del FCE), México.

Westwood, Andrew F. *Foreign Aid in a Foreign Policy Framework*. Washington, 1966.

Wheelock R., Jaime. *Imperialismo y dictadura. Crisis de una formación social*. Siglo XXI Editores, México.

Wiesen Cook, Blanche. *The Declassified Eisenhower*. Garden City, New York, 1981.

Williams, Eric. *From Columbus to Castro. The History of the Carihbean. 1492-1969*. Vintage Books, New York.

Wood, Bryce. *The Making of the Good Neighbor Policy*. New York, 1961.

ÍNDICE

| | |
|--|--|
| ADLECTOREM | |
| I. HEMOS PERDIDO EL SOL | |
| II. DÓLARES Y DICTADORES | |
| III. ¿QUIÉN SE APROPIÓ DEL SUEÑO AMERICANO? ¿QUIÉN? | |
| IV ¡QUE HABLE DIOS! | |
| V. EL RELOJ DE LA HISTORIA SE HA DESCOMPUESTO PARA SIEMPRE. | |
| EPÍLOGO | |
| EPISTOLARIO | |
| CUADERNO DE NOTAS DE RICARDO FURTAMANTES | |
| ÍNDICE CRONOLÓGICO DE INVASIONES NORTEAMERICANAS EN EL MUNDO A PARTIR DEL SIGLO XVIII | |
| NOTAS | |
| BIBLIOGRAFÍA | |